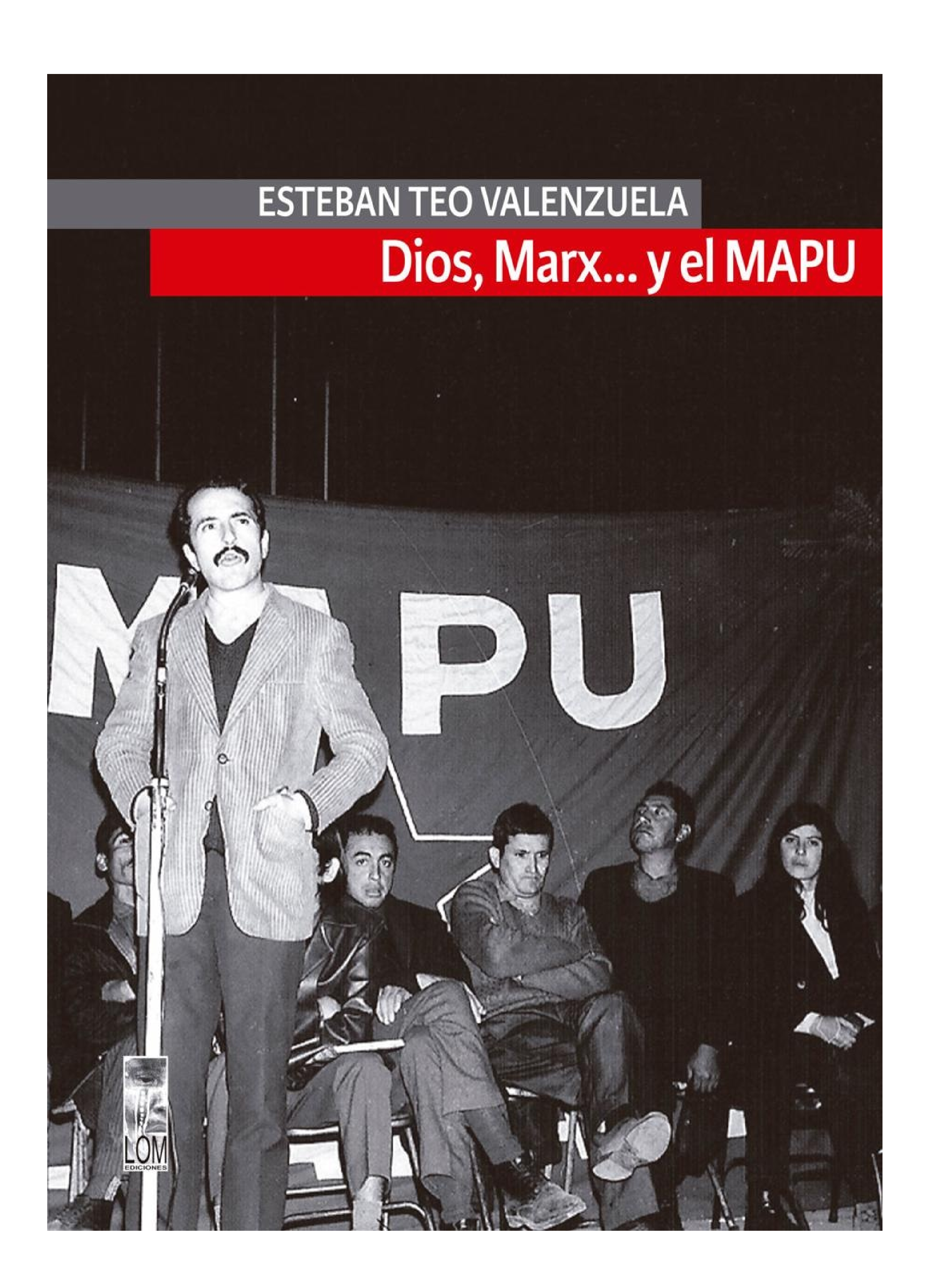
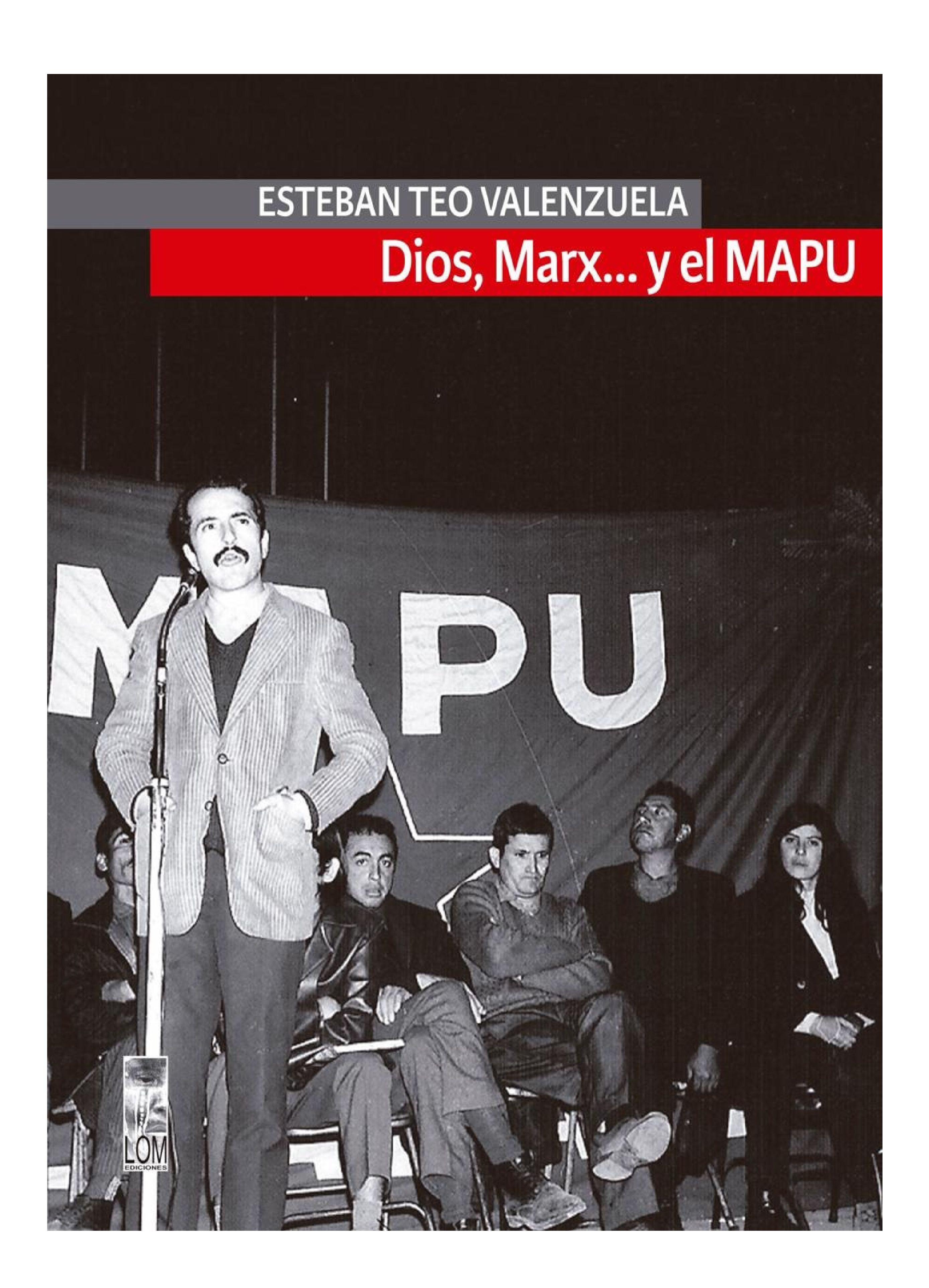
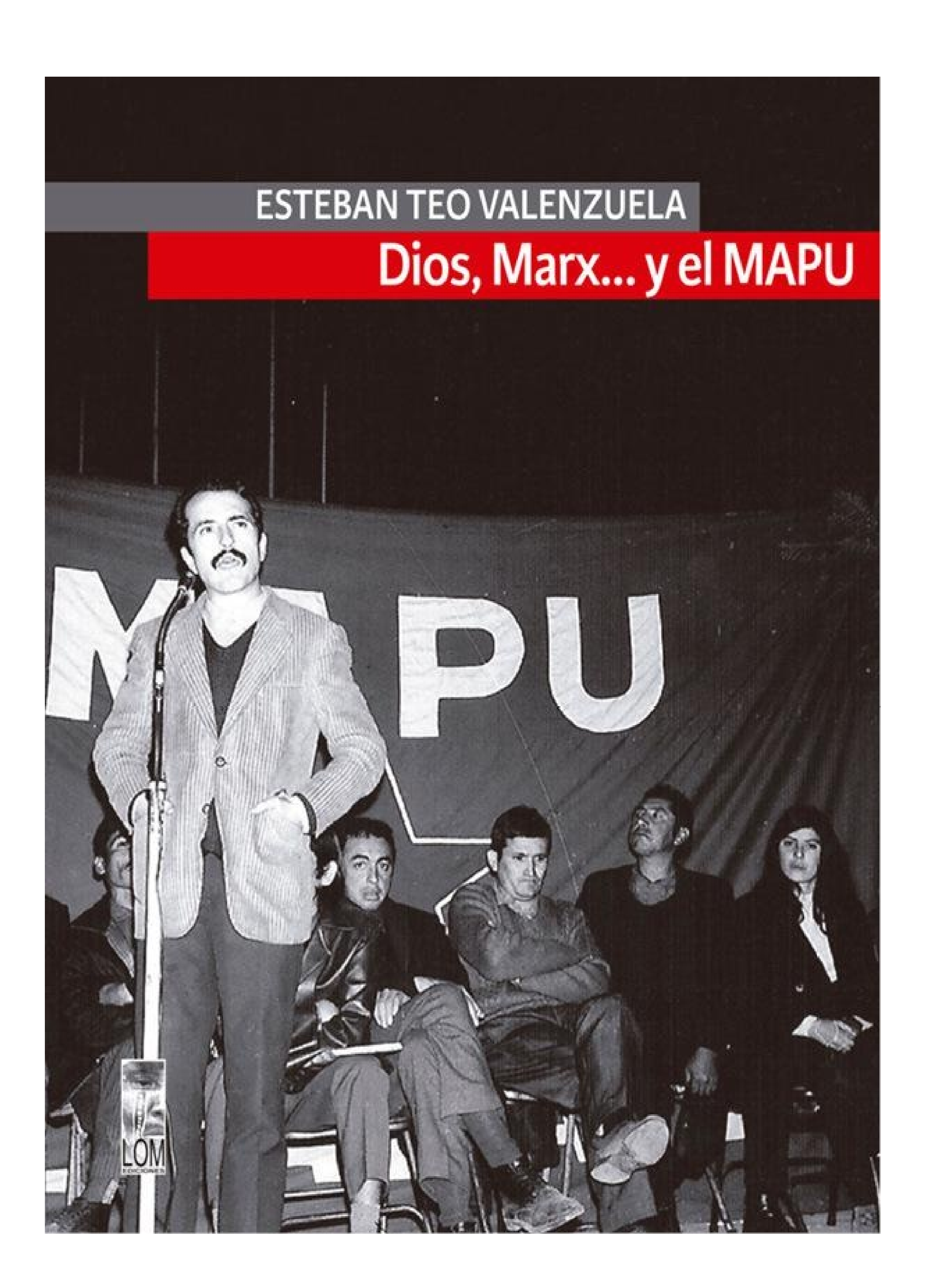

ESTEBAN TEO VALENZUELA
Dios, Marx... y el MAPU
MAPU
LOM
EDICIONES


ESTEBAN TEO VALENZUELA
Dios, Marx... y el MAPU
MAPU
LOM
EDICIONES


ESTEBAN TEO VALENZUELA
Dios, Marx... y el MAPU
MAPU
LOM

Esteban Teo Valenzuela

Dios, Marx… y el MAPU


LOM
EDICIONES

LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA SOL

Primera edición, 2014

ISBN Impreso: 978-956-00-0503-8

A cargo de esta colección: Julio Pinto

Fotografía de portada: Gentileza de Sergio Muñoz (Comité memoria MAPU).

Diseño, Composición y Diagramación

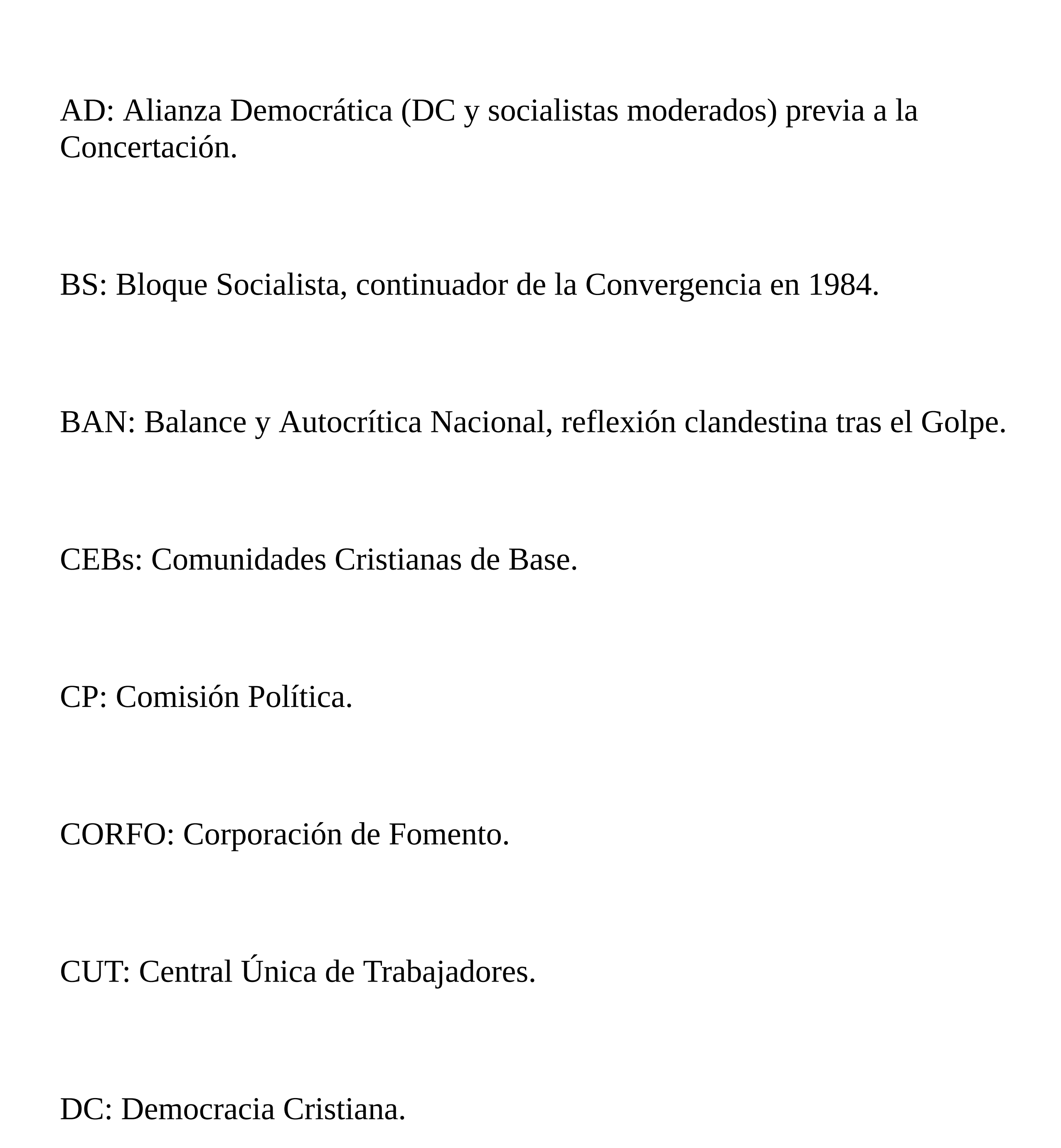
LOM Ediciones. Concha y Toro 23, Santiago

Fono: (56-2) 2 860 68 00

www.lom.cl

lom@lom.cl

Siglas



AD: Alianza Democrática (DC y socialistas moderados) previa a la Concertación.

BS: Bloque Socialista, continuador de la Convergencia en 1984.

BAN: Balance y Autocrítica Nacional, reflexión clandestina tras el Golpe.

CEBs: Comunidades Cristianas de Base.

CP: Comisión Política.

CORFO: Corporación de Fomento.

CUT: Central Única de Trabajadores.

DC: Democracia Cristiana.

FEUC: Federación de Estudiantes de la Universidad Católica.

FLACSO: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

GAP: Grupo de Acción Política o Popular, célula base del MAPU.

IC: Izquierda Cristiana.

JAP: Junta de Abastecimiento y Precios, durante la UP.

JDC: Juventud Democratacristiana.

MAPU: Movimiento de Acción Popular Unitaria.

MAPU-OC o MOC: Mapu Obrero-Campesino, sector Gazmuri.

MDP: Movimiento Democrático Popular, izquierda marxista.

MIR: Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

ONG: Organismo no Gubernamental.

PC: Partido Comunista.

PN: Partido Nacional, derecha.

PPD: Partido por la Democracia.

PR: Partido Radical.

PS: Partido Socialista.

SAE: Secretaría de Asuntos Especiales, aparato de seguridad.

UJD: Unión de Jóvenes Democráticos, juventud del MAPU-OC.

UDI: Unión Demócrata Independiente, partido del pinochetismo.

UP: Unidad Popular, coalición que respaldó a Allende.

Tres prólogos para una edición

I.

Del académico escéptico:

Sobre un «político» que escribió una tesis cum laude

Hablamos «del tema» por primera vez en el salón comedor del Congreso Nacional en Valparaíso. Fue una sorpresa para mí: el entonces diputado Valenzuela, a quien había conocido en Rancagua, una ciudad en aquellos momentos intensamente relacionada con la Universidad de Valencia (una conexión que no se ha roto y que puede seguir dando frutos), me manifestaba su interés y su deseo de iniciar los estudios de doctorado con nosotros. Me impresionó —como ocurriría después en otras ocasiones— su seguridad y su vehemencia (dos rasgos de carácter a los que también soy propenso), pero una evaluación apresurada del esfuerzo que la empresa exigiría no me generaba, precisamente, demasiada confianza. Más allá de la contundencia con la que Valenzuela suele enunciar sus prioridades estratégicas, si yo hubiera debido apostar durante aquel almuerzo, no lo hubiera hecho a su favor. Simpatizaba con su determinación, pero la juzgaba poco factible. En ocasiones como esa me asalta lo que llamo el síndrome de Gramsci: mi voluntad optimista —la que nace de esa propensión al entusiasmo— se confronta con armas y bagajes contra mi razón mayoritariamente pesimista.

No obstante, revocando mis apriorismos, desmintiendo mi desconfianza inicial, tras aquel encuentro de Valparaíso proseguimos los contactos —vía correo

electrónico, vía telefónica— y el honorable diputado cumplió su palabra: realizó los trámites administrativos, satisfizo las tasas académicas, se trasladó a vivir a Valencia por unos meses para asistir a los cursos de doctorado que exigían presencia física, y realizó con aprovechamiento y presentó en tiempo y forma los papers que le fueron exigidos. Más tarde realizó el trabajo final de investigación y obtuvo el Diploma de Estudios Avanzados. La meta final, el objetivo último —aquel del que hablamos en el Congreso Nacional de Chile— fue alcanzado años después: luego de que sus manuscritos cruzaran el Atlántico muchas veces, y le fueran devueltos con mis reflexiones, apostillas y sugerencias, el doctorando Esteban Valenzuela Van Treek concluyó su investigación y, con ella, bajo el brazo se enfrentó con éxito a un tribunal de cinco profesores de tres universidades distintas. En ese acto académico que resultó brillante, Esteban Valenzuela obtuvo el grado de doctor en Historia por la Universidad de Valencia con la máxima calificación (cum lauden). Un éxito, sin duda, que determinó que mi doméstico y personal dilema gramsciano de unos años atrás tuviera como claro vencedor al optimismo entusiasta de la voluntad.

Ahora que redacto estas líneas, como prólogo del libro que va a ofrecer al público lector los resultados de aquella investigación sobre el MAPU chileno, no puedo sino hacer pública mi alegría y mi satisfacción por el éxito alcanzado por aquel jovial diputado chileno que había hecho honor a su palabra, empeñada aquella mañana en Valparaíso.

Cuando inicialmente hablamos del tema de la tesis, barajamos diversas posibilidades como suele ser frecuente con los aspirantes al grado de doctor. Finalmente, siguiendo lo que para mí es un canon no discutible nos decantamos por un tema en el que el doctorando tenía ventajas comparativas iniciales. No era un campo específico en el que yo me moviera con soltura, aunque sí en el periodo cronológico que iba a enmarcar la investigación, así que nos pusimos manos a la obra.

Siempre me ha sorprendido y he sospechado de la sinceridad del catolicismo político alineado con los pobres; lo sintonizo con la instrumentalización del

primero respecto a los segundos. Algún peso ha de tener en esta reacción visceral haber nacido y vivido en la España nacional católica de la dictadura de Franco, claro. Pero no se trata de una sorpresa y una sospecha, llamémoslas cívicas, de persona interesada por la cosa pública, sino que me afecta incluso como profesional de la Historia. Es verdad que he conocido la doctrina social de la Iglesia y que mi tesis doctoral hace ya demasiados años la abordó siquiera de manera tangencial, pero el catolicismo político se acercó a los pobres, a los trabajadores, por la vía del sindicalismo católico, que en España tuvo más de práctica contrarrevolucionaria amparada por una Iglesia aliada con la patronal y con los políticos reaccionarios, que no una actividad de orden pastoral o, en el sentido más amplio, religioso. Si eso se produjo de manera muy virulenta en el periodo previo a la Gran Guerra (1914-1918) y durante los años siguientes, hasta la proclamación de la II República (1931), corregida y aumentada resultaría la presencia asfixiantemente abusiva de la Iglesia en la política española durante los años de la guerra civil (1936-1939) y los de la dictadura franquista —lo que conocemos como el nacionalcatolicismo—, hasta, al menos, la Constitución de 1978.

Claro que en América Latina el panorama fue otro. Es cierto que durante el siglo

xix

y principios del

xx

la Iglesia católica se apoyó, como en España, en los sectores más conservadores y mantuvo una fuerte influencia no solo en materia moral sobre campesinos y obreros, especialmente sobre los más pobres. Desde las primeras décadas del siglo

xx

, sin embargo, la influencia católica empezó a verse amenazada —como en España y Europa— por las asociaciones laicas y los partidos de izquierda, así como por el incipiente sindicalismo de clase; además del protestantismo, los cultos animistas de origen africano, el nacionalismo y el populismo. Más adelante, algunos sectores de la Iglesia latinoamericana se embarcaron en el

proyecto de poner en marcha lo que luego se llamaría Nuevo Cristianismo.

Los orígenes remotos de esta propuesta podemos encontrarlos en la década de los años treinta, pero no fue hasta la década del sesenta que ella se hizo realmente efectiva. Durante este periodo, una parte sustantiva de la Iglesia católica latinoamericana abandonó su tradicional alianza con los sectores más conservadores, asumiendo ideas como ciencia, progreso, modernidad, o desarrollo, en lugar de —como había sido su posición anterior— enfrentarse a ellas.

Como Valenzuela explica con detenimiento, el modelo de la acción católica fue importado de Europa, con el objetivo de conseguir la participación de los seglares católicos en las esferas de la educación, la política, la cultura, la economía o la familia. En varios países se constituyó la Democracia Cristiana como partido político, una opción que obtuvo éxitos en Chile, Venezuela y Brasil. Incluso podemos decir que ese Nuevo Cristianismo alcanzó su cima en 1964, cuando Eduardo Frei Montalva consiguió la presidencia de Chile.

Tras la victoria revolucionaria cubana y el golpe de 1964 de los militares brasileños, junto con los primeros síntomas de insuficiencia de la Alianza para el Progreso, se hizo cada vez más evidente que la juventud se sentía identificada con las propuestas marxistas o filomarxistas. Pronto se levantaron voces críticas incluso desde la jerarquía eclesiástica. Hélder Cámara, el obispo de Río de Janeiro, denunció tanto la pobreza como la violencia inherentes al capitalismo, haciendo una llamada a la toma de conciencia de los pobres y apuntando posiciones favorables al socialismo.

Al finalizar el Concilio Vaticano II, Cámara, con quince obispos más de Asia, América Latina y África, publicó el Mensaje a los pueblos del tercer mundo, en el que declaraba que los pueblos del tercer mundo son el proletariado con el que cuenta la humanidad actualmente; que el evangelio ordena la primera revolución radical y que la riqueza debe distribuirse entre todos. Igualmente, los prelados

acusaban a las clases dominantes de haber declarado una guerra clásica contra la clase trabajadora, así como de haber masacrado poblaciones enteras en todo el mundo. El documento afirmaba que el verdadero cristianismo se debe vivir integralmente.

De todo ello nos habla Esteban Valenzuela en este libro espléndido. De todo ello y de mucho más, porque a través de sus páginas vamos a profundizar en la evolución del grupo de jóvenes rebeldes que se escindieron de la Democracia Cristiana (DC) chilena y crearon el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) en las postrimerías de la década del sesenta. Veinte años después, aquellos jóvenes que ya no lo eran, junto con los que se habían ido incorporando a la organización partidaria durante los difíciles años ochenta, se diluyeron orgánicamente para conformar el potente bloque socialdemócrata de Chile junto con el Partido Socialista (PS) y el Partido por la Democracia (PPD).

En aquellas dos décadas —como el lector podrá comprobar—, los hombres y mujeres del MAPU recorrieron un largo camino. Transitaron desde la comprensión —emparentada con el marxismo de la época— de la violencia justa de los oprimidos y su censura cerrada a las insuficiencias de la DC, a dedicarse con fervor a la construcción de una mayoría social y política que —en alianza y colaboración con la DC antes denostada— permitiera a Chile recuperarse del politraumatismo de la dictadura militar.

Esta dilatada transformación es explicable, nos dice Esteban Valenzuela, por la fuerte y muy singular corriente progresista existente en el seno de la Iglesia católica chilena e incubada durante todo el siglo

xx

. También, claro está, porque aquella elite de políticos formados desde el catolicismo político, conscientes de su potencial como grupo, supieron jugar sus cartas en las siempre procelosas aguas de los procesos de recuperación democrática.

Joan del Alcàzar

L’Almardà de Sagunt, 2012.

II.

De un jesuita:

El «cuarto catolicismo» de los Cristianos por el Socialismo en Chile

«El catolicismo social es el catolicismo lógico», sentenció el jesuita Fernando Vives, formador de toda una generación de cristianos en los años treinta, que supo sacar las consecuencias sociales y políticas de su fe. Sostenido en la Rerum Novarum que inaugura las encíclicas sociales, aboga a la vez por un compromiso radical con la cuestión social y la suerte de los obreros, como por el pluralismo, el discernimiento y la libertad de los católicos en sus compromisos sociales y políticos. Contribuyó a formar profetas, intelectuales, obispos y santos, y los nombres de Clotario Blest, Jaime Eyzaguirre, Manuel Larraín y Alberto Hurtado son parte de un ramillete de figuras señeras, algunos padres de la patria, que nos enorgullecen como chilenos.

El empeño del padre Vives para liberar a los católicos de un compromiso político exclusivo con el Partido Conservador influyó en la generación de jóvenes católicos que se atrevieron a dejar el partido oficial para formar la Falange y más tarde la DC. Esta versión reformada y moderna del catolicismo

adelanta búsquedas que el Concilio sancionará y contribuye a que se dibuje un tercer tipo de cristianismo además del catolicismo conservador de la elite y el catolicismo de la religiosidad popular. Pero ¿qué podemos decir de un cuarto tipo de catolicismo, de la posibilidad de los cristianos revolucionarios, de los cristianos de izquierda?

El libro de Esteban Valenzuela se empeña en mostrar que el cristianismo fue la inspiración y motivación de origen en el compromiso social y político de muchos militantes del MAPU. Los ubica como parte de una tradición más amplia que llama «evangelistas rojos», de los que da cuenta, en sus variadas versiones, en la primera parte del libro. Compartimos lo fundamental de su tesis: esta versión revolucionaria del cristianismo hace parte del catolicismo social y moderno del siglo

xx

que tiene en la doctrina social de la Iglesia su origen; en el Concilio Vaticano II, su cumbre, y en la conferencia episcopal de Medellín, su inspiración para los cristianos de América Latina. La preocupación por los pobres, las consecuencias sociales del Evangelio, la misericordia y la justicia son tesoros cristianos que han florecido en muchos momentos de la vida de la Iglesia. Este libro nos muestra un abanico de testigos y movimientos, algunos precursores más remotos, otros contemporáneos, pero todos compartiendo la misma sed de justicia que dio nacimiento a este partido de católicos iluminados de izquierda que luego se transformó en una generación de enorme influencia.

El catolicismo social del que hablamos tiene una peculiaridad que lo diferencia de otras versiones. Mientras los católicos reformistas intentan convertirse en una alternativa al marxismo, una vía media, un camino propio, los cristianos revolucionarios se lanzan a los brazos del marxismo como el camino único. Pero el marxismo no terminó siendo la senda científica ineludible ni el camino por el que todos debíamos transitar. Sin embargo, incluso antes de que esto fuera del todo evidente, el mismo Esteban Valenzuela nos presenta las muchas preguntas que la identificación tan optimista entre cristianismo y compromiso con la izquierda de esos años levantaba. Las dudas de algunos próceres son explícitas.

Hélder Cámara, el «Obispo Rojo», se muestra cauto: «La colaboración entre católicos y comunistas no es imposible, pero no deja de ser un problema complejo […]. Yo no me atrevería a decir un no definitivo ni un sí absoluto». Gustavo Gutiérrez, por su parte, advierte las dificultades que hicieron «que en muchos casos el proyecto por la revolución social sustituyese paulatinamente el proyecto por el Reino».

Las palabras del cardenal Raúl Silva Henríquez al Grupo[1] de los 80 son duras pero clarividentes: «Movidos por el gran deseo de liberar a nuestros pueblos de las estructuras opresoras, emprenden un camino que, a mi modo de ver, no es el mejor; que les hace renunciar de hecho a su cristianismo, y que creo no aportará la esperada liberación». Un filósofo jesuita chileno, interesado en que fuera posible el diálogo entre las dos corrientes (catolicismo social y marxismo) que asumen la cuestión social, lamenta que «la diferencia filosófica subyacente a estos sistemas de pensamiento […] ha hecho imposible el diálogo entre ambos» (Arturo Gaete, 1971). Un teólogo de la liberación chileno reconoce no solo el peligro de que el tradicional rol de legitimación del cristianismo de políticas conservadoras simplemente se desplace hacia posturas revolucionarias, sino también el de que la fe sea solamente motivación exterior y anterior al compromiso político y que, una vez adquirido este, ella se vuelva superflua y termine abandonándose (Fernando Castillo L., 1986). El drama no solo fue que muchos de hecho abandonaron su fe cristiana, sino que, después de padecer la derrota cruenta, la persecución y la muerte, debieron revisar y abandonar también su fe en el marxismo.

Pero más allá de las posibilidades del cristianismo para inspirar y sostener un compromiso socialista y de izquierda, más allá del fracaso del marxismo y la necesaria renovación socialista, el libro de Esteban Valenzuela es la historia de un movimiento político en el que confluyeron muchas historias. El propio movimiento es un condensado de la historia de Chile. Jóvenes, y no tan jóvenes, generosos que se entusiasman con un sueño de justicia social, que encuentran en el marxismo una hoja de ruta, un ideario al que la realidad no logra acomodarse, que son derrotados militarmente, barridos, perseguidos, que ven cómo el sueño marxista se desmorona, que hacen el ejercicio noble de reconocer los propios errores y desmesuras, y que son capaces de reinventarse y renovarse para

conquistar nuevamente el poder atendiendo ahora más a la realidad que al ideal. Curiosamente, en los comienzos se desprenden de los grupos reformistas para volverse revolucionarios. Una vez que la revolución es derrotada militarmente y luego ideológicamente, el fracaso los vuelve reformistas, pero ya no utópicos sino pragmáticos. Pero las categorías de iluminados, utópicos, mesiánicos y dogmáticos para calificar un periodo, y luego de pragmáticos y posibilistas para calificar otros, si bien son útiles para el análisis (generalidades inevitables), se quedan cortas para recoger tantas vidas, la singularidad del itinerario de vida de cada uno.

Me permito aludir a un itinerario, dándole la palabra a Gonzalo Arroyo, sacerdote jesuita, compañero de ruta de tantos mapucistas, testigo incansable de mil búsquedas, recientemente fallecido. En él apreciamos el entusiasmo de la convicción, la reflexión frente al fracaso y la búsqueda de nuevas posibilidades. El coordinador general de los Cristianos por el Socialismo declaraba enfático que «el socialismo es el único medio para salir del subdesarrollo» y que la colaboración y militancia conjunta de «muchos cristianos y muchos marxistas» es «la originalidad del MAPU». El golpe militar y el prolongado exilio obligaron a Arroyo a repensar ese compromiso social y político: «Visto desde el presente, percibo que mi inspiración era auténticamente evangélica pero que el curso del mundo no va por el camino del socialismo que se buscaba en la época». Su reflexión lo lleva a pedir perdón: «Mi dolor está en que quizá yo haya impulsado a varios a un compromiso que finalmente terminó cruentamente y pido al Señor que me perdone por la responsabilidad que me cabe». Pero no sirve quedar pegado ni en los entusiasmos primeros ni en las lamentaciones segundas, pues la realidad y el mundo en cambio siguen interpelando a los que no se cansan de buscar y saben renacer desde las cenizas. Esta sociedad cada vez más pluralista en sus valores sociales y religiosos «conduce no solo a una globalización de la economía y a los consiguientes efectos buenos y malos que la acompañan, sino aún más al surgimiento de una nueva sociedad que implica profundos cambios organizacionales, culturales y de valores cuya naturaleza aún está por verse». El sacerdote terminó trabajando por la responsabilidad social empresarial.

Exceso de mesianismo, de revisionismo, de pragmatismo. Quizá. Pero justo es reconocer que el mesianismo era de todos. El mesianismo no parece haber sido

exclusivo de los cristianos de izquierda, sino parte de los tres proyectos fundacionales que comienzan a gestarse en los años sesenta: la revolución en libertad de la DC, la revolución socialista de la UP y la revolución capitalista de la dictadura. Lo paradójico es que solo la tercera alcanzara el éxito de ser continuada-reformada por los actores de las dos primeras. Las profundas transformaciones económicas neoliberales no solo fueron una alternativa a las revoluciones de Frei y Allende, sino el fin del modelo de desarrollo de sustitución de importaciones que nos regía desde los años cuarenta y el comienzo de uno nuevo. Una revolución que sintoniza con la caída del muro, con el fin de la Guerra Fría y el triunfo y la globalización del capitalismo. La caída del marxismo provoca en quienes apostaron por él una profunda revisión y la renovación socialista en la que el MAPU se integra. Para algunos lo que sigue de allí es un exceso de pragmatismo. Quizá. Pero es justo reconocer que el pragmatismo del presente tampoco parece ser exclusivo de la izquierda renovada, sino anida en todo el amplio abanico de los partidos políticos.

Frente a ese pragmatismo, lo que surge es la indignación de jóvenes que quieren cambiarlo todo y que tienen la libertad de no arrastrar con la culpa de las desmesuras de anteriores intentos. A ellos se unen adultos —algunos miembros de sectores eclesiales de izquierda— que por distintos motivos parecen no haber hecho el doloroso proceso de purificación y reconocimiento de los propios errores. Unos y otros endosan los fracasos y las impotencias a los enemigos y la culpa es siempre de otros: de las dictaduras militares, de la caída del muro, de la Iglesia conservadora, del invierno eclesial y del frío neoliberal, de Roma y de Washington. Como lo ha recordado en su visita a Chile el superior general de los jesuitas, el servicio profético no se agota en la denuncia de lo que no está bien; debe también prometer y ofrecer alternativas. Si no lo hace es un profeta de mal agüero. Dos tareas que se completan con una tercera: «Debe dar energía y esperanza […] porque Dios está con nosotros, a pesar de todo». Hay aquí una sabiduría que les sirve tanto a los mesiánicos de ayer y a los de hoy como a los que se han vuelto demasiado pragmáticos. La praxis voluntarista de algunos y calculadora de otros no obliga a una renuncia a la primacía de la praxis. Si se trata de una libertad según la esperanza, que soporta el fracaso, tiene misericordia y evita el dogmatismo y el moralismo. Cabe entonces la pregunta que Antonio González nos hace desde la teología: «¿Es la praxis puro hacer humano o hay en ella un lugar para la gracia? ¿Es la praxis el esfuerzo consciente de los seres humanos para lograr fines sociales, éticos, políticos y

religiosos, o hay en la praxis un lugar para la apertura a un Dios que transforma y supera todos los proyectos humanos?».

Comenzamos aludiendo al padre Vives e indicando que la perentoriedad y radicalidad del compromiso no exime del pluralismo y la libertad de la búsqueda por la mejor respuesta. Nunca se puede dejar de buscar apasionadamente y nunca se debe dejar de discernir y ponderar. Ni cuando el marxismo aparece como el camino científico para transformar la realidad ni cuando el capitalismo aparece como el único modelo frente al que no existe otra alternativa. Pues, más allá de todas las modas, el hecho mayor permanece: la pobreza de millones de personas en el mundo y en el continente, las enormes desigualdades entre ricos y pobres, la injusticia que sigue clamando al cielo. Como ayer, quizá, son el cristianismo y el socialismo, ambos reinventados, los depósitos de donde podremos sacar los elementos para una transformación que no solo sea posible, sino que esté a la altura de nuestros anhelos. El libro de Esteban Valenzuela rememora algunos de esos pozos donde es posible beber.

Eduardo Silva S. J.

Santiago, 2012.

III

Del autor:

La originalidad del partido de los católicos iluminados de izquierda

Todo sea por el Reino, dijo como consuelo el seminarista de los Sagrados Corazones y militante del MAPU, Félix Avilés, cuando corpulentos carabineros caminaron sobre su espalda en el piso de un bus policíaco tras una toma del Campus Oriente de la Universidad Católica en el año 1984. En su morral andino (seña cultural de los artesanales; opositores al régimen), encontraron unos panfletos mapucistas que decían cuestiones algo abstractas: «Contra la prepotencia, desobediencia», «el socialismo se construye en la vida cotidiana». Miró a los otros detenidos, uno de los cuales gritó desde el fondo del bus: «Amén y liberación».

Avilés combinaba su vida de seminarista de los Sagrados Corazones viviendo en poblaciones de la popular zona sur de Santiago, fervientes partidarios de las coordinadoras de teología de la liberación, con su militancia en la Convergencia Socialista Universitaria, animada por mapucistas en la Universidad Católica. Se dedicaba a reclutar alumnos novatos que se acercaban a mirar el diario mural del Centro de Alumnos de Teología, único espacio visible de disidencia de la dictadura en el Campus Oriente de la UC. Los invitaba a rezar por el socialismo con los sacerdotes que pedían compromiso con los derechos humanos, la democracia y el socialismo para construir el Reino de Dios en la tierra, aquí y ahora, la gran afirmación de los evangelistas rojos desde los orígenes del cristianismo: la salvación no es solo personal; es colectiva en estructuras socioeconómicas en que la justicia materializa la caridad. El seminarista sabía de las propuestas igualitaristas de San Ambrosio, leía los poemas revolucionarios de Ernesto Cardenal, y sus héroes eran por igual Salvador Allende y el cardenal Raúl Silva Henríquez, el gran opositor de la dictadura de Pinochet.

Los mapucistas fueron (son) el paradigma de los militantes iluminados de izquierda provenientes de capas medias católicas que se hicieron marxistas revolucionarios y luego renovados modernizadores. Estos grupos existieron en todo el mundo como tendencias de la Iglesia, de la Democracia Cristiana o como pequeños grupos de base, pero en ningún lugar adquirieron el peso relativo y simbólico del MAPU de Chile, que solo se explica por la larga tradición de catolicismo social y moderno del país del sur de América. Es el origen de la

historia del Movimiento de Acción Popular Unitaria, influyente partido de la política chilena entre 1969 y 1989, nacido de la escisión de parlamentarios comunitaristas[2] y de los jóvenes rebeldes[3] de la Democracia Cristiana. Casi medio siglo después, diversos fundadores del MAPU que coquetearon en los sesenta con el marxismo althuseraino, con el leninismo y el maoísmo coinciden en que el cristinismo fue su base. Gonzalo Ojeda, de Valparaíso, considera clave la definición que diera Jaime Castillo Velasco en 1959 de una DC como vanguardia política, anticapitalista y que podía colaborar con partidos de izquierda[4]. Así, fueron los correligionarios falangistas socialistas (Gumucio, Chonchol, Sota, Silva) y los jóvenes rebeldes (M. A. Garretón, Del Solar, Ambrosio, Correa) los que convergieron en 1969 para crear el primer partido católico de izquierda en el continente, con una parte significativa de su dirección ya conversa al marxismo puro y duro.

El nuevo partido fue protagonista de los tres principales procesos históricos de la izquierda a fines del siglo

xx

:

a. La creación de la Unidad Popular que llevó a Salvador Allende al poder en 1970, cuyo gobierno fracasó en medio del complot y las fuertes divisiones de la izquierda entre revolucionarios y reformistas, que llevaron al propio MAPU a su escisión previa al golpe de Estado en 1973 (nace el MAPU Obrero Campesino, de tendencia moderada)[5].

b. La dura sobrevivencia en la clandestinidad y el exilio, aportando a redes de resistencia, eficiente trabajo contracultural, grupos de derechos humanos, recreación del sujeto popular y amplia influencia en redes de ONG en medio de la dictadura neoliberal de Pinochet.

c. El proceso de autocrítica y renovación de la izquierda socialista tanto en la clandestinidad en Chile como en Europa —con el influjo eurocomunista y la emergencia de alternativas socialistas democráticas—. Ambos MAPU se hacen parte de la renovación socialista que concluyó con una coalición histórica socialdemócrata-democratacristiana que, desde 1990 hasta 2010, gobernó Chile: la Concertación de Partidos por la Democracia[6].

Cambió el mundo y ellos se transformaron. Si en 1969, los «rebeldes» de la DC crearon el MAPU acusando a los socialcristianos de traicionar la «revolución en libertad» que impulsaba Eduardo Frei, en 1989 se disolvieron como orgánica política e ingresaron al eje socialdemócrata conformado por el Partido Socialista (PS) y el Partido por la Democracia (PPD) para impulsar el compromiso histórico con la Democracia Cristiana[7]. En el transcurso de dos décadas, pasaron de su fascinación por las revoluciones y el acercamiento al marxismo-leninismo desde los espacios de poder de la UP a ser, tras el golpe de Estado, una red de lectores abatidos en la clandestinidad que descubren el marxismo crítico de Antonio Gramsci[8] para construir una mayoría social y política con la misma DC de la cual nacieron y a la que habían abominado.

Durante esos veinte años, se van entrelazando cristianismo y marxismo como rasgos claves desde su nacimiento. Esto puede explicarse por la fuerte corriente progresista que se incubó en el seno de la Iglesia católica durante todo el siglo

xx

, cuyas expresiones institucionales fueron el nombramiento del cardenal reformista Raúl Silva Henríquez y la creación del movimiento Cristianos por el Socialismo[9], en los que participaron sacerdotes y laicos vinculados al MAPU. Pero este lazo no se limitó a la fundación del partido, sino que siguió en la clandestinidad gracias al alero que recibieron estas personas de la Iglesia católica encabezada por el cardenal Silva Henríquez y que tuvo su nuevo dinamismo entre 1978 y 1985 con la proliferación en América Latina de la teología de la liberación, las comunidades cristianas de base (CEB) y el cristianismo popular, del cual provinieron nuevos dirigentes y militantes de partidos como el MAPU y la Izquierda Cristiana en Chile. El triunfo de los sandinistas fue un alimento para

estos procesos culturales —simbolizados en el cantoral social chileno y la misa nicaragüense de los cristos obreros— que perduraron hasta la consolidación del predominio de la neocontrarreforma vaticana liderada por el papa Juan Pablo II y el cardenal Ratzinger.

Otro componente distintivo es el juvenil, aunque no se trata de uno esencial como sugieren otras investigaciones (Moyano, 2009; Yocelevsky, 2002). Es verdad que las nuevas generaciones hegemonizaron la dirección del MAPU en las principales ciudades (Santiago, Concepción y Valparaíso), provenientes de los movimientos de reforma universitaria, con afanes de lograr poder ante las trabas de los partidos tradicionales y en un contexto de explosión juvenil libertaria como fue la década de los sesenta. Esto es parte del MAPU, pero no es su esencia como movimiento de elite católica (de adultos y jóvenes) que se radicaliza paralelamente a los procesos que se vivieron en otros países de América Latina, como consecuencia del impacto de la Revolución cubana[10], el fracaso relativo de la opción desarrollista que implicaba la Alianza para el Progreso impulsada por Estados Unidos y la tendencia al mesianismo que se apoderó de la política, con muchos influjos del redentorismo cristiano animado como pólvora por el Concilio Vaticano II y los obispos reunidos en Medellín que pedían cambios estructurales.

En Chile, el modelo económico de sustitución de las importaciones impulsado desde 1938 se ve desbordado, crecen las movilizaciones sociales de campesinos, sindicatos y pobladores sin casa, poniendo en crisis el llamado Estado de compromiso, una economía protegida que favorecía a sectores integrados, dejando a la mayoría en condiciones de exclusión social[11]. Algunos historiadores tienen una visión menos apocalíptica del Chile de los sesenta y señalan que en el país las clases medias habían crecido en una república mesocrática[12], por lo que la radicalización habría sido producto del ideologismo de las elites y las influencias externas en época de guerra fría.

Por varias razones, tiene sentido contar la historia del MAPU. Primero, porque solo se ha hecho parcialmente, con la excepción de la documentada historia de

Cristina Moyano[13], y con el énfasis puesto en el rol de los intelectuales. Por el contrario, este es un intento por armar la historia completa: la de los militantes reales de Santiago y provincias, reformistas y revolucionarios; la de los sindicalistas y ONG; del partido real y sus facciones, así como de sus entornos de influencia. Por cierto, este libro es tributario de los otros trabajos: Irene Agurto inserta al MAPU en los movimientos generacionales revolucionario-modernizadores de los sesenta (junto con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR); Carolina Torrejón hace lo propio con el MAPU-OC; Carlos Bascuñán recopila y clasifica sus documentos como parte de la denominada «izquierda católica» que comparte con la Izquierda Cristiana. Quienes han realizado menciones en diversos textos, ensayos y entrevistas al MAPU, son los sociólogos Tomás Moulian y Eugenio Tironi, uno del MAPU-OC y otro del MAPU a secas. Sin embargo, no se han animado a escribir la historia del partido-movimiento de la bandera roja y verde. Nico Acevedo, por su parte, ha hecho un aporte para comprender desde la zona sur de Santiago el nacimiento de la facción MAPU-Lautaro.

El Movimiento de Acción Popular Unitaria fue un fracaso como partido, pero un éxito como red y movimiento. Una de nuestras conclusiones es que fue un partido antipartido, que siempre se entendió como instrumento de transición hacia algo mayor: durante la UP, su función habría sido contribuir a la construcción del partido unitario del proletariado; en el periodo de la renovación, ser el gestor de la nueva y única fuerza socialista capaz de acoger al socialismo de raíz cristiana, como se autocalifica en su congreso de mayo de 1985. Y luego, tras el regreso a la democracia, el rol del MAPU habría sido ayudar a construir y estabilizar a la Concertación —el mito del eje MAPU/DC—, y también ser parte de su derrota, respecto a la que los propios mapucistas se dividen entre conformistas y críticos. Ellos fueron una elite transformadora producto de las grandes innovaciones/disrupciones que desencadenaron, y luego a causa de su sensibilidad adaptativa, a menudo cuestionada por su exceso de pragmatismo[14].

Me correspondió «vivir parte de la historia». Como dice Prost: «La escritura de la historia está, pues, simultáneamente del lado de lo pensado y del de lo vivido, puesto que no es sino el pensamiento de una vivencia»[15]. Por tanto, usaremos lo «vivido» en nuestros años de militancia en el MAPU, no para quedarnos en lo

anecdótico o permanecer enamorados de «épicas juveniles», sino para tomar la adecuada «distancia irónica» del MAPU —expresión del profesor Justo Serna—[16].

Conocí a los mapucistas en la convergencia socialista universitaria que animaba la renovación, y luego ingresé al MAPU en su Congreso de Unidad de 1985, como vicepresidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica. Un MAPU de militancia amplia, cultural, sin reuniones de células, pero activo en la organización de la desobediencia civil contra la dictadura y la unidad de la oposición, dividida entre las fórmulas propuestas por el PC que propiciaba «todas las formas de lucha» y la DC que apostaba a las manifestaciones pacíficas. La Universidad Católica fue, en la década de los ochenta, un epicentro de manifestaciones y luchas donde los mapucistas ocuparon un rol decisivo, igual como lo habían hecho a fines de los sesenta para la reforma universitaria[17].

Fueron años en que compartí la angustia existencial del MAPU: la disyuntiva entre proyectarse como partido o ingresar a alguna de las principales facciones socialistas. La duda generaba tensión porque los mapucistas no querían ser marginales: deseaban poder, pero a su vez se sentían portadores de nuevas ideas y de un estilo más democrático y de deliberación colectiva, que, según ellos, los diferenciaba de los partidos tradicionales de la izquierda. El MAPU fue un partido que rompió con toda suerte de leninismo y defendió una especie de «gremialismo de izquierda» al promover la idea de autonomía de los movimientos sociales. El MAPU de los ochenta también recuperó su sintonía con el mundo cristiano influido por la teología de la liberación (después de haber prácticamente expulsado a su ala cristiana en 1971), habló de posmodernismo en las numerosas ONG donde trabajaba, y las agencias internacionales le inculcaron nuevas plataformas como el feminismo, la ecología y el desarrollo local.

Esta es la historia de los veinte años en que el MAPU existió formalmente (1969-1989), pero lo es también de los profundos procesos de construcción de una corriente de catolicismo social y moderno en Chile que explican su creación. No hay culto a los documentos; usamos muchas entrevistas y fuentes orales de

mapucistas de diversas facciones y orígenes sociales y territoriales. Joan del Alcàzar, citando a Paul Thompson, valora los testimonios orales porque dan sentido humano a la historia, «devolviendo el pasado a su gente con sus propias palabras»[18]. A su juicio, con ellos «no se puede hacer una historia alternativa» [19], pero enriquecen las fuentes y permiten rescatar subjetividad»[20]. Por lo mismo, revisaremos las prolíficas literatura e historiografía sobre el desarrollo político chileno, el análisis de la izquierda, el periodo de la Unidad Popular, la radicalización política en América Latina, así como la evolución del pensamiento cristiano y marxista.

Escudriñaremos el origen sociocultural de clase media católica del MAPU, de sus líderes, para luego identificar la evolución que lo llevó a convertirse en un partido laico y policlasista. Analizaremos, asimismo, el estilo cultural de los mapucistas, marcado por el iluminismo y el desarrollo de la expresividad original de cada militante, mezcla de utopismo con pragmatismo, vocación popular con elitismo, innovación con dogmatismo. El MAPU es como toda vida: una historia de pasión, de aciertos y de profundas derrotas. Buscaremos «escribirla como historia para un millón de lectores», como los libros de Carlo Ginzburg[21]», donde las entrevistas, que llamamos vidas ejemplares mapucistas, nos permiten acercarnos al ethos de la militancia y de su tiempo.

En definitiva, nos sumergiremos en la cultura, contextos, gustos, acciones y formación que tuvieron los mapucistas, en las redes internacionales y espacios de poder que crearon y en las cuales se desenvolvieron. Diremos que hacemos historia del tiempo continuo porque el MAPU ha resultado duro de matar, y su influencia creció como mito y realidad en la transición chilena al ocupar espacios claves de poder en el Partido Socialista (PS) y en el Partido por la Democracia (PPD) durante los gobiernos de la Concertación (1990-2010). Pero también diremos que esta investigación constituye una historiografía convergente, ya que mezclamos historia política, cultural, religiosa e institucional, entramadas en el laberinto que nos acerca a una plausible explicación del MAPU.

MAPU significa tierra en la lengua de los mapuches, pero su sigla encierra mensajes polivalentes: movimiento (el partido antipartido), de acción (pero sus miembros se lo pasaban escribiendo y peleándose por documentos y tesis), popular (el deseo de una elite con sentimientos de culpa sociales), unitario (el partido que agobió a Allende y se dividió en plena Unidad Popular, acrecentando la crisis de toda la izquierda). El MAPU tuvo esa dimensión negativa, pero también otra: fue un movimiento que tejió redes culturales amplias contra la dictadura; que sostuvo una acción productiva en el proceso de renovación de la política chilena, sobre todo si se considera su tamaño; que usó la educación popular para acompañar a nuevos grupos sociales, y que finalmente se unificó en 1985 y accedió tanto a la unidad socialista-PPD como a su reconciliación con la DC en la Concertación que gobernó el país desde 1990 hasta 2010.

Los ex MAPU pasaron a tener una enorme importancia en los partidos y en los gobiernos de la Concertación; su núcleo más influyente, vinculado al MAPU-OC, fue acusado de montar con segmentos de la Democracia Cristiana un verdadero partido transversal que en sus oficinas dirigió los destinos de la Concertación[22] para hacer una política cínica[23], pragmática hasta la claudicación, simbolizada en la defensa del entonces ministro José Miguel Insulza de la tesis de juzgar a Pinochet en Chile cuando estaba detenido en Londres[24]. Pero Insulza no se inmutó (le llaman el pánzer): con sus amigos del MAPU-OC y el apoyo de Ricardo Lagos, el exministro de Relaciones Exteriores y del Interior fue elegido secretario general de la OEA y, en 2008, estuvo cerca de convertirse en el candidato presidencial de la Concertación. ¿Por qué siempre gana el MAPU?, se preguntó irónicamente un periodista de la revista The Clinic ese año. Como sea, lo que sí es cierto es que existe una rara confusión de tiempos históricos: el MAPU y sus integrantes cobraron mayor relevancia en la época post Pinochet[25].

La historia del MAPU se mimetiza con el cristianismo liberacionista. No solo hubo católicos en su formación sino también los ideólogos comunitaristas Julio Silva Solar y Jacques Chonchol, el senador Rafael Agustín Gumucio, y el propio Rodrigo Ambrosio, converso al marxismo de Althusser tras haber sido, junto con Marta Harnecker, piadoso miembro de las juventudes católicas. Muchos de sus miembros colaboraron en la Vicaría de la Solidaridad y trabajaron en instituciones al alero de la Iglesia católica en la difícil sobrevivencia tras el golpe

de Estado. Entre los años 1975 y 1985, con influencia de sacerdotes y laicos que en el gobierno de Allende crearon los Cristianos por el Socialismo, se produjo el auge de las pastorales juveniles y del cristianismo popular en Chile, lo que permitió renovar dirigentes y alimentar de nuevos militantes a los partidos del eje socialista de raíz cristiana que conformaban ambos MAPU y la Izquierda Cristiana. El jefe de la juventud del MAPU, Eduardo Arrieta, provenía de la Pastoral Universitaria; el líder poblacional, René Jofré, fue educado en el abajismo (Cristo entre los pobres) por sacerdotes liberacionistas de Peñalolén. El Documento de Puebla (1979) de los obispos latinoamericanos llamó a la opción preferencial por los pobres, hablando de los rostros sufrientes de Cristo en la desigualdad y reconociendo sus causas en realidades estructurales a cambiar. El texto cobró tanta importancia como los cuadernos de Antonio Gramsci para dicha generación y las conversaciones sobre renovación socialista con los intelectuales del MAPU agrupados en la FLACSO: Manuel Antonio Garretón, Tomás Moulian, José Joaquín Brunner, que impartían clases en la Academia del Humanismo Cristiano con el apoyo del cardenal Raúl Silva Henríquez.

Termino este prólogo agradeciendo especialmente al profesor Joan del Alcàzar, del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Valencia, un experto en Chile y amante de este país en sus claroscuros, quien me obligó a ampliar las lecturas, los testimonios, y a hacer el trabajo prolijo de escribir historia con sudor. Él desalentó la peregrina idea de estudiar las razones del centralismo chileno, algo muy metafísico, ancestral y etéreo, para animarme a investigar sobre el propio pasado (como un pasar personal) de experiencias y escritos sobre el MAPU. Además, como chilenófilo, Del Alcàzar cuestionó, corrigió y delató inconsistencias. Así, nos convertimos en cómplices de una investigación que completa una trilogía de alumnos de doctorado que trabajaron con él: Alfredo Riquelme indagó acerca del Partido Comunista de Chile y Edison Ortiz sobre el último medio siglo del Partido Socialista. Con esta aproximación a la historia del MAPU, se completa una trinidad de los principales partidos de izquierda chilenos incluyendo su facción cristiana.

También quisiera agradecer a los profesores Justo Serna y Anaclet Pons, quienes me instruyeron para indagar más sobre el MAPU de carne y hueso, el contexto cultural de sus miembros y las preferencias culturales de sus militantes. Justo

Serna nos invitó a romper la timidez con nuestra tendencia al periodismo y la novela, mostrándonos, entre otros buenos ejemplos, el libro de Javier Cercas, Anatomía de un instante[26], en el cual el autor combina el rigor investigativo con la extraordinaria historia del golpe que encabeza Tejero y esa foto del presidente Suárez y del comunista Carrillo, manteniéndose de pie mientras los amotinados disparan en el Parlamento español. Yo debía explicar algunas fotos del MAPU relevantes, describir la atmósfera con densidad de minimalista, pero ser capaz a la vez de mostrar el contexto histórico y sus verdades… posibles.

El académico Marc Baldó me instó a mirar el proceso más amplio de radicalización católica que se vivió en Europa y América Latina. Esta sugerencia se tradujo en la primera parte sobre los evangelistas rojos para cuya confección conté, además, con la ayuda de Andrés Rojo y el estímulo del jesuita Eduardo Silva, directivo de la Universidad Alberto Hurtado, quien, por cierto, estuvo conforme con el foco de la investigación; el MAPU es también hijo de los jesuitas.

El jurado que leyó mi tesis doctoral le otorgó en septiembre del año 2011 la máxima calificación (cum laude) y aportó detalles significativos que enriquecen este libro. La comisión estuvo integrada por los valencianos Nuria Tabanera y Marc Baldó, el argentino Guillermo Mira de la Universidad de Salamanca, la historiadora Pilar Cagiao de la Universidad de Santiago de Compostola y el investigador Julio Pérez Serrano de la Universidad de Cádiz. A todos ellos, mis más sinceros agradecimientos.

Asimismo quisiera expresar mi gratitud hacia Daniel Sánchez, quien contribuyó con aspectos logísticos y de recopilación de material, así como a Gabriela Ruiz, quien lidió con las primeras versiones. A quienes nos dieron sus testimonios en las entrevistas formales y en los diálogos informales, en Santiago, Valparaíso y Rancagua, también quisiera agradecerles, así como expresar mi reconocimiento al colectivo Memoria MAPU[27], que publicó un libro con las biografías de los cuarenta mapucistas ejecutados y detenidos-desaparecidos. También a Edison Ortiz, autor de El socialismo chileno de Allende a Bachelet, quien me criticó y

entregó elementos de la alquimia para acabar una tesis, quisiera expresar mi gratitud.

Finalmente, al equipo de LOM ediciones y sus lectores anónimos, quienes valoraron esta historia —algo beata— pues se inscribe en su notable esfuerzo por rescatar la memoria y hacer una colección acerca de los partidos y movimientos políticos chilenos.

Dedico este libro a los mapucistas asesinados por la dictadura, cuyo listado se anexa al final del libro. A quienes partieron de viaje —mi amiga Polly Sepúlveda, Payo Grondona, Pedro Gaete y Eduardo Benítez—, algunos de quienes hubieran leído con ganas esta historia. También a los compañeros del Comité Memoria MAPU, especialmente a Luis Magallón incansable en el recuerdo y en los debates mapucistas que siguen vivos, y al fotógrafo Sergio Muñoz, quien me facilitó ad honórem valioso material gráfico.

Y a mi compañera-esposa-asesora Alejandra Pallamar, por la comprensión, excelentes sugerencias y ánimo en este trabajo doctoral que culminó durante nuestra estancia en Guatemala, donde reflexionando sobre los claroscuros sociales de nuestros países, y mirando los atardeceres de belleza dramática en cielos de arreboles (celajes), nos preguntamos por las huellas de sentido utópico que se pueden encontrar en estas líneas.

Esteban Teo Valenzuela

Rancagua-Valparaíso, 2007-2009

Ciudad de Guatemala, 2010-2011

Santiago, 2012 .

1 Se refiere al colectivo de sacerdotes y monjas que, coordinados por el jesuita Gonzalo Arroyo, firmó un manifiesto de apoyo a Allende y al socialismo. Llegaron a ser doscientos y se conocieron como Cristianos por el Socialismo.

2 El parlamentario Julio Silva Solar y el promotor de la reforma agraria, Jacques Chonchol (ministro de Agricultura de Allende), ambos democratacristianos, acuñaron el concepto de «socialismo comunitario» con el libro El desarrollo de la nueva sociedad en América Latina: hacia un mundo comunitario (Santiago: Editorial Universitaria, 1965).

3 Sector izquierdista influido por el marxismo y liderado por los expresidentes de la Juventud Demócrata Cristiana Rodrigo Ambrosio y Enrique Correa.

4 Memoria MAPU, El MAPU, realidad o mito (Santiago: Ediciones Comité Memoria MAPU, 2011), 50.

5 Nos apoyamos en el exhaustivo libro de Joan Garcés, académico y político valenciano, asesor directo de Allende, quien en 1998 actuó legalmente a favor de la detención de Pinochet. Garcés documenta los dos factores del fracaso de la Unidad Popular: el complot de la CIA con la oposición antisocialista y las diferencias en la izquierda para apoyar la original «vía chilena al socialismo» en el marco de la legalidad. Joan Garcés, Allende y la experiencia chilena (Santiago: BAT, 1990; original de 1976).

6 Una completa historia de la construcción de confianzas entre socialistas y democratacristianos en Eugenio Ortega Frei, Historia de una alianza, el PS y la DC (Santiago: CED-CESOC, 1992).

7 Un temprano texto que aboga por la opción socialdemócrata y el abandono del marxismo en la izquierda chilena lo escribe un exiliado mapucista que promueve el socialismo europeo, mediterráneo y escandinavo: Sergio Spoerer, América Latina, los desafíos del tiempo fecundo (México: Siglo XXI, 1980).

8 Además de los textos conocidos de los intelectuales comunistas italianos y líderes del PC, Berlinguer y Togliatti, en Chile circularon profusamente diversas ediciones de los Cuadernos de la cárcel o Cómo leer a Maquiavelo del propio Antonio Gramsci. La similitud del fracaso de la izquierda y la imposición de una dictadura derechista tanto en la Italia de los treinta como en el Chile de los setenta, hizo populares los textos. Paralelamente, se siguió con proximidad el acercamiento entre el PC italiano y la DC, frustrado por el asesinato de Aldo Moro en 1978.

9 El coordinador del grupo de los «80» sacerdotes que apoyaron a Salvador Allende en las elecciones de 1970 fue el jesuita Gonzalo Arroyo, activo integrante del MAPU. Véase José Aldunate, «Los Cristianos por el Socialismo», revista Reflexión y Liberación, núm. 75 (2007): 27-31.

10 Un estudio acerca de la influencia de la Revolución cubana en la cultura de la izquierda latinoamericana y los cambios que se producen en la Iglesia desde el encuentro de los obispos en Medellín (1966) hasta la creación de los Cristianos por el Socialismo en Chile (1971) se encuentra en Joan del Alcàzar, Nuria Tabanera, Josep Santacreau y Antoni Marimon, Historia contemporánea de América (Valencia: Universidad de Valencia, 2003), 283-293.

11 Numerosos economistas críticos dan cuenta de este concepto, tales como Aníbal Pinto y Ricardo Ffrench-Davis. Lo propio hacen el sociólogo Tomás Moulian en Democracia y socialismo en Chile (Santiago: FLACSO, 1983) y varios historiadores de la «escuela inglesa», como Gabriel Salazar y Julio Pinto en Historia de Chile (Santiago: LOM ediciones, 1999).

12 Un grupo de historiadores vinculados al pensamiento de la Democracia Cristiana exponen esta interpretación: Cristián Gazmuri, Mariana Aylwin, Carlos Bascuñán, Sofía Correa, Sol Serrano y Matías Tagle en Chile en el siglo

xx

(Santiago: Emisión, 1987).

13 Cristina Moyano, El MAPU durante la dictadura. Saberes y prácticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile. 1973-1989 (Santiago: U. Alberto Hurtado, 2010).

14 Esteban Valenzuela, «El caso del MAPU como elite transformadora», Revista de Ciencia Política (PUC), vol. 31, núm. 2 (2011): 187-206.

15 Antoine Prost, Doce lecciones sobre la Historia (Madrid: Frónesis-Universitat de Valencia, 1996), 272.

16 Apuntes de las clases de Historia Cultural impartidas por Justo Serna (Universidad de Valencia, febrero, 2007).

17 Esteban Valenzuela, Fragmentos de una generación (Santiago: Emisión, 1988).

18 Joan del Alcàzar, «Una aportación al debate: las fuentes orales en la investigación histórica», revista Mapocho, vol. 35 (1994): 234.

19 Ibíd., 230.

20 Ibíd., 236.

21 Expresión de Justo Serna (curso de Historia Cultural, Universidad de Valencia, febrero-marzo 2007). Ginzburg es conocido por su libro El queso y los gusanos (1976), donde relata los avatares de un molinero del norte de Italia acusado por la Inquisición.

22 A fines del año 2007, se expulsó al senador Adolfo Zaldívar de la DC, quien acusó al grupo oficialista de Gutemberg Martínez de aliarse con los ex MAPU para tejer el poder fáctico que repartió los cargos en la centralizada política chilena.

23 El principal intelectual que acusa a los MAPU de renegadores y cínicos es Alfredo Jocelyn-Holt en El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1999).

24 Pinochet es detenido en Londres en 1998 por orden del juez español Baltazar Garzón. José Miguel Insulza, del grupo de ex MAPU-OC en el PS, encabezó la tesis de la soberanía chilena para juzgarlo. Hacia el 2010, Insulza es secretario general de la OEA y precandidato presidencial.

25 En cada uno de los cuatro gobiernos de la Concertación (Aylwin, Frei Ruiz-Tagle, Lagos y Bachelet), un ex MAPU-OC (reformistas) es parte del Comité Político de los tres ministros del Palacio de La Moneda. También se hacen parte

de las cúpulas del PS y del PPD y hegemonizan la presidencia de la Cámara de Diputados en la década de 1990.

26 Javier Cercas, Anatomía de un instante (Barcelona: Plaza y Janes, 2009).

27 Véase <www.memoriamapu.cl>.

Introducción

El péndulo histórico del MAPU: del mesianismo al pragmatismo

El campesino
que mira al frente
tiene banderas
rojas y verdes (bis)

MAPU en la lucha
quiere decir
que en la batalla
serán cien mil.

MAPU en la lucha
quiere decir
que la batalla
será hasta el fin.

Del himno del MAPU Banderas rojas y verdes

Letra y música de

Ángel Parra

Historia del tiempo continuo y convergencia historiográfica

Esta investigación tiene dificultades existenciales. Podría catalogarse con facilidad como historia del tiempo presente[1], que, como explica Josefina Cuesta, se refiere a los trabajos en los cuales la subjetividad del historiador es muy activa porque presenció parte de los hechos, compartió con muchos de los protagonistas y convive con testigos de la historia. Pero la cuestión con el caso del MAPU es más compleja. Dicho partido se extinguió formalmente en diciembre de 1989, pero hasta hoy (año del Bicentenario) se sigue hablando con mucha fuerza en Chile del MAPU como ente vivo, como red fáctica de poder en el seno de las fuerzas de centro–izquierda. Sus (ex) miembros militan en el Partido Socialista y en el PPD en forma mayoritaria, pero siguen presentándose como «yo soy MAPU» y hacen todos los rituales de un movimiento político: comparten documentos y análisis, acuerdan ciertos pasos comunes, celebran el aniversario de la fundación, conmemoran la muerte del fundador, se comunican profusamente por internet, y las facciones tienen disputas entre las facciones y llaman a refundarlo (todo tiempo pasado fue mejor). Es decir, es la historia de un partido-movimiento que fue, pero que no quiere irse. No se trata de inventar trabalenguas, pero es una historia que vive no solo de la memoria y del revisionismo interpretativo, sino también de nuevos hechos que van modificando la misma memoria del sujeto colectivo que se niega a morir. Es historia del tiempo continuo porque la mirada va hacia atrás y vuelve al presente.

Por otra parte, el MAPU no se puede explicar sin la historia de la minoría profética del catolicismo social. El quizá más importante dirigente mapucista

posgolpe, Carlos Montes, define al MAPU como corriente de izquierda moderna de un tipo de catolicismo social chileno. Él estudió con los jesuitas, y su padre, demócrata cristiano, fue impactado por el padre Alberto Hurtado, quien estudió en Lovaina, al igual que el padrino de todos los apóstoles sociales claves del catolicismo social en Chile: Fernando Vives. Y en los claustros de Lovaina perviven las enseñanzas del párroco pro ilustrado, Lacordaire, de Notre Dame y, más atrás, sus bibliotecas albergaron a Erasmo, el que influyó en Francisco de Vitoria, el mismísimo mentor de los dominicos Antonio Montesinos y Bartolomé de la Casas, fundadores de la minoría social y moderna del cristianismo latinoamericano. Es cierto, así se puede llegar a San Ambrosio (el santo de la justicia), la comunidad socialista de Jerusalén, el evangelio de San Mateo y el Génesis con lectura utópica del paraíso inicial. Parece un exceso. Pero el MAPU solo se explica porque en Chile cuajó con vitalidad un catolicismo social y moderno que se radicalizó en los años sesenta del siglo

xx

, proceso que para Tomás Moulian se retrotrae a la encíclica Rerum Novarum de fines del siglo

xix

, que cuestionó «los elementos de desigualdad y de pobreza que generaba el capitalismo como modelo de desarrollo»[2].

Antoine Prost no concibe la historia sin periodización, y con razón. Según él, «la periodización permite identificar continuidades y rupturas. Abre la vía a la interpretación. Hace que la historia sea, si no inteligible, al menos pensable»[3]. Es lo que hicimos en este trabajo, conscientes, como advierte el propio Prost, de que todos «son períodos de transición»[4], pero, al menos, dividir en etapas permite decir lo que perdura y lo que cambia. Acatamos las recomendaciones de Prost y de nuestro tutor. Por lo anterior, la primera parte de esta historia dará cuenta de los referentes históricos del cristianismo progresista que inspiran a los mapucistas y a las coyunturas mundiales de alzas en las corrientes rojas que animan al propio MAPU (Medellín-Concilio Vaticano II, defensa de los derechos humanos, teología de la liberación, triunfo sandinista, entre otros). Es una historia de los representantes del cristianismo social latinoamericano, que

llamamos evangelistas rojos, desde Bartolomé de las Casas hasta los actuales liberacionistas, teniendo como hito a los Cristianos por el Socialismo en Chile, movimiento donde participan fundadores del propio MAPU. En esta parte, nos acercamos a lo que se ha desarrollado en Europa como historia de la religión, como el trabajo de Javier Sahuquillo[5], quien realizó una investigación sobre el contexto de la radicalización de los jesuitas bajo el mandato de Pedro Arrupe. También fue útil el libro de Enrique Berzal de la Rosa sobre historia religiosa en España, alejada del clericalismo y entramada con los procesos históricos generales: Sotanas rebeldes: contribución cristiana a la transición[6].

Un segundo problema existencial fue calificar la tesis en alguna corriente. Ante la certeza de que el intento era inútil, optamos por llamarla una tesis de convergencia historiográfica: hay historia política porque el sujeto es un partido y el investigador, un cientista político, porque aborda un caso de radicalización e influencia de las elites y un actor clave en el tiempo más fascinante, terrible e innovador de la política chilena. Pero también seguimos las recomendaciones de los académicos de la Universidad de Valencia para hacer historia cultural. Indagamos en los estilos y lecturas, en las visiones de mundo y corrientes doctrinales y artísticas que acompañaron la historia política de los mapucistas, como única forma para entender su adaptabilidad, sus secretos, su propio pluralismo. Este elemento fue esencial y distintivo de otras investigaciones sobre el MAPU, muy acotadas a la formalidad de los documentos o a los testimonios orales de algunos protagonistas que hoy reinterpretan lo que fueron y obraron. Documentos y entrevistas son útiles a esta investigación, complementados con su contexto cultural, lo que nos abrió mundos y permitió acercarnos a una historia encarnada, alejada de la contención nerviosa de los discursos formales.

Nuestra investigación del MAPU es una convergencia de todas esas perspectivas que sobresalen en la elite mapucista: la política, la cultural, la religiosa con elementos de historia institucional, la de las ideas, la del desarrollo económico en paralelo, la de las influencias internacionales. Es una historia convergente entendida como multidimensional e integrativa, rasgos que en el análisis y el relato se entrecruzan para dar vida a una interpretación válida.

El debate historiográfico: ¿católicos marxistizados o generación sesentera?

Al MAPU se lo identifica con el quiebre que sufrió la DC en el año 1969 a causa de la izquierda católica o como la expresión de todos los cambios de la década de los sesenta, expresados en este partido juvenil revolucionario. Estas dos miradas confluyen sobre el MAPU «fundacional» porque, como veremos, la historia cambia y se nutre de nuevas oleadas de mapucistas que la historiografía ha omitido. Pero aceptamos que lo juvenil revolucionario-utópico y lo católico comunitarista-socialista explican al MAPU en sus inicios.

a. El protagonismo de la generación joven de los sesenta

Llona (2006)[7] concentra el origen del MAPU en la célula juvenil revolucionaria de la Juventud Demócrata Cristiana, JDC, que va haciendo del marxismo en sus distintas vertientes el alimento para una verdad que la ilumina. Según esta tesis, el expresidente de la JDC, Rodrigo Ambrosio, la habría adquirido a partir de sus estudios con el marxista estructuralista Louis Althusser en Francia. Por su parte, Jaime Gazmuri también atribuye el origen del MAPU a los jóvenes revolucionarios encabezados por Ambrosio (2000[8]). La investigadora Carolina Torrejón no duda en colocar al MAPU en el proceso de influencia del marxismo-leninismo y sus múltiples variaciones (stalinismo, trotskismo, titismo[9], maoísmo, castrismo, guevarismo) en la totalidad de la izquierda chilena (PC, PS, MAPU y MIR)[10].

Cristián Gazmuri sitúa el origen del MAPU en el contexto del impacto generacional de la Revolución cubana y el «fenómeno cultural y político mundial que fue el 68 (francés), que pareció poner a Occidente al borde de una

nueva era, reforzando la radicalización latinoamericana y chilena […] Así fue que la mayor parte de la juventud de la Democracia Cristiana se escindió el año 1969 formando el MAPU, quizá la más perfecta manifestación social y política del espíritu de la época»[11]. En esta línea, Cristina Moyano (2004), profundizando el impulso generacional, cita el trabajo de Yocelevsky[12], quien concluye que el MAPU es producto del fenómeno internacional de las tendencias a la rebelión y de la expectativa de liderazgo político de los jóvenes de la DC que observaron su partido a través de la generación «falangista» y desarrollista que creó en la década de los cincuenta.

Los reformistas de la Universidad Católica fueron protagonistas del MAPU, encabezados por Miguel Ángel Solar, quien lideró la toma de la UC en 1967, a partir de un proceso de izquierdización de la FEUC (Federación de Estudiantes de la UC), impulsado por Manuel Antonio Garretón desde el año 1964. Lograron la derrota de los conservadores y el viraje hacia un catolicismo comprometido con la realidad nacional en el rectorado de Fernando Castillo Velasco (1968-1973), cuando los mapucistas tuvieron una gran influencia y poder.

La década de los sesenta es el tiempo de la ruptura edípica de las nuevas generaciones con sus padres y el sistema, quienes se movilizan contra la sociedad industrial y su agresividad en la posguerra —lo que el intelectual filomapucista Armand Mattelart llama la sociedad vigilada[13], citando entre otros a Edgard Morín, filósofo del Mayo del 68 francés—. Se trata de rabias juveniles que se expresaron con violencia, con revueltas políticas, con las drogas, con el alternativismo hippie o con el activismo pacifista contra Vietnam, y que encontraron en el MAPU un espacio privilegiado. El motor de su fundación es el núcleo revolucionario y marxistizado de la JDC que encabeza Ambrosio, pero lo juvenil no fue la clave, como sostiene Cristina Moyano, quien comparte con Ricardo Yocelevsky[14] la idea de que el MAPU nace producto de lo cerrados a la transición generacional que eran los partidos chilenos de los sesenta[15]. Moyano enfatiza que el movimiento verde-rojo fue la gran opción de fines de los sesenta para las nuevas generaciones que quisieron romper con las antiguas escuelas políticas. De hecho, en su interpretación, la pugna a dos años de la fundación con el sector de Rafael Agustín Gumucio, Jacques Chonchol y Alberto Jerez —que emigran para fundar la Izquierda Cristiana (1971)— se debió «a la pugna

por el control del partido, la que contrapone dos maneras o concepciones de entender y practicar la política: una, es la vigorosa, nueva y fuerte que traen los jóvenes; la otra, la clásica y un tanto desprestigiada que tenían los viejos cuadros provenientes de la DC»[16].

Sin embargo, esta idea es cuestionable: Ambrosio ya no era un jovencito (se acercaba a los treinta años), y los miembros de su generación gozaban de muchos espacios de poder en la Democracia Cristiana y estaban insertos en todos en servicios de Gobierno (de Óscar Garretón a Tomás Moulian, de Fernando Flores a Jaime Gazmuri). Además, los cristianos no se fueron en masa con la renuncia de Rafael Agustín Gumucio y Jacques Chonchol en 1971 para sumarse a la Izquierda Cristiana. Permanecieron muchos, de distintas edades, porque el MAPU expresaba la idea de revolución y modernización, la aspiración mesiánica y práctica de los católicos radicalizados que querían transformaciones reales. Además, como se aprecia con los cuarenta mártires del MAPU tras el Golpe, muchos de sus militantes fueron sindicalistas, lideres adultos, también de clases populares, no obstante el peso de las generaciones jóvenes. La propia historiadora Moyano reconoce que el MAPU no es un club juvenil que se crea porque busca un «estilo nuevo», aceptando la existencia de elementos revolucionarios e históricos que se conjugan con fuerza a fines de los sesenta:

Una compleja combinación entre la teoría marxista y una vertiente del cristianismo social que hacía de la propuesta MAPU una apuesta novedosa, heterodoxa y con cierta cercanía a grupos de clase media y acomodada, donde se mezclaba el mesianismo redentor, el materialismo histórico, la lucha de clases, el concepto de revolución y el paternalismo[17].

Moyano concentra sus estudios en los años de la fundación y en el inicio de la clandestinidad, donde descubre el influjo generacional de la Revolución cubana que «moralizó la violencia y convirtió a la revolución en algo necesario»[18]. El autor trata de desvestir al MAPU del cristianismo, pero no puede, y acota que el sentimiento de culpa, el redentorismo, la cultura del sacrificio y el sentido crítico[19] tienen uno de sus basamentos esenciales en el catolicismo social que

conforma el genoma de la cultura mapucista.

b. La radicalización de los «cristianos comunitaristas»

Para la mayoría de los investigados, el MAPU surge de un quiebre de la DC que se debe al deseo de algunos de sus miembros de crear el primer partido de cristianos por el socialismo. Carlos Bascuñán lo cataloga entre «los partidos y movimientos socialistas de raíz cristiana»[20] y Brian Loveman califica al MAPU como «la izquierda católica»[21]. Jacques Chonchol, desde su decisivo rol como vicepresidente de INDAP[22], junto con los parlamentarios «comunitaristas» Alberto Jerez, Julio Silva Solar y Rafael Agustín Gumucio, lidera este grupo que se radicalizó a partir de la relectura de autores católicos clásicos y de las encíclicas. Chonchol y Silva Solar promueven el comunitarismo: «Aquí se coloca por encima de la propiedad privada este fin primordial de carácter comunitario, colectivo»[23], una visión que enfatiza el elemento católico radical que creció con fuerza en Chile. Enrique Escobar, quien hace un relato detallado de la historia de la Democracia Cristiana, de la elaboración del socialismo comunitario y del quiebre impulsado por los rebeldes en 1969[24], coincide con esta perspectiva. El historiador inglés Alan Angell[25], por su parte, sitúa el nacimiento del MAPU en dicho proceso de radicalización al interior de la Democracia Cristiana, tras la reacción de los sectores oficialistas vinculados al presidente Frei Montalva. Cristián Gazmuri y otros (1987[26]) relacionan el nacimiento del MAPU con la política del PC: buscar un frente más amplio de izquierdas, la Unidad Popular.

El MAPU nace por acción y negación. Para cientos de chilenos, se requería de una oferta política nueva en tiempos de alta participación y los partidos cerraban las puertas o no inspiraban a los cristianos radicalizados. La DC fue copada por su ala antisocialista en 1968 con la misión precisa de aislar a los «rebeldes». El PS tenía la mala fama de sus divisiones y su origen híbrido entre militares, izquierdistas de distinto origen y caudillos, lo que Huneeus (1973) resumía en que «el PS, roto y remendado tantas veces en su historia, se haya bandeado entre el guerrillerismo más estridente y el socialdemocratismo más tradicional»[27]. El

PC cargaba con el estigma de ser muy pro moscovita[28], defensor de la invasión de Praga, que en 1968 había intentado apagar un intento de «socialismo con rostro humano», con «una estética [que] era muy puritana, ordenada y ascética para nuestra generación», en palabras del secretario general del MAPU en los ochenta, Víctor Barrueto[29]. El Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, nacido en pleno gobierno de Frei Montalva, había optado por la semiclandestinidad y las bombas. El centrista Partido Radical estaba en decadencia y aglutinaba a los sectores anticlericales. Es decir, el MAPU fue un deseo y una voluntad de sus fundadores, pero también, debido al modo de ser de los otros actores políticos, fue «necesario».

La historia define al MAPU como epifenómeno central de la radicalización de sectores católicos de segmentos dirigentes de Chile. Los cristianos son importantes no solo en su fundación. Dicho sustrato católico permanece y se renueva en otras dos coyunturas en las que el MAPU es alimentado por el cristianismo de izquierda y progresista: el reagrupamiento tras el Golpe en instituciones vinculadas a la Iglesia y la emergencia de nuevos cuadros dirigentes que provenían de pastorales juveniles y universitarias en el peak liberacionista del quinquenio 1979-1984 (el triunfo sandinista en Nicaragua, el documento de Puebla de los obispos latinoamericanos y las coordinadoras de teología de la liberación en Chile). Dicho cristianismo pro socialista decae a fines de los años ochenta y con ello muere el semillero de los nuevos evangelistas rojos y verdes del llamado socialismo cristiano, no histórico, autónomo o alternativo, distinto al comunista y al socialdemócrata.

Analizaremos, por tanto, a personajes y grupos eclesiales y políticos que tuvieron las características de los mapucistas: idealistas-utopistas, provenientes de sectores cultos profesionales, que chocan con los poderes en su opción por los de abajo, pero que a su vez tienen un agudo sentido del poder y de un pragmatismo eficiente. De hecho, el mismísimo Fray Bartolomé de las Casas, el primer disidente famoso y reformista social que defiende a los indígenas en el siglo

, parece el retrato de los máximos dirigentes del MAPU casi cinco siglos antes: era hijo de un acomodado sevillano que acompañó a Colón, tuvo esclavos, fue a estudiar a Roma, se convirtió al leer a pensadores contestatarios para su época, escribió un duro diagnóstico de la realidad, peleó contra los de su clase, intentó experimentar el mundo ideal de conquista pacífica y solidaria de los indígenas… pero luego visitó al propio rey, tejió alianzas, formuló leyes y logró que lo nombraran obispo y protector de los indígenas… Y ahora último, hay quienes pretenden llevarlo a los altares… Cuna privilegiada, conocimiento, rabia, dureza, mundo, denuncia, alianzas, poder, acomodo, experimentos y mito. Es la tensión entre utopía y pragmatismo de los iluminados católicos sociales que encarna una tradición en el Nuevo Mundo.

Los ex MAPU son iguales: Carlos Montes, por ejemplo, fue hijo de un alcalde, estudió economía con los jesuitas en la Universidad Católica, se dejó barba de santo, se radicalizó con las ideas de los sesenta, convivió con los obreros del sur de Santiago, animó los cordones industriales, escribió de utopías, idealizó la vida comunitaria del «sujeto popular», lideró al MAPU en la clandestinidad, fue torturado y en su exilio conoció otros mundos y autores; luego, fue pragmático sin perder sueños, se metió a un partido electoral y llegó a ser presidente de la Cámara de Diputados de Chile, con la mejor evaluación de sus colegas, que casi lo canonizaron en vida[30]. Un evangelista rojo y verde.

Optamos por una mirada más larga para observar por qué el MAPU fecundó en Chile mucho antes que el Mayo del 68 y el grito juvenil. Los rebeldes y comunitaristas de la DC crecieron en el contexto de un catolicismo social, iluminista, reformista y crecientemente revolucionario en los sesenta. Allí necesariamente se debe ubicar al MAPU, como lo dice Víctor Barrueto, su último secretario general: «Fuimos más hijos de la Iglesia que de la Democracia Cristiana»[31]. La Iglesia chilena es parte de un fenómeno universal y latinoamericano que nos lleva a dedicar un capítulo a esta localización de la génesis del MAPU en lo que llamamos «evangelistas rojos»; una historia de compromiso social de elites católicas desde la misma llegada del catolicismo al continente hasta su articulación más orgánica en movimientos como el MAPU, la Izquierda Cristiana y los Cristianos por el Socialismo en Chile, corrientes del Partido de los Trabajadores en Brasil o la mixtura cristiano-marxista de los

sandinistas nicaragüenses.

c. El partido creador de cuadros de elite innovadora

El MAPU, al unir cristianismo e izquierda marxista y evolucionar con las tendencias innovadoras que afectan a la izquierda democrática mundial, se constituye para algunos como el elemento renovador del sistema partidista chileno. Es un partido pequeño, elitista, pero de amplia influencia por su acento intelectual y activismo social. En sus dos décadas de vida mantiene la matriz «iluminista» de su origen mesiánico católico, que lo lleva a la dogmatización, al coqueteo con la violencia y a la división bajo la Unidad Popular. Pero, luego, en un proceso de alternación[32] de cinco años (1974-1979), lo conduce a nuevas lecturas, a tomar otros paradigmas y a convertirse en el paladín de la renovación socialista para construir una coalición de centro-izquierda. El iluminismo consiste en creer en la razón y en contextualizarla; las verdades de los ilustrados cambian en cada época. Los mapucistas transitan de la razón revolucionaria del deber (la ética de la convicción) a la razón calculadora de lo viable y pragmático (la ética de la responsabilidad de todo reformador moderado[33]), de manera que se trata de un iluminismo que se adapta a las nuevas circunstancias. Yocelevsky lo explica bien: sitúa al MAPU como parte del sector ultraizquierdista durante la UP que buscó «la posición de ruptura junto al MIR»[34] y al PS, para luego, hacia 1980, volverse permeable a la búsqueda de la DC de partidos que rompieran con el leninismo y el proyecto de clase restringido[35] y fueran capaces de construir una coalición de centro–izquierda moderada.

El elemento de innovación adaptativa del MAPU es el foco de la investigación doctoral de Irene Agurto, quien lo ubica en la generación utópica que tiene el sueño socialista como «principio de inteligibilidad», pero luego ante la derrota de la UP y el fracaso, frente a la «imposibilidad», despliega su capacidad de adaptación, renovación y uso de los medios tecnológicos disponibles. Por ello, Agurto califica bien al MAPU más allá de su propio peso orgánico o electoral: fue un partido, pero también un grupo que se desplegó a través de múltiples redes culturales y ONG, donde ganó una enorme influencia[36]: una elite utopista,

modernizadora y revolucionaria que aspiró al poder para transformar desde sus orígenes en la marea de desbordes sociales producidos en los sesenta[37]. Los propios mapucistas, en su periodo de rebeldes en la Democracia Cristiana, participaron en modernizaciones que animaron a nuevos sujetos sociales, que el propio MAPU buscó representar: los universitarios pro reforma impactados por la Revolución cubana, los campesinos organizados gracias a la reforma agraria, los pobladores movilizadores producto de la promoción popular y el desarrollo social, el nuevo obrerismo surgido de la industrialización apoyada por el Estado y que luego expropia para constituir el área de propiedad social en la Unidad Popular[38]. Esos sujetos necesitaban una elite iluminada que los guiara, buscando una síntesis entre deber ético y eficacia para realizar la utopía. Esta perspectiva nos llevó también a indagar al MAPU como organización política y red fáctica en su década final: desde 1979 hasta 1989.

Asimismo, existen investigaciones posfundación: Blanca Etcheverry expone los cuatro primeros años de vida del MAPU hasta el golpe de Estado, con énfasis en su radicalización[39]. Cristina Moyano, en sus tesis de magíster y de calificación doctoral, ahonda en el discurso mapucista, en su formación, y documenta, con textos primarios y entrevistas, la difícil reconstrucción del MAPU-Garretón durante los primeros años de la dictadura, valorando el proceso de autocrítica como el germen de la posterior renovación socialista[40].

Carolina Torrejón aporta las vicisitudes de la otra facción, el MAPU-OC, en la clandestinidad[41], donde concluye que se mantuvo con influencia marxista-leninista, pero hacia fines de los setenta comienza a virar hacia un debate que valora la democracia y la libertad[42]. Según la autora, lo más notable del MOC fue su eficiente labor de sobrevivencia, reflexión al interior de Chile y construcción de redes culturales contra la dictadura, donde «tuvieron el valor de hacer política, actividad prohibida, lo que se convirtió en una opción de vida entrelazada con una posición ética»[43].

Hipótesis y estados de ánimo históricos: los tiempos

del MAPU

El viaje que ofrece esta investigación pretende demostrar que el MAPU se originó en la corriente católica-progresista que floreció en Chile durante la radicalización generacional de los sesenta, convirtiéndose en un partido elitista, alternativo a la izquierda tradicional expresada por el PS y el PC, y que tras la derrota de la Unidad Popular, por su carácter iluminista (abierto a las nuevas ideas, a la razón que muta), fue pionero en la promoción de procesos de renovación y reconciliación con la propia DC para crear una coalición de centro-izquierda exitosa. Los mapucistas son, a nuestro entender, una mezcla de revolucionarios y modernizadores, ya que su componente de clase media educada, por su tradición familiar y formación, los hace favorecer a los pobres con cambios, pero a su vez con eficacia, lo que implica organización, redes, uso de recursos, poder para actuar. La ecuación-tensión entre utopismo y pragmatismo es parte del ser mapucista y de la historia del MAPU.

La historia vivida por los mapucistas se combina con los fenómenos más largos de cada periodo, como pide Prost[44]: la radicalización social cristiana en los sesenta, el influjo revolucionario cubano en la izquierda latinoamericana a fines de la misma década y comienzos de los setenta[45], la crisis del marxismo y la renovación socialista mundial en torno a 1980, la caída de los socialismos reales, el auge neoliberal y la construcción de la coalición de centroizquierda en la década siguiente. El énfasis estará puesto en la radicalización cristiana y en sus hitos en diálogo con la historia del MAPU que se extraen de la primera parte sobre los evangelistas rojos.

Nos permitimos calificar lo que llamamos estados de ánimo históricos (más allá de una coyuntura corta o episódica) a la disposición para ver el mundo y actuar del sujeto colectivo de nuestro análisis; son los metarrelatos que llaman a la acción a los protagonistas de nuestra historia. Con dicha idea, distinguimos los períodos mesiánico, ideologizado, escéptico y pragmático en el historial del partido. Como toda caracterización, cada etapa se refiere al rasgo predominante observado, más allá de la lírica de los textos oficiales.

Los soplos mesiánicos y revolucionarios de su fundación los sintetiza Óscar Guillermo Garretón, secretario general de 1972 a 1985, para quien el elemento renovador estuvo marcado por factores como la desestalinización del PC soviético[46], los influjos de Cuba y Mayo del 68, el desplome colonialista, el Concilio Vaticano II y la lucha de Vietnam. Luego, damos cuenta de la rápida marxistización del MAPU, junto con la radicalización y la división de la izquierda que terminan quebrando al naciente partido. Moulian, quien abogó por un marxismo secularizado, culpa a dicha dogmatización por el fracaso estratégico de la izquierda chilena en los setenta[47].

Los mapucistas son parte del tsunami mesiánico. Incluso obispos como Hélder Câmara diferencian la violencia institucionalizada, el terrorismo y la violencia social de un pueblo que se moviliza y camina por sus derechos: «La obligación de un cristiano es hacer cambios sociales profundos para evitar esa violencia cotidiana contra el pobre, o de lo contrario, el propio Marx tiene razón en acusar a las religiones alienantes del hombre, opio de las masas»[48]. Los católicos del MAPU están ansiosos como todos los cristianos del mundo: sienten la culpa de los pecados estructurales de la explotación y quieren cambios pronto.

Anotamos la acción doble del MAPU en el gobierno y en la sociedad. Aunque participa del poder, su corazón estuvo en hacerse proletario, jugándose por la construcción de un poder popular que hiciera la revolución. Deja de ser el partido puente de cristianos y socialistas para dogmatizarse en corrientes marxistas leninistas, estructuralistas y grupos maoístas. Así se incuban los dos hechos que marcan la rigidez que adoptó: el quiebre con los católicos que se escinden y crean la Izquierda Cristiana y su trágica división en 1973 entre reformistas y revolucionarios.

La radicalización e ideologización del MAPU durante la Unidad Popular se da en contexto de la Guerra Fría y la activa intervención norteamericana para producir su derrocamiento, aportando financiamiento a los partidos opositores y a los gremios para organizar paros, huelgas y atentados[49]. La izquierda se

desangra entre quienes adhieren a la «vía chilena al socialismo» diseñada por Allende, que implicaba el respeto a la vía legal democrática[50], y el polo revolucionario que propiciaba la defensa armada del proceso. Esta división fue solo «táctica» a juicio de la historiografía conservadora, ya que ambos sectores buscaban la dictadura del proletariado[51]. Para otros, fue la expresión de la violencia social de los de abajo contra un sistema que no los incluía y que ha sido un continuo en la historia de Chile, según Gabriel Salazar[52].

El MAPU fue llevado por los vientos que abrazaron a casi toda la izquierda revolucionaria en la década de los setenta, abandonando buena parte de la tradición republicano-reformista de la cual provenían como facción de la Democracia Cristiana. Del Alcàzar concluye que la izquierda reformista y la revolucionaria fracasan en medio de la marginalidad de la republicana y del dogmatismo ciego de la revolucionaria. Considera, incluso, que los teóricos de la «teoría de la dependencia»

—

Gunder Frank y Teotonio dos Santos[53], entre otros

—

«asumieron como dogma la inevitabilidad de la revolución, tanto más cuando concluyeron, anatemizando así cualquier propuesta gradualista»[54].

Tras la muerte de su líder fundador Rodrigo Ambrosio en un accidente automovilístico en 1972, quien sostenía la unidad del movimiento con su teoría de la espada de «dos filos» (Estado y poder popular), el partido se tensiona al máximo y se quiebra. Domina el sector liderado por Óscar Guillermo Garretón, quien representó la opción por el poder popular y los cordones industriales[55], la política rupturista que lo acercó al PS y al MIR, pidiendo política militar para salir de la ingenuidad[56]. La otra facción que se llamó MAPU-Obrero Campesino fue encabezada por Jaime Gazmuri, Enrique Correa y el ministro Fernando Flores, sector oficialista que se hace parte del círculo leal a Allende, en estrecha alianza con el Partido Comunista, los jefes militares[57] y los sectores moderados del PS[58], apostando a consolidar el proceso, buscar una tregua con la DC y aislar

a los ultras. El Golpe los sorprende en una total división e incapacidad de reaccionar.

La derrota lleva a la sobrevivencia y a un escepticismo creativo; nunca más querrán sueños que terminen en pesadilla. Explicaremos el carácter y los momentos de la represión sobre el MAPU, junto con la capacidad de ambas fracciones de sobrevivir y aportar a la creación de tejidos sociales y culturales de resistencia a la dictadura. Los mapucistas se hacen pioneros de la renovación socialista al propiciar en 1974 un proceso personal y celular[59] llamado «Balance y autocrítica nacional» (BAN)[60]. El meollo de la posterior «renovación socialista»

—

opción por la democracia, el mercado y el Estado, y el reformismo

—

no se verbaliza de forma explícita, pero se reconoce que con el Golpe hubo un fracaso estratégico de la propia izquierda, que no obedece en forma exclusiva a la intervención de la CIA, y que faltó una mayoría social y cultural por el socialismo (la «derrota» que, según Carlos Montes, llevó a los mapucistas a leer a Gramsci y a propiciar un nuevo «compromiso histórico» con la DC[61]). Montes, Barrueto y otros fueron formados por los jesuitas en las metodologías del discernimiento: autorreflexión acerca de uno mismo y del contexto social y cultural. Según Montes, fue la síntesis jesuítica-gramsciana la que se apoderó del MAPU tras la debacle: «Para sobrevivir, era importante mirarse y analizar sus propios valores; qué cosas le habían influido, qué lecturas, qué personas, un diálogo con las historias personales en un grupo de cinco a seis personas, con bastante influencia católica. El BAN fue paralelo con eso, era un proceso de objetivar qué había pasado con la UP»[62].

El MAPU-OC se mantuvo cercano al Partido Comunista y a la ex URSS hasta 1980. El MAPU-Garretón se vincula con Cuba (allí se establece su secretario general) y con la izquierda de Europa occidental (núcleos fuertes en Bélgica y Francia[63]). Pero más allá de los alineamientos generales, sus pocos militantes

estructurados se reencuentran en la necesidad de armar redes de resistencia a la dictadura. Alejados del Estado, los mapucistas hacen trabajo de base, desconfían de las grandes verdades, y el escepticismo los lleva a tener una mirada desconfiada y pragmática para enfrentar a una dictadura que, lejos de ser pasajera, triunfaba con su modelo capitalista, individualista y consumista.

La renovación socialista es el segundo gran fenómeno histórico del MAPU tras su nacimiento como agente enriquecedor de la izquierda. Nos preguntaremos por la profundidad de la crisis existencial y política, por los actores y los documentos claves de la renovación. El exilio, que se da mayoritariamente en Europa occidental, provoca que las direcciones externas de ambos MAPU vivieran la influencia del eurocomunismo, se desilusionaran de la falta de libertad de los «socialismos reales» y comenzaran a revalorizar la democracia que habían perdido. En 1979 se produjo en Berlín la histórica división del PS en dos sectores: el de Almeyda (marxista-leninista) y el de Carlos Altamirano (quien en la autocrítica adopta posturas favorables a la renovación)[64]. Ya hacia 1980, la mayoría de ambos MAPU ha optado por la convergencia socialista, abandonando al PC.

La renovación se traduce paulatinamente en una transformación hacia el reformismo y el pragmatismo. El MAPU-OC, con Gazmuri a la cabeza, decide ingresar en 1985 al Partido Socialista renovado, que se ha acercado a la Democracia Cristiana en la Alianza Democrática, predecesora de la Concertación que se crea en 1988. Un sector del MOC, encabezado por Enrique Correa, decide ese mismo año concurrir al Congreso de Unidad del MAPU, al cual también se incorporan sectores de la convergencia socialista universitaria.

Es un discurso doble: el MAPU se alegra de reunificarse y elige a Víctor Barrueto, uno de los jóvenes que lo reorganizaron en dictadura, como su secretario general. Pero, a su vez, ratifica su transitoriedad al señalar que la gran meta del MAPU es aportar para construir una nueva fuerza socialista. Se impone una cultura de lo «posible», se reconoce el fracaso del «camino propio» y se opta por confluir con fuerzas socialistas democráticas más amplias. El mayor

pragmatismo lo imponen los sectores de ambos MAPU que favorecen una «transición pactada», aceptando el plebiscito de Pinochet y abandonando las pretensiones del derrocamiento. De esas opciones, surge la disolución del MAPU y la opción electoral en los partidos PS y PPD. Se materializa lo que fracasa en Italia: un «pacto histórico» con la Democracia Cristiana y la construcción de una amplia coalición de centro-izquierda.

Para algunos, como el citado Moulian y el crítico Jocelyn-Holt, el epílogo del MAPU será la traición a su nacimiento transformador para adaptarse en extremo a la estabilidad de un orden con tutelaje militar y poca equidad. El historiador Gonzalo Cáceres calificará el «modelo chileno» como un híbrido entre el autoritarismo y la plena democracia, con un «cambio con continuidad», recordando la persistencia de los enclaves autoritarios y las políticas económicas neoliberales[65].

Los mapucistas toman muchos cargos altos en los gobiernos de la Concertación, lo que es una consecuencia lógica según el propio Óscar Guillermo Garretón: serán influyentes por su temprana experiencia estatal como jóvenes de roles directivos en la Unidad Popular, por su cohesión generacional desde la universidad y por sus contactos en las elites, obtenidos gracias a su origen en sectores medios y altos con vínculos con el centro político y la derecha. «Era muy valioso tener a alguien conocido que le contestara el teléfono al otro lado»[66].

La realidad que se le impone al MAPU entre 1987 y 1989 es muy distinta a lo que aventuraron los textos finales del propio partido orgánico, que titulaba un documento «Ni militarización ni claudicación»[67]. Entonces, el MAPU avizoraba tres pactos para fundar un gobierno de transición: un pacto permanente por los derechos humanos, una nueva constitución que implicara plena democracia (sin el dictador como jefe del Ejército, con un sistema electoral que no excluyera a minorías como el PC, con participación ciudadana relevante) y un acuerdo sobre las prioridades económico–sociales para una política de emergencia nacional posdictadura, centradas principalmente en la reactivación económica, el empleo

y un proceso de restitución de los beneficios sociales del pueblo[68]. El sueño mapucista se cumple parcialmente. Chile no hace un pacto social por la equidad que reforme sustancialmente el modelo[69] y no hay nueva constitución, sino remedos a la constitución autoritaria, centralista y excluyente[70].

El MAPU como partido: vanguardia entre la disfuncionalidad y el realismo

El trabajo de Manuel Alcántara sobre las funciones tradicionales de los partidos políticos es importante para analizar lo que fue el MAPU desde el punto de vista de la funcionalidad democrática. El asunto es espinudo porque su perspectiva se construye desde cierto funcionalismo que sobrevalora la estabilidad, reforma y evolución de los sistemas democráticos. El autor sugiere que existen partidos disfuncionales que no logran relacionar los problemas cotidianos con la capacidad de los que deciden, por lo cual, en vez de integrar, generan mayor conflictividad, «ajenos a la realidad e incluso

[

siendo

]

perjudiciales a la hora de dar respuestas en situaciones críticas»[71].

La historiadora Teresa Carnero, quien investigó los frustrados intentos de reforma social y democracia en España, pone las cosas en otra ecuación: la democracia no es solo la formalidad de elegir un Parlamento; se requieren logros básicos que materialicen las demandas colectivas de los sujetos subalternos. Para lograr la deseada estabilidad, se necesita conjugar «las demandas crecientes que propician la consecución de un umbral de cambio socioeconómico, sin las cuales es difícil la democracia»[72]. Siguiendo la lógica de Carnero, en concordancia con el análisis de Tomás Moulian respecto al desborde del Estado de compromiso en

el periodo 1965-1973 por su incapacidad para integrar a las clases excluidas (campesinos pobres, proletario urbano de bajos salarios, pobladores sin casa), el MAPU merecería un juicio matizado: el partido vanguardista y elitista que, para alcanzar logros básicos, propició la aceleración de la reforma agraria, el acrecentamiento del área estatal de propiedad de empresas y la masificación de las universidades, entre otras obsesiones mapucistas. En la terminología de Carnero, el MAPU fue un partido orientado por una elite que buscó la integración social con claros contenidos de clase (la integración vertical, común a las vanguardias de izquierda que favorecieron las demandas de sujetos subalternos), a diferencia de los partidos tradicionales socialdemócratas u otros de centro o centro-izquierda que abogan por una integración interclasista (horizontal[73]), por la vía de reformas progresivas, pactadas, sin transformación radical del sistema.

La cuestión es compleja porque los propios mapucistas, al mirarse autocríticamente, de forma casi unánime coinciden en que su desprecio por la democracia y sus formalidades fue un error, así como el hecho de no haber intentado consolidar una mayoría social y política que diera sustento a un proceso de cambio social como el que buscaba Allende. No hacer los cambios generó conflictividad e inestabilidad, como advierten las visiones que defienden la democracia sustantiva (la visión liberal sumada a los logros económico-sociales en autores tan diversos como Charles Taylor, Robert Dahl y la propia Carnero), y llevó a la crisis de los sistemas al promover cambios sin buscar agregar demandas ni hacer reformas viables. Es decir, convertir las rabias sociales en plataformas, conseguir los votos y las alianzas para implementar soluciones eficaces y sustentables.

El MAPU, en perspectiva, tuvo pasión social vanguardista en la UP y pragmatismo de lo «viable» cuando se disolvió en 1989 en los electorales partidos PPD y PS. De un partido vanguardista que buscó la revolución proletaria se transformó en dos megapartidos socialdemócratas en fase posmaterialista y de baja definición programática.

No es fácil encasillar al MAPU, tanto por su evolución del mesianismo al pragmatismo, complejidad que lo llevó a dividirse, como por el agudo periodo histórico que le tocó vivir. Sin embargo, desde la ciencia política, existe un mínimo común denominador para rastrear un partido, que sintetiza y construye de manera fecunda Alcántara en las siguientes funciones[74] que se esperan de una organización política. Las contrastamos con las del MAPU:

a. Los partidos hacen socialización política, generando un núcleo duro de identidad común, donde se refuerzan mecanismos tradicionales con elementos de innovación y modernización. La socialización genera subculturas cerradas o más abiertas. Como veremos en el capítulo sobre subcultura, el MAPU es una mezcla extraña entre mucha apertura cosmopolita a innovaciones y nuevos discursos en su historia, pero con períodos de dogmatización y una acentuada endogamia cultural, medida en el hecho de que la casi totalidad de sus dirigentes y militantes se casan entre sí o con personas independientes de izquierda. Tomás Moulian criticó la endogamia cultural de la izquierda chilena en los sesenta y setenta del siglo

xx

.

b. Basándose en Tilly[75], Alcántara considera la función de movilización como la activación de grupos pasivos en activos, en pos de lograr mejoras, implementar agendas programáticas y establecer estructuras de poder. En esta dimensión, el MAPU fue muy eficaz tanto durante la UP como en dictadura: activó segmentos católicos de clase media, universitarios reformistas, tuvo una presencia significativa en el mundo campesino de la reforma agraria y, tras el golpe militar, activó agrupaciones de derechos humanos, redes contraculturales, medios de comunicación alternativos y una trama enorme de ONG que le dieron sustento a la militancia y poder de influencia. En la propia UP, el MAPU fue capaz de mantener una radio, sostener una red de interventores de empresas, profundizar su influencia en los cuerpos decisorios de la Universidad Católica, comprar sedes partidarias y lograr el diez por ciento en las elecciones de la CUT. Su capacidad de movilización electoral fue más acotada al obtener solo un tres por

ciento en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, eligiendo a dos diputados.

c. En cuanto a participación, sin duda el MAPU contribuyó con su hiperactivismo a lo que Lipset califica como un caso de hiperparticipación o movilización de la experiencia chilena: los mapucistas vivieron en debates, ampliados, asambleas, marchas, realizando reuniones partidarias y actos de propaganda, incluso sábados y domingos. Pero fue una participación dogmática, como confesó Jaime Gazmuri: «Si hubiésemos practicado la democracia interna, no se habría divido el MAPU»[76]. Otra dimensión problemática fue la creciente legitimidad de la violencia en la historia del MAPU bajo la fuerte polarización que se vivía en el país durante la UP, por la vía de la creación de las Secretarías de Asuntos Especiales (SAE), que produjo peleas al interior del movimiento y su quiebre, «jugando a la violencia con sus clases de preparación militar», según testimonio de un exmiembro[77].

Uno de los elementos de la participación democrática es cumplir el rol de agregar demanda, como cuestión esencial de los partidos democráticos, según Almond y Powell[78], cuestión que el MAPU agitó en extremo, según los testimonios del propio Joan Garcés, principal asesor del presidente Allende. Es decir, en vez de moderar las demandas de sindicatos y campesinos, el MAPU activaba nuevas tomas de terrenos, fundos y empresas.

d. El MAPU tuvo un déficit en la función de legitimación del sistema político, que es el rol de profundizar la capacidad de integración y confianza en el sistema. La teoría de las dos espadas de Rodrigo Ambrosio (apoyo al gobierno de Allende, pero creación de poder popular para vencer en la lucha por la construcción del socialismo) se hizo insostenible para afrontar la crisis. El trauma con su aporte a la pérdida de la democracia transformó a la generación mapucista en adlátere de coaliciones amplias, vía pacifista y construcción de consensos, expresado en el rol articulador de sus líderes en los acuerdos con la Democracia Cristiana y en la moderación de la izquierda. Por cierto, esto tuvo deserciones en el MAPU y, en la creación de la Concertación con su lógica

moderada, tuvo que ver con la transición pactada bajo la institucionalidad del régimen militar por el activo rol centrista de la facción socialista renovada y por la masiva conversión a la democracia, al mercado y al reformismo de la mayoría de la izquierda socialista[79]. El MAPU se disolvió en el PPD y en el PS apostando a la transición y algunos de sus miembros fueron pioneros en llamar a inscribirse en los registros electorales (como demuestran las columnas que publicó José Joaquín Brunner en La Segunda durante el año 1986 y la creación del Comité de Izquierda por las Elecciones Libres, CIEL, por parte de Guillermo del Valle en 1987).

e. El MAPU fue un fracaso relativo en su función de representación porque obtuvo solo dos diputados en marzo de 1973, con un discurso contra la democracia burguesa, con llamados al poder popular y a otras formas de representación. Decimos relativo, ya que, en comparación con su tamaño, sí logró una relevante inserción sindical tanto en la UP como en la democratización de los años ochenta, presencia universitaria y campesina. Además, su pragmatismo final, en un contexto de sistema electoral hipermayoritario establecido en la Constitución de 1980, lo llevó a disolverse e insertarse en los partidos del eje PS-PPD, logrando elegir una veintena de diputados y senadores, varios de los cuales ocuparon la presidencia de la Cámara durante la transición[80].

f. La función de operatividad del sistema político implica capacidad de reclutamiento de profesionales y decisores adecuados, así como la proposición de agendas y soluciones viables, no solo debates políticos, sino «políticas públicas» específicas. En esto, el MAPU fue un ejemplo de reclutamiento de elites, prefiriendo capacidades en su estilo iluminista, lo que se corroboró en las decenas de directivos públicos y empresas estatizadas durante la Unidad Popular y, luego, en las decenas de ministros y subsecretarios mapucistas que trabajaron en los gobiernos de la Concertación. Sin embargo, su función de promover políticas específicas es severamente cuestionable a la luz de los errores de conducción económica que cometieron durante la UP, en la cual dirigentes mapucistas ocuparon roles claves: Óscar Guillermo Garretón (economía), Jacques Chonchol (agricultura) y Fernando Flores (promoción), entre otros. La historiografía coincide en que la hiperinflación y los problemas de suministro de alimentos provocados en los años 1972 y 1973 fueron producto tanto de la

intervención de la CIA y del boicot interno como del error de emitir moneda sin prudencia, descontrolar las demandas salariales y provocar la falta de estabilización de los agentes económicos en la continua movilización de los actores sociales que se tomaban fundos y empresas.

Textos relevantes e indagaciones desde las vidas ejemplares mapucistas

En cuanto a los documentos, indagamos en los principales textos primarios elaborados por el MAPU y el MAPU-OC que se conservan; las intervenciones en congresos de sus principales líderes, y las series de revistas partidarias. Entre ellos destacan las resoluciones de sus tres congresos y los discursos de Rodrigo Ambrosio, Jaime Gazmuri, Óscar Guillermo Garretón y Víctor Barrueto. El material fílmico es inexistente, con la excepción de un documental crítico con testimonios de cuatro de sus dirigentes.

Para el análisis del quiebre del MAPU, simultáneo a las únicas elecciones en que se midió electoralmente

—

marzo de 1973

—

, nuestras fuentes fueron un diario conservador (El Mercurio) y el izquierdista Clarín. Mención especial merece el archivo en Internet, Memoria MAPU, el cual fue muy útil para conocer el perfil de los mapucistas asesinados tras el Golpe y conocer las revistas de sus facciones en distintas épocas. Para determinar la influencia del MAPU y los exmapucistas, trabajamos sobre todo con los artículos publicados durante la última década en los diarios El Mercurio y La Tercera.

Logramos la desclasificación de documentos inéditos de la Unión de Jóvenes Democráticos, la paradigmática juventud del MAPU-OC en los años duros de la dictadura, gracias a Francisco Estévez, uno de sus máximos dirigentes. Con ellos, obramos como recomienda Del Alcàzar cuando se refiere a los historiadores Marc Bloch y Lucien Febvre: ya que los documentos solo tienen valor interrogados, cuestionados, es necesario mezclarlos con la vida, actuar como psicólogos e intentar una historia viva[81].

Entre los documentos oficiales, destacamos las Resoluciones del Tercer Congreso de Unidad del año 1985 que marcó la definición del MAPU en pos de la unidad socialista, aportando lo que sus militantes llaman socialismo no-histórico de raíz cristiana. Previo a la disolución del MAPU, en pleno auge de la vía electoral en torno al plesbicisto de 1988, nos pareció relevante encontrar y analizar los dos documentos que marcan su postura moderada reformista en la transición, desnudando sus visiones programáticas: el documento del Secretariado Juvenil del MAPU Para que los jóvenes no sobren, y Una propuesta socialista para un Chile posible, que escriben sociólogos y economistas para perfilar al grupo de Barrueto en la baraja del poder que implicará la inserción en los gobiernos de la Concertación.

También dimos una gran relevancia a las entrevistas (incluyendo dos cuestionarios, a Gabriel Gaspar y Hermann Mondaca) que llamamos Vidas ejemplares mapucistas, ya que nos permitieron entender los distintos períodos del partido rojo y verde, así como escuchar una pluralidad de sensibilidades. Fueron dieciséis exdirigentes y militantes, en cuya selección buscamos combinar las variables que Del Alcàzar sugiere tener en cuenta para mirar integralmente un hecho histórico, sin discriminación de voces o grupos: cronológicas (las distintas etapas del MAPU), geográficas (se consideró a militantes de provincias, siendo marcadas las referencias a Rancagua, residencia del investigador), culturales (con diversos grados de escolaridad, incluyendo la minoría mapuche), sociales (incluye dirigentes de base) y sexuales[82] (dos mujeres). El texto se nutre de las entrevistas realizadas a estas personas con algunas preguntas comunes

—

¿por qué ingresó al MAPU?, ¿vivió el influjo católico reformista?, ¿cómo evaluó la UP?, ¿cómo vivió la división de marzo de 1973?, ¿qué hizo durante el golpe de Estado?, ¿cuál fue su experiencia en la clandestinidad?, ¿por qué apoyó la renovación socialista?, ¿cómo recuerda la disolución en el PS y el PPD?

—

y otras específicas acerca del rol que tuvo cada entrevistado en períodos claves o sobre las facciones a las que perteneció. Las entrevistas de mayor profundidad fueron realizadas a los dos exsecretarios generales del MAPU, posteriores al fundador Rodrigo Ambrosio, quien falleció en 1972: Óscar Guillermo Garretón (1973-1985) y Víctor Barrueto (1985-1989). También, en dicha categoría de jefes partidarios, consideramos a los diputados Rodrigo González y Carlos Montes, figuras clave en el desarrollo del MAPU clandestino tras el Golpe.

Dos mujeres fueron entrevistadas: Adriana Sepúlveda, quien se incorporó al MAPU renovado tras abandonar el MIR, y Gladys Göeder, del MAPU-OC, quien fue candidata a diputada por Rancagua en 1973. Del mundo social, René Aucapán, profesor mapuche, y Saúl Bravo, asesor sindical en dictadura, también fueron entrevistados. Para dilucidar la verdad provinciana, conversamos con Ricardo Sazo, de Rancagua, y Jorge Venegas, de Concepción, quien además aportó la visión de la maoísta tendencia MAPU Partido de los Trabajadores. Gastón Rojas nos habló del coqueteo con la violencia, mientras el experto en asuntos militares, Gabriel Gaspar, reconocería la opción posgolpe por el orden posible. Del importante trabajo cultural mapucista antiautoritarismo, dialogamos con Eduardo Yentzen (revista La Bicicleta), Dióscoro Rojas (promotor sociocultural) y el dirigente de la UJD del MAPU-OC, Hermann Mondaca. De los jóvenes que ingresaron en la fase final del MAPU, conversamos con René Jofré, líder juvenil católico del sector popular de Peñalolén.

Cada entrevista fue útil para comprender las distintas sensibilidades del MAPU y lograr la encarnación histórica de ese partido de las confesiones de sus militantes. Además, los diálogos nos entregaron pistas e indicios, como nos señalaron Justo Serna y Anaclet Pons en su manual de detectives de la

microhistoria para llegar a comprender lo macro[83]. Ellos tuvieron presente el ejemplo de Carlo Ginzburg en sus deducciones para hacer un mapa de las fuentes para la cosmovisión disidente del molinero acusado por la Inquisición en su libro El Queso y los gusanos: «La historia sería una disciplina que funcionaría por fragmentos; una averiguación, una pesquisa que pone en relación conjetural vestigios, huellas, indicios»[84].

En nuestro caso, al entrevistar a Dióscoro Rojas, seguimos la pista de las navidades solidarias en el teatro Caupolicán para entender el aporte de los mapucistas camuflados en la Iglesia y la cultura. Las historias de viajes de ida y vuelta a Europa de dirigentes clandestinos nos hicieron llegar al empresario Rafael Guilisasti, de la Viña Concha y Toro, quien lideró la más eficiente red para esconder rojos en los barrios pudientes de Santiago y llevarlos hasta la mismísima plaza Roja de Moscú, adulterando carnés de identidad y suplantando personas. Las palabras sinceras a veinticinco años del golpe de Estado de varios entrevistados fueron el material para reconstruir la improvisación y precariedad con que enfrentaron la hipótesis que todos preveían: el derrocamiento de Allende y la eficiente represión de unas Fuerzas Armadas implacables. Cuando Garretón nos habló del miedo y la humillación que vivió como asilado en la embajada colombiana o Barrueto sobre su deambular inútil esperando respuesta popular y militar al Golpe en la zona sur de Santiago, nos hacemos un retrato más real del MAPU como legión de mesiánicos retóricos, sin la estructura de la vanguardia que quisieron ser. Sin embargo, valientes en la hora más difícil, como Ricardo Sazo, del ala más moderada, pero que tomó un par de fusiles con otro mapucista para ser un soldado de la batalla imposible que nunca llegó.

Veamos un ejemplo indagatorio: quisimos conocer cómo llegaban a la izquierda católico-marxista las visiones de estos militantes acerca de la Unidad Popular y sus aportes a la lucha antidictatorial. Cada entrevista nos permitió enriquecer la historia del MAPU con otros datos. Entonces, llegamos a entrevistar a Dióscoro Rojas, el músico, cantautor popular de origen campesino e intelectual del MAPU-OC que animó redes culturales amplias contra la dictadura. Su entrevista nos condujo a algunas afirmaciones:

a. Los mapucistas no fueron solo la clase media-alta universitaria de Santiago; hubo presencia campesina.

b. Sus gustos musicales fueron heterodoxos, con una visión más amplia que la canción de protesta tradicional de izquierda, flexibilidad que les permitió hacer actividades contraculturales durante la dictadura.

c. La UJD del MAPU-OC fue realmente una red eficiente y creadora de oposición cualitativa en los peores años de la dictadura, liderada por el que luego llegaría a ser jefe de los empresarios: Rafael Guilisasti. Resistencia y sentido empresarial, como síntesis de algunos mapucistas.

El testimonio de Rojas también indica que los mapucistas buscaron ser distintos a la izquierda tradicional (PS y PC), que la sensibilidad de la Iglesia chilena con la reforma agraria fue un factor de cercanía y radicalización, y que, bajo la dictadura, el MAPU-OC fue paradigmático al tejer eficientes instrumentos de resistencia cultural. La entrevista confirma lo que se encuentra en los textos, pero a su vez permite ir más allá, como la radiografía que realizaremos de la canción de Payo Grondona: entender la sensibilidad cultural de estos nuevos izquierdistas.

Gastón Rojas, quien se negaba a otorgar la entrevista (abusamos de la amistad), vomita su rabia: es guardaespaldas de Fidel Castro en su visita a Chile, se mete en la Secretaría de Asuntos Especiales, usa la violencia, se golpea con amigos en la división del MAPU. Ya no era el niño idealista que se impactó con los pobres que vivían en el lecho del río Maipo; el MAPU lo convirtió en un activista dispuesto a pelearse con sus parientes, expropiándoles fundos, y con un militante con preparación paramilitar que estaba dispuesto a exacerbar las contradicciones en nombre de la revolución. Tanto Gastón como Adriana Sepúlveda (quien militó en el MIR) nos dan las señas para la transformación profunda del revolucionario que acepta todas las formas de lucha hacia la persona que desprecia la violencia y reniega de ella. No son testimonios aislados; fue el

repensarse colectivo de la mayoría de los mapucistas y el giro programático del partido.

A estas entrevistas, se sumaron diálogos más informales con mapucistas, sin el terror de la grabadora, aprovechando al máximo la cercanía con los mismos: Víctor Basauri (arquitecto MAPU), Guillermo del Valle (dirigente clandestino y luego PPD), Reynaldo Demetrio (profesor universitario del MAPU Concepción), Francisco Estévez (líder de la juventud del MOC), Fernando Flores (exministro de Allende), Bernarda Gallardo (socióloga MAPU), Jaime Gazmuri (secretario general del MOC), José Sanfuentes (ex MOC que ingresa al PC), Luis Magallón y Alfredo Rodríguez (ONG Sur), Arturo Martínez (presidente de la Central Unitaria de Trabajadores), Adolfo Tannenbaum (ingeniero de Valparaíso), Héctor Oyarce (teólogo-sociólogo y exseminarista de los Sagrados Corazones) y Marie Therese Holl (literata dedicada a temas de salud, que articula como un centro de exalumnos a los exmapucistas de la Universidad Católica). De estas conversaciones, surgieron otras dos fuentes no tradicionales:

a. Los propios testimonios, historias y recuerdos del autor, que inevitablemente son parte de la historia del MAPU. Buscamos el máximo de rigor y la correcta distancia irónica de los hechos (y sujetos) que nos aconsejó el profesor Justo Serna, evitando la autorreferencia, aunque dos o tres episodios suman «fuentes», como una anécdota con el todopoderoso monseñor Jorge Medina, quien fue el brazo derecho del papa Ratzinger.

b. El valor de las confesiones en conversaciones muy informales que nos hicieron protagonistas como Fernando Flores, quien nunca nos quiso dar una entrevista grabada

—

con la eterna cantinela de que aún no es tiempo de hablar de la crisis del MAPU en los días finales de la UP o, más displicentemente, de que ya no tiene valor referirse a los fracasos del pasado[85]

—

. Sin embargo, Flores se nos fue de lengua varias veces, haciéndonos confesiones relevantes que tienen, a nuestro juicio, valor histórico: fue el único ministro del MAPU que tuvo la confianza de Allende en todo el año final de su gobierno; incluso, le acompañó durante el bombardeo de La Moneda. Él supo, de primera fuente, la sensibilidad de Allende respecto a la crisis y el rol disociador del MAPU, ya que parece que aceptó la división de dicho partido como postrera señal de gobernabilidad en la Unidad Popular. Haber hecho lo mismo con el PS, partido mayoritario de la coalición de izquierdas, hubiera sido correr

muchos riesgos. Flores nos insinuó la respuesta, pero no quiso grabar. Entonces, optamos por dar a conocer algunas de sus opiniones más estructuradas, a la espera de que él se animara a hablar o de que un historiador desentrañara los secretos (porque los hay) de la crisis final del gobierno de la Unidad Popular entre marzo y septiembre de 1973, con algunas de las cuestiones no aclaradas: ¿cuándo y quiénes deciden dividir el MAPU?, ¿hubo un plan gubernamental para inhibir al MIR por la vía de las detenciones en virtud del cumplimiento de la ley de control de armas?, ¿de qué hablaron Allende y Flores el día del golpe cuando le manda a parlamentar con los generales a cargo de las tropas de asalto?

La investigación consideró también una amplia red de entrevistados que respondieron un cuestionario sociopolítico y cultural, lo que permitió de forma cuantitativa y cualitativa indagar sobre los orígenes sociales, nivel de ingresos, gustos culturales e identidades políticas dominantes en la subcultura mapucista. Fueron cuarenta exmilitantes que elegimos buscando diversidad social (la mayor posible, ya que son pocos los obreros), pertenencia a las distintas etapas y principales fracciones del MAPU, hombres y mujeres de distintas edades (para no repetir el sesgo de otras investigaciones que se limitan a la generación fundadora, aquí se consideró al MAPU de los años ochenta), además de evitar la concentración en Santiago (logramos sumar un 55 % de provincianos de Valparaíso, Rancagua, Concepción y Temuco).

El periplo histórico de ambos MAPU forjará una particular subcultura, en la cual hay un marcado signo iluminista, que le permite al movimiento pasar de su fase

mesiánico-ideologizada a un modo de ser escéptico-pragmático. En ambas fases históricas, pre y posgolpe de 1973, los mapucistas debaten mucho, escriben, reflexionan y diseñan los caminos «correctos» para la izquierda. Quisieron ser leninistas, pero su organización fue flexible. Como miembros de la clase media educada, fueron muy permeables a los influjos extranjeros. El exilio los hizo aún más cosmopolitas, condición que fue acentuada por su sobrevivencia en ONG financiadas por Europa occidental, hecho que los llevó a ser pioneros en las nuevas agendas de la izquierda en los ochenta (feminismo, ecologismo, poder local).

Estos rasgos, sumados al intento de unir la vocación cruda por el poder con un compromiso social de base real, nos ayudarán a dar con el perfil subcultural de los mapucistas. Como toda elite iluminista, viven con osadía, pero también con desgarros sus virajes y cambios históricos, donde la opción por el pobre y el ansia de poder se confunden en un estilo de gerentes de la utopía concreta.

1 Josefina Cuesta, Historia del presente (Madrid: EUDEMA, 1993).

2 Tomás Moulian, La forja de Ilusiones: el sistema de partidos. 1932-1973 (Santiago: Arcis-FLACSO, 1993), 254-255.

3 Antoine Prost, Doce lecciones sobre la historia (Valencia: Frónesis, 2001), 125.

4 Ibíd.

5 Francisco Javier Sahuquillo, «Un general entre la obediencia y el compromiso. La idea de justicia social en el pensamiento de Pedro Arrupe» (propuesta de

investigación para obtener el grado de magíster en Historia Contemporánea, Universidad de Valencia, 2007).

6 Enrique Berzal de la Rosa, Sotanas rebeldes: contribución cristiana a la transición (Valladolid: Diputación Provincial, 2007).

7 Ismael Llona, Los santos están marchando (Santiago: Off the Record, 2006).

8 Jaime Gazmuri (entrevistado por Jesús Manuel Martínez), El sol y la bruma (Santiago: Ediciones B, 2000), 55-70.

9 Se refiere al presidente Tito de la ex Yugoslavia, que proponía un socialismo autogestionario y marcaba distancia de la URSS como líder del Movimiento de los No-Alineados.

10 Carolina Torrejón, «Brumas: el MAPU-OC bajo el autoritarismo y en clandestinidad, 1973-1979» (tesis de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2001), 16.

11 Cristián Gazmuri, prólogo a La izquierda sin Allende, de Carlos Bascuñán (Santiago: Planeta, 1990), 13.

12 Ricardo Yocelevsky, Chile: Partidos políticos, democracia y dictadura 1970-1990 (México: FCE, 2002), 60-61.

13 Armand Mattelart, La sociedad vigilada (Barcelona: Paidós, 2009).

14 Ricardo Yocelevsky, Chile, partidos políticos, democracia y dictadura, 1970-1990 (México: FCE, 2002).

15 Cristina Moyano, MAPU o la seducción del poder y la juventud. Los años fundacionales del partido-mito de nuestra transición (1969-1973) (Santiago: Universidad Padre Hurtado, 2009), 272.

16 Ibíd., 56.

17 Ibíd., 57.

18 Ibíd., 71.

19 Ibíd., 272-274.

20 Carlos Bascuñán, La izquierda sin Allende, 105-154.

21 Brian Loveman, «The political left in Chile 1973-1990», en The Latin American Left, Boulder, Westview, eds. B. Carr y S. Ellen. Citado por Carolina Torrejón, «Brumas: el MAPU-OC bajo el autoritarismo y en clandestinidad, 1973-1979», 10.

22 El Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario (INDAP) se convirtió en el cerebro de los partidarios de la reforma agraria y la concientización campesina.

23 Julio Silva Solar y Jacques Chonchol, El desarrollo de la nueva sociedad en América Latina, 59.

24 Enrique Escobar, «La Crisis del PDC y el surgimiento del MAPU (1968-1970)» (tesis de Licenciatura en Historia, PUC, 1994).

25 Alan Angell, Chile de Alessandri a Pinochet (Santiago: Andrés Bello, 1993), 57.

26 Cristián Gazmuri et al., Chile en el siglo xx,

275-279.

27 Carlos Hunneus, «A propósito de los 40 años del Partido Socialista», revista Política y Espíritu, vol. 342 (1973).

28 Los estudios de Alfredo Riquelme son ilustrativos, en especial el libro donde detalla la estrecha unión entre el PCUS y el PC de Chile, monitoreando la política local y sus decisiones. Riquelme y Ulianova, Chile en los archivos soviéticos 1922-1991 (Santiago: LOM-DIBAM-Centro Diego Barros Arana, 2005).

29 Entrevista a Víctor Barrueto, secretario general del MAPU, 1985-1989.

30 Encuesta realizada todos los meses de noviembre por el vespertino La Segunda a la totalidad de los ciento veinte diputados que votan en secreto por el mejor de sus colegas.

31 Entrevista a Víctor Barrueto.

32 Proceso personal y grupal de transformación cuando se enfrentan derrotas, nuevos contextos (la Europa occidental), la economía de mercado, entre otros fenómenos culturales y emocionales. Es el trasfondo del proceso de renovación socialista como conversión a la democracia y al reformismo, hilo conductor de nuestra tesis La conversión de los socialistas chilenos, Instituto de Ciencias Políticas UC, 1995.

33 Seguimos las categorías weberianas de los trabajos de Pablo Salvat.

34 Ricardo Yocelevsky, «El Partido Socialista de Chile bajo la dictadura», revista Foro Internacional, vol.

xxvii

(1986): 110.

35 Ibíd., 120.

36 Irene Agurto, «Política y utopía en situaciones de crisis: el caso de Chile» (tesis para optar al grado de doctor en Sociología, Universidad Complutense, 1991).

37 Ibíd., 130-170.

38 Ibíd., 135.

39 Blanca Etcheberry, «Formación y desarrollo del MAPU, mayo 1969-marzo 1973» (tesis de Licenciatura en Información y Periodismo, PUC, 1991).

40 Cristina Moyano, «Proceso germinal de la renovación socialista en el MAPU, desde el golpe de Estado al seminario de Ariccia (1973-1979)» (investigación para calificación doctoral en Historia, Universidad de Chile, 2004); «La seducción del poder y la juventud. Una aproximación desde la historia a la cultura política MAPU 1969-1973»; MAPU o la seducción del poder y la juventud. Los años fundacionales del partido-mito de nuestra transición (1969-1973).

41 Carolina Torrejón, «Brumas, el MAPU-OC bajo el autoritarismo y en clandestinidad; del golpe militar a la extinción de la Unidad Popular (1973-1979)».

42 Ibíd., 115-118.

43 Ibíd., 121.

44 Antoine Prost, Doce lecciones sobre la historia, 120-124.

45 Joan del Alcàzar et al., Historia contemporánea de América, 275-283.

46 Garretón se refiere al proceso que simboliza a fines de los años cincuenta: el reconocimiento de Nikita Kruschov de los crímenes de Stalin. Después, es amagada por la Crisis de los Misiles rusos en Cuba a comienzos de los sesenta, y desdibujada con la represión de la Primavera de Praga en 1968, por la cual se aplasta un intento de apertura democrática en la ex Checoslovaquia. Documento: Mensaje al Tercer Congreso, 1985.

47 Tomás Moulian, Democracia y socialismo en Chile (Santiago: FLACSO, 1984).

48 Hélder Câmara, «La violencia, ¿opción única?», discurso en La Mutualidad, París, 25 de abril, 1968, en Manual de Práctiques per a la História Contemporánia DÁmérica, de José Miguel Santacreu et al. (Universitat d'Alacant, Universitat de Valéncia, Universitat de les Illes Balears).

49 Senado Norteamericano, Informe Church, Acciones encubiertas en Chile: 1963-1973 (Washington: Imprenta del Gobierno de EE. UU., 1975).

50 Esto es lo que fundamenta Joan Garcés en Allende y la experiencia Chilena.

51 Víctor Farías, La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica (Santiago: CEP, 2000).

52 El historiador Gabriel Salazar distingue entre el terrorismo y la violencia social legítima de los actores subalternos de la sociedad que usan movilizaciones extralegales (huelgas, paros, motines, tomas) para lograr conquistas sociales. Salazar, La violencia política en las grandes Alamedas: la violencia en Chile 1947-1987 (una perspectiva histórico-popular) (Santiago: LOM ediciones, 2006).

53 Víctor Barrueto recuerda que como estudiante de economía de la sede Norte de la Universidad de Chile, de orientación marxista, Dos Santos fue muy influyente, al igual que Fernando Cardoso. Entrevista con el autor.

54 Joan del Alcàzar, «Mimetismo y fracaso de la izquierda latinoamericana (1956-1990)», en Estudios y materiales para la historia de América Latina 1955-1990, 22.

55 Los «cordones industriales» fueron una red de movilización de sindicatos pro Unidad Popular, especialmente fuertes en Concepción y en las zonas industriales de Santiago: Vicuña Mackenna, sur, Maipú y Renca.

56 El líder del PS, Carlos Altamirano, rechazará en su exilio la caricatura de ultraizquierdista que se hace de él como el gran responsable del Golpe. Argumentará que su tesis de intervenir las fuerzas armadas y aliarlas con sectores populares organizados era la única estrategia viable ante el avance de los sectores golpistas en las Fuerzas Armadas: Altamirano, Dialéctica de una derrota (México: Siglo XXI, 1977).

57 Tras una larga huelga de la oposición empresarial, a fines de 1972 Allende incorpora a militares en su gabinete, encabezados por el general constitucionalista Carlos Prats, comandante en jefe del Ejército.

58 Jaime Gazmuri relata que el general Prats planteaba poner «orden» en la Unidad Popular, lo que implicaba sustituir las direcciones izquierdistas del PS y del MAPU, encabezadas por Carlos Altamirano y Óscar Garretón. Jaime Gazmuri en El sol y la bruma, 93.

59 Tras el golpe de Estado, sobrevivieron como organización clandestina (1974-78) utilizando el sistema de pequeñas células de militantes, las que solo se contactaban con el resto del partido vía un enlace.

60 Entrevista con Carlos Montes en Esteban Valenzuela, introducción a MAPU: Fuerza socialista, 17.

61 Carlos Montes relata que a través de Tomás Moulian su generación conoció la visión de Gramsci tras el golpe de Estado. El MAPU propicia el «Bloque por los Cambios» junto a la DC. Entrevista a Carlos Montes, abril, 2008.

62 Entrevista a Carlos Montes.

63 Ernesto Galaz en Bélgica y los franceses, como le llaman a la dirección del MAPU en París y Lyon (Etienne Lefranc, Max Bastías, Luis Gatica), entre otros, dan vida al principal núcleo exterior. En el caso del MOC, serán Moscú e Italia donde se radican Insulza y Viera-Gallo.

64 Edison Ortiz, El socialismo chileno: de Allende a Bachelet, 231-255.

65 Gonzalo Cáceres, «El modelo chileno: un producto de la intersección entre dictadura y democracia (1975-1988)», en estudios y materiales para la historia de América Latina 1955-1990, 54.

66 Cristina Moyano, Proceso germinal de la renovación socialista en el MAPU, 5.

67 Discurso de Víctor Barrueto en el Cónclave de la Izquierda Unida, 1987.

68 Acuerdo del Comité Central, 1987.

69 Tras quince años en el poder, sigue con una baja tasa tributaria (18 %), baja sindicalización, menos pobreza, pero la misma desigualdad que llega a una diferencia de trece entre los ingresos del quintil más rico con el más pobre. Un análisis completo en Gonzalo Martner, Remodelar el modelo (Santiago: LOM ediciones, 2007).

70 Esteban Valenzuela, «Chile duro: régimen de presidencia centralista reforzada por la dictadura derechista y administrada por la centroizquierda paternalista», La descentralización en Ecuador: opciones comparadas (Quito: FLACSO-GTZ, 2007).

71 Manuel Alcántara, «Las tipologías y funciones de los partidos políticos», en Curso de partidos políticos, de Manuel Mella (Madrid: Akal, 2003), 39-40.

72 Teresa Carnero Arbat, «El lento avance de la democracia», en El siglo

xx

. Historiografía e historia, ed. M. Romeo, M. Cruz e Ismael Saz (Valencia: PUV, 2002), 168.

73 Ibíd., 169.

74 Manuel Alcántara, «Las tipologías y funciones de los partidos políticos», en Curso de partidos políticos, 40-45.

75 Charles Tilly, From Mobilization to Revolution (Readings, MA: Addison-Wesley, 1978).

76 Conversación con Jaime Gazmuri, secretario general del MAPU-Obrero Campesino que encabezó la ruptura del MAPU a comienzos de marzo de 1973 entre partidarios del poder popular y los moderados, los pro consolidar el proceso (Allende, el Partido Comunista y los líderes del MAPU-OC; Gazmuri, Fernando Flores, Enrique Correa).

77 Entrevista a Gastón Rojas.

78 Gabriel Almond y Bimgham Powell, Comparative Politics: a developmental approach (Boston: Little and Brown, 1966).

79 Esteban Valenzuela, La conversión de los socialistas chilenos (tesis de Magíster en Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1995).

80 José Antonio Viera-Gallo, Jorge Molina, Jaime Estévez, Carlos Montes, Víctor Barrueto y Vicente Sota.

81 Joan del Alcàzar, Yo pisaré las calles nuevamente: Chile, revolución, dictadura, democracia (1970-2006) (Santiago: Universidad Bolivariana, 2009), 92-93.

82 Joan del Alcàzar, Una aportación al debate: Las fuentes orales en la investigación histórica, 238.

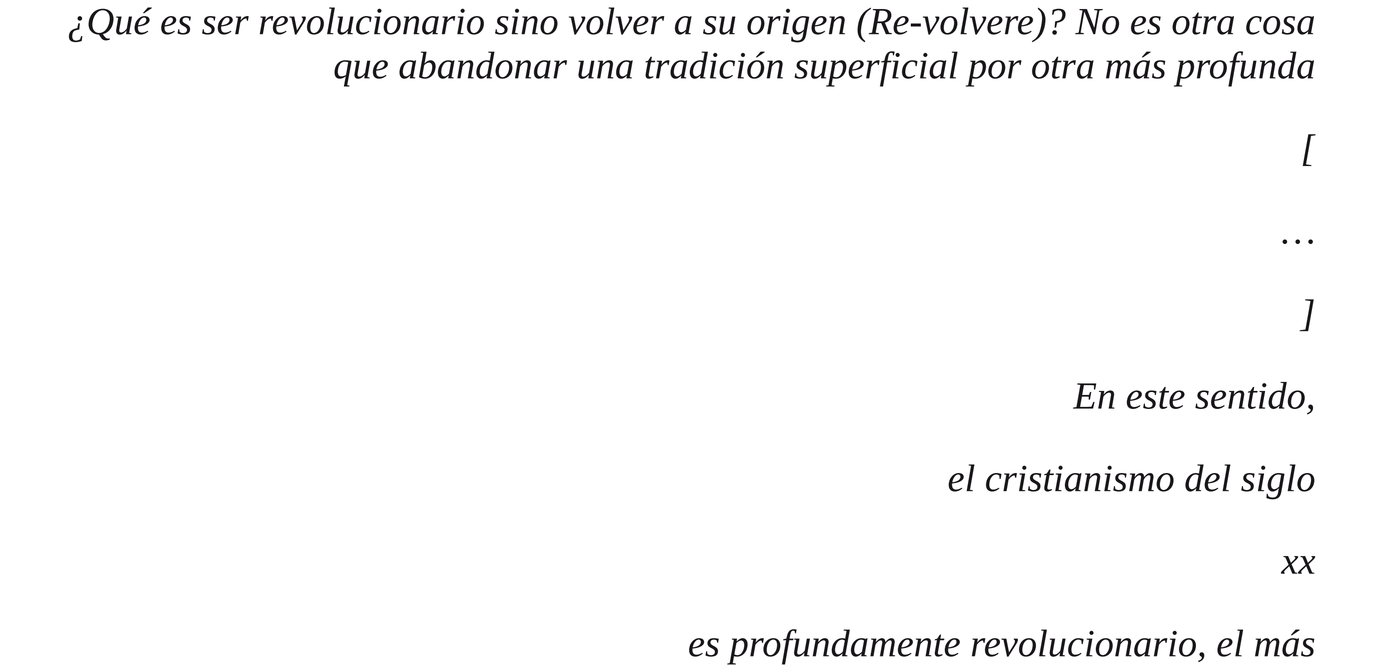
83 Justo Serna y Anaclet Pons, Cómo se escribe la microhistoria (Madrid: Cátedra-Frónesis, 2000), 231-270.

84 Ibíd., 15.

85 Justificaciones de Fernando Flores para no dar una entrevista formal.

Capítulo I

El origen del MAPU en la tradición de los evangelistas rojos de América Latina



¿Qué es ser revolucionario sino volver a su origen (Re-volvere)? No es otra cosa que abandonar una tradición superficial por otra más profunda

[

…

]

En este sentido,

el cristianismo del siglo

xx

es profundamente revolucionario, el más

revolucionario de los movimientos, el único auténticamente revolucionario.

El santo jesuita chileno

Alberto Hurtado

en Cochabamba, Bolivia.

Discurso del Cuerpo místico: distribución y uso de la riqueza, 1950

Únicamente una quiebra radical del presente estado de cosas, una transformación profunda del sistema de propiedad, el acceso al poder de la clase explotada, una

revolución social que rompa con esa dependencia, puede permitir el paso a

una sociedad distinta, una sociedad socialista.

Gustavo Gutiérrez,

teólogo peruano, en su libro Teología de la liberación, 1971

Un poema del cura obrero Esteban Gumucio, el casi santo mapucista

Evangelistas rojos

—

sacerdotes, monjas y laicos pro socialistas proclives a ideales de comunitarismo

—

han existido siempre en la historia del cristianismo y del catolicismo. No obstante, su encarnación histórica más explícita se dio en América Latina en la segunda mitad del siglo

xx

, donde se articularon en redes teológicas alternativas, participaron de gobiernos, sobre todo en Chile, Nicaragua y Brasil. El MAPU es un epifenómeno de esta deriva histórica.

Jacques Le Goff escribió una notable biografía de San Francisco de Asís[1], su santo preferido, el cual le sirve para retratar un lugar y una época (el centro-norte de Italia en el siglo

xiii

), las disputas en la Iglesia y la existencia de un pionero en la creación de movimientos eclesiales pro pobres, con sensibilidad ambientalista, apertura a la mujer (los vínculos con Santa Clara) y un pacifismo lúcido en tiempos de profunda agresividad entre cristianismo e islamismo producto de las consecuencias de las Cruzadas. Le Goff mezcla una historia personal (biográfica), una historia religiosa (incluyendo las propias disputas entre los franciscanos) y una realidad sociocultural y económica.

Para explicarnos la corriente radical de evangelistas rojos pro socialismo que existió entre 1965 y 1985, tuvimos que revisar y entender las distintas etapas, visiones de mundo y protagonistas del catolicismo sensible a lo social en América Latina, que simplificamos con el epíteto que siempre recibieron en el siglo

xx

: curas rojos o más ampliamente evangelistas rojos, porque esta historia no dejará afuera el papel de laicos, teólogos, mujeres y protestantes que compartieron dichas sensibilidades. Estas mentalidades progresistas del cristianismo criollo pueden ser clasificadas del siguiente modo: los indigenistas de la utopía cristiana indiana y del derecho de las gentes en el siglo

xvi

; las utopías comunitarias indígenas en los siglos

xvii

y

xviii

; los sacerdotes ilustrados-liberales que apoyaron la causa independentista a comienzos del siglo

xix

; los precursores del catolicismo social durante la segunda mitad del siglo

xix

con influjo francés; los padres fundadores del social-cristianismo en la primera mitad del siglo

xx

; el reformismo social y eclesial de los obispos progresistas que empujaron el Concilio Vaticano II y la Conferencia de Medellín, hasta llegar a la corriente revolucionaria y liberacionista de los setenta que luego se hizo moderada y tendió hacia visiones progresistas en los años ochenta y noventa del siglo

xx

.

Una buena síntesis de la tradición cultural en que emergieron los mapucistas está contenida en el poema del sacerdote Esteban Gumucio, hermano del fundador del MAPU, Rafael Agustín Gumucio, quien, en las barriadas pobres y combativas del sur de Santiago, venera y promueve los altares (tramita la causa para que Esteban sea venerable y santo). Es la mezcla de tradición católica del continente, apertura a lo social y moderno con radicalidad. Esteban Gumucio, con su larga barba blanca, fue mentor de muchos mapucistas, sobre todo en las poblaciones Joao Goulart, San Gregorio y Santa Adriana, e integró los Cristianos por el Socialismo que apoyaron a Salvador Allende. Su poema La Iglesia que yo amo[2] fue elegido por el progresista cardenal Silva Henríquez, el principal opositor de Pinochet, en su despedida de la Iglesia de Santiago. Comenzó con la mística socialista de los liberacionistas encarnada en una Iglesia de los pobres, renovada, sin miedo a las nuevas ideas.

Amo a la Iglesia de la diversidad, la difícil Iglesia de la unidad.

Amo a la Iglesia del laico y del cura, de San Francisco y de Santo Tomás.

La Iglesia de la noche oscura y la asamblea de la larga paciencia.

Amo a la Iglesia abierta a la ciencia, y esta Iglesia modesta con olor a tierra,

construyendo la ciudad justa, con sudores humanos.

Desde los orígenes de América Latina, en el encuentro de los peninsulares con los indígenas se abre, en la utopía cristiano-indiana, una nueva síntesis que implica la construcción de una Iglesia propia, con identidad, con sus profetas y mártires. Esta novedad americana es parte de una tradición de pueblos que caminan desde los orígenes de la historia. No importa el Vaticano, se reivindica la singularidad, colegiatura y realidad latinoamericana:

Amo a la Iglesia de aquí y ahora.

La Iglesia pobre de nuestro continente,

teñida de sangre, repleta de gente,

de pueblos antiguos, sin voz y derrotados.

Amo a la Iglesia de la solidaridad,

que se da la mano en santa igualdad.

Amo a esta Iglesia que se acerca a la herida de su Cristo.

La Iglesia de Puebla y de Medellín, de Don Hélder, de Romero y Luther King,

que vienen de la mano de Moisés, David, Isaías y Exequiel.

Los evangelistas rojos se saben pecadores, imperfectos, errados. Meten los pies al barro guiados por el ideal de Cristo: ser un hijo de Dios que se mezcla con las gentes. El cura, la religiosa, el teólogo y la laica liberacionista no se colocan por sobre la comunidad, son parte de ella; pobladores, obreros, gente de blue jeans y sandalias. Son parte de un pueblo que camina construyendo una historia que sigue abierta, de doctores en escrituras, de putas que guardan abstinencia por la fe utópica:

Amo a la Iglesia de los Santos y de los pecadores.

Amo a esta Iglesia ancha y materna,

no implantada por decreto,

la Iglesia de los borrachos sin remedio,

de las prostitutas que cierran su negocio el Triduo Santo[3]*.*

Los Gumucio, como el MAPU, fueron parte de la fuerte vocación social del catolicismo chileno que vivieron diferentes generaciones de mapucistas. Si los fundadores dialogaron en los años treinta del siglo

XX

con el jesuita Vives que trajo la inquietud social desde Europa, los mapucistas que eran niños durante el gobierno de Salvador Allende fueron educados con los textos Tus Encuentros, para adolescentes de entre doce y catorce años, editados por una Iglesia decidida a formar jóvenes que buscaran la construcción de una nueva ciudad (el ideal utópico). Como señala el capítulo once, «Tu encuentro con el que sufre el hambre y la miseria», que cita la novela de Nikos Kazantzakis, Cristo de nuevo crucificado, todos deben pasar hambre para que entiendan el flagelo. El capítulo culmina sugiriendo al profesor o catequista que haga un role-playing nada de ingenuo: los alumnos deben actuar y representar a un obrero que vive con el sueldo mínimo, un médico, un asistente social, un jefe de sindicato, un director de liceo y un poblador de los sin casa[4].

Tirando ese hilo de la historia, llegaremos a las invocaciones que hacen liberacionistas y evangelistas rojos de los propios padres fundadores de la Iglesia y de las míticas comunidades cristianas primitivas, signadas por el socialismo en los bienes, el misticismo de la persecución a que fueron sometidos y la fe ciega en la salvación colectiva. En los encuentros de liberacionistas de Chile en 1983, se recordaba que San Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, en su famosa carta a Santiago, reivindica una comunidad idealizada en la que los bienes se ponen en común. Los evangelistas rojos reviven el debate sobre caridad o justicia entre San Anselmo y San Ambrosio, que han tensionado a la Iglesia católica desde sus orígenes[5].

Los antiliberacionistas, como el ensayista español-guatemalteco Francisco Pérez de Antón[6], encuentran el extravío histórico del alto clero pro socialista del siglo

xx

(razón de la decadencia de la Iglesia) en estas claves históricas que usan los rojos: la mítica comunidad socialista de Jerusalén y el pensamiento pro justicia redistributiva de San Ambrosio, lo que motivaría a otro milanés, el papa Pablo VI, a profundizar el ideario socialista. Así, en Populorum Progressio, el papa del aggiornamiento del Vaticano II, sentenció: «Dios ha destinado la tierra y todo lo que en ella se contiene para uso de todos los hombres y todos los pueblos, de modo que los bienes creados deben llegar a todos en forma justa, según la regla de la justicia inseparable de la caridad»[7]. El sacerdote y teólogo belga José Comblin, quien trabajó con activistas del MAPU en la zona rural de Talca, sintetiza este pensamiento que recorre la sangre de todo evangelista rojo: «La felicidad está en la vida comunitaria, en el compartir y en la ayuda mutua

[

…

]

la provocación venía de los resúmenes de la vida comunitaria: todo era puesto en común» (Hechos de los Apóstoles 4, 32-37)[8].

Tomemos un testimonio elocuente: el del sacerdote valenciano Antonio Llidó, llegado a Chile en 1969, radicado en Quillota, zona interior de la provincia de Valparaíso, partidario de los Cristianos por el Socialismo y del gobierno de Allende, perseguido por el obispo conservador de su diócesis, asesinado por la dictadura de Pinochet en 1974 (detenido y desaparecido), situación parecida a la del sacerdote Michael Woodward, militante del MAPU, muerto por torturas tras el Golpe. Ambos se conocieron y tuvieron las mismas utopías cristiano-socialistas que les costaron la vida. Así vio el mundo Antonio Llidó, en pleno año 1972, cuando la polarización política se acentuó y el obispo Emilio Tagle lo expulsó de la diócesis:

Chile, como toda América Latina, está sufriendo cambios profundos. El pueblo, los pobres, ya no soportan la explotación de que han sido víctimas durante siglos. Los que tienen el poder y la riqueza ven claramente el peligro y recurren a la violencia para mantener todos sus privilegios

[

…

]

.

[

El obispo dice que

]

los sacerdotes deben ser ángeles que flotan sobre este ambiente de lucha sin mojarse siquiera la punta de sus alas[9].

Existe un hilo común en estas ideas universales que producen mártires en

tiempos ya no de la unión de la espada y la cruz, sino de la simbiosis marxista-cristiana. Los investigadores de la «infiltración de la Iglesia»[10] tuvieron razón al horrorizarse con el acercamiento entre cristianos y marxistas en América Latina: hay una historia que hace cuajar movimientos eclesiales y políticos cristiano-socialistas, usando lenguajes revolucionarios, mezclándose con movimientos sociales pro reforma agraria y organización obrera, creando síntesis peligrosas, entre ellas la bendición de muchos curas al reconocimiento de que ciertas categorías del marxismo son válidas.

José Bengoa, el sociólogo del MAPU que fue nombrado encargado de los «asuntos indígenas» por el presidente Patricio Aylwin tras los diecisiete años de dictadura pinochetista, fue conocido por su Historia del pueblo mapuche[11], una visión indigenista y crítica de lo obrado por los españoles y el Estado chileno. Bengoa se hace parte de una tradición que opta por ver el mundo a partir de los de abajo, desde los segmentos subalternos, como una minoría profética que indica caminos que otros no ven. En la sexta edición de su libro explica su punto de vista: «La mirada conmiserativa que ve en el indio un borracho, flojo y ladrón, solo conduce a la dominación y al exterminio»[12].

El MAPU, desde su nombre, tierra en la lengua de los mapuches como ya se explicó, remite a una tradición de gente iluminada por el cristianismo social que se autopercibe como portadora de una llama antigua para proteger a los pobres y crear un nuevo Chile. El profesor y sindicalista mapuche René Aucapán, exdirigente del MAPU Obrero Campesino, apela a esa tradición profética con solemnidad:

Es la pregunta que uno tiene que hacerse siempre en política: ¿Qué es lo que es Chile, cómo se ha construido y qué le espera en el futuro?

[

...

]

Chile no es solamente la construcción de los sectores pudientes, es también la de los movimientos sociales. Tener posiciones de avanzada es pensar en el resto, cuando esto no ocurre, se yerra[13].

René Aucapán llegó al MAPU desde la Democracia Cristiana, pero antes fueron muchos los misioneros que unieron defensa de los pobres (el indio) y utopía social y cristiana. En el periodo de la Conquista, la figura más señera fue Bartolomé de las Casas, fraile dominico español que en el siglo

xvi

fue nombrado procurador y protector universal de todos los indios, en reconocimiento a sus esfuerzos por abolir la esclavitud de los indígenas americanos[14]. Cuando Bengoa escribió su Historia del pueblo mapuche, sintió por momentos que hacía justicia como Bartolomé de las Casas y su Informe sobre las Indias, en el cual fraile dominico denunció las atrocidades cometidas contra los indígenas caribeños.

El utopismo católico se encarna desde temprano en América Latina: la conquista evangelizadora fue simultánea con el catolicismo contrarreformista y con el libro Utopía de Tomás Moro. Leslie Bethell enfatiza este hecho: «Erasmo[15] y Tomás Moro marcaron profundamente las mentes de los primeros evangelizadores»[16].

Es la profundización con plan político del propio cristianismo mesiánico que busca la Tierra Prometida, con una diversidad notable entre sus miembros, congregaciones, Iglesias y épocas. Los Cristianos por el Socialismo que adherían al gobierno socialista de Allende en 1971 soñaron con una comunidad perfecta, como lo hizo desde temprano una facción de los curas evangelizadores. El viaje por el Atlántico inflamó el espíritu idealista de muchos misioneros que buscaron construir su isla ideal, el no lugar en el mundo, que lleva al propio fundador de la teología de la liberación, Gustavo Gutiérrez, a escribir en 1990 Dios o el oro en las Indias[17], apología de los defensores de los indígenas y de las posturas valorativas de la cultura nativa, especialmente de la vida comunitaria. Son los utopistas indianos. En México, el paradigma es el sacerdote Vasco de Quiroga

que, inspirado por Tomás Moro, crea dos experiencias de hospitales-ciudades utópicas, donde todo se debate tres veces y los bienes del trabajo colectivo se reparten según normas propias de «derecho comunal»: Hospital Pueblo Santa Fe en las proximidades de Ciudad de México (1531-1535) y luego Atamaho Michoacán (1533)[18].

El historiador español, republicano, exiliado en Chile, Leopoldo Castedo, coincide en que México y Paraguay, antes de la expulsión de los jesuitas, fueron experimentos de modelos de convivencia entre ricos y pobres, españoles e indígenas, todos inspirados en los modelos creados por Tomás Moro. Además, añade otra pista interpretativa del utopismo indiano, esa mezcla de cristianismo «bueno» e historia de caballeros: los escritores Lope de Vega y Francisco de Quevedo (este último prologó la primera edición en español de los textos del británico Tomás Moro) ensoñaron con que la Utopía se encarnaba en América[19].

Los ejemplos se pueden multiplicar hasta nuestros días: surgen utopistas cristianos como el poeta nicaragüense Ernesto Cardenal, que tras sus estudios en México y Estados Unidos, y su paso por el mítico monasterio trapense de Getsemaní, en el cual convive con el monje pacifista y defensor de indígenas Thomas Merton, decide implementar el refugio socialista de la vida comunitaria y el arte para todos en la isla de Solentiname. Una de las hippies cristiano-socialistas que participaron, Antonina Vivar, sintetiza la experiencia parafraseando a Tomás Moro: otra isla para la utopía[20].

El revisionismo histórico llevó a la Iglesia oficial del continente, en el Documento de Puebla de la Conferencia de Obispos Latinoamericanos, a hacer un reconocimiento explícito a los sacerdotes que defendieron a los indígenas, a pesar de que muchos fueron denostados y perseguidos por la propia jerarquía de su época. Es la letra de los evangelistas rojos que se coló en la redacción de estos párrafos del documento de Puebla o, en la jerga eclesial, el Espíritu Santo que sopló:

Intrépidos luchadores por la justicia, evangelizadores de la paz, como Antonio de Montesinos, Bartolomé de las Casas, Juan de Zumárraga, Vasco de Quiroga, Juan del Valle, Julián Garcés, José de Anchieta, Manuel Nóbrega y tantos otros que defendieron a los indios ante conquistadores y encomenderos incluso hasta la muerte, como el Obispo Antonio Valdivieso, demuestran, con la evidencia de los hechos, cómo la Iglesia promueve la dignidad y libertad del hombre latinoamericano[21].

Este párrafo retrata con elocuencia el hilo de continuidad histórica que se construye en el metarrelato de las elites del catolicismo social en el continente, nutrido por los sacerdotes indigenistas americanos para borrar los pecados oficiales de la Iglesia que calló, defendió la encomienda, toleró la esclavitud y, en su mayoría, defendió el poder absolutista en las venideras luchas emancipadoras. Los mapucistas estuvieron del lado correcto, de aquel que creyó mirar desde el indígena y buscar una utopía.

La Rerum Novarum: los apóstoles sociales y el fundador del MAPU

Citábamos en la introducción al intelectual mapucista Tomás Moulian, que define la encíclica Rerum Novarum como la mecha que encendió el anticapitalismo que llevó a fundar el MAPU. Pero la primera encíclica social no fue redactada por un papa iluminado en el Vaticano; fue la respuesta a las tempestades de la época. Las revueltas revolucionarias en Europa a mediados del siglo xix, cuyo paradigma fue la Comuna de París, agitaron las aguas de la demanda por libertad y justicia, a lo que se agrega el fantasma del comunismo que propicia Marx y los socialistas utópicos y científicos. Las voces del diálogo con el mundo y del involucramiento con los de abajo comenzaron a multiplicarse con un

origen muy francés. Según el ilustrado doctor en Teología de Lovaina, José Comblin[22], los aires modernos en el catolicismo tuvieron su motor en Francia, el principal país católico de dicha época. Un germen clave fue el fraile Lacordaire que refundó la Orden Dominicana y promovió en Notre Dame que hablara en cuaresma cualquier pensador ilustre, sin temor a las ideas modernas, consciente de que la Iglesia se sostenía «en su inercia»; es decir, en la masa de gente que la componía y no en la doctrina que venía desde el Vaticano[23]. Lacordaire (nacido en 1834) unió el enciclopedismo liberal y el catolicismo social, llegando a ser diputado en la revolución de 1848 y promoviendo diarios como El Porvenir y Nueva Era, además de crear el Partido de la Confianza, una suerte de Democracia Cristiana anticipada. Sus sermones impactaron a creyentes y librepensadores, aunque sus ideas generaran disgusto en Roma:

Lacordaire consideraba que el cristianismo debía brindar felicidad a los hombres, paz a las naciones y progreso a la humanidad, que la libertad que Cristo trajo al mundo es para la igualdad y la fraternidad. En marzo del 1835, el Padre Lacordaire volvió a hablar desde el púlpito, esta vez en la Catedral de Notre-Dame, con más de 6 000 personas como auditorio, entre ellos Dumas, Balzac, Chateaubriand, Víctor Hugo, Tocqueville… en fin, la intelectualidad francesa de la época. Luego fundó el partido de la Confianza (Demócrata Cristiano) y desde 1948 profundizó su crítica al liberalismo en el periódico La Nueva Era, que editó con Abad Maret[24].

Las ideas de Lacordaire tuvieron eco en Chile, como explica Salvador Méndez[25], donde el presbítero José Ignacio Víctor Eyzaguirre defiende las ideas liberales, critica al gobierno conservador de Manuel Montt (se produce en el año 1848 una revuelta como en Francia), promueve el diálogo, como lo acentúa en su texto El catolicismo en presencia de sus disidentes. Eyzaguirre, como el catalán Jaime Balmes en España, hará un esfuerzo intelectual para rescatar al catolicismo de su vertiente dogmática y represiva, demostrando sus aportes y acercamientos a la modernidad. La Rerum Novarum promocionó el socialcristianismo que goza en Chile de profundas raíces históricas que explican el predominio en la segunda mitad del siglo

de un «catolicismo social y moderno», como señala Eduardo Silva[26]. Sus precursores son desertores de las clases pudientes, alumnos de colegios particulares católicos, especialmente de los jesuitas, con estudios en España, Francia y Bélgica (la elite chilena hablaba en francés desde la segunda mitad del siglo xix hasta mediados del siglo xx). El único pobre fue Clotario Blest, huérfano como Alberto Hurtado, aunque su familia provenía de la aristocracia chilensis. Blest y Hurtado se conocieron y coinspiraron para crear organizaciones en pos del catolicismo reformista y revolucionario, hegemónico en las clases medias ilustradas en la segunda mitad del siglo xx, gracias a la labor de los quiebres que ellos mismos propiciaron: sindicalismo, fin de la supremacía del Partido Conservador, denuncia social y utopía cristiana en el presente.

a. Fernando Vives: el precursor del socialcristianismo en Chile

Este temprano influjo comienza con el jesuita Fernando Vives Solar, nacido en Valparaíso en 1871 e influido por el diputado conservador y doctor en Ciencias Sociales, Francisco de Borja Echeverría, con quien comparte la cuestión social desde un punto de vista católico, en medio del auge del mutualismo y los sindicatos en el puerto a fines del siglo xix

, entre los cuales campeaban el anarquismo y el marxismo[27]. Vives conoce en su formación en Europa el legado del conde francés Albert de Mun, quien tras las revueltas de la Comuna de París (1871), promueve los Círculos de Obreros Católicos, plataformas políticas confesionales y regulaciones de derechos para el trabajo de niños y mujeres. Católicos sociales, no necesariamente democráticos, el propio De Mun generó polémica al cuestionar el sufragio universal, trabándose en diferencias con el papa León XIII, quien finalmente lo persuade de respaldar a un gobierno con ideales republicanos[28].

Vives se ordena sacerdote en Tortosa del Ebro (el límite de Valencia y Cataluña). En Chile tiene serias disputas con el Partido Conservador y es expulsado del país en dos ocasiones: de 1912 a 1914 y desde 1918 hasta 1931. En su diáspora, organiza la primera Juventud Obrera de España y la Asociación Iberoamericana de Jóvenes Católicos. Llega a Chile en medio de la recesión mundial de 1929 y se vuelca al activismo social, creando, entre otras organizaciones, la Vanguardia Obrero Juvenil, la Unión de Trabajadores de la Construcción, bolsas de trabajo y el periódico La Flecha, donde aboga por un orden social basado en la doctrina social de la Iglesia[29]. No se le vincula al pensamiento neocorporativista de tintes autoritarios de la derecha española, no obstante la polémica Liga Social de Jóvenes que impulsa en Chile con su revista Falange. Vives propicia las ideas alternativistas al capitalismo y socialismo, que se expresaron en el corporativismo católico, pero el núcleo inicial de socialcristianos

—

Eduardo Frei, Manuel Antonio Garretón, Bernardo Leighton e Ignacio Palma

—,

impactados con la encíclica Quadragesimo Anno del papa Pío XI, en la que se propicia la doctrina social católica

—

, fueron también activos contra la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo (1931). Ese núcleo crea la DC (Falange Nacional) en 1938 y tiene como mentores al cura Óscar Larson y a los jesuitas Jorge Fernández Pradel y el nombrado Vives[30].

b. Clotario Blest Riffo: el santón sindicalista

Una suerte de santo civil, huérfano a temprana edad, Clotario Blest ingresa al seminario, desiste, no completa sus estudios universitarios y entra a trabajar a la Tesorería General de La República, donde se convierte en dirigente sindical. Con el padre Vives crea en 1931 la Liga Social de Chile. Participa de las luchas contra la dictadura de Ibáñez y funda en 1943 la Agrupación de Empleados Fiscales, ANEF, para luego batallar por la unidad sindical, apartándose de las corrientes conservadoras que abogan por un sindicalismo cristiano alternativo a los comunistas. Blest anima en 1953 la formación de la Central Única de Trabajadores (CUT).

Su radicalización lo lleva en los sesenta a valorar al Che Guevara por sus discursos a favor del hombre nuevo, ideal socialista que es el mismo que propugna el evangelio. Se acerca al Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, pero pronto se distancia de los más jóvenes: es un combatiente, pero no cree en la violencia[31]. Al cumplir ochenta años, en noviembre de 1978, hace un discurso en el que sintetiza su cristianismo con la lucha social:

Tengo la obligación de decirlo, con todo respeto: quien ha obrado a través de este miserable hombre, es Cristo, mi Maestro. Rindo a Él este homenaje, porque Él ha sido quien más me ha sostenido durante toda la vida en defensa de los pobres, de los humildes, de los despreciados. Me ha dado fuerzas para estar en la cárcel muchas veces. He caído preso 25 veces, he estado relegado dos veces y he sido muy golpeado

[

…

]

La justicia y la unidad de la clase trabajadora, sin disparar un balazo ni tener una sola metralleta, vence todas las dificultades[32].

Durante la dictadura de Pinochet, Clotario Blest, ya anciano, es apresado vistiendo el mameluco azul de los obreros mecánicos. Con su barba blanca hasta el suelo, vive en una modesta casa en el barrio San Diego, en medio de gatos y mensajes utópicos, hasta su muerte en 1990. Cientos de trabajadores y pobres del centro de Santiago lo veneran en el templo San Francisco. Blest solía recordar su amistad con los presos de la Cárcel Pública: «De ellos también será el Reino de Justicia», le gustaba decir[33].

c. El jesuita San Alberto Hurtado: misticismo católico revolucionario

Alberto Hurtado tiene las características de muchos líderes; proviene de una familia acomodada que le asegura una buena educación, pero la muerte de sus padres se transforma en una marca que lo hace iniciar una intensa vida religiosa. Del colegio San Ignacio de Santiago se va a Europa a estudiar psicología en la meca del cristianismo social: Lovaina, donde recibe el influjo de los pensadores socialcristianos en boga, como Maritain; se reafirma en la inquietud por las reformas estructurales que le enseñó su mentor Fernando Vives, y, luego, el contacto con la aguda pobreza del Chile de la primera mitad del siglo

xx

lo lleva a cuestionar la política y a los sectores dominantes. Escribe libros por los cuales es acusado de «rojo», como¿Es Chile un país católico? Crea el Hogar de Cristo como red de solidaridad con los marginales, forma los cuadros jóvenes del socialcristianismo y funda la revista Mensaje, que desde los cincuenta se convierte en propulsora del cristianismo social de corte progresista. Sin embargo, fue apartado del asesoramiento de la Acción Católica y cuestionado por algunos de los propios jesuitas. En el año 1947, el propio sacerdote le escribe

al prepósito general de la Compañía de Jesús, J. B. Janssens, relatándole la persecución que sufre: «He tenido siempre la aprobación de mis Superiores en esta actitud, pero no siempre de todos mis hermanos en la Compañía, porque algunos juzgaban que se debía luchar abiertamente a favor del Partido Conservador»[34].

Los conservadores no parecían entender que Hurtado era un nuevo cruzado de la fe. No se quedaba en discursos genéricos, sino que respaldaba sus dichos con datos irrefutables: los resultados electorales en las federaciones universitarias en que ganaban las distintas corrientes marxistas, la falta de presencia católica en los sindicatos, el crecimiento de los canutos (con un lenguaje algo soez para referirse a los protestantes), describiendo cómo financiaban sus iglesias en respuesta a quienes justificaban el crecimiento del movimiento evangélico en las ayudas extranjeras: «Lo más notable en esta campaña protestante es el fervor de que están animados algunos de sus pastores y adherentes»[35]. Hurtado muestra el pensamiento mesiánico en pos de la verdad de un catolicismo social y combativo, que quiere ganarle la conducción del mundo a capitalistas, comunistas y relativistas. De hecho, en ¿Es Chile un país católico?, el padre Hurtado las emprende contra Dewey (sobre quien hizo su tesis doctoral en Lovaina), el autor del pragmatismo democrático, a quien achaca «el fondo de la filosofía moderna que es el materialismo agnóstico, el pragmatismo o utilitarismo y el relativismo», haciendo además una crítica explícita al fascismo y al nazismo como filosofías racistas[36].

Como un quijote que quiere pelear con muchos molinos de viento, pero sabe que debe optar por uno (la cuestión social), el cura Hurtado se concentra sin eufemismos en lo que llama «las miserias de nuestro pueblo»[37]. Listando con datos la cruda realidad social de Chile en 1940 y criticando el alto porcentaje de analfabetismo (25 %); la falta de educación y cohesión de las familias («niños abandonados»); la mortalidad infantil («mueren dos de cada diez niños antes de un mes de vida»); las condiciones de la vivienda obrera (entrega datos de los conventillos, el hacinamiento, las enfermedades venéreas: «En Chile hay 5,6 personas por habitación, en Japón es una persona»); la pobreza extrema («828 mil obreros con menos de diez pesos diarios y los campesinos con menos de cinco»); el alcoholismo (utilizando datos para mostrar cómo la ebriedad lleva a

la violencia doméstica)… concluye que hay amargura en el pueblo, alejamiento de la Iglesia e incongruencias entre los que se dicen católicos y toleran dichas miserias: «El mundo está cansado de palabras: quiero hechos; quiero ver a los cristianos cumpliendo los dogmas que profesan»[38].

Carlos Montes, el líder del MAPU en la clandestinidad, que estuvo preso y fue torturado, elegido en la nueva democracia el mejor legislador, dice que todo lo suyo comenzó «por la influencia de mi padre que conoció ocho años al padre Hurtado en el seminario»[39]. El padre de Montes escuchó de la boca del mismo cura Hurtado el emplazamiento que escribió a los niñitos de colegios católicos, a las elites del país:

El pueblo tiene derecho a exigir a los que han sido educados en colegios católicos, favorecidos por la fortuna, con la holgura suficiente para atender los intereses de su alma, que vivan esa fe que profesan. Y es triste confesarlo: la gran masa de esos cristianos lo son solamente de nombre. Una vida superficial o insustancial, un mundo hueco llena sus días con preocupaciones de fiestas y diversiones que les quitan el tiempo y humor para dedicarse a hacer el bien con profundidad. Carecen de valor de sacrificio[40].

Allí está la piedra que comienza a rodar y llevará al misticismo social católico que se entrega a la causa con «sacrificio», radicalizando a algunos evangelistas rojos hasta dar la vida en su propio martirilogio. Hurtado fue un ideólogo y militante del catolicismo revolucionario, que presentaba el mesianismo socialcristiano como alternativa a la derecha y a los comunistas y en Chile se convirtió en mayoría cultural y política a fines de los años cincuenta (la Democracia Cristiana nace en 1957), especialmente en 1964 gracias triunfo aplastante de Frei con su programa de revolución en libertad. Un discurso alternativo y exclusivo de apóstoles, que provocaría según muchos autores el desplazamiento de un centro pragmático como el Partido Radical (que se aliaba con derechistas o izquierdistas) por una Democracia Cristiana en actitud «totalizante» y con un proyecto «revolucionario propio». Si los historiadores y politólogos que así lo plantean están en lo correcto, Hurtado estimuló esos

procesos conscientemente (en la izquierda vendría la Revolución cubana y en la derecha el neoliberalismo con seguridad nacional, completando la trilogía de experimentos «refundacionales» que Chile viviría entre 1964 y 1988[41]).

En la citada visita a Cochabamba, invitado por los obispos bolivianos, en enero de 1950, rodeado de asesores y activistas de la Acción Católica, reivindica al cristianismo como el pensamiento más revolucionario del siglo

XX

y recuerda que «ser revolucionario es volver a su origen (re-volvere)»[42]. Pronto enfermó y murió (1952), pero dejó su programa de reformas estructurales, que implicaban asumir la cuestión de la propiedad de los bienes. Nada de retórica general o solo derechos individuales, el padre Hurtado quiso socialismo comunitario, sin ateísmo, pero socialismo. Extractamos su programa titulado Consecuencias sociales de la doctrina del Cuerpo Místico aplicables a la distribución y uso de la riqueza:

Los bienes de la tierra han sido dados por el creador para todas sus creaturas, por el Padre para todos sus hijos […] todos los hombres sin distinción de razas, de talento ni de cualidades secundarias, tienen igual derechos […] al derecho positivo corresponde determinar la forma en que sean divididos los bienes de la tierra para cumplir el plan providencial […] el orden jurídico no podrá aceptar tal acumulación de bienes que, al concentrarse en pocas manos, deje imposibilitados a los demás de la justa parte que le corresponde […] los pueblos económicamente mejor dotados no hacen limosna a los pueblos débiles, sino que cumplen con la justicia social en sus proyecciones internacionales[43].

d. El obispo Manuel Larraín: impulsor de la reforma agraria y el CELAM

El obispo Larraín, que fue compañero de Alberto Hurtado en el colegio San Ignacio, se convierte en un defensor de los falangistas cuando estos quiebran con los conservadores en 1938, promueve la creación de Consejo Episcopal de Latinoamérica (CELAM) e impulsa la reforma agraria repartiendo, en medio de polémicas, un fundo de la propia Iglesia en Talca en 1962[44]. Su gran aporte internacional fue gestar una red de obispos que apoyaron al Concilio Vaticano II y bregaron por cambios en la Iglesia y las estructuras sociales. Por primera vez, una alta autoridad jerárquica se abanderiza abiertamente con los que piden reformas y cambios de fondo. El músico popular del MAPU, Dióscoro Rojas, acólito y participante de las «cofradías de la Virgen del Carmen» en su pueblo de Lontué (zona vitivinícola de Talca) recuerda un hecho decisorio:

Monseñor Manuel Larraín Errázuriz venía de la oligarquía, de una familia de expresidentes y terratenientes. Pero su compromiso social fue absoluto con la reforma agraria. Una vez, en Talca, detuvieron a dirigentes que pedían tierras y salarios. El obispo escandalizó a Chile cuando se interpuso y exigió ser apresado junto a los campesinos[45].

Larraín fue el gran instigador de la colegiatura y de la voz profética y autónoma de los obispos latinoamericanos, adelantándose al propio Concilio Vaticano II. Según el experto eclesial, monseñor Guillermo Melguizo, fue el obispo de Talca quien, al terminar su ponencia en la Conferencia de Obispos de Río (1955), expuso un primer proyecto de constitución de un pequeño Consejo Episcopal Latinoamericano integrado por seis miembros representantes de las seis áreas principales del continente: «Solamente una América Latina estrechamente unida, no solo en la fe y en la caridad como ya lo está, sino más que todo en la acción, podrá dar a la Iglesia la respuesta de esperanza redentora que de ella se espera»[46]. La obra de Manuel Larraín tendrá frutos: la resolución 79 de Río de Janeiro sobre asuntos sociales será el primer pronunciamiento social de una voz común de la Iglesia latinoamericana:

La Conferencia General del Episcopado Latinoamericano no puede dejar de expresar su honda preocupación ante los problemas sociales de América Latina y

la situación angustiosa en que se encuentra todavía

—

a pesar del cúmulo de bienes que la Providencia ha dispensado al Continente

—

una no pequeña parte de sus habitantes, y en particular algunas clases de trabajadores del campo y de la ciudad, sin olvidar la llamada clase media, por los salarios insuficientes y la demanda de trabajo[47].

El tono de Río (1955) es muy moderado comparado con el de Medellín (1968) y Puebla (1979), donde los obispos progresistas sientan hegemonía, pero para su época se trató de un enorme paso: puso en práctica la colegiatura entre los obispos americanos y creó una opinión propia, contrapeso del Vaticano. Larraín no alcanzó a vivir la Segunda Conferencia Episcopal en Medellín, pero alcanzó a destacarse en el ala progresista de los debates del Concilio Vaticano II. Murió en un accidente vehicular cerca de Rancagua en 1966; Eduardo Frei, otro discípulo de Vives, presidente de la república, lo despidió como uno de los suyos (los socialcristianos reformistas).

El legado del obispo Larraín trascendió. El documento del episcopado chileno La Iglesia y el campesinado (1962) y su carta pastoral Desarrollo: ¿Éxito o fracaso en América Latina?, así como el hecho de haber repartido tierras (que compartió con el futuro cardenal Raúl Silva Henríquez), «mereció ser citado por el Papa Pablo VI en numerosas ocasiones en la encíclica Populorum Progressio (1967)»[48].

e. Rafael Agustín Gumucio: fundador del MAPU y la Izquierda Cristiana

El último discípulo de Vives Solar fue su sobrino, conocido en Chile como don Rafa. Su padre fue legislador y él siguió el camino de un muchacho acomodado: secundaria en el colegio de los Sagrados Corazones, Derecho en la Universidad Católica y, rasgo distintivo de los mapucistas, estudios posteriores en Lovaina. De regreso en Chile, se inserta con Fernando Vives y toda la generación fundadora de la Falange que luego en el año 1957 se convertirá en la Democracia Cristiana, con él como presidente. Bajo el gobierno de Eduardo Frei se radicaliza. El año 1968 es presidente del PDC, senador de la república, adscrito a la corriente comunitarista, y junto con los jóvenes «rebeldes» critica abiertamente a Frei en la Junta Nacional de Peñaflor. Comienza el conflicto abierto que culminará con su salida de la DC y su rol fundador en el MAPU. Suena como precandidato presidencial de la izquierda, pero apoya a Allende, de quien será embajador para defender las expropiaciones y negociar créditos ante el embargo americano. En el año 1971, cansado de la marxistización dogmática del MAPU, funda la Izquierda Cristiana, partido en el cual milita hasta su muerte en 1996.

La dictadura lo exilia y vive en París hasta 1983, junto a su nieto Marco Enríquez-Ominami Gumucio, hijo del líder guerrillero Miguel Enríquez asesinado por los militares y de su hija Manuela: «El abuelo rezaba todos los días en nuestro pequeño departamento de París y trató de hacer religioso infructuosamente a un joven hijo de la educación pública francesa […] aunque le debo a él la humildad de no atreverme a declararme ateo y entender que un Dios existe»[49]. En las postrimerías de su vida, Rafael Gumucio creó la revista Reflexión y Liberación, lugar de encuentro del ala progresista de la DC y de la diversidad de católicos de izquierda chilenos.

Todos los caminos llevan a París y a Lovaina

La elite chilena fue afrancesada entre 1850 y los años ochenta del siglo

xx

. La genética de los mapucistas se topa con la formación católica social en París y Lovaina de Rafael Agustín Gumucio, en el marxismo althuseriano de Rodrigo Ambrosio, en los cientos de mapucistas educados en los claustros y bibliotecas de la ciudadela belga.

Todos los caminos llevan a Lovaina, especialmente a la Nueva, a una hora en tren desde Bruselas, en la zona valona (francesa), donde han estudiado durante un siglo cientos de latinoamericanos vinculados al catolicismo progresista. La Nueva fue creada en 1970, después de la separación de flamencos y valoneses (francófonos), en una dramática seña de la división nacional-lingüística de Bélgica. Si la Universidad de Chicago es el mito en Chile del neoliberalismo de Milton Friedman con las decenas de magísteres y doctores chilenos egresados de dicha Universidad a partir de un convenio con la Escuela de Economía de la Universidad Católica desde los sesenta, en la vereda opuesta se encuentran los cientos de chilenos y latinoamericanos formados por Lovaina, en su mayoría democratacristianos y militantes de izquierda, donde el MAPU fue estrella, aunque las disputas fueron ácidas.

A Chile había llegado el jesuita de Lovaina Roger Vekemans, quien orienta a la Democracia Cristiana latinoamericana apoyando un discurso alternativista a la derecha y al marxismo y se convierte en el ideólogo de los conceptos más fuertes del gobierno reformista de Frei Montalva, como la promoción popular que llevó a organizar miles de juntas de vecinos y otras organizaciones sociales territoriales. Vekemans formó a muchos líderes DC desde el Centro Bellarmino en Santiago, muchos de los cuales se descarriaron hacia la izquierda. Fue un intelectual y un organizador, cuyo mito llegó al lecho de enfermo del mismísimo papa Juan XXIII:

Cuentan las leyendas eclesiásticas que al asumir el Papa Juan XXIII, en 1958, le preguntaron sobre las dudas que esperaba despejar en su pontificado. «Yo he querido siempre saber tres cosas: si los jesuitas son tan poderosos como dice la gente, si los franciscanos son tan pobres como se comenta y quién es exactamente Roger Vekemans», respondió[50].

Vekemans volvió a Chile y mantuvo un bajo perfil hasta su muerte, en el año 2009. Su huella fue imborrable en la vocación mesiánica del camino propio del socialcristianismo chileno; formó líderes antimarxistas y antiderechistas; donde había un sindicato rojo, los de la DC debían crear un sindicato comunal campesino cristiano, donde los comunistas apoyaban un campamento revolucionario de pobres urbanos, los democratacristianos debían organizar a las mujeres en centros de madres y poner de pie una junta de vecinos, un club deportivo, una cooperativa. Había que organizarse en nombre de Cristo y la revolución para redimir el mundo con el mensaje y la praxis social cristiana… La izquierda lo acusó de reaccionario, de neocorporativista, y la derecha gremialista y fiduciana[51], de ser, junto con el presidente Eduardo Frei, los Kerenskys chilenos que con su debilidad pavimentaron el camino a Allende y al comunismo.

Pero el hilo de la historia es más antiguo. La Universidad de Lovaina data de 1425 y dura hasta su división en el bienio 1968-70. En sus aulas, enseñaron el inspirador del humanismo cristiano Erasmo y muchos de los precursores del catolicismo social. Ya explicamos que allí estudió el padre Hurtado Educación y Psicología y que Rafael Agustín Gumucio debatió de asuntos sociales con su propio padre, también legislador que quiso estar en Bélgica y empaparse de las nuevas ideas católicas.

En tiempos de la dictadura chilena, la universidad celebró convenios con centros académicos ligados al Arzobispado de Santiago y a la Academia de Humanismo Cristiano respaldada por el cardenal Silva Henríquez, en instituciones donde enseñaron muchos izquierdistas expulsados de las universidades por sus ideas. Los militantes del partido cristiano marxista MAPU, que estudiaron en Lovaina, fueron muchos: Manuel Baquedano, del movimiento ecologista; Juan Ruiz, experto en educación superior; el sociólogo Óscar Mac-Clure, investigador en asuntos de pobreza; Juan Eduardo García Huidobro, doctor en Educación e investigador del Centro de Investigación para la Educación, CIDE, creado en los sesenta por el jesuita Patricio Cariola. Algo tiene la calma Bélgica de su católico rey Balduino, que en una compleja democracia consociativa mantiene unidos a

flamencos y valoneses, con gobiernos moderados dominados por democratacristianos y socialdemócratas, pero de sus apacibles aulas salen reformadores sociales belicosos. Tal es el caso del sacerdote colombiano Camilo Torres que, tras titularse en Lovaina con la tesis Una aproximación estadística a la realidad socioeconómica de Bogotá, fundó la primera escuela de sociología en América Latina y, en el año 1960, optó por las armas al unirse al guevarista Ejército de Liberación Nacional (ELN)[52] para morir seis años más tarde durante su primer combate y pasar a la historia con la frase «si Jesús viviera, sería guerrillero»[53].

Torres tiene la huella de muchos de los revolucionarios del orbe: proveniente de la clase media alta ilustrada (como Miguel Enríquez, hijo del rector de la Universidad de Concepción en Chile), fue educado en colegios católicos (como Fidel Castro y los jesuitas), siendo hijo de padres profesionales (en su caso, médicos), tuvo experiencias en Europa o viajes en general (la moto del Che) y vivió en un contexto opresivo (como la Cuba de Batista, los golpes militares en Argentina, el acuerdo nacional entre liberales y conservadores en Colombia que inhibe procesos de cambios profundos como una reforma agraria y una mayor democratización). El sacerdote Samuel Fernández, cuando presenta la teoría de la redistribución de la propiedad del jesuita Alberto Hurtado, basada en la doctrina del Cuerpo Místico, entrega a pie de página una pista clave: que aprendió en Lovaina.

Otro destacado estudiante de Lovaina fue Emile Mersch, un jesuita y teólogo que murió trágicamente en un bombardeo asistiendo a víctimas en 1940, tras lo cual se descubrió su recreación de la vieja idea de San Pablo según la que la unidad entre Cristo y los cristianos es una síntesis llamada Cuerpo Místico. Es decir, los cristianos deben ser combatientes con mística, un cuerpo con Su Señor, al que Hurtado llamaba el Patroncito. El propio Mersch, profesor de Hurtado, había escrito en 1927 un libro categórico: La obligación moral, principio de la libertad. Es decir, hay imperativos, obligaciones, urgencias. Ese lenguaje de Lovaina llevado a sacerdotes con inquietudes sociales, en países de una desigualdad dolorosa, los llevará a encarnar un misticismo social y la acción combativa de quienes portan imperativos morales. Algunos llegarán a ser santos organizadores de redes sociales como Hurtado, y otros, guerrilleros del

martirologio como Camilo Torres.

Pablo Salvat es otro intelectual del mundo cristiano progresista, militante mapucista y amigo de izquierdistas cristianos durante la dictadura. Doctor en Filosofía, estudió en Lovaina en los años ochenta y trabajó sobre autores modernos

—

especialmente Max Weber

—

que hacen preguntas a los

«imperativos». Su tesis doctoral abordó la tensión que existe entre la ética de la convicción (lo normativo, como la pasión por la revolución) y la ética de la responsabilidad (la construcción de medios y el balance de las consecuencias, es decir, la complejidad que implica gobernar). Aquí hay un cambio notable. Salvat quiere utopía, pero le aterran las cajas de pandora que puedan abrir el misticismo combatiente sin límites. De ahí su interés por Max Weber, que aterriza la utopía con su visión de la responsabilidad[54]. El propio Salvat tiene el péndulo de todo cristiano progresista formado en Lovaina: la iracundia ante la injusticia y, al mismo tiempo, la aceptación de las dificultades que implica la utopía; en definitiva, la apuesta por caminos realizables, como las políticas de equidad (menos retóricas, a su juicio, que la revolución)[55].

Otro ideólogo que pasó por Lovaina fue Emmanuel Mounier, quien impactó a los católicos sociales con su libro Revolución personalista y comunitaria (1931), donde muestra una actitud de diálogo con el mundo moderno y las libertades, y sus aprehensiones con la dominación estatal, proponiendo la alternativa del personalismo versus el individualismo liberal y del comunitarismo como opción al socialismo estatal autoritario.

Se entiende por socialismo la abolición de la condición proletaria; la sustitución de la economía anárquica fundada sobre el provecho por una economía organizada sobre las perspectivas totales de la persona […] Aquí, el socialismo se duerme, allá se extravía y se pervierte con el aparato administrativo y policial. La necesidad de un socialismo renovado, a la vez riguroso y democrático, es cada vez más premiosa[56].

Mario Rosales, quien militó en la Izquierda Cristiana y leyó a Mounier por consejo de Bosco Parra, sostiene que el otro autor cristiano innovador que los impactó fue el jesuita Teilhard de Chardin. Tras su muerte, el Santo Oficio ordena retirar sus libros de los centros formativos católicos, entre otras razones porque relativizan el matrimonio, aceptan el evolucionismo darwiniano, proponen un panteísmo similar al de Bergson[57] y niegan la parusía o segunda venida de Cristo (Chardin propuso en sus escritos el Punto Omega, una imagen de granos blancos que unían toda la faz de la tierra en forma cósmica)[58]. A los revolucionarios católicos les interesaron los rebeldes, apóstatas como ellos mismos se sintieron muchas veces, que encontraron refugio en los claustros libres de Lovaina.

El otro gran ideólogo social cristiano, Jacques Maritain, quien se convierte del protestantismo (junto con su mujer judía), entronca con una tradición católica de misticismo social (que va desde León Bloy a fines del siglo xix hasta Jean Guitton durante el siglo xx), pero influida por una perspectiva más militante y totalizadora. Él fue el gran amigo de Pablo VI, el papa que no temió al socialismo… si era cristiano y comunitarista.

El otro faro de la izquierda católica fue Alain Touraine y su escuela parisina de

Altos Estudios en Ciencias Sociales

—

la École

—

, mentor de toda la generación de mapucistas que van desde el propio Ambrosio y Marta Harnecker hasta los sociólogos de SUR Eugenio Tironi y Eduardo Valenzuela, así como a parte del MAPU de la Universidad Católica de los años ochenta, como el periodista Andrés Asenjo y el teólogo Héctor Oyarce. La propia École mantuvo su área de ciencias de la religión con apertura al diálogo cristiano-marxista que los caracterizó. El discurso de los evangelistas rojos se escribió definitivamente en francés. Marta Harnecker[59] y Rodrigo Ambrosio llegaron en 1962 a París como exmiembros de la Juventud Estudiantil Católica (JEC) y líderes democratacristianos. En la Ciudad de las Luces, se encandilan con el marxismo de Althusser en un viaje sin retorno al apostolado de la revolución proletaria. Tomás Moulian, en el mismo periplo, siguió hacia Lovaina, desde donde regresó para fundar el MAPU, dejar su barba crecida y seguir buscando la síntesis de los evangelios sociales, en lo que mucho después denomina la forja de las ilusiones, por los llamamientos a la revolución que caracterizaron a Chile en los sesenta, tanto desde la Democracia Cristiana como desde la izquierda.

Las canciones que motivaron a los mapucistas de la Pastoral Juvenil

y el liberacionismo

El fuerte influjo liberacionista en la Iglesia católica chilena hacia 1980 produjo nuevos cuadros de militantes para el MAPU y las corrientes progresistas de la Democracia Cristiana (los chascones) y la Izquierda Cristiana. Desde la parroquia universitaria de avenida Pedro de Valdivia con Bilbao en Santiago,

donde concurrían los mapucistas a peñas folclóricas y debates sobre la renovación socialista, hasta los comedores solidarios de las capillas de madera de los curas liberacionistas de Talcahuano, Coronel y Concepción en el sur, coordinados por el cura MAPU Ernesto Moreno, la inspiración consistió en escuchar el canto y la palabra que unían en su metalenguaje a la democracia y al socialismo, a la reivindicación de un nuevo reino en la lucha por los derechos humanos y los pobres.

Las canciones de protesta social cristiana causaron estragos en América Latina, particularmente la popularización de mano en mano (casete en casete) de la Misa campesina nicaragüense de Carlos Mejía Godoy. Ícono del catolicismo liberacionista en su apogeo, entre los años 1975 y 1985, y canto oficial de la Revolución Sandinista, el propio Mejía Godoy cuenta que la cantata con ritmos y sones campesinos fue presentada en 1975 en la isla de Solentiname, refugio y paraíso de los socialistas utópicos liderados por el sacerdote Ernesto Cardenal, intervenida por la policía en pleno debut y luego prohibida. Mejía se inspiró en su cultura católica (quiso ser sacerdote), en la Iglesia popular y en sus persecuciones bajo la dictadura de Somoza, una mezcla de canto rural y trova cubana[60]. El cambio tecnológico (la popularización del casete) la salvaría de la represión, hasta convertirse en el himno oficioso de la teología de la liberación, especialmente su canción Credo nicaragüense, en la cual, Cristo es un compañero de lucha, identificado con los obreros y campesinos, que, como ellos, ha sufrido la persecución y tortura. El dictador Somoza es un pilatos opresor:

Yo creo en vos Cristo obrero, luz de luz

y verdadero, unigénito de Dios, que

para salvar al mundo en el vientre

humilde y puro de María se encarnó,

creo que fuiste golpeado, con

escarnio torturado, en la cruz

martirizado siendo Pilatos Pretor, el

romano imperialista, puñetero y

desalmado que lavándose las manos

quiso borrar el error.

Pero no solo la Misa nicaragüense es perseguida por subversiva: en las parroquias de Chile circulan mimeografiados los famosos cantorales con himnos odiados por la dictadura y los segmentos que la sostuvieron, incómodos en la misa dominical, cuando las voces juveniles

—

con guitarra y a veces charango[61] y bombo

—

alzan la voz para entonar canciones evangélicas con demasiadas reminiscencias de los cantos de protesta de la Unidad Popular. Los delegados militares actúan y reprimen. Un ejemplo ocurrió con la Pastoral Juvenil de la diócesis de Rancagua, que fue «suspendida temporalmente» en el invierno de 1982 cuando los militares, con gobernador e intendente uniformados y designados, les reclamaron al vicario de la catedral, al presbítero Alfredo Salas, y al obispo Alejandro Durán por las actividades de los jóvenes «rojillos»: habían pegado carteles con conferencias de doctrina social de la Iglesia por el aniversario de la Rerum Novarum para sus 90 años. Un grupo fue detenido por pegar carteles de un recital llamado «Canto para Jesús: justicia y verdad» y otro se había paseado frente al regimiento Lautaro cantando que los militares eran unos pilatos que se lavaban las manos con las violaciones a los derechos humanos[62]. La canción, compuesta por un grupo de universitarios hippies y cristianos de Santiago llamado Kairós (momento justo, en griego), sonaba a través de un artesanal megáfono instalado sobre un furgón utilitario celeste Suzuki:

Allá van como Pilatos,

van lavándose las manos

y creen que no se hacen daño.

Estoy siendo torturado y no ven nada,

estoy desaparecido y no hacen nada.

Allá van como Pilatos…

Las iglesias y capillas chilenas se llenaron de esos cánticos disidentes, que se volvían intolerables para las autoridades del régimen, refugiadas en los círculos católicos conservadores. En el Cantoral, se encontraban las canciones predilectas por los coros, comunidades y sacerdotes críticos de la dictadura o abiertamente liberacionistas. La siguiente estrofa de Ven y sálvanos se entonaba remarcando como protesta la palabra libertad:

El pueblo gime de dolor,

a Dios reclama libertad.

Oye, Padre, es el grito

de tu Pueblo,

Oye, Padre,

¡ven y sálvanos!

En historia cultural, se puede indagar sobre el significado de las palabras en distintos contextos históricos. En el chileno específico de comienzos de los años ochenta, el tradicional Magnificat a María, se cantaba con claras connotaciones antiautoritarias contra los poderosos: «Él hace proezas con su brazo, dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide

vacíos»[63].

El teólogo y sociólogo Héctor Oyarce[64] recuerda en las protestas católicas «el otro venceremos» (es decir, no el del grupo chileno Quilapayún), que es universal y se cantó sobre todo en las comunidades cristianas brasileñas. La canción original es de Jon Lewis (We Shall Overcome) y fue usada por el Movimiento de los Derechos Civiles de los negros americanos y reescrita una y otra vez por sectores evangélicos y católicos progresistas en luchas sociales y democráticas. Así dicen sus dos últimas estrofas:

No tenemos miedo, no tenemos miedo,

alguien nos espera más allá de los montes y el mar,

Cristo venció, nosotros venceremos.

Y seremos libres, y seremos libres.

No tiene cadenas el amor, viviremos en paz.

Cristo venció, nosotros venceremos.

Oyarce también evoca los años 1983 y 1984, cuando al ser golpeados los opositores de Pinochet por los gremialistas de la dictadura en el Campus Oriente de la Universidad Católica, y luego desalojados y detenidos por Carabineros, los alumnos de teología «encabezados por Mónica Musalem comenzaban a cantar esta canción, provocando un silencio en los agresores»[65]. Esta suerte de misticismo cristiano en el martirologio de la represión, se refleja en la detención del seminarista mapucista Félix Avilés, quien al ser detenido por carabineros que caminaron sobre él en el suelo del bus policial, comentó mesiánicamente: «Todo sea por el Reino»[66].

Volviendo a la canción Nosotros venceremos, el lingüista Carlos Lenkersdorf, en una entrevista, recuerda que acompañando al obispo Samuel Ruiz de Chiapas (en San Cristóbal de Las Casas), ya en el año 1972, descubrió que entre las comunidades mayas se reescribía dicha canción con sus propios significados de lucha social y construcción colectiva[67].

En la cultura de la izquierda católica chilena, se realizó en la época de las protestas contra la dictadura el llamado Vía Crucis Popular[68], donde junto con ligar las estaciones del calvario con las situaciones de explotación social (desempleo, pobreza, hambre, falta de vivienda) y de violación a los derechos humanos (tortura, desapariciones, exilio), los feligreses cantaban con mística la Plegaria del labrador del cantautor asesinado en 1973, Víctor Jara, quien, en su propia juventud había sido seminarista antes de ingresar a las Juventudes Comunistas. Dicha plegaria es conocida también como el Padre Nuestro latinoamericano en los círculos del cristianismo popular:

Levántate y mírate las manos,

para crecer estréchala a tu hermano,

juntos iremos unidos en la sangre,

hoy es el tiempo que puede ser mañana.

Líbranos de aquel que nos domina en la miseria,

tráenos tu reino de justicia e igualdad

Hágase por fin tu voluntad aquí en la tierra,

danos tu fuerza y tu valor al combatir,

juntos iremos unidos en la sangre,

ahora y en la hora de nuestra muerte, amén.

En el cantar colectivo de los liberacionistas hay dos cuestiones esenciales: hay que combatir para construir el reino igualitario ahora y Cristo es un compañero, la idea del Dios encarnado, que el psicólogo mapucista chileno, René Jofré, formado en la Pastoral Juvenil, llama el Cristo de abajismo[69], identificado con el pueblo de las clases subalternas, con los de abajo en la escala socioeconómica.

En el caso de Chile, el sacerdote de los Sagrados Corazones, Ronaldo Muñoz, fue el animador de la nueva doctrina de la opción radical por los pobres, combinando la academia teológica con la vida entre los pobladores, como les llama a los pobres urbanos. Ronaldo Muñoz se educó en Italia, Francia y Alemania, donde se doctoró con la tesis Nueva conciencia de la Iglesia en América Latina, de la que Ratzinger fue uno de los examinadores. Enseñó en la Escuela de Teología de la Universidad Católica hasta que fue presionado a renunciar bajo la intervención militar y la influencia de sacerdotes conservadores como Jorge Medina[70].

Junto con Esteban Gumucio y Pablo Fontaine, Muñoz apoyó a los Cristianos por el Socialismo y alentó el crecimiento del MAPU y la Izquierda Cristiana en los barrios populares del sur de Santiago. El cura obrero Mariano Puga, también proveniente de una familia de clase media alta ilustrada (sus hermanas y sobrinas fueron militantes de la DC y del MAPU[71]), recordó tras su muerte lo que Muñoz quería que los liberacionistas dijeran de su vida: «Ronaldo fue un teólogo con los pies de barro. Un padre de la Iglesia de los pobres, un padre de las Iglesias nuevas de América Latina»[72]. El sacerdote alentó las redes liberacionistas, conminando a cientos de universitarios a optar por el socialismo y a vivir en las poblaciones o en las provincias abandonadas: «Uno habla desde donde habita»[73], sentenció en la oración final de un encuentro de Teología de la Liberación en Santiago en 1985.

Muñoz es el símbolo de la marxistización para los críticos liberacionistas. La Biblia pinochetista contra los curas rojos

—

el libro Los Cristianos por el Socialismo de Teresa Donoso

—

dedica muchas páginas a denunciar los excesos del teólogo, siendo el epítome su disertación Interpretación Teológica de la lucha de Clases, preparada para el encuentro de los doscientos cristiano-socialistas que se reúnen en Padre Hurtado, sector poniente de Santiago. Es julio del año 1972 en plena Unidad Popular y el encuentro titulado «Jornada sacerdotal, lucha de clases y Evangelio» causa reparos incluso en obispos progresistas como Jorge Hourton, que considera confusa una adscripción política tan explícita[74]. Ronaldo Muñoz reconoció la relación cristiano-marxista en el enfoque liberacionista, escandalizando su lógica al asociar el piadoso concepto de caridad (entrega al prójimo) con la movilización de las clases oprimidas:

La caridad cristiana, para ser eficaz en el servicio de los que sufren la miseria colectiva, debe encarnarse en un compromiso político orientado a la transformación revolucionaria del sistema socioeconómico establecido. Habrá que despertar y movilizar a las clases explotadas […] incide la teoría revolucionaria marxista. Se trata de un proyecto político concreto que muchos cristianos creen deber adoptar movidos por su caridad[75].

Los movimientos políticos del catolicismo pro socialista en Iberoamérica

América Latina ha sido un espejo de la relación catolicismo-política europea: creación de partidos católicos en la segunda mitad del siglo

xix

, especialmente conservadores, existencia de grupos fascistoides como la

Falange española, quiebre con los conservadores y formación de partidos democratacristianos, dominantes en Italia, Alemania y los Países Bajos. Los evangelistas rojos son marginales y no constituyen partidos explícitamente de izquierda cristiana. En otros países, como España, Francia e Inglaterra, las corrientes católicas o protestantes se incorporan a los partidos de centro

–

derecha o centro

–

izquierda sin una identidad propia. Esta historia se repite con mucha similitud en América Latina. La Democracia Cristiana fue durante buena parte del siglo

xx

la principal representación de los católicos sociales. En América Latina, tuvo importancia en Chile (ambos presidentes Frei, Patricio Aylwin), Venezuela (Rafael Caldera y su partido COPEI), Ecuador y Guatemala (Vinicio Cerezo) y El Salvador (Napoleón Duarte). En otros países no fecundaron como partidos relevantes o las socialcristianas fueron corrientes de partidos conservadores (con representantes como Álvaro Gómez en Colombia y algunos sectores del PAN en México).

En Argentina, la vertiente socialcristiana fue minúscula y se unió principalmente al peronismo. En efecto, el propio general Perón coqueteó con la idea socialcristiana de apoyo al corporativismo y a los sindicatos como alternativa al capitalismo y al comunismo. En Uruguay, la Democracia Cristiana fue pionera en crear una coalición plural de izquierdas, concurriendo a la creación, en 1971, del Frente Amplio donde participan socialistas, comunistas, liberales progresistas y exguerrilleros tupamaros. Este fue un aliciente para que la DC chilena, a diferencia de sus similares de Europa que representan la centro derecha, también pactara con los socialistas en la Concertación que gobernó de 1990 a 2010. En Perú, Paraguay, Bolivia y Brasil los socialcristianos fueron marginales en las corrientes apristas, nacionalistas revolucionarios o de partidos bisagra como el PMBD brasileño.

La historia cambia a partir de los sesenta cuando, en tres países, se forman agrupaciones que se declaran abiertamente de izquierda católica: Chile con los Cristianos por el Socialismo y los partidos MAPU (1969) e Izquierda Cristiana (1971), ambos escindidos de la DC; Nicaragua con una fuerte simbiosis cristiano-marxista, y Brasil, donde gran parte de los líderes de las comunidades cristianas de base se unen al Partido de los Trabajadores de Lula da Silva. En España, ocurre lo mismo con la existencia del FELIPE, un frente revolucionario de abiertas connotaciones socialistas. Si bien rastrearemos estas experiencias en lo que sigue, no consideraremos los casos más contemporáneos y personalistas, como los de Hugo Chávez en Venezuela y Rafael Correa en Ecuador, que de vez en cuando se definen como socialistas cristianos, sin estructurar fuerzas o redes en dicha dirección.

Antes de ir a estas expresiones orgánicas relevantes de los evangelistas rojos, cabe recordar que hubo en Colombia y Argentina articulaciones con connotación cristiano-socialista. En el caso de Colombia, es conocida la muerte del cura Camilo Torres en su primera incursión como guerrillero del Ejército de Liberación Nacional (ELN), lo que a juicio de la ideóloga marxista chilena Marta Harnecker, fue un símbolo de que el catolicismo no era el opio del pueblo. Con los años, Harnecker

—

que llegó a ser asesora de Hugo Chávez

—

reconoce como un error de la izquierda latinoamericana haber traducido la frase de Marx en forma literal, sin considerar fenómenos como el de Torres, pero más globalmente como el giro social de los obispos en Medellín (1968)[76]. No solo los elenos[77], también el grupo guerrillero M-19, que operó entre 1974 y 1985, tuvieron en sus filas a católicos radicalizados con el mismo patrón universal, sectores intelectuales de elite que optan por la revolución. Una exguerrillera de nombre Adelfa, en la investigación de Alfredo Molano, confiesa que su hermano seminarista se radicalizó, que en el barrio La Victoria conoció a un cura francés, el padre Pierre, con el cual «estudiábamos la revolución del Concilio Vaticano II,

la teología de la liberación, leíamos a Freire (Paulo) y meditábamos con el Evangelio de San Mateo»[78]. En la locura y espectacularidad de las acciones del grupo guerrillero

—

comenzó robando la espada de Simón Bolívar y luego protagonizando trágicas tomas de embajadas y oficinas gubernamentales

—

, Adelfa, la evangelista roja, ocupa con sus camaradas una iglesia en plena misa y proclama desde el púlpito:

El cura que estaba haciendo misa quedó mudo cuando nos miró. Descuide, no es un asalto, somos del eme. Llegamos al altar. El cura se hizo a un lado. Desplegamos un cartel e hice un discurso corto citando a Camilo Torres y hablando del deber de todo cristiano de luchar por la justicia. El cura ablandó y se sumó de rodillas a lo que nosotras decíamos[79].

Los guerrilleros católicos son anecdóticos en la historia latinoamericana. Los evangelistas rojos han sido líderes sociales, intelectuales reformistas, obispos con pastores sociales, párrocos que hablan de justicia, militantes de partidos de centro e izquierda. Los elenos se fueron extinguiendo en Colombia y el M-19 abjuró de su opción por las armas, firmando la paz con el Estado, para sumarse mayoritariamente al izquierdista Polo Democrático.

En Argentina, con un clero masivamente conservador y luego soporte de la dictadura militar, en los sesenta surgió el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Tuvo antecedentes en curas pro peronistas, recordando que su gobierno en los años cincuenta había manifestado simpatía por el catolicismo pro obrerista. Así, el cura jesuita Leonardo Castelli, expulsado de la Compañía en 1948, cobijado por el obispo de Salta y reivindicado por el Nuncio en 1966 (papado de Pablo VI), despertó iras por su discurso antiliberal y a favor del

peronismo. Siguió indomable, haciéndose famoso con la prédica Los Obreros de la Viña del Señor en el año 1963, en la que reconoce el desapego a lo material de su cristianismo:

La otra es que Dios, en la distribución de los bienes terrenales, se muestra aparentemente caprichoso; se muestra como indiferente y despreocupado en eso, y tiene razón, pues esos bienes son temporales, efímeros, y a veces, peligrosos, y son como nada en parangón con los bienes eternos. También lo dice el Evangelio: «Sed como el Padre celestial, el cual hace salir el sol sobre los buenos y malos, y hace llover sobre los justos y los injustos». Nosotros no podemos hacer salir el sol ni hacer llover, pero podemos hacernos indiferentes (en lo posible) a la lluvia y al buen tiempo: o sea, despegarnos de los bienes terrenales[80].

Hay quienes declaran católico social al peronismo, considerando que el propio Perón enfatizó en sus discursos la búsqueda de un camino alternativo al capitalismo y al socialismo. Además, el pequeño partido Demócrata Cristiano liderado por Herman González se unió hacia 1990 al Partido Justicialista y este fue ministro. Pero sus miembros no logran marcar una organización que en su seno tuvo desde guerrilleros montoneros a integrantes de la ultraderecha comprometida con las violaciones de los derechos humanos, desde presidentes privatizadores como Menem hasta estatistas como Kirchner. Dirigentes relevantes como Antonio Cafiero y Eduardo Duhalde interactúan con la Organización Demócrata Cristiana, pero no consiguen involucrar a todo el peronismo. Lo mismo ocurre con el APRA[81], la Izquierda Unida peruana o el MIR[82] boliviano, que tienen segmentos cristianos pero no alcanzan a constituirse como fuerzas políticas con dicha identidad.

De origen argentino, pero convertida con los años en una red latinoamericana de centros liberacionistas, es el Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ), con sedes en una docena de países. Nació en 1974 y uno de sus grandes inspiradores y directivos ha sido el Premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel. SERPAJ se declara un centro ecuménico de inspiración cristiana que lucha por los derechos

humanos y la justicia, garantía de la verdadera paz[83].

En la siguiente enumeración rescatamos cuatro experiencias abiertamente cristiano-socialistas: el FELIPE español, los sandinistas, el movimiento y partidos vinculados a los Cristianos por el Socialismo en Chile y el Partido de los Trabajadores de Brasil.

a. Los universitarios que querían la revolución socialista católica en España: el FELIPE

En España, existen corrientes católicas de izquierda en el Partido Nacionalista Vasco, en la Izquierda Republicana Catalana y en los tradicionales partidos Obrero Socialista y Comunista. El PC, cuyas comisiones obreras fueron la principal organización de los trabajadores españoles, tuvo una fuerte influencia y apoyo de organizaciones católicas, como la nombrada Misión Obrera en la zona catalana, además de otros grupos progresistas católicos en Asturias, Andalucía y el País Vasco[84]. Respecto al PSOE, es conocida la significativa corriente católica en Andalucía y Castilla-La Mancha, donde José Bono, presidente de la Autonomía y luego ministro, hace público su catolicismo.

Sin embargo, hubo un movimiento que no quiso ser una corriente en otros partidos, sino construir una alternativa clerical y de izquierda, el Frente de Liberación Popular (FLP), apodado FELIPE (1958-1969), que se hace conocido al apoyar una huelga general convocada por el Partido Comunista de España en junio de 1959. Uno de sus fundadores y primer secretario, Julio Cerón Ayuso, incluso militó en la falange franquista en sus años juveniles para luego hacerse ideólogo católico de izquierda, usar una larga barba, convertirse en diplomático y sostener un discurso marcadamente antiderechista y anticomunista[85]. De hecho, FELIPE, que había nacido al calor de la invasión soviética de Hungría, se sumará a los grupos de izquierda que

hacen lo mismo con la represión rusa contra la Primavera de Praga en 1968, lo que explica que la mayoría de sus miembros opten después por el PSOE o hayan sido dirigentes de agrupaciones centristas, como el ministro de la Unión de Centro Democrático (UCD), José Luis Leal, y el dirigente de Convergencia y Unión de Cataluña, el nacionalista Miguel Roca i Junyent.

Según el periodista Eduardo García, los integrantes de FELIPE fueron especialmente influyentes en la centrista Unión de Centro Democrático y en el Partido Socialista Obrero Español (PSOE)

—

de hecho, el socialista Joaquín Leguina prologa su libro Queríamos la revolución. Crónicas del FELIPE

—

, con un balance de ocho ministros de Estado, treinta funcionarios altos, treinta y cinco catedráticos, una docena de periodistas y otra de curas[86].

El FELIPE se radicaliza y despierta sospechas en los socialistas, quienes en su periódico del exilio, Le Socialiste, escribieron en enero de 1963 sobre el raudo tránsito del nuevo movimiento del antifranquismo al marxismo, «seguramente por el complejo de izquierda de ser considerados católicos»[87]. FELIPE toma fuerza y es catalogado como el movimiento emergente más relevante a nivel estudiantil asociado con Mayo del 68[88], ya que los restantes actores vitales de la oposición al franquismo provenían de sus adversarios históricos: comunistas, socialistas y nacionalistas catalanes y vascos. El FELIPE destacó por su novedad al ser el primer espacio político de diálogo cristiano-marxista, como lo promocionó el filósofo Jesús Ibáñez[89].

Durante la década del sesenta, también recibe recursos y apoyo de españoles republicanos exiliados, incluyendo la colonia valencia en México, quienes apoyaron especialmente a la Asociación Socialista Universitaria (ASU), el

Movimiento Socialista de Cataluña, (MSC), la ETA vasca en sus primeros años y el FELIPE[90].

Uno de los ejemplos de la radicalidad de los integrantes de FELIPE sucede en la respuesta al encuentro realizado por un centenar de opositores moderados a Franco en la ciudad alemana de Munich en 1962, lo que no solo despertó la ira de la dictadura, sino también el rechazo de la izquierda radical. El carismático líder de FELIPE, Ignacio Fernández de Castro, habló en nombre del movimiento y criticó que los acuerdos de Munich implicaran el abandono de la violencia como opción para vencer a Franco, la adhesión a Europa y la democracia liberal sin abrirse a modelos anticapitalistas de mayor transformación[91].

Manuel Vázquez Montalbán, destacado periodista y escritor, militante del FELIPE en su juventud universitaria junto con el comunista Nicolás Sartorius, en un encuentro de teólogos organizado por la izquierdista Asociación Juan XXIII en 2002, entregó un testamento de su visión del cristianismo y del socialismo, aquello que le animó cuando joven. Dijo que la lucha de clases seguía vigente e hizo reír a los mil asistentes al reconocerse, con los años, ateo en medio de mil teólogos:

Si en la etapa de la esclavitud, los dos sujetos contrapuestos fueron amo y esclavo, posteriormente sustituidos por señor feudal y burgués, y a continuación por el burgués y el proletario, el desarrollo del capitalismo durante el siglo

xx

ha conducido a la emergencia del conflicto entre globalizadores y globalizados. Ya no se utiliza la fórmula de la lucha de clases, pero está ahí, mientras existan los que acumulan la riqueza, por el solo afán de acumular, y los que están sumergidos, los perdedores sociales[92].

El FELIPE no fecundó como partido en la transición, pero sus miembros se

unieron mayoritariamente a los socialistas o nacionalistas de la zona catalana. Así, las redes evangelistas rojas siguieron vivas en España en colectivos de bases, parroquias rojas, la activa Asociación de Teólogos Juan XXIII que se enfrentó a la restauración inquisitorial del papa Ratzinger, y decenas de grupos como Xarxa Cristiana, Grup de Cristianes Socialistes de Castelló o el Colectivo de Socialistas Católicos de Andalucía. La Agrupación Juan XXIII ha defendido a los suyos, como el jesuita Jon Sobrino, sancionado por el Vaticano por sus escritos pro socialistas y pro reforma profunda de la Iglesia.

b. El catolicismo en la Revolución Sandinista

Uno de los grandes críticos de Daniel Ortega cuando triunfó la revolución con sello cristiano-marxista en 1979 fue el obispo Miguel Ovando y Bravo, nombrado cardenal en 1985. Treinta años después, el retirado prelado casa a Daniel Ortega con Rosario Murillo y se convierte en su aliado público. Mientras, Ernesto Cardenal, el acusado cura rojo por el papa Juan Pablo II, es uno de los principales críticos de las actitudes autoritarias y de tolerancia a la corrupción de Ortega. Pero más allá de la reseña de vaivenes políticos, estos hechos ilustran bien la estrecha relación entre catolicismo e izquierda que representa el sandinismo nicaragüense. El FSLN gobernó en los ochenta tras derrocar a Somoza y volvió al poder con el mismo discurso cristiano-socialista (que en el año 2009 impactó con el rechazo de Ortega a legislar sobre el aborto).

Aunque el papa riñó al cura revolucionario Ernesto Cardenal por ser ministro de un gobierno socialista en su controvertida visita a Managua en marzo de 1983

—

donde Juan Pablo II habló de las ideologías no cristianas y del riesgo del totalitarismo (leído como crítica al sandinismo)[93]

—

, la historia demostró la imbricación cristiano-marxista que expresó el triunfo sandinista con decenas de sacerdotes en cargos claves del gobierno: Miguel D’Escoto, sacerdote Mariknoll, fue ministro de Relaciones Exteriores; Ernesto Cardenal, de Cultura; su hermano Fernando, encargado de la campaña de alfabetización; el cura Edgard Parales, ministro de Bienestar Social. Muchos sectores católicos que se habían opuesto a Somoza fueron comandantes guerrilleros como Omar Cabezas. A la hora de gobernar, el catolicismo fue protagonista en la síntesis entre nacionalismo y marxismo que se expresó en el sandinismo.

Un poema de Cardenal, «Escucha mi protesta (Salmo 5)»[94], grafica la imbricación cristiana de la lucha antisomocista: «Escucha mis palabras, oh, Señor. Oye mis gemidos. Escucha mi protesta». Sin embargo, en la obra de Cardenal son raros los poemas militantes; al igual que el vicepresidente Sergio Ramírez y la escritora Gioconda Belli, los sandinistas fundacionales (muchos rompen después con el aparato[95]) muestran su sensibilidad cristiana progresista, sofisticación y cultura cosmopolita. Cardenal es un hippie, un excéntrico, un lírico influido por la cultura beatnik del poeta Allan Ginsberg, alejado del tono rimbombante y pedante de las épicas del socialismo real. En su poesía no hay un sonsonete de marcha militar de izquierda; sensualidad es lo que hay en los Epigramas, y misericordia en códigos novísimos en su «Oración a Marilyn Monroe»:

Señor,

recibe a esta muchacha conocida en toda la tierra con el

nombre de

Marilyn Monroe

aunque ese no era su verdadero nombre…

Ella soñó cuando niña que estaba desnuda en una Iglesia

(según cuenta el Time).

Tú conoces nuestros sueños mejor que los psiquiatras,

Perdónala, Señor, y perdónanos a nosotros

por nuestra 20th Century[96].

Marta Harnecker hace un detallado estudio, Los cristianos en la Revolución Sandinista, donde el comandante guerrillero Luis Carrión describe un periplo que se repite con sus matices de Guatemala a Chile: impacto del Concilio y Medellín; grupos católicos universitarios antidictatoriales, sacerdotes que los cobijan y alientan a abrazar el socialismo (nombra en especial a Uriel Molina); apertura de la guerrilla a los católicos y sus agrupaciones, como el Movimiento Cristiano Revolucionario; vínculo con el mundo rural, en especial los delegados de la Palabra (catequistas jefes de comunidades). Allí se va reproduciendo la doble militancia católica y guerrillera o ayudista, algo que sintetiza Luis Carrión cuando explica el mestizaje cultural entre cristianos y revolucionarios que convergió en el sandinismo:

Cuando un dirigente de base era reclutado por el FSLN, este llevaba la influencia revolucionaria al seno de los organismos eclesiales en los cuales participaba. A menudo, estos camaradas trataban de llevar a otros a la militancia revolucionaria, motivándolos a partir de su propia fe y de sus convicciones religiosas. Pero este discurso era el de un auténtico cristiano y, al mismo tiempo, el de un auténtico revolucionario y no una fabricación artificial del FSLN. La posición oficial y de principios del Frente ha sido la del más absoluto respeto a las creencias religiosas[97].

c. Cristianos por el Socialismo en Chile, el MAPU y la Izquierda Cristiana

Si los cruzados unieron la espada y la cruz, tuvo razón la historiadora Teresa

Donoso al escandalizarse por la imagen de la hoz y la cruz que circuló en la revista The Lance[98] del acomodado colegio católico de Santiago, Saint George, en 1971: había sido tomado por los curas rojos de la congregación Holly Cross en tiempos en que los cristianos por el socialismo se multiplicaban como la parábola de los panes y los peces. Los evangelistas rojos buscaron crear sus movimientos y partidos desde 1960.

En Chile, el jesuita militante del MAPU Gonzalo Arroyo, coordina al Movimiento Cristianos por el Socialismo desarrollando una teología directamente política. El movimiento tuvo como antecedente a la Iglesia Joven, llamada así en referencia al 11 de agosto de 1968, día de la toma de la Catedral de Santiago por parte de un grupo de nueve sacerdotes, tres religiosas y doscientos laicos. Allí participan muchos MAPU, como María Antonieta Saá, en lo que Óscar Guillermo Garretón llamó «nuestra convicción de que la Iglesia no era el opio del pueblo, pero debía estar junto al pueblo»[99]. Las razones de la protesta fueron el viaje del papa Paulo VI a Colombia, que se interpretaba como un apoyo del Vaticano a un país capitalista; la prohibición de la píldora anticonceptiva por parte de Roma, y la construcción del mega Templo Votivo de Maipú (considerado un despilfarro ante la pobreza de las poblaciones callampas en Santiago). La respuesta del cardenal Silva Henríquez fue dura, sugirió sanciones y antes de dos días los manifestantes pidieron perdón. El cardenal, público simpatizante de la Democracia Cristiana, ya había apoyado a los reformistas en la toma de la Universidad Católica contra los conservadores en 1967, pero la toma de la Catedral, un lugar sagrado, colmó su paciencia y la del Vaticano.

De este grupo inicial se gestó el movimiento de curas, monjas y laicos que se conoció como el Grupo de los 80[100], y que ya bajo el gobierno de Allende, y contando con su presencia, organizó los encuentros de los Cristianos por el Socialismo en Santiago, que atrajeron a evangelistas rojos de todo el continente. Uno de sus miembros, el jesuita José Aldunate, es muy concreto al recordar su formación en el contexto de las elecciones presidenciales de 1970: «Lo original era que se constituyera un movimiento de cristianos e incluso sacerdotes que abiertamente proclamaran a Allende, lo que, a mi juicio, rompió una larga tradición eclesial para abrir camino a un cristianismo de izquierda»[101].

Aldunate recuerda que la Iglesia chilena fue refractaria a las ideas socialistas, amenazando a los falangistas en 1948 cuando se opusieron a la ley del presidente González Videla que proscribió al Partido Comunista[102]. El clima cambia tras el Vaticano II; a pesar de las relaciones tensas con el cardenal Silva «por algunos excesos», Aldunate concluye que «en ese tiempo se constituyeron el MAPU y la Izquierda Cristiana, pero los Cristianos por el Socialismo plantearon el tema de forma más sustantiva y directa»[103]. De hecho, los religiosos que firman el documento van creciendo como la levadura: ochenta, doscientos, cuatrocientos[104], entre los años 1971 y 1973. El cardenal Silva Henríquez, que apoyó a los mapucistas en el movimiento de reforma de la Universidad Católica, rechaza la opción explícitamente socialista de los curas rojos: «Movidos por el gran deseo de liberar a nuestros pueblos de las estructuras opresoras, emprenden un camino que, a mi modo de ver, no es el mejor; que les hace renunciar de hecho a su cristianismo, y que creo no aportará la esperada liberación»[105]. Unos años antes, el obispo Hélder Câmara había reconocido las complejidades de la unidad cristiano-marxista:

La colaboración entre católicos y comunistas no es imposible, pero no deja de ser un problema complejo. Depende mucho de las circunstancias […]. Cuando se trata de una colaboración más sencilla, momentánea, es más fácil. Pero una colaboración para un cambio de estructuras me parece más digna de meditación. Yo no me atrevería a decir un no definitivo ni un sí absoluto[106].

La radicalización se tradujo en la creación del MAPU en 1969 y de la Izquierda Cristiana en 1971. El MAPU se disolvió en 1989 y sus exmiembros han sido influyentes dirigentes, parlamentarios, sindicalistas y alcaldes del Partido Socialista (PS) y del Partido por la Democracia (PPD). La Izquierda Cristiana ha perseverado como pequeño movimiento liderado por el abogado liberacionista Manuel Jacques, haciendo alianza con comunistas y miembros de la izquierda extraparlamentaria. También, en todos estos años, se han mantenido en la Democracia Cristiana, en su ala chascona (progresista), socialcristianos con posturas pro socialistas, como los miembros del consejo de la revista Reflexión y Liberación, el exdiputado Andrés Aylwin, Juan Guillermo Espinoza y Mónica

Echeverría, esposa del exrector de la Universidad Católica, Fernando Castillo Velasco.

Tras el golpe de Estado y la represión, los Cristianos por el Socialismo siguen el trabajo de base prefigurando una nueva Iglesia comprometida con los pobres y los derechos humanos[107]. Muchas de las redes del catolicismo social perduran en Chile, como la revista Mensaje, creada por Alberto Hurtado; Reflexión y Liberación, fundada por Rafael Agustín Gumucio; el Centro de Estudios Manuel Larraín en la Universidad Católica, las universidades Padre Hurtado y Raúl Silva Henríquez, la Universidad Católica de Temuco y el Centro de Estudios Ecuménico Diego Medellín, que desde los años ochenta publica la revista Pastoral Popular.

Con excepciones, los mapucistas optan por la no-violencia activa como fuerza para la liberación de la dictadura y en el plano social. Los siete consejos para el activismo cristiano liberacionista puro y duro los entregó el obispo brasileño José María Pires, bajo el subtítulo Actitudes prácticas. Hay que tener actitud de mártir y encabezar la resistencia pacífica. Es un príncipe de la Iglesia el que lista ser valiente, pero oveja hacia el matadero: «Espiritualidad del servidor-sufriente, serenidad, renuncia a las armas, compromiso con la verdad, solidaridad, denuncia, promoción de las resistencias pacíficas»[108].

Esta opción por los derechos humanos y la no violencia vinculó a muchos mapucistas con las organizaciones de derechos humanos. Una treintena de profesionales del MAPU trabajaron en la Vicaría de la Solidaridad, entre ellos, el abogado Gustavo Villalobos; el director del Boletín Solidaridad, Rodrigo Arteagabeitia, y el jurista José Zalaquett, que llegó a ser secretario de Amnistía Internacional.

La dirigente Adriana Sepúlveda, que optó por el MAPU precisamente por su camino pacifista y se acercó al partido rojo y verde desde el trabajo por los derechos humanos ligado a la Iglesia Católica, reivindica el rol de las mujeres

mapucistas en las instituciones solidarias: «Atendíamos a las víctimas, pero también a comedores infantiles, comités de cesantes[109].

d. La fuerza de los cristianos rojos y las CEB en el PT brasileño

Olívio Dutra, el más importante dirigente sindical que se sumó a la creación del Partido de los Trabajadores de Brasil (PT) en 1979, se define como un cristiano marxista que llegó a la política por su militancia en la Iglesia Popular en Porto Alegre, la gran ciudad portuaria y símbolo de los petistas en el sur de Brasil. Allí inventaron las cumbres sociales de los pueblos y el presupuesto participativo, una técnica de debate de la gestión municipal, que mezcla la educación popular y las metodologías participativas de las comunidades cristianas de bases (CEB).

Olívio, que era hijo de un carpintero, recuerda que recibían literatura «de la Juventud Obrero Católica de Chile, la JOC»[110] para luego leer el ABC comunista de Bujarin. Al igual que Olívio, los fundadores del PT, Víctor Buaiz y Milton Simonetti, describen el influjo de los liberacionistas, de obispos como Luis Fernandes, de la llegada a Vitoria del teólogo liberacionista Frei Betto y de una sucursal brasileña de la comunidad utópica francesa, los Hermanos de Taizé. Para ellos, no hay duda de que su despertar sindical y político provino de las CEB, que les hacían preguntarse por la realidad del Brasil dominado por una dictadura y con grandes desigualdades sociales: «En las comunidades nos preguntaban si era voluntad de Dios que estuviéramos así»[111].

El Partido de los Trabajadores se convirtió en la opción mayoritaria de los cristianos socialistas, ya que las otras alternativas fueron el Partido Comunista y el ambiguo Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMBD), que luego lideró la transición en los años ochenta. Al PT convergieron los tres más activos movimientos contestatarios y progresistas del Brasil de los setenta: el

sindicalismo, que hizo una gran huelga en 1978, al que el propio presidente Lula, entonces sindicalista en la zona de Sao Paulo, compara con la de Solidaridad en Polonia[112]; los movimientos universitarios con diversas facciones izquierdistas en búsqueda de su destino, y la politización cristiana por la vía del amplio movimiento de las CEB apoyadas por numerosos obispos pro liberacionistas en diversas zonas de Brasil. El PT se asemeja a los grupos que confluyeron en la creación del MAPU en Chile en el año 1969, pero en Brasil tuvo más peso el sindicalismo industrial, mientras que en Chile, los universitarios y líderes de la reforma agraria, aunque en ambos fue protagónico el papel de los evangelistas rojos. Leonardo Boff apoyó la elección presidencial de Lula en el año 2002 bajo el argumento de que en el PT confluyeron sindicalismo, movimientos sociales y comunidades cristianas de base[113].

La historia del MAPU no es exclusivamente de evangelistas rojos y, en su desarrollo, confluyen nuevas vertientes marxistas, visiones posmodernas y variadas corrientes, pero fue el cristianismo socialista su gran seña de identidad, como lo recalca su último secretario general, Víctor Barrueto:

El MAPU es mucho más hijo de la Iglesia progresista avanzada de nuestra época que de la Democracia Cristiana […]. Estábamos llenos de curas que se salieron al cambiar la vocación religiosa por la vocación social y política, como Enrique Correa y Jaime Estévez. La influencia de los jesuitas y su tradición es útil para explicar el que nosotros desarrolláramos una experiencia extraordinaria de formación de líderes, de cuadros y de aprendizaje[114].

1 Jacques Le Goff, São Francisco de Assis (Río de Janeiro-Sao Paulo: Editora Record, 1999; edición portuguesa 2001).

2 <http://www.parroquiasantamarta.cl/contenidos/Cursos/IGLESIA.doc>.

3 La explicación la da San Ambrosio, el referente histórico de los cristianos progresistas: El Triduo Sacro nos recuerda que Cristo no es solo su pasión, también la resurrección. El Señor padece, reposa en el sepulcro y resucita. En <www.mercaba.org/ARTICULOS/S/santo_triduo_pascual.htm>.

4 Departamento Diocesano de Catequesis, Tus Encuentros (Santiago: Departamento Diocesano de Catequesis, Arzobispado de Santiago, 1971).

5 Recuerdo del teólogo y sociólogo Héctor Oyarce, entonces seminarista de los Sagrados Corazones y miembro de la coordinadora de Teología de la Liberación.

6 Francisco Pérez de Antón, El gato en la sacristía (Guatemala: Taurus-Santillana, 2009).

7 Citado en Francisco Pérez de Antón, El Gato en la sacristía, 192.

8 José Comblin, La vida en búsqueda de la libertad (Santiago: Juan Subercaseaux Editor, 2007), 72.

9 Carta de Antonio Llidó fechada en Quillota, el 28 de febrero de 1972. Asociación Cultural Antonio Llidó, Antonio Llidó, epistolario de un compromiso (Valencia: Tándem, 1999).

10 En Chile, como en España y Polonia, es nutrida la literatura católica antimarxista. A los panfletos de FIDUCIA (la transnacional anticomunista Tradición, Familia y Propiedad de origen brasileño), en Chile fueron comunes

los textos de Antonio Zamorano (el Cura de Catapilco en el diario La Tercera), los escritos gremialistas de Jaime Guzmán y Bernardino Bravo. Un caso excepcional es el del español Ricardo de la Cierva, quien también dispara contra los fundadores del MAPU de la Universidad Católica chilena, como Miguel Ángel del Solar, presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica (FEUC), quien en 1968 propone la Universidad comprometida socialmente. Véase Ricardo de la Cierva, Jesuitas, Iglesia y marxismo (1965-1985). La teología de la liberación (Barcelona: Plaza y Janes, 1986), 107-109.

11 José Bengoa, Historia del pueblo mapuche (Santiago: SUR, 1987).

12 Ibíd., sexta edición (Santiago: LOM ediciones, 2000), 8.

13 Entrevista a René Aucapán.

14 Hidefuji Someda, Apología e historia: estudios sobre fray Bartolomé de las Casas (Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005), 15-18.

15 Erasmo, humanista y teólogo crítico holandés del Renacimiento, también influyó en las elites españolas y latinoamericanas. Véase Marcel Bataillon, Erasmo y el erasmismo (Barcelona: Crítica, 2000).

16 Leslie Bethell, Historia de América Latina, vol. 4 (Barcelona: Crítica, 2000), 252.

17 Gustavo Gutiérrez, Dios o el oro en las Indias (Salamanca: Sígueme, 1990).

18 David Gómez escribe un artículo en el texto por internet del ciberfilósofo y activista David de Ugarte, titulado: Del utopismo al cooperativismo en la América Latoc (28, febrero, 2010. <www.elcorreodelasindias.es>).

19 Leopoldo Castedo, Chile, utopías de Lope de Vega y Quevedo (Santiago: LOM edciones, 1996). El prólogo es de otro utopista: el poeta y Premio Nacional de Literatura, Armando Uribe, militante de la Izquierda Cristiana, embajador de Allende y uno de los abogados de la defensa de la nacionalización del cobre.

20 Antonina Vivar, Aquellos años en Solentiname (Texas: Ediciones Anamá de la Universidad de Texas, 2000).

21 CELAM, Documento de Puebla, núm. 8 (Santiago: Editorial Salesiana, 1980).

22 José Comblin fue adherente a los Cristianos por el Socialismo, con experiencia en la Teología de la Azada y trabajo con Hélder Câmara en el noreste brasileño, antes de radicarse entre campesinos en Chile (Talca) y enseñar teología hasta que fue expulsado por la dictadura.

23 José Comblin, La vida en búsqueda de la libertad, 15.

24 Jean Duroselle y Jean Mayeur. Historia del catolicismo (México:

Publicaciones Cruz, 1991), 95-96.

25 Salvador Méndez, «José Ignacio Víctor Eyzaguirre y las corrientes intelectuales de su época», en América Latina y las caras de la diversidad (México: UNAM, Centro de Estudios Latinoamericanos, 2006).

26 Eduardo Silva Arévalo, «Catolicismo moderno, modernidad católica», revista Mensaje vol. 553 (2006).

27 Hernán Ramírez Necochea, Historia del movimiento obrero chileno. Antecedentes del siglo

xix

(Santiago: Ediciones Literatura Americana Reunida, 1986).

28 Raiomindo Spiazzi, Enciclopedia del pensiero sociale cristiano (Bolonia: Edizioni Studio Domenicano, 1992).

29 Artículo de la historiadora Trinidad Zaldívar, de la serie Bicentenario, titulado «Fernando Vives Solar, s. j. 1871-1935», revista Mensaje, núm. 582 (2009), 4.

30 Enrique Escobar, La crisis del PDC y el surgimiento del MAPU, 1-2.

31 Maximiliano Salinas, Clotario Blest (Santiago: Vicaría de la Solidaridad, 1980).

32 <www.archivochile.com/.../Clotario_Blest/MShomenajclotario0009.PDF>.

33 Entrevista del autor a Clotario Blest para un trabajo de la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica, 1983. Testimonios del Negro Héctor Gómez, activista trotskista vinculado al MIR que tras su detención y tortura en dictadura se allega al círculo de Clotario Blest. Machalí, octubre, 2009.

34 Citado por el padre Samuel Fernández en la introducción del libro con la reimpresión de sus textos sociales. Alberto Hurtado, ¿Es Chile un país católico? (Santiago: Pontificia Universidad Católica-Cámara de la Construcción-Biblioteca Nacional, 2009, original 1941),

xxvii.

35 Ibíd., 57. El padre Hurtado advirtió en 1941 lo que vendría: Chile cuenta en el censo 2002 con un 15 % de población protestante y el catolicismo bajó del 90 % de los años sesenta a un 75 %.

36 Ibíd., 7.

37 Los datos que se resumen aparecen en el capítulo «Las miserias de nuestro pueblo», ibíd., 25-39.

38 Ibíd., 39.

39 Entrevista a Carlos Montes.

40 Alberto Hurtado, «La falta de cristianismo integral», en ¿Es Chile un país católico?, 51.

41 Entre otros, las obras de Tomás Moulian y Manuel Antonio Garretón, Cristián Gazmuri y Arturo Valenzuela (véase bibliografía). Un libro más nuevo que reafirma el «misticismo totalizante» que dominó la política chilena en la segunda mitad del siglo

xx

, graficado en la disputa de sectores democráticos con el gremialismo de la UC, se encuentra en: Verónica Valdivia et al., Su revolución contra nuestra revolución, vol. II (Santiago: LOM ediciones, 2008).

42 Alberto Hurtado, ¿Es Chile un país católico? , 149.

43 Ibíd., 151-152.

44 Fernando Berrios, «Manuel Larraín y la conciencia eclesial latinoamericana. Teología y Vida, vol. 50 (2009): 13-40.

45 Entrevista a Dióscoro Rojas.

46 Documento de Monseñor Guillermo Melguizo, «Los 50 años del CELAM». En <www.sanpablo.com.co/BancoMedios/.../50%20años%20celam.doc>.

47 CELAM, CELAM, elementos para su historia (Bogotá: CELAM, 1982).

48 Exequiel Rivas, De Río de Janeiro a Santo Domingo (Santiago: Librería San Pablo, 1993), 4.

49 Comentario al autor de Marco Enríquez-Ominami, candidato presidencial el año 2009 (obtuvo el 21 % de la votación), septiembre, 2009.

50 Diario La Nación, Santiago de Chile, 9 de mayo, 2009.

51 Fiducia es la organización ultraderechista Familia, Tradición y Propiedad, creada por el brasileño Plinio de Olivera. En sus panfletos y folletines, acusa a Frei y Vekemans de «Kerenskys», en referencia al gobierno centrista ruso que antecedió la llegada de Lenin y los sóviets al poder en 1917.

52 Germán Guzmán, El padre Camilo Torres. (México: Siglo XXI, 1977).

53 El cura guerrillero desarrolla sus convicciones revolucionarias un año antes de morir. Camilo Torres, La revolución: imperativo cristiano (Colombia: Ediciones del Caribe, 1965).

54 Julio de Zan, Panorama de la ética continental contemporánea (Madrid: Akal, 2002), 55-70 (la huella de Max Weber, Apel, Habermas).

55 Pablo Salvat, El porvenir de la equidad. Aportaciones para un giro ético en la filosofía política contemporánea (Santiago: LOM ediciones, 2002).

56 Selección de El personalismo de Emmanuel Mounier, realizada por Mario Rosales en su texto «Breve historia del origen de mi pensamiento», tres páginas, 2009, inédito. Archivo personal de Mario Rosales.

57 Henri Bergson, autor de la teoría filosófica del elan vitae (impulso vital), como respuesta a cierto pesimismo racionalista, fue contemporáneo de los ideólogos del catolicismo social francés y belga, por lo cual, suponemos, estuvo en la biblioteca de Alberto Hurtado, Manuel Larraín y Rafael Agustín Gumucio. La frase «contento, Señor, contento» de Alberto Hurtado es parte del vitalismo.

58 Toda la controversia que desata el naturalista y filósofo jesuita se sintetiza bien en Francisco Ayala, La naturaleza inacabada (Barcelona: Salvat, 1989).

59 La propia Harnecker que optó por el socialismo científico y sus manuales de materialismo histórico, en su periodo de asesora del gobierno cubano en los años ochenta, retoma la valoración de los cristianos ante la evidencia empírica de sus luchas sociales, sobre todo con el triunfo sandinista, el auge del FMLN en El Salvador y la lucha católico-indigenista en Guatemala. Marta Harnecker, Estudiantes, cristianos e indígenas en la revolución (México: Siglo XXI, 1987), 178-200.

60 Carlos Mejía Godoy, La misa nicaragüense, 25 años en el espíritu del pueblo (Managua: Coalición Jubileo, CAV, 2001).

61 La pequeña guitarra hecha con el caparazón del armadillo en el altiplano

andino.

62 Explicación del vicario Alfredo Salas al grupo directivo de la Pastoral Juvenil. Testimonio del autor.

63 El canto está hecho de salmos del Antiguo Testamento. Se leía y cantaba en las comunidades, dándole una clara connotación antidictatorial y anticapitalista. Testimonio de Héctor Oyarce.

64 Conversación con el autor.

65 Ibíd.

66 La referencia «al Reino» es la idea de los cristianos liberacionistas que no hay que esperar el cielo, sino luchar por el «Reino de justicia aquí y ahora». Esta visión de los estudiantes chilenos de teología está relatada en el capítulo «Brotes de Primavera», en Fragmentos de una generación, de Esteban Valenzuela (Santiago: Emisión, 1987).

67 «El mundo del Nosotros», por Ana Ceceña <www.insumisos.com/nosotros.pdf >.

68 Fueron convocados por la coordinadora de la teología de la liberación y del cristianismo popular, especialmente los desarrollados en Pudahuel durante los años 1984-86.

69 Entrevista a René Jofré.

70 Testimonio del director de la Escuela de Teología de la Universidad Católica, el jesuita Sergio Zañartu.

71 Cecilia Puga, militante del MAPU, presidió el Centro de Alumnos de Arquitectura en la Universidad Católica (1984) con un grupo activo de mapucistas en Diseño y Arte.

72 La cita se extrae de un artículo del sacerdote Enrique Moreno Laval, el principal sostenedor del MAPU en la clandestinidad tras el golpe de Estado en Concepción: «Ronaldo Muñoz, un teólogo de población», Mensaje, núm. 586 (2010): 25-27.

73 Testimonio del autor sobre oración de Ronaldo Muñoz en la biblioteca de los Sagrados Corazones en calle Marín, cercana al Parque Bustamante de Santiago. Expulsado de la Universidad Católica, allí recibía, debatía, formaba y oraba con universitarios liberacionistas.

74 Teresa Donoso, Los Cristianos por el socialismo en Chile (Santiago: Editorial Vaitea, 1976), 180.

75 Ronaldo Muñoz, «Lucha de clases: concepto y modo como se verifica en Chile» (mimeo para Jornada sacerdotal sobre lucha de clases), citado en ibíd., 181.

76 Marta Harnecker, Reconstruyendo la izquierda (México: Siglo XXI, 2008) 66.

77 Se refiere al guevarista Ejército de Liberación Nacional.

78 Alfredo Molano, Ahí les dejo esos fierros (Bogotá: Aguilar, 2009), 83.

79 Ibíd., 98.

80 Sobre la vida de Castellini por Jakeline Luisi en Bitácora: cultura y política en un mundo convulso: <http://bitacorapi.blogia.com/2008/120301-leonardo-castellani-hace-109-anos-nacia-un-gigante.php >.

81 Alianza Popular Revolucionaria Americanista, fundada por Víctor Haya de la Torre.

82 Movimiento de Izquierda Revolucionaria donde militó el expresidente Jaime Paz Zamora.

83 De los documentos fundacionales de SERPAJ en sus webs.

84 Rafael Díaz-Salazar, Los cristianos, la lucha por la democracia y la creación del nuevo movimiento obrero (1947-1977) (Madrid: Siglo

XXI,

1993).

85 <http://www.filosofia.org/ave/001/a233.htm>.

86 Eduardo García Rico, Queríamos la revolución. Crónicas del FELIPE (Barcelona: Ediciones Flor del Viento, 1998).

87 Le Socialiste, Francia, 3 de enero, 1963.

88 José Alberto Gómez, Comisiones obreras y represión franquista. Valencia 1958-1972 (Valencia: Universidad de Valencia, 2004), 42.

89 José Luis Moreno, Filosofía y sociología en Jesús Ibáñez (Madrid: Siglo XXI, 2008).

90 María Fernanda Mancebo y Albert Girona, El exilio valenciano en América (Valencia: Instituto Cultural Juan Gil-Universitat de Valencia, 1995), 218.

91 José Vidal-Beneyto, Memoria democrática (Madrid: Ediciones Foca, 2007), 40.

92 <http://www.iglesiadebasedemadrid.org/XXIIcongresoteologia.htm>.

93 François Houtart, El Papa en Nicaragua (Madrid: Lepala, 1984).

94 Ernesto Cardenal, Antología poética (Managua: Ardisa-Nueva Diario, 2005), 39.

95 En la cultura de izquierda libertaria, se llama aparato a los grupos dominantes que tienden a manejar inescrupulosamente el poder, toleran corrupción y expulsan a los disidentes.

96 Extractamos estos versos de Cardenal, Antología poética, 45-46.

97 Marta Harnecker, Nicaragua. Los cristianos en la Revolución Sandinista (Buenos Aires: Ediciones Al Frente, 1987).

98 Teresa Donoso, Los Cristianos por el socialismo en Chile, 3.

99 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón.

100 Llaman públicamente a respaldar a Salvador Allende.

101 José Aldunate, «Los Cristianos por el Socialismo», revista Reflexión y Liberación, vol. 75 (2007): 27.

102 Ibíd., 28-29.

103 Ibíd., 30.

104 Teresa Donoso, Los Cristianos por el Socialismo en Chile, 65-95, 126-155, 168-177, 189-197.

105 Cardenal Raúl Silva Henríquez, Carta al secretario del Grupo de los 80, 3 de marzo de 1972, disponible en <http://www.cardenalsilva.cl/pdf/31_renunciar.pdf>.

106 Hélder Câmara, Universidad y revolución (Santiago: Ediciones Nueva Universidad, Universidad Católica de Chile, 1969), 49-50.

107 José Aldunate, s.j. et al., Crónicas de una Iglesia liberadora. (Santiago: LOM ediciones, 2000), 93-96.

108 Ibíd., 73-74.

109 Entrevista a Adriana Sepúlveda.

110 Marta Harnecker, El sueño era posible: el PT (Santiago: LOM ediciones, 1995), 80.

111 Ibíd., 64-65.

112 Ibíd., 66.

113 José Vásquez, Trinidad y sociedad: implicaciones éticas y sociales en el pensamiento trinitario de Leonardo Boff (Salamanca: Secretariado Trinitario, 2008), 20.

114 Entrevista a Víctor Barrueto, exalumno jesuita, al igual que Jaime Estévez; ambos fueron presidentes de la Cámara de Diputados en la transición posdictadura. Enrique Correa fue seminarista, presidente de la JDC; luego, marxista y, tras su periodo pro moscovita, se reencontró con la Iglesia, posturas moderadas y fue ministro de gobierno de Patricio Aylwin (1990-1993).

Capítulo II

El MAPU nace en el iluminismo católico-marxista. 1965-1969

Vengan aquí los campesinos y los obreros de la ciudad y el campo, vengan aquí los estudiantes, vengan aquí los que tienen el corazón limpio y quieren aportar mucha sangre, mucha vitalidad y muchas energías a la lucha de nuestro pueblo.

Rodrigo Ambrosio

. Estadio Nataniel, mayo, 1971[1]

Radicalización de las elites chilenas en los sesenta

Sobre los procesos revolucionarios o de rupturas, suele existir un agudo debate entre quienes tienen una visión determinista que asocia las crisis con procesos estructurales y los autores que enfatizan el rol de las elites y las ideas para provocar nuevos escenarios. Juan Linz, inspirado en el politólogo italiano Giovanni Sartori, anima una corriente que pone el acento en los cambios de los actores que llevan al colapso de las democracias, más que en la fatalidad de las causas estructurales. Linz[2], a propósito del debate intelectual europeo sobre el fracaso de la República del Weimar en Alemania y la emergencia del nazismo, se resiste a las visiones deterministas que invocan fallas estructurales (crisis económica, resentimiento posguerra, nacionalismo cultural) para justificar dicho proceso histórico. Desde su perspectiva, la historia la hacen actores que fortalecen o destruyen una democracia.

En el caso de Chile, los intelectuales elaboraron una visión tremendista de la realidad, llamando a la revolución católica, desarrollista o socialista. El país no estaba bien, pero sus líderes lo consideraban aún peor. Los períodos de polarización política, épicas transformadoras, propuestas totalizadoras de izquierdas y derechas suelen sucederse tras movimientos ideológico-culturales apocalípticos que presentan un estado de «decadencia» de la nación. Así fue en España con el movimiento regeneracionista. En Chile hay similitudes: las elites, incluyendo las socialcristianas de avanzada, venían radicalizándose desde los cuarenta con textos como los del sacerdote jesuita Alberto Hurtado (¿Es Chile un país católico? y Humanismo social). A ellos se suman a fines de los cincuenta y comienzos de los sesenta otros dos textos clásicos que animaron visiones transformadoras: Jorge Ahumada[3] habló de la decadencia integral de Chile, y el economista Aníbal Pinto[4] planteó que el modelo de sustitución de importaciones con la industrialización iniciada en 1940 había topado techo. Es el preámbulo del convulsionado periodo de las «revoluciones» (1964-1989): el reformismo socialcristiano de Frei con la «revolución en libertad», la «vía chilena al socialismo» de Allende y la contrarreforma autoritaria y neoliberal de la dictadura de Pinochet. Los tres procesos tienen pretensiones fundacionales[5]: una DC mesiánica, una izquierda expresamente marxista y una dictadura militar ideológica con un proyecto neoliberal inspirado en los «Chicago boys»[6]. Aquí estaría la «originalidad» y la tragedia chilena de su división a tres tercios: una DC mayoritaria y con «camino propio», el país americano con los más fuertes partidos Socialista y Comunista en su momento[7] y un caso de régimen militar que rompe con las ideas desarrollistas de la sustitución de importaciones para embarcarse en una refundación neoliberal privatizadora y de apertura al comercio exterior.

Las apuestas totalizantes provienen de la conformación político-cultural del país marcado por tres tercios políticos con elementos de endogamia subcultural[8]: la derecha tradicional representada por los partidos Liberal y Conservador se fusiona en 1965 en un agresivo Partido Nacional[9]. En el centro político, el Partido Radical pragmático es desplazado por una mesiánica Democracia Cristiana[10] y una izquierda marxista se consolida con el nacimiento del Partido Comunista en 1922[11] y del Partido Socialista en 1933[12].

A la fuerte competencia en un sistema consolidado de partidos, se suma un extendido estado de ánimo en las elites de que Chile está en crisis, lo que lleva a la polarización y a la política mesiánica. Las interpretaciones difieren sobre el origen de los sentimientos de «retraso» y «decadencia». Son mayoritarias aquellas más estructuralistas que asumen el colapso o desborde de un sistema socioeconómico y político con niveles altos de exclusión

—

la crisis del «Estado de compromiso»

—

, y quienes ponen el acento en los factores «políticos», como el sistema polarizado por el presidencialismo y la emergencia de un centro no flexible (la Democracia Cristiana); la radicalización de las elites (el influjo en la izquierda de la Revolución cubana, el cristianismo reformista, el neoliberalismo), y la intervención extranjera en la Guerra Fría (el complot de la CIA).

El sociólogo e historiador que encabeza la interpretación de «crisis» o «desborde» del Estado de compromiso es Tomás Moulian, quien en su trabajo sobre las «fracturas» políticas en Chile plantea que el país sostuvo, entre 1938 (fin de los gobiernos oligárquicos y la anarquía) y 1970, tres modalidades de «Estado de compromiso», entendido como sistema en que las clases dominantes no tienen el poder político exclusivo y, por tanto, desarrollan capacidades de contención del movimiento popular[13].

Con la llegada al poder del Frente Popular, liderado por Pedro Aguirre Cerda y su pluriclasista Partido Radical, aliado con el Partido Democrático (artesanos) y los partidos de izquierda (Socialista y Comunista), el país experimentaría entre 1938 y 1947 una década de «dominación defensiva», en la que se adoptan medidas desarrollistas como la creación de la Corporación de Fomento y las leyes de sindicalización y masificación de la educación. Con el auge de la Guerra Fría, el nuevo presidente radical, Gabriel González Videla, traiciona al

Partido Comunista

—

su principal promotor en la izquierda

—

, lo expulsa del Gobierno y, en 1948, dicta la Ley de Defensa de la Democracia que le proscribe la actividad legal (conocida mundialmente por la huida del poeta Pablo Neruda, dirigente comunista, hacia Argentina por la cordillera). Para Moulian, el gobierno de González Videla y el segundo gobierno del general Carlos Ibáñez que le sucedió fue un periodo de «dominación represiva» (1948-1958), expresada tanto en el giro a la derecha de la política económica como en la represión de varias huelgas obreras en los cincuenta.

Posteriormente, se vive un periodo de «dominación integrativa» bajo los gobiernos de Jorge Alessandri (tecnócrata de derecha aliado del Partido Radical) y Eduardo Frei, quien con la DC promueve cambios sociales, la reforma agraria, un mayor gasto social y políticas de fomento de la participación y la sindicalización campesina. La crisis de la DC que da origen al MAPU en 1969 es un preámbulo del fin del «Estado de compromiso» o de los modelos de «contención», que anticipan el proceso de cambios con polarización que implicó la Unidad Popular de Salvador Allende.

Moulian se distancia del debate que existe entre los autores marxistas chilenos que califican de feudal o semifeudal el modelo, afirmando que se trataba de «un capitalismo oligárquico», donde convivían en lo económico formas de industrialización y el latifundio atrasado en el que perduraban relaciones de producción no modernas como el «inquilinaje» [14]. Todo ello bajo un modelo político de «compromiso» en el que los sectores dominantes

—

citando a Poulantzas

—

aceptaron compartir parte del poder del Estado, conformando lo «que puede denominarse Estado de compromiso interclasista»[15].

El otro enfoque se aparta de cierto determinismo estructural y mira el rol de los sujetos, sobre todo el de las elites. El doctor en Ciencias Políticas de la Universidad de Columbia, Arturo Valenzuela, publica en 1978 su influyente tesis sobre el quiebre de la democracia en Chile[16]. Ahí argumenta que la radicalización que se vivió desde los sesenta se debió tanto a la polarización de la izquierda (el influjo «cubano») y de la derecha (gremios y el nuevo Partido Nacional con visos autoritarios) como a la erosión del centro político en un régimen presidencialista que, a diferencia del parlamentario, permitía los gobiernos de minorías. Según Valenzuela, Chile tuvo durante la primera parte del siglo

xx

un partido de centro flexible

—

el Radical

—

que gobernó con la izquierda en los frentes populares (1938-1948) y luego con la derecha (apoyó a Jorge Alessandri entre 1958 y 1964), el cual es desplazado en 1964 por la Democracia Cristiana y la «revolución en libertad» del gobierno de Eduardo Frei Montalva. El investigador coincide con Sartori[17] en que dentro de los sistemas polarizados (PC y DC) se producen fuerzas centrífugas que son morigeradas cuando hay fuertes corrientes centristas en los partidos de izquierda y derecha[18]. En el caso chileno, el centro fue predominante desde los gobiernos radicales

—

en el segundo gobierno del general Carlos Ibáñez (1952-1958) con el Partido

Agrario Laborista

—

hasta el acceso de la DC al poder en 1964. Entonces, se desplaza el centro constructor de «consensos» en un sistema presidencial fuerte que tiene un Parlamento que permite arreglos clientelares y debate de políticas públicas.

En esos años

—

desde 1952 hasta mediados de los sesenta

—

, podían darse «violentos intercambios verbales sobre la naturaleza de la Revolución cubana, la guerra de Vietnam, la explotación obrera o la nacionalización del cobre», pero luego se pasaba a «arduas negociaciones sobre el próximo reajuste salarial a un proyecto de ley complementario del presupuesto o a una estrategia conjunta para construir el nuevo hospital para la comuna de Mulchén»[19]. De este modo, Chile, a diferencia de Argentina y de la mayoría de los países latinoamericanos sometidos a movimientos populistas y golpes de Estado, tenía un fuerte sistema de partidos, los cuales se encontraban en el Congreso y eran capaces de hacer coaliciones, desarrollar un espacio de transacciones y mantener el consenso sobre la democracia.

Timothy Scully, de la Universidad de Notre Dame, coincide con estos análisis en su estudio sobre los partidos de centro que fueron claves en Chile, clasificándolos como «posicionales», debido a que privilegiaban la permanencia en el poder por la vía de las alianzas que compartían con otros actores políticos (el Partido Liberal en la segunda mitad del siglo

xix

y el Partido Radical hasta 1964). Este centro flexible es desplazado por la

emergencia del «centro programático» que pasó a ser la Democracia Cristiana desde fines de la década de los cincuenta: «Los democratacristianos ocuparon un tercer polo en el medio del espectro político chileno, polo que constituía, efectivamente, un compromiso programático con una alternativa política específica de inspiración cristiana

—

que rechazaba tanto a la derecha como a la izquierda

—

y contribuía de esta manera a esquemas de competencia centrífuga de partidos»[20].

¿Qué cambió en Chile que los sectores rebeldes de la DC en 1969 crean el MAPU, la intelectualidad habla de crisis, se movilizan actores sociales y la izquierda gana las elecciones con una propuesta revolucionaria? Arturo Valenzuela no comparte la idea de la existencia de una crisis estructural y entrega datos para respaldar su postura. El gobierno de Frei tuvo éxito al bajar la inflación a niveles del 30 % anual (desde el 80 % de la década de los cincuenta), la economía creció superando el estancamiento y la inversión social (salud, vivienda y educación) se expandió en su periodo por sobre el 100 %[21]. De manera que, si las cosas funcionaban

—

argumenta Valenzuela

—

, el descontento fue construido y organizado. Es la tesis de Chile y su colapso democrático como un caso de «hipermovilización», en que el sistema económico funciona, pero los propios partidos y líderes van abandonando la cultura transaccional para adoptar la opción de la agitación de masas[22].

La reforma agraria y la llamada «promoción popular» de la «revolución en libertad» son claves para despertar a los actores sociales en pos de una política radicalizada. Óscar Garretón testimonió que el grueso de los cuadros políticos del MAPU había trabajado en esos ámbitos bajo el gobierno de Frei, y que su radicalización se produjo cuando conocieron la exclusión y experimentaron el poder de organizar a los pobres del campo y de la ciudad: «Yo hice, como funcionario público en torno a 1968, un estudio de la realidad de las cooperativas campesinas en la zona de Colchagua. Allí conocí latifundios como el de los Aspillaga en Pichilemu, en el que, incluso, como medida de control, la gente solo podía salir de las tierras en las carretas de bueyes de los patrones. Allí se acumulaba la rabia que explotó»[23]. Estructuralmente, Allan Angell[24] da cuenta del crecimiento de la sindicalización obrero-campesina bajo el gobierno de la DC, posteriormente penetrada por los partidos de izquierda.

La «promoción popular», que consistía en educar a la comunidad en sus barrios y poblaciones, crear juntas de vecinos para organizar las demandas por vivienda, alcantarillado, pavimento y equipamiento social, fue una escuela nacional de participación. Carlos Montes, de la DC, y Garretón relatan que la promoción popular a fines de los sesenta fue incomprendida por la izquierda, acostumbrada al conflicto de clases intraempresa: «Incluso la llamaban una organización semifascista, en los discursos de parlamentarios socialistas y comunistas. Pero significó un cambio de conciencia en miles de chilenos que comenzaron a organizarse para sus propias soluciones, pero también a movilizarse con demandas hacia los municipios y el Estado»[25].

Con el despertar de las movilizaciones sociales, con un nuevo centro que compite con la izquierda en sindicatos y barrios marginales, el sistema político se ve sometido a una lucha despiadada, sin posibilidad de alianzas, en la que la DC aparece como una fuerza hegemónica y la izquierda le niega «la sal y el agua»[26]. Fue entonces cuando la DC obtuvo una mayoría sustantiva de votos en las parlamentarias de 1965 que le permitiría ser mayoría por sí misma en la Cámara de Diputados, incubándose el sectarismo antiderechista y antimarxista que la caracterizó. El resultado fue la imposibilidad de aliar a los sectores que proponían revolución. La DC llevará a su propio candidato a las elecciones de 1970, Radomiro Tomic, quien, aunque partidario de la «unidad social y política

del pueblo»[27], lidera un partido reformista y mayoritariamente antimarxista. El sistema electoral presidencialista habría acentuado la tendencia anticoalicionista en la DC y la izquierda, como concluye Arturo Valenzuela, ya que, con un sistema parlamentario, no se habría llevado la polarización a tal extremo; cualquiera de los tres tercios de la política chilena hubiese

necesitado moderar sus discursos y buscar un entendimiento en el Congreso para construir una alternativa de gobierno viable.

En las parlamentarias de 1969, la DC muestra una caída electoral del 40 % al 32 %, lo que derrumbó la profecía de «gobernar treinta años»[28]. Pero, aun así, no se impuso la lógica de tender puentes: la tradición ratificaba en el Congreso al candidato presidencial que obtenía más votos. La izquierda y la DC compitieron con rabia. Los jóvenes y parlamentarios de orientación socialcristiana que querían la «unidad del pueblo», terminaron construyendo el MAPU para unirse a la izquierda, pero aislando toda posibilidad de construir una mayoría sólida en pro de los cambios. Eran los tiempos de la polarización en que el rostro ahora organizado de los excluidos y las ideas revolucionarias de la época (de vaticanas a cubanas) fueron el campo fecundo para los discursos redentoristas[29] que se apoderaron de sindicatos, fundos, universidades y parroquias. La sensación política fue la de estar en medio de límites desbordados y la revolución se implantó como una utopía al alcance del pueblo organizado.

Todas las interpretaciones se relacionan y se pueden explicar a sí mismas en un ejercicio de lo posible: si la economía hubiese crecido más y se hubiesen controlado las movilizaciones sociales, quizá la DC no se hubiera quebrado. Si el clima internacional no hubiese provocado un giro a la izquierda, quizá la generación joven no hubiese sido tan rupturista. Si, como dicen los politólogos, Chile hubiese sido una democracia parlamentaria, la izquierda no hubiese ganado con el 36 % y hubiera tenido que buscar el «compromiso histórico» con la DC.

Pero todo ello es parte de la historia que pudo ser. Los hechos apuntan a que hubo influjo de la Revolución cubana; a que Allende empujó a los partidos

Socialista y Comunista a buscar una alianza mayor; a que los aires progresistas del mundo católico se ahondaron en la Iglesia chilena; a que el sistema electoral permitió, por «tradición», respetar la primera mayoría en las elecciones presidenciales aunque esta no fuera absoluta[30]; a que las elites se radicalizaron y polarizaron en un contexto cultural de crítica y llamado a la épica de proyectos excluyentes sin «mayoría» social ni cultural.

Entre las relecturas que se hicieron tras el fracaso de la democracia en 1973, destaca la de Ernesto Tironi, quien sostiene que el producto nacional bruto de Chile creció un 4 % entre 1945 y 1973 (por sobre el promedio del continente), con un aumento cualitativo de la calidad de vida y ampliación de los programas sociales[31]. Chile no era un desastre, pero tampoco la gran democracia que cierta historia rosa construye (la idea amplificada de que Chile era la democracia más estable, con mayor desarrollo y capacidad de integración social de América Latina[32]). El debate de las cifras es relevante, pero su balance tiende a señalar que el país no vivía una crisis, a pesar de lo cual la desigualdad y la exclusión social, azuzadas por las narrativas de decadencia y llamados a la transformación de estructuras, incentivaron la radicalización: «La marginalidad de los pobres del campo y la ciudad nos llamaban a la revolución», recuerda Carlos Montes[33].

Producida la debacle del Golpe, la misma elite mapucista se concentró, entre 1976 y 1980, en generar oposición democrática con una amplia red de ONG y encabezar la renovación socialista con el peso de sus intelectuales. Lo recalca el investigador Jeffrey Puryear:

Los intelectuales tuvieron una importancia crucial en el proceso de renovación socialista. Ellos lideraron la crítica a las posiciones ortodoxas, ayudaron a establecer la Convergencia Socialista, produciendo la mayoría de los análisis y documentos que animaron los debates[34].

Los rebeldes en la izquierda dividida entre

reformistas y revolucionarios

Desde fines de la década de los cincuenta, la izquierda chilena crece, se unifica, se acerca al poder, pero vive la disputa en su interior entre el reformismo democrático y la seducción revolucionaria. El PC y el PS fluctuaban entre concepciones favorables a las alianzas plurales antifascistas, reformistas o republicanas pro trabajadores y las visiones más vanguardistas de corte revolucionario, que se vieron agudizadas con el triunfo posterior de la Revolución cubana. Es lo que Del Alcàzar acota al ubicar en los sesenta un corrimiento en toda América Latina hacia la izquierda revolucionaria que abjura del gradualismo de la izquierda republicano-reformista: «Fuere por la razón que fuere, lo cierto es que la izquierda revolucionaria había establecido que la revolución era posible e imprescindible, y a ello había que dedicar sus esfuerzos»[35].

Los partidos marxistas de Chile tenían una historia de reformismo que les permitió alcanzar un peso electoral de entre un 10 y un 15% con el que pudieron ser parte de los cambios «mesocráticos» reformistas encabezados por los presidentes radicales Pedro Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos, como parte del Frente Popular (1938-1948). Tras la represión de los comunistas en la etapa de González Videla (1948) y el crecimiento de las huelgas obreras bajo Carlos Ibáñez, la izquierda se unifica para crear el Frente de Acción Popular (FRAP) en 1957[36]. De allí, en los sesenta, crecerá con un discurso ambiguo respecto a la época del Frente Popular, especialmente en el PS desde su Congreso de Linares en 1965, en el que adopta la vía insurreccional o lucha armada como un camino no descartable para conquistar el socialismo[37].

La radicalización se inicia tras el triunfo en 1958 del ingeniero «independiente» de derecha Jorge Alessandri, quien busca hacer algunas reformas modernizadoras, como una acotada reforma agraria, llamada del «macetero» por su bajo alcance. También, continúa con la creación de polos industriales y recibe el apoyo de la Alianza para el Progreso, con la cual EE. UU. busca aislar el influjo de la Revolución cubana.

Pero el camino desarrollista de Alessandri no prospera; la izquierda crece y se acerca al poder. En unas elecciones complementarias llevadas a cabo en 1963 en la sureña ciudad de Linares, gana el candidato socialista Óscar Naranjo, despertando el pavor en los sectores conservadores ante la inminencia de un triunfo marxista en las presidenciales, lo que los lleva, en las elecciones de 1964, a omitirse y apoyar al candidato presidencial de la DC, Eduardo Frei, como «mal menor». Frei ha levantado un discurso épico: «la revolución en libertad» realizó la Marcha de la Patria Joven y prometió reforma agraria y otras transformaciones. Los jóvenes católicos se vuelcan en masa a la Juventud Demócrata Cristiana, cuyos sectores más radicales gritarán en las calles «socialismo comunitario, redención proletaria»[38]. Allende obtendría, a la hora de su triunfo, un elevado 40 % de los votos, pero Frei Montalva, con el apoyo de la derecha, supera la mayoría absoluta. El gobierno de Frei compite en cuanto a cambios: realiza la reforma agraria, «chileniza» la gran minería del cobre (el Estado pasa a controlar el 51 % de los grandes yacimientos que estaban en manos norteamericanas) e incentiva la «promoción popular».

El país se convulsionó. La derecha, que casi desparece en la oleada de la DC que se apodera de la Cámara de Diputados (82 diputados de 150), decide fusionar los antiguos Partidos Liberal y Conservador en una nueva derecha más agresiva: el Partido Nacional. La izquierda radicaliza su discurso ante este centro político reformista que compite con ella. En la Universidad de Concepción, segundo centro urbano de Chile, se crea el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), que opta por acciones armadas y entra en la semiclandestinidad. El Partido Socialista, en su Congreso de Chillán, no descarta la vía insurreccional para construir el socialismo. Son los comunistas los que quieren un frente amplio, al igual que el centrista Partido Radical, el cual en su declinación electoral opta mayoritariamente por buscar una alianza con la izquierda.

Frei es llamado por los derechistas el Kerensky chileno[39], en relación con el reformista que abrió la senda al auge de los bolcheviques en Rusia. Hace cambios y modernizaciones, la sociedad se moviliza y se agudiza el debate entre reforma y revolución. Hay un juicio que la DC no logró consolidar: su proceso

de reformas; según Del Alcàzar, «pese a su innegable carácter reformista, los resultados del gobierno de Frei fueron insuficientes: ni los salarios crecieron paralelamente a los precios, ni la inflación fue controlada, ni las medidas en política agraria consiguieron recortar las dimensiones y los efectos nocivos del latifundismo chileno»[40].

El impulso reformista y vital de los primeros años de Frei se va enrareciendo hacia el final de su sexenio, agudizado por la sequía de 1968 que acentúa el malestar ante la imposibilidad de sacar la economía de su crecimiento mediocre. En el «Estado de compromiso», esta creció en torno al 2,5 % según la mayoría de los estudios (que disienten de los cálculos de Ernesto Tironi) en un modelo que privilegió a los sectores integrados sin alcanzar las políticas sociales para los más pobres (Ffrench-Davis, 1990[41]).

El gobierno de Frei culmina con demandas sociales crecientes, un clima de polarización y movilizaciones animadas por la izquierda. Hay tomas en las universidades, los cristianos radicalizados ocupan la Catedral de Santiago y exigen «Iglesia Joven»[42], los mineros del cobre realizan una larga huelga iniciada en El Salvador (Atacama) y se produce un hecho que colma a los sectores juveniles y parlamentarios radicalizados de la propia Democracia Cristiana: el Gobierno de Frei, con su ministro del Interior, Edmundo Pérez Zujovic, manda a reprimir una toma de terrenos en las cercanías de la ciudad de Puerto Montt, que termina con una decena de pobladores muertos. Los dirigentes de la Juventud Demócrata Cristiana y el ala izquierdista de los parlamentarios de la DC critican abiertamente al presidente y a su Gobierno. En este contexto, desata la pugna en 1969 entre los oficialistas y los rebeldes que constituirán el MAPU.

El Paraíso se construye en la Tierra

Si antes de los sesenta el fin último del buen católico era asegurarse un espacio

en el Paraíso con base en su fe, el cumplimiento de las obligaciones en ritos y sacramentos y su espíritu caritativo, los cambios en las condiciones sociales, políticas y culturales generaron el contexto para que un buen joven católico fuese un reformador social que se involucra en el mundo de los pobres, pobladores sin casa y campesinos. Ese fue el ambiente cultural en torno al año 1960 que incide en la radicalización y el mesianismo redentorista que enamora a los futuros mapucistas. Si el papa en Roma dialogaba con los representantes de otras iglesias a las que hasta hace pocos años atrás descalificaba, los católicos comprometidos en la labor política podían conversar y cooperar con los marxistas porque, aunque estos se declararan ateos, tenían la misma intención de conquistar la justicia social. La historia de esta transformación eclesial ya ha sido atendida en la primera parte de esta investigación, pero es imprescindible anotar que el influjo de las variaciones en la forma de ejercer el catolicismo fue un factor esencial en la posibilidad de que los mapucistas no solo se sintieran autorizados para desarrollar su visión utópica a través de un partido político y que este se aproximara al marxismo, sino que además podían sentirse legítimamente respaldados en su aproximación mesiánica al ejercicio de la política.

Los líderes del MAPU comparten ese origen en el catolicismo de avanzada. Incluso Rodrigo González, subsecretario de la organización para el año 1973, doctor en Filosofía de La Sorbona, quien se reconoce humanista marxista, confiesa que su vocación social se despertó en el Movimiento de Shöenstatt de Viña del Mar: «El padre Ernesto guiaba a los aristócratas, a mí me tocó el cura Benito, quien nos formó como cuadros profesionales comprometidos con los pobres y la transformación de la sociedad»[43]. Ricardo Sazo, de los fundadores del MAPU, recuerda que en Rancagua el núcleo fundacional provenía de la Juventud de Estudiantes Católicos (JEC), donde el sacerdote (futuro obispo) Miguel Caviedes «nos inculcó el compromiso social»[44].

El nombramiento como arzobispo de Santiago, y luego cardenal (1962), del salesiano Raúl Silva Henríquez, quien participó del ala reformista en el Concilio Vaticano II en sintonía con Pablo VI, consigue la asunción de una serie de obispos que apoyarán causas sociales y se harán mayoritarios en la Conferencia Episcopal chilena: Enrique Alvear, Carlos Camus, Jorge Hourton, Tomás

González, Carlos González, Carlos Contreras, Fernando Ariztía, entre otros. Con el «cardenal progresista» se produce un giro decisivo en la cultura y la política en Chile.

René Aucapán, profesor mapuche del MAPU-OC, tiene en su casa una imagen del Padre Hurtado y, aunque no es bautizado, no niega su origen en la DC y cristianismo. El entusiasmo por la revolución en libertad cambió la vida política en el sur y luego los insatisfechos con Frei se agruparon en los rebeldes:

La llegada de la Marcha de la Patria Joven a la zona de Malleco significó un cambio direccional de vida social y política: se quebró la hegemonía de la derecha. Incluso, Renán Fuentealba[45] fue senador por la zona, que era una personalidad de la Democracia Cristiana. Nos tocó justamente en el periodo de auge del grupo rebelde de la DC estar en el encuentro de la JDC con Jaime Castillo, que era presidente de la DC, en la esquina de Catedral con Matucana en Santiago. Ya estaba Rodrigo Ambrosio encabezando y ahí intervinimos los del sur y planteamos que esta cosa tenía que desarrollarse en otros términos porque los anuncios del gobierno, toda la cosa económica y social, no estaba dando sus frutos. Nos trasladábamos a Temuco y a Concepción a dedo[46]. Nuestro círculo como rebeldes se extendió a toda la región de la Araucanía, Concepción hasta Valdivia, y después creció como tendencia en la DC[47].

Gastón Rojas, luego activo militante del aparato de seguridad del MAPU, reconoce el compromiso social que caracterizó su participación en los scouts del colegio salesiano en que estudia a comienzos de los sesenta: «El padre Gonzalo Valdivieso, quien después se retiró de cura, nos llevó a campamentos de pobladores sin casa, despertando empatía por los más pobres. Mi papá era de la DC y mi madre una mujer de oración»[48].

Óscar Guillermo Garretón, educado en los Padres Franceses de Santiago, también reconoce el influjo que tuvieron en él sacerdotes reformistas, como Esteban Gumucio (hermano del senador comunitarista) y Ronaldo Muñoz

(futuro teórico de la teología de la liberación), y los jesuitas del Instituto de Estudios Humanísticos, Gonzalo Arroyo (que se hará MAPU) y Pepe Vial, «quien fue nuestro director espiritual en la Asociación de Universitarios Católicos y en la Parroquia Universitaria, centros de la socialización cristiana progresista de mi generación»[49].

Es el tiempo en que la Iglesia Joven se toma la Catedral de Santiago y, tras el triunfo de Allende, cuatrocientos sacerdotes, monjas y laicos, agrupados en los Cristianos por el Socialismo apoyan el proceso[50]. La propia DC se explica por este clivaje histórico del cristianismo de avanzada, según Scully, producto del desgaste de la opción oligarca de los partidos tradicionales de la derecha (Partido Conservador y Liberal), de las desigualdades sociales, de la vitalidad del humanismo cristiano reformista y de la fisura social no resuelta con el sector agrícola, que vive un proceso de despertar y organización desde los cincuenta, que asume su expresión con la Democracia Cristiana que enarbola la reforma agraria[51].

El MAPU se gesta en el viraje a la izquierda desde el interior de la propia DC, que tiene su primera expresión doctrinal en el texto citado de Chonchol y Silva Solar de 1965, en el cual los autores fueron más allá de los planteamientos papales y de filósofos socialcristianos como Maritain y Mounier. Los promotores del MAPU valoraron el marxismo, pero dejando claro su propio camino:

Tenemos un buen juicio del marxismo. Las verdades más claras sobre la economía, la sociedad moderna, el hecho de las clases sociales y su importancia decisiva en la vida del hombre y en el desarrollo de la sociedad, han sido enseñadas por el marxismo […]. Pero está muy lejos de agotar la verdad y hay ciertas cosas que convierte en absolutas y otras que no ha visto[52].

No solo en Chile, pero de manera muy marcada en el país al fin del mundo, se da en los sesenta el influjo del catolicismo renovador del Concilio, que implicó opciones sociales en lo político-económico, mayor participación en la Iglesia y

un estilo cultural más abierto, que hizo a muchos curas casarse y a muchos laicos identificarse con esa Iglesia comprometida y cercana. Óscar Guillermo Garretón, el histórico secretario general del MAPU, testimonia con ironía la época católica de avanzada que le tocó vivir:

Yo me casé por la iglesia en el año 1967, era mucho más católico y de Iglesia que militante político […]. Me casó Diego Palma que es un primo de la Virginia y se casó poco después porque en ese tiempo muchos curas se casaron. Fue el tiempo de implementación del Vaticano II, en el año 63 al 65, y eso marcó un cambio de la relación de los curas con sus feligreses […] en el caso de la Acción Católica, había muchas feligresas echándole el ojo a estos curas que eran líderes muy importantes[53].

El nacimiento de la nueva fuerza revolucionaria

Tras el abrumador triunfo de Frei en las elecciones de 1964, las nutridas reformas se ponen en marcha y le significan un amplio apoyo a la DC en las parlamentarias de 1965, solo un año después. En el Congreso de 1966, ya se han perfilado las tres tendencias al interior de la falange, según Enrique Escobar: «los oficialistas» partidarios del «camino propio» sin acuerdos con la izquierda, los «terceristas» (Luis Maira, Renán Fuentealba, Bosco Parra, Pedro Felipe Ramírez, Radomiro Tomic) que plantean la «unidad social y política del pueblo» con la izquierda, y los «rebeldes» que apuestan a la «vía no capitalista». Entonces, se produce un empate ya que terceristas y rebeldes imponen la vía no capitalista, pero la dirección queda en manos del oficialismo[54].

En el año 1967, se produce una baja electoral del PDC en las municipales, arrecian las críticas y la alianza rebeldes-terceristas gana la dirección del partido en la Junta Nacional de junio: el senador Rafael Agustín Gumucio es electo presidente, Alberto Jerez y el tercerista Bosco Parra son nominados vicepresidentes, y Julio Silva Solar, secretario general[55]. Frei no se quedará de

espectador de la izquierdización del Partido; reacciona y vuelca sus fuerzas para desplazar a los rebeldes comunitaristas en una Junta Extraordinaria en enero de 1968, en la cual es electo el ideólogo y director de la revista Política y Espíritu, Jaime Castillo[56], partidario de un humanismo cristiano sin lazos con el marxismo.

Luis Magallón[57] cree que el «punto de quiebre» del nacimiento del MAPU se produce por la sanción que recibió el presidente de la JDC, Enrique Correa, a causa de la dura carta en que, a comienzos de 1969, le pedía al presidente Frei Montalva la renuncia del ministro del Interior Edmundo Pérez Zujovic por la masacre de Puerto Montt. El dirigente juvenil catalogó al ministro como «culpable directo de estas muertes que sufre el pueblo»[58], y la directiva de la DC lo suspendió de su cargo y amonestó a Jaime Ravinet[59], José Joaquín Brunner y Jaime Estévez (dirigentes universitarios que adherirán al MAPU)[60].

La Juventud Demócrata Cristiana fue un territorio ampliamente rebelde. En su propia Junta de julio de 1968, había elegido a Enrique Correa como presidente, secundado por Fernando Ávila. Lo mismo ocurre en abril de 1969, en que toda la dirección se puebla con futuros fundadores del MAPU: Juan Enrique Vega en la presidencia, Alejandro Bell y Ramón Molina en las vicepresidencias, y Luis Lizana como secretario general. Habían derrotado con 154 votos a la lista oficialista de Luis Pagrioli (84 sufragios) y al entonces tercerista José Miguel Insulza con 24 preferencias[61]. La JDC se declara a favor de «construir el Partido que el frente revolucionario necesita», como consigna el 21 de abril en el diario comunista

El Siglo[62]*. El partido al cual hacen referencia será uno nuevo, aunque aún permanezcan en la DC. El quiebre tenía los días contados.*

La crisis se desata tras la Junta Nacional Demócrata Cristiana del 2 al 4 de mayo de 1969, donde por estrecho margen gana el voto oficialista que ratifica el camino propio y la presentación de un candidato presidencial sin la izquierda en las elecciones de 1970. Jaime Gazmuri recuerda que el ministro Pérez Zujovic les dijo en su cara: «Deben irse»[63], y eso fue lo que decidieron hacer. Los

terceristas optan por seguir «peleando desde adentro del partido» y no acompañan a los rebeldes en el quiebre. El primero en renunciar es el senador Rafael Agustín Gumucio el 6 de mayo[64], a quien el 9 se suman los parlamentarios comunitaristas Alberto Jerez, Julio Silva, y los dirigentes Jacques Chonchol y Vicente Sota. También lo hace la mayoría del Frente Sindical (Sergio Bahamondes, Alejandro Sepúlveda y Ulises Manríquez) y el Departamento Campesino (Luciano Navarrete y Gonzalo Cáceres)[65].

¿Cuál es la fecha y la razón definitiva de la fundación del MAPU? Como toda historia, esta se construye en un momento, pero se explica después. Se sabe que la fecha del 19 de mayo de 1969, como instante de la fundación, es un invento posterior de uno de los fundadores: Fernando Ávila. Como el 19 de mayo de 1972 Rodrigo Ambrosio muere repentinamente en un accidente automovilístico, el doliente partido decide colocar esa misma fecha, pero de 1969, como el día de la fundación del MAPU[66].

Lo cierto es que los rebeldes, viejos y jóvenes, intelectuales y sindicalistas, se reúnen los días 17 y 18 de mayo de 1969, llaman a constituir un nuevo movimiento y crean una comisión a cargo de un encuentro con delegados de todo el país que se desarrollaría en agosto. Esta comisión está integrada por Ismael Llona, Carlos Bau, Jaime Estévez, Gonzalo Cáceres, Jaime Celedón, Vicente Sota, Tomás Moulian y las dirigentes femeninas Olga Cortés y Carmen Gloria Aguayo, además de los líderes comunitaristas y de la JDC. Para el Comité Memoria MAPU

—

consenso de la memoria colectiva verde y rojo

—

el MAPU nació un día antes de la celebración oficial: [67] El 18 de mayo se constituye la nueva fuerza política en el local de los trabajadores de la Empresa de Transportes Colectivos del Estado (conocida como Trolley).

La creación del MAPU continúa el 1 de agosto de 1969 en el Sindicato de Suplementeros de Santiago (calle Arturo Prat 464), momento en que se inauguran la constituyente del nuevo movimiento con «200 delegados de todo el país, representantes campesinos, estudiantes, intelectuales y obreros»[68].

El nombre del nuevo partido debía ser original y fuerte, como una voz aguerrida. La mayoría de los entrevistados coincide en que Rodrigo Ambrosio inventó el nombre, debido a su experiencia rural y a los fuertes vínculos con el regional Malleco (zona de la Araucanía) que tenía desde la JDC[69]. El exsenador Jaime Gazmuri afirma que surgió en un juego colectivo de nombres donde estaba Ambrosio, él mismo, Chonchol y otros:

Se barajaron nombres más vinculados al origen social cristiano, como Falange Revolucionaria, pero luego se debatió que debía ser un movimiento unitario de toda la izquierda y los partidarios de la revolución, que no podía ser elitista, sino que popular, campesino y mapuche… y así nació la palabra MAPU[70].

Juntar las firmas para inscribirse como partido legal, junto con ahondar la crítica al gobierno de Frei y hacer real el sueño de la unidad de la izquierda, fueron las prioridades del novato movimiento. De inmediato se expresa con una revista que llama Ideología y Política, diferenciándose de la publicación de la DC Política y Espíritu. En el número 22, a fines de 1969, se incluye un documento de la Dirección Nacional del MAPU que plantea que la nueva coalición plural de izquierdas debe ser «una herramienta revolucionaria». También, se despotrica contra el Gobierno de Frei y se habla de «violencia institucionalizada», publicando la argumentación del diputado Julio Silva Solar al promover una acusación constitucional al ministro Pérez Zujovic[71].

En la asamblea constituyente del MAPU, Jacques Chonchol fue elegido primer secretario general, y ante la proximidad de las elecciones de 1970, es postulado como precandidato presidencial en el seno de la nueva Unidad Popular. El propio Allende decide invitar a Chonchol a su casa en la calle Guardia Vieja,

junto con los «viejos» fundadores socialcristianos del MAPU

—

Gumucio, Jerez, Silva Solar y Vicente Sota

—

[72]. De los jóvenes revolucionarios, solo asiste Jaime Gazmuri, quien recuerda que los invitados le enrostran a Allende su estilo de «político tradicional»

—

había sido presidente del Senado gracias a los votos del Partido Radical y la abstención de la derecha, que prefirió un socialista a un democratacristiano, como práctica del parlamentarismo

—

, pero Allende se muestra seguro y recuerda su firme apoyo a las causas revolucionarias[73].

El PC levanta a Pablo Neruda, el pequeño partido Agrupación Popular Independiente postula a su líder Rafael Tarud. El académico radical Alberto Baltra busca ser una alternativa más moderada. Finalmente, la Unidad Popular proclama a Allende y el MAPU se mete de lleno en la campaña. Carlos Montes recuerda esos primeros meses en 1987:

En este periodo, el MAPU comienza a fortalecerse como partido, como expresión renovada de la izquierda. Sus bases crecen y son campesinos, estudiantes, juventud popular, intelectuales y trabajadores jóvenes. El MAPU es un partido donde, bajo una definición socialista y revolucionaria, conviven cristianos y marxistas[74].

Trinidad de rebeldes fundadores: Ambrosio, Chonchol y Solar

En la figura de tres fundadores del MAPU mostraremos las principales sensibilidades político-culturales que convergen a su creación: a. los jóvenes de la DC marxistizados, como fueron los secretarios generales Rodrigo Ambrosio y Jaime Gazmuri, y el influyente Enrique Correa; b. los directivos de la DC de fuerte raíz cristiana que postulaban el socialismo comunitarista en la formulación que hace Jacques Chonchol junto con Silva Solar; y c. los líderes de la reforma universitaria, sobre todo de la Universidad Católica, que tienen a Miguel Ángel Solar como su epítome.

a. Rodrigo Ambrosio: el sociólogo católico que recibió la luz marxista en París para buscar el partido unitario del proletariado

El exdirigente de la DC, amigo de Ambrosio, dirigente del MAPU y periodista, Ismael Llona, plantea que el núcleo revolucionario de la JDC existía y ya era marxista y, por tanto, el quiebre con la DC era inevitable. Estos jóvenes que se agrupaban en torno a Ambrosio diagnosticaban que el problema del gobierno de Frei no era la intensidad del programa de reformas sino la falta de revolución. Esta «célula de revolucionarios» (Llona, 2006)[75] del sector «rebelde» de la Democracia Cristiana estuvo integrada por Rodrigo Ambrosio, Jaime Gazmuri, Enrique Correa, Juan Enrique Vega y Fernando Ávila, los que sumaron a senadores y dirigentes socialcristianos radicalizados y a decenas de dirigentes universitarios, incluyendo a los que se habían tomado la Casa Central de la Universidad Católica en 1967, buscando la elección de las autoridades universitarias y escandalizando a la sociedad con el cartel «El Mercurio miente»[76].

El faro que iluminaba el núcleo revolucionario fue Ambrosio, quien entusiasmaba con los relatos de sus viajes internacionales: «Las “16 horas” hablando con Fidel en La Habana, el diálogo con Chou En-Lai en China, e incluso ironiza con Kim il Sung en Pyongyang (Corea del Norte), que permitió exhibir una bandera mapucista en el Museo de la Revolución»[77]. Llona sintetiza el iluminismo revolucionario de Ambrosio:

El MAPU era la racionalidad superlativa, la racionalidad absoluta e incomprensiva […]. Faltaba en el MAPU esa tremenda pizca de contemplación de humanidad […]. La llama (el marxismo) la había traído Rodrigo [Ambrosio] desde Europa y era una llama de oriente y occidente, de todo el planeta subyugado. Era una llama sólida, de fuego inalterable, marcada en todos los vientos[78].

Ambrosio tenía sus raíces formativas en la Acción Católica desde 1958-1959, donde fue dirigente junto con Marta Harnecker[79], su presidenta. Lo recuerda Tomás Moulian, quien, aunque era agnóstico e hijo de vascos republicanos (el padre de Rodrigo Ambrosio también fue un exiliado peninsular), reconoce que el catolicismo reformista lo «convirtió» y estuvo en la base de lo que llegaría a ser el proceso que culmina en la creación del MAPU. Moulian estuvo vinculado con el influyente jesuita belga Roger Vekemans[80], mentor del mesianismo social cristiano:

Comencé a trabajar como bibliotecario en el Centro Bellarmino de los Jesuitas por problemas económicos de mi familia. Allí estaba Vekemans, que en ese momento tramaba la Escuela de Sociología de la UC, a la que entré junto con Marta Harnecker, Claudio Orrego y Rodrigo Ambrosio. Fue en contacto con este grupo donde me fui convirtiendo, hasta llegar a presidente de la Acción Universitaria Católica, después de la Marta […]. Es un periodo de grandes mutaciones en el pensamiento católico, en una línea de tipo testimonial, a través de la inserción en el mundo obrero, buscando la redención del proletariado[81].

Jaime Gazmuri recuerda un camino similar. Joven de clase media-alta, que a comienzos de los sesenta lee a los intelectuales católicos de avanzada: Jacques Maritain, Emmanuel Mounier y Teilhard de Chardin. De los chilenos, lo impactaron algunos autores críticos como Jorge Ahumada (En vez de la miseria) y Aníbal Pinto (Chile, un caso de desarrollo frustrado), y en seguida los marxistas: «Garaudy, Althusser, Marx y mucho Lenin»[82]. Carlos Montes, por su parte, reconoce un salto brusco en sus lecturas: «Del existencialismo católico de Mounier y Erich Fromm saltamos de inmediato al Manifiesto comunista»[83].

Rodrigo Ambrosio había nacido en Santiago (1941) en una familia de clase media que luego se trasladó al sur. Egresó del Colegio Seminario de Chillán y volvió a la capital para estudiar Sociología a la Universidad Católica, donde ya se movían olas reformistas como las que impulsaba el sacerdote Hernán Larraín. Ambrosio no termina la carrera y se cambia a Derecho en la Universidad de Chile, para luego realizar un decisivo viaje a Francia con el objeto de perfeccionarse en la L'Ecole Pratique des Hautes Études de París. Estudia con Alain Touraine, pero termina seducido por Althusser, el autor francés formado por intelectuales católicos sociales como Jean Guitton que deviene marxista estructuralista; para algunos un renovador y para otros un ortodoxo que inventa lo del capitalismo monopólico. Althusser, al igual que sus discípulos chilenos, abandona el cristianismo y emprende la búsqueda de respuestas científicas.

Tras su retorno a Chile en 1966, se integró al sector «rebelde» de la Juventud Demócrata Cristiana, partido al que había ingresado en 1958 y al que otorgó la conducción el proyecto político del que entonces carecía. Llegó a ser presidente de la JDC en 1967. La radicalidad ya estaba instalada. Ganan los «oficialistas» en la DC y Ambrosio decide fundar el MAPU que liderará hasta su muerte, ocurrida a causa de un accidente automovilístico en LLay-Llay, el 19 de mayo del 72[84].

El joven revolucionario fue un líder carismático, con una retórica revolucionaria entusiasta, propia de un utopista que se consagraba a los sujetos populares, como grafica este discurso, en el que sacraliza a los campesinos mapuches:

Compañeros Mapuches de Malleco, Presidente, han venido hasta acá, han traído un mensaje en guillatún[85], en canto y danza, y por allí el compañero del regional de Malleco, Mapuche él también, dijo palabras en su lengua. Yo no conozco ni la gramática ni el diccionario araucano, pero juro compañeros que entendía todo, que él vino a decir aquí que tenía fe en el MAPU, que veía en el MAPU un instrumento para la lucha por recuperar sus tierras y por levantar definitivamente la dignidad de esta raza campesina[86].

Ambrosio

—

aunque Gazmuri hable de la «vocación unitaria» del movimiento

—

creía en la singularidad del MAPU; era un alternativista que miraba con recelo la izquierda tradicional, como expresa ante la propia dirección máxima del PC:

Dicho con toda franqueza, compañeros comunistas, nos parece que muchas veces se prefiere paralizar trabajos, archivar iniciativas con tal que el MAPU no se desarrolle […]. Nos sobra aire donde respirar, ¡y porque nacimos a caballo no nos asusta topear![87].

Los escritos de Ambrosio evolucionan rápidamente hacia el marxismo en torno al Primer Congreso del MAPU en 1970. Cita a Lenin para combatir las desviaciones «socialdemócratas» e «izquierdistas», pero es claro en ubicar al nuevo movimiento como un partido proletario, alejándolo de la identidad de los cristianos revolucionarios. Ambrosio interpreta el origen socialcristiano como un pecado original pequeño-burgués del cual había que sacudirse. Reconoce el pensamiento socialcristiano como una fracción de los católicos que «lucha contra la inhumanidad del capitalismo», pero no busca la revolución, sino solo

cambios secundarios. Por ello descalifica el rol de la Democracia Cristiana: «[La DC] asume el desarrollismo y el reformismo, que la hacen expresión ideológica más adecuada de los proyectos de expansión de los sectores más dinámicos de la burguesía monopólica nacional y extranjera»[88].

Ambrosio quiere un partido marxista renovador de la clase trabajadora, valora a los cristianos revolucionarios, pero se distancia de esa identidad acusando que perseverar en ella es una desviación: «El empeño por vincular directa o indirectamente la ideología del MAPU al pensamiento cristiano y por convertirlo básicamente en el cauce de radicalización política de los católicos, sectorizando de hecho sus posibilidades y delimitando campos con la izquierda marxista»[89]. Este personaje parece contradecir la tesis principal de esta investigación

—

el MAPU es un subproducto de la radicalización católica

—

, pero, como hemos visto, él mismo provenía de los centros de formación de la juventud católica de clase media y su partido, después de su muerte y del golpe de Estado, volverá a definirse como «socialismo de raíz cristiana», evocándolo a él como ejemplo de sacrificio y entrega total a la causa: Ambrosio fue el apóstol rojo y verde hasta la hora de su muerte, que le impidió continuar recorriendo sindicatos para construir la fuerza única del proletario, el sentido profundo que tenía el MAPU para él como «movimiento unitario».

b. Jacques Chonchol: el maldito impulsor de la reforma agraria

Si hay un nombre que la derecha chilena odia tanto como a Carlos Altamirano, exsecretario general del PS bajo la Unidad Popular, es Jacques Chonchol, impulsor de la expropiación de las haciendas y fundos durante los gobiernos de

Frei Montalva y Allende.

Chonchol (1926) venía de una familia acomodada, estudió Agronomía en la Universidad de Chile y trabajó en un fundo en Pirque, pero su mirada comienza a cambiar cuando empieza su doctorado en la Universidad de París, y conoce de cerca el influjo de los socialcristianos Maritain y Mounier[90]. Luego de estudiar en Londres y trabajar en la FAO, Chonchol se hace democratacristiano y asume la vicepresidencia del Instituto de Desarrollo Agrícola (INDAP), desde donde el Gobierno de Eduardo Frei Montalva impulsa la auténtica reforma agraria

—

durante la administración de Jorge Alessandri solo se había iniciado un proceso menor, que incluso recibió el nombre de reforma del «macetero» por su limitado alcance

—

.

Jacques Chonchol se convierte en uno de los impulsores de la «vía no capitalista al desarrollo», que defiende la propiedad comunitaria sobre la tierra, apoya las movilizaciones campesinas y se distancia del sector oficialista de la DC que, por el contrario, proponía moderar el proceso. Renuncia al INDAP y se une a los rebeldes en la fundación del MAPU. Se suma también a los reformistas de la Universidad Católica y lidera el CEREN (Centro de Estudios de la Realidad Nacional).

El MAPU lo selecciona como candidato presidencial y presenta su nombre del mismo modo que lo hacen los otros partidos de la izquierda: ante la Mesa Redonda de la Unidad Popular, durante un plenario de la Dirección Nacional del Movimiento en 1969 para definir un solo candidato común. El subsecretario del MAPU, Jaime Gazmuri, estuvo a cargo de las negociaciones al interior de la UP para designar al candidato. Así relata cómo propusieron el nombre de Cholchol,

coquetearon con Ampuero y terminaron aceptando a regañadientes a Allende:

La verdad es que no nos gustaba Allende; lo veíamos gastado, parlamentarista, que había que gustar un candidato alternativo, de lo nuevo. Debía ser socialista y allí se miró el nombre de Altamirano y conspiramos con la facción de Altamirano. Había muchos grupos socialistas antiallendistas. Ampuero era también interesante. Él nos invitó a constituir una federación o partido único con el MAPU. A los viejos del MAPU no les gustaba esta idea de alianza con la USOPO. Raúl Ampuero no quería entrar a la UP por su antiallendismo. Nosotros no llegamos tan lejos de vetar a Allende, y por eso fracasa la fusión con la USOPO. Estuvimos también en diálogo con los elenos, con Carlos Lorca, Calderón, Almeyda... Todo quedó en nada, tras ser invitados a suculentas comidas por todos los presidenciables (del radical Baltra a Tarud del API), pero apoyamos a Allende .

Durante el gobierno de Allende Chonchol es designado ministro de Agricultura, cargo desde el cual profundiza la reforma agraria. Chonchol solía recordar que el agro chileno estaba estancado en el sistema de latifundio, que Chile hasta 1940 exportaba más de lo que importaba en alimentos, pero que en 1965 el país seguía exportando treinta millones de dólares, pero importando más de doscientos, con una enorme dependencia que afectaba su seguridad alimentaria. Por tanto, la reforma agraria era un imperativo de solidaridad con los campesinos para sacarlos del semifeudalismo al que estaban sometidos, y a su vez, para modernizar y dinamizar un sector atrasado[91]. Chonchol concedió, en 1972, una entrevista al analista vasco Andrés Kramer, donde se muestra firme en sus posturas socialistas e ingenuo frente a la irreversibilidad de su obra: «Las cosas fundamentales que ha hecho la UP no son reversibles. Pensar o pretender que los latifundios expropiados van a volver a los antiguos latifundistas, que las empresas nacionalizadas o socializadas van a volver a las compañías imperialistas […] es una cosa absolutamente fuera de la realidad»[92].

Jacques Chonchol recela del leninismo y del ultraizquierdismo, rompiendo con el MAPU y su marxistización para sumarse a la Izquierda Cristiana en 1971,

partido que también surge de la DC para integrar la Unidad Popular. Chonchol creía en la vía chilena al socialismo y despreciaba a los grupos ultras que denostaron el camino trazado por Allende:

Yo creo en lo que pretende demostrar la revolución chilena de que es posible un cambio profundo hacia el socialismo sin necesidad de un enfrentamiento violento. En muchas posiciones de la ultraizquierda, yo diría que hay una especie de fatalismo histórico. Consideran que jamás es posible hacer un cambio sin que llegue un momento en que se produzca un enfrentamiento abierto y violento en las fuerzas políticas opuestas o de las clases sociales antagónicas […]. La historia es inédita. Creemos en el contexto actual que en Chile es posible avanzar hacia esa sociedad socialista sin enfrentamiento directo[93].

Tras el Golpe, Chonchol se marcha al exilio, se radica en Francia y asume la dirección del Instituto de Altos Estudios de América Latina, en la Universidad de París. La dictadura no permite su regreso ni siquiera durante la apertura política de fines de los ochenta. Solo retorna a Chile en 1994 y se suma a la izquierda extraparlamentaria que critica la renovación socialista y la administración del neoliberalismo que, a juicio de dicho sector, realiza la Concertación. Se hace parte de las corrientes antiglobalización y enseña en la Universidad Arcis, coordinando un doctorado en Ciencias Sociales.

Entre los entrevistados hubo quienes, como René Aucapán, consideraron que el líder comunitarista más influyente fue el senador Rafael Agustín Gumucio: «Chonchol era brillante, pero parco, hablaba y se iba de las reuniones, en cambio don Rafael dialogaba con los jóvenes y se quedaba escuchando a los compañeros»[94]. A él nunca le interesó caer bien. Fue profundamente odiado por los sectores altos de la sociedad chilena y mirado con recelo por sus excompañeros a causa de sus críticas a los acomodos de la transición. En su libro sobre la globalización del año 1999, hace un apocalíptico análisis del modelo neoliberal en Chile y América Latina, llamando, como el mismo rebelde de los sesenta, a «elaborar un nuevo pensamiento para la izquierda mundial y chilena»[95].

c. Miguel Ángel Solar: el líder estudiantil católico rojo que se adelantó al Mayo del 68 francés

La década del sesenta del siglo

xx

es sinónimo de revolución por la maduración de la experiencia cubana, el hippismo, las drogas, The Beatles, la crítica a la guerra norteamericana en Vietnam, el rechazo a los soviéticos y su violenta represión en la Primavera de Praga. Pero sobre todo es la década de la rebeldía de la nueva generación que explotó en el violento Mayo del 68 en París, donde los universitarios, encabezados por el joven franco-alemán Daniel Cohn Bendit, reclamaron contra las estructuras universitarias, pidieron reformas al Gobierno del general De Gaulle, se trenzaron en batallas campales en el Barrio Latino y Nanterre, haciendo populares consignas como «pidamos lo imposible». Una generación que asumió el beatnik, la crítica a la sociedad de consumo de la Escuela de Frankfurt, las búsquedas de los nuevos marxismos y los movimientos anarquistas y libertarios de diverso origen[96].

En Chile, un grupo de estudiantes izquierdistas católicos de clase alta se adelantó un año a dicha explosión, tomándose el 11 de agosto de 1967 la Casa Central de la Pontificia Universidad Católica para exigir la renuncia del rector conservador y proclamar que era el momento de «nuevos hombres para una nueva universidad». No fue fácil. Los derechistas, luego agrupados en el gremialismo de Jaime Guzmán (principal ideólogo del pinochetismo) trataron de desalojar la toma y se produjeron violentos pugilatos. Pero los manifestantes resistieron y ganaron todo: el cardenal Silva Henríquez los respaldó; aceptó la renuncia del rector Silva Santiago; puso de rector a un democratacristiano de izquierda, Fernando Castillo Velasco, y comenzó una profunda modernización de la Universidad Católica y la creación de centros donde abundó el pensamiento socialista cristiano, siendo mayoritarios los asesores del futuro MAPU. El líder

de todo el proceso fue un jovencito de extracción media-alta, estudiante de la elitista escuela de Medicina, alto y de pelos castaños claros, peinado en forma ordenada, con cara de niño bueno, hablar poético y chaqueta y corbata, como un escolar de colegio bien del barrio alto de Santiago. Fue Miguel Ángel Solar, el articulador del Movimiento 11 de Agosto, que casi unánimemente se sumará a otros dos hechos claves de esta historia: la toma de la Catedral de Santiago, precisamente un año después, el 11 de agosto de 1968, con el movimiento Iglesia Joven, y la creación del primer partido católico de izquierda en América Latina: el MAPU, en mayo de 1969. El revoltoso pasó a ser tan odiado como Jacques Chonchol por los sectores pudientes de Chile: Solar, presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica (FEUC), teñía de rojo la casa de estudios superiores de la elite conservadora, y Chonchol atizaba el fuego de la reforma agraria. Solar y los movimientistas revolucionarios la cargan contra el principal diario de derechas y cuelgan un cartel en la Casa Central frente a la Alameda Bernardo O`Higgins, principal arteria de Santiago: «El Mercurio miente».

Ocho años después (1975), tras el golpe militar, dicho periódico facilitará las imágenes para el libro en el que Teresa Donoso documenta y demoniza la historia del cristianismo por el socialismo en Chile entre 1965 y 1973. En la portada de este relato tétrico de la infiltración marxista en la Iglesia católica chilena aparece una fotografía de la toma de la catedral en la que participó Miguel Ángel Solar con el lienzo «por una Iglesia junto al pueblo»; luego, en el interior, la autora inserta una imagen de la cruz unida a la hoz y al martillo, sacada de la revista The Lance del exclusivo colegio Saint George de Santiago (donde los curas Holly Cross hicieron el experimento socialista de meter niños de familias paupérrimas), para rematar con un amplio reportaje sobre las andanzas de los revoltosos de la Universidad Católica, mostrando como un escándalo mayúsculo de la época que Solar acompañase en un balcón de la Casa Central al presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Técnica del Estado, el comunista Alejandro Yáñez. ¡Prueba irrefutable de la alianzas de estos católicos desviados con los rojos y rotos (pobres y proletarios como se consideraba a los estudiantes de la Técnica)! El presidente de la FEUC luce con su aire angelical, peinado con gomina y con su corbata bien puesta, al igual que el comunista[97]. El catolicismo conservador tuvo razones para el odio: la Universidad cambió del todo, invitó a Hélder Câmara, a Ernesto Cardenal, creó centros de orientación comunitaristas y socialistas, la palabra revolución resonó

en sus aulas y se convirtió en la principal cuna de los intelectuales del MAPU.

La toma de la Universidad Católica fue la culminación de un proceso de consolidación de corrientes reformistas que caminaban a la par del auge aperturista en el mundo y en Chile, vinculado a la Democracia Cristiana. La Federación de Estudiantes de la Universidad Católica había realizado en 1964 la Sexta Convención de Estudiantes, presidida por Manuel Antonio Garretón, futuro miembro del MAPU y destacado sociólogo. En el libro de síntesis, escriben el jesuita Hernán Larraín, el profesor DC Luis Shertz, académicos aperturistas desde posiciones conservadoras como Jaime Martínez y Juan de Dios Vial Larraín. Sin embargo, cierra Garretón en un estilo de la época: el presidente de la FEUC es una autoridad reformista, y así lo oirá el estudiante de medicina Miguel Ángel Solar, quien toma las antorchas que marcaron a fuego a la federación: Garretón, bajo el neutral título de «planteamiento académico», las emprende pidiendo una modernización de la universidad para animar una reforma social. El lenguaje es delicado

—

de la ponticato, como dicen en Chile para remarcar lo elitista que es la Universidad Católica

—

, pero solo en las formas. El jovencito critica con total irreverencia la situación universitaria:

Las universidades latinoamericanas han vivido hasta hoy a la deriva, sin principios claros, principalmente por haber importado íntegramente los valores y la estructura de la Universidad napoleónica sin atender a las condiciones de la sociedad que enmarcan la acción de una universidad. La nuestra no se ha escapado: espíritu pragmatista, la estructura profesionalista, postergación de la investigación, transmisión mecánica de conocimientos especializados, falta de cosmovisión humanista, de formación ética, de apertura a nuevas clases sociales, indefinición frente a las necesidades de la sociedad[98].

La FEUC siguió buscando dichas reformas y el rector Silva Santiago no estuvo dispuesto a iniciar la transformación: el camino, tres años después, fue la ruptura que tuvo como hito la toma de la Casa Central de la universidad, luego la ocupación de la Catedral de Santiago y la creación del MAPU. En los tres hechos estuvo involucrado Miguel Ángel Solar, con su cara de niño bueno, pero discursos y actos subversivos.

El MAPU tuvo influencia en toda la generación universitaria de fines de los sesenta: Enrique Correa estudió como muchos en la Universidad de Chile, Ambrosio marcó presencia con su paso por Sociología de la Universidad de Concepción, Rodrigo González hizo lo suyo en la Universidad Católica de Valparaíso, Kalky Glausser y todo un grupo relevante de la Universidad Técnica Federico Santa María se unió al MAPU, pero fue en la Universidad Católica de Santiago donde los mapucistas tuvieron hegemonía en los sectores progresistas.

En dicha casa de estudios, los estudiantes vinculados a la JDC venían criticando el rectorado conservador de monseñor Alfredo Silva Santiago desde 1964, promoviendo reformas y llamando a huelgas. Óscar Guillermo Garretón, quien fue vocal de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica en 1966, recuerda que ese año hicieron un paro y que el futuro movimiento explotaría con la toma de agosto de 1967, en la cual participó junto con tres destacados futuros mapucistas de distintas orientaciones: José Joaquín Brunner, Rafael Echeverría y Miguel Ángel Solar: «Yo estaba cercano a Solar, en una suerte de gremialismo de izquierda que recelaba del Partido Demócrata Cristiano; incluso una vez no dejamos hablar a Patricio Aylwin, quien quería bajarnos la línea partidaria»[99].

La mayoría de los jóvenes de la JDC e independientes que participan de la toma, que solo se levantará cuando el cardenal Silva logra con El Vaticano la salida del rector conservador, convergerán en 1969 en la fundación del MAPU: «Nosotros fuimos la izquierda en la Católica, porque no había comunistas y socialistas. Miguel Ángel fue el ícono del movimiento»[100], recuerda Óscar Guillermo Garretón.

Solar expresó un liderazgo que iba más allá de la DC, una visión del compromiso cristiano y la necesidad de despertar a los movimientos sociales, como sintetiza Carlos Montes, asegurando que el estudiante de Medicina era «más amplio» que José Joaquín Brunner, otro mapucista que jugó un papel relevante en la reforma y llegó a ser directivo de la Universidad y ministro concertacionista:

Claramente Miguel Ángel Solar fue muy clave, fundamentalmente por su capacidad de pensar los procesos de una manera bien distinta a como se pensaba antes. Toda esta idea de la universidad con conciencia crítica; nuevos hombres para una nueva universidad, toda esta idea tan fresca de expresar el estudiantado de la época. Eso fue el eje central en esa coyuntura, pero en los antecedentes previos, yo creo que Manuel Antonio Garretón fue muy importante, mucho más que Brunner que fue enemigo de los procesos y peleó con Miguel Ángel quien era el presidente de la federación[101].

Los movimientos responden a una época y el contexto de la FEUC de Miguel Ángel Solar fue la radicalización católica y la influencia de muchos intelectuales que pedían cambios. Carlos Montes resalta la figura del profesor Rodrigo Vera y entrega una síntesis de esa generación marcada por el cristianismo y el socialismo, así como por la frialdad del Gobierno DC con el Movimiento 11 de Agosto, precursor del MAPU:

Del existencialismo católico pasamos al Manifiesto comunista, pero hay un paso por CEPAL[102] y de ahí cruzarse con ese núcleo que tú señalas, cruzarse con Rodrigo Vera[103]. En mi generación, fue mucho antes la aproximación con Rodrigo. Era profesor de filosofía en la Universidad Católica, antes de la reforma. Acuérdate que en este lote había una distancia con la política, con los partidos, con la DC. En el proceso de gestación de la reforma (1967), en la toma de la universidad, la DC estuvo bastante fuera de la federación. Frei estaba totalmente en contra del movimiento, teníamos policías encima y los poderes fácticos consideraban que eso alteraba el cuadro general de las cosas. No hubo

apoyo[104].

La imagen de la reforma universitaria en Chile es la toma de la Universidad Católica de Santiago en 1967, aunque desde el año anterior se realizan movilizaciones y cambios en la Católica de Valparaíso y también la Universidad de Concepción vive una transformación profunda con protagonismo del MIR y del MAPU. Sin embargo, en la tradición centralista chilena, la «foto» de la reforma es la de Miguel Ángel Solar colocándole cadenas a la puerta principal de la Casa Central en plena Alameda. Sin embargo, los de Valparaíso afirman que fueron ellos los que encendieron la mecha: Rodrigo González, quien regresó de su doctorado en Filosofía en Francia, recuerda el inicio de la «reforma» en el movimiento que encabezan Alberto Cruz, Godofredo Iommi, Claudio Girola y otros académicos y alumnos de la Escuela de Arquitectura, por la cual propician un currículo nuevo, multidisciplinario y una universidad y ciudad «abierta». La reforma luego se extiende a otras facultades y se logra crear una rectoría reformista con Raúl Allard, Fernando Molina (ambos formados en Shöenstatt) y Duncan Livingstone, entre otros directivos. El movimiento porteño pasa de una perspectiva artística a una reforma política de la Universidad Católica de Valparaíso[105].

El Movimiento 11 de Agosto desplazó a la DC del liderazgo universitario y el centro político se disolvió. La UC se convertirá en el laboratorio de dos de los tres movimientos políticos que surgieron en Chile en los sesenta: el MIR tuvo su origen en la Universidad de Concepción, mientras la Universidad Católica de Santiago se convierte en el principal espacio de reclutamiento de líderes para el MAPU y para la nueva derecha agrupada en el «gremialismo» de Jaime Guzmán (neoliberalismo, catolicismo ultramontano, concepción autoritaria de la «democracia protegida» en la futura dictadura de Pinochet y su partido Unión Demócrata Independiente, UDI[106]). De hecho, el Movimiento Gremial logra vencer a la lista de reformistas y mapucistas en las elecciones de la época en la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica.

Los mapucistas se concentraron en las carreras de ciencias sociales y pasaron a

ocupar muy precozmente puestos claves en la conducción de la universidad. El rectorado lo asume el DC del ala progresista Fernando Castillo Velasco, y su equipo de vicerrectores y directivos claves está integrado por connotados jóvenes del MAPU: José Joaquín Brunner[107], Manuel Antonio Garretón, Fernando Flores, Rodrigo Egaña, entre muchos otros (en la Escuela de Sociología destacaba el joven Eugenio Tironi, quien después estudiaría con Touraine en Francia). Desde allí mezclan el «espíritu mapucista», que combina modernizaciones con inserción social en un sentido pro revolucionario, además de las demandas de participación en el gobierno universitario de alumnos, académicos y funcionarios administrativos[108]. A su vez, Jacques Chonchol pasará a ser el director del Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), el que junto a la CEPAL alimentaba de documentos a los intelectuales de izquierda.

La UC se pone al día respecto a las tendencias globales que apuntan a la promoción de facultades que dialogan, cursos diversos y centros de investigación orientados a la sociedad, mientras combinan programas de extensión y formación técnica para obreros y campesinos en un esfuerzo de masificar la universidad que debía dejar de ser «un vaso de cristal» y acercarse «al pueblo». Sus líderes crean el Departamento de Cultura Popular, liderado por los mapucistas Montes y Carlos Eugenio Beca, quienes logran hacer cursos de extensión para los trabajadores, pero, sobre todo, «formar a mil ochocientos estudiantes por año en la realidad nacional, despertándoles en talleres el interés por el Chile real»[109].

El «comunitarismo cristiano» se plasma de la mano del rector, el arquitecto Fernando Castillo Velasco, con la creación de la Villa Universidad Católica en el sector Quilín, donde mezcla en el mismo barrio a académicos, funcionarios y administrativos. Así, la universidad formadora de la «clase dirigente oligárquica» se convierte en un centro dominado por un rector de la izquierda DC[110] y sus asesores mapucistas que optan por la inserción popular, la erradicación de las viejas estructuras y el socialismo.

Un pilar de esta visión fue la editorial Nueva Universidad, que promueve el

cristianismo revolucionario. Entre otros, publica a Hélder Câmara (1969)[111], quien, invitado a inaugurar el año académico, señala: «Una universidad que no es del pueblo está destinada a formar los instrumentos de dominación, del colonialismo interno y externo»[112]. Los jóvenes «rebeldes» del Movimiento 11 de Agosto repletan el gimnasio de la Universidad y aplauden, ya que, aunque provienen de las elites, han optado por una «universidad al servicio del pueblo».

Solar es un caso excepcional. Muchos lo ven como un líder nacional del MAPU con altas responsabilidades en la Unidad Popular. Pero él no cultiva la vida partidaria y opta por hacer medicina social en comunidades mapuches del sur de Chile. Es un caso extraño para la elite chilena: Solar se instala en Nueva Imperial, una pequeña ciudad cerca de Temuco, donde había realizado trabajos de verano en su juventud, conoce a Irma, enfermera de ancestros mapuches, se casa con ella y hace su vida en ese lugar[113]. A los evangelistas rojos del MAPU les gustaban Jerusalén y Roma. Miguel Ángel Solar inventó su Belén en la zona más pobre del país, renegando de la metrópolis y optando por la provincia remota.

Después del Golpe, Solar es perseguido y se exilia en Venezuela, donde continúa su opción por la medicina alternativa entre comunidades rurales. Con el retorno de la democracia, los ojos se vuelven a fijar en el ícono de la reforma universitaria, pero este vuelve a reafirmar su opción por la «acción desde la base» y retorna al sur a trabajar en la salud pública de Temuco. Con todo, encarna una historia de la que no puede desprenderse: el 19 de mayo del 2008 es uno de los tres premiados por el colectivo Memoria MAPU por su contribución al partido verde y rojo[114]. Solar nunca abandonó su perspectiva disruptiva y aportó a la creación del Centro de Estudios Nacionales de Desarrollo Alternativo (CENDA), propiciando fórmulas integradoras en medicina. Desde dicha tribuna, criticó a la izquierda tradicionalizada y reivindicó, a propósito de las huelgas universitarias que se produjeron en Temuco en el año 2009, las luchas que él encabezó en 1967 con un aire de haber hecho lo correcto para romper con el elitismo de las universidades católicas.

La angustia estudiantil actual me retrotrae a mi propia ansiedad de hace cuatro décadas, cuando tenía veinte y tantos. A mediados de los sesenta

—

en el caso de la Universidad Católica de Santiago

—

son los trabajos de verano, un currículum paralelo organizado por los mismos estudiantes, como un quehacer académico-popular, los que dan el sustento vivencial a los partidarios de sacar la Universidad de la esfera oligárquica y vincularla al movimiento de cambio cultural para la Equidad de esos años [...]. La Universidad para Todos fue la consigna de los alumnos de la Universidad Técnica que mejor sintetizó la meta de la Reforma Universitaria de ese tiempo. Hoy, más de cuarenta años después, cuando hay vacantes de educación superior que no se llenan, podemos decir: misión cumplida... o casi[115].

Solar se expresa a cabalidad en este párrafo: no se adueña de la historia, reconoce el aporte de los estudiantes de la Universidad Técnica, y sigue en la corriente de mapucistas inconformistas: reconoce los logros, pero no hay un fin de la historia, la misión no está cumplida, siempre hay un pero, un casi, un nuevo proceso de cambios para apoyar y nuevos movimientos para alentar.

1 En Esteban Valenzuela, MAPU, Fuerza socialista, 10.

2 Juan Linz, The Breakdown of democratic regimes (USA: Johns Hopkins University Press, 1978).

3 Jorge Ahumada, En vez de la miseria (Santiago: Editorial del Pacífico, 1958).

4 Aníbal Pinto, Chile, una economía difícil (México: FCE, 1964).

5 Manuel Antonio Garretón, El proceso político chileno (Santiago: FLACSO, 1984).

6 A fines de la década de los cincuenta, la Escuela de Economía de la Universidad Católica suscribe un acuerdo con su símil de la Universidad de Chicago, formando a decenas de economistas en el neoliberalismo que profesaba Milton Friedman. Tras el golpe de Estado de 1973, los «Chicago boys» presentan el programa liberal en un mamotreto llamado El Ladrillo, el cual fue progresivamente adoptado por la Junta Militar. Patricia Arancibia, Sergio de Castro: El arquitecto del modelo chileno (Santiago: Biblioteca Americana, 2007).

7 Entre 1964 y marzo de 1973, tanto la DC como la izquierda marxista (PS-PC) fluctuaron entre un 30 % a un 40 % de apoyo. Fuente: datos del Servicio Electoral.

8 Este término lo usa Tomás Moulian en Democracia y socialismo en Chile para referirse a la peculiar cultura marxista chilena, con sus ritos, santos civiles, lecturas y lazos societales cerrados. Lo extendemos a la derecha y a la DC, sectores que también mostraron una fuerte subcultura, incluyendo los lazos matrimoniales entre militantes y la mirada recelosa de «los otros».

9 La decisión de crear un nuevo partido derechista ocurre tras la debacle de las elecciones parlamentarias de 1965 de entre liberales y conservadores (suman solo el 12,5 %). La oleada de la DC dejó a la derecha tradicional con una exigua representación en la Cámara de Diputados. Uno de los grupos que se les une en el PN es el de los nacionalistas de corte autoritario y el de los corporativistas de Acción Nacional, cuyo líder Jorge Prat,recela de la democracia parlamentaria.

10 La DC recién se crea en 1957, pero es la continuidad histórica de la Falange Nacional, el grupo socialcristiano de la Juventud Conservadora que se crea en 1938. A la Falange se suman nuevos grupos humanistas cristianos de origen conservador y miembros del Partido Agrario-Laborista que había apoyado el segundo gobierno del general Carlos Ibáñez (1952-1958). Véase José Díaz, Chile: de la Falange Nacional a la Democracia Cristiana (Madrid: Universidad de Educación a Distancia, 2001).

11 En enero de 1922, en su Congreso en Rancagua, el Partido Obrero Socialista se convierte en Partido Comunista. Los líderes fundadores fueron Elías Lafferte y Luis Emilio Recabarren, tipógrafo, organizador de sindicatos salitreros y diputado.

12 El PS se crea en abril de 1933 tras un periodo de crisis sociopolítica en Chile, luego de la Gran Depresión de 1929, agudizada con la crisis del precio del salitre, la caída del primer Gobierno del general Ibáñez y la efímera República Socialista de doce días en la sucesión de gobiernos de 1932. Grupos marxistas, militares izquierdistas y grupos laicos socialistas conforman el PS, que desde su fundación reconoce al marxismo como instrumento interpretativo esencial. Véase Julio César Jobet, Historia del Partido Socialista de Chile (Santiago: Documentas, 1987).

13 Tomás Moulian, Fracturas: de Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973), introducción.

14 El «inquilinaje» consistía en campesinos que vivían en los latifundios, sin contratos de trabajo ni salarios formales, laborando a cambio de la precaria vivienda, salud mínima, comida, alguna huerta para consumo familiar y, en algunos casos, un saldo menor en dinero.

15 Tomás Moulian, Fracturas, 12.

16 La edición en español a la que haremos referencia es Arturo Valenzuela, El quiebre de la democracia en Chile (Santiago: FLACSO, 1989).

17 Giovanni Sartori, Partidos y sistemas de partidos (Madrid: Alianza Universitaria, 1980).

18 Arturo Valenzuela, El quiebre de la democracia en Chile, 43-45.

19 Ibíd., 61.

20 Timothy Scully, Los partidos de centro y la evolución política chilena (Santiago: CIEPLAN-Notre Dame, 1992).

21 Ibíd., 84-87.

22 El trabajo clásico es Henry Landberger y Tim MacDaniel, «Hypermobilization in Chile, 1970-73», World Politics, vol. 28 (4) (1976): 538.

23 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón.

24 Allan Angell, Chile de Alessandri a Pinochet: en busca de la utopía.

25 Entrevista a Carlos Montes.

26 Conocida frase del senador socialista Aniceto Rodríguez, quien no obstante pertenecer al ala moderada del PS, refleja con ella el espíritu sectario de los sesenta.

27 Esta fue la tesis original de Radomiro Tomic, candidato presidencial de la DC en 1970, quien con otra decena de falangistas condenan el golpe de Estado de 1973.

28 Frase común en la DC tras su aplastante triunfo en 1964.

29 Se usa en Chile para referirse a los movimientos mesiánicos que propician la «redención social» por la vía de la transformación política.

30 La Constitución de 1925 no establecía la segunda vuelta presidencial entre las dos primeras mayorías relativas. Siempre se respetó la primera mayoría en la posterior ratificación parlamentaria. La UP firmó con la DC un «Pacto de garantías constitucionales», siendo Allende ratificado en el Parlamento por los votos unánimes de la Democracia Cristiana, además del de los parlamentarios de los partidos de la Unidad Popular.

31 Ernesto Tironi, «Evolución socioeconómica de Chile antes del neoliberalismo» (Santiago: CED, 1984), en Allan Angell, Chile de Alessandri a

Pinochet, 87.

32 En la casona del Centro por el Desarrollo de la Universidad de Wisconsin, apreciamos en 1996 un mapa sobre el «desarrollo en 1968». Los países se dividían en solo tres categorías: desarrollados, en desarrollo y subdesarrollados. En América Latina, en la categoría de «en desarrollo» estaban: Costa Rica, México, Cuba, Uruguay, Argentina y Chile.

33 Entrevista a Carlos Montes.

34 Jeffrey M. Puryear, Thinking Politics: Intellectuals and Democracy in Chile, 1973-1988 (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1994), 62.

35 Joan del Alcàzar, «Mimetismo y fracaso en la izquierda latinoamericana». En: Joan del Joan del Alcàzar y Nuria Tabanera: Estudios y Materiales para la historia de América Latina 1955-1990,(Valencia: Universitat de Valencia- Tirant lo Blanch 1998), 23.

36 Edison Ortiz, El socialismo chileno: de Allende a Bachelet (1973-2005), 201-209.

37 Ibíd., «Hacia la radicalización», 209-217.

38 Grito de combate de la Juventud Demócrata Cristiana.

39 Xavier Da Silvera, Frei, el Kerensky chileno (Buenos Aires: Ediciones La Cruzada, 1967).

40 Joan del Alcàzar et al., Historia contemporánea de América, 303.

41 Ricardo Ffrench-David y Óscar Muñoz, «Desarrollo Económico, inestabilidad y desequilibrios políticos en Chile: 1950-89», en Estudios CIEPLAN, vol. 28 (1990).

42 Un grupo de sacerdotes, religiosas y laicos se toman la catedral para apoyar un conflicto laboral y pedir una Iglesia comprometida. Lo hacen el 11 de agosto de 1968, a un año de la toma de la Casa Central de la Universidad Católica. Participan, entre otros, Leonardo Jeffs (Izquierda Cristiana), el expresidente de la CUT, Clotario Blest, y dirigentes que luego se vincularán al MAPU: Miguel Ángel Solar, María Antonieta Saá y Patricio Hevia. Véase Héctor Concha, La Iglesia Joven y la Toma de la Catedral, Centro de Estudios Miguel Enríquez (CEME) s./f. (<www.archivochile.com>).

43 Entrevista con Rodrigo González. Su padre médico fue director del Hospital Van Buren.

44 Entrevista con Ricardo Sazo. Reconoce que su comunidad de la JEC se reúne en una misa y convive con el obispo Caviedes. De dicha comunidad es también el abogado de los derechos humanos Mario Márquez, entre otros.

45 Uno de los líderes históricos del progresismo DC que siguió en el partido sin emigrar al MAPU, junto a Bernardo Leighton, Radomiro Tomic y Gabriel Valdés. Fue uno de los firmantes de la carta del 13 de septiembre de 1973 en que

líderes de la DC condenan el golpe de Estado.

46 Sin dinero para pasajes de buses o trenes, se pedía en las carreteras ser llevado por automovilistas o camioneros.

47 Entrevista a René Aucapán.

48 Entrevista a Gastón Rojas.

49 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón.

50 Joan del Alcàzar et al., Historia Contemporánea de América Latina, 291-292.

51 Timothy Scully, Los partidos de centro y la evolución política de Chile (Santiago: CIEPLAN-Universidad de Notre Dame, 1992), 160-182.

52 Julio Silva Solar y Jacques Chonchol, El desarrollo de la nueva sociedad en América Latina: hacia un mundo comunitario, 24.

53 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón.

54 Enrique Escobar, La crisis del PDC y el surgimiento del MAPU, 45.

55 Ibíd., 48.

56 Ibíd., 50.

57 Entrevista a Luis Magallón, octubre, 2007. Integrante de Memoria MAPU y exmilitante de la JDC.

58 Enrique Escobar, La crisis del PDC y el surgimiento del MAPU, 83.

59 Ravinet, dirigente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile. Posteriormente, no seguirá a los creadores del MAPU y se mantendrá en la DC como uno de los pocos dirigentes juveniles de los sesenta. En los años de la Concertación, fue alcalde de Santiago.

60 Blanca Etcheberry, «Formación y desarrollo del MAPU», 7.

61 Ibíd., 38.

62 Enrique Escobar, La crisis del PDC y el surgimiento del MAPU (1968-1970), 79.

63 Jaime Gazmuri, El sol y la bruma, 47.

64 Enrique Escobar, La crisis del PDC y el surgimiento del MAPU (1968-1970), 85.

65 Blanca Etcheberry, «Formación y desarrollo del MAPU, mayo 1969-marzo 1973», 19.

66 Comentario de Ismael Llona, que corroboran Jaime Gazmuri y Carlos Montes.

67 Memoria MAPU, ausentes presentes, 13

68 Ibíd.

69 Testimonio del dirigente mapucista René Aucapán, quien fue «rebelde» en la JDC y luego MAPU, MAPU-OC, PPD y Chile Primero (escisión del PPD liderada por exmapucistas) desde el 2007.

70 Entrevista a Jaime Gazmuri, diciembre, 2007.

71 MAPU, revista Ideología y Política, vol. 22 (1969).

72 En la nueva democracia, fue presidente de la Cámara de Diputados por el PPD.

73 Jaime Gazmuri, El sol y la bruma, 78-79.

74 Esteban Valenzuela, MAPU. Fuerza socialista, 14.

75 Ismael Llona, Los santos están marchando, 60-80.

76 El Mercurio es el principal tabloide chileno, representante del pensamiento conservador. Los estudiantes colgaron dicho cartel en el frontis de la Universidad Católica, en la Alameda, principal arteria de Santiago.

77 Ismael Llona, Los santos están marchando, 75.

78 Ibíd., 71.

79 Harnecker no es solo conocida por sus manuales de marxismo y su residencia en Cuba donde fue pareja del encargado de América Latina, apodado Barba Roja, sino también por su posterior asesoría al presidente Chávez con su socialismo bolivariano.

80 Este jesuita belga fue un influyente teórico del desarrollismo, cooperativismo y de una visión alternativa en lo económico de fuerte influencia en la generación DC y MAPU, al igual que el economista jesuita Gonzalo Arroyo, quien será parte del Movimiento Cristiano por el Socialismo durante Allende y miembro del regional sur del MAPU en Santiago, en testimonio de Luis Magallón. Vekemans, a diferencia de Arroyo, era reformista, pero anticomunista, por lo

cual se distanciará del diálogo con el marxismo. Esta distinción marcará a toda la generación de la Juventud Demócrata Cristiana de los sesenta, entre quienes siguen en la DC y los que optan por el MAPU.

81 Entrevista a Tomás Moulian, en revista Krítica 22 (Segunda Época, 1985).

82 Jaime Gazmuri, El sol y la bruma, 23.

83 Entrevista a Carlos Montes.

84 Luis Magallón cuenta que el auto chocó al buscar esquivar un camión detenido sin luces en la carretera de una vía por lado en la bajada de Llay-Llay (unos 30 km al Norte de Santiago). El único muerto fue Ambrosio: iba ocupando el asiento de adelante a la derecha ya que había cedido los puestos traseros a Eduardo Rojas, candidato del MAPU a la dirección de la Central Unitaria de Trabajadores, quien iba con su novia. Era de madrugada y regresaban de reuniones sindicales por las elecciones en la Central Única de Trabajadores (CUT), en la zona cementera de La Calera.

85 Ceremonia tradicional mapuche de rogativas para que llueva, entre otras razones de bien comunitario.

86 Discurso de Rodrigo Ambrosio en el Estadio Nataniel, 19 de mayo de 1971.

87 Discurso de Rodrigo Ambrosio en la Conferencia Nacional del Partido Comunista,2 de octubre, 1971.

88 Rodrigo Ambrosio, «Elementos para la Autocrítica» (octubre de 1970), en Sobre la construcción del Partido (Santiago: Editorial Barco de Papel, 1973), 16-17.

89 Ibíd., 19.

90 Tomás Moulian agrega el influjo del Movimiento «Economie et Humanisme», el cual se acercaba al marxismo en su «crítica a la explotación y la alienación en el capitalismo». Moulian, Democracia y socialismo en Chile, 91.

91 Diálogos con Ricardo Sazo y René Aucapán, quienes trabajaron en la reforma agraria.

92 Andrés Kramer, Chile, historia de una experiencia socialista (Barcelona: Península, 1974), 205.

93 Ibíd., 205-206.

94 Entrevista con René Jofré.

95 Jacques Chonchol, ¿Hacia dónde nos lleva la globalización? (Santiago: LOM ediciones, 1999), 4.

96 Daniel Conh-Bendit, La rebelión estudiantil (México: Ediciones Era, 1970).

97 Teresa Donoso, Los Cristianos por el Socialismo en Chile, 48-49.

98 FEUC, La universidad, nuestra tarea (Santiago: Editorial del Pacífico, 1964), 114.

99 Entrevista con Óscar Guillermo Garretón. Aylwin fue senador del ala moderada de la DC, jefe del sector más duro con Allende y luego primer presidente de la Concertación, donde gobernó con numerosos exmapucistas.

100 Ibíd.

101 Entrevista a Carlos Montes.

102 Montes, que es economista, se refiere a la llamada escuela cepaliana desarrollista, que promocionó el modelo de industrialziación y sustitución de importaciones, con intelectuales influyentes como Raúl Prebisch.

103 Doctorado en Filosofía de la Universidad de Lovaina, Bélgica. Profesor de Filosofía, Licenciado en Educación y Egresado de Derecho de la Universidad Católica de Chile. Estudios de Psicología Social en la Escuela de Enrique Pichón Riviere. Buenos Aires, Argentina. Otro exalumno de Lovaina que influyó en la izquierda de la Universidad Católica.

104 Entrevista a Carlos Montes.

105 Entrevista y diálogos con Rodrigo González, Ducan Livingstone (Las Cabras, enero, 2008), Alfonso Muga (rector de la UCV 2004-2010) y el profesor de arquitectura Juan Mastroantonio, quien reconoce el aporte renovador de la Escuela de Arquitectura, pero su rechazo a involucrarse en cambios sociales estructurales.

106 Para una mayor explicación del pensamiento autoritario del gremialismo, véase Esteban Valenzuela, «Chile duro», en La descentralización en Ecuador: opciones comparadas, ed. Fernando Carrión (Quito: FLACSO, 2007) 123-125.

107 José Joaquín Brunner se refiere a los elementos modernizadores de la reforma posteriormente censurados y parcialmente revertidos en dictadura: Brunner, La cultura autoritaria (Santiago: FLACSO-Universidad de Minnesota, 1983).

108 Una visión completa de las reformas universitarias; el rol de los mapucistas en la misma se encuentra en Manuel Antonio Garretón y Javier Martínez, Biblioteca del Movimiento Estudiantil, 5 volúmenes (Santiago: SUR, 1986).

109 Entrevista a Carlos Montes.

110 La hija de Fernando Castillo, Carmen, se incorporó al MIR.

111 Hélder Câmara, Universidad y revolución (Santiago: Ediciones Nueva

Universidad Católica de Chile, 1969).

112 Ibíd., 18.

113 «Dos caras de la toma de la Universidad Católica: Hernán Larraín y Miguel Ángel Solar», Revista Sábado, El Mercurio, 18 de agosto 2007, 28.

114 Testimonio de Adriana Sepúlveda.

115 <http://sites.google.com/a/cendachile.cl/cenda/Home/publicaciones/autores-invitados/miguel-angel-solar/las-reformas-continuan>.

Capítulo III

La espada de dos filos, Estado y poder popular. 1970-1973

Yo quiero decir ahora al compañero Presidente que no se equivocará jamás si espera algo del MAPU. Yo le digo al compañero Presidente: Puede afirmarse en este Partido, Presidente, seguro de su infinita lealtad, puede afirmarse, Presidente, en este Partido.

Rodrigo Ambrosio

, Discurso Estadio Nataniel, mayo 1971

¡A convertir la victoria en poder y el poder en construcción socialista!

Enrique Correa

el día del triunfo de Allende.

Utilizada por el MAPU como consigna durante el Gobierno Popular

La Unidad Popular y sus dilemas

El triunfo de Allende y su Unidad Popular (UP) fue el del primer presidente abiertamente «marxista» en las Américas que toma el poder tras ganar elecciones democráticas. Parte de la historiografía considera a la UP como el fracaso de una coalición desordenada con sectores que querían imponer la dictadura del proletariado[1]. El profesor Joan del Alcàzar hace una amplia valoración de los esfuerzos de Allende para transformar un país lleno de desigualdades, pero coincide en que hubo yerros en la izquierda que contribuyeron al triunfo de la dictadura, llevando al paroxismo la división continental entre un ala revolucionaria y otra republicano-reformista[2]. Al igual que la coalición de Allende, en todos los países, la división fue profunda entre quienes despreciaban la democracia calificándola de «burguesa» y apelaban a la lucha armada y los grupos socialdemócratas que apostaron al Parlamento acomodándose en la institucionalidad y descuidando las luchas sociales que promovieran mayores transformaciones. Del Alcàzar coincide con Tomás Moulian en el enorme influjo que tuvo la Revolución cubana para fortalecer las visiones antirreformistas, de la mano con cierta raíz católica del misticismo apologético del sacrificio expresado en este caso en los guerrilleros, el estancamiento económico y social del continente, y el extendido consenso cultural de la crisis del capitalismo[3]. Allende trata de hacer una

síntesis de ambas izquierdas, pero la polarización de estas al agudizarse el conflicto político llevan a su dramática división, que se expresa en el quiebre del MAPU en marzo de 1973.

El principal asesor de Allende, Joan Garcés, no esconde del todo la finalidad del proceso que se buscaba, al calificar la experiencia allendista como un caso de «táctica indirecta» hacia el socialismo, que obviaba la guerra civil, pero perseguía la superación del capitalismo y una sociedad hegemonizada por la clase trabajadora. La base consistía en incitar a la coexistencia de grupos sociales no antagónicos (unir clase trabajadora con medianos empresarios y profesionales), diferenciarse por estímulos y no por coerción (persistieron las libertades públicas), reestructurar la economía (hacer dominante el área estatal y minimizar el poder burgués), para facilitar el camino al «nuevo orden sociopolítico»[4].

Toda la izquierda mantiene esta ambigüedad con la democracia, como se reconocerá autocríticamente en el periodo de la renovación socialista (desde 1979). El propio Allende se declarará marxista-leninista en una entrevista con el periodista francés Regis Debray[5]. Esto coincide con el análisis de los documentos del PS, PC y MAPU, en los que se promueve la «vía chilena» dentro de los marcos institucionales, pero siempre como un instrumental en la transición al socialismo.

Más allá de la retórica y los documentos de la izquierda, el Gobierno de Allende respetó las libertades públicas, aunque los llamados «resquicios legales»[6] fueron cuestionados cuando sus leyes eran rechazadas por la mayoría opositora en el Congreso. A su vez, se actuó muchas veces de facto, sobrepasando el programa por la vía de alentar las tomas de fundos, empresas y terrenos, particularmente por parte de los activistas del MIR, el PS y el sector izquierdista del MAPU.

De acuerdo con la visión de Garcés, el sector dominante de la UP no quería la guerra civil y propiciaba la transformación desde dentro del mismo sistema político por el cual accedió al poder[7], pero la intervención del «imperialismo» y la falta de unidad en la dirección política de la izquierda hicieron desvanecer la coyuntura favorable de los primeros años.

La Unidad Popular había comenzado en forma auspiciosa, a pesar del atentado de un grupo ultraderechista contra el general René Schneider[8], comandante en jefe del Ejército, cometido con el fin de bloquear la ratificación de Allende por el Congreso Pleno en octubre de 1970. En 1971, la economía se reactiva (crece un 8 %), la izquierda obtiene un inédito 50 % de los votos en las municipales, Allende nacionaliza la gran minería del cobre con el acuerdo unánime del Congreso y las Fuerzas Armadas se mantienen leales al Gobierno.

Pero una parte importante del crecimiento era ficticio, como reconoce Garretón, subsecretario del poderoso Ministerio de Economía: «Realizamos emisión excesiva de moneda, altos reajustes de los salarios, lo que provocó desequilibrios

como la inflación y la alta demanda por consumo»[9]. Luego, la larga visita de Fidel Castro a fines de 1971, la exacerbación en las tomas y proyectos socializantes en la educación alejaron los acuerdos con la Democracia Cristiana y los sectores medios, que temían un tránsito del régimen hacia el comunismo, comenzando las duras movilizaciones contra la Unidad Popular en 1972.

En las buenas condiciones del primer año, según Garcés, la Unidad Popular debía vencer sus dos mayores escollos: a. la oposición del Congreso (mayoría opositora), ya fuese vía un referéndum para crear nuevas estructuras políticas y legitimar el programa de gobierno, y b. el boicot empresarial por la vía de la rápida creación de un área de propiedad estatal que sustentara la nueva economía como «medidas indispensables para instaurar los instrumentos de planificación capaces de contrarrestar a tiempo el sabotaje y la subversión impulsados por Estados Unidos y la derecha criolla»[10].

Después vendrán la polarización, los atentados, los problemas de abastecimiento y el Paro de Octubre de 1972, una larga huelga general empresarial y de gremios profesionales, a la que se suman algunos sindicatos y los transportistas, generando una grave crisis de escasez. En esa difícil situación, Allende llama a los militares a ingresar a su gabinete asumiendo ministerios claves. El presidente buscará mayor cohesión en la Unidad Popular, una dirección única en la izquierda que permita acuerdos con la DC y el llamado a un plebiscito. La oposición se endurece, fluyen millones de dólares de la CIA, la izquierda sobrepasa el programa, la UP se parte entre el PC que llama a evitar «la guerra civil» y los partidarios de la radicalización.

Los mapucistas son parte del drama. Como veremos, por una parte buscan ser protagonistas del «gobierno popular» contribuyendo a su eficacia, pero, por otra parte, asumen posiciones principistas y verbalizan a favor de un poder popular alternativo al Estado, lo que contribuye al desastre final. Para Garretón, con la distancia del tiempo, «el programa de la UP no solo fue mal implementado

—

inflación, estatización generalizada que agravó el abastecimiento

—

, sino un proyecto iluso en medio de la Guerra Fría, con los rusos sin dar apoyo efectivo y con EE. UU. actuando activamente para evitar que Chile fuera una segunda Cuba»[11].

El aporte del MAPU en el gobierno de la UP

En una mirada de mera sumatoria aritmética y mecánica, el MAPU fue clave para que Allende le ganara por poco más del 1 % al candidato derechista en 1970. La suma de los «rebeldes» se agrega a la izquierda y se resta a la DC, produciendo que Radomiro Tomic salga tercero con el 27,8 %, y que Allende sobrepase con el 36,2 % al 34,9 % de Jorge Alessandri[12]. Pero nada es conclusivo. De hecho, Allende obtiene en 1970 menos votos que en 1964 (40 %), aunque entonces la elección había estado entre él y Frei (como dijimos, la derecha se abstuvo en favor del postulante de la DC).

Joan Garcés califica el aporte del MAPU dentro de la categoría de votos de «sectores sociales medios» (Partido Radical, MAPU y los minúsculos partidos Agrupación Popular Independiente, API, y el socialdemócrata PSD[13]) que se suman a la Unidad Popular, ampliando el eje PC-PS. La única elección nacional medible ocurre en las parlamentarias de marzo de 1973, en las que el Partido Radical obtiene el 3,72 % y el MAPU el 2,53 %[14].

Más allá de los guarismos, es claro que el MAPU fue decisivo para restarle votos a la DC y sumárselos a la izquierda, aunque el resultado político haya sido problemático, ya que la escisión del poderoso partido centrista (que dio origen al MAPU en 1969 y a la Izquierda Cristiana en 1971) significó el retiro de los sectores pro acuerdo con la izquierda, dejando a la DC dominada por sus

sectores freístas, los que se harían del Partido desde 1972 y no tendrían limitaciones para adoptar una política favorable a la salida golpista. Patricio Aylwin, quien se reencontrará con la izquierda renovada y será electo presidente en 1990, reconoce que su coalición pensó que era inevitable que el país atravesara por un «lapso autoritario»[15]. El mismo expresidente Frei, justifica el Golpe invocando la «amenaza marxista-leninista» en una carta al líder mundial de la DC[16]. Según Carlos Montes, «el propio Rodrigo Ambrosio consideró un grave error la salida de los terceristas de la DC para crear la Izquierda Cristiana en 1971, ya que se cortaban los puentes con la dirección de dicho partido»[17]. Es decir, el MAPU, en vez de ampliar una mayoría social hacia la izquierda, habría ayudado a aislarla de su aliado natural en la especificidad chilena: la DC.

Pero eso es historia de lo que pudo ser. Lo concreto es que en 1970 los mapucistas se integran alegres y activos a la campaña de Allende, y es lo que rescatan en su memoria histórica cuando el MAPU se reunifica en 1985:

El MAPU aportó masas, renovación, mística, convocatoria ampliada, propuestas y valiosos cuadros a la izquierda chilena. La victoria popular de 1970 habría sido imposible sin el MAPU, y el presidente Allende jamás olvidó reconocerlo. Decirlo no es una soberbia o subestimación al aporte de otros a esa victoria de todos, sino una reafirmación de nuestro aporte a un movimiento popular que se hizo más reflejo integral del pueblo chileno con la presencia del MAPU en su seno[18].

Sin el MAPU, la alianza PS-PC se parecía al FRAP, el polo de izquierda tradicional, y no le bastaba sumar al Partido Radical, que venía decayendo electoralmente y se encontraba debilitado por las divisiones que se traducirían en la escisión de su ala de derecha (la Democracia Radical). «El MAPU le puso vertiente cristiana y olor a juventud a la izquierda», recuerda Alfredo Rodríguez, arquitecto de Valparaíso[19].

El MAPU ocupó roles medianos en la Unidad Popular (no compartimos la tesis

de Tironi de que el MAPU tuvo una participación significativa en relación con su peso electoral[20]). En los principales ministerios, son nominados militantes del Partido Socialista y del Partido Comunista y, en tercer lugar, los radicales que tienen una mayor presencia parlamentaria. Pero el MAPU logra un puesto clave: agudizar la reforma agraria con Jacques Chonchol como ministro de Agricultura. José Antonio Viera-Gallo es designado subsecretario de Justicia y, tras arduas negociaciones con el propio Allende, los mapucistas consiguen la designación de Garretón como subsecretario de Economía: «Era el ministerio clave para la conducción del proceso expropiatorio de los 91 monopolios y así poder hacer real un estudio que había realizado con Jaime Cisterna. En él, describíamos con detalle la realidad de las industrias y servicios claves. Fue nuestro aporte al Programa de las 40 medidas y no podíamos quedar abajo», ratifica el propio Óscar Guillermo Garretón[21].

Desde ahí, los mapucistas se convierten en una suerte de tecnocracia revolucionaria que ejecuta las expropiaciones vía «interventores» de bancos y empresas que van engrosando el área estatal. El aliado de Garretón fue Fernando Flores, quien, de directivo de la Corporación de Fomento (CORFO) pasó a ser ministro de Hacienda y luego de Gobierno en el último año de la UP. Entre las mujeres, destacó Carmen Gloria Aguayo, a cargo de Desarrollo Social. René Aucapán asumió la Dirección de Asuntos Indígenas. También designaron intendentes y gobernadores del MAPU en algunas provincias y departamentos[22]. En un posterior ajuste ministerial, el doctor Juan Carlos Concha (que tras el golpe, ingresa al PC) será nombrado ministro de Salud.

La opción por la revolución y la definición marxista es temprana. En el congreso de 1970 desarrollado en la Universidad Técnica del Estado, Rodrigo Ambrosio vence a Chonchol y su opción por un partido cristiano comunitarista: «Los jóvenes, dirigentes campesinos y sindicalistas, buscan asumir las herramientas del marxismo como instrumento de análisis de la realidad»[23].

Según Carlos Montes, el MAPU buscó la radicalización temprana del proceso ya que estaba por una tesis de «frente de trabajadores», no obstante aceptar la idea

más amplia de «unidad popular»: «Nos unimos al PS para colocar en el Programa de las Cuarenta Medidas la meta de expropiar cien monopolios, lo que no era propiciado por el PC, partidario del gradualismo y de fortalecer los sindicatos»[24].

Oraciones por Marx y quiebre: nace la Izquierda Cristiana

El MAPU es un partido del gobierno y de la sociedad, de la transformación del Estado y de la construcción del poder popular desde abajo. La teoría de la «espada de dos filos», como llamaría Rodrigo Ambrosio a la estrategia revolucionaria y foco de la nueva organización, consistía en aprovechar el Estado burgués, pero generando poder popular desde abajo[25]. De hecho, el propio Ambrosio no es llamado a ocupar roles significativos, tiene dificultades laborales y debe enseñar en la Universidad de Concepción.

La rápida «leninización» del MAPU es innegable en los documentos que emanan del Primer Congreso: «(la tarea) es hacer del MAPU una organización de cuadros, proletaria y revolucionaria, ligada estrechamente a la clase obrera, al campesinado y demás capas explotadas del pueblo»[26]. Montes niega este análisis, señalando que el MAPU fue antisoviético y propició un uso plural del marxismo: «Nuestra generación estuvo contra la invasión comunista a Praga. Tanto Ambrosio como Kalky Glausser, el redactor principal de los documentos de análisis, como la mayoría de la dirección, propiciaban aprender de distintas vertientes marxistas para hacer un análisis propio de la realidad, mientras Enrique Correa y Eduardo Aquevedo tuvieron visiones más ortodoxas»[27].

Etcheberry cita declaraciones de estos dirigentes. Aquevedo, jefe del MAPU en Concepción, manifestó tras el congreso que «la militancia asimila y practica cada vez más y mejor las enseñanzas fundamentales de la teoría proletaria y

revolucionaria por excelencia: el marxismo leninismo»[28]. Mientras, Correa sentenció que «el MAPU no es un movimiento cristiano de izquierda, sino que un nuevo grupo marxista leninista»[29].

Los mapucistas hacen sus relecturas, pero los textos están allí. Por ejemplo, Jaime Gazmuri, quien para la historia quedó como el líder del sector moderado del MAPU-OC

—

aquellos que apoyaban la vía «chilena al socialismo» respaldada por el PC y Allende

—

, a comienzos del año 1970 no descartaba la defensa armada de la revolución: «Creemos que los trabajadores, aun cuando la Unidad Popular triunfe en la elección de 1970, deben estar preparados para enfrentar mediante todas las formas de lucha

—

incluso la armada

—

la reacción de la burguesía y el imperialismo»[30].

Es decir, el núcleo fundacional de los dirigentes jóvenes del MAPU apuntaba a esta radicalización revolucionaria y modernizante que concluiría en una vanguardia única, alejada de la idea de originalidad o aporte específico desde su origen socialcristiano de izquierda. Es la leninización de toda la izquierda que tiene su paradigma en el Manual sobre materialismo histórico de Marta Harnecker[31], la compañera de ruta de Rodrigo Ambrosio por Francia en su acercamiento al marxismo por la vía de Althusser, quien devendrá en defensora creciente de la ortodoxia. El «endiosamiento con la verdad» caracterizaría a los

militantes de izquierda como subcultura, según el decir posterior de unos de sus intelectuales más influyentes, Eugenio Tironi[32].

Las definiciones marxistas del Primer Congreso y el triunfo categórico de Ambrosio sobre Alberto Jerez por la secretaría general del MAPU (candidato de los comunitaristas de Chonchol y Gumucio) son la antesala del quiebre que dará origen a la Izquierda Cristiana (IC), donde se unen a fines de 1971 tanto cristianos del MAPU como buena parte de la línea tercerista de la Democracia Cristiana, encabezados por Luis Maira y Bosco Parra. Ya en mayo de 1971, los comunitaristas le habían escrito a Rodrigo Ambrosio que «respetaban a los cristianos que militaban en un partido marxista», pero que ellos aspiraban a una «izquierda de inspiración cristiana y humanista». Son duros en su carta con el líder del MAPU:

Para muchos jóvenes del MAPU y para usted mismo, compañero Ambrosio, somos un partido leninista. Con ello deja atrás lo planteado en el principal documento teórico del movimiento que al formarse el MAPU señaló que este hacía suyo los valores revolucionarios que el cristianismo como fuerza cultural incorporó al mundo[33].

Ambrosio responde en agosto, con un dejo de ironía, que la nueva Izquierda Cristiana ayudará a disputarle la clase media a la Democracia Cristiana: «[La IC]permite recuperar para el movimiento popular a elementos de la burguesía que se han quedado retrasados»[34]. En su origen, la IC rescata la especificidad cristiana que se evapora en el MAPU: «Creemos que la incorporación masiva de los sectores populares cristianos a la lucha por la construcción socialista requiere una izquierda de inspiración cristiana y humanista»[35].

Joan Garcés, y entendemos que probablemente Allende, consideró un error la salida del sector tercerista de la Democracia Cristiana, ya que ello profundizaría los sectores antisocialistas y duros con Allende que representaban Eduardo Frei y Patricio Aylwin, aislando a dirigentes dialogantes con el gobierno del ala

progresista, como Renán Fuentealba (uno de los firmantes de la declaración de dirigentes democratacristianos contra el golpe el 13 de septiembre). Carlos Montes, y no tenemos certeza de que su visión de hoy sea la que tuvo entonces, asegura que el MAPU no propició la creación de la IC por las mismas razones: «Habíamos dejado atrás la tesis del frente de trabajadores de 1970 y aspirábamos a la unidad del pueblo, por lo cual no compartimos la idea de la Izquierda Cristiana porque nos aislaba aún más de la DC»[36]. Desde la militancia intermedia, René Aucapán describe cómo Enrique Correa, quien provenía de la DC al igual que él, insistió en hacer del MAPU una vanguardia marxista:

No nos resultaba un espanto que alguien en el MAPU dijera que este partido lo necesitábamos marxista, clasista, revolucionario y otro respondiera sí, pero resulta que nosotros venimos de una corriente cristiana. El mismo Enrique Correa decía que cuando un médico atiende a un paciente, no le pregunta si es cristiano o no: necesita intervenirlo y aplica la ciencia. Yo creo que hubo sectores en el MAPU naciente que cargaron la mata[37], la intención de concretar un partido en esos términos declaratorios de marxista-leninista. Fue un arranque, si uno lo mira así, para buscar una competencia con los viejos partidos marxistas en Chile[38].

No todos los católicos se van del MAPU, pero la identidad cristiana queda resentida, diluida en un partido que se marxistizó y cuyos líderes comenzaron a hablar de ser vanguardia proletaria. La historiadora Cristina Moyano considera que este quiebre del año 1971 fue más cupular, pues pocos militantes siguieron a los comunitaristas, pero que tuvo un fuerte impacto, sobre todo en los diarios conservadores, El Mercurio y La Tercera, que aprovecharon de enfatizar el rol del quiebre del MAPU y no el de la nueva división de la DC en la creación de la Izquierda Cristiana. El MAPU queda sin parlamentarios y se acrecienta su imagen de partido juvenil, eje de la tesis de la historiadora, quien agrega que para Ambrosio era explícito el deseo de sacudir a sus militantes del cristianismo y hacerlos marxistas[39]. Moulian sintetiza esta renegación del cristianismo como identidad:

Lo interesante es que inmediatamente después de su paso a la izquierda, el nuevo partido trató de olvidar su tradición teórica y cultural cristiana. Desde sus mismos orígenes, los sectores mayoritarios impusieron al marxismo como la principal referencia teórica. Existía un deseo de exorcizar el pasado que revelaba la percepción de que, para pertenecer plenamente al mundo de la izquierda, era necesario adherir al marxismo[40].

Rodrigo Ambrosio fue duro y hubo cuestiones de protagonismo y poder. Los comunitaristas se vieron desplazados y rompieron. El militante de la Izquierda Cristiana, Mario Rosales, recuerda que consideró muy maniqueo al MAPU y más ingenua la generación de la Izquierda Cristiana (IC), que se identifica con una bandera celeste y letras en rojo:

Rechazo la tendencia marxista a dividir el mundo entre proletarios y capitalistas, buenos y malos, lo que no va con mi sentido común. Creo que esa concepción tiene un error básico: pretender que un buen fin justifica cualquier medio y que la conquista del poder avala el maquiavelismo. Ésa es, creo, la diferencia básica entre la eficaz generación MAPU y la ingenua generación IC[41].

En el MAPU siguieron muchos cristianos, aunque sin la pretensión de ser un partido confesional, cuestión que estaba en los genes de católicos sociales como Gumucio y Silva Solar. De hecho, el propio Ambrosio mantuvo un discurso de apertura a los cristianos, de acuerdo con su propósito de buscar la síntesis de expresiones revolucionarias nuevas que debían converger en un «movimiento unitario». Pero lo hizo con adjetivo: cristianos revolucionarios, no beatos. Así se expresa en el acto de aniversario del MAPU en 1971: «Este no será jamás un partido de beatos, no será jamás un partido de sacristía, pero aquí tienen cabida los verdaderos y auténticos cristianos revolucionarios de nuestro país»[42].

Uno de los sacerdotes que siguieron militando en el MAPU (como dirigente del Regional Sur), fue el agrónomo y economista jesuita Gonzalo Arroyo, quien como se explicó, llegó a ser el coordinador general del Movimiento de

Cristianos por el Socialismo junto con otros sacerdotes como Martín Gárate, Pablo Richards, Ronaldo Muñoz, Pablo Fontaine y Esteban Gumucio (estos últimos siguieron muy cercanos a dirigentes del MAPU en la zona Santa Rosa-La Granja del sur de Santiago). Arroyo declaró que «el socialismo es el único medio para salir del subdesarrollo»[43], de modo que el jesuita se quedó en el MAPU porque le interesaba el diálogo con los marxistas en una misma organización, a diferencia de la opción purista que significaba la Izquierda Cristiana. Esta es la conclusión de Teresa Donoso: «La originalidad del MAPU, en el cual militan conjuntamente muchos cristianos y muchos marxistas, es la experiencia de una colaboración entre unos y otros»[44].

El padre Arroyo, mucho más tarde, a la edad de ochenta y dos años, reconoce que trabajó con ambos, mapucistas e izquierdistas cristianos, desde su radicalización tras haber estudiado Economía Agraria en Iowa y Teología en Lovaina:

Aquí estaba todo en rojo. Estaba Frei (1964). En ese tiempo, yo ayudé mucho en la reforma agraria que hicieron los obispos, Monseñor Manuel Larraín Errázuriz, de Talca y también Raúl Silva Henríquez, Arzobispo de Santiago. También comencé a escribir en la revista Mensaje, fundada por el Padre Hurtado. En el CIAS, que funcionaba en la comunidad Centro Bellarmino, yo estaba encargado de los temas de la reforma agraria. Cada uno estuvo a cargo de ciertas disciplinas en este centro, que tuvo mucha importancia porque contribuyó a la reforma agraria y también a generar cambios en la Iglesia Chilena en el tiempo postconciliar. En el periodo de Frei Montalva, la izquierda se puso más activa, y salió una buena parte de la Democracia Cristiana para formar el MAPU. Anduve mucho con esos muchachos en esa época, y posteriormente también con los de la Izquierda Cristiana[45].

Pero fueron cientos los que, tras el Golpe, se reencontraron con la Iglesia en la persecución. De hecho, el propio MAPU se identificó como fuerza socialista de raíz cristiana en sus definiciones a favor de la renovación y unidad socialista durante los años ochenta, donde nuevos contingentes de católicos de izquierda

ingresaron a sus filas.

Las reticencias siguieron entre el MAPU y la IC, aunque ambos compartirán el camino de la renovación socialista, a pesar de que no haya sido posible reunificarlos para construir una fuerza que uniera socialismo y cristianismo en forma explícita.

La opción proletaria

Los mapucistas buscaron inserción social concreta: no querían ser considerados un partido de «pequeños burgueses» o «pijes»[46] universitarios. Esta intención venía desde la época de la DC, cuando muchos de ellos trabajaron como profesionales de la reforma agraria. No todos provenían de familias de alcurnia, sino que muchos pertenecían a la clase media provinciana y eran hijos de profesores, empleados o pequeños empresarios. Enrique Correa, por ejemplo, venía de Ovalle y vivió en el Pensionado Cardenal Caro de la Iglesia en Santiago para estudiantes de pocos recursos. Fernando Flores era hijo de un maquinista de Talca, su madre tenía una pequeña barraca. Garretón y Gazmuri eran «deserciones» de clase media-alta.

El MAPU quería ser un partido de trabajadores, campesinos, obreros, mujeres y mapuches. El complejo de «estar con el pueblo» existió y la sacralización de lo popular en la izquierda fue tan real como la gran marginalidad de campesinos en el sistema de latifundio o las poblaciones callampas que se multiplicaron por las ciudades chilenas con la explosión demográfica y la migración a la ciudad que vivió Chile desde los cincuenta.

Gastón Rojas, quien provenía de una familia de medianos comerciantes de Buin, treinta kilómetros al sur de Santiago, recuerda que «me sensibilizaron los

campamentos en el lecho del Río Maipo que en muchos inviernos fueron arrastrados por las crecidas. Allí hicimos ayuda social, trabajo político y convivencia con los marginales»[47]. Ricardo Sazo reconoce que las bases campesinas y populares eran débiles pero simbólicamente importantes: «Teníamos un sindicato en San Vicente de Tagua-Tagua que lo afiliamos a la Confederación Unión Obrero Campesina. Era nuestro orgullo, al igual que el tesorero del regional, el obrero mapuche Alamiro Caneo, quien le daba el componente de clase a la dirección en Rancagua»[48].

La inserción sindical del MAPU es acotada en comparación con la fuerte presencia del PC y el crecimiento del PS en los sindicatos. Sin embargo, tiene una presencia destacada en el cordón industrial Vicuña Mackenna, de donde proviene Arturo Martínez, presidente de la Central Unitaria de Trabajadores desde 1998 y quien fuera dirigente mapucista en una empresa de envases plásticos del sector sur de Santiago. También en la zona de Maipú, en Concepción y Valparaíso. Gonzalo Ojeda recuerda que el MAPU creció de quinientos a diez mil militantes en el país, y que en la zona de Valparaíso-Viña del Mar creó el Centro de

Estudios Laborales que habría llegado a tener influencia en doscientos cincuenta sindicatos (desde los veinticinco en 1970)[49].

Manuel Castells cuantifica el peso de los partidos políticos en las elecciones de la Central Unitaria de Trabajadores de 1972. El MAPU no tiene casi presencia en los «empleados» (146 000 votantes), pero sus dirigentes obtienen 22 000 votos con el 7 % de los 300 000 obreros que participan en las elecciones[50]. El PC obtiene el 38 %, el PS el 32 % y la Democracia Cristiana el 16 %. El 7 % de los mapucistas muestra una presencia mediana, siendo minoritarios los radicales y miristas con el 1 %, e inexistente el Partido Nacional de la derecha. Rodrigo Ambrosio enfatizó la vocación por lo sindical y lo revolucionario que impregnara al MAPU:

Recogiendo la alegría que yo, por ejemplo, personalmente recogí en la fábrica Caupolicán de Renca la semana pasada o en la reunión con dos mil compañeros

de Hirmas en su sindicato, la alegría profunda por el hecho de que de una manera nueva, distinta, por voluntad de aplicar el Programa con consecuencia, la alegría porque esta semana se haya completado la construcción del área de propiedad social en la industria textil, expropiando Oveja-Tomé, expropiando Hirmas, expropiando Said, expropiando Sumar y expropiando a Yarur»[51].

Al revisar la lista de los cuarenta mapucistas asesinados tras el Golpe, se descubren dirigentes sindicales en Laja y San Antonio. Muchas veces, el vínculo sindical del partido se creaba porque el joven «interventor» de la empresa era un cuadro político del MAPU

—

ingeniero o economista

—

, el cual comenzaba a crear un Grupo de Acción Popular (GAP), relata Carlos Montes[52]. El propio dirigente reconoce que más que un partido de nuevas capas de obreros «fuimos una red de activistas comprometidos para el mundo popular, aunque no su expresión política»[53]. Ricardo Sazo, del MAPU de Rancagua, reconoce que casi no tenían inserción popular, por lo cual menciona al tesorero, que era un obrero de origen mapuche, con orgullo, porque «al MAPU le gustaba tener obreros y campesinos»[54].

El MAPU en la radicalización económica: el sueño estatista

En las entrevistas y conversaciones con líderes del MAPU con responsabilidades en la conducción económica de la UP, las conclusiones son categóricas respecto a los errores de fondo: programa radical, desprecio por la propiedad privada, voluntarismo, falta de preparación. Desde el inicio, el MAPU quedó como segundo en la conducción económica, en una mezcla de azar y valoración por el

aire de tecnócratas de la Universidad Católica que traían él y Fernando Flores, que se hace cargo del clave programa de apoyo a las empresas estatales de la Corporación de Fomento de la Producción.

La historia es casi un azar para Óscar Guillermo Garretón: simpatizaba con la Democracia Cristiana y en sus primeros trabajos como economista egresado de la Universidad Católica, conoce en el Servicio de Cooperación Técnica (SERCOTEC) al sociólogo Tomás Moulian, quien trabajaba en proyectos de empresas de trabajadores, y lo convence de ingresar al MAPU. También, cierta casualidad lo llevó a ser viceministro, debido a las dificultades de Allende para culminar el cuoteo de los principales cargos ministeriales con los partidos de la UP:

Lo que pasa es que, al final, el Ministerio de Economía era lo que es Hacienda de hoy, era el que dirigía la política económica. Pedro Vuskovic[55] fue ministro gracias al MAPU, porque cuando vino la discusión de la repartición de los cargos, al MAPU le tocó Agricultura y Justicia, pero llegamos a la conclusión de que no teníamos a nadie para ministro de Justicia, fuimos a hablar con Allende para devolver el cargo y se produjo un trueque, Vuskovic a Economía y un representante del API[56] en Justicia, y no era discutido que yo fuera el subsecretario de Economía porque ya tenía mi prestigio porque estuve en la discusión del programa de la UP, en que se produjo por primera vez un intercambio y la comunicación entre los que veníamos a la Izquierda de la DC con el PC, el PS, el PR[57].

Garretón fue nombrado subsecretario de Economía, cargo que desempeñó hasta asumir la dirección del MAPU a fines del año 1972. Reconoce que el programa de la UP fue radicalizado por ellos con el convencimiento de que había que generar una fuerte área de propiedad estatal, cuestión que él venía trabajando desde fines del gobierno de Frei, cuando realizó análisis de las empresas. Garretón da cuenta de su temprana ensoñación con sacar a Chile de la pobreza por la vía de afectar grupos económicos e impulsar una fuerte área de propiedad estatal, vinculado a los sectores progresistas de la DC que levantaban la

candidatura presidencial de Radomiro Tomic[58]:

Iniciamos el programa de Tomic y después seguimos con el de Allende. Yo hice el estudio de las 91 empresas, que inicialmente era para el programa de Tomic: sobre el proceso de decisión de las grandes empresas, seleccionamos a las mayores empresas de todos los sectores económicos, analizamos sus características y después los cruces de directorios, los grupos económicos que existían, etc., y ese estudio sirvió después de base para lo que hizo Fernando Dhase[59] (sobre concentración de la riqueza) y luego para el programa de gobierno. Todos hablaban de la lista de las 91 empresas, lo que daba sustento a la idea de impulsar tres áreas de propiedad del programa de Allende (privada, mixta y estatal)… Fuimos más radicales que el PC[60].

Óscar Garretón fue un vendaval como líder del MAPU y subsecretario de Economía. Así se deduce de la entrevista que otorgó en junio de 1972 a Andrés Kramer, que tenía una marcada tendencia al debate doctrinal y conceptual, tras su traumático paso por Checoslovaquia en 1968, cuando los tanques soviéticos aplastaron los intentos de Dubcek de construir el socialismo con rostro humano, compatibilizando democracia y socialismo, como el sueño de Allende. Kramer, impertinente, le pregunta por la carestía de víveres y por la contradicción entre teoría y práctica. Garretón se exaspera, le reprocha y responde firme, como quien tiene la certeza de la historia, numerando todo, como si la realidad pudiese ser una ecuación. Es el hombre del tiempo metafísico de la revolución y el marxismo, muy distinto al Garretón de la derrota y las dudas que lo llevan a la renovación, y sideralmente distinto al representante de Telefónica de España en la democracia postpinochetista.

Este gobierno se ha propuesto dos metas: transformar la economía para terminar con los principales enemigos de nuestro pueblo: el imperialismo, la burguesía monopólica y el latifundio […]. El segundo objetivo es responder a las necesidades más urgentes de la población. Tenemos problemas de divisas, desabastecimiento y de precios […]. El problema de las divisas se debe a tres razones: la baja del precio del cobre en el mercado internacional, la distribución

regresiva del ingreso y los costos del proceso político: nacionalizar el cobre, responder a las agresiones de la ITT[61], no es algo que se haga sin costos[62].

La entrevista revela, a su vez, que Garretón no fue ningún socialista autárquico fuera del mundo. Frente a la pregunta de si un país subdesarrollado puede mantenerse fuera de los grandes bloques, responde que es imposible ser autosuficiente: «sería estar fuera de la historia»[63]. Asimismo, cuando le inquieren acerca de la ley de la oferta y la demanda y de la subsistencia de formas de capitalismo, la respuesta de Garretón muestra, con ironía, elementos de realismo inequívocos:

Por muy legalista que sea el país, nadie cree que se pueda derogar la ley de la oferta y la demanda. Está claro: mientras existan gérmenes de formas mercantiles de economía y, si estos existen todavía en países socialistas como la Unión Soviética, con mayor razón existen en Chile, donde estamos comenzando un proceso de transición al socialismo […]. La planificación no es sinónimo de socialismo, está en todo los países […]. Nosotros estamos dispuestos a dejar un amplio margen para operar a los pequeños y medianos productores. Vamos a pasar al Área de Propiedad Social 90 industrias de más de 35 000 que existen[64].

En la izquierda chilena, durante toda la década del sesenta, se incubó la idea de romper los monopolios y el poder de los grupos económicos. El futuro presidente Ricardo Lagos, entonces un joven profesor de Derecho de la Universidad de Chile, con estudios de Economía en la Universidad de Duke, logra siete ediciones de su libro La concentración del poder económico[65]. Lagos cita a autores y leyes norteamericanas contra los monopolios (como la ley Clayton que prohibió los directorios integrados entre empresas industriales y bancarias). Al regresar de Duke, Lagos describe detalladamente, en el año 1961, los cincuenta más importantes grupos económicos chilenos. El libro cuenta con el prólogo de Alberto Baltra, economista del Partido Radical y cita a Aníbal Pinto, otro economista que, junto con Jorge Ahumada (En vez de la miseria) y Felipe Herrera (el promotor del Banco Interamericano de Desarrollo, BID), apoyó las tesis cepalianas que proponían impulsar una fuerte área estatal que

dinamizara la economía y rompiera los monopolios. Esas voces fueron elegantes y recatadas instigadoras de los revolucionarios de 1970. Óscar Garretón tuvo el libro de Lagos en su biblioteca, cruzó datos, tachó empresas y actualizó la lista de los principales monopolios que había que atacar. Montes ratifica la influencia del MAPU en el programa de la UP: «Nos metimos a lo programático e impusimos una mayor estatización, aunque los comunistas la encontraban irrealista»[66].

Los mapucistas asocian la modernización con una fuerte área de propiedad social. No lo hacen por odio y resentimiento, es la época; el socialismo es considerado el modelo para salir del atraso y dar un salto cualitativo. El propio presidente Salvador Allende refrenda dicha concepción en su primera cuenta pública al Congreso en mayo de 1971, bajo el acápite Nuestro camino al socialismo:

Científica y tecnológicamente hace tiempo que es posible crear sistemas productivos para asegurar a todos los bienes fundamentales que hoy disfrutan las minorías. Lo que impide realizar los ideales es el modo de ordenación de la sociedad, es la naturaleza de los intereses que la rigieron hasta ahora […]. Nuestra tarea es definir y poner en práctica, como la vía chilena al socialismo, un nuevo modelo de Estado, de economía y sociedad[67].

Pero, a reglón seguido, el presidente y sus cercanos asesores (se dice que Joan Gracés redactaba los discursos) envían un explícito recado a los izquierdistas (incluyendo a los del MAPU) para que respeten el programa, exista orden en el Gobierno y se consolide su modelo de construcción pacífica del socialismo:

Solo podremos cumplirlo [el programa] a condición de no desbordar ni alejarnos de nuestra tarea […]. Si olvidásemos las condiciones concretas de que partimos, pretendiendo crear aquí y ahora algo que exceda nuestras posibilidades, también fracasaríamos[68].

Allende está en su mejor momento, incluso líderes opositores, como el demócrata cristiano Patricio Aylwin, califican de «positivo»[69] el primer balance de la UP. Es un tiempo en que se implementa la reforma agraria, se negocian con las empresas las estatizaciones, se logran acuerdos en el Congreso para votar unánimemente la del cobre. Después vendrán las pesadillas del boicot y el desorden de la izquierda que desoye y comienza a sobrepasar los límites. Lo reconoce Tomás Moulian, quien además apunta a la advertencia de Allende: evitar la lógica izquierdista que se la jugaría por desbordar ampliando las estatizaciones:

La Unidad Popular no representó la realización de una línea de profundización democrática sino el intento de desbordar rápidamente esa línea para caminar por el sendero más corto hacia el socialismo. La obsesiva creencia en la actualidad inmediata del socialismo tomó diversas formas, pero siempre estuvo presente. A veces la consigna de ampliar el área de propiedad social; otras veces, la toma del poder, el asalto militar del Estado[70].

A los mapucistas, con más mito que realidad, los persigue la idea de que fueron muy influyentes en la estatización de empresas con poder discrecional, especialmente mediante un mejor trato a los tradicionales grupos de líderes empresariales emigrantes, Andrónico Luksic (croata) y Anacleto Angellini (italiano), quienes se mostraron más pragmáticos y buscaron un entendimiento con la UP. Garretón desmiente haber mantenido relaciones con Angellini, pero reconoce haberse vinculado con Luksic y con los «Pirañas», a quienes conocía desde la Universidad Católica, en las personas de Javier Vial y Manuel Cruzat, que luego, en dictadura, crearon un grupo económico que creció explosivamente para luego destruirse en la feroz crisis financiera de 1982-1983, que los llevó a la cárcel:

Con Angelini yo no tuve ninguna relación, puede que la haya tenido Flores. A mí me tocaron dos grupos: los Luksic y los Pirañas (era una asociación que estaba Javier Vial con Cruzat, era un grupo muy moderno, muy dinámicos). Yo negocié

con esos dos. Nosotros estábamos separando lo que se expropiaba, pero no era una negociación oscura. Ellos tuvieron voluntad de negociar. Yo con Javier Vial fuimos súper amigos hasta que murió, y la verdad es que eso era muy mal mirado en ese tiempo porque estuvo preso[71]. Éramos súper hiperkinéticos, mientras que Cruzat (Manuel) era sistemático. Javier era volado, pero genial dentro de su voladura. Ambos negociaron. Luksic, que era más formal, también negoció. Yo creo que es de los empresarios chilenos que ha tenido siempre una política hacia el Estado más aguda, mientras los demás hacen gala de su abominación del Estado. Luksic[72] entiende que es un actor del cual no puede prescindir, con el cual puede discrepar, pero con el que se tiene que entender[73].

No son tantos los mapucistas que fueron interventores

—

como Eugenio Ruiz Tagle y Alejandro Bahamóndez

—

, pero sí los que apoyaron a campesinos y sindicatos que desbordaron el programa y se tomaron numerosas empresas. El pragmatismo negociador de Flores no fue la tónica. Por su parte, Garretón y Montes, que creían ciegamente en las estatizaciones, celebraron las tomas y el fortalecimiento de los cordones industriales donde se construía la nueva economía, la nueva correlación de fuerzas; la esencia del socialismo. Mucho después, sobre todo Garretón, se arrepentiría de su desprecio por el orden macroeconómico.

Las modernizaciones mapucistas

Más allá del fracaso económico de la Unidad Popular, en esa mezcla de mala conducción, populismo y a su vez fuerte boicot norteamericano y patronal, se deben rescatar los indudables elementos de innovación que ayudaron a procesos de largo plazo en Chile, que ni la propia dictadura pudo revertir del todo, como

fue la reforma agraria, la modernización universitaria y los intentos de automatización de sectores productivos. Dichos procesos, por cierto, no fueron obra exclusiva de mapucistas, pero el MAPU tuvo en ellos influencia y decisión. Es decir, no solo pregonó la revolución, sino que intentó impulsar las modernizaciones necesarias para sacar a Chile del atraso: el rezago en el agro dominado por el latifundio, el tradicionalismo cerrado de las universidades y la falta de innovación en empresas protegidas por el modelo de sustitución de importaciones.

Los mapucistas formaron parte significativa de la tecnocracia universitaria reformista en las universidades católicas, pero también en la Universidad Santa María, la Universidad de Chile y sus sedes regionales, así como en la Universidad de Concepción. Los académicos vinculados al MAPU fueron esenciales para profundizar las opciones modernizadoras de dicho proceso: creación de carreras con mallas curriculares más diversas e integradas, multiplicación de centros de estudios vinculados a la realidad nacional con «investigación aplicada y comprometida»[74], intentos de masificación de la universidad (se crean sedes y programas para obreros), y el modelo participativo que daba poder de cogobierno a los tres estamentos (académicos, funcionarios y estudiantes). En los cargos claves de la rectoría de la Universidad Católica, tendrán un rol protagónico Manuel Antonio Garretón y José Joaquín Brunner. Después, el gremialismo de Jaime Guzmán, grupo dominante de ideólogos del régimen militar, descalificará la reforma como un «proceso de hiperpolitización de los cuerpos intermedios de la sociedad», los que, a su juicio, debieran estar descontaminados de la política partidista[75]. Sin embargo, se ha construido con el tiempo el consenso de «que fuimos claves para poner a la universidad al día de los cambios mundiales»[76].

El otro cambio relevante en la sociedad chilena, vinculado al MAPU, es la reforma agraria, que estuvo dominada en su diseño por futuros fundadores del MAPU, como Jacques Chonchol, quien trabajó para persuadir a Frei de su importancia, junto con el futuro senador DC Rafael Moreno. El Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP) y la Corporación de Reforma Agraria (CORA) fueron el origen y espacio profesional de muchos de sus líderes como Jaime Gazmuri y Alejandro Bell, al igual que en provincias, como Rancagua,

donde muchos de sus cuadros participaron como «delegados de la reforma»[77].

Desde los círculos conservadores, esta reforma es presentada como un fracaso porque no aumentó la producción agrícola, y como la cuna del extremismo político e ideológico de la izquierda. Desde la izquierda, en cambio, es ensalzada. Una opinión más neutral es la del profesor William Thiesenhusen del Land Tenure Center de la Universidad de Wisconsin, institución que trabajó en la reforma en Chile en los sesenta y setenta. Thiesenhusen concluye que el proceso es paradojal porque se necesitaba la reforma agraria para dinamizar la producción, pero que sus resultados fueron pobres por la falta de asistencia técnica, normalidad política y exceso de ideología al fomentar los asentamientos colectivos en vez de parcelas individuales, que es el modelo que funciona bien en la experiencia comparada[78].

Para el caso chileno, Thiesenhusen considera un grave error la idea de «propiedad comunitaria» (asentamientos) que se impulsó en la Unidad Popular, pues habría retrasado una mayor productividad. Sin embargo, concluye que, incluso en ese periodo, los rindes agrícolas se mantuvieron estables y que, sin duda, la reforma fue un proceso positivo que terminó con el latifundio y obligó a industrializar y pagar salarios, formalizando un sector con relaciones paternales-feudales. De hecho, la dictadura de Pinochet devolvió una parte de los fundos a sus antiguos dueños, pero en la mayoría de los casos se optó por dar títulos individuales de propiedad a los campesinos, proceso impensable sin la reforma agraria impulsada con pasión por muchos activistas y técnicos del MAPU.

Otro ejemplo del impulso modernizante y vanguardista de los «tecnócratas revolucionarios» mapucistas es el intento de acrecentar la producción con una amplia área de propiedad estatal, la que debía dotarse de elementos modernos para mejorar la productividad, incluyendo la informática. Sus resultados son un desastre en medio del desbarajuste económico, ya que resultaba imposible estatizar con tamaña intensidad, en medio de los paros empresariales, el boicot americano y la falta de cuadros gerenciales: «Fue nuestra errada fe en el área estatal y en violentar el derecho a propiedad con la intensidad que lo hicimos, sin

distinguir la diferencia entre mercado y capitalismo», evalúa el exministro Fernando Flores[79].

El mismo Flores, sin embargo, intentó optimizar la «batalla por la producción», buscando informatizar en red las empresas públicas desde la CORFO, algo que el New York Times calificó como «el software para el socialismo»[80]. Flores, junto con el ingeniero Raúl Espejo y el diseñador industrial mapucista Rodrigo Walker, busca crear un sistema informático en red vía télex que permitiera a un computador IBM recibir información de la actividad de las industrias y despachar órdenes de producción con la mayor instantaneidad posible:

En 1971, durante el gobierno del presidente Salvador Allende, se comienza a desarrollar en Chile un innovador sistema cibernético de gestión y transferencia de información. El proyecto se llamó Cybersyn, sinergia cibernética, o Synco, sistema de información y control. En 1970, Fernando Flores fue nombrado director general técnico de CORFO. Conocía las teorías y las soluciones propuestas por el británico Stafford Beer […]. El golpe frustró uno de los proyectos políticos y cibernéticos más avanzados en el mundo[81].

Allende recibe al equipo de mapucistas con el inglés Beer, se construye la sala cibernética de control del sector estatal, pero el Golpe impide la implementación operativa del sistema. Sin embargo, el proyecto Synco quedó como parte de la idea racionalista de coordinar al sector público en un sistema de planificación centralizada.

Las pesadillas de 1972: de la muerte de Ambrosio al Paro de Octubre

El año 1971 fue promisorio para la Unidad Popular: la economía se expandió

dos dígitos, crecieron los salarios reales, Allende logra el consenso del Congreso para la ley de nacionalización de los grandes yacimientos de cobre y la Unidad Popular logra el 49 % en las elecciones municipales, máximo histórico del siglo de participación electoral izquierdista en Chile[82]. Sin embargo, también comienza la inflación producto de los reajustes salariales vía emisión de moneda, la reacción derechista para boicotear la economía, la merma en la producción industrial y de alimentos, y las tensiones en la izquierda. Así, en 1972 se desata el conflicto que se viene acumulando desde la llegada de la izquierda al poder:

a. la superación de la legalidad del «programa reformista» por parte de pobladores, campesinos y trabajadores excluidos históricamente, por la vía de las tomas de terrenos, fundos y fábricas[83];

b. el financiamiento por parte de la CIA de paros y atentados que hicieran «chirriar la economía» como Nixon había pedido, lo que se traduce, a contar de 1972, en desabastecimiento y colas para comprar productos básicos;

c. la violencia política que propician la extrema derecha (Patria y Libertad) y grupos de extrema izquierda, como el minúsculo VOP[84] que asesina en 1971 al exministro del Interior DC, Edmundo Pérez Zujovic;

d. el manejo fiscal en exceso expansivo, la emisión irresponsable de moneda, los reajustes generalizados de salarios, todo lo cual provoca que la tradicionalmente alta inflación chilena (30 %) se convirtiera en un caso de hiperinflación (más de tres dígitos) en el bienio 1972-1973;

e. la pérdida de apoyo en sectores medios y en la Iglesia por la «cubanización» simbólica de la vía chilena al socialismo, para lo cual es decisivo el debate de la Escuela Nacional Unificada (ENU) y la larga visita de un mes que hace Fidel Castro a Chile a fines de 1971[85], y

f. como si la historia se repitiera, a propósito del enfrentamiento entre comunistas y anarquistas en el bando republicano de la guerra civil española de 1936-1939, comienza a agudizarse el conflicto al interior de la propia Unidad Popular entre el ala allendista-legalista (el PC, el sector Almeyda del PS y el sector Gazmuri del MAPU) y los partidarios del «poder popular revolucionario» y la «defensa armada» de la revolución, que encabezan el MIR, la dirección del PS liderada por Carlos Altamirano y la mayoría del MAPU.

El segundo semestre de 1972 es crítico. Allende llama a los militares al Gobierno; la oposición, unida en la Confederación Democrática (CODE, es decir DC y Partido Nacional), anima el Paro de Octubre[86] que produce una crisis de abastecimiento. El general del aire Alberto Bachelet[87], padre de la futura presidenta, se hace cargo de las Juntas de Abastecimiento y Precios (JAP), que distribuyen los alimentos básicos en los barrios y combaten el acaparamiento y el mercado negro. El jefe del Ejército, general Carlos Prats[88], es llamado al Gabinete.

El primer semestre de 1972 había sido contradictorio para el MAPU: salía del quiebre que se traduce en la creación de la Izquierda Cristiana, y Rodrigo Ambrosio ampliaba los «horizontes» del nuevo movimiento en una larga gira internacional que lo llevó a Cuba y Vietnam, hasta que llegó su absurda muerte.

Como dijimos, Ambrosio fallece en un accidente de tránsito en Llay-Llay tras participar en actos sindicales de apoyo al candidato del MAPU en las elecciones de la CUT, lo que produjo un nuevo impulso de crecimiento entre los jóvenes, según numerosos entrevistados. El MAPU llega a los diez mil militantes activos agrupados en los GAP, llena gimnasios, teatros y el masivo funeral de Ambrosio muestra «la importancia que teníamos en la UP»[89]. La historiadora Cristina Moyano[90] pone una cuota de realismo y recuerda que la meta de inscripción del MAPU fue de cien mil militantes, rebajada luego a cuarenta mil, y que solo alcanzó los veinte mil, lo que no es poco[91], pero, sin duda, menos de lo esperado. A su vez, la autora coloca una foto con una fila de secundarios dolientes por la

muerte del más admirado y temido dirigente joven de la Unidad Popular. Jaime Gazmuri relata: «La noche que murió tuve que avisarle a Michelle, su mujer. Todavía me da escalofrío cuando me acuerdo […]. Toqué el timbre, y cuando ella abrió la puerta, supo inmediatamente que traía malas noticias»[92].

Muchos militantes ingresan debido a la polarización que consigue politizar a todos los segmentos con la larga huelga patronal de fines del 72. Saúl Bravo, estudiante de Historia en la Universidad de Chile, sede Valparaíso, testimonia: «El Paro de Octubre me hizo entrar al MAPU. Yo era un independiente intelectual de izquierda, pero la violencia contra el Gobierno me llevó a tomar una trinchera y esa fue el MAPU»[93].

El Paro de Octubre, como toda crisis, llevó a los actores a definirse: Radicalizar el proceso hasta producir un enfrentamiento o buscar consolidar, ordenar y negociar. Esa duda ideológica, existencial y política atravesó a toda la izquierda y partió en dos al MAPU. Tras la muerte de Ambrosio, Jaime Gazmuri, como subsecretario del partido, asume la dirección y asume la preparación del II Congreso a realizarse en diciembre, confiando en retener la conducción y enrielar al MAPU. Pero Gazmuri, Enrique Correa y Fernando Flores, que encabezan el sector «oficialista», son derrotados inesperadamente[94].

Fracasa el «voto 1», que enfatizaba la necesidad de consolidar lo avanzado y apoyar al presidente Allende. Triunfa el «voto 2», defendido por Concepción (Eduardo Aquevedo) y Valparaíso (Rodrigo González), partidarios del «poder popular» y de la «defensa armada» del proceso. Los partidarios de la tesis del poder popular convencen al sector más intermedio encabezado por Óscar Guillermo Garretón de sumarse a la postura más dura[95], que coincidía con el «avanzar sin transar» del PS[96]. Garretón recuerda que Gazmuri también estaba en una posición intermedia, que los duros eran Enrique Correa en la línea pro PC y Eduardo Aquevedo del sector pro PS: «Opté por ser el jefe a pesar de la dureza del voto por razones afectivas; me había instalado en octubre a vivir en Concepción para ganar la elección parlamentaria y me comprometí con un regional que fue muy acogedor con mi candidatura. El centro desapareció en ese

congreso del MAPU».

El voto 2 y la violenta división del MAPU

Rodrigo González recuerda la intensidad del congreso que ganó por estrecho margen el sector izquierdista que apoyó Valparaíso, Aquevedo de Concepción y el activo Regional Sur de Carlos Montes de Santiago:

Fue apoteósico y conflictivo, con discursos estremecedores. Había 1500 delegados de todo Chile y se hicieron barras; por una parte, los que coreábamos «crear, crear, poder popular» y los otros respondían algo con el «consolidar». Garretón opta por nosotros, se vota y ganamos. La dirección de Gazmuri enmudeció. Hubo gritos y forcejeos. Después, vino la terrible división y la toma del partido por los perdedores»[97].

González defiende el voto del «poder popular» diciendo que buscaba empoderar a los tres grupos más organizados de la UP: los pobladores con las juntas de abastecimientos que enfrentaron el paro patronal de octubre de 1972, los sindicatos del área de propiedad social y el movimiento universitario. El motoneto de la revolución en Valparaíso se mantiene en la línea de Carlos Altamirano, además de otros líderes de la UP acusados de ultraizquierdistas: los moderados habrían sido ingenuos y padecieron la traición de los militares:

Crear poder popular no era llamar a la sublevación, era generar un poder democrático en la base para ir resolviendo los problemas que la propia derecha había creado. Por ejemplo, el problema del abastecimiento que se podía resolver sobre la base de la entrega de mucha mayor iniciativa y capacidad de resolver los problemas a las organizaciones comunitarias, en conjunto con los comerciantes, en cada uno de los sectores, de tal manera que no se produjera un acaparamiento,

que se mantuviera el precio. Con los campesinos para que la producción llegara directamente a las fuentes de distribución, con las empresas. En general, esto no se diferencia de lo que dijimos siempre desde el MAPU; que ningún proceso revolucionario de cambio, de transformación podía producirse sin un gran sustento en la comunidad, en las fuerzas sociales, en los movimientos sociales y por eso que teníamos una gran confianza en esa vertiente, que era por así decirlo más movimientista, más apoyada en lo social, pero que no excluía el tener también una pata en lo institucional. Yo creo que el error se demostró finalmente: el gobierno confió más en los caminos institucionales, y al final fue traicionado[98].

En cambio, a veinticinco años del quiebre, Víctor Barrueto, quien estuvo con el sector izquierdista, no duda en fustigar: «Fue una locura completa, aunque se revestía de un análisis complejo de la realidad, en verdad quitaba todo piso a la vía institucional»[99]. Según Saúl Bravo, el verdadero teórico del voto 2 del poder popular fue Kalky Glausser del Regional Valparaíso, a quien defiende:

Venía del PC, donde lo discriminaron por homosexual. Estudiaba ingeniería en la Universidad Federico Santa María[100], hablaba cinco idiomas. Él creó conciencia de que la polarización se definiría por la fuerza, era inevitable. El voto 2 llamaba a tener conciencia de ganarse las fuerzas armadas y unirlas a los sectores organizados. Eso no fue ultraizquierdismo. Fue realismo ante la ingenuidad de Allende, los comunistas y el sector moderado del MAPU[101].

Joan Garcés también fue muy severo con la nueva dirección dominante del MAPU que apoyó el voto 2 y llamó a polarizar el conflicto. El principal asesor del presidente consideró contradictorio calificar de «burgués» al propio Estado administrado por la izquierda, a todas las instituciones armadas, la mitad de los municipios y al 42 % del Parlamento[102]. Como señal de una suerte de esquizofrenia de parte de la izquierda, Garcés reproduce parte de las conclusiones del voto 2 que ganó en el MAPU:

1. […] derribar el poder del estado burgués y construir desde sí mismo [el pueblo] un poder nuevo.

2. […] la correlación general de fuerzas tiende a favorecer dentro de la UP a las posiciones centristas.

3. […] estamos por la participación de las Fuerzas Armadas en el poder popular naciente por su estrecha fusión con la acción del proletariado y del pueblo.

4.- La ruptura revolucionaria, marcada por el reemplazo del carácter de clase del Estado, implica una agudización de la lucha de clases, una polarización del país en bandos de tal forma irreconciliables, una quiebra tan violenta de toda la normalidad institucional […] nosotros no hacemos del deseo de evitar la lucha armada o la guerra ningún requisito estratégico de nuestra política[103].

Jorge Venegas, entonces joven militante del radicalizado Regional Concepción, defiende su lógica con el proceso que debía conducir al socialismo: «El voto era coherente con la definición leninista que tuvimos. Venía una agudización de la lucha de clases y el conflicto final sería armado. Pero fue pura ilusión, los dirigentes nos arrastraron a una mentira»[104].

Las relecturas, a casi cuarenta años, se vuelven difusas. Montes acusa a Aquevedo de dogmático y al documento de duro[105], pero el Regional Sur se sumó a dicha opción en vez de levantar otra alternativa. Rodrigo González hace una interpretación soft del voto 2, como un mero llamado a la Unidad Popular a no quedarse con la superestructura:

Había una fuerza social inmensa en lo social, sindical y estudiantil que el

gobierno no aprovechaba para su propia sustentación y la verdad es que era imposible pensar sostener el gobierno solamente sobre la base de acuerdos políticos, de acuerdos institucionales, de incorporar a las Fuerzas Armadas, de lograr acuerdos que eran de carácter superestructural. Entonces, la estrategia nuestra era una estrategia en la cual había que caminar con los dos pies. Por un lado, había que apoyarse en la capacidad institucional propia de un gobierno, que como todos los gobiernos presidencialistas en Chile tiene una gran fuerza, pero por otro lado un gran apoyo en la sociedad y especialmente en las organizaciones sociales a las cuales había que empoderar, transferir poder, y en eso consistía la estrategia de crear poder popular[106].

Aquevedo tiene su propia relectura, mediante la cual esquiva la crítica que se cierne sobre aquellos que llamaron con eufemismos a crear un poder militar paralelo mientras eran parte de un gobierno constitucional. Así escribe su propia historia:

En Octubre del año siguiente (1972), se realiza el Segundo Congreso del MAPU, donde triunfa ampliamente el sector encabezado por Eduardo Aquevedo y Kalky Glausser, sector representativo de una línea marxista independiente de los bloques internacionales y muy crítico de la URSS. Esto le valió fuertes cuestionamientos del PC y de sectores del PS. En este Congreso se elige a Óscar Guillermo Garretón, a propuesta de Eduardo Aquevedo, y este último quedó de primer subsecretario general[107].

En el seminario del Comité Memoria MAPU, Aquevedo defiende el voto 2 como el del sector marxista no ortodoxo (lo cataloga de maoísmo europeizado) versus el de los pro soviéticos que no querían ver la inminencia del Golpe. Ellos creían en la revolución por etapas, no como el MIR y los grupos trotskistas que propiciaban la toma del poder total, pero querían defender lo logrado sin ingenuidad, recordando que cuatro días antes del Golpe en un comité de la Unidad Popular donde él participó por el MAPU, Pinochet aseguró que no habría Golpe y Allende relató sus conversaciones con la DC, pidiendo que «confiaran»[108].

Pero el debate fue antes del Golpe, diez meses antes, y no fue teórico respecto a las alineaciones internacionales del MAPU y el tipo de marxismo que adoptarían. El quiebre fue por la cuestión política medular: apoyar o no al Gobierno, consolidar lo avanzado o seguir la tesis mirista del poder militar alternativo, que eufemísticamente se hablaba de no ser ingenuos y tener política militar. La mayoría del MAPU coqueteó con lo segundo y el quiebre se selló. La relación con Allende llegó a su mínimo.

El tenso verano de 1973 marca la preparación del quiebre del MAPU. El sector de Jaime Gazmuri se reúne con Clodomiro Almeyda[109], ministro de Relaciones Exteriores del sector «pro oficialista» del PS. Se fragua la división para dar una señal de orden. Allende venía observando en el MAPU el drama de la radicalización de quienes estaban llamados a poner inteligencia tecnocrática al proceso de gobernar. Uno de los casos de acciones extralegales fue la radicalización de dirigentes campesinos del MAPU en la zona de Melipilla, desbordando la legalidad, según libro prologado por la propia hija del presidente, Isabel:

El MAPU de Melipilla promueve tomas por medio de campesinos al poder. Lo de costumbre, pero en este caso hay una novedad. Las peticiones superan la mera posesión de tierras y van claramente a lo político: se exige acción gubernamental contra aquellos terratenientes conspiradores, contra la justicia burguesa, contra las Cortes locales y, de paso, contra el propio programa transformador de la Unidad Popular[110].

Gastón Rojas se refiere al nivel de radicalización en el drama de su propia familia: «Quisimos tomarle los pocos terrenos que le quedaban a mi abuelo liberal, quien ya había sido expropiado. Eso me costó las denuncias de un tío»[111].

Allende decide visar la división del MAPU, inmediatamente tras las elecciones

parlamentarias del 4 de marzo. De la versión de Joan Garcés se colige que colmó la paciencia la difusión de un nuevo documento de sectores vinculados a la nueva dirección del MAPU que tenía fecha del 12 de febrero. En ese documento, se acusa explícitamente al presidente y se llama a la lucha al interior de la UP: «El PC, el sector allendista del PS, las FF. AA. y los sectores freístas de la DC buscan una salida de centro […] es necesario desarrollar al interior de la UP y del gobierno un polo socialista»[112].

El Mercurio titula, en portada, el viernes 2 de marzo, a solo dos días de las elecciones: «La economía chilena puede mantenerse a flote solo hasta fines de abril, afirma el MAPU»[113]. Luego, resume el extenso documento en que el MAPU hace un sombrío análisis económico y sobre las tendencias al interior de las Fuerzas Armadas, planteando que el país entra a una fase decisiva del conflicto: «El MAPU debe ir favoreciendo la progresiva radicalización de las Fuerzas Armadas; hay que ir ganándolas al máximo para la izquierda»[114]. El propio Allende sale a desautorizar la validez del documento, negando que sea oficial: «Solo es un trabajo hecho por un grupo, destinado a ser presentado a una reunión nacional de esa colectividad […] me ha llamado el ministro Fernando Flores para manifestarme que discrepa»[115].

El daño está hecho. La oposición presenta las elecciones entre una opción democrática y otra de la dictadura del proletariado, que además infiltra las Fuerzas Armadas. La publicación del documento «subversivo» de un partido que es parte de la Unidad Popular es funcional a la estrategia de descalificación de la vía legal de Allende. Los propios autores del documento salen a defender la legitimidad del análisis en la misma edición en que Allende busca quitarle relevancia. Los autores eran parte del sector Garretón: Eduardo Aquevedo (Concepción), Rodrigo González (Valparaíso), Eduardo Olivares, Kalky Glausser y Carlos Montes. Aquevedo declara: «Tiene que ver con el trabajo de la política en el proceso revolucionario frente a cada periodo táctico concreto»[116].

Para el sector «allendista» del MAPU, las cartas estaban jugadas: «El sector que ganó el Congreso estaba enloquecido, no miraba la realidad; estábamos saliendo

de una huelga que paralizó al país un mes, la economía colapsaba, mientras el gobierno de Allende se apoyaba en los militares para asegurar la estabilidad del proceso de cambios, ellos calificaban todo de derechismo»[117], afirma a treinta y cinco años el único ministro mapucista que siguió en el Gabinete, Fernando Flores, lo que también fue señal clara de que Allende optó por el sector «moderado» que pasó a llamarse MAPU-Obrero Campesino o MAPU «Gazmuri», en referencia a su líder orgánico.

El propio Jaime Gazmuri reconoce que «si hubiésemos albergado convicciones democráticas más profundas, no habríamos dividido el MAPU»[118]. Pero lo cierto es que lo hicieron para defender la revolución, convencidos de que los partidarios del «poder popular» le hacían el juego a la derecha golpista: «Sí, dividimos el MAPU con un golpe de fuerza, pero fue para defender el proceso y el cauce democrático, no estábamos dispuestos a llevar al pueblo a un derramamiento de sangre»[119]. De hecho, el lema del PC en esos días fue: «No a la guerra civil»[120]. El nuevo MAPU-OC fue tildado de MAPU-PC al alinearse con las posturas gradualistas de los comunistas.

La división es dramática y hay violencia. El grueso de los dirigentes e intelectuales con poder estuvo con el nuevo MAPU-OC, que se toma y se queda con la sede central del MAPU en calle Carrera y con la Radio Sargento Candelaria, mientras la mayoría de la militancia se quedaba en el MAPU de Garretón: el sector sindical, Concepción y Valparaíso, el grueso de los sectores poblacionales y el poderoso Regional Sur de Santiago. El MAPU-OC controló la mayoría de la SAE (Secretaría de Asuntos Especiales), liderada por Fernando Villagrán, comisión cuasi armada que velaba por la seguridad de los máximos dirigentes en el contexto de alta polarización. Con ellos, se enfrentan sectores que responden al MAPU Garretón. El entonces militante de la Secretaría de Seguridad, Gastón Rojas, rememora críticamente:

Fuimos irresponsables. Estábamos jugando a la guerra, algunos usábamos armas y la violencia no fue solo con la oposición a Allende, sino entre nosotros. A mí me golpearon en la calle Huérfanos amigos del otro MAPU, incluyendo un compañero de curso de toda la infancia […]. El quiebre fue violento por la toma de las sedes y por la lucha de quién se quedaba con el nombre oficial…

Quisimos tirar al canal San Carlos unos autos Fiat de algunos miembros del sector Gazmuri […]. El quiebre destruyó amistades y estuvo cargado de odio, el mismo que enrareció a Chile[121].

Rojas es duro con el jefe de la SAE, Carlos Bau, a quien culpa de «los juegos con pistolas». Rojas era mayor de edad y él aceptó acompañar de guardaespaldas a Fidel Castro en su larga visita a Chile a fines del año 1971, fue a las duras batallas en el centro de Santiago durante el paro patronal de octubre de 1972 y vivió la ferocidad de la violencia en la separación del MAPU. Fueron los actos del paramilitarismo de izquierda que se disipan en la memoria, «más allá de lo que hicimos y dijimos por la agresividad verbal». Para el exmilitante a la generación MAPU la salvó su alta educación y la bondad idealista que estaba incluso detrás de sus coqueteos con la violencia como respuesta a la polarización y el boicot contra la UP.

Pero en el fondo había un espíritu, la gracia es que nuestro mundo no venía del resentimiento. Yo creo que ésa es toda la gracia que nos salvó. La clave es que la emoción base, el estado de ánimo básico de este grupo, no era el resentimiento. No veníamos de andar cobrándole factura a la vida ni echándole la culpa a los papás. Había una actitud positiva, noble, ingenua también, pero muy genuina. Yo creo que éramos cándidos, había una candidez que venía de un espíritu muy ligado a la cosa católica, en particular en lo mío, a la vida de boy scout; esa inclinación de hacerse cargo de los débiles, de liderar, y luego la cosa católica propiamente con respecto a los pobres[122].

Fernando Flores grafica la violencia de la ruptura final en marzo: «Incluso, se descubrió un complot para matarme con la doble finalidad de crear un mártir de la UP y, a su vez, dañar a los moderados»[123]. Gladys Göeder, de Rancagua, afirma que los de Garretón «nos apedrearon los ventanales de la sede que teníamos en el segundo piso de una carnicería en Estado con Cáceres, porque la mayoría de los dirigentes optamos por el MOC».

El Mercurio editorializó sobre la «crisis y división del MAPU», señalando que es el final de la disputa entre la línea pro comunista de Jaime Gazmuri y la pro socialista de Eduardo Aquevedo. Citando a un supuesto dirigente del MAPU, el diario conservador afirma que la ruptura sería entre stalinistas y trotskistas:

Por una parte, el apoyo a la línea cauta del comunismo chileno, que desea consolidar antes de seguir avanzando, que acepta la colaboración de los militares y que aspira a adormecer a la clase media, a fin de disponer del tiempo necesario para establecer un poder absoluto, y por otra, la impaciencia compartida por miristas y algunos socialistas, y el deseo de seguir adelante en forma acelerada sin medir correlaciones de fuerzas ni calcular la importancia de los obstáculos[124].

Ambos grupos hacen concentraciones en sendos teatros. El MAPU oficial lo hace en el Caupolicán, al que llegan filas de adherentes de las cuatro zonas de Santiago. El Servicio Electoral le reconoce el nombre al grupo de Garretón. Los de Gazmuri pasarán a llamarse MAPU Obrero Campesino.Garretón, con el tiempo, definirá el quiebre mapucista como el indicio del fracaso final de la UP:

La ruptura de 1973 interrumpió el camino ascendente que llevaba el MAPU y comprometió su credibilidad ante mucho pueblo que, con sabiduría elemental, abomina la división y ama la unidad. Esa ruptura fue la última imagen nacional proyectada por el MAPU antes del golpe, para el recuerdo del pueblo. No fue un hecho interno: involucró a todo el movimiento popular. Marcó el punto de no retorno en la crisis de la UP que ya no tuvo la capacidad de remontar las desconfianzas y reticencias hechas ideología[125].

El dirigente del MAPU en los ochenta, Guillermo del Valle, siempre aseguró que fue Allende el que tomó la decisión de quebrar al MAPU en una reunión donde probablemente participaron Joan Garcés, el ministro Fernando Flores, Jaime Gazmuri y Clodomiro Almeyda (una de sus hijas era cercana al MAPU). Sin embargo, Flores, a quien consultamos, no quiso negar ni aceptar la información. La fuerza del quiebre y lo planificado de la ruptura hacen evidente la

intervención desde arriba. El propio Gazmuri dirá en sus textos que la virulencia de la división demostró lo poco democráticos que eran, ya que los partidarios del poder popular fueron clara mayoría en el congreso celebrado en la Universidad Técnica. A su vez, el principal asesor de Allende, Joan Garcés, muestra en varios acápites de su libro sobre el gobierno de Allende, su molestia con el MAPU: se leniniza y pierde identidad cristiana, no controla a sus cuadros en las tomas de fundos y empresas, y radicaliza el proceso aliándose en la estrategia imposible de Altamirano y el MIR.

Desde la izquierda, existen lecturas que ven la división del MAPU como una peligrosa intervención del Gobierno. En una edición especial del diario Punto Final, perteneciente al MIR, se analiza la elección de marzo y el quiebre del MAPU, el cual sería el resultado de una intervención burocrática de los sectores que caricaturizan como ultraizquierdistas a todo movimiento que busca profundizar el proceso revolucionario, listando la necesidad de acelerar las expropiaciones, terminar con oligopolios privados y fortalecer la red de distribución económica popular[126].

Para René Aucapán, el MAPU decayó después de su quiebre. Sin ocultar su crítica a los que apoyaron el poder popular, quitándole convocatoria al gobierno de Allende, señala:

Nosotros, los del MOC, no claudicamos en el sentido de dar la gran pelea por mantener lo mejor desde el punto de vista de la política de alianzas, de sustentación del gobierno popular. No creímos, por lo tanto, en la conveniencia de dar origen a los polos revolucionarios porque no solamente le restaba la fuerza social y capacidad de convocatoria, también generaba inestabilidad del gobierno […]. El asunto es que, cuando uno critica siempre tiene que estar preparado para entregar la propuesta. Superamos estas cosas y criticamos esto porque queremos justamente cambiar esto, pero muchos se quedaron en el eslogan de que el gobierno de Allende era centrista. ¡Fue feroz! La reforma agraria, la cuestión del cobre, el avance cultural, el área de la propiedad social y hasta por ahí, fue brillante. Después con estos quiebres internos, el MAPU

sonó[127].

El peso electoral del MAPU

El escenario final de la división es simultáneo a las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, cuando la UP buscaba obtener más de un tercio de los escaños, ya que con dos tercios el presidente Allende podía ser destituido por la oposición agrupada en la Confederación Democrática[128]. El MAPU saca cien mil votos, un modesto 2,6 % en una izquierda que obtiene el

43 % frente al 57 % de la CODE que agrupaba a la DC y a la derecha. A la izquierda le va bien en el contexto de la crisis social y económica que se vive

—

«este es un gobierno de mierda, pero es nuestro gobierno», reza un cartel en un acto pro UP

—

. Con todo, el 43 % de apoyo daba un «respiro» a la izquierda, ya que mantenía un poder parlamentario que impedía la destitución de Allende, la que legalmente requería dos tercios de los parlamentarios. Probablemente, la imposibilidad de la destitución aceleró la estrategia golpista.

Los partidos Socialista y Comunista se confirmaron como los mayoritarios, el PR bajó a su mínimo histórico y el MAPU obtuvo una votación menor a la esperada, pero en parte comprensible por su división: sus militantes estaban concentrados en saldar cuentas entre ambos grupos. El MAPU solo elige dos diputados: Óscar Guillermo Garretón por Concepción y, en la rural zona de Linares, Alejandro Bell, quien se inscribe en el nuevo MAPU-Obrero Campesino (MAPU-OC). El MAPU, con su 2,6 %, fue solo el equivalente al

7 % de la votación de la DC y al 6% de la votación de toda la izquierda.

El sistema electoral era proporcional en aquellos distritos grandes que elegían varios diputados. Alejandro Bell ganó su asiento en un distrito rural, Linares, lo que se explicaría por la inserción del partido en la reforma agraria y el liderazgo del diputado electo, aunque otros agregan que contó con respaldo del Partido Comunista[129]. Garretón sacó una importante votación en un distrito grande como Concepción, donde se elegían varios diputados, siendo él la primera mayoría en la izquierda (20 488 votos)[130]. Sin embargo, el PC y el PS dividieron sus votos en varios candidatos, ya que la Unidad Popular actuaba como partido federado, lo que le daba una cantidad de parlamentarios por distritos, siendo electos los que obtenían las más altas mayorías individuales. Concepción, como después en la época de la dictadura, tuvo un regional del MAPU fuerte, con presencia en zonas industriales, universitarios y pobladores.

Allende sabía que las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 serían un plebiscito entre la Unidad Popular y la oposición agrupada en la Confederación Democrática. Aislados los sectores dialogantes de la DC, dicho partido había formalizado la alianza electoral con la derecha representada esencialmente en el Partido Nacional y la fracción derechista del radicalismo, llamada Democracia Radical. La oposición, con dos tercios de los escaños parlamentarios, podía provocar ya no solo la rotativa de ministros, sino también una acusación constitucional contra el presidente de la república. En dicho escenario, Allende se la juega por pedirles a las figuras públicas de la UP que se presenten a las parlamentarias. Garretón, que tenía notoriedad pública como subsecretario de Economía, recuerda que el presidente lo quería de candidato emblemático, pero por Santiago, prediciendo que Garretón se perdía por Concepción. Al final, hubo un reto y una apuesta:

Yo había sido nominado por Allende para ser candidato a diputado por Santiago. Tenía una razón muy simple; por lo menos, lo que me dijo él, es que la elección del 73 venía muy jodida y se hizo una lista de aquellos funcionarios de gobierno que eran conocidos y que podían tener capacidad de atracción de masa para la

elección. Yo le dije que me gustaba mucho más el gobierno que ser parlamentario, pero me dijo que no, que iba de parlamentario. Me planteó que tenía dos posibilidades: El segundo distrito de Santiago o Concepción. [Allende riendo, según Garretón]: «Le recomiendo Santiago, me dijo, porque está Laurita (Allende[131]) lo saca de arrastre a usted…». Yo le dije

—

en una típica respuesta MAPU de esa época

—

: «Entonces me voy por Concepción». «Se va a perder», opinó el presidente. Le aseguré que ganaría y que «no le deberé nada a usted». «Se va a perder», insistió. Con insolencia le respondí que le hacía una apuesta en caso de no ser electo: yo reconocería públicamente que era un huevón porque el presidente Allende me había ofrecido ir por Santiago… pero si yo gano, en la noche de la elección usted dice que se equivocó… y Allende lo dijo.

Garretón atribuye su éxito electoral al apoyo de pastores evangélicos (fuertes en el sur de Chile), cuyo obispo «me proclamó en Coronel (zona del carbón) con un discurso que unía a Moisés, Josué y Garretón», y por la campaña que hizo con las mujeres, asesorado por Mónica Herrera, una gerente de empresas simpatizante de la izquierda y que después tendría una escuela de comunicaciones. Con ella, ideó que debía enfrentarse a la principal crítica de las mujeres: el desabastecimiento, que implicaba colas y humillaciones:

Emplacé a los otros candidatos a debatir en el Estadio de Concepción las razones del desabastecimiento. Nadie quiso. Entonces, invitamos a las mujeres al Teatro de la ciudad, pedí las preguntas por escrito y me enfrenté a cientos de mujeres con transmisión directa por Radio Biobío […]. Fue un momento de liberación, de reconocimiento, la izquierda era muy machista, y ellas se sintieron consideradas… Fui el único candidato de la izquierda que conquistó una amplia votación femenina[132].

Jorge Venegas tiene otra versión. Aclara que las Iglesias evangélicas son descentralizadas y solo «el pastor Flores, de la zona playa de Coronel apoyó a Garretón. La verdadera fuerza estuvo en el partido que creció mucho en el gran Concepción, desde la influencia que tuvo Ambrosio como profesor de sociología en 1968, cuando lo ovacionaron por su disertación marxista. El MAPU creció en economía, periodismo e ingeniería. Desde allí se impulso una fuerte inserción sindical y territorial, un partido mediano, que nos permitió elegir un diputado mapucista»[133]. Pero Garretón tiene el relato desde sus propias condiciones de líder carismático que se ilumina para seducir épicamente a un electorado molesto con la izquierda, debido a que las mujeres hacían las filas para conseguir alimentos debido a los serios problemas de acaparamiento. Chile es una sociedad subdesarrollada, machista y violenta a inicios de la década de los setenta; solo dos de cada diez mujeres participaba de la fuerza de trabajo formal, aparte de la cultura machista de maltrato en segmentos de todas las clases sociales. El candidato mapucista tocó esas mareas de fondo en la sensibilidad femenina:

La noche anterior al acto me acordé de un texto de Engels sobre la familia y al día siguiente había una masa de mujeres increíble, y estaba yo y algún hombre más. Yo llegué con mis hijas al teatro Concepción que estaba repleto. Llegué con todas las preguntas y les dije que iba a contestar todo, pero que antes quería hacerles una pregunta… [a Garretón se le entrecorta la voz]. Todavía me emociono cuando me acuerdo. Y les dije: «¿Cuántas de ustedes trabajan? Levanten las manos las que trabajan». Debió haber sido un 30 %, y les pregunté: «¿El resto no trabaja? Díganme, ¿cuántos kilómetros recorren en la casa haciendo el aseo, cuántas cuadras han caminado comprando las cosas para la casa, cuántas noches de trabajo extraordinario han tenido cuidando a los niños?». De repente, una señora se puso a gritar, se contagiaron y quedó la cagada en el estadio, una gritadera permanente, y la radio transmitía en directo y cuando terminó, me empecé a preocupar por la magnitud, no querían irse y tuvimos que hacer una marcha. A partir de eso, cambió la campaña: a la sede llegaron señoras a denunciar a sus maridos por maltratos. Se produce este fenómeno muy especial con el electorado femenino a partir de eso[134].

En la otra ciudad importante, Valparaíso, el candidato Juan Enrique Vega estuvo relativamente cerca del triunfo al obtener 7783 sufragios, siendo electo el último

diputado de la lista de la UP con 11 501. En Rancagua, Gladys Göeder solo logró mil 300 votos, muy lejos del socialista Héctor Olivares (28 679) y del comunista Wladimir Chávez (20 702). «La izquierda era muy machista para votar por una mujer», dice en su balance la misma candidata[135].

Santiago fue la gran decepción de los jóvenes candidatos mapucistas. José Antonio Viera-Gallo obtiene solo 4 174 votos en el primer distrito, menos de la mitad que el último diputado electo de la UP, Víctor Barberis, que consigue 10 561. Igual suerte corre José Miguel Insulza, quien en el populoso tercer distrito alcanza 18 746 sufragios, lejos del último parlamentario que ingresa por la izquierda, el comunista Jorge Insunza con 78 209 votos. En el segundo distrito, Eduardo Rojas solo obtiene 8 902 votos. Aún menor es la votación de la candidata a senadora mapucista, Carmen Gloria Aguayo, que logró 21 000 votos, muy lejos de las altísimas votaciones de dos emblemas de la izquierda y de sus líneas políticas: el comunista Volodia Teitelboim obtiene 238 535 y el socialista Carlos Altamirano, 229 281 votos[136]. El MAPU y el PR sacan votos marginales y la Izquierda Cristiana no puede elegir ningún parlamentario. El PS y el PC llegan ambos a cifras del 18 %, sus mejores niveles históricos.

La mayoría de los candidatos a parlamentarios del MAPU tomaron partido por el sector moderado de Jaime Gazmuri: Vega, Insulza, Bell, Göeder, Viera-Gallo. Este último hace una campaña apelando al mundo intelectual, con un lenguaje abstracto para la mayoría de los electores: «Las leyes son demasiado viejas y tú eres demasiado joven», reza su inserción publicitaria en el diario de mayor tiraje en la izquierda[137]. Esta abstracta campaña es defendida por Víctor Barrueto, entonces un estudiante púber, quien la califica de «cotota y potente»[138].

El MAPU venía insertándose en el mundo sindical (urbano y campesino), en las federaciones universitarias, pero era inepto para convertirse en una fuerza popular y electoral. De hecho, como señal evidente de su elitismo, la mayor inserción que publica en todo el mes final de campaña en El Clarín, es una página completa en que quinientos «profesionales, técnicos e intelectuales» se adhieren a las candidaturas de José Miguel Insulza y José Antonio Viera-

Gallo[139]. Firma, entre otros, buena parte de la elite intelectual de la izquierda, quienes en la década del ochenta laborarán en el campo de las ONG y los medios de comunicación alternativos: la asistente social Adriana del Piano[140]; el crítico de arte Valerio Fuenzalida; los sociólogos Manual Antonio Garretón, Jorge Echenique, Pilar Vergara y Jorge Larraín; las periodistas Bernarda Aguirre y Luisa Ulibarri, entre decenas. El inserto se mira a la distancia como una metáfora del propio MAPU: muchos intelectuales, pocos votos; gran influencia cultural, débil fuerza político-electoral.

Hubo otros candidatos sociales que no tuvieron buena fortuna, como Eduardo Rojas, dirigente sindical de la CUT, y Juan Codelia, que había sido intendente de Colchagua.

Los meses finales y el Golpe

Tras las elecciones y el quiebre, Allende opta por el sector moderado dejando a Flores en el Gabinete, mientras el grupo de Garretón queda sin representación. En la línea moderada pro comunista están, además de Gazmuri y Enrique Correa, los dirigentes Juan Enrique Vega y Fernando Ávila: cuatro de los cinco miembros del «núcleo revolucionario» de los rebeldes que promovió la creación del MAPU. Solo falta Rodrigo Ambrosio, «quien si hubiese vivido, hubiera estado con nosotros, ya que siempre sostuvo la teoría de la espada de dos filos, en referencia al poder de masas y al poder estatal-institucional, como necesarios para alcanzar el socialismo», señala Gazmuri[141].

Formalmente, el MAPU Garretón aún tiene nexos con el Gobierno al participar del Comité Político de la Unidad Popular, resignándose a aceptar al nuevo MAPU-OC en su seno. Pero las distancias siguen creciendo con el «polo revolucionario» en forma dramática. La oposición realiza nuevos paros generales, el desabastecimiento y la inflación generan «bronca social», las capas medias se «han fascistizado» y las bases de la Democracia Cristiana optan por

una oposición dura que pedirá una salida autoritaria, en parte por errores simbólicos de la propia izquierda que fueron asociando la «vía chilena» con un camino hacia el «comunismo» o la opción por los «proletarios» como excluyente de las demás capas sociales[142]. Entre otras imágenes, la oposición usa, contra la UP, el plan para modernizar la educación bajo el amenazante nombre de «Escuela Nacional Unificada (ENU)» y las Juntas de Abastecimientos y Precios, que fueron asociadas con sistemas pro comunistas que daban preferencia a los partidarios de izquierda en la distribución de víveres[143].

La oposición logra penetrar el mundo sindical y se produce, en el invierno de 1973, la larga huelga de los trabajadores de la minera El Teniente, donde se politiza una demanda por un reajuste salarial. Los mineros marchan desde Rancagua (80 km al sur) hacia Santiago y se enfrentan con Carabineros en una dura represión en el puente Maipo que termina con un tren en llamas. La imagen del gobierno de los trabajadores está siendo amenazada,

aunque una parte significativa de los mismos siguió laborando en la fundición y la parte alta de la mina, sobre todo por la disciplina de los comunistas (algunos dirigentes socialistas «populares»[144] se suman a la huelga). Solo la intervención directa de Allende, que recibe a los huelguistas y acoge sus demandas, logra desbaratar una batalla simbólica clave para el Gobierno, aunque fuera a costa de la disciplina fiscal que se necesitaba para contener la espiral inflacionaria[145].

El país huele a pólvora y los rumores de golpe de Estado crecen. El 29 de junio de 1973 se produce el primer intento, el llamado Tanquetazo, en el cual el coronel Roberto Souper y otros ocho oficiales movilizan tropas y tanques hacia La Moneda. El motín es sofocado por el comandante en jefe del Ejército, Carlos Prats, y el encargado de la zona de Santiago, Augusto Pinochet, quien pasará a ser considerado por el entorno de Allende como parte del círculo constitucionalista.

El fallido golpe acelera las estrategias del Gobierno y de la oposición. Allende intenta la salida «constitucional», apoyada por el PC, el sector oficialista del PS y el MAPU-OC, consistente en contener a los sectores ultras de la izquierda,

llevar a efecto un diálogo mínimo con la Democracia Cristiana, llamar a un referéndum para que la ciudadanía se pronuncie en respaldo o rechazo a las cuestiones más controvertidas, como el plan de expropiaciones de empresas y la propuesta de un Congreso unicameral. Allende

—

«marxista, ateo y masón»[146]

—

busca apoyo en el cardenal Silva Henríquez, quien recibe en su casa al presidente y líder de la Democracia Cristiana, Patricio Aylwin.

Según Joan Garcés, el cardenal buscó colaborar con Allende, pero Aylwin se mantuvo intransigente. Solo aceptaba levantar la huelga de los conductores del transporte público que tenían paralizado el gran Santiago a cambio de detener el hostigamiento a empresas como la Compañía de Papeles y Cartones. Es un intento postrero. Allende, el general Prats, el cardenal y un sector minoritario de la DC, creen en julio-agosto de 1973 que aún es posible «un acuerdo político que evitara al país una tragedia»[147].

Esta lógica «política» implicaba apegarse al programa de gobierno y «reprimir» a los propios grupos de izquierda que lo sobrepasaban, con acciones como la toma de fábricas que no estaban consideradas en el Área de Propiedad Social o devolver a los agricultores las llamadas «reservas»[148] de sus fundos que debían respetarse. Esto implicaba intensificar el diálogo con la DC y enfrentarse a la extrema derecha, pero también a la extrema izquierda, en especial al MIR, que tenía presencia en zonas rurales, algunas de las cuales implicaban entrenamiento militar. De hecho, el presidente Allende había aceptado que las Fuerzas Armadas hicieran cumplir la ley de control de armas, lo que produjo acciones contra pequeños grupos guerrilleros de izquierda y confiscación de armas en los dos meses previos al Golpe. Los MAPU-OC, con Flores en el equipo íntimo de Allende, se juegan por salvar el proceso y aislar a los grupos extremos, pero niegan haber implementado políticas represivas o intentos de golpe blanco: «Hicimos esfuerzos finales porque se cumpliera la ley, el propio programa de

gobierno, pero no teoricemos de una historia que ya pasó; no fue posible, y lo único que queda es el patriotismo del general Prats y de Allende, quienes buscaron evitar una guerra civil y respetar la institucionalidad», concluye Flores[149].

Allende no quiso o no pudo optar categóricamente por una salida que incluía niveles de represión para poner orden. Garcés, como testigo directo, da cuenta del rechazo de todos los partidos de la UP a que Allende llamara a plebiscito, salvo el PC, que se allana el fin de semana previo al Golpe. Por otra parte, la conspiración se intensifica: el Gobierno americano aprueba otro millón de dólares para acciones desestabilizadoras el 20 de agosto, los profesionales de la DC que controlan sus gremios inician una huelga general, la mayoría opositora en el Congreso declara «ilegal» al Gobierno y la DC, junto con el Partido Nacional, se suma al paro hasta que el Gobierno caiga[150]. El 23 de agosto renuncia el general Carlos Prats tras ser interceptado por un grupo de mujeres de oficiales que lo insultan. Prats sugiere el nombre de Pinochet para reemplazarlo por su apego a la Constitución. Allende sigue intentando una tregua con la DC y se apresta a llamar a plebiscito el mismo 11 de septiembre. El Golpe estaba acordado para el día 14, pero ese eventual anuncio de «salida política» habría adelantado la intervención armada para aquel martes[151].

El MAPU Garretón, al igual que Altamirano del PS y Miguel Enríquez del MIR, consideraba inevitablemente el enfrentamiento final, lo que obligaba a tener una política militar activa con los sectores pro socialistas de las Fuerzas Armadas. A un mes del Golpe, Garretón y Altamirano fueron acusados por la Armada de infiltración e intentos de sublevación, lo que era coherente con la política de tender lazos con los sectores militares izquierdistas[152]. Esto le costó a Garretón, tras asilarse en la embajada de Colombia y vivir su exilio en Cuba y Argentina, ser detenido a fines de la dictadura por el juicio iniciado el mismo año de 1973 antes del golpe y caratulado «llamado a la sedición».

Garretón refutará lo de infiltración: «En julio del 73 recibí a una docena de suboficiales que me contaron detalladamente las conversaciones de almirantes

criticando al Gobierno o urdiendo el golpe. Se filtró, a algunos de ellos los torturaron y apresaron […]. Me culparon de llamar a asaltar los barcos, pero en el expediente consta que opiné que eso era una locura»[153]. Él mismo, acompañado del encargado de temas militares de la dirección del MAPU, Alfonso Néspolo, viajó a Viña del Mar a reunirse en un departamento del cerro Recreo, limítrofe con Valparaíso, con los marinos que querían tomarse los buques ante la inminencia del Golpe. Dirigentes locales del MAPU, como Leopoldo Luna, fueron enlace del diálogo. La otra prueba de sedición contra Garretón fue un discurso que él asegura no haber pronunciado:

Las pruebas en mi contra fueron muy ridículas, incluso tenían cosas mías que no eran mías […] el 73, cualquier cosa podía haber sido incendiaria. Hicieron un reconocimiento de la cinta con una maquinita para medir si era mi voz o no. Y yo les dije de entrada que si se analiza cualquier discurso, incluso de ustedes, con ojos de hoy día, puede parecer una monstruosidad y me senté y me di cuenta de que no era yo. De hecho, cuando terminó, los técnicos determinaron que un 60 % de probabilidades de que la voz era mía, aunque yo lo hubiera negado, y después yo le comenté a la gente del MAPU y me dijeron que yo no había ido y que ese discurso lo hizo otra persona y es un discurso tremendo. Entonces, pedí que avisaran y avísenle al fonólogo y necesito un par de testigos que dijeran que yo no había sido[154].

El exsecretario general del MAPU, reconociendo la tensión de la época y su propio drama existencial, confesó que presentó dos veces su renuncia a la Comisión Política y no la aceptaron. Además, en los días finales, sin revelar detalles, da cuenta de las recriminaciones de tono subido entre Allende y parte de la dirigencia de izquierda:

Renuncié diciendo que era verbalista e irresponsable esa política. Entonces, renuncié al MAPU por una cuestión que a los radicales no les gustaba este secretario general; ellos querían un secretario más radical, pero al mismo tiempo no podían prescindir de él, entonces era un amor-odio muy complejo… La renuncia fue un poco antes del golpe, además de incidentes muy jodidos, como

alegatos de Allende por dirigentes del MAPU que le decían una cosa en las reuniones y otras afuera y que terminaron en que Allende le prohibió la entrada a La Moneda a un dirigente. Se hastió, le dijo que se fuera. Había un ambiente muy jodido.

En el Gobierno, la estrategia fue diametralmente distinta, confiando aún en la política, aunque Allende había realizado varias declaraciones sugiriendo que «solo muerto me sacarán de La Moneda», lo que denotaba un fatalismo de coro griego anunciando el desastre. Las cartas finales son intentar salvar el proceso por la vía de incorporar a los mandos militares institucionales, tregua con la DC (dominada por el expresidente Frei y el senador Patricio Aylwin) y aislamiento de la ultraizquierda, en diálogos alentados por el general Carlos Prats y el cardenal Raúl Silva Henríquez en agosto. Nada funcionó: Prats renunció, Allende nombra a Pinochet por sus muestras de lealtad, siguen las huelgas y los atentados de la oposición, el Congreso declara ilegales las actuaciones del Gobierno… el Golpe es acordado para septiembre. Garcés saca una conclusión descarnada: la izquierda, la clase trabajadora, no tuvo una dirección política única, sepultando la viabilidad de un camino al socialismo por una «vía indirecta» a través del sistema democrático y en forma pacífica[155]. En la última y masiva marcha de la Unidad Popular, el 4 de septiembre de 1973, recordando el triunfo de 1970, se ven las banderas verdes con una estrella roja: algunos militantes del MAPU portaban cascos en señal de que la guerra venía[156].

La utopía desmoronada

Los historiadores, por cierto, están divididos respecto a la Unidad Popular. Desde los conservadores, como Gonzalo Vial que hablan del «descalabro» y el «caos marxista» producido por el utopismo de Allende[157], a los compiladores que solo rescatan los textos en que la izquierda habla de la «democracia burguesa» o plantea la «vía armada» (Farías, 1999) y los autores revolucionarios que solo ven la mano negra de la CIA[158].

Una década después, el intelectual del MAPU-OC Manuel Antonio Garretón integró los análisis reconociendo que hubo causas estructurales (la crisis del modelo de desarrollo basado en la sustitución de importaciones para lograr integración social) combinadas con los elementos de la historia cruda: opción violenta de la derecha, pérdida de valor en la democracia en la DC y los sectores medios, y los errores de la propia izquierda que llevaban a que el tipo de transformación elegida por la UP convirtiera las crisis parciales en pérdidas de legitimidad del propio sistema democrático por el cual había sido electa («polarización política y desinstitucionalización de las formas de enfrentamiento»)[159].

Carlos Montes, con una relectura a casi cuarenta años, reconoce que todo estaba jodido y que Allende tenía razón: había que hacer un esfuerzo de acuerdo básico con la DC:

Mirando desde hoy día, era el momento de haber ampliado la alianza de gobierno, o sea, una cosa mucho más global, no solamente los militares, haber incluido al progresismo de la DC. En ese tiempo, estaba muy en la idea del poder popular, pero mirando desde hoy en día, con o sin poder popular, estábamos jodidos[160] igual, no se resolvía el momento de la historia ni se aseguraba qué curso iba a tomar para adelante, pero la pura alianza con los militares tampoco solucionó nada. Era el momento de asumir que estábamos en un quiebre de la situación que requería reconstruir la base política[161].

El MAPU, en sus documentos oficiales, busca resaltar el intento de producir mejoras en los sectores populares: «En casi tres años vivimos el más serio intento por dar cuenta de los grandes problemas nacionales […] en hacer justicia a los marginados, en elevar a niveles insospechados la participación del pueblo trabajador»[162]. Reconoce que el fracaso de la UP no se debe solo al complot sino también a la incapacidad de crear una opción transformadora de mayorías:

La derrota del gobierno popular termina por frustrar el más avanzado intento de

salida a la crisis estructural de nuestra sociedad. Una cruenta ofensiva de la reacción derechista alimentada de las propias insuficiencias del movimiento popular […]. Incapacidad (de la UP) para ampliarse y consolidar como bloque transformador a la inmensa mayoría que en las elecciones del 70 se pronunció por cambios profundos[163].

Pero eso se escribe en 1985. El MAPU y los mapucistas, como veremos, vivirán entre 1973 y 1979 un proceso profundo de depresión, represión, autocrítica y reinvención. La izquierda chilena, que verbalizó una vía democrática al socialismo, pero no tuvo acuerdo estratégico en el valor de la democracia frente al valor superior que era «el socialismo», sufrirá la derrota y luego su transformación hacia una izquierda democrática que buscará alianzas con la Democracia Cristiana y reencuentro con el reformismo republicano, el mismo que despreciara entre 1970 y 1973. En las antologías, para mostrar lo ambigua con la democracia que fue la izquierda chilena, el exizquierdista Víctor Farías se ensaña con una entrevista que dio Jaime Gazmuri a la revista del MIR Punto Final. El líder «moderado» en el cosmos mapucista, confesó que para ellos el proceso democrático era una cuestión táctica:

El MAPU cree que la cuestión de las vías para llegar al poder es un asunto que está normalmente mal planteado. No hay una vía electoral. Hay elecciones que las fuerzas revolucionarias deben evaluar en cada caso y ver qué perspectivas presenta para el avance de la revolución. Tampoco hay una vía armada, aunque en algún momento han debido luchar por las armas contra el poder armado de las burguesías […]. Hay procesos revolucionarios que

—

combinando distintas formas de lucha en cada etapa

—

son capaces de conquistar el poder del Estado. No descartamos las formas armadas…[164].

Óscar Guillermo Garretón, por su parte, dirá que todo era inviable, partiendo por el programa:

Antes de decir cuál podía ser más ingenuo: el programa era inviable. Yo creo que todo su programa, que era en el cual se refugiaban los moderados, que no se excediera el programa, era un programa que no tenía ninguna consideración al mundo real concreto que vivíamos: Una América Latina bajo la influencia americana, con los americanos erizados por el tema cubano y tener otra Cuba acá en el otro extremo de América era una cuestión inaceptable; los soviéticos no estaban dispuestos a jugarse por lo menos a fondo, podían demostrar amistad, pero no era el hermano mayor que Allende creyera. La plata que prestaron no fue nada[165].

Así se pierde la democracia, eclipsada por el valor superior del socialismo. Alberto Aggio profundizó en la ambigua aceptación de la democracia por parte de la izquierda chilena bajo la Unidad Popular: La «moderación del PC», en comparación con la definición insurreccional del PS (75 % de su Comité Central), fue solo una cuestión táctica, ya que ambos partidos profesaron programas que consideraban a la democracia como burguesa y al socialismo como la meta: «Idénticas en cuanto a las referencias teóricas y en cuanto a los horizontes proyectados, pero divergentes en cuanto al comportamiento político»[166]. El MAPU y el MAPU-OC también oscilaron en esas marchas hacia el futuro llamado socialismo que concluyen con la democracia destruida y la utopía desmoronada.

1 Gonzalo Vial, Salvador Allende: el fracaso de una ilusión (Santiago: Universidad Finis Terrae, 2005).

2 Joan del Alcàzar, «Mimetismo y fracaso de la izquierda latinoamericana (1956-1990)», en Estudios y materiales para la historia de América Latina, 1955-1990, de Joan del Alcàzar y Nuria Tabanera (Valencia: Universidad de Valencia, 1998), 11-31.

3 Ibíd., 21.

4 Joan Garcés, Allende y la experiencia chilena, 43.

5 Regis Debray, Conversación con Allende (México: Siglo XXI, 1971).

6 Eduardo Novoa Montreal, Los resquicios legales: un ejercicio de lógica jurídica (Santiago: BAT, 1992).

7 Joan Garcés, Allende y la experiencia chilena, 317.

8 Incitados por la CIA, un grupo de jóvenes del grupo ultraderechista Patria y Libertad secuestra al general Schneider, quien se resiste y es asesinado. Se pretendía provocar una conmoción antes de que la DC ratificara con sus votos en el Congreso la elección de Allende.

9 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón.

10 Joan Garcés, Allende y la experiencia chilena, 321.

11 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón.

12 Allan Angell, Chile de Alessandri a Pinochet, 59.

13 El PSD saca el 1,36 % en las municipales de 1971 y se extingue. La Agrupación Popular Independiente, API, era un partido de las provincias de Talca y Linares, centro-sur, vinculadas al parlamentario Rafael Tarud.

14 Datos oficiales del Servicio Electoral.

15 El expresidente Aylwin ratificó sus dichos a pesar de la incomodidad que le produjo a sus aliados socialistas: «La ingobernabilidad vivida exigía un lapso, una pausa para poner orden, una dictadura transitoria, no como ideal, como mal necesario». El Mercurio, 4 de octubre, 1998.

16 Frei expone la amenaza «totalitaria» acusando a la UP de «régimen de minoría», de atropellar las leyes, de querer tribunales «populares». Carta a Mariano Rumor, presidente de la Unión Mundial de la Democracia Cristiana, 8 de noviembre, 1973.

17 Entrevista con Carlos Montes..

18 Documento: Propuesta Programática al III Congreso. MAPU, 1985.

19 Diálogo con Alfredo Rodríguez.

20 Cristina Moyano, MAPU o la seducción del poder y la juventud, 24.

21 Según Garretón, al MAPU le ofrecieron el Ministerio de Justicia, pero al presionar a Allende, al pequeño partido API de Rafael Tarud se le quitó Economía y le dieron Justicia. «Entonces, entramos Pedro Vuscovic como ministro y yo de segundo en Economía». Entrevista a O. G. Garretón, mayo, 2008.

22 Entre 1925 y 1974, Chile se divide en provincias y departamentos (luego regiones y provincias), siempre bajo el modelo centralista de designación presidencial de sus máximas autoridades.

23 Memoria MAPU, Ausentes, presentes, 14.

24 Entrevista a Carlos Montes.

25 Diversos entrevistados mitifican este concepto de Ambrosio y reconocen que incuba el propio drama posterior de la izquierda y el quiebre del MAPU: los reformistas en el Gobierno, los revolucionarios en los cordones industriales y en las poblaciones marginales.

26 La Nación, 9 de noviembre de 1970, en Blanca Etcheberry, «Formación y desarrollo del MAPU», 55.

27 Entrevista a Carlos Montes.

28 La Nación, 9 de noviembre de 1970, en Blanca Etcheberry, «Formación y

desarrollo del MAPU», 56.

29 La Prensa, 25 de noviembre, 1970.

30 Revista Punto Final (vinculada al MIR), núm. 99, 3 de marzo de 1970. Entrevista a Jaime Gazmuri: «El MAPU y su papel en la campaña electoral», en La izquierda chilena (1969-1973). Documentos para el estudio de su línea estratégica, de Víctor Farías (Santiago: CEP, 2000).

31 Marta Harnecker, Los conceptos elementales del materialismo histórico (México: Siglo XXI, 1971).

32 Eugenio Tironi, La Torre de Babel. Ensayo de crítica y renovación política (Santiago: SUR, 1984).

33 Carta a Rodrigo Ambrosio firmada por Rafael Agustín Gumucio, Alberto Jerez, Julio Silva Solar y Jacques Chonchol. Fechada el 25 de mayo de 1971. Citada por Cristina Moyano, MAPU o la seducción del poder y la juventud, 152.

34 El Mercurio, 7 de agosto. La Tercera, 11 de agosto. Blanca Etcheberry, «Formación y Desarrollo del MAPU», 58.

35 Documento (sin fecha), «Los tres hitos más importantes en la historia de la Izquierda Cristiana», en Carlos Carlos Bascuñán, La izquierda sin Allende, 108.

36 Entrevista a Carlos Montes.

37 Expresión campesina que se refiere a romper algo, a quebrar el árbol cuando tiene demasiados frutos y no se ralea.

38 Entrevista a René Aucapán.

39 Cristina Moyano, Mapu o la seducción del poder, 142-157.

40 Tomás Moulian, Democracia y socialismo en Chile, 92.

41 Texto para esta tesis de Mario Rosales, «Breve historia de mi pensamiento», enero, 2009.

42 Rodrigo Ambrosio, Discurso en el Estadio Nataniel, mayo, 1971, en Valenzuela, MAPU: Fuerza socialista, 63.

43 Donoso, Los Cristianos por el Socialismo en Chile; Blanca Etcheberry, «Formación y Desarrollo del MAPU», 28.

44 Ibíd., 31.

45 <http://historiactiva.jesuitas.cl/entrevista_18/imprimible.htm>.

46 Los «pijes» son los jóvenes de los barrios de clases acomodadas.

47 Entrevista a Gastón Rojas.

48 Entrevista a Ricardo Sazo.

49 Memoria MAPU, El MAPU, realidad o mito, 56.

50 Manuel Castells, La lucha de clases en Chile (México: Siglo XXI, 1974).

51 Documento «Ambrosio, Discurso en el Estadio Nataniel», mayo, 1971.

52 Entrevista a Carlos Montes, quien fue activo asesor sindical en el sector sur de Santiago.

53 Ibíd.

54 Entrevista a Ricardo Sazo.

55 Ministro comunista.

56 La Agrupación Popular Independiente (API) fue un pequeño partido de corte socialdemócrata encabezado por Rafael Tarud, con implantación en la actual Región del Maule, particularmente las provincias de Talca y Linares, por donde fue senador, y en la nueva democracia, su hijo Jorge, diputado por el PPD.

57 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón.

58 Óscar G. Garretón, Humberto Vega, Jacques Chonchol, entre otros, ya venían trabajando desde el año 1969 ideas para la eventual candidatura presidencial de Radomiro Tomic.

59 Fernando Dhase, Mapa de la extrema riqueza (Santiago: Aconcagua, 1979).

60 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón.

61 ITT es la International Telephone and Telegraph, grupo económico norteamericano fundado 1920 y con diversos intereses en América Latina. Numerosas investigaciones demostraron sus acciones contra el gobierno de Allende y sus vínculos con la CIA. Las revelaciones de documentos secretos de la ITT conspirando contra Chile fueron desclasificados en 1972 por el periodista Jack Anderson y publicados en Chile por Editorial Quimantú.

62 Kramer, Chile, historia de una experiencia socialista, 197-198.

63 Ibíd., 199.

64 Ibíd., 202-203.

65 Ricardo Lagos, La concentración del poder económico: su teoría y realidad chilena (Santiago: Editorial del Pacífico, 1961).

66 Entrevista a Fernando Flores.

67 Salvador Allende, La vía chilena del Primer Mensaje ante el Congreso Pleno, 21 de mayo de 1971 (Santiago: Quimantú, 1971), 8.

68 Ibíd.

69 Revista Ercilla, núm. 1871, 26 de mayo, 1971, 11.

70 Tomás Moulian, «La crisis de la izquierda», en FLACSO: Chile 1873-198…? (Santiago: FLACSO, 1983), 302, citado por Andrés Benavente, Panorama de la izquierda chilena, núm. 18 (Santiago: CEP, 1985), 164.

71 Javier Vial fue detenido en plena dictadura tras el colapso económico del año 1982, cuando los préstamos relacionados entre bancos y empresas generaron inversiones fantasmas y sin control, conduciendo a una serie de quiebras, a la devaluación del peso y a la mayor alza histórica del desempleo. La crisis marcó el fin del periodo ortodoxo neoliberal de Pinochet y la adopción de medidas más pragmáticas. Javier Vial fue uno de los símbolos de la crisis.

72 La entrevista se realizó poco antes de la muerte de Andrónico Luksic, el empresario chileno

–

croata, controlador del mayor grupo económico del país (minería, transporte, bebidas, metalurgia, hoteles), que mantuvo relaciones con todo el arco político. Se respeta la referencia en presente que hace Garretón.

73 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón.

74 Expresión de Carlos Montes.

75 Véase <www.movimientogremial.cl>.

76 Entrevista con Óscar Guillermo Garretón. Mayo, 2008.

77 Entrevista a Ricardo Sazo.

78 William Thiesenhusen, Broken Promises: Agrarian Reform and the Latin America Campesino (Colorado: Westview Press, 1995).

79 Entrevista a Fernando Flores. Julio, 2007.

80 The New York Times, «Before the 73 Coup, Chile tried to find the right software for socialism», 28 de marzo de 2008.

81 Fuente: <www.cybersyn.cl>, citado en revista Patrimonio Cultural, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, núm. 43, año

(otoño 2007).

82 La fecha de inicio es 1912 cuando Luis Emilio Recabarren crea el Partido Obrero Socialista, futuro Partido Comunista.

83 Entre los mayores exponentes de esta visión estructuralista, se encuentran Gabriel Salazar y Julio Pinto, Historia contemporánea de Chile, (Santiago: LOM, 1990).

84 Vanguardia Organizada del Pueblo. Los hermanos Rivera, autores del asesinato, murieron en un crudo enfrentamiento con la Policía de Investigaciones.

85 Una fotografía retrata a la plana mayor del MAPU con Fidel en Chile. Están Ambrosio, Gazmuri, Garretón, Enrique Correa, Juan Enrique Vega y, de los «comunitaristas», Vicente Sota, quien se quedó en el MAPU. Archivo Sergio Muñoz.

86 Paralizan los camioneros y se suman gremios medios, comerciantes, médicos, sindicatos de profesionales y algunos obreros de la gran minería del cobre. Está

ampliamente documentado el financiamiento de la CIA. Véase Informe Church, Cover actions in Chile: 1963-1973, 60.

87 General de la Fuerza Aérea vinculado al pensamiento socialista laico. Muere producto de torturas en la Cárcel Pública tras el golpe de Estado.

88 En 1974, asesinado junto a su esposa en Buenos Aires al explotar su vehículo en el barrio de Palermo. El crimen es cometido por la policía secreta de Pinochet, la DINA, que usa un método similar para matar al excanciller de Allende, Orlando Letelier, en Washington en 1976. También dispararon en Roma contra el líder del sector progresista de la Democracia Cristiana Bernardo Leighton y su esposa Anita Fresno.

89 Expresión de Rodrigo González.

90 Cristina Moyano, MAPU o las seducción del poder y la juventud, 140.

91 En la nueva democracia se pidieron treinta y cuatro mil firmas para poder constituir un partido político.

92 La Tercera, 27 de mayo, 2007, 17.

93 Entrevista con Saúl Bravo.

94 Jaime Gazmuri cuenta su visión del quiebre del MAPU en El sol y la bruma,

64-75.

95 Según Rodrigo González, los documentos eran genéricos, parte de la retórica de la época. Lo que sí estaba claro es que los del poder popular veían inevitable el conflicto y que la revolución debía ser profundizada y defendida. Entrevista, noviembre, 2007.

96 Lema del Partido Socialista.

97 Entrevista a Rodrigo González.

98 Ibíd..

99 Entrevista a Víctor Barrueto.

100 A la Universidad Técnica Federico Santa María de Valparaíso entran alumnos de altos puntajes en las pruebas de selección para Ingeniería.

101 Entrevista a Saúl Bravo.

102 Joan Garcés, Allende y la experiencia chilena, 235.

103 MAPU, «Resolución II Congreso Nacional», en Joan Garcés, ibíd., 235-236.

104 Entrevista a Jorge Venegas.

105 Entrevista a Carlos Montes.

106 Entrevista a Rodrigo González.

107 <http://aquevedo.wordpress.com/2009/05/02/el-mapu-en-wikipedia/>.

108 Memoria MAPU, Ausentes, presentes, 41-48.

109 Luis Magallón cuenta que una hija de Almeyda les informaba de las reuniones de su padre con Allende y miembros del ala «moderada». Él mismo informó en la propia Comisión Política del MAPU en enero de 1972, generando la negativa de los divisionistas. La división estaba en curso, pero aún no tenía fecha.

110 Fernando García y Óscar Sola (eds.), Salvador Allende, una época en blanco y negro (Buenos Aires: Aguilar-El País, 1998).

111 Entrevista a Gastón Rojas.

112 Documento interno del MAPU publicado por el diario conservador El Mercurio, el uno de marzo de 1973, como muestra del deterioro del gobierno y

las posturas ultraizquierdistas. Las elecciones parlamentarias se realizaban el cuatro de marzo, por lo cual, este documento fue funcional para la denuncia de la derecha de que la izquierda no quería la democracia. Citado por Joan Garcés, Allende y la experiencia chilena, 348.

113 El Mercurio, 2 de marzo, 1973, 1.

114 Ibíd., 16.

115 El Mercurio, portada del 3 de marzo, 1973.

116 Ibíd.

117 Diálogo con Fernando Flores, julio, 2007.

118 Jaime Gazmuri, El sol y la bruma, 130.

119 Entrevista a Jaime Gazmuri.

120 En la parte final de la película Machuca (Santiago, 2004), de Andrés Wood, se muestran los grandes murales con que los comunistas pintaron Santiago en 1973 llamando al «no a la guerra civil».

121 Conversación y entrevista con Gastón Rojas. Fue dirigente juvenil del MAPU; luego, integrante de ONG sindicales bajo la dictadura, y quien evolucionó con los años hacia el sector privado y a una crítica a la izquierda.

122 Entrevista a Gastón Rojas.

123 Conversación con Fernando Flores.

124 El Mercurio, 9 de marzo, 1973, 3.

125 Óscar Guillermo Garretón, Mensaje al III Congreso del MAPU, 1985.

126 Periódico Punto Final, núm. 179, Santiago, 13 de marzo, 1973, 2-3.

127 Entrevista a René Aucapán.

128 Los ejes de la CODE fueron el Partido Nacional de Derecha y la Democracia Cristiana. Como socios menores, participaron la Democracia Radical (derecha) y el Partido de Izquierda Radical (PIR), escisión centrista del PR que en 1972 se pasó a la oposición, eligiendo al diputado Roberto Muñoz Barra.

129 Reinaldo Demetrio, profesor de la Universidad de Concepción, revive el recuerdo de la dura división de 1973 en 2007: «El regional Concepción estuvo entero con Garretón. Bell fue elegido por los del MAPU-OC con votos de los

comunistas». Entrevista a Reinaldo Demetrio.

130 El Mercurio, 5 de marzo, 1973.

131 Hermana del expresidente, diputada por Santiago Centro (murió en Cuba en 1981).

132 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón.

133 Entrevista a Jorge Venegas.

134 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón.

135 Entrevista a Gladys Göeder.

136 El Mercurio, 5 y 6 de marzo, 1973.

137 El Clarín, 25 de febrero de 1973.

138 Entrevista a Víctor Barrueto.

139 El Clarín, 24 de febrero de 1973.

140 Intendenta de Santiago en el gobierno de Michelle Bachelet.

141 Diálogo con Jaime Gazmuri, diciembre, 2007.

142 Manuel Antonio Garretón hablará del «rasgo ideológico cultural» que aglutina a los diferentes sectores medios (la idea de que son distintos a los proletarios y el miedo al comunismo), los que al sentirse amenazados por el proyecto popular de Allende, en un contexto de polarización política, van optando por una salida autoritaria. Manuel Antonio Carretón, El proceso político chileno, 1983, 56-57.

143 Entre los cantos de la oposición contra la UP, un estribillo rezaba: «La prepotencia del MIR, el sectarismo de las JAP… y eso que se llama Salvador».

144 La Unión Socialista Popular (USOPO) fue una escisión crítica de Allende en el PS, liderada por Raúl Ampuero, que se convierte en disidente de la UP.

145 Sergio Bitar, La caída de Allende y la huelga de El Teniente (Santiago: Ornitorrinco, 1989)..

146 Esta frase fue usada por la oposición para referirse a Allende.

147 Joan Garcés, Allende y la experiencia chilena, 325.

148 Según la calidad del suelo agrícola, secano o de riego, se dejaba al latifundista «reservas» de ochenta a doscientas hectáreas, así como las casas patronales. Esta norma fue ampliamente sobrepasada por las organizaciones campesinas con el apoyo de activistas del PS, del Frente de Campesinos Revolucionarios (FCR) del MIR, y por militantes del MAPU. Un caso es la toma de las bodegas de la Viña Concha y Toro en la provincia de Cachapoal. Entrevista a Ricardo Sazo.

149 Diálogo con Fernando Flores.

150 Joan Garcés, Allende y la experiencia Chilena, 325-326.

151 Ibíd., 353.

152 Altamirano evita la caricatura de su posición, sosteniendo que la política del PS consistía en crear «espíritu de resistencia», lograr el mayor número de «oficiales leales» y «coordinarlos con el pueblo». Patricia Politzer, Altamirano (Buenos Aires: Melquiades, 1990), 34-35.

153 Entrevista con Óscar Guillermo Garretón.

154 El historiador Magasich logra reconstruir la reunión celebrada en un departamento del barrio Recreo, entre Viña del Mar y Valparaíso, celebrada el 31 de julio de 1973, en la que un grupo de siete suboficiales de la Armada, encabezados por Juan Cárdenas, explican a Garretón y a otros dirigentes del MAPU (Alfonso Néspolo, encargado de temas militares y los dirigentes porteños

Leopoldo Luna y Hernán Pacheco) la preparación del Golpe para el 10 de agosto y la idea de ellos de amotinarse y tomarse por la fuerza los buques. El marinero Pedro Lagos afirma que Garretón dijo que era una locura y que había que conversar más. Jorge Magaslich, Los que dijeron No. Historia del movimiento de los marinos opuestos al golpe de Estado de 1973 (Santiago: LOM ediciones, 2008), 92.

155 El asesor de Allende concluye que «dirección única» era la «condición estratégica», relatando el fracaso de un Partido Federado de la UP y los intentos finales de lograr consensuar una salida política, que Allende pide por escrito a los partidos. Joan Garcés, Allende y la experiencia chilena, 340-343.

156 Entrevista a Gastón Rojas.

157 Gonzalo Vial, Historia de Chile 1891-1973. (Santiago: Zig-Zag, 2006) y Allende: el fracaso de una ilusión (Santiago: Universidad Finis Terra, 2005).

158 James Petras, «On the US and the overthrow of Allende», Latin American Review, vol.

(1978): 205-221.

159 Manuel Antonio Garretón, El proceso político chileno (Santiago: FLACSO, 1983), 34.

160 En Chile, se usa como sinónimo de condenados, derrotados.

161 Entrevista a Carlos Montes.

162 Esteban Valenzuela, MAPU: Fuerza socialista, 27.

163 Propuesta Programática de la Dirección al MAPU al Tercer Congreso, 1985.

164 Jaime Gazmuri, «El MAPU y su papel en la campaña electoral», Punto Final, núm. 99, 3 de marzo, 1970, en La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica, tomo 1, de Víctor Farías (Santiago: CEP, 2000), 242.

165 Garretón también recuerda que Neruda, embajador en París de la Unidad Popular, ya nombrado Premio Nobel, da un discurso conmovedor a los banqueros. Nada funciona y por eso el resentimiento de las autoridades económicas allendistas al poco apoyo soviético, a diferencia del que prestaron a Cuba.

166 Alberto Aggio, «Revolución y Democracia en el Chile de Salvador Allende», en Estudios y materiales para la historia de América Latina 1955-1990, 39.

Capítulo IV

Del escepticismo a la reinvención. 1973-1980

De nuestros quince años, hemos vivido casi doce en la clandestinidad. Nuestra orgánica fue aventada, nuestros militantes perseguidos, asesinados, torturados y exiliados. Después del golpe debimos reconstruir casi entera la dirección y foguearla en condiciones duras y desconocidas. Sin embargo, sobrevivimos, maduramos y crecimos. No se trata de un milagro. La nuestra no es la historia efímera de un grupo clandestino o de una etiqueta fantasmal.

MAPU, Tercer Congreso, mayo, 1985[1]

El del escepticismo fue un tiempo doloroso pero creativo, en el que predominó la duda y la autocrítica después de la gran derrota. Si el mesianismo llevó al ideologismo, el escepticismo fue la semilla de la renovación que en los ochenta convertirá a los del MAPU en militantes de partidos pragmáticos que apuestan a las grandes corrientes socialdemócratas y en pensadores de agendas parciales de transformación en la corriente posmoderna que los atrapa: poder local, minorías, ecologismo, nuevo sindicalismo, emprendimiento, feminismo. La introspección fue profunda y, tras la autocrítica, la renovación fue una verdadera conversión hacia la democracia como valor supremo, la aceptación del mercado y el descrédito de las utopías totalizadoras[2].

Golpe militar: crueldad y fragilidad

Aunque se presagiara el Golpe, el martes 11 de septiembre los descolocó a todos. Los máximos dirigentes buscaron infructuosamente encontrarse en la zona sur de Santiago donde tenían mayor presencia y existían cordones industriales. El único ministro del MAPU-OC, Fernando Flores, al igual que Allende, logró temprano encontrar la ruta a La Moneda en la ciudad que se iba llenando de patrullas militares y tanquetas policiales. Presenció la rabia de Allende hacia los generales traidores, las duras palabras del presidente hacia algunos dirigentes de izquierda que preguntaban qué había que hacer, los mismos que le enrostraban su debilidad y llamaban al poder popular armado. También, corroboró la eficacia militar en el copamiento de todo el país. Los aviones sobrevolando anunciaban los bombardeos, mientras el último discurso en Radio Magallanes llamaba al pueblo a no sacrificarse y presagiaba que en el futuro se abrirían las grandes alamedas por donde pase el hombre libre.

Flores es detenido cuando intenta parlamentar, cruzando desde el Palacio de La Moneda en llamas al Ministerio de Defensa: «Allende me pide que negocie con los militares una tregua para que salieran civiles y las mujeres. Me dicen que me esperan en el Ministerio de Defensa, al otro lado de la Alameda; cruzo y no cumplen la palabra, me detienen de inmediato»[3].

El MAPU experimentó el fin de sus ilusiones: la resistencia épica de los trabajadores fue esporádica (por algo el propio Allende llamó a no emprenderla en su último discurso)[4] y no se contó con un ala pro izquierda dentro de las Fuerzas Armadas. Los trabajadores y pobladores se recogieron a sus casas. Los minúsculos aparatos militares de ambos MAPU

—

afincados en pocas armas y el entrenamiento de algunos miembros de la SAE

—

fueron impotentes y quedaron desarticulados ante el despliegue militar. No tenían nada, solo juegos, retórica, entrenamientos precarios para peleas callejeras.

Barrueto, entonces miembro de la dirección Santiago del MAPU, relata que en una casa en la calle San Isidro se apiñaron catorce de los veinte miembros de la dirección

—

«en la morada de una familia evangélica»

—

, que durmieron de a dos y que en las noches salían a buscar resistencia en el sector sur.

Fue una semana de impotencia; nos arrojamos a zanjas y patios para esquivar las patrullas, creyendo que ya llegaban las tropas de Concepción[5] al mando del general Prats leales a la izquierda. Fuimos varios días al cordón Vicuña Mackenna buscando resistencia. Quedamos cercados y volví a la casa de mis padres en Vitacura. Solo después nos dimos cuenta de nuestra total vulnerabilidad[6].

Carlos Montes, quien desde el Regional Sur de Santiago animó contactos con el cordón industrial, dice que fue un intento vano y desmitifica: «En la empresa Lucchetti, se enfrentaron unos socialistas con militares. La gente nuestra del sindicato Alusa que esperaba armas, sintió los disparos y huyó por detrás. No hubo en la zona nada más»[7].

Esta versión es contrastada por la mirada crítica de un dirigente sindical mapucista que sí participó de uno de los pocos casos de resistencia. Arturo Martínez, presidente de la Central Unitaria de Trabajadores en democracia, era entonces el líder del sindicato de Alusa. Según él, a las seis de la tarde del 11 de septiembre, se reunieron treinta dirigentes de la UP en Lucchetti[8], incluyendo a la ministra comunista Mireya Baltra y al propio Garretón, hasta que comenzaron

a conocerse por la radio los primeros bandos de la Junta Militar que les conminaba a entregarse de inmediato:

Los dirigentes se fueron. De los 506 trabajadores de Alusa que en la mañana del golpe estaban dispuestos a defender el gobierno popular, al menos nos quedamos sesenta toda esa noche. En la mañana del 12, cuando reinaba el absoluto silencio, un obrero gritó desde una torre: ¡Los trabajadores al poder! De inmediato, comenzó el asalto de los militares con tanquetas. En Lucchetti, hubo unos instructores cubanos que intercambiaron metralla. En Alusa, solo teníamos dos rifles y unas pistolas. Yo intenté repeler torpemente detrás de un recipiente de gas. En el sótano, sufrimos la balacera, con varios heridos. A las diez a.m., hicimos un hoyo hacia la calle Santa Helena. Tuve que empujar al gordo Jorge Zalaquett, interventor estatal de la empresa […]. Me escondí en un alcantarillado. Después, nos detuvieron y nos llevaron al Estadio Nacional; allí solo habíamos militantes de base y dirigentes sindicales.

Montes tiene un recuerdo más crudo y menos épico de la total ausencia de respuesta y de la lógica de sobrevivencia que se produjo tras el Golpe. Según él, solo a contar del año 1974 se comenzaron a reorganizar pequeños contactos. En aquellos días de septiembre, algunos valientes se daban vueltas como para decir que estaban dispuestos a dar una guerra imposible. Esta es la respuesta de Montes sobre si hubo resistencia del MAPU al Golpe:

Cero[9]. Hubo una resistencia en Yarur, un conjunto de tipos estaba esperando que llegaran armas, pero llegaron los milicos, empezaron a disparar y escaparon por atrás. No hubo resistencia. Todos soñaban que iban a llegar armas, pero eran puros cuentos, no más. Todo el mundo estaba muerto de susto, pero su gran gesto era estar ahí, decir qué hacemos. Estoy hablando de dos, tres días, tampoco fue mucho. Nosotros pasamos rápidamente a una estrategia de sobrevivencia, como personas y como organización, eso quizá evitó que muriera mucha gente porque comprendimos rápidamente que no había otra posibilidad.

Barrueto recuerda que la mayoría de la dirección del MAPU logra reunirse tras el Golpe en casas de seguridad en la zona sur de Santiago: esperan resistencia y la llegada del ejército salvador del general Prats, el militar constitucionalista. Después, como el jovencito acomodado que era, vuelve derrotado a su casa del barrio alto:

Nos encerramos la dirección metropolitana del MAPU en una casa antigua de unos viejitos evangélicos en San Isidro o Carmen. De veinte llegamos catorce, pero también llegaron unos uruguayos[10] que nos fregaron porque los andaban siguiendo con listas y si encontraban a uno nos mataban a todos. Ahí estuvimos cinco días, dirigiendo el cordón Vicuña Mackenna, salíamos en la noche a repartir unos papeles que imprimíamos diciendo que había que esperar en las industrias porque venía el General Prats. Salíamos normalmente una hora antes del toque, haciendo guardias, arriesgamos la vida y yo no volví hasta diez días después a mi casa, a la casa de mis padres en Vitacura[11].

En las primeras horas, Jaime Gazmuri, secretario general del MAPU-OC, al igual que Garretón, el líder del PS Carlos Altamirano y otros dirigentes del MOC, como Enrique Correa, lograron refugiarse en casas de compañeros u obreros de la combativa zona sur de Santiago. Sus nombres, como la de la mapucista Carmen Gloria Aguayo, encargada de asuntos sociales de la Unidad Popular, aparecen en los bandos militares que se repiten en la radio y la televisión: les conminan con voz metálica a entregarse. Los militares comienzan una operación «rastrillo» por todo Santiago, allanando calle por calle, deteniendo a dirigentes sindicales, sociales y militantes de izquierda, la mayoría de los cuales son llevados al Estadio Nacional convertido en campo de concentración. Gazmuri describe la fragilidad inicial: no hay organización, no saben qué hacer, salvo lo básico; unos cuantos nombres de enlace, como Mario Valdivia, que trabaja como economista en el Banco Central, la profesora María Antonieta Saá y militantes del barrio alto, como Jorge Marshall[12]. Según el investigador español Jesús Martínez, el MAPU-OC muestra una eficiente capacidad para esconder a Gazmuri, quien se convierte en el único presidente de los partidos de la Unidad Popular que sobrevive en Chile, sale e ingresa clandestinamente varias veces hasta mediados de los ochenta[13].

Esa es la historia de los líderes máximos, pero esta historia es también el relato y las microrrealidades que vivieron los mapucistas en provincias, como Gladys Göeder, la candidata a diputada del MAPU-OC por Rancagua. El mismo día del Golpe, junto con su marido Omar Jofré (encargado de relaciones laborales del mineral El Teniente), decide dejar con su madre, en calle Carrera Pinto, a sus tres hijas de cinco, seis y siete años, y se esconde por varios días en distintas casas. Ella, disfrazada con peluca, se refugió con familias católicas y evangélicas en las poblaciones René Schneider, Lourdes y Rancagua Sur. Finalmente, se entrega a los militares y es enviada al Buen Pastor donde es detenida: «La monja del Buen Pastor se flagelaba con azotes en su celda, orando y diciendo nuestros nombres cuando los militares nos llevaban a interrogatorios a la Intendencia. Ella pensaba que así nos salvó»[14].

En las ciudades intermedias, la sociedad se mezcla; algunos tienen familiares militares y amigos curas (el párroco de la catedral Alfredo Salas) que interceden por su libertad. El mismísimo jefe de las fuerzas militares finalmente decreta la libertad y relegación de la pareja Jofré Göeder el día de Navidad.

El subsecretario del MAPU, Rodrigo González, de Valparaíso, queda formalmente como «encargado interior» hasta comienzos de 1974. Reconoce que todo fue precario: «Nos dedicamos a sobrevivir, a rescatar algunos enlaces; el Golpe fue aplastante y no hubo capacidad alguna de respuesta. Tenemos dos reuniones clandestinas de la dirección y en el invierno de 1974 entregó el poder a Montes. Yo salgo clandestinamente a Argentina en septiembre»[15]. González confiesa: «Un militante de alta alcurnia, con apellido de la aristocracia castellano-vasca, me permitió suplantarlo en el momento de sacar la foto para el carné de identidad, después que me enrularon el pelo […] salí con su nombre»[16].

González dirá que el partido lo mandó al exterior; Montes, que él mismo decidió viajar. El resultado es que la precaria dirección es asumida por este último, quien describe la limitada acción de los primeros meses:

La tarea es analizar la nueva situación, clarificar orientaciones políticas y reagrupar las estructuras, en un marco de implacable persecución. Los dirigentes del MAPU viven en decenas de casas y huyen de los constantes allanamientos. Se re-contactan regionales; militantes y dirigentes que comenzarán la reconstrucción partidaria[17].

Una muestra del cerco es la captura en abril de 1974, en dependencias de la Fuerza Aérea de Chile (FACH), de tres militantes del MAPU, ola represiva que culmina en septiembre con la detención y desaparición de los encargados de los medios de comunicación internos de la dirección clandestina: el ingeniero Patricio Vergara y el periodista Luis Durán; ambos engrosarán la lista de los detenidos desaparecidos[18].

Los batallones revolucionarios perdidos en Rancagua y los cerros del carbón

Otros que esperaron el ejército allendista de Carlos Prats, en un caso tragicómico, son un par de mapucistas en Rancagua. Allí no fueron los «revolucionarios» del MAPU-Garretón los que osaron protagonizar alguna resistencia armada contra el Golpe, sino dos «moderados» integrantes del MAPU-OC, el alcaide de la cárcel local, Carlos Lira (2003[19]), y Ricardo Sazo, quienes, conocido el cerco sobre La Moneda, toman una metralleta «Parabellum» con 157 tiros y un revólver Colt con 206 balas de las oficinas de los gendarmes y deambulan por los campos cercanos buscando unirse a la resistencia. Pero Lira es detenido tras ser denunciado cuando estaba refugiado en una casa cerca de Graneros y termina como preso político en la misma cárcel que dirigía. El otro integrante de la frustrada patrulla revolucionaria, Ricardo Sazo, agradece que Lira nunca lo delatara. Ambos habían escondido el armamento cerca de la casa de los campesinos y Sazo reivindica su acto de valentía y lealtad con Allende, treinta y cinco años después del Golpe:

Siempre nos preparamos para que en algún momento fueran a derrocar al Presidente Allende y siempre dijimos que lo íbamos a defender. Entonces yo fui coherente en ese momento en defenderlo, aunque fue una locura porque pudieron haberme matado y me siento contento de haberlo hecho porque es un testimonio de lo que uno piensa de la vida […]. Agarramos unos rifles y partimos a ver si había resistencia y no pasó nada. Partimos a Graneros y las enterramos en la casa de un campesino y después descubrieron dónde estaban enterradas y lo tomaron preso por mucho tiempo. A mí no me agarraron porque me fui y Carlos Lira se quedó callado y el campesino también, y nunca dijeron que yo era el tercer extremista que se había dado a la fuga. Después, en un artículo de El Rancagüino, tres días después del 11, en primera página decía: Descubierto el auto de Carlos Lira y andaba con otros extremistas que se dieron a la fuga, y el auto lo dejé botado en La Cruz[20].

Más al sur, el fuerte regional del MAPU de Concepción se dispersó, aunque algunos militantes se sumaron a los cientos de izquierdistas que se prepararon para la lucha en los cerros de Lota y Coronel, el epicentro de la zona del carbón, donde también se esperaron en vano las instrucciones para resistir, el apoyo de sectores militares constitucionalistas y la conducción de los líderes. Jorge Venegas recuerda, escupiendo aún rabia por los jóvenes que creyeron y perdieron la vida en los días posteriores al Golpe:

Si en ese momento hubiera llegado un cargamento de armas, las habríamos tomado y hubiera quedado la cagada. Hay un detalle: para el Golpe entre Lota y Coronel estaba la flota de los Unitas[21], estaban listas, pero el Ejército no llegó. Después de veinte días aproximadamente, llegó la presencia de militares, había solo carabineros. Tuvieron miedo de nuestra resistencia[22], pero no tuvimos armas.

La historia se repitió entre los mismos líderes en Santiago, como confiesa Barrueto, cuando parte de la dirección se encontraba encerrada en una casa de avenida Matta y se escuchaban el paso de los convoys militares, disparos

aislados, gritos por allanamientos; en sus cabezas persistía la idea de que «llegarían las tropas del general Prats». Hay que recordar que en la crisis del año anterior, de septiembre a noviembre de 1972, el presidente Allende combina un gabinete cívico-militar para responder a los largos paros. Los militares y el general Prats fueron claves para sostener el gobierno, y también la vana esperanza en la hora más difícil del Golpe. Como en Rancagua y Lota-Coronel, donde hubo batallones perdidos sin general, sin logística y sin municiones. Habían perdido hacía mucho.

La historia de Garretón: un coronel lo vigila en la Embajada de Colombia

La cúpula del MAPU trató de sobrevivir en la clandestinidad, pero el cerco fue feroz. Garretón aparece en los diarios como uno de los más buscados. Se esconde con diversas familias de la zona sur de Santiago. En su casa, pusieron militares de punto fijo, esperando que él llamara a Virginia Rodríguez, su esposa, para preguntar por sus hijas. Tras el asesinato de los hermanos Darío y Gregorio Hernández, encargados de la seguridad del máximo dirigente del MAPU, Garretón se asila en la Embajada de Colombia; logra salir del país en el año 1974. Darío Hernández, su chofer, preparaba su matrimonio. El relato de Garretón es dramático:

Las redes clandestinas de Carlos Montes fueron claves para escondernos en el sur de Santiago, pero el tema fue que me estaba transformando en un problema, mataron a mi chofer… [silencio]. Mi chofer era Darío Hernández y el otro Gregorio, Goyo Hernández. Los mataron en Santiago, muy poco después del Golpe. Darío había conocido a su novia en Concepción y se casaba el 15 de septiembre. Los masacraron a los dos hermanos. Entonces, cada día era más desagradable que yo estuviera en cualquier lugar y me asilé en octubre. A mi esposa la tenían con un milico en la casa, esperando que yo llamara y obviamente yo nunca llamé. Yo permanecí en la Embajada, donde los milicos trataron tres veces de sacarme en forma burda.

Óscar Guillermo Garretón vive el asilo con la desesperación de cientos de dirigentes de la Unidad Popular: están hacinados, las patrullas militares controlan sus movimientos, hay rumores sobre sus familias, las embajadas se llenan de pesadillas y cantos nostálgicos. Un ejemplo es el macabro episodio montado por la DINA que arroja el cuerpo torturado de Lumi Videla en la Embajada de Italia, para luego argumentar que murió producto de las peleas entre izquierdistas[23]. En ese ambiente oprobioso, el coronel colombiano se acerca a Garretón para sugerirle visitar a sus padres, entre otras artimañas, hasta que se produce el conflicto:

Me dice tengo que darle un mensaje de la Junta Militar, dicen que saben y aprecian mucho lo que se preocupa por su familia, su mujer y sus tres hijas, y que tenga usted la certeza de que si se entrega, no les va a ocurrir nada. Entonces, en una de esas reacciones que no son de inteligencia, que son de desesperación y pueden salir bien o salir pésimo, lo agarro, le doy un abrazo y le digo: «¡Gracias, coronel!, ¡gracias, coronel, le ha salvado la vida a mi familia!», y el embajador y la gente miraba preguntándose qué pasaba, él trata de soltarme y lo llevo donde el embajador y le digo: «Mire lo que me ha dicho, le dice usted o le digo yo». El embajador miraba con un odio al coronel, pidió asilo de inmediato para mi mujer y mis tres hijas, la más chica no tenía dos años todavía, y entraron asiladas a la Embajada de Colombia. El coronel desapareció. Nunca más supe de él porque lo mandaron de vuelta a Colombia.

Detención, tortura y salvada del Motoneto en Valparaíso

Rodrigo González sale a Argentina, se refugia en Luxemburgo, gana una cátedra de profesor de filosofía (tenía un doctorado en La Sorbona), aprende de las escuelas sindicales italianas y luego decide volver a Chile, donde es detenido. La Marina, a cargo de la zona, puso sus reglas para pasar a los acusados por el

sistema de fiscalía naval, no obstante a González lo ablandaron, golpeándolo sin dejar secuelas: «Me tomaron preso y estuve siempre incomunicado, y después me trajeron a la cárcel de Valparaíso, de donde me sacaban para interrogarme en la Fiscalía, pero en la noche me sacaban la cresta con cuidado porque me estaban interrogando formalmente»[24]. En ese contexto, los upelientos derrotados no se olvidan del Motoneto. La cárcel de Valparaíso está ubicada en un vértice de cerros y quebradas, entre los cementerios y la zona más turística de los cerros Alegre y Concepción. En sus recovecos, se escucharon voces que lo alentaron:

Estaba en una mazmorra en la cárcel de Valparaíso, en una celda con suelo de tierra en el que uno hacía todas sus necesidades, junto a un preso común. Lo más notable que me acuerdo de esta experiencia es que los jóvenes de Valparaíso, después de unos dos días, cuando se supo ya que estaba ahí, iban a gritar en las noches: ¡Rodrigo, estamos acá! Fue una cosa maravillosa, ellos gritaban y yo escuchaba. Nunca constaté después quiénes eran, gente solidaria de los partidos organizados.

Las historias se entrecruzan. González fue un apasionado de retórica incendiaria, pero había salvado a un derechista de una brutal golpiza en la época de la reforma universitaria, en que progresistas y conservadores se trenzaban a puñetazos por el control de la Casa Central de la Universidad Católica de Valparaíso. Se trataba de un abogado que más tarde lo dejará sin cargos, en lo que González y recuerda como la salvada de su vida:

Me atendió un abogado en esa época que estaba de fiscal que era un cabro que, en la época del movimiento estudiantil, yo le había salvado poco menos que el pellejo porque lo había sacado de una oficina donde estaba encerrado después de una retoma de la izquierda. Quedaron encerrados en una oficina todos los fachos[25] y él era facho y yo lo saqué, lo protegí y le pegaron patadas y a mí también y él era uno de los fiscales, él me interrogó y fue correcto conmigo, fueron supercorrectos conmigo[26].

Los vínculos sociales son fuertes y se convierten en redes de ayuda en plena dictadura. Miguel Ángel Solar sospecha que los gremialistas de la Universidad Católica le ayudaron a salvar su vida[27]. Carlos Montes descubre que entre sus torturadores se encuentra un médico conocido de la familia, quizá para

cerciorarse de que no muriera en los flagelos. Garretón describe la anécdota de su amigo derechista que no lo delata al encontrarse en un ascensor clandestino. González, casi en una identificación con el agresor, los califica de correctos porque no lo condenaron. Pero el problema estaba afuera, más allá del legalismo y ciertas normas que impuso la Marina en los años siguientes al golpe

—

en los primeros, recordemos, torturaron y asesinaron en buques de la Armada hasta causar la muerte de mapucistas como el padre Miguel Woodward

—

. Tras los límites de la cárcel y la fiscalía, se encontraba la DINA, que se encargaba de hacer desaparecer y matar. La familia de Rodrigo González lo sabe y acude al poder para proteger y camuflar a la oveja roja y verde de la familia: «Cuando salí porque no hubo cargos, me fue a buscar una jueza amiga de mi padre y me sacaron protegido porque en esa época cuando te soltaban te agarraba la DINA, y me llevaron a un lugar en Viña, después para Santiago»[28].

El saldo de la muerte: los mártires rojos y verdes

La represión de la dictadura significó tres mil ejecutados[29] y detenidos desaparecidos, en su mayoría socialistas, comunistas y miristas. El PS y el PC, por ser los grandes partidos de la izquierda, y el MIR, por su obstinado intento de poner resistencia armada al régimen, suman la mayoría de los asesinados, entre cuatrocientos y setecientos muertos cada uno. La dictadura chilena será mucho más cruenta que las que siguieron a los golpes tradicionales en Perú, Bolivia o Brasil, solo superada por la Argentina de Videla que habría causado quince mil asesinatos. El MAPU es el cuarto colectivo en la lista del horror, con

cuarenta y un asesinados y desaparecidos[30]. No sufrió un exterminio masivo, quizá por su tamaño o la eficacia de las redes que utilizaron sus miembros para sumergirse

—

muchas veces por los contactos en sectores pudientes de los barrios altos donde no llegaban los allanamientos masivos

—

o porque nunca tuvo explícitamente un aparato militar que aniquilar. Los mapucistas vivieron con relativa eficacia la clandestinidad; algunos optaron por asilarse en el Chile de las embajadas «amigas» colmadas de upelientos. Otros se atrevieron a vincularse con las organizaciones de la Iglesia católica que generaron las primeras redes de protección a los

perseguidos. Al Comité Pro Paz le sigue la Vicaría de la Solidaridad, donde se integran muchos MAPU, como Victoria Gallardo en archivos, el abogado Gustavo Villalobos, los periodistas Rodrigo Arteagabeitía y Susana Kúnkar, entre otros. En la ciudad minera de Rancagua, el abogado mapucista Mario Márquez lideró la Comisión de Derechos Humanos y presentó los primeros recursos de amparo[31].

La mayoría de los mapucistas asesinados muere durante los primeros meses tras el Golpe por su rol como dirigentes sindicales o como directivos de la Unidad Popular de rango intermedio. Las muertes se concentran en el norte, zona rural centro y en el sur, según los hechos consignados en los informes de derechos humanos realizados al inicio de la transición democrática, cuando Patricio Aylwin conforma un grupo encabezado por el exsenador radical Raúl Rettig, que incluye a Gonzalo Vial, historiador derechista, quien da su venia a la máxima conclusión: había violencia política, pero no guerra civil, por lo cual los ejecutados y desaparecidos fueron asesinados sin enfrentamiento por agentes del Estado[32]. Seleccionamos algunos casos que muestran la diversidad social de los mapucistas asesinados y hablan con elocuencia del tipo de inserción social de ambos MAPU: el sector campesino, profesionales interventores de empresas, algunos dirigentes sindicales y un sacerdote perteneciente a los Cristianos por el Socialismo.

Entre los sindicalistas, se cuenta el dirigente de la papelera de Laja en el sur, Jorge Andrés Lamana Abarzúa, de veintisiete años, quien es ejecutado el mismo septiembre de 1973 tras presentarse voluntariamente a la Tenencia de Carabineros. Otro sindicalista joven (veinticuatro años), de la General Electric, Miguel Ángel Moyano, es detenido en su domicilio de Quinta Normal en enero de 1974 y muere a causa de torturas en el hospital del Puerto de San Antonio.

Un caso de autoridad provinciana es el del gobernador del Elqui, Jorge Manuel Vásquez Matamala, de cincuenta y dos años, quien es detenido al tratar de huir a Argentina. Su cuerpo fue entregado a los familiares, en una urna sellada, varios días después del hecho.

La represión no distingue clases sociales: el joven ingeniero Eugenio Ruiz-Tagle Orrego muere a causa de las torturas a las que es sometido en la nortina ciudad de Antofagasta, hasta donde había emigrado para ocupar la gerencia de una empresa pública (INCACESA). Ruiz-Tagle provenía de una familia de clase media-alta de Santiago, de origen conservador. El 19 de octubre, tras ser ejecutado en la quebrada del Way, «su cuerpo despedazado fue entregado a su madre»[33].

También un sacerdote militante del MAPU muere en medio de los flagelos por un paro cardiorrespiratorio: Michael Roy Woodward Iriberri, de cuarenta y dos años, chileno-británico, quien había sido cura popular en Valparaíso, fue sometido a torturas en barcos de la Armada que le causan la muerte.

El caso más emblemático de asesinato de mapucistas es la masacre de la familia Maureira, ocurrida en Paine, a solo treinta kilómetros al sur de Santiago. Sergio Maureira, dirigente campesino, es asesinado en octubre de 1973. Tenía cuarenta y seis años y trabajaba en la administración del fundo Naguayán. Fue apresado junto a cuatro de sus hijos hombres el 7 de octubre de 1973 por carabineros de

Isla de Maipo. Todos fueron ejecutados con otros campesinos del sector y arrojados a los hornos de cal abandonados en las cercanías de Lonquén, hasta que fueron encontrados por unos niños en 1978. El caso se convirtió en emblema de la lucha por la verdad. Hubo actos en el lugar de los hornos, adonde acudieron el vicario de la solidaridad, Cristian Precht, el anciano sindicalista Clotario Blest y cientos de activistas por los derechos humanos[34].

El Colectivo Memoria MAPU eligió un poema del mapucista, escritor y dramaturgo Ariel Dorfman, titulado «Testamento», que recuerda a los caídos, sobre todo a los desaparecidos que claman en su poesía militante. Dorfman leyó este poema en la sede del Sindicato del Cuero y del Calzado en el invierno de 1983, en una reunión de la Convergencia, despertando llantos en los dos centenares de socialistas y mapucistas que realizaron una de sus primeras reuniones públicas tras el Golpe en dicha sede obrera del sector San Diego[35]:

Cuando te digan que no estoy preso,

no les creas.

Cuando te digan que traicioné al partido,

no les creas.

Cuando te digan que estoy en Francia,

no les creas.

No les creas cuando te digan que la luna es la luna.

No les creas.

Y cuando finalmente llegue ese día,

cuando te pidan que pases a reconocer el cadáver…

no le creas[36]*.*

Tejiendo organización en la precariedad

La precariedad es total para reorganizarse y muchos dirigentes permanecen detenidos en los campos de concentración de la Isla Dawson (en el Estrecho de Magallanes, donde son enviados los líderes de la UP), en Santiago y en Valparaíso. Muchos se asilan en las embajadas y salen al exilio por Argentina. Las detenciones y torturas son comunes. En ese contexto, comenzaron a rearticularse células por sí mismas. Saúl Bravo relata que se reunía con dos mapucistas provenientes de Bandera Roja[37] para realizar actos autodiseñados de resistencia. Solo un año y medio después del Golpe, logran articularse con el MAPU orgánico:

Nuestro primer acto de resistencia fue juntarnos a escribir en billetes consignas contra Pinochet. Solo en 1975 me contacta un enlace estructurado (luego será mi esposa), quien me ubica como obrero de la construcción. Recibo instrucciones y los primeros panfletos y revistas partidarias. Recién en un festival católico en el teatro Caupolicán, a comienzos de 1976, donde nos emocionó una canción que decía «mañana será domingo». Allí nos reencontramos muchos mapucistas y ampliamos nuestras redes.

El MAPU-OC también recorre un lento camino de articulación. Eduardo Yentzen, militante de la Unión de Jóvenes Democráticos, UJD, entre 1975 y 1980, reconoce que en el año 1976 eran solo tres militantes en la Universidad Católica que promovían talleres culturales como espacio de disidencia: «Con mi hermana Marcela, logramos que dos profesores de arte y teatro, Milan Ivelic y Héctor Noguera, nos apoyaran para hacer un encuentro cultural donde sutilmente se leyeron poemas críticos y se cantaron canciones latinoamericanas»[38].

Carolina Torrejón demuestra, en su tesis sobre el MAPU-OC en la

clandestinidad, tanto la capacidad que tuvo el partido para consolidar una red clandestina como para recibir el apoyo de la UJD para el trabajo cultural; menciona los festivales de Navidad, los primeros actos solidarios en el teatro Caupolicán a fines de 1976, la distribución del boletín Bandera Verde y otros documentos en fotografía miniaturizada[39] (no más de tres centímetros).

La clandestinidad agudiza la cultura mapucista de escribir documentos, entre los que destacan los que redactaba Gazmuri con el seudónimo de Joaquín.

El MAPU Garretón, según diversos entrevistados, logra hacia el año 1975 una organización estructurada en Santiago, Concepción y más débilmente en Valparaíso. Pero la represión no cesa. A la detención de Rodrigo González se suma la captura y desaparición de Juan Maino, miembro de la dirección clandestina, en 1976. Ello se inscribió en la política de aniquilamiento de las direcciones de los partidos de izquierda, que incluye el asesinato de Carlos Lorca y Ezequiel Ponce del PS y el exterminio de casi toda la dirección interna del PC (el caso de «calle Conferencia»)[40]. Según Carlos Montes, en ese contexto, en el que la FACH queda a cargo del MAPU en abril de 1976, un grupo de dirigentes es apresado e interrogado por una comisión de coroneles y generales[41], quienes conocían punto por punto los documentos de la dirección clandestina del MAPU, expresados en «Balance y autocrítica nacional» (BAN) y el «Marco político de conducción». La dirección clandestina del MAPU la formaban Montes, Víctor Barrueto, Guillermo del Valle, Eugenio Tironi, Carlos Ortúzar, Julio López, Conrado Quiñones, Fernando, Guillermo y Mario Ossandón. Comienza una nueva caza sobre los MAPU. Juan Maino fue tomado en su departamento en el sector Lo Plaza de Macul, a partir de la detención de otra persona vinculada al MIR. Conocían su rol en el MAPU como pieza clave en la comunicación de los núcleos clandestinos[42] y porque «resguardaba a Montes y no lo entregó»[43].

Montes relata que también tomaron a los encargados de información política, Fernando y Mario Ossandón. Explicándose la represión, afirma que conocieron un «documento de la policía secreta en que calificaban los niveles de peligrosidad para el sistema: un siete para la Iglesia, un seis para la Democracia Cristiana que mantenía instituciones semilegales de oposición, un cinco para el PC (con el MOC incluido) y un cuatro para el MAPU. Al MIR le colocaban un

dos, ya que prácticamente los habían aniquilado»[44].

El jefe clandestino del MAPU huye de la represión y con apoyo de curas progresistas se refugia en un asilo para ancianos y enfermos en San José de la Mariquina, provincia sureña de Valdivia. A su regreso, se entera de que algo ocurre con el dirigente Juan Maino, a quien asesinan:

Un cura de Santiago me metió en ese lugar. Estuve bastante tiempo, cuarenta días. Llevaba una maleta de ropa y otra maleta de libros, sobreviví leyendo y me hacían tratamiento de cataplasmas, hasta que decido regresar después de 50 días y en la estación no estaba Juan, supe que lo habían detenido, y después de eso, cuando me tomaron preso, me mostraron los documentos que yo le había enviado a Juan, uno con letra mía que le había mandado a Tironi a Europa y cuando estaba en torturas me hicieron reescribir para comprobar la letra[45].

La detención y la tortura fueron inevitables. Saúl Bravo confesó que en una de sus tres detenciones «no aguanté más y di el nombre de un compañero, a quien después busqué infatigablemente en Santiago, hasta contarle y pedirle que saliera de circulación. Felizmente estaba vivo»[46].

El secretario general, Óscar Garretón, resuelve abandonar Colombia y refugiarse en Cuba, donde su vida y la de su familia estarían a salvo. Es el tiempo en el que la DINA asesina al general Prats en Buenos Aires. Jaime Gazmuri, por su parte, inicia giras cada vez más largas al exterior, de Moscú a Roma, pero vuelve a ingresar a Chile clandestinamente: incluso visita a su familia un verano en Tongoy (cercanías de La Serena), escondiéndole a sus pequeños sobrinos que era el «tío Jaime» y haciéndose pasar por un «amigo de la familia»[47].

Ambos MAPU lograron crear una red para salir hacia Europa, Cuba o Moscú por Lima y Argentina hasta 1976, año del golpe en ese país. Retoman Buenos Aires

como punto de enlace y cercanía desde el retorno de la democracia en 1983.

Es el periplo que hace Óscar Guillermo Garretón, de Cuba a Buenos Aires.Relativizando su castrismo, señala: «Los cubanos me respetaron y ayudaron, conscientes de que sus partidos prioritarios eran el PC y el MIR. Nosotros hicimos una sincera autocrítica. No tuve problemas hasta 1980 cuando optamos por la renovación socialista y el PC por la vía armada. Allí se volvió áspero el debate. Con el triunfo de Alfonsín en 1983, se me abrió la posibilidad de emigrar a Argentina»[48]. Garretón ya había entrado a Chile de forma clandestina, con peluquín y lentes de contacto que oscurecían sus ojos. Incluso se había operado la nariz. «Pero a pesar de eso, una vez me encontré en un ascensor con un excompañero conservador de la Universidad, importante corredor de propiedades […] me reconoció, pero solo meneó la cabeza»[49].

Los mapucistas conocen la pobreza en la clandestinidad. Carlos Montes recién hacia el año 1980 logra que lo contraten de gerente en un restaurante naturista y así mejora sus ingresos:

Eso me ayudó muchísimo a sobrevivir. Alcancé a estar como un año y medio, dos años de gerente, desde 1978. Una vez que termina la DINA y empieza la CNI, empecé a rearmar mi vida familiar, sin tanta clandestinidad. Tenía una casa en La Cisterna[50], me iba temprano al centro en una furgoneta o en micro. Trabajaba adentro, no salía al público, me tocó reorganizar la cocina, los eventos. De los dueños del restorán, solo uno de los que estaba ligado a ellos sabía quien había sido yo, era amigo mío, y además hice que resultara el negocio, aumenté las ventas, robaban menos[51].

Renovación y autocrítica: ¿fue el MAPU el pionero?

Existe un debate en Chile sobre la génesis de la renovación socialista, que la historiografía suele ubicar en el quiebre del PS de 1979, pero que hallazgos recientes permiten situar en el proceso llamado «Balance y autocrítica nacional» (BAN) que el MAPU realizó en la clandestinidad tras el Golpe. Edison Ortiz sostiene que Altamirano fue el padre de la renovación con la crítica a la vida en la ex

RDA (Alemania comunista) y a la Unidad Popular ya en 1974[52], lo que desencadenará la división del PS en Berlín en 1979 cuando el propio Altamirano, Jorge Arrate y Ricardo Núñez rompen con los socialismos reales y el sector marxista-leninista de Clodomiro Almeyda. La derrota les hace seguir caminos divergentes: El revolucionario secretario general del PS, Carlos Altamirano, del lema avanzar sin transar durante la Unidad Popular, se socialdemocratiza y el moderado Almeyda del lema consolidar lo avanzado persiste en su leninismo y comprende la opción armada del PC.

Para los líderes del MAPU orgánico, fueron ellos quienes, en 1974, en la precariedad de la clandestinidad, reconocieron que el Golpe no era solo consecuencia de la acción de la CIA y la clase dominante chilena, sino una falla en el proyecto político y en la estrategia de la izquierda. Además, comienzan a leer a Gramsci y a los iniciadores del eurocomunismo italiano, como Lucio Macri, lo que convertiría al MAPU del interior en el pionero de la renovación[53].

Según Cristina Moyano, el BAN inició la renovación porque le permitió al MAPU, en forma individual y colectiva, concluir que «la izquierda vivía una crisis de proyecto, que se expresaba en que sus antiguos paradigmas no podían explicar la realidad actual y menos las orientaciones del futuro»[54]. Así lo describe el propio Carlos Montes:

En el BAN y en el Marco Político, se sostiene que el movimiento popular había entrado en una crisis de proyecto y la necesidad de una profunda renovación teórica, política y práctica. Se pone el centro de los esfuerzos políticos en la reconstrucción del tejido social a través de la organización en Comités de Resistencia de los sectores más conscientes y avanzados del pueblo[55].

Víctor Barrueto le atribuye a Carlos Ortúzar la metodología del BAN, señalando que, en sus mapas de lecturas y recomendaciones para la vida personal, se parecía mucho a lo que hoy se conoce como coaching (la asesoría que recibe un ejecutivo de un experto en desarrollo organizacional):

Carlos Ortúzar, no yo; él hizo un diseño, en ese tiempo era muy selectivo. Le pusimos un diagnóstico de cuadros, era una especie de coaching. A varias personas le hicimos un montón de preguntas y le destacábamos sus virtudes y defectos; y después, diseñamos una política que incluía cosas prácticas, lecturas para que corrigieran sus formas de vida, en todos los ámbitos[56].

El relato de Barrueto recuerda los «ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola», ya que se consignaban las áreas débiles en la formación «no solo política, también profesional»[57]. En las recomendaciones, salieron líneas formativas; sí comenzaron a leer a marxistas renovadores argentinos, como Juan Carlos Portantiero y Ernesto Laclau, además de Gramsci. No obstante, reconoce aportes individuales de personas que alimentaron al equipo joven que se hizo cargo del MAPU en Chile, conminándolo a la renovación, como el del sociólogo Eugenio Tironi en sus idas y venidas del extranjero y el del exiliado Glausser, coautor del temido voto 2 del poder popular: «Tironi escribió con Javier Martínez documentos desde México en que nos conminaba a reconciliar democracia y socialismo. También nos llegó un mensaje de Kalky Glausser desde su exilio en Europa en que llamaba a humanizar el capitalismo»[58].

Carlos Montes es categórico en señalar al BAN como el inicio de la renovación: «En el MAPU reconocimos rápidamente que habíamos fracasado y que la derrota era profunda. Nos hicimos parte de nuestros errores y eso permitió abrir la organización a la renovación»[59].

1979: cuaja la renovación desde adentro y Europa: nace la Convergencia

La renovación socialista en Chile, como el eurocomunismo en Europa, es anterior a la consolidación de las fuerzas conservadoras de Reagan y Thatcher o a los efectos regresivos contra la teología de la liberación del papa Juan Pablo II y el entonces cardenal Ratzinger. En el caso de la izquierda chilena liderada por los mapucistas, desde Chile y el exilio, especialmente la que se agrupa en Italia, hubo capacidad de crear un proceso de renovación y reconciliación de socialismo y democracia. Este estuvo a cargo del MAPU con su BAN, los intelectuales de FLACSO con sus crudos análisis, pero también los mapucistas de Italia, como José Antonio Viera-Gallo, José Miguel Insulza y Julio Silva Solar, que vivieron el influjo del eurocomunismo, la búsqueda de acuerdos izquierda-DC y la apuesta sin titubeos de los socialistas italianos por la democracia, proceso similar al que encabeza Felipe González con el PSOE en España y Mitterrand en su nueva campaña a la presidencia de Francia. ¿Hubo un autor? La pregunta es idiota. Sí, sabemos que Óscar Garretón vivía en Cuba y que el jefe del PS, Carlos Altamirano, en Berlín, por lo cual ellos no fueron las cabezas. Tampoco la cúpula del MAPU-OC que siguió hasta el año 1979 alabando a Moscú (la necesidad tiene cara de hereje[60], nos confesó un dirigente juvenil del MOC, señalando la

importancia del apoyo comunista a las redes clandestinas). Otros sitúan la «génesis» de la renovación en los primeros textos e informes del intelectual Eugenio Tironi, quien, en 1976, con la chapa (nombre clandestino) de Martín, viaja a Europa a expulsar a una facción izquierdista:

Martín lleva la misión de expulsar del partido una «fracción» izquierdista encabezada por Gonzalo Ojeda y Eduardo Aquevedo, cuya política dificulta los esfuerzos de reconstrucción de la UP porque plantea la conformación de un «polo revolucionario» con el MIR y otros grupos de izquierda. Es el comienzo de un importante viraje del MAPU[61].

Barrueto es generoso y reconoce este rol precursor de Eugenio Tironi en un viaje a Francia y a México:

Eugenio Tironi influyó mucho también. Este nuevo núcleo lúcido decidió que estaba la cagada con el MAPU afuera y empezamos nosotros a resolverla, producto de que éramos los que se atrevían. Entonces, como la legitimidad de estar en Chile era tal, mandamos a Tironi a intervenir. Él llega afuera y se encuentra con el proceso de renovación en Europa, capta rápidamente eso y con Javier Martínez[62] se van de tesis en México, donde se plantea por primera vez la convergencia socialista[63] y eso ya era un hito muy de avanzada en todo el tema de democracia y socialismo y nos empezamos a nutrir de él[64].

Para Garretón, el proceso de renovación se produce más tarde, hacia 1980, cuando el activismo de la solidaridad con Chile se transforma en el reconocimiento de que se ha cerrado un ciclo que comenzó con la autocrítica:

En todo caso, independiente de los avatares y desventuras de cada partido, una nueva realidad se fue abriendo paso en el país bajo la dictadura. Al comienzo, se prolongaron lógicas y temas de antes del golpe. Se sucedieron las inculpaciones mutuas y, afuera, la enorme solidaridad forzaba a una borrachera de activismo que inhibía la reflexión. Costó captar la magnitud de la derrota. Pero al final, la historia es más porfiada; la izquierda debió encararse consigo misma. Así terminó todo un ciclo histórico de la izquierda chilena y de cada uno de sus partidos. Entre ellos, del MAPU[65].

Al mirar la cronología de los hechos, se puede afirmar que todos tienen una parte de la razón y ninguno el monopolio fundacional de la renovación socialista. En efecto, se suceden en forma casi simultánea tres acontecimientos, que involucran al PS, a socialistas exiliados en Italia y a los mapucistas e Izquierda Cristiana que hacen una propuesta formal de romper con la Unidad Popular y crear la Convergencia Socialista. Todo acontece el primer semestre del año 1979, antes de las masivas huelgas en Polonia que dieron vida a Solidaridad e iniciaron un

cuestionamiento más global, como símbolo de la crisis del marxismo ortodoxo y de los socialismos reales: encuentro de Ariccia (marzo, Italia), quiebre del PS (abril, Berlín), declaración de los dos MAPU y la Izquierda Cristiana pro renovación (mayo, México).

El primer hecho se debe a la invitación cursada en el seno de la izquierda chilena radicada en Roma para concurrir a un seminario en la localidad de Ariccia, donde se ubican los montes Albanos con su santuario a Júpiter, la deidad mayor de los romanos, que representa sabiduría. Con toda esa carga simbólica, concurren socialistas pro ideas democráticas como el histórico senador y disidente Raúl Ampuero[66] y los mapucistas del grupo Chile-América (Insulza, Silva Solar, Viera-Gallo). La convocatoria a Ariccia, para evitar el pleito de protagonismo y sensibilidades entre las facciones del exilio chileno, queda en manos de Lelio Basso, un distinguido y veterano dirigente del socialismo democrático italiano, detenido por el régimen de Mussolini, intelectual y creador de ligas de apoyo para países del tercer mundo. El profesor Basso muere a fines de diciembre de 1978, pero ya había firmado la carta de invitación al primer encuentro que cataliza la renovación, bajo el título: Socialismo chileno: historia y perspectivas. La cita marca, a juicio de Fernández[67], el inicio de la renovación, cuestión que Ampuero hace explícita en la primera ponencia. Después vendrá Ariccia II en enero de 1980 y luego en Francia los encuentros de la Convergencia en Chantilly (1982).

La interpretación que hacen Tironi y Barrueto respecto a que el MAPU fue el protagonista al empujar la Declaración de México[68] tiene sus claroscuros, ya que el lenguaje de esta es ambiguo. Con la firma de Luis Maira por la Izquierda Cristiana, José Miguel Insulza por el MAPU-OC y Óscar Guillermo Garretón por el MAPU, el documento se refiere a la Unidad Popular como anquilosada y propone enfrentar nuevos desafíos, pero sin un lenguaje explícito que valore la democracia y critique la ortodoxia[69].

La revalorización del mercado y la estabilidad

económica

El reconocimiento de la subvaloración de la democracia y el desprecio a los mecanismos de mercado para una economía moderna se producen en el eje de la autocrítica de los exlíderes del MAPU con responsabilidad en la gestión económica de la Unidad Popular. Óscar Garretón es tajante:

En lo personal, cuando andaba de clandestino en Santiago después del golpe, me juramenté de algunas cosas: La primera era que yo iba a decir exactamente lo me parecía y nunca más me iba a someter a las verdades del colectivo por disciplina, por sentido de lealtad partidaria; y segundo, que nunca más iba a ser tan irresponsable con una cosa que me habían enseñado en clases, que era el cuidado del equilibrio macroeconómico […]. Tuvimos una absoluta liviandad para llevar los equilibrios y por lo tanto las emisiones inorgánicas que se hicieron durante la UP desataron las inflaciones posteriores que fueron increíbles. La capacidad, más allá de expropiar, de gestión de las empresas por la Unidad Popular, fue un desastre que en vano trató de corregir Fernando [Flores].

Flores, por su parte, tras su regreso a Chile, provocó al decir que Pinochet era un criminal, Allende un héroe, Prat un constitucionalista, Jaime Guzmán un hombre con visión y el mercado algo inevitable. En las conferencias y cursos de rediseño ontológico, emprendimiento y comunicación para la acción, hacía leer los textos de Ferdinand Braudel, el destacado historiador francés que describía con detalle las ferias y mercados medievales que dieron vida a las grandes ciudades —como Amberes y Lyon—, para definir el mercado como fenómeno natural del capitalismo y este como un tipo de economía de mercado concentrada. Dichos talleres organizados por su empresa Redcom entre los años 1987 y 1990 fueron parte de la transición secreta, ya que mezclaron alumnos que provenían de la izquierda, del mundo alternativo de las ONG, democratacristianos como Eduardo Frei Ruiz-Tagle y derechistas del medio empresarial. Flores los hacía hablar, al más puro estilo de la educación popular de Paulo Freire (sacar las verdades de cada actor), pero luego, en un coaching duro, los molestaba respecto a sus reparos con el dinero, acumular y generar riqueza. Buscando integrar las

tradiciones culturales de los asistentes, propició lo que llamó emprendimiento solidario[70]. Pero la autocrítica del exministro de Allende fue severa, reivindicando una nueva izquierda creadora de riqueza e innovadora, en la línea de lo que vivió durante quince años de exilio en California:

No respetamos la propiedad privada que también es un derecho humano […]. La izquierda sigue con remordimientos y no apoya el espíritu emprendedor, le gustan los burócratas estatales […]. En Chile, es común un cierto catolicismo que rinde culto a la pobreza. La derecha es muy rentista y de corto plazo. Sigue, por tanto, faltando una visión de emprendimiento y solidaridad, una nueva generación política que entienda la necesidad de un proyecto de transformación económica, que no basta exportar frutas y commodities[71], que entienda lo digital no como un complemento, sino como una nueva economía, una izquierda que no sufra con la riqueza, sino que ayude a crearla[72].

Las facciones Comité Central y MAPU-PT: el rechazo a la renovación

No todos los mapucistas se vuelcan de la autocrítica a la renovación a fines de los setenta, produciéndose una escisión que termina con dos grupos refractarios: el MAPU-PT (Partido de los Trabajadores) y el «MAPU-Comité Central», que acusaba de derechista a la dirección de Carlos Montes[73]. Estas se desvanecen, aunque el PT tuvo una presencia importante en Concepción a fines de los setenta. Jorge Venegas, que en la nueva democracia llega a ser alcalde de la zona minera de Lota, fue un activo dirigente de dicha tendencia. Recuerda que contaban con el apoyo de Carlos Pulgar, encargado del MAPU en Ecuador, cuya esposa sueca (Ana Karen Gaudin) apoyó a esta fracción a través de la agencia Diaconía, fuerte en Concepción. Venegas relata la experiencia en el PT hasta 1980, cuando se extingue y la mayoría vuelve al MAPU:

Aquevedo gatilló el quiebre en su rivalidad con Garretón. La división discursivamente se produce porque nosotros catalogamos a la dictadura de fascista y, por tanto, había que prepararse para una guerra prolongada. En Concepción llegamos a ser cien. En 1976 nos dan un duro golpe, con la detención, tortura y cárcel a que son sometidos Alfredo Olguín, Mario Sotolocchio y Eduardo Pinochet. Después del 80, adherimos a la renovación y nos reencontramos con el MAPU-Garretón que lideraba Alfredo Ardoin. En Santiago fuimos fuertes en Economía de la Universidad de Chile, donde militaba Gonzalo Rivas, el yerno de Ricardo Lagos[74].

Qué movía a los petistas. No era una mera disquisición teórica. Desde la segunda mitad del siglo

xix

, se debatía si los reflujos o gobiernos contrarreformistas serían breves o largos, determinando si el movimiento popular se debía preparar para una lucha frontal en el corto plazo o para una más larga. El MAPU PT, con Aquevedo de teórico, pensaba lo segundo, que la dictadura era fascista[75] con proyecto fundacional y, por tanto, había que acumular fuerza para una lucha larga. Por eso, los cuadros del PT se convierten en líderes de organizaciones sociales y no juegan el espejismo de la guerrilla en Chile:

Éramos a lo menos cien integrantes del MAPU PT. El año 1980, cuando nos dimos cuenta que las cosas no funcionaban, tomamos la decisión de irnos a los frentes[76]. Yo me fui al frente de profesores y fui presidente de la AGECH[77] donde creamos un núcleo PT[78]. Manuel Araneda se fue a Huachipato en donde fue dirigente.

El MAPU PT fue la última invención de Eduardo Aquevedo, el intelectual y críptico dirigente que escribía largas tesis. Montes dice que siempre tuvo distancias con él, a quien consideraba muy dogmático desde la Unidad Popular. Tras su exilio, Aquevedo no retoma roles públicos en los nuevos partidos, se refugia en la Universidad y, en la red de blogs, sigue escribiendo largos análisis

vinculado a los mapucistas nostálgicos.

El MAPU-OC: tomando distancia de Moscú

Aunque se debata el origen de la renovación, lo que es claro es que no se desarrolló desde la dirección del MAPU-OC, ya que esta se mantuvo leal a Moscú hasta el año 1979, del cual logró financiamiento y apoyo logístico, además de oficina cerca del Kremlin. Entre otros, vivieron en la ex

URSS Enrique Correa y los hermanos Jaime y Francisco Estévez. Oficialmente, la dirección se mantiene impermeable al eurocomunismo de Berlinguer y a los italianos, aunque dos de sus líderes, José Antonio Viera-Gallo y José Miguel Insulza, hicieran de Roma su centro de operaciones. Es lo que se desprende al revisar los documentos oficiales y los testimonios que muestran el influjo de Moscú, lo que ha llevado incluso a especular acerca de la posible fusión del MAPU-OC con el PC chileno. Enrique Correa escribe un artículo laudatorio al «60 aniversario de la Revolución de Octubre» y consigna los saludos mutuos con el PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética)[79]. Lo que sí llama la atención es su valoración de la Iglesia católica, incluso en sus años de mayor sintonía con Moscú: «Hemos asistido al desarrollo del movimiento solidario que bajo la orientación de la Iglesia ha movilizado a miles de chilenos en la solidaridad con los perseguidos y los presos políticos, en la organización de los cesantes […] en la colaboración con el movimiento sindical»[80].

La cercanía con el comunismo es tan alta que algunos jocosamente le llaman el MAPU «PC». Esta realidad, sumada a la fortaleza orgánica del Partido Comunista en tiempos de Guerra Fría y la debilidad de los pequeños partidos en la lucha contra la dictadura lleva a varios MOC a sumarse a las filas comunistas: el exministro de salud de Allende Juan Carlos Concha, el periodista Juan Andrés Lagos, que llegará a ser director del diario comunista El Siglo, entre otros. También Sergio Galilea[81], aunque solo por un breve tiempo. Otro dirigente que opta por el PC es el economista proveniente de una familia tradicional y de abolengo, José Sanfuentes, quien es categórico: «En el MAPU discutíamos

demasiado y éramos muy pocos»[82]. Como parte de su generación, se había educado en un colegio católico privado y en la universidad se había pasado a esta izquierda innovadora y rebelde que era el MAPU. Sanfuentes optó por el MAPU-OC y fue uno de los encargados del sector sur de Santiago. Perteneció, junto con Fernando Ávila y Mario Valdivia a la dirección interna que operaba en Chile. En su vida «normal», logró sobrevivir como dueño de una imprenta. Luego, desde 1981, se aglutina con otros profesionales de izquierda y aprovecha la ley que permite crear universidades privadas para fundar ARCIS, una casa de estudios de orientación marxista. Fue vocero oficial del PC en los ochenta, para luego volver a vincularse a los sectores renovados desde el sector privado como consultor. Sanfuentes, en su testimonio, relata la marginalidad subgrupal del MOC y el vínculo con la Iglesia:

En el sector sur de Santiago organizamos grandes encuentros culturales, levantamos el sindicalismo y el trabajo poblacional. Éramos pocos, pero la dirección del exterior nos pedía discutir si correspondía o no la pena de muerte a los traidores, y cuestiones insustanciales como ésas. Me pareció mucho más razonable militar en un partido grande como el PC. Me hice un comunista-mapucista, con origen cristiano. De hecho, conocí a mi mujer en la Vicaría de la Solidaridad y nos casó el padre Baeza, Vicario de la Pastoral Obrera[83].

A pesar del éxodo de algunos militantes al PC y de la facción «proletaria» que luego se escindirá, el grueso del MAPU-OC toma los caminos de la renovación socialista. El cambio de tono comienza a gestarse en 1978, cuando empiezan a circular los escritos de los exiliados de Occidente, como José Miguel Insulza, y de dirigentes del interior de la Unión de Juventudes Democráticas, y Jaime Gazmuri reconoce la complejidad para enfrentar una dictadura que muestra un boom económico[84]. En 1979, en el número 6 de Resistencia, la transición se hace evidente, entre artículos sobre las condiciones previas al derrocamiento de Somoza y las reflexiones de José Miguel Insulza, que reconoce la «crisis de la Unidad Popular», tensionada al máximo con el quiebre del PS en Berlín.

En 1980, desaparecen los elogios a Moscú, se escribe en un estilo más

«gramsciano» sobre la política hegemónica de la dictadura y la necesidad de un trabajo contracultural, y en el editorial de la revista se habla de la necesidad de crear amplias movilizaciones de masas, alejados de la línea militar que asume el PC[85]. Gazmuri relata que la represión al sindicato Solidaridad, en Polonia, fue la gota que rebasó el vaso: se produce el quiebre definitivo con el PC, y el MAPU-OC se incorpora a la Convergencia Socialista, espacio académico y político de articulación de la renovación[86].

Hay un texto escrito en torno al año 1980 y firmado por Joaquín Rodríguez (Jaime Gazmuri) y Federico Martínez (Enrique Correa), que marca definitivamente la renovación del MOC: llama a construir una nación (rompe el discurso obrerista), habla de partido democrático y nacional, reivindica el marxismo (no el leninismo) y se plantea una nueva concepción de la política. Aquí, el MAPU-OC se acerca al basismo del MAPU: «[Superar] una política que privilegiaba el trabajo súper-estructural […] el centro de nuestra política está constituido por la construcción de un movimiento social autónomo, plural, unitario y nacional»[87]. El viraje renovador es profundo y reconoce que se necesita otro tipo de movimientos políticos para reconstruir un Chile como nación democrática. Los anteriores fracasaron y deben ser capaces de caminar en una dirección muy distinta al socialismo real y al comunismo:

El país, la sociedad chilena, requiere con urgencia una nueva dirección que ofrezca una perspectiva nueva, que lo rearticule en un sentido democrático, que reoriente sustancialmente su camino […]. Tenemos al frente una dictadura que derrocar y una nación que reconstruir y renovar desde lo más profundo de sí misma […]. Trabajamos persistentemente por reunificar el pueblo de Chile recogiendo su rica diversidad de tendencias[88].

El texto permite identificar la época: fines de 1979 o comienzos de 1980. Hay una referencia a los conflictos limítrofes, los que fueron agudos con Argentina durante el año 1978. La economía crece, la dictadura se aproxima a ratificar su constitución en un plebiscito, la trivial onda disco invade Chile con un aire festivo y triunfalista, el MAPU-OC está fuera de la oposición que ha llegado a

identificarse con los líderes democratacristianos y sus medios. Gazmuri y Correa usan la nueva tecnología —las fotocopias— para mandar un mensaje inequívoco: se acabó el sueño socialista; la única opción es insertarse en la lucha democrática y construir un progresismo plural, donde volverán a ser aliados de su antiguo partido: la Democracia Cristiana.

El MOC también sufre una pequeña escisión producto de los que se resisten a dar el paso hacia la renovación. El amigo de Ambrosio, Fernando Ávila, recela de la

socialdemocracia y persiste en la cercanía con el obrerismo, por lo cual crea el MOC-Proletario. Con ello, se evapora el grueso de la pequeña presencia sindical del MAPU-OC, al retirarse los dirigentes de la Confederación Sindical Unión Obrero-Campesina, liderada por Raúl Aravena[89].

La UJD y la cultura como arma de resistencia: el pije rojo de Concha y Toro

Al evaluar el desarrollo orgánico del MAPU-OC bajo el imperio de la dictadura, destaca el aporte del núcleo de intelectuales de la FLACSO (Moulian y Manuel Antonio Garretón, entre otros) que formará parte del grupo por la Convergencia Socialista. Asimismo, destaca el viraje de la dirección exterior que se mueve a Roma (Viera-Gallo, Insulza) y anima la renovación desde 1979 y, sobre todo, la política cultural-juvenil que se desarrolla en la clandestinidad, generando un espacio más amplio: la Unión de Jóvenes Democráticos (UJD). Hermann Mondaca, uno de los fundadores, afirma que en noviembre de 1975, la dirección clandestina del MAPU-OC (Enrique Correa y, en 1976, Jaime Gazmuri, de regreso en Chile) «nos encarga crear la juventud con Luis Gouthier, Cristián Parker, Jorge Marshall y Coke Gutiérrez. Nos reuníamos donde Gouthier en Los Domínicos (barrio alto de Santiago). Promediábamos los veintidós años»[90].

La UJD fue articulada en sus inicios por Rafael Guilisasti (de nombre clandestino Pedro), perteneciente a la prominente familia propietaria de la Viña Concha y Toro, productora del famoso vino tinto que le gustaba a Salvador Allende: el Casillero del Diablo. Guilisasti llegará en la nueva democracia (2008) a ser el jefe máximo de los empresarios, presidente de la mismísima Confederación de la Producción y el Comercio, sosteniendo buenas relaciones con su antigua compañera de ideales, la presidenta Michelle Bachelet. Hay que recordar que a fines de los setenta, Bachelet, militante socialista, vivió en la Alemania comunista, y el MAPU-OC de Guilisasti seguía siendo una fracción pro comunismo soviético.

El Revolucionario o Pollo, como fue conocido Guilisasti entre sus compañeros del colegio Saint George, demostró una productividad extraordinaria para organizar a una juventud que tejió redes contraculturales durante la dictadura; ayudó al ingreso y salida clandestina de Chile de Jaime Gazmuri y otros dirigentes del partido, y organizó la tan camuflada migración de líderes de la UJD al mismísimo Moscú. Apóstata de su familia, con su renovación en los años ochenta, retoma la vida empresarial y, como vicepresidente de Concha y Toro, contribuye a convertirla en la principal viña exportadora de Chile. Como sea, Guilisasti fue un pije[91] rojo. El conservador diario El Mercurio, omitiendo el periodo clandestino del Revolucionario, se remonta a su juventud en el colegio donde estudió desde el mirista Andrés Pascal Allende hasta el cura del Opus Dei José Miguel Ibáñez, y desde el empresario Eliodoro Matte hasta el mapucista Máximo Pacheco, quien recuerda: «Intentaba por todos los medios remover las conciencias y mover a sus compañeros a la acción»[92]. Estos lo veían leyendo Vida y muerte del Chile popular de Alain Touraine y escribiendo un editorial en la revista estudiantil ¿Democracia?:

La minoría se lleva el 50 % de la renta nacional, debiendo la otra mitad dividirse entre el 90 % de la población restante. Mientras en 1968 el crecimiento de la industria alimentaria fue del 2,3 %, el de la industria suntuaria fue del 11 %, lo que significa que la economía industrial está obligada a satisfacer las necesidades de esta, olvidándose de la mayoría que muchas veces carece de los artículos de primera necesidad[93].

Guilisasti combinó su viva clandestina con su trabajo en la Viña Concha y Toro, incomprendido por su familia, «excepto por su abuela, que lo apoyaba en sus ideales sociales», según confesó a Hermann Mondaca Después, la UJD pasó a ser liderada por Francisco Estévez. Ambos son conscientes del avance hegemónico de la dictadura (que se reflejará en el triunfo del plebiscito de 1980) y saben que requieren un trabajo contracultural para oponerse al avasallador cambio cultural que produce el neoliberalismo consumista y que necesitan animar una red amplia. Estévez se preocupa por temas «de base», como la drogadicción en los segmentos populares jóvenes y, escéptico respecto al «derrocamiento inminente» que asume la izquierda a comienzos del régimen, fustiga la política «cupular»:

La izquierda mantenía una opción política que no asumía con radicalidad la crítica al fracaso del proyecto de la UP ni daba cuenta del peso dogmático de sus concepciones teóricas. La línea política se reducía, en algunos casos, a una cuestión de mera acumulación de fuerzas que se resistía a sacar todas las conclusiones de la disgregación y atomización del movimiento social, o se tendía a buscar la solución en el entendimiento cupular de las grandes expresiones políticas (UP-DC)[94].

En esta época se incuba un estilo movimientista y culturalista que acerca la juventud del MOC a las lógicas mapucistas. Si en el quiebre de marzo de 1973 se acusó al MOC de aglutinar a los MAPU en el aparato del Estado, despojada del mismo y perseguida, la nueva generación de militantes del MOC aspiró a formar un nuevo tipo de militante socialista, donde la visión amplia y el desarrollo personal no fueran ajenos a la creación de un dirigente renovador. Francisco Estévez no quiere simples militantes; quiere formar líderes que enfrenten a la dictadura desde lo social:

Estamos por un trabajo de formación política que posibilite a los cuadros de la UJD convertirse sobre todo en dirigentes del mundo juvenil. Es una formación que privilegia la aproximación crítica al marxismo, la amplia cultura política, la

capacidad de problematización, la búsqueda de la racionalidad política, la comprensión del desarrollo personal[95].

La UJD tuvo su base en cuadros formados en la órbita soviética y luego desilusionados de los socialismos reales. La dirección exterior del MOC se había instalado tras el Golpe con Juan Enrique Vega en Buenos Aires, desde donde se coordina el viaje clandestino de cuadros juveniles a las escuelas de las juventudes comunistas en la ex

URSS (Komsomol) y en Cuba. Se calcula en un centenar los llamados salmones, jóvenes formados en el socialismo real, cuya denominación hace referencia a que, al igual que el salmón del sur que vuelve río arriba contra la corriente, tenían que hacer un largo y peligroso viaje de regreso a Chile[96]. Pero detestan la ortodoxia y saben de la derrota de la izquierda en el país y la dificultad que implica vencer una dictadura que avasalla con su capitalismo exitoso.

Francisco Estévez reconoce que en la UJD «éramos solo un centenar»[97], pero que «nuestros cuadros» animaban espacios más amplios como actividades eclesiales, agrupaciones culturales, revistas, coordinadoras de pobladores como las del sur de Santiago en las primeras tomas en dictadura (San Rafael, en el sector sur de Santiago[98]).

El MAPU-OC era considerado el grupo más intelectual de la izquierda (los sociólogos de FLACSO), y la UJD no se quedó atrás en los debates. Dos dirigentes que firman como Gonzalo y Juan Pablo, sin dar su nombre por miedo a la represión (aunque uno de ellos es con toda probabilidad el mismo Francisco Estévez o algún dirigente de su entorno), aún en marzo de 1981 responden a críticas internas en la organización con un largo y sesudo documento de cuarenta páginas titulado Sobre la discusión de la táctica en el movimiento democrático y la juventud, donde enfrentan a la fracción izquierdista de la UJD: «Nos parece que es equivocado sostener que en la actual situación política, el desarrollo de formas de violencia aguda, crea condiciones para el derrocamiento de la dictadura»[99]. Los críticos acusan de bizca la línea política de la Juventud cuando habla de promover una ruptura con la dictadura a través del protagonismo de

«socialistas y obreros», pero a su vez no descartan la existencia de una tenue «apertura democrática desde una posición subordinada del proletariado»[100].

Parecen disquisiciones de sectas izquierdistas, pero recordemos el contexto. El MAPU Obrero-Campesino, casi sin obreros y con muy pocos campesinos, es una elite de militantes cultos de capas medias que hablan del proletariado. La dictadura dicta una ley de amnistía en 1978, libera a cientos de presos políticos y, en 1980, hace aprobar en un plebiscito sin debate ni registros electorales una constitución autoritaria, la cual anuncia un proceso de apertura que se daría hacia el año 1988. Por tanto, los sectores opositores debaten con fuerza entre dos polos: los comunistas que han optado por la vía armada y segmentos de la Democracia Cristiana que buscan una negociación pactada. Por eso, en la UJD, critican a los que llaman sectores pro Vaticano que, según sus militantes, fomentan la claudicación, y celebran, en cambio, el compromiso con la democracia y los derechos humanos que demuestra la Iglesia chilena. Los renovados van por un desfiladero buscando despertar un movimiento social antidictadura, alternativo a la violencia aguda y a la negociación claudicante. Sin embargo, ante los críticos, retomando el lenguaje de Ambrosio respecto a las desviaciones, tildan de derechistas a quienes reducen su acción a los espacios legales que se van abriendo en el régimen (medios disidentes, sindicatos, ONG), pero, a su vez, fustigan a los fundamentalistas que cuestionan cualquier acción semipública que ayude a expandir espacios para la oposición. Sutilezas, porque, al final, en un acto cínico, la dirección de la UJD concluye, en el año 1981, que la insurrección todavía puede ser:

Solo el éxito de esta táctica de ruptura permitirá la destrucción del Estado fascista y la constitución de un Estado democrático, popular y nacional, que permita la transformación de la sociedad en socialista […]. La forma concreta de la ruptura final es difícil predestinarla ahora, pero de mantenerse el actual esquema de poder debiera ser la insurrección[101].

Esta retórica se transformará muy pronto, a contar de 1982, en una postura abiertamente pacifista, partidaria de la desobediencia civil no violenta en plena

renovación socialista. La pasión de la UJD fue el trabajo de masas, la lógica gramsciana de revivir valores democráticos y socialistas en medio de la avalancha neoliberal autoritaria del pinochetismo. Una juventud clandestina, eficaz y culturalista para el reflujo de la izquierda.

Violines y canto nuevo para camuflar la disidencia

La política cultural puso el foco en sacar a la izquierda de los subterráneos de la clandestinidad por la vía de estructurar un movimiento juvenil amplio. Dióscoro Rojas recuerda que, inmediatamente tras el Golpe, en 1974-1975, comienza a trabajar con la organización Puelche (viento del sur en mapudungún), con la cual realiza talleres culturales y festivales con los coros de la zona sur del Arzobispado de Santiago:

Hicimos los primeros festivales en el Teatro Caupolicán para juntar juguetes para niños pobres. Pero de inmediato, pusimos adelante a dirigentes sindicales, el cura Cristián Precht habló de los derechos humanos y comenzaron los cantos cristianos pidiendo respeto a la vida y solidaridad. El segundo año nos reprimieron[102].

Hermann Mondaca describe la amplitud del trabajo de la Comisión Cultural que impulsaba el MAPU-OC:

El trabajo se dirigía a las diversas actividades políticas de los músicos, cantores populares, la danza, músicos doctos, artistas teatrales, artistas plásticos, literatos, titiriteros, cineastas, y otros, además del conjunto de organizaciones que habíamos gestado para impulsar el movimiento cultural y la organización social. Destacan entre dichas agrupaciones y organizaciones, los servicios culturales Puelche (posteriormente se llamó Departamento Cultural, DECU) de la Zona

Sur; servicios culturales de la Universidad Católica; la Agrupación Folclórica Universitaria, AFU, en la Universidad de Chile; la Agrupación Cultural Santa Marta; la Agrupación de Cineastas Unidos; la Agrupación Nacional de Músicos Jóvenes; la Unión de Escritores Jóvenes, con una gran incidencia en la SECH (Sociedad de Escritores de Chile); la Peña del Canto Nuevo…[103].

La oposición a la dictadura crea un nuevo movimiento cultural llamado «canto nuevo» que, a juicio de Rojas, consistió «en un canto metafórico, hablando de la pobreza cotidiana, del amor, de la vida; era imposible volver al canto militante explícito, y nosotros estábamos también cansados de esa estética»[104].

El gran motor del canto nuevo fue la revista La Bicicleta, liderada por Eduardo Yentzen, quien venía del hippismo crítico de la ortodoxia de la izquierda —«en la UP sentí a la izquierda muy cerrada»—, pero lo sedujo con la visión «amplia» que ofreció la UJD tras el Golpe. Él militó con su hermana Marcela en la Universidad Católica y aportó a la creación de actividades contra la cultura dominante, con el apoyo de profesores como Milan Ivelic y Héctor Noguera, el cantautor Eduardo Peralta y el periodista del MAPU Juan Andrés Lagos, que después se hizo comunista y dirigió el periódico El Siglo. Con el apoyo del dirigente de la UJD Herman Mondaca; la inspiración de Sergio Martinic y Erik Pollhamer, y luego la codirección de Álvaro Godoy, Yentzen inventa la revista más eficaz para influir a las nuevas generaciones en una cultura alternativa al pinochetismo que repletaba plazas con shows de la Secretaría de la Juventud en que se mezclaba la canción libre de Nino Bravo y la música estridente de la onda disco con John Travolta contorsionándose. La estética y el contenido de La Bicicleta nacieron de una conversación:

En esos días, Sergio Martinic me dice: «Oye huevón, ¿por qué no te haces una revista?». Entonces vi un afiche de unos tipos esforzados que pedaleaban en una bicicleta, que era parte de una denuncia de Pollhamer[105] sobre el enfrentamiento entre las bicicletas y los helicópteros, como símbolo de la represión que había entonces. La revista circuló entre octubre del 78 y julio del 87, y en su momento fue la revista más leída del país con quince mil ejemplares […]. El MAPU-OC

puso la mitad del capital inicial. Mondaca quiso que la UJD hiciera el editorial, le dijimos que no, y aceptaron[106].

Yentzen reconoce que las redes internacionales de militantes del MAPU-OC fueron esenciales para convertir La Bicicleta en una revista masiva, destacando a los escritores Ariel Dorfman[107] en EE.UU. y Antonio Skármeta[108] en EE. UU. y Europa, así como a agencias holandesas (NOVIB) y francesas (CCFD), las que apoyaron proyectos culturales y de edición. La UJD lograba sacar la resistencia de sus catacumbas y usar el acotado espacio cultural que se toleraba. Yentzen escribió sobre el uso de este subterfugio:

Se planteó como un medio de comunicación masiva de apoyo al movimiento cultural de resistencia y, como tal, de libre circulación […] lo que era una subversión al cerco cultural de la dictadura. Era saltar a un territorio nuevo de exposición, un avance estratégico. La lucha cultural y la resistencia internacional habían logrado avances, y la dictadura otorgó ese año (1978) autorizaciones para crear nuevas publicaciones[109].

Hubo inspiración gramsciana. Si el marxista italiano alentó la construcción de hegemonías desde el sentido común popular en medio de la represión fascista de Mussolini, lo que implicaba abrirse a la cultura de masas (entre esta, el cristianismo)[110], fue evidente para la UJD que había que romper la impotencia del panfleto marginal y buscar espacios en los intersticios que dejaba la dictadura para hacer pasar un hálito de luz. Oposición camuflada, pero eficiente, como lo sintetiza Dióscoro Rojas, esquivando el Toro de la represión:

Nosotros decíamos: «¿Qué espera la dictadura de nosotros, los músicos populares? Que cantemos lo que ellos quieren para reprimirnos, para tener motivos suficientes. ¿Qué espera la gente que está en una plaza de toros? Que salga el toro. Y ¿qué pasa si sale un conejo? La gente va a reaccionar de otra manera por cuatro minutos, se va reír y los va a tomar como sorpresa, y esos son los cuatro minutos que tenemos para organizar y esos fueron los que creímos

nosotros que había que tomarse y hacer un canto que fuera más humano y a eso le pusimos el canto nuevo. Otros se quisieron apoderar de esa cosa, pero eso nació también de acá, por eso La Bicicleta hablaba mucho del canto nuevo, La Bicicleta estaba dirigida por un UJD[111].

Yentzen cuenta que Evelyn Matthei, la hija de un general pinochetista de la Fuerza Aéra, integrante de la Junta Militar en los ochenta, participó de los talleres culturales en la Universidad Católica. En esa línea, Dióscoro Rojas grafica el camuflaje mapucista que utilizó la música clásica, conspirando con el Grupo Cámara Chile para realizar navidades donde se podía encontrar a los upelientos derrotados y perseguidos, para olerse y mirarse. Los violines interpretando a Chopin eran menos subversivos que una canción prohibida de Víctor Jara, pero, al menos, les permitieron juntarse y susurrar presencia:

Nosotros creamos primero la Agrupación del Canto Nuevo y después creamos la Asociación Nacional del Músico Joven. Hicimos con ellos una serie de conciertos en todas las parroquias de Chile. También hicimos un festival de los músicos jóvenes, eso lo hicimos con la agrupación Beethoven porque los músicos estaban muy dados a algún tipo de organización, y eso fue desde el payador hasta el más talentoso violín, porque nos desarrollamos dentro del Conservatorio, estamos hablando de musicólogos, compositores y de instrumentistas. Con ellos teníamos harta afinidad, éramos muy conocidos. ¿A quién le importaba reprimir música de compositores famosos?[112].

La detención de Carlos Montes en 1980

La dictadura se consolida hacia 1980, aprueba en un plebiscito una Constitución autoritaria que aseguraba la prolongación del régimen cada ocho años. Recordemos que tras los ajustes económicos de 1973-1975 y «moderar» la represión, que les había llevado a ser parte de la Operación Cóndor con las otras dictaduras del Cono Sur —incluyendo los atentados contra el excanciller Letelier

en Washington y el asesinato del general Prats en Argentina— viene un periodo de domesticación por parte de los gremialistas que buscan civilizar y proyectar el neoliberalismo y el autoritarismo. La presidencia de Carter en Estados Unidos presiona por los derechos humanos, se pide evitar «excesos», se dicta una ley de Amnistía que libera a los últimos presos en los campos de concentración y se abocan a la Constitución de 1980 que excluye al PC, e institucionaliza el tutelaje militar sobre la sociedad política, pero señala una puerta de deliberación política con un nuevo plebiscito en 1988.

El plebiscito, sin registros electorales y con una tenue difusión de los argumentos de la disidencia en medios escritos y radiales de la DC y la Iglesia, le entrega la victoria a Pinochet por dos tercios de los votos[113]. La economía crece y se vive un boom consumista con la política de aranceles bajos, plagándose el mercado de electrodomésticos y autos asiáticos. La dictadura y los economistas de Chicago se ufanan de producir un modelo «fundacional» y la «segunda liberación nacional». Los gremialistas no temen predicar la existencia de una «democracia protegida» y excluir legalmente a los partidos marxistas. Se trata de una dictadura revolucionaria con fuerte proyección, que se diferencia de los regímenes autoritarios burocráticos[114].

En medio de ese año de boom económico y música disco, con John Travolta de fondo en los actos oficiales; autos japoneses que desplazan a las citronetas y Fiats, y auge inmobiliario con edificios y centros comerciales en forma de caracol, en diciembre de 1980, agentes de la CNI[115] detienen a Carlos Montes y lo torturan con brutalidad en el cuartel Borgoño hasta que sufre un colapso físico y cardíaco que casi le provoca la muerte. Montes era un prototipo del MAPU. Había estudiado Economía en la Universidad Católica, donde fue miembro del Consejo Superior. Antes, se había educado con los jesuitas

—

su propio padre había sido seminarista

—

, y se había sumado al MAPU en la época de su fundación. Fue directivo de la

reforma universitaria en la UC, en los planes de extensión hacia los trabajadores. Tras la disolución de la DINA y el aire de parcial apertura que trajo 1978, Montes comienza a llevar una vida más «normal» en La Cisterna con su familia y en el trabajo como gerente de un restaurante de comida vegetariana llamado El Naturista («Fui muy eficiente; mejoré las ventas», cuenta con ironía). Tras su detención y torturas, parte a México en 1981, donde se especializa en temas de desarrollo local en la Universidad de Puebla. Es posible que fuera considerado peligroso para la dictadura por su política «gramsciana» de crear redes alternativas al autoritarismo y tejer una resistencia plural. El propio Montes relata su detención:

Me pillaron por causalidad a la salida de una reunión de la Convergencia Socialista en un local de la Iglesia en la zona de La Florida. El problema es que me habían cargado muchas personas, hasta unas monjas arrestadas en 1975 habían declarado que yo era el contacto con el MAPU. Los torturados tenían también cartas mías a Juan Maino, lo que me permitió en una declaración judicial acreditar que ellos eran los culpables de la desaparición de Juan […]. Uno de los torturadores era un amigo de la infancia que le decía a mi familia en las tardes que yo estaba vivo […]. Yo era el jefe del MAPU en Chile.

Tras regresar a Chile en 1985, en el marco de la apertura que significaron las protestas, Montes crea el Centro de Estudios Municipales Cordillera, desde el cual le hace ver a la oposición que el plan de prolongación de la dictadura se basaba en la gestión de los alcaldes, por lo cual la estrategia del NO en el plebiscito debía tener una fuerte raíz social y de politización de las demandas socioterritoriales. Se incorpora al PS y, por su capacidad intelectual y de trabajo, desde 1990 es elegido el mejor diputado[116]. ¿Por qué este ciudadano era peligroso en 1980?

Si se analiza la represión en esos años, se puede colegir que la dictadura se vuelve selectiva: sus objetivos son los focos armados y los líderes que tejen la unidad en la base de la izquierda y la Democracia Cristiana; los articuladores peligrosos. Así, es masacrado el intento del MIR de mantener una guerrilla en la

sureña cordillera de Valdivia (Neltume) y varios opositores son asesinados, torturados o exiliados, como el líder sindical del Partido Radical Tucapel Jiménez, que venía propiciando la unidad de las centrales obreras; el DC Andrés Zaldívar, y un grupo de dirigentes de la Izquierda Cristiana.

Reencuentro con la Iglesia e idealización de los movimientos sociales

Los encuentros del MAPU en la década de los ochenta se realizaban en locales de la Iglesia: las reuniones con la Convergencia, en las casas de retiro de San Luis de Macul; las de los salesianos, en La Florida; el MAPU de la zona sur, articulado con el apoyo de la orden de los Sagrados Corazones; el congreso de unidad del MAPU, en la casa del Arzobispado de Santiago en Punta de Tralca, y sus últimos comités centrales, en las casas de retiros de Malloco, San Francisco Javier en Ñuñoa y la Vicaría Oriente, donde, producto de su activismo católico popular, algunos se sentían como en casa.

Pero sin duda, un lugar de refugio y reencuentro del MAPU con su origen de izquierda católica fue la Vicaría de la Solidaridad, donde una treintena de mapucistas —abogados, periodistas, asistentes sociales y secretarias— aportaron a la defensa de los derechos humanos. Así lo relata Adriana Sepúlveda, rescatando la memoria de las mujeres militantes:

Yo entré al Comité Pro Paz[117] y a la lucha por los derechos humanos desde el comienzo, el año 1974. La Chela Ortega, que era Izquierda Cristiana, me llamó porque se necesitaba gente para trabajar. Entré ad honorem como secretaria en el departamento jurídico, en la calle Santa Mónica, y le ayudaba a la Fabiola Letelier, pero era una mezcla de todo, desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche todos los días. Conocí al padre Cristián Precht, al pastor Helmut Frenz, que era luterano. Trabajé mucho y después cuando se termina el Comité y

se transforma en la Vicaría y se va al lado de la Catedral, me fui al Departamento Zonal que trabajaba con mucha gente del MAPU, con la Daniela Sánchez, que ahora está en la Universidad Alberto Hurtado; Ana María Medioli; la Eliana Zúñiga; la Vicky Baeza; Victoria Gallardo; Gloria Torres; Paulina Saball, ahora subsecretaria de Vivienda. El Departamento Zonal tenía que ver con los comedores infantiles, los comités de cesantes.

Para el MAPU, el proceso de renovación no se limita al intento por unir democracia y socialismo, sino que incluye la promoción de una política participativa, vinculada a los movimientos de base, el llamado «protagonismo popular», que representa un giro desde la pretensión vanguardista y proletaria de los setenta[118]. En esta interpretación, la división de la UP y la ruptura del propio MAPU son producto no solo de la separación entre «moderados» y «revolucionarios», sino también de la que divide a los «cupulares pro poder estatal»[119] del MAPU-OC , más vinculados al poder gubernamental durante la UP, y los miembros del MAPU-Garretón, con un perfil más «popular y de base». Estos habían tenido vínculos más próximos con la promoción popular de la década de los sesenta y la mitificación de las comunidades cristianas de bases de la Iglesia latinoamericana, influida a su vez por la teología de la liberación: «Nuestra opción por el trabajo territorial de base es claramente una influencia católica progresista»[120], reconoce Montes.

Esta distinción entre basistas y cupulares también se dio bajo la dictadura, cuando los MAPU-OC habrían estado más concentrados en los documentos, en la articulación burocrática de la UP en el exterior y en el peso de los intelectuales, mientras que los «MAPU puros» habrían permanecido más vinculados con el «trabajo de base»[121]. Esto, al menos, es lo que corrobora Bernarda Gallarda, socióloga de la Universidad Católica que combinó la academia con el trabajo en el movimiento poblacional:

Los MAPU combinamos trabajo de base con reflexión. Éramos intelectuales orgánicos del pueblo que se reorganizaba, no solo especuladores. Logramos hacer contracultura de envergadura, politizando demandas poblacionales en los

años más oscuros de la dictadura a fines de los setenta. Recuerdo que en el sector Caro-Ochagavía logramos incluso sentar al alcalde designado de la dictadura a negociar soluciones con los dirigentes poblacionales[122].

Carlos Montes, en su Historia personal del MAPU, grafica esta óptica basista que sacraliza al mundo popular y a sus organizaciones:

A fines de 1976 y comienzos de 1977, el MAPU enfrenta dos procesos. Lentamente comienza la reorganización del mundo social y el MAPU, cada uno de sus militantes, contribuye al fortalecimiento de los movimientos sociales; ollas comunes, organización de sindicatos, agrupaciones culturales, comités de derechos humanos, clubes deportivos. Proceso que continúa durante 1978. El MAPU concluye que la reactivación popular no provino de los más conscientes, sino que del propio pueblo y sus reivindicaciones[123].

En sus vínculos con el mundo poblacional, sobre todo en el sector sur de Santiago, los mapucistas mantienen lazos con sacerdotes «liberacionistas»[124], un trabajo relevante en Concepción y focos de acción en algunas universidades, especialmente las tradicionales Universidad de Chile y Universidad Católica. Al igual que los del MAPU-OC con su política universitario-cultural, los militantes del MAPU-Garretón saben de su debilidad partidaria y de la precariedad que padecen bajo la incesante represión, por lo cual optan por articular organizaciones más plurales, como las coordinadoras poblacionales. En el frente estudiantil, se unirán a la Agrupación Cultural Universitaria (ACU) en la Universidad de Chile; luego, animarán la Convergencia Socialista Universitaria y fracasarán en el intento de crecer con el Movimiento José Domingo Gómez Rojas[125]. Este movimiento responde a una política del MAPU de 1982 para impulsar tres «movimientos sociopolíticos amplios de resistencia y organización»[126]: al Gómez Rojas se suma el Movimiento Dignidad entre los pobladores y el Movimiento Juvenil Lautaro entre los jóvenes cesantes, que, como veremos, engendrará un nuevo quiebre partidario.

Mayor éxito obtienen en su trabajo de base sindical en el cual buscan reflotar los cordones industriales bajo la forma de federaciones sindicales territoriales, que les permitieron crear, a contar de 1980, federaciones en el sector Vicuña Mackenna y la zona industrial de Maipú[127]. El basismo también cobra importancia en las coordinadoras de comunidades de base, las que realizan encuentros de teología de la liberación, el «Vía Crucis popular» en Semana Santa, en que cada estación del calvario recreada en zonas pobres es la cesantía, la desigualdad, la tortura, los detenidos-desaparecidos. En este mundo, se encuentran ex cristianos por el socialismo, mapucistas y activistas de la Izquierda Cristiana.

Si se analizan las ONG que estuvieron más vinculadas al MAPU, se descubre su énfasis en el trabajo de base más que en la academia, como era la característica de los MAPU-OC que figuraban en FLACSO. Rodrigo González, tras trabajar con sindicatos en Italia y fortalecer contactos en Holanda, anima a una red de ONG sindicales, encabezadas por CEDAL en Santiago, las que crean federaciones sindicales territoriales «para politizar desde el territorio»[128]. En el caso poblacional, fue relevante SUR Profesionales, donde Alfredo Rodríguez y Luis Magallón optan por criticar la segregación urbana bajo la dictadura y formar líderes poblacionales con «Escuelas de Planificadores Sociales». El foco, una vez más, era el basismo: «A juicio del MAPU, la dictadura la socavaríamos recreando un poder social alternativo desde abajo», confirma Magallón[129].

El MAPU-Lautaro y la liberación total: ¿violencia o desobedencia?

Los socialistas que coquetearon con la violencia bajo el eufemismo de poder popular alternativo fueron los grandes líderes de la renovación y la ampliación de la izquierda en una alianza con la Democracia Cristiana. En cambio, los comunistas, aquel partido ordenado y amarillento que llamaba a evitar la guerra civil, lee el fracaso de la UP en la otra dirección: no hubo política militar propia. Por eso, en un famoso discurso de su secretario general en Moscú, Luis

Corvalán, se llama a combatir la dictadura sin descartar «todas las formas de lucha». La vía armada volvía a revolotear con nuevos sujetos. De hecho, los otrora adversarios en el Gobierno de Allende, el PC y el MIR, se hicieron aliados y crearon junto con el PS-Almeyda el Movimiento Democrático Popular (MDP), agrupación de izquierda que durante los años de protestas (1983-1986) reivindicó con fuerza el concepto de todas las formas de lucha, sin por ello «abandonar la búsqueda de un frente amplio de las fuerzas democráticas», como recuerda el mapucista y vocero, José Sanfuentes. Para Garretón —que convivía con la dirección de los partidos en Cuba, y observaba el entusiasmo de la Revolución Sandinista por las armas en 1979 y el apoyo a las guerrillas salvadoreña y guatemalteca—, comenzaron días difíciles, especialmente cuando el PC y los cubanos se la juegan por fortalecer al Frente Patriótico Manuel Rodríguez e internar armas a Chile. Así lo grafica el secretario general del MAPU, quien decide mudarse a Buenos Aires:

En Cuba yo no tuve problemas con los cubanos

—

salvo mucho después que escribí un comentario de la película Guantanamera[130]

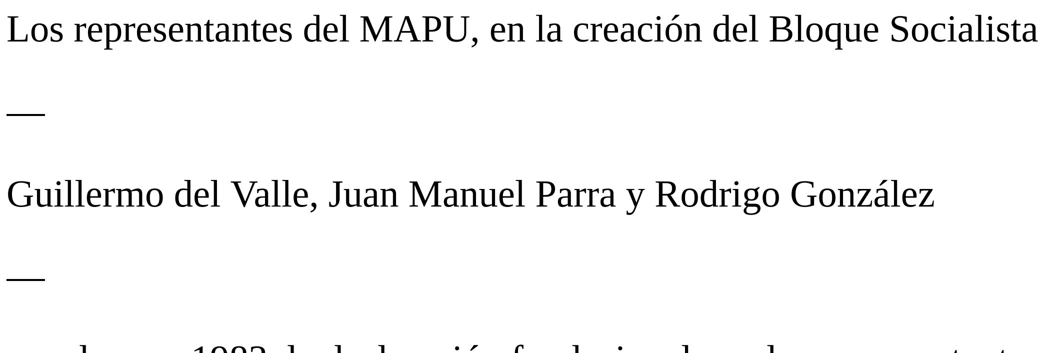
—

, pero sí tuve dificultades con las delegaciones de los partidos chilenos en la isla; empiezan varios años después cuando, después de la Constitución del 1980, se comienza a producir la escisión de la izquierda chilena y allí obviamente en Cuba el MIR y el PC que eran la fuerza dominante estaban por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez y por la lucha armada. Como Pinochet les quedaba muy lejos, los enemigos reales fuimos los renovados[131].

Se inicia la disputa y el quiebre profundo en la izquierda. El MIR, el PC y sectores socialistas acusarán de amarillentos a los sectores contrarios, quienes les encaran por hacerle el juego a la dictadura con el uso de la violencia. De hecho, el MIR asesina al intendente de Santiago, Carol Urzúa. Lo mismo ocurre en las universidades; el uso de las molotov dispersaba las protestas, pero, para los partidos del MDP se trataba de una expresión del levantamiento popular

prerrevolucionario que produciría el derrocamiento. La tesis de los renovados, muy en la línea de la Iglesia católica, fue promover la no violencia activa, fuerza social, desobediencia civil como camino para terminar con la dictadura: la imagen fue el sindicato Solidaridad en Polonia y la película Gandhi. Los renovados agrupados en la Convergencia crean el Bloque Socialista: ambos MAPU, la Izquierda Cristiana y el PS-Briones o renovado. Las disputas son duras: los dirigentes mapucistas de la Escuela de Medicina Norte de la Universidad de Chile, José Luis Contreras y el Pollo Arteaga, se enfrentaron en el año 1983 con el dirigente comunista de Filosofía Gonzalo Rovira, pues al término de una gran protesta universitaria que terminó con molotov y represión policial, este, rompiendo los acuerdos de las mesas de negociación entre las facciones estudiantiles, terminó su discurso con un famoso «y ahora, chipe libre»[132].

La dirección de la Convergencia Socialista había acordado propiciar una primera marcha masiva hacia el centro de la ciudad, por lo cual evaluó que el diseño comunista disminuía el movimiento, aunque para el PC no hacía otra cosa que ampliarlo, pues corría la frontera de lo posible y así animaba, según este, las acciones insurreccionales[133]. La disputa en las universidades fue profunda y la tolerancia comunista a la protesta violenta hizo más difícil los acuerdos de unidad opositora con la Democracia Cristiana, lo que había sido posible en la primera federación de la Universidad de Chile, pero se había quebrado en 1986, llevando a los renovados junto con la DC en una lista diferenciada. En la Universidad Católica, la Democracia Cristiana, los renovados y sectores dialogantes de las Juventudes Comunistas se aliaron para aislar a los partidarios de «todas las formas de lucha»[134].



Los representantes del MAPU, en la creación del Bloque Socialista

—

Guillermo del Valle, Juan Manuel Parra y Rodrigo González

—

, avalan, en 1983, la declaración fundacional con los representantes socialistas

renovados y de la Izquierda Cristiana, valorando la democracia y la autonomía de los movimientos sociales y propiciando la desobediencia civil, ajena a toda acción de violencia armada:

El Bloque Socialista se manifiesta, sin equívocos de ninguna especie, por la desobediencia civil y masiva. La conquista de la democracia para necesariamente por la masificación de la lucha política […] Afirmamos con claridad que no somos partidarios de una confrontación militar que conduzca a nuestro pueblo a sacrificios inútiles. Nos oponemos, asimismo, a cualquier acción terrorista que lleve inevitablemente a favorecer ese camino[135].

La disputa sobre las formas de lucha también se da al interior del MAPU y de la Izquierda Cristiana. En esta última, su ideólogo, el exdemocratacristiano Bosco Parra, muy influido por la Revolución Sandinista, había propiciado el contexto para distinguir violencia terrorista de violencia revolucionaria en un opúsculo que circuló mimeografiado: Fuerza civil, fuerza militar. Dicho texto fue la biblia de los sectores de la IC que en las universidades y poblaciones apoyaron todas las formas de lucha, contra la opinión oficial de sus dirigentes: Luis Maira, Sergio Bitar y Pedro Felipe Ramírez. En el caso del MAPU, la discusión se concentró con el fuerte Regional Sur del gran Santiago, lo que llevó a un quiebre significativo en 1982, cuando nace el MAPU-Lautaro, que se convertirá en una pesadilla para el régimen militar por sus acciones violentas, pero también en un lío para la identidad del partido que apostaba a la renovación y a la vía pacífica.

El órgano oficial del MAPU da cuenta del «acuerdo del Comité Central por la aprobación del Movimiento Juvenil Lautaro[136] como propuesta del partido para el trabajo juvenil»[137], encausando la rebeldía en las poblaciones populares. El MAPU levantó la tesis de los movimientos sociopolíticos para el trabajo amplio de masas, promoviendo el Movimiento Juvenil Lautaro (MJL) entre la juventud popular; el Movimiento José Domingo Gómez Rojas[138] en las universidades; el Movimiento Sindical Unitario (MSU) con los trabajadores, y el Movimiento Dignidad entre los pobladores adultos.

Rápidamente, el Lautaro, a cargo de Guillermo Ossandón (cuya chapa era Diego Carvajal) y los activos núcleos de militantes en los movimientos poblacionales del sur de Santiago, se radicaliza, comienza a asaltar camiones repartidores de alimentos, emulando una suerte de Robin Hood revolucionario que distribuye los víveres que le roba a las empresas entre los pobres. El quiebre es violento cuando se enfrenta con la dirección (V Pleno), rechaza seguir en la Convergencia y denosta la renovación. Nace el MAPU-Lautaro; Ossandón y Bernardo Acevedo reivindican el partido de vanguardia proletaria de Ambrosio y enfatizan que la lucha no es solo por la democracia, sino también por la confrontación de clases anticapitalista. Así, a contar de 1983, el MAPU-Lautaro pasará a perpetrar asaltos, atentados y, a fines de los ochenta, sus «espectaculares» acciones terminarán en tiroteos y el asesinato de policías y gendarmes.

El MAPU-Lautaro ha sido definido como un grupo terrorista «excéntrico» a causa de sus llamados a derrotar el capitalismo y el autoritarismo, y por promover la emancipación en sentido amplio, incluyendo la sexual contra la moral «católico-conservadora»[139]. La investigadora Eyleen Faure rechaza esta caricatura y describe al Movimiento Juvenil Lautaro como hijo de su época: la rebeldía de la juventud de los ochenta, que era anticapitalista y antiautoritaria, además de ser un caso de radicalización de la propia «cultura MAPU» que proponía una militancia heroica, un culto al basismo popular (la construcción desde los sujetos poblacionales) y un socialismo que se construía desde lo «cotidiano», implicaba vivir «emancipados» aquí y ahora, no solo esperando la construcción burocrática del socialismo. Así se debe entender el reparto de alimento, la libertad afectiva y sexual de sus células, y el desenfado con que estos jóvenes actúan contra «todo el sistema»[140].

La prensa y la militancia de izquierda lo llamó MAPU-Lautaro, pero algunos de sus miembros recelan de la historia del MAPU como de todos los partidos de izquierda a los que consideran tradicionalizados. Los lautaristas se consideran creadores de un nuevo cóctel ideológico, según Eyleen Faure, que entrevistó a los líderes del grupo, entre ellos Guillermo Ossandón en la cárcel de Alta Seguridad en 2004:

Surgió la matriz mapucista lautarina: se denominó marxismo leninismo mapucista lautarino (MLML). Era un marxismo a lo menos heterodoxo: teoría leninista de la guerra, concepto maoísta de guerra popular prolongada […] pensamiento de Gramsci, los escritos del Che Guevara y de Mariátegui, las ideas de Lukács[141].

Nicolás Acevedo, que conoció y entrevistó a dirigentes poblacionales de la zona sur de Santiago del MAPU Lautaro, escribe una historia menos intelectualizante: la mayoría fueron dirigentes en poblaciones pobres y combativas (Joao Goulart, Santa Adriana, San Gregorio, el cordón Caro-Ochagavía, entre otras); tuvieron vínculos con los curas liberacionistas, sobre todo con el colectivo de los Sagrados Corazones (Ronaldo Muñoz y Esteban Gumucio son algunos de ellos); se formaron con la escuela de líderes cristianos revolucionarios de FOLICO, y se radicalizaron en la exclusión social, alta cesantía y persecución política bajo las protestas populares contra la dictadura[142].

En lo que sí coinciden Acevedo y Faure es en que el Lautaro desata una mezcla de pasión revolucionaria y fuerza libidinosa con el éxito de sus asaltos a camiones distribuidores y después a locales comerciales, que ellos llaman, en su idea de «alcanzar la felicidad aquí y ahora», productos revolucionarios, con un atractivo menú: zapatos, de víveres a radios, sostenes, condones y más. Muchos de estos revolucionarios de origen cristiano romperán con las cadenas de la dominación autoritaria, del capitalismo y del super yo normativo de la civilización, represor del instinto sexual: el denominado pensamiento cartucho (beato). Rezan sus consignas y panfletos:

¡Sexo nuestro y pueblo en armas para la revolución y la felicidad plena!

¡Toda la patria para el pueblo, todita!

Rebeldes, alegres y subversivos: por un Chile popular.

Septiembre popular: a tomarnos todo.

¡Somos fuerza para el poder de la felicidad!

¡A la cresta Aylwin y su democracia cartucha[143]!

¡Sexo libre y guerrilla![144].

El problema fue que los lautaristas no solo asaltaron camiones repartidores de leche, bancos y tiendas de ropa interior. El grupo Lautaro no se sumó a la estrategia de lucha electoral que asume toda la izquierda, incluyendo al PC, que desmoviliza en 1989 al Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), su brazo armado. El Lautaro y una facción «autónoma» del FPMR cometen algunos atentados en la nueva democracia (el FPMR autónomo mata al líder de la derechista UDI, senador Jaime Guzmán), siendo finalmente diezmados y detenidos sus dirigentes, incluyendo a Guillermo Ossandón. En el intento por rescatar a uno de sus dirigentes de un hospital, varios gendarmes resultan muertos y una de sus integrantes, Marcela Rodríguez (la Mujer Metralleta) queda gravemente herida. La Cuarta, el diario amarillista por excelencia en Chile, señala:

El 14 de noviembre de 1990, cuando Marcela Irene Rodríguez Valdivieso y un comando de los «lauchas» irrumpieron a sangre y fuego en el Hospital Sótero del Río, para rescatar al detenido Marcos Ariel Antonioletti, de 21 años. Tres funcionarios de Gendarmería y un carabinero fallecieron en el sangriento tiroteo de alrededor de 10 minutos, en tanto un cuarto gendarme murió el 16 de ese mes. Marcela Rodríguez, a quien se le llamó la «Mujer Metralleta» fue herida y escapó, para luego ser abandonada en la calle, siendo detenida por las fuerzas policiales [...] se encontraba en la sala de espera del servicio de urgencia del establecimiento, haciéndose pasar por funcionaria de delantal blanco[145].

El exjefe del MAPU reunificado, Víctor Barrueto, considera en 2013 que el Lautaro tuvo su paso de la fase movimientista a la militar debido a las duras torturas a las que la Dicomcar (Inteligencia de Carabineros) sometió a su dirección, incluyendo a Ossandón. Una buena periodización de su desarrollo la entrega Héctor Órdenes en su tesis «Jóvenes, rebeldes y armados. Teoría,

identidad y praxis del MAPU-Lautaro».

El llamado a la revolución antitodo, combinando sexo y guerrilla, logró adeptos no solo en las poblaciones del sur de Santiago, sino también en grupos de secundarios y universitarios, incluyendo colegios católicos del barrio alto de Santiago. Algunos de estos jóvenes son detenidos por el asesinato de policías que custodian la residencia del intendente democratacristiano Luis Pareto, durante el primer gobierno de transición. Una década después rompen en la cárcel con el envejecido ideólogo Ossandón e inician huelgas de hambre hasta lograr que un grupo de exmapucistas (el sacerdote Alfonso Baeza de la Vicaría Social y el senador José Antonio Viera-Gallo, entre otros) gestionen una ley que les devuelva la libertad al cumplir diez años de cárcel. Los lautaristas jóvenes se llamaron Kamino Libre[146], lograron su libertad y sentenciaron a muerte al Lautaro; ya no quedó nada, solo una memoria de épica atrevida que derivó en una pesadilla también para ellos mismos.

En la otra historia, desde la vereda del frente, la mapucista Adriana Sepúlveda deploraba con toda el alma la violencia y la asociaba con una simbiosis con la propia dictadura. Por eso, su rechazo visceral al MIR, en el cual militó, y a los crímenes del MAPU-Lautaro: «Nosotros no podíamos hacer de nuestras vidas un espejo de lo mismo que ellos nos hicieron. No podíamos ser ni milicos ni autoritarios ni nada que oliera a violencia. Por eso nos distanciamos con el MAPU-Lautaro cuando optó por las acciones duras»[147].

Recuperando los espacios legales y el tejido social

La oposición ocupó pragmáticamente todos los espacios que la dictadura comenzó a tolerar desde 1979, cuando vuelven los sindicatos y se permiten las sociedades de profesionales u ONG. Los MAPU, sin quedarse atrapados en principismos (como esas frases de no ocupar la legalidad del régimen de la ultraizquierda), copan los espacios legales, animados por los dirigentes que

pasan de la clandestinidad a la vida pública, además de algunos que logran retornar de Europa porque no estaban en las listas oficiales de exiliados que persisten hasta la «apertura» que sigue a las protestas del periodo 1983-1985.

a. La Iglesia católica, vicarías y pastorales juveniles

La mayoría de los dirigentes juveniles mapucistas de los ochenta provenían de este nicho y estaban vinculados a los sacerdotes aperturistas o abiertamente liberacionistas. Los jefes juveniles del MAPU, como Eduardo Arrieta y René Jofré, habían sido dirigentes de la Pastoral Universitaria y de las comunidades cristianas de base de Peñalolén, sector popular precordillerano de Santiago. En el caso de la Universidad Católica, seminaristas de los Sagrados Corazones, como Félix Avilés, lideran la Convergencia Universitaria y luego se integran al MAPU.

Un caso de esta nueva oleada de militancia mapucista, vinculada a la Iglesia, es el de Adriana Sepúlveda, que militaba en el MIR: en 1979 entra al MAPU impactada por el cardenal Silva Henríquez y por el cura obrero Mariano Puga. Rompe con el MIR porque los militantes con quienes trabajaba la hicieron traer una maleta con dinero y panfletos, sin avisarle, cuando viajaba con su hijo desde Europa.

Me atrajo el MAPU porque estaba contra la lucha armada y eran más humanistas. Una noche que le dio fiebre a mi hijo, se suspendió la reunión de célula y fuimos a buscar médicos. No eran tan duros, me sentí con ellos en una comunidad desde que conocí a un grupo de mujeres mapucistas en el departamento de comedores populares de la Vicaría de la Solidaridad, donde entré a trabajar, y la opción era la no violencia activa en la línea de la Iglesia[148].

Sepúlveda se hará parte del Movimiento contra la Tortura Sebastián Acevedo, con el cual un grupo de curas (encabezados por el jesuita José Aldunate), monjas y laicos protestaban frente a los centros de detención con un cartel que decía «contra la tortura». Según ella, la gran experiencia «vicarial» la hizo distanciarse del «marxismo duro» y comprender, al trabajar con testimonios de víctimas de la represión, que «no podíamos hacerle a nadie lo que ellos nos hicieron a nosotros»[149].

En algunas provincias, se dio un acercamiento similar. En Concepción, junto con el sacerdote Enrique Moreno, el vicario de la Solidaridad de la segunda ciudad de Chile, Carlos Puentes, apoya activamente al MAPU: «Militamos en la misma célula. Yo me casé con su hermana. Sí, algunos curas nos ayudaron mucho y fueron parte nuestra, con la resistencia de los sectores conservadores de la propia Iglesia»[150].

b. Los espacios culturales y comunicacionales

El MAPU-OC, además del apoyo a la revista La Bicicleta, logró crear APSI, publicación que comenzó solo con comentarios de arte e internacionales

—

por alguna razón, la censura oficial los toleraba mientras no se inmiscuyeran en «asuntos internos»

—

, al tiempo que Pedro Gaete creó la peña Casona de San Isidro como espacio de disidencia en Santiago. Videístas vinculados a ambos MAPU, como Augusto Góngora y Hermann Mondaca, crean redes alternativas de videos que se reproducen en poblaciones y universidades[151]. Ellos reclutan a muchos intelectuales de renombre como Skármeta, Dorfman y el escritor excomunista Roberto Ampuero, incorporado al MOC[152].

c. Los centros académicos

Al ser patrocinada por un organismo internacional, la FLACSO no pudo ser desmantelada en 1973, lo que le permitió al grupo de intelectuales del MAPU-OC

—

Manuel Antonio Garretón, Tomás Moulian, José Joaquín Brunner, Augusto Varas y Norbert Lechner

—

formar nuevos dirigentes y animar la «renovación socialista». Los otros centros que se transformaron en agentes contraculturales fueron los que estaban vinculados a la Academia de Humanismo Cristiano, creada por el cardenal Silva Henríquez. En SUR son muy activos Eugenio Tironi, Alfredo Rodríguez, José Bengoa[153] y Eduardo Valenzuela[154].

d. Las ONG

Las ONG comienzan a proliferar en 1981 con el apoyo de agencias europeas (sobre todo de Suecia, Alemania, Holanda, Francia, Italia y luego de España). En ellas los mapucistas de diverso signo hacen su aporte a la lucha por la democracia, a la reconstrucción del tejido social y al debate político.

Entre las ONG más importantes se cuentan Taller Norte, con los arquitectos Víctor Basauri, José Manuel Cortínez y Juan Carlos Acorssi, y la red de CEDAL con sus sedes regionales (Copiapó, Valparaíso, Santiago, Rancagua y

Concepción), a través de la cual el MAPU sindical se articula explícitamente. Son numerosas las ONG del mundo agrario lideradas por mapucistas (GEA y GIA), educacionales (PIIE, TIDEH) y luego ecologistas, como las impulsadas por Manuel Baquedano (Instituto de Ecología Política) y Francisco Vio (El Canelo de Nos y su red en provincias). Muchas mapucistas, como María Antonieta Saa, Adriana Sepúlveda y Pola Aguirre, animan movimientos feministas desde vicarías y ONG. Los «mapucistas de Italia», encabezados por el histórico Julio Silva Solar y el MAPU-OC José Antonio Viera-Gallo crean un fuerte CESOC en el periodo de la redemocratización. En comunicación popular y participación, Fernando Ossandón, Pedro Milos y Gonzalo de la Maza animan ECO, que reivindica al sujeto popular y la autonomía de los movimientos sociales, su memoria y formas de participación. En las postrimerías de la dictadura, Guillermo del Valle, desde el PRED, y Francisco Estévez, desde IDEAS, son claves en la formación ciudadana y la inscripción electoral de los opositores para vencer en el plebiscito de 1988. En regiones, resaltan Alfredo Ardoin, con ONG financiadas por agencias protestantes en Concepción (SEPADE); Gonzalo Pineda en Puerto Montt; Luis Caucoto en Iquique, y Max Bastías y Luis Gatica en Valparaíso.

En todas estas redes político-profesionales, los mapucistas van perdiendo interés en la vida orgánica: no hay células, solo reuniones ampliadas, secretariados de coordinación por frentes sociales, fiestas y reuniones en los comedores de las ONG que funcionan como espacios de articulación del partido[155]. A pesar de su pequeño peso orgánico, las ONG les permiten a los mapucistas ser un grupo influyente en la reconstrucción del tejido social antidictatorial. La historia no pasó principalmente por ellos

—

el PC y la DC fueron los grandes partidos de la oposición a la dictadura

—

, pero con sus redes aportaron a la mantención de las ideas democráticas y a la transformación de una izquierda en las virtudes de la duda, como dice René Jofré, «reconociendo que la única lucha no era la antidictatorial ni la anticapitalista; había un mundo que aprender en las demandas sociales

cotidianas»[156].

1 Esteban Valenzuela, MAPU: Fuerza socialista, 30.

2 Esteban Valenzuela, La conversión de los socialistas chilenos (tesis de Magíster en Ciencias Políticas, Universidad Católica de Chile).

3 Diálogo con Fernando Flores.

4 Con La Moneda amenazada por los bombardeos, Allende habló a través de los micrófonos de la Radio Magallanes y planteó «que el pueblo no debe sacrificarse», anhelando que «más temprano que tarde se abrirán las grandes alamedas».

5 Ese rumor que circuló en la izquierda en los días del golpe se entrama con la marcha del Ejército de Ramón Freire que marcha en 1822 hacia Santiago para derrocar a O´Higgins, criticado por centralista y autoritario. La «marcha desde el sur» es, entonces, un mito. Véase Esteban Valenzuela Alegato histórico regionalista, (Santiago: SUR, 1990), 49-51.

6 Entrevista a Víctor Barrueto.

7 Entrevista a Carlos Montes.

8 Lucchetti es una empresa de pastas ubicada frente a Alusa (envases de papel

aluminio). Ambas fueron estatizadas y fueron parte del cordón industrial en torno a la avenida Vicuña Mackenna, centro sur de Santiago. Según Martínez, el activista mapucista que los acompañó fue Fernando Echeverría, luego asesor sindical y concejal municipal del PPD.

9 El presidente de la CUT y dirigente de Alusa, el mapucista Arturo Martínez, sí asegura que en los inicios de Vicuña Mackenna hubo enfrentamientos que duraron varias horas.

10 El dirigente del MAPU de Valparaíso, Manuel Baquedano, confirmó que hubo relaciones con el Movimiento Tupamaro de Uruguay. Conversación con Baquedano.

11 En el año 1973, Barrueto vivía en el barrio más exclusivo de Santiago.

12 Mario Valdivia devendría en consultor de empresas, María Antonieta Saá lideró los grupos feministas y fue reelecta diputada por el PPD, Jorge Marshall llegó, en la democracia pospinochetista, a ministro de Economía y articuló la Corporación Expansiva de la izquierda liberal.

13 Jaime Gazmuri, El sol y la bruma, 149-200.

14 Entrevista a Gladys Göeder.

15 Entrevista a Rodrigo González.

16 Ibíd.

17 Entrevista a Carlos Montes, en Esteban Valenzuela, MAPU: Fuerza socialista, 16.

18 Vergara y Durán habían optado por quedarse en Chile e imprimir clandestinamente el boletín oficial del MAPU. Memoria MAPU, Ausentes, presentes, 218.

19 Carlos Lira, El alcaide preso (Santiago: Tierra Mía, 2003).

20 Entrevista a Ricardo Sazo.

21 Ejercicios navales conjuntos de la Armada chilena y la US Navy.

22 En la zona del carbón, la izquierda obtuvo más del 70 % de los votos.

23 En el año 2006, fueron condenados el agente de la DINA Osvaldo Romo, entre otros, por el crimen de Lumi Videla y su esposo Sergio Pérez, aprehendidos a fines de septiembre de 1974. Tras sufrir torturas en el centro de detención de calle José Domingo Cañas del sector Ñuñoa, la DINA arroja su cuerpo al antejardín de la embajada italiana. Dicha embajada y la sueca fueron las más activas en recibir asilados.

24 Entrevista a Rodrigo González.

25 Apodo a los derechistas en la cultura de izquierda chilena.

26 Entrevista a Rodrigo González.

27 «Las dos caras de la toma de la UC», Revista Sábado de El Mercurio, 18 de agosto, 2007, 24-30.

28 Entrevista a Rodrigo González.

29 Comisión Chilena de Derechos Humanos, Síntesis del Informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación (Santiago: Centro IDEAS, 1991).

30 Memoria MAPU, Ausentes, presentes, 21.

31 El cardenal Silva Henríquez crea el Comité pro Paz, futura Vicaría de la Solidaridad. Además, a través de la Academia de Humanismo Cristiano articula recursos internacionales para financiar una red de centros alternativos para muchos perseguidos.

32 Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, Informe Rettig (Santiago: Gobierno de Chile, 1991).

33 Memoria MAPU, Ausentes, presentes, 196.

34 Máximo Pacheco Lonquén (Santiago: Editorial Aconcagua, 1983).

35 Testimonio del autor.

36 Extracto de «Testamento de Ariel Dorfman». Memoria MAPU, Ausentes, presentes, 25.

37 Bandera Roja fue una agrupación maoísta que ingresó antes del golpe al MAPU, liderada por Daniel Moore, académico de la Universidad de Chile, sede Osorno, quien luego, durante su exilio en Suecia, se hará socialdemócrata y ecologista.

38 Entrevista a Eduardo Yentzen.

39 Carolina Torrejón, Brumas: el MAPU-OC bajo el autoritarismo y en clandestinidad, 45-54.

40 La policía secreta descubre que en una casa de la calle Conferencia, sector Estación Central de Santiago, estaban reunidos los dirigentes clandestinos del PC. Fueron capturados y desaparecidos los cinco miembros allí «cazados». Véase <www.pc.cl>.

41 Los dirigentes clandestinos en dicha época —Guillermo del Valle, Víctor Barrueto y Carlos Montes— corroboran esta información.

42 Esteban Valenzuela, MAPU: Fuerza socialista, 17.

43 Afirmación de Rodrigo González.

44 Entrevista a Carlos Montes.

45 Ibíd.

46 Entrevista a Saúl Bravo.

47 Diálogo con Jaime Gazmuri.

48 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón.

49 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón, quien reconoce que los cubanos le facilitaron la logística, con pasaportes falsos que le permitieron ingresar clandestinamente a Chile.

50 Comuna de clase media baja al sur de Santiago.

51 Probablemente Montes se refiere a cajeros del restaurante o encargados de

compras. Entrevista a Carlos Montes.

52 Edison Ortiz, El socialismo chileno: de Allende a Bachelet, 256.

53 Cristina Moyano, Proceso germinal de la renovación socialista en el MAPU, 30-31.

54 Ibíd., 31.

55 Esteban Valenzuela, MAPU: Fuerza socialista, 17.

56 Entrevista a Víctor Barrueto.

57 Ibíd.

58 Ibíd.

59 Entrevista con Carlos Montes.

60 El dirigente de la UJD nos pidió silencio sobre su nombre, en un extraño pudor de algo que es obvio y público; la cúpula de todos los partidos de la UP fue apoyada por Moscú, Berlín, La Habana y, secundariamente, por México (el Partido Radical) hasta el quiebre de la UP en el año 1980.

61 Wikipedia: MAPU. Anónimo. Información corroborada por Saúl Bravo y Guillermo del Valle.

62 Francisco Estévez, en un Monólogo al celebrar su medio siglo, recuerda su pasado pro moscovita cuando escuchaba Radio Moscú y se aferraba a un mimeógrafo para editar panfletos calificando de fascista a la dictadura. La cúpula de todos los partidos de la UP fue apoyada por el Eje Moscú, Berlín, La Habana y, secundariamente, por México (el Partido Radical) hasta el quiebre de la UP en el año 1980.

63 La Convergencia Socialista reunió a los sectores pro renovación del PS, ambos MAPU, la Izquierda Cristiana y grupos independientes. Hay un debate sobre su origen que, algunos como Barrueto, sitúan en México y otros en Europa, tras los encuentros de Ariccia en Italia (marzo de 1979 y enero de 1980).

64 Entrevista a Víctor Barrueto.

65 Óscar Guillermo Garretón, Mensaje al Tercer Congreso.

66 Ampuero se enfrentó a Allende y sostuvo una corriente llamada Unión Socialista Popular (USOPO).

67 Jiliberto Fernández y Kees Biekart, «Europa y la socialdemocratización de América Latina: la renovación ideológica de la izquierda en Chile», Afers Internacionals, núm. 20, 18-20.

68 La declaración conjunta de los partidos MAPU, MAPU-OC e Izquierda Cristiana de mayo de 1979 fue publicada por la revista Chile-América, Roma, núms. 54-55, junio-julio, 1979.

69 Andrés Benavente Panorama de la izquierda chilena, 1973-1984. Seminario Formación Política, CEP, 13 de septiembre, 1984.

70 CEDAL (Centro de Asesoría Laboral) distribuyó fotocopiado un documento del autor en septiembre de 1989 titulado «Una aproximación a los aportes de las tradiciones de Paulo Freire y Fernando Flores: de la educación popular a la comunicación para la acción».

71 Anglicismo para referirse a las materias primas.

72 Diálogo con Fernando Flores.

73 El MAPU PT fue liderado por Eduardo Aquevedo, y el Comité Central por el animador sociocultural Pedro Gaete, quien hizo de la peña La casona de San Isidro uno de los puntos de resistencia cultural a la dictadura. Sostenían, a fines de los setenta, la barroca definición de «bonapartistas» en relación con su evaluación del régimen como un periodo similar a la dictadura de Luis Bonaparte que Marx describe en el «Dieciocho brumario de Luis Bonaparte».

74 Entrevista a Jorge Venegas.

75 No corresponde hacer esta discusión, tan solo dos breves comentarios. El profesor Ismael Saz, de la Universidad de Valencia, experto en regímenes fascistas, considera que la dictadura de Pinochet no lo fue, no obstante reconocer elementos de esa índole en su periodo de mayor represión y megalomanía fundacional (1976-1980). Manuel Antonio Garretón acepta el elemento fundacional neoliberal que distingue a la dictadura chilena de las otras del Continente, muchas de las cuales mantuvieron el Estado empresario, pero al aceptar niveles de apertura política por la presión internacional e interna, no se la puede calificar de dictadura fascista.

76 En el MAPU, como en la mayoría de los partidos de izquierda, pero también en la DC, se llamaba frentes a los movimientos sociales en los cuales había que construir partido y desplegar la fuerza de la organización. Los llamados frentes de masas: trabajadores, estudiantes, mujeres, indígenas, campesinos, profesores, profesionales.

77 La Agrupación Gremial de Educadores de Chile, AGECH, fue el sindicato de profesores dominada por el PC y la izquierda, utilizando la apertura a gremios de la dictadura a contar del año 1979.

78 En Rancagua, también hubo un núcleo de MAPU PT en la AGECH, entre otros, los profesores Luis López y Luigi Salerno (este último, después volvió a la DC). López declamó el «Responso» de Óscar Castro, a García Lorca en el Cementerio Uno de dicha ciudad, como acto opositor: Llorarán los ríos de España, Ay, general traidor… Recuerdo del autor, 1, de noviembre, 1981.

79 MAPU-OC, revista Resistencia, 1977.

80 Secretariado del MOC, «A constituir un gobierno democrático provisional» (sin fecha), en Carlos Bascuñán, La izquierda sin Allende, 153.

81 Galilea fue profesor del Instituto de Estudios Urbanos de la Universidad Católica y luego un influyente subsecretario e intendente del PPD y la Concertación. Según Tomás Moulian, «Entró y volvió del PC. Conoció el socialismo real y se reenamoró del MAPU-OC» (diálogo con el autor, abril 2008).

82 Diálogo con José Sanfuentes, agosto, 2007.

83 Ibíd.

84 MAPU-OC, revista Resistencia 4, 1978.

85 MAPU-OC, revista Resistencia 7, 1980.

86 Diálogo con Jaime Gazmuri.

87 Joaquín Rodríguez (Jaime Gazmuri) y Federico Martínez (Enrique Correa), «Acerca del Partido, el carácter de sus tareas y organización» (fotocopia, sin fecha), 3.

88 Ibíd., 1.

89 Este pequeño grupo es el único vivo que mantiene el nombre del MAPU

(Obrero-Campesino) con sus definiciones marxistas, pero cercano a la Democracia Cristiana desde la transición. Su líder, Fernando Ávila, fue uno de los cinco integrantes del núcleo juvenil revolucionario que creó el MAPU junto a Ambrosio.

90 Testimonio de Hermann Mondaca, diciembre 2010.

91 En Chile, ricachón.

92 El Mercurio, 21 de diciembre del 2008, D-12.

93 Ibíd., D-13.

94 Documento de Francisco Estévez, La Renovación de la UJD (mimeo, sin fecha, probablemente 1981, según el autor).

95 Ibíd., 12.

96 Carolina Torrejón, Brumas: El MAPU-OC bajo el autoritarismo y en clandestinidad, 54-55.

97 Entrevista en su despacho de La Moneda como director de Organizaciones Sociales, agosto, 2007.

98 Un caso destacable es el del estudiante y poblador Jaime Pavez, perteneciente al MAPU-OC, quien participó en la toma de San Rafael, y luego, en la transición, se convirtió en el alcalde de la comuna más pobre de Santiago, La Pintana, con la primera mayoría nacional.

99 Gonzalo y Juan Pablo, Sobre la discusión de la táctica en el movimiento democrático y la juventud, marzo, 1981. 28.

100 Ibíd., 29.

101 Ibíd., 41.

102 Entrevista a Dióscoro Rojas.

103 Testimonio de Hermann Mondaca, diciembre del 2010. Mondaca prepara el texto Las Imágenes de un país Invisible, con un relato en profundidad de dicha labor cultural contra la dictadura.

104 Ibíd.

105 Erik Pollhammer, escritor, cercano al grupo mapucista de la Universidad Católica, donde estudió literatura.

106 Entrevista a Eduardo Yentzen.

107 Ariel Dorfman es conocido por el libro escrito con Armand Mattelart Para leer el Pato Donald (Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1973) y la obra de teatro sobre la tortura, La muerte y la doncella (Santiago: LOM ediciones, 1997.

108 Antonio Skármeta escribió el libro El cartero de Neruda, que se popularizó con la película Il Postino. Fue embajador en Alemania en los gobiernos de la Concertación.

109 Eduardo Yentzen, La vida de todos (Santiago: Universidad Boliviarana, 2005), 112.

110 Antonio Gramsci y los Cuadernos de la cárcel, en especial Cómo leer a Maquiavelo.

111 Entrevista a Dióscoro Rojas.

112 Ibíd.

113 Por el Sí habría votado el 67 % y por el No el 30,2 %. Ascanio Cavallo et al., La historia oculta del régimen militar, 283.

114 Manuel Antonio Garretón califica el carácter «fundacional» de la dictadura de Pinochet como un capitalismo autoritario que plasma su proyección política en su Constitución de democracia tutelada. Manuel Antonio Garretón, El

proceso político chileno, 109-120.

115 La Central Nacional de Informaciones (CNI) es la reemplazante de la Dirección Nacional de Inteligencia (DINA), que dirigió la represión durante los primeros años.

116 Rankings anuales que realiza el vespertino La Segunda.

117 Creado inmediatamente tras el golpe (4 de octubre de 1973) por el cardenal Silva Henríquez, el pastor luterano Helmut Frenz, el rabino Ángel Kreiman, el obispo Fernando Ariztía. Su secretario ejecutivo fue el jesuita Fernando Salas y el jefe jurídico el abogado mapucista José Zalaquett.

118 Entrevistas a Víctor Barrueto y Carlos Montes.

119 En los debates de la Convergencia Socialista, se critica no solo el excesivo estatismo sino también el «estatalismo» de la política «tradicional», que privilegia en exceso el poder formal y no valora la sociedad civil ni los movimientos sociales.

120 Entrevista a Carlos Montes.

121 En sendas «conversaciones», esa es la tesis predominante de Carlos Montes, Víctor Barrueto y Rodrigo González.

122 Entrevista a Bernarda Gallarda, Puerto Montt, marzo, 2007.

123 Carlos Montes, Introducción a Esteban Valenzuela, MAPU: Fuerza socialista, 18.

124 Entre otros, Enrique Moreno en Concepción; el jesuita Gonzalo Arroyo, quien fue parte del Regional Santiago-Sur, el vicario de la Pastoral Obrera Alfonso Baeza; y un núcleo de sacerdotes y seminaristas de los Sagrados Corazones del sector sur de Santiago, cuyo inspirador principal era el teólogo de la liberación Ronaldo Muñoz. Todos ellos habían sido participantes de los Cristianos por el Socialismo.

125 El nombre recuerda a un joven anarquista y poeta asesinado en la década de 1920 en una huelga de estudiantes universitarios.

126 Diálogo con Guillermo del Valle.

127 La Federación Vicuña Mackenna es liderada por Jaime Martínez, futuro tesorero de la CUT, y la Federación Sindical de Maipú (FESIMA), por Fanor Verdugo.

128 Entrevista a Rodrigo González.

129 Diálogo con Luis Magallón.

130 La película de Tomás Gutiérrez, con la historia de una mujer mayor que regresa a Guantánamo, es del año 1995. En esta producción cubano-española, se deslizan críticas a la vida en la isla. Por los tiempos, queda claro que las disidencias de Garretón respecto a Cuba son tardías. El único mapucista abiertamente crítico fue el escritor Roberto Ampuero con su novela Nuestros años verde olivo. Al igual que con Erick Honecker y la RDA, el exilio chileno de izquierda, que fue acogido en la persecución por dichos países, mantuvo una comprensión hacia esos regímenes, no obstante su discreta crítica a los mismos.

131 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón.

132 Expresión chilena para decir que se acabaron las reglas y que cada quien puede hacer lo que se le plazca.

133 Con base en lo observado por el autor como dirigente de la Convergencia Socialista Universitaria y en los diálogos en el año 2008 con José Luis Contreras y Gonzalo Rovira.

134 Estas disputas se expresan adecuadamente en el libro de Ricardo Brodsky Conversaciones con la FECH y en el de Esteban Valenzuela Fragmentos de una generación.

135 Declaración de Principios del Bloque Socialista: MAPU, MAPU-OC, PS renovado, Izquierda Cristiana y Convergencia Socialista. Publicado en revista Análisis núm. 60, citado por Benavente, en «Panorama de la izquierda chilena: 1973-1984», revista Estudios Públicos, vol. 18 (1985): 189. Por el MAPU-OC, firman Moulian, Enrique Correa y Jaime Estévez. En los grupos pro Convergencia están los mapucistas Jorge Molina, Fernando Echeverría, Manuel Antonio Garretón, Ricardo Brodsky y Francisco Estévez. Por la Izquierda Cristiana, Pedro Felipe Ramírez, Sergio Aguiló y Rodrigo González López.

136 Lautaro fue un joven mapuche apresado por los españoles al mando de Pedro de Valdivia en la conquista de Chile en el siglo

xvi

. Según el mito, fue paje del propio Valdivia, aprendió a adiestrar a los caballos, se liberó y se convirtió en un eficaz toqui (guerrero) contra las mismas huestes monárquicas.

137 Revista Venceremos, 1982, 16 páginas.

138 Joven poeta universitario asesinado en protestas estudiantiles de los años 1920.

139 En esto, se da un caso que se repite en otros grupos de izquierda contestataria del mundo: una buena parte de sus dirigentes jóvenes detenidos por actos de violencia política provenían de colegios católicos privados y de familias de clase media.

140 Eyleen Faure Bascur, «Aproximación histórica a la experiencia del movimiento juvenil Lautaro», revista Proposiciones, núm. 36 (2007).

141 Ibíd., 81.

142 Nicolás Acevedo, «El MAPU Lautaro en las protestas populares (1978-1985)» (tesis de Licenciatura en Historia, Universidad ARCIS, 2006).

143 Slogan de comienzos de la transición bajo el gobierno de Patricio Aylwin. Cartucho se refiere a algo tibio, pacato, comedido en exceso.

144 Eyleen Faure, «Aproximación histórica a la experiencia del movimiento juvenil Lautaro», 90.

145 <http://www.lacuarta.cl/diario/2002/11/13/13.24.4a.CRO.LAMUJER.html>.

146 La huelga de hambre del año 2003 en la Cárcel de Alta Seguridad la encabezan Pablo Morales, Marcelo Villarroel, Rodolfo Retamales y Alejandro Rodríguez.

147 Entrevista a Adriana Sepúlveda.

148 Entrevista a Adriana Sepúlveda, mayo, 2008. Entre otras mapucistas del Departamento Zonas de la Vicaría, estaban Victoria Gallardo, Vicky Baeza, Eliana Zúñiga, Ana María Medioli y Gloria Torres.

149 Ibíd.

150 Entrevista a Jorge Venegas.

151 Destaca el Grupo Proceso, de Mondaca con Ximena Arrieta, quienes

animaron una red de videos alternativa al monopolio del régimen.

152 Ampuero relata su quiebre con el comunismo en Cuba, lo que le lleva de vuelta a Chile a fines de los setenta, donde opta por el MAPU-OC y una participación activa en la UJD. Roberto Ampuero, Nuestros años verde olivo, (Santiago: Planeta, 1990).

153 José Bengoa, Historia del pueblo mapuche (Santiago: SUR, 1987).

154 Eduardo Valenzuela, La rebelión de los jóvenes (Santiago: SUR, 1984).

155 Testimonio de Adriana Sepúlveda, secretaria de CEDAL.

156 Expresión de René Jofré recordando las consignas del MAPU en su mirada de la política desde las luchas «concretas» de los frentes sociales.

Capítulo V

Pragmatismo, renovación y la lucha electoral.

1980-1989

El MAPU se propone realizar un aporte sustantivo. Nuestra opción es por un gran Partido Socialista que exprese y recoja las diversas vertientes socialistas existentes en el pueblo: socialismo histórico, socialismo emergente de los sesenta, socialismo de origen marxista, cristiano y laico, nuevas generaciones.

Víctor Barrueto

, 1985[1]

La década de los ochenta es el tiempo en que los mapucistas ya no creen en sus orgánicas, más allá de la nostalgia por los buenos tiempos que implicaron la reunificación parcial del MAPU en 1985: el MOC ingresará mayoritariamente al PS renovado y en conjunto con el MAPU apostarán a la vía electoral para derrotar a Pinochet tras el fracaso de la desobediencia civil. Los MAPU se suman a orgánicas mayores, la Convergencia, el Bloque Socialista, hasta diluirse en los partidos electorales que confluirán en la Concertación: el eje PS-PPD.

La Convergencia y el socialismo democrático

A comienzos de los ochenta (1979-1982), cuaja el proceso de renovación

socialista en que se combinan la autocrítica del MAPU en el interior, el alejamiento del MAPU-OC del PC y Moscú, y la creación de una corriente socialista «renovada» o socialdemócrata desde el quiebre del PS en Berlín[2]. Se acaba la UP en el exilio, y con los seminarios de Ariccia (Italia) y Chantilly (Francia), se consolida la Convergencia Socialista como secretariado político que agrupa al MAPU, al MAPU-OC, a la Izquierda Cristiana y al sector renovado del PS (Carlos Altamirano, Ricardo Núñez, Jorge Arrate, Carlos Briones).

La Convergencia tendrá una rama de intelectuales

—

el grupo por la Convergencia, que aglutina a muchos independientes y mapucistas sin vida orgánica

—

, y la Convergencia Socialista Universitaria, animada especialmente por los núcleos estudiantiles del MAPU, la UJD del MOC e independientes, ya que los jóvenes de la izquierda Cristiana privilegian «el camino propio».

Desde sus inicios, la Convergencia se propone construir una nueva fuerza socialista unificada y socialdemócrata. Hay una transformación mutua: los MAPU y la Izquierda Cristiana «oficial» (los núcleos de base se resisten, impactados por la Revolución Sandinista y el camino cristiano-marxista revolucionario[3]) comprenden su debilidad orgánica y transitoriedad, y los grupos renovados del PS se abren a las nuevas corrientes socialistas «de origen cristiano» que se unirán al socialismo laico y marxista no ortodoxo. Uno de los líderes de la renovación, desde el Instituto para el Nuevo Chile de Rotterdam (Holanda), Jorge Arrate, promueve la nueva síntesis: «Confluyen en el proceso convergente organizaciones que se reconocen en vertientes culturales diversas, la laica y marxista, y la religiosa y cristiana. El desafío es fascinante: se trata de fundir en la idea y en la lucha por el socialismo, con un horizonte histórico»[4].

Las noticias del mundo son claves para la renovación de la izquierda en Chile. Carter ha mostrado un EE. UU. más permeable a los derechos humanos, el eurocomunismo crece en Italia, el triunfo socialista democrático con Mitterrand en Francia y con Felipe González en España calan profundo en la izquierda[5]. Se habla de la crisis del marxismo y se rechaza la invasión soviética en Afganistán, además de la represión en Polonia.

La vida en Europa Occidental de la mayoría de los líderes del socialismo renovado ejerce una profunda influencia. Muchos MAPU estudiaron en universidades belgas, francesas, italianas, alemanas. El PS renovado tiene más influjo desde la España de Felipe González a contar de 1982. El apego a los derechos humanos, la crisis del marxismo, el reformismo, la resolución pacífica de los conflictos, se convierten en el disco duro de los mapucistas.

El fin de las verdades absolutas

La transformación política que ha implicado el quiebre con los socialismos reales y el giro socialdemócrata es resultado directo de un cambio de paradigma más profundo: ya no se cree en la razón absoluta, en la utopía ni en los modelos. Muchos releen la modernidad como crítica a la racionalidad objetiva. Se volvieron, como la mayoría de los intelectuales de la izquierda mundial, posmodernos y escépticos, rasgo agudizado por el peso de la derrota del 73, al decir de Eduardo Devés[6].

Este tránsito intelectual es documentado en el texto del filósofo Rafael Echeverría, El Búho de Minerva[7], que en su introducción da cuenta de que, desde comienzos de la década de 1980, se reunían todos los martes a debatir en SUR Eugenio Tironi, Manuel Antonio Garretón, Javier Martínez y Luis Razeto. La crisis del marxismo es la crisis de la modernidad y el positivismo iluminista; el intento de imponer una verdad. No hay solo «renovación socialista» en lo público, sino, en lo personal, una aceptación de que no se quiere saber más con

verdades completas:

Se ha alcanzado un importante punto de quiebre en sus presupuestos primarios, en el paradigma base de la modernidad […] nos encontramos ante signos inequívocos que apuntan hacia la emergencia de un paradigma de base radicalmente diferente[8].

El propio Echeverría cita a otros dos intelectuales cuyos libros circulan en los talleres de las ONG y que se suman a los clásicos de Paulo Freire, quien con su Educación del oprimido había invitado a «escuchar desde abajo» y a no «imponer conocimientos». Nos referimos al exministro Fernando Flores (1982)[9] y al biólogo Humberto Maturana (1984)[10].

La mayoría de los mapucistas orgánicos apuesta al trabajo de base en la lucha contra la dictadura, a las nuevas agendas del poder local, al feminismo y al medio ambiente, a la reconstrucción del tejido social valorando el «pedazo de verdad» de cada sujeto social y su propia «subjetividad». De vanguardistas de la revolución pasan a ser «facilitadores» del protagonismo de cada actor social. Ya no quieren encabezar ninguna gran marcha de la historia, sino aceptar la fortaleza de la democracia en su propia pluralidad cultural, política y social. Los jóvenes mapucistas que vuelven desde Francia y Europa han pasado de Gramsci a Derrida, comentan El Péndulo de Foucault y, general, a Umberto Ecco.

En su exilio en California, el exministro Fernando Flores se doctora en Filosofía y se focaliza en comunicación organizacional. Venía con esas inquietudes tras leer el Golpe como un fracaso esencial. Ya en sus años en el campo de concentración de la Isla Dawson, realizó talleres sobre «nuevas ideas económicas e innovaciones para la izquierda que no le entendíamos mucho», al decir del parlamentario socialista Héctor Olivares[11]. Flores ya no cree en la planificación central ni en «bajar una verdad». Elabora una interpretación de las organizaciones como redes de actos de habla, ocupando las indagaciones antipositivistas de los biólogos chilenos Humberto Maturana y Francisco Varela,

entre otros. Ha optado por la renovación hacia un progresismo liberal que valora la innovación como motor del desarrollo:

Tras el asesinato de Orlando Letelier por la DINA[12], aprendí en California a usar mi otro nombre, Carlos, por el temor que teníamos por nuestra vida. Pero lo más profundo fue rechazar la melancolía con el pasado de los actos de exiliados. Yo los llamaba a insertarse en las nuevas sociedades que nos tocaba vivir y ocuparnos del futuro. No podíamos cambiar la derrota. Lo importante era reconocer nuestro error racionalista y aceptar que las sociedades crecen inventando en el mercado[13].

Flores y otros mapucistas van más allá: ya no los inspira la palabra socialismo, recelan de ella. El cambio paradigmático ha calado profundo. Pero no es el único. Durante los años ochenta, una docena de intelectuales mapucistas van a Francia a la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, amparados por Alain Touraine, y realizan sus magísteres y estudios doctorales en sociología, mezclando política, teología y estudios culturales. Leen a los posmodernistas y aceptan la fragmentación, la deconstrucción de las visiones totalizadoras, el valor de la subjetividad por sobre las condiciones estructurales del marxismo tradicional; vuelven su mirada a los epifenómenos, que van desde la ira de los pobladores jóvenes (Eduardo Valenzuela), la pérdida de sentido utópico (Germán Bravo), las distintas posibilidades de modernización del Estado (Héctor Oyarce) hasta las visiones de mundo de las lenguas andinas (Andrés Asenjo). No son los hijos de Lenin ni de

Althusser, ni siquiera de Gramsci; son lectores descreídos que se entusiasman con Foucault o Derrida, o los discuten, oponiendo las advertencias del alemán Jürgen Habermans, quien presiente que el exceso de posmodernismo puede llevar a la disolución del concepto moderno de interés colectivo, ese Leviatán que asusta a los liberales de toda época.

Pero más cerca hay un intelectual que influye en todas las redes académicas y de activismo social en que se desenvuelven los mapucistas: Paulo Freire, el pedagogo brasileño de la educación popular que rescata las voces y sabidurías

populares que provienen de los habitantes de barriadas (lo que hace el historiador Gabriel Salazar en Chile), las categorías sociales e imaginarios de los campesinos (en la tradición de rescate del canto popular-campesino que reivindica Dióscoro Rojas). Paulo Freire no quiere una izquierda ni un Estado que le imponga conceptos a la gente, la discipline y le diga qué hacer o

adónde ir. Él apoya las luchas populares, pero recela del marxismo ortodoxo, de la idea de una sola lucha y los determinismos que ahogan la creatividad de la gente y la diversidad del mundo de los de abajo. Freire propone facilitadores de diálogo y búsqueda, mucho más que líderes carismáticos al estilo de Rodrigo Ambrosio, que determinan qué es lo correcto y qué lo desviado. Esto cala en los mapucistas: todos quieren opinar, escribir sus documentos de análisis de coyuntura, expresar sus matices, marcar diferencias, evitar que alguien pretenda sabérselas todas, en el lenguajear chileno. El MAPU se convierte en una red de creyentes descreídos, en impulsores de agendas de cambio dispersas: desde la educación hasta la tecnología, del medio ambiente al poder local, del microemprendimiento al respeto de las minorías sexuales. El discurso ya no se reduce a la lucha de clases y a la redención proletaria. Hay mucho más; así lo sienten, así lo viven. Se han convertido, muchos, en antiautoritarios. Aun así, los más viejos, en las pesadillas que los hacen corresponsables de la crisis democrática que llevó al golpe militar, se harán profetas de la estabilidad reivindicando estilos más autoritarios del orden; pero los jóvenes seguirán expresando disconformidad en el mosaico de sus luchas posmodernas o posideológicas totalizantes.

Las protestas populares y el «tercerismo»[14]

La renovación también se traduce en una nueva concepción de la política, que apuesta a pensar el futuro en alianza con la Democracia Cristiana y a buscar movilizaciones amplias para derrocar a la dictadura. En la filosofía de los mapucistas, las mayorías reemplazan a las vanguardias. Es lo que alienta a ambos MAPU en el ciclo de apertura política que se inicia con las protestas empujadas por la crisis económica del modelo monetarista neoliberal en 1982: el producto interno cae 14 puntos en dos años y la cesantía se eleva al 25 %, lo que hace que el 10 % de los trabajadores tengan que conformarse con los empleos

mínimos creados por el Gobierno[15].

El descalabro generó las condiciones para que en mayo de 1983 los trabajadores del cobre llamen a protestas masivas contra Pinochet, encabezados por el sindicalista Rodolfo Seguel desde Rancagua. Se suman las cúpulas sindicales (no así los trabajadores, que cuidan su precario empleo), el «activo democrático» (los núcleos de militancia de la DC y la izquierda), y masivamente los universitarios y los pobladores que cercan Santiago y las grandes ciudades en las sucesivas «protestas nacionales», hasta que a fines de 1984 la dictadura impone el Estado de sitio para controlar la agitación social.

Un sector de la DC opta por la disidencia escrita (revista Hoy), espacios radiales de crítica (radios Cooperativa y Chilena) y actos cerrados. Pero la mayoría optó por movilizarse en «forma pacífica»[16], teniendo como doctrina «la no-violencia activa» que fomentaban los obispos progresistas de América Latina, desde su reunión de Bogotá en 1977[17]. En cambio, como ya dijimos, el PC crea el Movimiento Democrático Popular con el PS-Almeyda y el MIR.

Aquí se produce un distanciamiento definitivo entre las dos izquierdas. El MAPU y los renovados de la Convergencia crean el Bloque Socialista, que tiene un débil desarrollo ya que el PS socialdemócrata es, al mismo tiempo, parte de la Alianza Democrática con la Democracia Cristiana. Aquí reaparece la teoría de la espada de dos filos del MAPU o su «tercerismo» estructural, una suerte de tendencia a jugarse por un camino autónomo entre dos polos. Si en la UP buscó articular, antes de su división, una opción integradora de la estrategia estatal y la popular en contraposición a la tesis moderada del PC y a la insurreccional de la mayoría del PS, a mediados de los ochenta es el principal interesado en perfilar al Bloque Socialista (BS) como alternativa a la alianza hegemonizada por la DC y al MDP dominado por los comunistas.

La dirección del MAPU le encarga su dirigente Guillermo del Valle, quien fue subsecretario del Bloque Socialista cuando lo presidía el PS Ricardo Núñez, que

perfile el nuevo socialismo. Pero solo una parte del PS renovado lo acompaña, ya que el secretario general Carlos Briones y Ricardo Lagos prefieren concentrarse en la Alianza Democrática junto con la DC, antecesora de la Concertación. En el relato oficial que hacen los ex

MAPU en sus páginas web, ellos aparecen como protagonistas:

En 1980, al no lograrse la unidad de los socialistas y al existir fuertes indicios de que el PC se propone iniciar la lucha armada, optan por desmantelar la UP y comienzan a participan junto a otros sectores moderados del socialismo chileno, tales como Ricardo Lagos Escobar o Ricardo Núñez, en la renovación del ideario socialista chileno, influyendo en forma decisiva en la conformación de la Convergencia Socialista y posteriormente del Bloque Socialista, lo que facilitó el entendimiento con el centro político y la creación de un vasto movimiento social democrático[18].

La verdad es que el MAPU siguió hasta 1987 recelando del PS renovado, al que consideraba «amarillo», por lo cual no se incorporó a él junto con el MOC en 1985. El MAPU oficial ensayó un camino distinto que implicaba buscar la unidad opositora, fortaleciendo un perfil socialista autónomo, diferenciado de la DC y del PC. Barrueto ratifica las diferencias con ambos: «El PC aislaba a la oposición al promover la violencia, mientras que la DC solo propiciaba protestas pacíficas, pero excluía a los comunistas»[19]. En esa división opositora, «el MAPU aspiraba a una fuerza socialista poderosa y transformadora, no a un colgajo socialdemócrata aliado a la DC como socio menor, que era lo que veíamos en la alianza de Ricardo Lagos con la DC»[20]. Esta política lo llevó a sumarse tanto a los entendimientos con el centro político

—

el Acuerdo Nacional auspiciado por el cardenal Francisco Fresno, sucesor de Silva Henríquez

—

como a la Izquierda Unida, impulsada por el PC y el PS-Almeyda para salir de

su aislamiento. El Bloque Socialista y el propio MAPU se desperfilan tironeados por los socialistas pro DC y pro PC.

Los jóvenes mapucistas ante la unidad opositora

El MAPU no fue solo el devenir de su organización partidaria y las opiniones y actuaciones de la generación fundadora de fines de los sesenta. En los ochenta, se incorporaron activamente dirigentes nuevos y algunos que, en las postrimerías de la Unidad Popular, eran dirigentes de federaciones de estudiantes secundarios[21]. Uno de ellos es el principal dirigente del MAPU en la Universidad de Chile, Ricardo Brodsky, quien estudió Literatura, fue sancionado durante la represión del año 1979-1980 en el ex

Pedagógico[22] y en la apertura se convirtió en el principal dirigente de la renovación socialista en la primera directiva de la tradicional Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH), electa en 1984 al calor de las masivas protestas poblacionales y universitarias.

El MAPU en la Universidad de Chile era un puñado de treinta militantes, pero jugó un rol destacado en escuelas como Literatura, Periodismo, Ingeniería, Medicina y Veterinaria. Tenía un marcado sesgo «movimientista»[23] que buscaba ampliar los márgenes del «activo democrático» clandestino y asegurar movimientos mayoritarios, para lo cual creó

agrupaciones culturales, revistas y ayudó a organizar «peñas», donde se mezclaba el folclore tradicional de la izquierda (Víctor Jara, Quilapayún, Inti-Illimani, Violeta Parra, Neruda) con el «canto nuevo» (grupos emergentes bajo el autoritarismo) y las canciones de protesta de los ámbitos católicos que se agrupaban en la Parroquia Universitaria. Brodsky rescata la Agrupación Cultural Universitaria y la serie de revistas que tuvieron mapucistas entre sus redactores: La Bicicleta, Krítica, Claridad, Letras y Pasquín[24], donde escribieron Ramiro Pizarro (en democracia nombrado intendente de la región de la Araucanía) y Mario Marcel (que se convertiría en un influyente director de Presupuestos y

directivo del Banco Interamericano de Desarrollo, BID). Los MAPU valoraban las ideas y no solo la militancia cuantitativa o las bombas molotov. Así lo expresa Brodsky: «Estas revistas fueron indispensables en la lucha estudiantil, el lugar de reflexión, de intercambio, de construcción de las nuevas ideas»[25].

En la Universidad Católica, el MAPU será la segunda fuerza en las elecciones de la FEUC en 1985[26] y tendrá una amplia influencia en Teología, Periodismo, Arquitectura, Medicina y Trabajo Social[27]. El activo militante es de solo cincuenta estudiantes, pero a través de la Convergencia Universitaria y del Bloque Socialista amplía su rango de acción a doscientas personas, convirtiéndose en una fuerza protagónica.

Estas dos universidades, además de la Universidad de Concepción y la Universidad Católica de Valparaíso, tuvieron un enorme influjo en la política chilena durante todo el siglo xx. Particularmente bajo la dictadura, el sistema de partidos se reconfigura y se «mide» en las elecciones universitarias. En los años de protestas y reconquista de las universidades —de 1983 a 1985—, las fuerzas mayoritarias son la DC, el PC, el gremialismo de derecha (futuro partido UDI), y luego los socialistas de Almeyda y el MAPU en su rol de dominante del Bloque Socialista. El MAPU también lideró el movimiento estudiantil en Iquique, la sede Talcahuano de la Universidad Federico Santa María, y tuvo fuerza en Temuco, Valdivia y Talca.

La otra vertiente juvenil del MAPU era la poblacional, donde destacó el colectivo de Peñalolén, que lideraba René Jofré (después alto directivo del PPD). También destacó la incorporación del Grupo por la Renovación de Puente Alto, de Fernando Díaz, Jorge Díaz y Esteban Barraza, con su lema, «el socialismo se construye en la vida cotidiana»[28]. De la última generación de jóvenes mapucistas

—

los que eran estudiantes secundarios para el Congreso de Unidad de 1985

—

, Jorge Fuentealba llegó a ser presidente del poderoso sindicato del Banco del Estado, Jenaro Quadros presidió la Juventud Socialista, y los hermanos Juan Luis y Tomás Monsalves se transformaron en asesores ministeriales.

En el Congreso de Unidad del MAPU se nombra a Eduardo Arrieta como presidente del Secretariado Juvenil. Arrieta provenía de la Pastoral Universitaria y de la Convergencia Socialista Universitaria y se convirtió en un activo articulador de la unidad opositora. Así, celebró en 1986 la constitución de una mesa de unidad de doce juventudes políticas, incluyendo a democratacristianos y comunistas: «Las juventudes, como los trabajadores y las mujeres, abren un espacio de encuentro que posibilita avances unitarios en el país, sin las ataduras de un pasado histórico de enfrentamientos»[29].

En 1984, se consolida un paso político clave. La mayoría del MAPU-OC y del Grupo de Intelectuales por la Convergencia deciden incorporarse al PS renovado, lo que materializan a comienzos de 1985. El aporte mapucista al PS es cualitativamente relevado por el peso de sus intelectuales y figuras históricas de la corriente verde-roja: encabeza el grupo el exsecretario general Jaime Gazmuri y se suman Manuel Antonio Garretón, José Joaquín Brunner, Jaime Estévez, Marcelo Contreras (de la revista APSI), José Antonio Viera-Gallo y Jorge Molina, quien se convertirá en el subsecretario del PS renovado o PS-Carlos Briones. Los intelectuales y dirigentes del MAPU-OC son claves en la socialdemocratización del PS y en el aumento de la cuota de realismo político y apertura al mundo, enriqueciendo un partido popular de masas, de acuerdo con el

análisis de Edison Ortiz[30].

El Congreso de Unidad del MAPU: ¿es posible el socialismo autónomo?

A este PS, que privilegiará el acuerdo con la DC, no se suman todos los MAPU-OC, en particular quienes apuestan por la idea de una fuerza socialista autónoma y se niegan a aceptar el fracaso histórico del MAPU y, con ello, la desaparición de una corriente marxista-cristiana en la izquierda chilena.

Por eso, optaron por reincorporarse al MAPU en el llamado Congreso de Unidad de 1985, encabezados por el dirigente Enrique Correa, junto con Ismael Llona, Hermann Mondaca y el exdiputado Alejandro Bell, además de la mayoría de la Convergencia Universitaria, liderada por Jaime Alfaro, Eduardo Arrieta y Félix Avilés. Así, vuelve al nido el influyente Enrique Correa, que ha abandonado el leninismo y se ha reencontrado con las organizaciones de Iglesia[31], y que prefiere este paso de unidad, pues aspira a formar un «partido popular cristiano, uniendo el MAPU y la Izquierda Cristiana para crear una fuerza socialista autónoma tanto de los leninistas como de los socialdemócratas[32].

El Congreso de Unidad del MAPU es exultante de optimismo. Se logra reunir a trescientos delegados de todo el país, dirigentes sindicales de las territoriales de Santiago, de los pesqueros de Concepción y Valparaíso; hay una nueva Juventud; regresan a la vida partidaria militantes «descolgados» que trabajaban en ONG. El MAPU unificado tiene más militantes jóvenes y líderes sociales[33] que el PS renovado, pero este tiene los contactos internacionales, la marca PS y figuras claves como Jorge Arrate, Ricardo Lagos, Ricardo Núñez y los ex MAPU-OC. Con ellos es la sutil competencia de congresos de unidad de esas semanas: «Fue una fiesta en verde y rojo, donde creíamos que volvíamos a los buenos tiempos de 1970»[34], sintetiza Saúl Bravo, entonces organizador de la Confederación

Solidaridad y Trabajo[35], que agrupaba sindicatos de los programas de empleo de emergencia.

El Congreso es preparado con esmero y se coordina la transición desde la larga secretaría general de Óscar Guillermo Garretón y el liderazgo de Carlos Montes en el interior. Los jóvenes dirigentes de la clandestinidad se han fortalecido y quieren liderar el MAPU. Entre ellos, optan por Víctor Barrueto, quien había sido parte activa de la dirección clandestina.

Hay un matiz en los discursos de Barrueto y Garretón en el Congreso. El nuevo secretario general cree aún en el proyecto MAPU y aspira a marcar con identidad propia una nueva fuerza socialista: «El MAPU como expresión del socialismo emergente opta por un fortalecimiento como fuerza para jugar por su consecuencia unitaria e independencia política, un papel avanzado en la perspectiva de hacer realidad esa fuerza socialista»[36]. En cambio, Garretón, aún con retórica izquierdista, describe la nueva fuerza socialista en continuidad y cambio con las raíces revolucionarias de los setenta:

Una nueva fuerza socialista popular en la medida que busca ser expresión partidaria de un bloque popular, de un sujeto popular, no solo de una clase. Clasista, porque entiende que lo popular y lo democrático son un campo de batalla decisivo de las clases fundamentales para conformar y desarrollar su hegemonía. Combate en que este partido está decididamente en el campo de la clase trabajadora, fuerza fundamental del sujeto popular chileno cuya construcción nos inspira[37].

Víctor Barrueto replicará que la unidad es continuidad y ruptura: «Queremos recoger y recuperar todo el significado del MAPU histórico para canalizarlo en un sentido socialista, popular y renovador»[38]. Aquí está una clave de la que hablan los entrevistados: el MAPU se debatió siempre entre su alternativismo y su «vocación unitaria», entre el fetiche de ser un partido portador de la «renovación de la izquierda» y la decisión de enriquecer un movimiento

democrático amplio[39]. En la preparación de las resoluciones del evento, se consignó la búsqueda de un camino original y de una propuesta de salida política a la dictadura con movilización popular:

El MAPU insistirá en buscar una salida política nacional con movilización social y defensa de los intereses populares a la dictadura. Adherirá al Acuerdo Nacional y a un Pacto de Gobernabilidad por la Futura Democracia. Continúa buscando la unidad socialista, participa en el proceso de Unidad de la Izquierda e impulsa la creación de un Bloque por los Cambios, que asegure para Chile, con la participación de la Izquierda y los sectores progresistas del centro político, la democracia y las transformaciones sociales que traigan libertad y justicia a nuestro pueblo[40].

El MAPU unificado llegó a contar con unos mil militantes[41], trescientos de los cuales participaron del Congreso de Unidad, lo que les permitía sentarse con dignidad ante los masivos PC, PDC y el crecimiento de ambas facciones socialistas: el PS-Almeyda y el fortalecido PS renovado. Según cálculos bien ajustados, la realidad orgánica fue: a) quinientos militantes en regiones: cincuenta en el norte de Chile, básicamente en Iquique; cien en Valparaíso; cincuenta en la zona central (Rancagua, Molina y Talca); doscientos en Concepción, organizados en diferentes áreas; cien en el sur, con núcleos en Temuco, Osorno, Puerto Montt y Puerto Natales; y b) quinientos militantes en Santiago, la mitad en una amplia red de ONG, sector sindical y grupos poblacionales[42] sobre todo en la zona sur, Peñalolén y Renca.

Fueron pocos, pero influyentes. Una buena radiografía muestra el caso de la minera ciudad de Rancagua, que, con sus doscientos mil habitantes y solo una treintena de militantes, tuvo entre los MAPU a protagonistas activos del movimiento democrático, junto con las colectividades mayores, comunistas y democratacristianos. Una muestra fidedigna es la represión de octubre de 1984, en la que la dictadura relega a pueblos del extremo norte a los cabecillas de la lucha opositora en distintas ciudades, incluyendo a los mapucistas de Rancagua, Luis Fernández y Patricio Parada, además de atentar contra la casa de Rolando

Cárdenas y Erna Moya.

Cada uno de los militantes de ambos MAPU fue dirigente donde estuviera: en el sindicato del cobre, René Barra, Luis Lizana, Enés Zepeda; en agrupaciones de mujeres: Gladys Göeder, Erna Moya, Patricia Velásquez, Fatme Mically, Mireya Ortiz, Vicky Bravo; en grupos campesinos: Omar Jofré; en actividades culturales: Flaco López, Luis Fernández, el poeta popular y payador Luis Concha (el Hueñe); en las agrupaciones de derechos humanos: Mario Márquez, Darío Valenzuela y Patricio Parada, y en el equipo de fútbol y el bar donde se reunía la disidencia: Alfonso Olave, Ernesto Romero. Por cierto, también dirigían las principales ONG de la zona, como Ricardo Sazo, Rolando Cárdenas y luego Saúl Bravo. Con esa influencia, la represión de la dictadura se hizo sentir sobre los MAPU de Rancagua, a pesar de su escuálida militancia cuantitativa[43].

Los charango-lilas: la generación antiautoritaria

En el Congreso de Unidad del MAPU de 1985, no solo regresan viejos militantes y la facción del MAPU-OC encabezada por Enrique Correa e Ismael Llona, también lo hacen los grupos socialistas autónomos, como los independientes que militaban en la Convergencia Socialista Universitaria a cargo de Eduardo Arrieta. También, juegan un rol los grupos autónomos de renovación socialista, especialmente en Peñalolén y Puente Alto. Ambos tenían un vínculo con la Iglesia popular, teología de la liberación y valoración de la lógica participativa de la educación popular. René Jofré, dirigente de dichos grupos en Peñalolén y luego miembro del Comité Central del MAPU, explica por qué optaron por el partido verde y rojo en vez del PC o el PS, a los que consideraban organizaciones tradicionales que no valoraban el trabajo cultural y se encerraban en estructuras jerárquicas y clandestinas:

Si nosotros queríamos hacer una cuestión que llegara a las mayorías, teníamos que abrir las ventanas, las puertas, todo, en condiciones muy difíciles, con una

dictadura, pero teníamos que hacerlo y con esas experiencias empezamos a ver que en otros lugares había experiencias similares. Estaba el grupo de renovación socialista de Puente Alto, había en la Católica trabajos de ese tipo, y lo que ocurría es que uno de los pocos partidos que estaba abierto a dialogar, a meterse con ese tipo de experiencias era el MAPU. Y claro, pasó que la convivencia con la gente del MAPU era bastante habitual, participaban en estos grupos y por lo tanto fuimos naturalmente al MAPU[44].

El grupo de Puente Alto al que hace mención Jofré era encabezado por Fernando Díaz y Esteban Barraza, que despertaban polémicas por sus rayados de combate en los muros de ese populoso sector al sudoeste de Santiago: El socialismo se construye en la vida cotidiana.

El eslogan tuvo muchos significados y apelaba al alternativismo libertario que muchos buscaron en el MAPU, no a la mera unidad socialista que había predominado en el congreso de 1985. Esta corriente hablaba de autonomía de los movimientos sociales, liberación femenina, desarrollo del cuerpo como parte de la salud ambiental, no-violencia radical para denunciar la agresividad y el machismo dentro de la propia izquierda. Para protestar usaban pañuelos de color morado-lila o verde-limón que, según ellos, connotaban su apertura a las nuevas agendas y sensibilidades que la izquierda tradicional no miraba: ecología, feminismo, participación. Jofré, los hermanos Jorge y Fernando Díaz, Esteban Barraza, Cecilia Delgado, Gema Gómez, entre otros nuevos cuadros dirigentes mapucistas, impusieron esa estética que en los ochenta se llamó charango-lila[45], muy distinta a la de los ponchos negros de los grupos característicos de la Unidad Popular, especialmente los Quilapayún.

Fernando Díaz siguió siendo un referente de esta corriente en la renovación socialista a través de la revista Qué Hacemos, que lideró junto con Jaime San Martín y cuyo nombre buscaba marcar la diferencia con el qué hacer de Lenin[46]: la publicación, en lugar de hablar de explotación capitalista, ocupó sus páginas para entrevistar a terapeutas alternativos, mostrar oficios desde sus protagonistas, denunciar el abuso laboral (desde las jornadas demasiado largas a

la falta de luz), y hablar de sexualidad y violencia familiar, entre otros temas vedados en las conversaciones de la izquierda tradicional.

El fracaso del año decisivo y la opción electoral

En el Congreso de 1985, el MAPU escribe lo que será un anhelo que vuelve a chocar parcialmente con la realidad. Define sus tres tareas como a) «el protagonismo popular amplio» (no más vanguardias); b) «la constitución en Chile de una nueva unidad del pueblo, una mayoría nacional y popular de ancha base social, hegemónica en la sociedad: un bloque por los cambios (el anuncio de la Concertación con la DC que no se produjo en 1970 en el marco de la disputa de Tomic con Allende); y c) «la construcción de una nueva fuerza socialista capaz de alterar el cuadro político, de ser el eje y principal gestor del Bloque por los cambios, de disputar la hegemonía en las mayorías y de conducirlas hacia la construcción de un Chile socialista»[47]. El cuadro, un año y medio después, muestra la imposibilidad de derrocar al régimen (la desobediencia civil no alcanza, nunca se suman los sindicatos y no se logra una huelga general); la falta de unidad opositora acota «la unidad del pueblo» a un acuerdo DC-socialismo renovado, y el propio MAPU no tiene unidad interna para fusionarse con algunas de las facciones socialistas.

En 1986, la oposición habla del «año decisivo», consciente de que asiste al último intento para derrocar a la dictadura con protestas. El PC realiza, a través del FPMR, un atentado contra Pinochet en septiembre de ese año. Fracasa el magnicidio y se descubre la masiva internación de armas en Carrizal Bajo (en el norte del país) realizada con apoyo cubano. Son asesinados algunos opositores y otros apresados, entre ellos Ricardo Lagos. Se produce una profunda división en la oposición y el régimen toma la delantera en la lucha contra el «terrorismo». El «año decisivo» termina con las fuerzas opositoras sumidas en un profundo pesimismo. Además, la economía se reactiva, crece el empleo y el autoritarismo tiene la opción de proyectarse.

1987 marca el viraje hacia la estrategia electoral, en el que resultan importantes los intelectuales del MOC en el PS y una parte del MAPU. La Constitución autoritaria de 1980 consagra un plebiscito en 1988, contemplado para que Pinochet fuera ratificado por otros ocho años en el poder. Para poder vencerlo, hay que lograr que la oposición crea en la estrategia electoral y llame a sus adherentes a inscribirse en los registros. Los partidos leninistas se niegan y los de la renovación sufren fuertes tensiones. Ricardo Lagos en el PS renovado y un grupo del MAPU se juegan por la estrategia electoral. Como consigna Edison Ortiz[48], José Josquín Brunner destaca como pionero en un ampliado del PS renovado. En el MAPU, es Guillermo del Valle quien encabeza la «tendencia amarilla» («así nos llaman»)[49] que es partidaria de la inscripción en los registros y la «superación» del MAPU en una fuerza mayor.

El partido se tensiona entre el ala de izquierda que encabeza Jaime Cataldo, partidario del referente Izquierda Unida, mientras la mayoría del MAPU, con Barrueto, Montes y Correa, busca combinar la participación en dicho frente con la ampliación de la Alianza Democrática que se expresará en la Concertación, la que llama a inscribirse en los registros electorales y realiza masivas concentraciones públicas, convencida de que es posible ganarle al régimen dentro de su propia legalidad. La opción «bisagra» es uno de los factores que desdibujan al MAPU ante la resuelta definición del PS renovado: adoptar la estrategia electoral e inscribir un partido «instrumental» para tener acceso a la franja de propaganda por televisión dispuesta por el régimen y la posibilidad de fiscalizar el plebiscito con sus propios apoderados.

La Democracia Cristiana ya había decidido inscribirse como partido; por tanto, falta un paraguas legal para la izquierda democrática. El nuevo partido es impulsado por Ricardo Lagos y nace en diciembre de 1987: el Partido Por la Democracia (PPD), que agrupa básicamente a los socialistas renovados, los mapucistas que cancelan la ilusión de producir un socialismo autónomo, la tendencia radical socialista de Víctor Manuel Rebolledo y Jorge Schaulsohn, y el sector antipinochetista de la derecha liberal (Armando Jaramillo y Julio Subercaseaux).

El PPD se convierte en un partido «posmaterialista» de «bajo perfil ideológico»[50] que reivindica la democracia genéricamente y las nuevas agendas

—

feminismo, ecologismo, derechos de las minorías

—

, alejado de las definiciones clásicas en torno a las cuales se conforman los partidos modernos: modelo económico, religión, régimen político, agrario-urbano[51]. El PPD no es socialista ni humanista-laico ni federalista ni agrarista. Es un partido «paraguas» amplio, típico de las transiciones de sistemas autoritarios en que la ciudadanía quiere opciones que se dirijan hacia el centro para superar el reciente pasado traumático[52].

En la directiva fundacional del PPD, participan varios mapucistas

—

Guillermo del Valle, Ricardo Brodsky, Enrique Correa, Carlos Montes, Rodrigo González

—

. Del Valle lidera el Comité de Izquierda por las Elecciones Libres y una ONG, el PRED, que canaliza recursos internacionales para apoyar la opción «No» en el plebiscito. Paulatinamente, Del Valle, junto con Patricio Cotal, va encantando a la mayoría del MAPU que, finalmente, se suma a la nueva estrategia.

El «No» triunfa con el 56 % de los votos el 5 de octubre de 1988[53], y la estrategia electoral se radicaliza. Juegan un rol clave en la campaña Carlos Montes y Enrique Correa, que se han instalado en el Comando Central. Tras la derrota, el régimen se abre a una negociación por reformas a la Constitución autoritaria, que se refrendan en un nuevo plebiscito a mediados de 1989, con el cual se logra eliminar algunos de los elementos más excluyentes como la

proscripción del Partido Comunista. Sin embargo, no hay una rápida transición pactada a una plena democracia, y la oposición decide aceptar que Pinochet siga de comandante en jefe hasta 1998, que luego se sume a los senadores designados, además de tolerar un Consejo de Seguridad Nacional como tutor de la democracia. Las elecciones presidenciales y parlamentarias serán en diciembre de 1989: el MAPU vive sus últimos días; sus militantes saben que no tiene opciones como partido.

Aportes programáticos al futuro Gobierno de la Concertación

La carrera electoral se emprende tanto para derrotar a Pinochet como para ocupar poder en los Gobiernos de la Concertación. El MAPU se ha desdibujado por su «tercerismo» y su apuesta por el PPD. La Democracia Cristiana cuenta con un «proyecto alternativo» de gobierno liderado por Alejandro Foxley[54]. A su vez, el PS renovado articuló centros académicos y ONG con propuestas programáticas (VECTOR, con Ricardo Lagos; Nuevo Chile, con Arrate; CESOC, con Viera-Gallo, y FLACSO, con Brunner, todos futuros ministros de la Concertación).

Los MAPU «orgánicos» tienen poco peso en las tareas programáticas. Lo suyo ha sido más bien la sociología y la animación de redes sociales a través de ONG sindicales, poblacionales y feministas. Sin embargo, logran editar Una propuesta socialista para un Chile posible (julio, 1988)[55], a cargo de los sociólogos Oscar Mac-Clure y Mario Alburquerque, además del abogado Ernesto Galaz, retornado de Bélgica[56]. El texto opera con la lógica mapucista. Comienza con un análisis de coyuntura (Chile hoy) y luego propone una nueva constitución (marcando distancia con el excesivo pragmatismo de quienes son partidarios de perfeccionar la autoritaria carta magna de 1980).

Asimismo, el texto tiene la estética roja y verde. En la portada aparece el Palacio de La Moneda, el símbolo del poder, con una franja verde y, en su fachada gris, una flor modernista. Los autores enfatizan la necesidad de que la Concertación sea un bloque por los cambios, no la mera administradora de la transición pactada, «se abra paso a una profundización de la democracia política, económica, social y cultural. Es preciso democratizar plenamente nuestro sistema político más allá de la estructura que funcionó hasta el golpe de 1973 […] Ideas que estuvieron en el trasfondo de los programas de Salvador Allende y Eduardo Frei»[57].

La economía tuvo una franca recuperación bajo el timón más pragmático del ministro Hernán Büchi[58], por lo cual los mapucistas

—

al igual que Foxley y el discurso de la CEPAL

—

plantean un «crecimiento económico acelerado» compatible con una «democratización socioeconómica». Finalmente, en forma inusual para los lenguajes de la época, plantean como otro eje de un futuro gobierno democrático «el acceso igualitario a la cultura y una educación de avanzada». Ya no están las palabras «revolución» ni las reformas estructurales, pero al menos los mapucistas se plantean una democratización más profunda que el mero restablecimiento de la convivencia y una política contra la extrema pobreza, ejes de los primeros Gobiernos de la Concertación.

Los militantes del MAPU también ocupan un espacio privilegiado y articulan una propuesta de democratización de las comunicaciones, televisión pública y prensa escrita, muy concentrada en la derecha. En sintonía con su basismo popular, proponen un imposible que apenas ocupará unos centavos de los nuevos Gobiernos: «Se estimulará el desarrollo de medios de comunicación de organizaciones sociales, comunales y regionales, de minorías étnicas, de mujeres y jóvenes»[59].

El MAPU hace promesas de redistribución del poder, emulando la transición española, donde las autonomías jugaron un papel central en integrar sensibilidades y territorios. En Chile, la Concertación desoirá esta demanda, y la mayoría de los mapucistas miembros del nuevo poder dejarán relegado este sueño regionalista:

Se impulsará una efectiva política de descentralización. El reequilibrio territorial tendrá como una de sus bases el desarrollo de la pequeña y mediana empresa, y de los pequeños productores agrícolas […] así como el re-despliegue industrial en algunos centros urbanos. El gobierno regional contará con amplias facultades y recursos para dirigir el proceso de desarrollo[60].

Otro intento de «visibilidad programática» es el de los mapucistas agrupados en el proyecto Chile 2000 (1990)[61], donde buscan el perfil de «socialistas progresistas», conscientes de la dispersión que sufren en el PS y el PPD, dominados por «políticos con agendas tradicionales»[62]. Siguen recelosos de las prácticas tradicionales del PS y del electoralismo que ya se perfila en el PPD. En los textos que escriben hablan de agendas que tendrán un bajo perfil en la Concertación: descentralización, juventud, minorías. El interés por lo programático permitiría lograr protagonismo en el nuevo Gobierno. Así lo reconoce Francisco Estévez: «Temíamos que los socialistas y democratacristianos se apropiaran de todo el aparato del nuevo Gobierno, necesitábamos mostrar poder e ideas para sentarnos a la mesa»[63].

En el ámbito juvenil, se actúa con la misma lógica: en noviembre de 1988, solo pocos días después del triunfo del «No», la juventud del MAPU edita su propuesta Para que en Chile nunca más sobren los jóvenes[64]. En ocho páginas, la Comisión Programa de Demandas Juveniles del MAPU propone «políticas públicas» en cuatro áreas: educación, trabajo, participación y desarrollo integral. El interés por el poder es explícito: «Esta propuesta, que entregamos para la discusión de todas las fuerzas juveniles, debe ser

enriquecida para convertirla en un proyecto de ley de la juventud, que debiera ser impulsada por un futuro gobierno de Unidad y Reconciliación nacional»[65].

El último sueño de un socialismo cristiano: el eje MAPU-IC.

Enrique Correa, el líder de la JDC, de los rebeldes y del MAPU-OC, quien había tenido un periodo leninista viviendo en Moscú, vuelve a Chile, escribe con José Antonio Viera-Gallo un libro que lo reencuentra con sus redes católicas de izquierda, Iglesia y dictadura, y recela del estilo moderado de la renovación en el año 1986: Correa aún creía que el socialismo de raíz cristiana era portador de una alternativa distinta a la de los comunistas y socialdemócratas. No se suma al PS renovado como la mayoría del MAPU-OC; se suma al MAPU reunificado de Barrueto y promueve el partido popular cristiano con la Izquierda Cristiana como aliada. Enrique Correa, el ideólogo de grandes virajes históricos, tiró la idea y no la persiguió. Pocos meses después, se suma a la campaña del No y simboliza el reencuentro con la DC y el ala más pragmática y vinculada a los grandes empresarios de la centro-izquierda.

El tiempo se acababa para dar vida al espacio no histórico: la Izquierda Cristiana vivía tensionada entre los radicalizados grupos poblacionales que seguían a Bosco Parra, la moderación de economistas como Sergio Bitar y el esfuerzo de Luis Maira de mantener el partido rojo-celeste unido. Por su parte, el MAPU ya había sellado su destino: estaba entre la opción de Guillermo del Valle por el PPD, de Garretón y Montes por concurrir a la unidad socialista y el viraje de Jaime Cataldo hacia la unidad de la izquierda y la cercanía con el socialismo almeydista.

Pero hubo voces resistentes. El abogado Eduardo Báez, miembro de la Comisión Política de la Izquierda Cristiana, lideró en el invierno del año 1988 un postrer

documento que criticó los socialismos históricos y reivindicó un rol protagónico para el eje MAPU-IC, consciente de su dilema shakespereano: Socialismo histórico: ¿ser o no ser? Hay una búsqueda de identidad y se suceden los sinónimos: socialismo no histórico, de los sesenta, de raíz cristiana, autónomo (de los almeydistas pro comunistas y de los renovados pro democratacristianos), fustigando la dispersión del espacio socialista cristiano y la incapacidad del MAPU y la Izquierda Cristiana de dar conducción a lo que se había acumulado con la Convergencia y el Bloque Socialista[66]. Entonces, en la coyuntura de fortalecimiento de la unidad del PS, los puristas se desesperan frente a la posibilidad de un nuevo socialismo y escriben la letanía de su propia identidad que se diluye:

La unidad del tronco histórico no agota la riqueza del socialismo. Un proceso unitario solo del viejo tronco socialista corre el riesgo de amputarle gran parte de sus potencialidades en vista del siglo

xxi

: mayor integración de los cristianos a la construcción del socialismo, promoción de los derechos humanos, autocrítica de la Unidad Popular, el desarrollo de nuevos modos de hacer política en los movimientos sociales, la importancia de definiciones latinoamericanistas y autonomistas[67].

Son los últimos estertores de una idea que muere y aterroriza a quienes hicieron su vida política bajo la dictadura en redes sociales libertarias que sudaban sangre por quedar militando en el viejo PS, entre acomodaticios exparlamentarios y una manada de dirigentes hambrientos de cargos públicos en la transición. Así lo avizoran estos mapucistas, pero quizá ellos mismos percibían que se venía la repartija del poder y estaban quedando en papeles marginales. Utopía y pragmatismo. De este mismo grupo, junto con el democratacristiano Yerko Ljubetic y el socialista Alejandro Goic, surgió la idea de ir a visitar al cardenal Raúl Silva Henríquez a su modesta casa en las cercanías del Estadio Nacional, y proponerle que fuera el candidato único de las fuerzas democráticas[68]. No les gustaba un PS con todas las figuras del pasado, no se entusiasmaban con el PPD y su electoralismo sin programa ni doctrina. Eran huérfanos, pero buscaron

agruparse.

El documento que redactaron recuerda la existencia del CIS (Comité de Iniciativa Socialista) durante 1987, compuesto por dirigentes de la Izquierda Cristiana y del MAPU, además de algunos independientes, que buscaron en vano crear el tercer polo para la unidad del socialismo:

Nuestra opción mediata es construir la orgánica de los no históricos. Debemos superar el desencanto que lleva el exceso de pragmatismo (de ahí a la socialdemocracia falta poco) o al utopismo ingobernable que nos lleva la ilusión de lo deseado (no nos vamos a convertir en fuerza repitiendo la larga historia de la Falange que llegó a ser gobierno DC con Frei treinta años después)»[69].

Eduardo Báez y compañía quedaron huérfanos y al final se integraron al PPD y al PS, hibridándose y dejando atrás el dejo de utopismo y purismo que acompañó la historia de los evangelistas rojos del MAPU y de la Izquierda Cristiana.

Uno de los espacios en que se encontraron los viudos del MAPU y de la Izquierda Cristiana fue el mencionado Programa Chile 2000, liderado por Francisco Estévez, uno de los líderes históricos de la UJD del MAPU-OC y de la Convergencia Universitaria, alternativista, hippie de estilo y promotor en los noventa del poder ciudadano. Estévez, además, fue nombrado director del Instituto de la Juventud en la transición. No estuvo solo y el consejo de Chile 2000 incluyó algunos nombres paradigmáticos de la centroizquierda, como los socialistas Jorge Arrate (renovado) y Jaime Pérez de Arce (almeydista), históricos del MAPU y la IC (Viera-Gallo y Bitar), excomunistas renovadores (los historiadores Alfredo Riquelme y Adolfo Castillo). Aun así, su núcleo duro estaba conformado por mapucistas e izquierdistas cristianos de los ochenta: el mismo Eduardo Báez con Guillermo Miranda y Rafael Gumucio Rivas (dirigentes de la Izquierda Cristiana), el filósofo Pablo Salvat, los ideólogos de la educación popular Gonzalo de la Maza y Jorge Osorio, las feministas María Antonieta Saa y Natacha Molina, los mapucistas Víctor Barrueto, Lilian Urrutia

y Ernesto Galaz. Además, en una innovación inédita en el centralismo de la clase política chilena, Chile 2000 estrenó su consejo en Concepción, con el educador popular Alfredo Ardoin a la cabeza, el doctor regionalista Edgardo Condeza, los mapucistas Eduardo Benítez y Alejandro San Martín, las cristianas de izquierda Andrea Bascuñán y Macarena Mack, y otros díscolos socialistas, como el futuro senador Alejandro Navarro.

La agonía es el último aliento; el eje MAPU-IC, la corriente popular cristiana y el polo socialista autónomo fueron expresiones de una realidad política que murió a fines de los años ochenta: socialismo de raíz cristiana y de vocación popular, purista y antiaparatos tradicionales de la política. Un imposible levantado por ebrios de la política. Uno de los consejeros de Chile 2000 —institución que en su discurso alternativista no obtuvo financiamiento alguno para sobrevivir—, el historiador Rafael Luis Gumucio, siguió como huérfano de la política, errante de sentido y valores, escribiendo contra el rol pragmático en exceso de los mapucistas en la transición. Su último grito, fundado en el año 2009, lo llamó Anarquismo Cristiano: todo lo soñado inútilmente (la ilusión de lo deseado, en el texto de Báez, de los que se morirán evocando los buenos tiempos del MAPU y la Izquierda Cristiana): «Queremos ampliar la discusión y contribuir a la construcción de una sociedad no utópica, fundada en el socialismo libertario de carácter pacífico, y que sea capaz de superar la miseria social, política, cultural, intelectual y económica que nos hace vivir una seudodemocracia neoliberal»[70].

1989: La urgencia electoral y el fin del MAPU en el PS-PPD

Desde diciembre de 1987, cuando se inicia el PPD, la pequeña sede del MAPU

—

una destartalada casa de la calle Salvador Sanfuentes en el sector poniente del

centro de Santiago

—

comienza a desocuparse. Un puñado de cincuenta «mapucistas de corazón verde»[71] usa una pieza desocupada para guardar las treinta banderas y los coligües (varas largas) necesarios para hacerlas flamear, como una suerte de «existo», en las concentraciones finales contra la dictadura y a favor del No. El país vibra con el arcoíris que representa a la oposición y las coloridas banderas del PPD. Los dirigentes del MAPU se han dispersado entre el comando del No, el comando juvenil, la red de apoderados de control de los resultados y las tareas en el PPD.

El MAPU supo que no sería capaz de reunir las treinta y tres mil firmas que la ley electoral le exigía para constituirse como partido político. Además, al no presentarse como Convergencia Socialista o Bloque Socialista, sino como partido en las elecciones de la Universidad de Chile[72], obtuvo muy pocos votos. A lo anterior, se sumó la pobre evaluación ciudadana que recibió en las encuestas políticas que comienzan a realizarse ya en pleno escenario electoral. Por ejemplo, en una medición de FLACSO[73] realizada en 1988, el MAPU fue el partido peor evaluado con una nota 2,1 (en una tabla de 1 a 7), por detrás del PC que obtuvo un 2,6 y muy lejos de los mejor evaluados: la DC con 4,9, el nuevo partido centro derechista Renovación Nacional con 4,1 y el Partido Socialista con 3,6. Es probable que las acciones armadas del MAPU-Lautaro, que asesinó a algunos policías en esos meses, fueran un factor que empeorara la percepción pública.

Los socialistas del sector marxista (Almeyda), el Partido Comunista, la Izquierda Cristiana, el Partido Radical de Anselmo Sule[74] y el resto de la Izquierda Unida, habían creado el Partido Amplio de Izquierda Socialista (PAIS) como «paraguas» electoral. No tenían opción por separado. No solo no contaban con tiempo para juntar las firmas, sino que el sistema electoral hipermayoritario

—

formado por distritos de diputados y circunscripciones senatoriales binominales,

en que cada una elige solo dos parlamentarios, por lo cual las listas tienen que acercarse al 33 % para obtener un escaño y al 65 % para obtener ambos

—

ciertamente los perjudicaba.

Las encuestas favorecían a la DC (30 % de las preferencias), la derecha había obtenido un 44 % y la izquierda corría el riesgo quedar en la marginalidad electoral.

Cae el muro de Berlín y se acelera la unidad socialista. Ya no queda nada del soporte principal para el almeydismo, cuyos partidarios pragmáticamente negocian con la Concertación, llevando candidatos tanto del PAIS como independientes en su lista. Así triunfan siete de sus parlamentarios, mientras el PPD elige dieciséis, trece de los cuales son socialistas del ala renovada. El MAPU, que todavía existe en 1989

—

en momentos en que se acepta la doble militancia en las orgánicas originales y en el nuevo partido PPD que se presenta legalmente en las elecciones

—

, logra elegir a sus dos candidatos: Víctor Barrueto en Talcahuano (Concepción) y Carlos Montes en el populoso sector de La Florida en Santiago. Barrueto se quejó de que lo anduvieron «paseando por todo Chile con la chiva de que era muy buen candidato, hasta que logré imponerme en Talcahuano tras los problemas legales de Garretón»[75].

Los otros dirigentes principales corren una suerte desigual: Guillermo del Valle es «bajado» de la candidatura por Rancagua[76] y Óscar Guillermo Garretón está inhabilitado a causa del juicio que tiene pendiente con la Marina desde agosto de 1973 por «sedición». Tras pasar casi un año en la cárcel al retornar legalmente a Chile con un permiso para asistir al entierro de su padre, Garretón es liberado,

pero el juicio sigue su curso y queda en calidad de procesado, por lo que no puede presentarse como candidato. Por su parte, Jaime Cataldo[77], líder del ala más izquierdista del último MAPU, receloso del PPD, opta por ingresar al PS-Almeyda y desde allí concurrir a la unidad socialista. Finalmente, Enrique Correa se convierte en un ícono de la reconciliación centroizquierdista. Cuando el MAPU acuerda respaldar a Patricio Aylwin como candidato único de la Concertación, Correa se convertirá en un pilar de su comando de campaña y luego en su mano derecha como ministro secretario general de Gobierno. Un símbolo de la época: Correa militó en el ala más izquierdista de la DC y Aylwin fue el líder del sector más duro con Allende.

Óscar Guillermo Garretón estaba desacoplado desde hacía mucho tiempo del MAPU, sus fracasos y divisiones. De manera consistente, desde su adhesión a la Convergencia Socialista en 1980, venía promoviendo una nueva fuerza socialista. No estaba dispuesto a administrar un partido marginal en la transición, aunque en contrahistoria todo es posible, y el centenario Partido Radical, que obtuvo al igual que el MAPU en torno al 3 % de los votos en las parlamentarias de 1973 y también sufrió divisiones y deserciones, se convirtió en los posteriores veinte años del predominio concertacionista en la cuarta mayoría de la coalición con votaciones en torno al 5 % y bancadas de cinco a ocho parlamentarios. Pero ni Garretón ni los máximos dirigentes del MAPU se proyectaron de este modo. Forzaron el fin de la verde y rojo, el ocaso definitivo de un partido que unía evangelistas rojos e intelectuales iluminados de las nuevas tendencias planetarias de la izquierda democrática. El fin no fue solemne y hubo tiras y afloja entre los máximos líderes. Garretón amenaza con renunciar:

Entonces, yo que estaba molesto, les digo: «Compañeros, yo no quiero ser miembro del Comité Central porque quiero insistir en mi tesis desde la base», y Carlos Montes se dio cuenta y dijo «yo tampoco voy a postular» y queda la cagada. Me acuerdo que Barrueto sale hablando adelante diciendo que aquí hay un mal entendido, que estamos todos, que tenemos que sacar un documento y pido que trabajemos el tema con Óscar. Yo le dije: «Ok, hagamos un documento de unidad, pero lo redacto yo». Y ahí salió la otra tesis, a partir de ese golpe de realidad de la dirección que entiende que si no aceptamos esta tesis, nos quedamos solos y todo el núcleo dirigente se va[78].

El último pleno del Comité Central del MAPU se produce a comienzos de septiembre de 1989; fue una agonía extraña de quienes se niegan a morir, pero deben aceptar su final. Barrueto tiene otra versión. Sugiere que los dirigentes históricos del MAPU

—

Garretón, Correa, Montes, González y del Valle

—

lo estaban dejando abajo de la mesa por sus ambigüedades, decidiéndose a terminar con el MAPU, a inscribirse en el PPD como partido instrumental y a reafirmar la idea de la fusión en el PS unificado. Esta es la verdad del último secretario general del MAPU sobre la última decisión que borró de la faz de la tierra la historia del movimiento verde y rojo como organización política:

Esa ambigüedad nuestra se quiebra en el momento que digo que entremos al PPD y me echan de la Izquierda Unida. Con el PS Briones[79] estaba todo el lote MAPU: Óscar Garretón, Enrique Correa, Guillermo del Valle, Rodrigo González, Carlos Montes, con algunas reticencias, pero estaba, y lo que pasó en ese momento es que yo entendía que tenía todo el apoyo del MAPU. La presión del MAPU era por mantenerse y yo me daba cuenta que eso era una locura; la marginalización total. Pero yo era responsable, no podía tampoco hacer lo que quería. Ellos se empezaban a ir, quedábamos reducidos y esto se rompe en el momento que los sorprendo que ya habían dado sus firmas para el PPD. Al día siguiente de que Lagos inscribe al PPD, yo metí al MAPU al PPD, simbólicamente, yo fui a inscribirme con siete tipos, entre ellos Pancho Estévez. Ahí se rompe la ambigüedad porque pasamos a ser parte del PPD. Yo voy directamente a Lagos e inscribo al MAPU e inmediatamente nos metemos a la fusión del Partido Socialista[80]. Esa fue la disolución formal del MAPU en el año 89[81].

Etienne Lefranc, el ordenado ingeniero de la Universidad Federico Santa María,

en su amor entrañable por el MAPU, edita una última revista llamada Fragua, que circula entre los últimos mapucistas que ya no volverán nunca más a reunirse como partido. En dicho ejemplar, insiste en que el MAPU ha sido coherente con crear una nueva fuerza socialista «indispensable para la transición» y un bloque por los cambios con la Democracia Cristiana. Llama a solidarizar con Garretón, amenazado de muerte, trata de explicar por qué se tuvo que aceptar la «negociación de los militares» y agrega, ilusamente, que el MAPU sigue activo y que los «compañeros de Concepción preparan el primer congreso de unidad de los tres partidos de la fusión: el PS-Arrate, el PS Almeyda y el MAPU»[82].

Finalmente, en la última página impresa de la historia oficial, se sella el acuerdo del pleno del Comité Central, con el estilo «tercerista» de buscar un arreglo para todo: se ratifica a Barrueto como secretario general y se le desea suerte en su campaña en Talcahuano. Pero también se elige a Óscar Guillermo Garretón como secretario general «subrogante» para encabezar la Unidad Socialista, en una comisión en la que también estuvieron los subsecretarios Eduardo Benítez (Concepción), Ernesto Galaz y Claudio Vásquez. La última comisión política para «hacer la unidad» integra además a Saúl Bravo, Enrique Correa, Guillermo del Valle, Juan de Dios Fuentes (Concepción), Nicanor Herrera (sindical), Rodrigo González, Etienne Lefranc, Jaime Martínez (sindical), Carlos Montes, Sergio Muñoz, Juan Manuel Parra, Alfonso Schiller (Iquique), Adriana Sepúlveda (mujeres) y Esteban Valenzuela (juventud)[83].

El voto explica los fundamentos de la Unidad Socialista; valora al PPD anunciando que «es imprescindible fortalecerlo, para adecuarlo a realidades nuevas como medio fundamental para una política de convocatoria ancha»; mandata a la Comisión Política a plasmar la disolución en el nuevo PS «condicionado» a que la nueva fuerza tenga «una dirección política amplia»[84]. Este último párrafo dejó en paz a los que no perdían la esperanza de que fallara la fusión con los socialistas y, por tanto, el MAPU pudiera resurgir.

Tras las elecciones presidenciales y parlamentarias de diciembre de 1989, la

unidad del PS renovado con el PS-Almeyda se sella, además de la participación plena del MAPU en el nuevo PS unificado, en el mismo mes de diciembre[85]. Al año siguiente, la unidad se completa con la incorporación de los principales líderes de la Izquierda Cristiana, encabezados por Luis Maira. Óscar Guillermo Garretón participa en las conferencias de prensa y actos, pero no lo nombran ni vicepresidente ni subsecretario, solo miembro de la Comisión Política: «Los socialistas históricos nos valoraron, pero no iban a aceptar a un no-histórico en sus máximos cargos»[86].

El MAPU aspiraba a formar una sola fuerza socialista, lo cual nunca se produce orgánicamente, por lo que se acepta la doble militancia en el PS y en el PPD. Hay ambigüedad en el punto hasta 1993, momento en que los militantes de ambos partidos se definen. El PPD deja su condición de instrumental, aglutina a los sectores más liberales de la renovación socialista y se define como un partido socialdemócrata que valora «el liberalismo progresista» y la «tradición socialista democrática»[87]. Sin embargo, en todas las elecciones de los noventa, el PS y el PPD forman un subpacto socialdemócrata dentro de la lista de la Concertación, constituyendo en la práctica una suerte de partido federado que reconoce el derecho a tener doble militancia solo a una persona: Ricardo Lagos, el futuro presidente.

A distintos niveles directivos del PS ingresaron Víctor Barrueto, Óscar Guillermo Garretón, Carlos Montes y Enrique Correa, los que mantuvieron roles a su vez en el PPD, ya que hasta 1993 se aceptó la doble militancia en ambos partidos. Según Garretón, el ingreso del MAPU al PS fue digno, a diferencia de lo ocurrido con el núcleo principal de la Izquierda Cristiana y buena parte del MIR, que después ingresaron sin el apoyo de sus orgánicas[88].El nuevo PS toma las grandes definiciones de la renovación, a la que adhieren los marxista-leninistas de Almeyda en un acto de realismo político marcado por el desafío electoral y los cambios en el mundo: el PS se declara un partido democrático que valora el humanismo laico y cristiano, que usa el marxismo y otras ciencias sociales, definido por su programa de transformaciones[89].

Posteriormente, tras el fin de la doble militancia PS-PPD en 1993, Barrueto, Rodrigo González y Guillermo del Valle se transforman en los principales dirigentes «históricos» del MAPU que optaron por el PPD. En otros niveles ocurre lo mismo, y un grupo de mapucistas jóvenes abandona la Unión de Jóvenes Socialistas, hegemonizada por los almeydistas, para emigrar al PPD, con la declaración: «Preferimos dar consistencia a la levedad (el PPD) que sufrir de las facciones leninistas de la pesadez (el PS)»[90].

Los mapucistas serán miembros de la mesa nacional del PPD y el segundo grupo de procedencia de los dirigentes intermedios: en una encuesta a trescientos integrantes del Consejo General del PPD, un 44,4 % declara provenir de distintas vertientes socialistas, el 14,8 % del MAPU y un 9,2 % del Partido Radical. En la misma encuesta aparece otra característica de la época del fin del MAPU: el 56 % de los PPD se define de izquierda, pero solo un 18 % de los militantes quiere que dicho partido tenga esa identidad, optando mayoritariamente por ser considerados de centro-izquierda (59 %)[91].

El MAPU expira como experiencia orgánica, aunque algunos seguirán articulándose en los gobiernos de la Concertación, pero no es posible hablar de una corriente, ya que pronto se dispersan y ocupan tendencias antagónicas. Hay una salvedad: el núcleo de exintegrantes del MOC que se rearticula en el Partido Socialista (Insulza, Correa, Viera-Gallo, Gazmuri). Ellos siguieron colocando sus piezas en el poder estatal

—

conducta que los había caracterizado desde la UP

—

, y de sus filas salieron los ministros del comité político de la Concertación: los principales creadores del mito y realidad de la existencia de un «partido transversal» en Chile que maneja el poder en las sombras, compuesto por mapucistas y oficialistas de la DC.

El MAPU se apaga a fines de 1989 y los brazaletes rojo y verde se guardan. Se cumplió parcialmente la visión del Congreso de 1985. La gran fuerza socialista renovadora no se hará realidad, debido a la creación de dos partidos

—

PS y PPD

—

, al sesgo administrador del modelo económico y a la democracia presidencial-centralista heredada de la dictadura. Pero se lograrán reformas parciales. Así es la historia; un cúmulo de claroscuros, como el devenir del MAPU.

1 Víctor Barrueto, Discurso al Tercer Congreso del MAPU, 1985.

2 Jorge Arrate, El socialismo chileno: rescate y renovación (Rotterdam: Instituto para el Nuevo Chile, 1983).

3 El texto de Bosco Parra, ideólogo de la IC, «Fuerza Civil, fuerza militar» (mimeo, 1983) es reproducido en los debates de la Convergencia como alternativa a la opción por la desobediencia civil pacífica al plantear que la movilización de masas en su etapa de avances puede llegar a considerar elementos de fuerza militar propia. La influencia de Nicaragua y el crecimiento de la insurgencia en El Salvador, además del impacto del asesinato del arzobispo Arnulfo Romero, hacen a la Izquierda Cristiana de base recelar de la Convergencia, a la que consideran muy «amarillenta». Allí se incuba una diferencia que llevará a la mayoría de la cúpula de la IC a fusionarse con el PS en 1990, mientras un grupo encabezado por Manuel Jacques persiste con el movimiento Izquierda Cristiana.

4 Jorge Arrate, El socialismo chileno: rescate y renovación, 98.

5 En el caso del MAPU, son muy influyentes el PS francés y la izquierda italiana, por el exilio radicado principalmente en esos países. El PSOE tiene un enorme influjo en el PS Renovado, tanto por el numeroso grupo de exiliados socialista que emigra a España, los contactos de Erich Schnake y otros líderes con el entorno de Felipe González, los libros de Ludolfo Paramio y el creciente financiamiento de fundaciones como por Pablo Iglesias, la UGT y otras ONG.

6 Eduardo Devés, Escépticos de sentido, (Santiago: Nuestra América, 1984).

7 Rafael Echeverría, El Búho de Minerva, (Santiago: PIIE-Academia Humanismo Cristiano, 1988).

8 Ibíd., 18.

9 Fernando Flores, Management and communication in the office of the future (Berkeley: Logonet, 1982).

10 Humberto Maturana y Francisco Varela, El árbol del conocimiento (Santiago: Editorial Universitaria, 1984).

11 Comentario del exparlamentario socialista Héctor Olivares, sobre las actividades de lecturas que organizaba Flores en el campo de concentración de Isla Dawson.

12 El exministro de Defensa y de Relaciones Exteriores de Salvador Allende es

asesinado al detonar una bomba bajo su auto en Washington, D. C., septiembre de 1976.

13 Diálogo con Fernando Flores.

14 Este concepto lo acuña Guillermo del Valle, líder de la facción más pragmática del MAPU, quien critica la tendencia de la dirección de Víctor Barrueto de servir como puente entre los comunistas y la Democracia Cristiana.

15 Alan Angell, Chile de Alessandri a Pinochet, 118.

16 Tras el exilio de Andrés Zaldívar, en 1983 asume la presidencia de la DC el excanciller Gabriel Valdés, quien participa de mítines y sittings (sentadas) en plazas públicas en las protestas de 1983-84.

17 Jean Goss e Hildegard Goss-Mayr, Encuentro de obispos de América Latina: La no-violencia evangélica, fuerza de liberación, (Barcelona: Fontanella, 1978).

18 Página MAPU en wikipedia.

19 Entrevista a Víctor Barrueto.

20 Ibíd.

21 Un caso excepcional es el de Guillermo del Valle, quien de dirigente de la FESES, Federación de Estudiantes Secundarios, pasó, durante la clandestinidad, a ser parte de la dirección interna del MAPU, con salidas intermitentes a Buenos Aires. Nunca pudo terminar su cuarto medio (secundaria) y solo lo hizo a comienzos de los años noventa, ya que era requisito para ser candidato a diputado. En la clandestinidad y luego en las redes de mapucistas, recibió una formación autodidacta que lo llevó a ser el segundo hombre del Bloque Socialista y dirigente clave en la fundación del PPD, para luego convertirse en uno de los gerentes de la petrolífera estatal en la nueva democracia a cargo del plan de desarrollo.

22 En los meses previos al plebiscito de 1980, hubo un renacer del movimiento estudiantil, especialmente en las carreras pedagógicas y de ciencias sociales agrupadas en el Campus Macul (o Pedagógico) de la Universidad de Chile.

23 «Movimientista» es una expresión de los círculos de izquierda chilena en oposición al «ombliguismo», que consistía en solo quedarse con la militancia y el aparato.

24 Ricardo Brodsky, Conversaciones con la FECH, 15-38.

25 Ibíd., 23.

26 Véase Esteban Valenzuela, Fragmentos de una generación, 64-65.

27 Entre otros dirigentes de centros de alumnos ligados al MAPU y a la Convergencia, estuvieron: Andrés Asenjo, Susana Mena, Milena Vodanovic y Sandra Radic, en Periodismo; Cecilia Puga y Ezio Mosciatti, en Arquitectura;

Rodrigo Paz, Juan Anelli y Julio Zenteno, en Medicina; Marcela Ham, en Trabajo Social; Félix Avilés y Héctor Oyarce, en Teología; Ro Luengo, en Diseño; Patricia Arias, en Educación Básica; Marcelo Castillo, en Derecho.

28 Puente Alto es una comuna de medio millón de habitantes en el sur de Santiago. Este grupo buscaba unir lo anticapitalista con lo antiautoritario, por lo cual resaltaba el elemento emancipador integral de la renovación.

29 Revista A La Moneda, núm. 11, 1986, 9.

30 Una completa cronología y análisis se encuentra en Edison Ortiz, El socialismo chileno de Allende a Bachelet, 272-275.

31 Un testimonio es su libro de esa época en que alaba el papel de la Iglesia católica en defensa de los derechos humanos: Enrique Correa y José Antonio Viera-Gallo, Iglesia y dictadura, (Santiago: CESOC-Chile América, 1986).

32 Recuerdo de Saúl Bravo. Entrevista.

33 El PS renovado rápidamente creció al articular «viejos socialistas» descolgados tras el golpe de Estado y grupos de renovación socialista autónomos que no adhirieron al MAPU.

34 Entrevista a Saúl Bravo.

35 Presidida por el mapucista Samuel Bermeo, de los trabajadores subempleados de la zona norte de Santiago (Renca-Huamachuco).

36 Víctor Barrueto, Mensaje al Tercer Congreso, 1985.

37 Óscar Garretón, Propuesta para un nuevo Chile, 1985.

38 Víctor Barrueto, Primer Discurso como secretario general, 1985.

39 Entrevistas a Víctor Barrueto, Carlos Montes y Rodrigo González.

40 MAPU, Conclusiones Tercer Congreso, mayo, 1985.

41 Con base en entrevistas a Saúl Bravo, Víctor Barrueto, Jorge Venegas y cálculos del autor. Obviamente, por la situación de dictadura, no se mantuvieron registros escritos de los militantes.

42 El mapucista Juan Carlos Aedo fue dirigente del Movimiento Poblacional Dignidad.

43 Reconstrucción de la experiencia del autor y entrevistas a Saúl Bravo y Ricardo Sazo.

44 Entrevista a René Jofré.

45 El charango es la pequeña guitarra realizada de caparazón de armadillo en el altiplano de Chile, Perú, Bolivia y norte de Argentina. Los opositores a la dictadura se vestían con chalecas andinas o chilotas del sur, connotando lo artesanal. Ese toco con pañuelo de colores hacía la distinción hacia una postura menos militante tradicional y más heterodoxa.

46 Clásico libro marxista con recomendaciones para promover situaciones pro revolucionarias.

47 MAPU, Resoluciones Tercer Congreso, 1985.

48 El rol de José Joaquín Brunner es subrayado por el historiador Edison Ortiz, al recordar que fue el pionero junto a Akin Soto en plantear en un pleno del PS, a fines de 1986, que había que hacer un giro drástico, asumir la institucionalidad del régimen para derrotarlo, so pena de ser acusado de «entreguismo absoluto». Edison Ortiz, El socialismo chileno: de Allende a Bachelet, 282.

49 Diálogo con Guillermo del Valle.

50 Estas características se desarrollan en Esteban Valenzuela, «El PPD como paradigma de Partido postsocialista de nuevo tipo», en La conversión de los socialistas chilenos, 184-218.

51 Arend Liphart, Las democracias contemporáneas (Barcelona, Ariel, 1987),

144-145.

52 El caso del predominio inicial en España de la Unión de Centro Democrático, UCD, o el caso de Brasil del Partido del Movimiento Democrático Brasileño, PMBD. Estamos hablando de «transiciones pactadas» y no de derrumbamiento del régimen.

53 Ascanio Cavallo et al., La historia oculta del régimen militar, 498-502.

54 Alejandro Foxley dirigió el principal think tank de centro-izquierda en políticas públicas: CIEPLAN. Luego, será el ministro de Hacienda de Patricio Aylwin, presidente de la DC, senador y canciller de Michelle Bachelet.

55 MAPU, Comisión Programa (Mario Alburquerque; Ernesto Galaz; Oscar Mac-Clure): Una propuesta socialista para un Chile posible, (Santiago, sin editorial, 1988).

56 Los tres ocuparán roles secundarios, pero relevantes en las administraciones concertacionistas: Mac-Clure en diseño de políticas sociales en el Ministerio de Planificación; Alburquerque en el Centro de Apoyo a la Competitividad; y Galaz se convertirá en un alto asesor político de La Moneda.

57 MAPU, Comisión Programa (Mario Alburquerque; Ernesto Galaz; Oscar Mac-Clure): Una propuesta socialista para un Chile posible, (Santiago, sin editorial, 1988), 12-13.

58 Hernán Büchi estudió economía en la Universidad de Columbia. Fue cercano a la izquierda en su juventud y tuvo un manejo más pragmático que el ideologizado que condujeron los Chicago boys. Desde 1986, la economía creció sobre el 7% anual en promedio por una década, por lo cual fue elegido por los militares y la derecha como su abanderado presidencial en los comicios de fines de 1989. Solo obtiene un 30% de los votos frente al 15 % del postulante populista de derecha, Francisco Javier Errázuriz. Patricio Aylwin con la Concertación más el apoyo comunista logra el 55 %.

59 MAPU, Comisión Programa (Mario Alburquerque; Ernesto Galaz; Oscar Mac-Clure): Una propuesta socialista para un Chile posible, (Santiago, sin editorial, 1988), 60.

60 Ibíd., 56.

61 Francisco Estévez; Pablo Salvat; Esteban Valenzuela, Ideas para un proyecto socialista progresista (Santiago: Ideas, 1990).

62 Entrevista a Francisco Estévez, quien fue el Director del Instituto de la Juventud de Aylwin y Director de Organizaciones Sociales de Bachelet. El otrora Jefe de la juventud del MAPU-OC mezclará su alternativismo «ochentista» con inserción estatal.

63 Ibíd.

64 El título es un juego con la popular canción de denuncia del grupo rock Los Prisioneros, hit de los años ochenta, titulada El baile de los que sobran.

65 Comisión Programática Juvenil del MAPU, Para que en Chile nunca más sobren los jóvenes, noviembre de 1988. Firman: René Jofré, Eduardo Arrieta, José Luis Contreras, Mauricio Viñambres, Pamela Farías, Cecilia Delgado y Esteban Valenzuela.

66 Socialismo no histórico: ¿ser o no ser?, julio de 1988. Firman Eduardo Báez y Esteban Valenzuela. Participó en el grupo que promovió este documento Guillermo Miranda, la abogada de la Izquierda Cristiana Lorena Fries, feminista y experta en derechos humanos, y Eduardo Arrieta, dirigente del MAPU, 1-4.

67 Ibíd., 6.

68 El año 1988 se da por sentado que el candidato presidencial sería un demócrata cristiano, Patricio Aylwin, del sector guatón o tradicional, o Gabriel Valdés, del sector iluminado.

69 Eduardo Báez y Esteban Valenzuela, Socialismo no histórico, 15.

70 Revista Anarquismo Cristiano, año 1, vol. 1, agosto, 2009.

71 Expresión de Sergio Muñoz, fotógrafo y diseñador de libros, documentos y panfletos del MAPU en la década de los ochenta.

72 En las elecciones de la FECH en 1987, se presenta como MAPU en la lista de Izquierda Unida, obteniendo solo un centenar de votos.

73 Bernarda Gallardo, La opinión de las mujeres. Documento de Trabajo 423 (Santiago: FLACSO, 1988).

74 El Partido Radical se había dividido, y el ala moderada la encabezaba el futuro canciller de Aylwin, Enrique Silva Cimma.

75 Entrevista a Víctor Barrueto.

76 Del Valle inició su precampaña en esta ciudad por el peso cualitativo de los mapucistas, pero finalmente, Ricardo Lagos, como «factótum decisorio final» entre las distintas facciones que se integran al PPD, decide otorgar el «cupo» al exparlamentario y dirigente socialista de la zona Héctor Olivares. Entrevista con Guillermo del Valle.

77 Jaime Cataldo dirigió, en democracia, la Corporación de Desarrollo de Santiago y se dedicó a las asesorías municipales.

78 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón.

79 Secretario general del PS renovado al momento de la fusión en 1989.

80 Hay que recordar que el PPD se crea en diciembre de 1987 como un partido instrumental para fiscalizar el plebiscito y participar de las futuras elecciones, básicamente representando el mundo de la renovación socialista (tuvo un pequeño componente liberal de la llamada Derecha Republicana que fue

opositora a Pinochet). El socialismo de Almeyda, comunistas y otros grupos de izquierda, crean el partido PAIS con el mismo propósito electoral. A fines de 1989, se fusionan los dos PS y el MAPU, pero se permite la doble militancia con el ya creado PPD.

81 Entrevista a Víctor Barrueto.

82 Revista Fragua, único número, octubre de 1989. Archivo Memoria MAPU.

83 Resoluciones del Pleno del Comité Central: Unidad socialista ahora, Santiago, 10 de septiembre, 1989.

84 Ibíd.

85 Un pequeño sector encabezado por el miembro de la Comisión Política, Juan Manuel Parra, busca mantener el MAPU e incorporarlo a la Concertación, diluyéndose a comienzos de los noventa. Solo persiste con la denominación MAPU-OC la antigua facción «proletaria» de Fernando Ávila y Raúl Aravena. El grupo de Parra, junto con América Riquelme de Talca y Gabriel Espinoza de Malleco, logra inscribir en tres regiones al MAPU legalmente (Maule, Bíobío y Araucanía), el cual participó en las elecciones de 1993 aliado al PC en una lista de izquierda: «En Malleco sacamos el 5%, demostrando que era posible mantener el MAPU y no vender el proyecto», recuerda con nostalgia Gabriel Espinoza. Entrevista en Traiguén, febrero, 2014.

86 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón.

87 Declaración de Principios del PPD, 1993.

88 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón. De hecho, la Izquierda Cristiana sigue existiendo como movimiento político y participó en las elecciones del año 2009 en una alianza de izquierda con el PC que pactó con la Concertación a nivel parlamentario. No eligió legisladores.

89 Una completa descripción se encuentra en el capítulo «El largo camino a la unidad socialista (1980-1989)», en Edison Ortiz, El socialismo chileno: de Allende a Bachelet, 337-362.

90 Quiebre de la UJS en el invierno de 1990 en Costa Azul que implica el éxodo de la mayoría de los jóvenes mapucistas al PPD. Estaba de moda el libro de Milan Kundera, La insoportable levedad del ser. Testimonio del autor.

91 José Auth, Encuesta a los consejeros generales del PPD, mimeo, 1993.

Capítulo VI

El MAPU como organización

El MAPU considera la crítica como un ejercicio revolucionario fundamental.

Rodrigo Ambrosio,

tesis para la asamblea constituyente, 1969

Fue un grupo muy activo, empezamos en el fondo con un criterio de cuadros; analizando a cada tipo; ver si el gallo era inteligente, jugado, valiente, capaz, comprometido, casi santo.

Víctor Barrueto

sobre la reorganización del MAPU

bajo la clandestinidad, 1974

Como corresponde a un partido político que se define por su tránsito del mesianismo al pragmatismo, también las distintas modalidades de organización que asume el MAPU varían de acuerdo con las circunstancias históricas y sus propios desafíos políticos: desde su origen movimientista hasta la estructuración de un partido vanguardista a la usanza marxista, para luego devenir en un partido muy abierto

—

en el que la militancia y la mera simpatía se hicieron vagas en los años ochenta

—

, que se mezcla con una red de ONG donde sobrevive el grueso de su militancia. Además, es el antipartido: se dedica a crear movimientos sociales más amplios y referentes socialistas al anunciar su propia muerte en 1985, cuando en su Congreso de Unidad apuesta por ser parte de la corriente cristiana no histórica a la nueva fuerza socialista.

De esta manera, distinguimos tres períodos en la historia organizacional del MAPU:

a. 1969-1973: movimiento amplio en transición a estructura tradicional de izquierda.

b. 1974-1982: vida clandestina celular con inserción contracultural-eclesial.

c. 1982-1989: partido público con amplias redes de ONG.

El MAPU se sabe pequeño como organización política. Traumado por sus divisiones, sus líderes y facciones optan por trascender como una red influyente de ONG, movimientos sociales e intelectuales, minimizando al partido, pero ampliando su influencia. Coincidimos con Cristina Moyano en que el MAPU fue un partido de cuadros «que nunca abandonó del todo el afán movimientista»[1], ya que todos los dirigentes dan cuenta de su propia inserción en algún frente o movimiento social.

Más allá de sus estatutos formales como partido con centralismo democrático (con el Comité Central como máximo órgano), la verdad es que el MAPU fue heterodoxo en sus prácticas y en las jerarquías de su pirámide: el pueblo llano en la base, los movimientos sociales como nivel intermedio, la amplia periferia de activo progresista que lo rodeaba y en la cima la militancia de cuadros. Entremedio, quiso ser vanguardista, pero todos sus miembros querían opinar en asambleas y ampliados; buscó que pagaran cuotas y sus militantes buscaban trabajo en la red de ONG vinculadas al MAPU: chilenos demasiado chilenos, como veremos.

Movimiento y partido vanguardista

La definición de movimiento es pasajera en el MAPU, ya que en 1970 decide ser un partido político e inscribirse. Pero ello no implica romper con la tradición movimientista que se remonta al vínculo de muchos de sus dirigentes con los grupos reformistas universitarios y con el movimiento campesino pro reforma agraria. Recordemos que el MAPU domina en la Universidad Católica, pero a través de una suerte de gremialismo de izquierda: el Movimiento 11 de Agosto (en recuerdo del día de la toma de la Casa Central), donde convergen los cuadros (dirigentes) del MAPU con el activo en que se encuentran simpatizantes, amigos e incluso militantes de otros partidos.

Esta tendencia se repite en toda su historia: el movimiento cultural y los cordones industriales durante la UP; la inserción en el movimiento de los derechos humanos, el movimiento estudiantil y el poblacional bajo la dictadura. La DC llamaba a este trabajo en organizaciones frentes de masas y el PC lo calificaba de inserción en organizaciones obreras y populares. Simple y directo, en cambio, el MAPU, desde la elección de su nombre, insistirá en que son los movimientos sociales los que tienen vida propia y protagonismo a los cuales hay que alentar y no reducir a una extensión del partido.

Esta ambigüedad o complejidad en la comprensión del MAPU se vive como tensión; la pretensión de insertarse de inmediato en la cultura de izquierda (Comité Central, Comisión Política, células), pero con algunas prácticas tradicionales de la vida política chilena, en especial de socialistas, radicales y democratacristianos (juntas nacionales, ampliados, asambleas, en una tradición muy chilensis de verse las caras). Solo los comunistas tuvieron un sistema muy estructurado. Sin embargo, Rodrigo Ambrosio busca organizar un partido revolucionario y marxista, con prioridad por los obreros. Ello queda expresado con toda claridad en la intervención que hace Ambrosio en el cierre del Tercer Pleno del partido, realizado en el Estadio Nataniel de Santiago, el 30 de mayo de 1971, cuando hace un balance del camino recorrido por el MAPU desde su fundación:

Allí vimos que todo lo recorrido entonces y todo lo aprendido hasta ahí nos daba un impulso muy grande para poner delante de nosotros muy claramente, muy nítidamente el destino del Partido como un Partido proletario, como un Partido de la clase obrera, como un Partido para luchar por el socialismo en nuestra Patria[2].

Ambrosio habla del partido vanguardia de los obreros, y ya insinúa la transitoriedad del MAPU al sugerir que su objetivo final, y de allí su nombre de movimiento unitario, es alcanzar el partido único del proletariado[3]. Es un lenguaje complejo: se cita al MAPU como movimiento, se quiere ser vanguardia y se aspira al partido único proletario, proceso en que debe liberarse de las desviaciones:

El haber roto con la DC no lo liberó espontáneamente de su condición pequeño burguesa, por lo cual, el desarrollo del Movimiento se ha visto hasta aquí acosado, en lo teórico, político y orgánico, por las desviaciones socialdemócratas y ultraizquierdistas, típicas de la pequeña burguesía[4].

Sin embargo, el líder fundador invita a no temerle al debate; no quiere un partido autoritario y censurador. Él escribió su propuesta de estatutos para el movimiento que nacía, las llamadas tesis, donde en su artículo cuarto invita a «practicar con sinceridad la autocrítica y la crítica con respeto y fraternidad […] la confrontación de la teoría y la práctica exige no eludir los desafíos que los nuevos hechos implican, exige arriesgar las verdades consagradas. Por eso, el MAPU considera la crítica como un ejercicio revolucionario fundamental»[5].

Los mapucistas se tomaron en serio lo del culto a la crítica que mencionó Ambrosio, acostumbrándose a los debates, a la guerra de documentos, a las divisiones y fracciones. Todos eran llamados a la iluminación; por tanto, fue imposible materializar la disciplina en un partido que aspiró a ser vanguardia obrera, pero que nunca se organizó en células, quizá con la excepción de los primeros años de clandestinidad bajo la dictadura. La vida organizacional del MAPU inicial fue a través de los Grupos de Acción Política (GAP) en los que todos los miembros debatían y elegían en forma directa al secretario político del regional en el cual militaban[6].

Rodrigo González, jefe partidario en Valparaíso (el Motoneto[7]), recuerda que en cada GAP participaban entre diez y quince militantes, entre los cuales era importante no solo el secretario político (SEPO), sino también el secretario de educación política (SEP), quien debía organizar los debates. A ellos se sumaban el tradicional encargado de agitación y propaganda, finanzas y la secretaría de «asuntos especiales» (SAE), «una pirueta lingüística para hablar del aparato de seguridad que se fue haciendo importante con la agudización del conflicto político en 1972», según González[8], quien recuerda el culto a las asambleas democráticas del MAPU de Valparaíso, en un intento de poner en práctica la democracia directa:

Nuestra gran novedad respecto al PC consistió en que el secretario de cada regional era electo por todos los militantes, una suerte de democracia directa distinta al centralismo democrático de corte leninista. En el regional porteño éramos 250 militantes activos que elegían al SEPO. Recuerdo la reñida votación

entre Leopoldo Luna y Gabriel Aldoney en pleno año 73, que ganó Luna con un discurso menos intelectual»[9].

Pero la pretensión organizacional fue otra durante la Unidad Popular: que el MAPU se estructurara sobre la base de los Grupos de Acción Popular, a los cuales una persona debía declararse aspirante para ser aceptada. Esto, en los otros partidos, se llamaba premilitancia, para lo cual la DC popularizó un ABC de la doctrina, fines y programa, simplificando el proceso. Cada GAP tenía su secretario político, otro de la tradicional AGP de los partidos de izquierda (agitación y propaganda). La novedad del MAPU fueron las SAE (Secretarías de Asuntos Especiales) y las SEP (Secretarías de Educación Política) con las connotaciones intelectuales características del partido. Se distribuían las funciones y nunca hubo mucha jerarquía, más allá de las pretensiones de Ambrosio. Eso es lo que cuenta González:

Los grupos de acción tenían un secretario político, un secretario de propaganda, un secretario de educación política (un SEP), un secretario de finanzas o de logística. Esos eran los encargados de funciones, pero el grupo era de autogestión, donde todos eran iguales, no había una estructura jerárquica en que uno mandara a otros y existía una asamblea. Todos estos grupos se reunían en un colectivo que tomaba decisiones en cada una de las instancias[10].

No es fácil cuantificar la existencia real del MAPU como organización; con el Golpe se quemaron todos los registros. Sabemos que logró juntar veinte mil firmas en todo Chile para inscribirse y que obtuvo el mencionado 2,6 % de los votos en las parlamentarias de 1973. También, que controló la Radio Sargento Candelaria, que tuvo una sede en Santiago Centro, que fue importante en el movimiento estudiantil de tres universidades (las Católicas de Santiago y Valparaíso, y la Técnica Federico Santa María), que su inserción campesina fue menor (la mayoría se quedó en la DC) y que avanzó en los sindicatos industriales. El gran Valparaíso representa el 10 % de la población de Chile; Rodrigo González asegura que la militancia activa del MAPU en la zona, incluyendo el interior (Quillota, Los Andes), llegó a trescientos miembros.

Rancagua (Cachapoal) y Colchagua alcanzaron solo un centenar activo en los cálculos de Ricardo Sazo y Gladys Göeder. Concepción tuvo una base más numerosa con quinientos militantes. El total de Santiago se aproximó a los dos mil mapucistas. Así, sumando y restando, se puede proyectar que el MAPU tuvo una militancia comprometida en torno a los cuatro mil integrantes. No fue ni mucho ni poco, porque cientos se consideraron periferia del MAPU y de los cuatro mil, la mitad fue dirigente social o líder de opinión; entonces, el impacto cualitativo pesó. Recordemos que el MAPU reunió a siete mil personas en el Estadio Santa Laura[11]. No todos fueron militantes, pero adherían a las banderas verdes y rojas, su agenda para la Unidad Popular, su estilo juvenil y su discurso intelectual.

No todo fue inserción social amplia, como el trabajo metódico en los cordones industriales que alentaba Carlos Montes. El MAPU también se preparó para la guerra y organizó un aparato, la SAE, que actuó con rudeza en la división de marzo de 1973. A partir de las entrevistas con Gastón Rojas, Ricardo Sazo y los diálogos con exmilitantes como Manuel Baquedano, queda claro que el partido vanguardista tuvo cuadros militares

—

Carlos Bau, Fernando Villagrán, entre otros

—

, es decir, personas con algún nivel de preparación en el uso de armas y tácticas de defensa. La «asesoría» de los tupamaros uruguayos a la feble estructura militar del MAPU existió en su fase preliminar, como lo reconoció el propio Barrueto al relatar el encuentro con ellos en los días posteriores al Golpe. En medio del desconcierto y la represión, mientras deambularon por casas de seguridad en la zona sur de Santiago entre el 11 y el 18 de septiembre, se encontraron impotentes al comprobar su nula capacidad de resistencia.

En síntesis, el MAPU fue las cuatro cosas en sus primeros años: tuvo movimientos amplios como el 11 de Agosto que siguió funcionando en la UC; fue un partido tradicional que junta firmas y le gustan las asambleas y

concentraciones; innovó con su énfasis en la formación y educación de sus aspirantes, y fue un facsímil precario de las vanguardias leninistas que incluía preparación para la guerra en el enfrentamiento final de la agudizada lucha de clases.

Clandestinidad, cuadros y movimientos antiautoritarios

La dictadura obligó a los MAPU (Garretón y Gazmuri) a adoptar el clásico sistema de sobrevivencia: nombres falsos («chapas»), enlaces esporádicos, casas de seguridad y una estructura cerrada y compartimenta en células, cada una de las cuales recibía a un «enlace», con el cual compartía instrucciones del nivel central y opiniones o documentos elaborados en su interior. En forma yuxtapuesta, se fueron creando, hacia 1979, estructuras más amplias y semipúblicas, como los frentes sindicales, juveniles y poblacionales, donde interactuaban mapucistas con militantes de otros partidos.

Los miembros del MAPU rompieron los cercos de la dictadura con eficacia. En la época de la Guerra Fría reciben apoyo de Cuba, la RDA y la URSS, países que mantuvieron embajadas en Argentina, antes del Golpe de Videla en 1976, y Perú.

Gazmuri reconoce que entra y sale del país varias veces, haciendo un recorrido por Europa. A Garretón lo ayudaron los cubanos. Rodrigo González cuenta con detalle cómo se hizo de un carné de identidad falso, para salir como si fuera otro militante, un compañero de apellido de alcurnia:

Salí clandestino al exterior a Argentina. Me disfrazaron y salí con otro carné, suplantando a otro militante, un militante de un apellido muy vinoso, de la aristocracia castellano-vasca, que me dijo que estaba dispuesto a que hiciéramos

una operación para sacar carnet y esta operación consistía en que esta persona solicitaba carnet en el gabinete de identificación que estaba en General Mackenna en Santiago y en el momento en que sacaban la fotografía se suplantaba a la persona. Él hacia todo el trámite y me entregaba los números correspondientes y yo me iba a poner a la cola del fotógrafo con los números de tal manera que el carnet era íntegramente auténtico y lo único suplantado era la fotografía, por lo tanto era un carnet perfecto, que todavía conservo[12].

Hay que entender la precariedad. Muchos se van para la casa porque tras el Golpe no queda nada y cunde el miedo (como grafica el testimonio de Ricardo Sazo respecto a que recién se recontacta con el MOC hacia 1979); otros deambulan buscando enlaces (como Saúl Bravo); deben asilarse para salvar sus vidas (Garretón, por ejemplo); sobreviven en instituciones académicas (el grupo FLACSO); se insertan en la lucha por los derechos humanos amparados en la Iglesia católica (abogados, asistentes sociales y periodistas mapucistas). Solo una elite, un puñado de militantes, logra rearmar un partido que se reinventa en la clandestinidad, donde experimentan el leninismo jesuítico que fue el BAN (Balance y Autocrítica Nacional): leninismo por la vida celular en condiciones extremas de represión, y jesuítico por la idea de reclutar a los mejores y someterlos a un proceso arduo de formación y desarrollo personal. Barrueto explica la opción por ser un partido de cuadros, de dirigentes escogidos y rigurosos. Tras la debacle, se van buscando uno a uno; se opta por la calidad por razones de seguridad y visión:

Éramos chicos, pero logramos constituir un núcleo sólido y lúcido, que en vez de tratar de juntar todos estos grupos, empieza a hacer una cosa nueva, seriamente, y hay que reconocerle eso a Carlos Montes. Los líderes eran al principio Julio López y Ortúzar y me reclutan a mí, a Tironi y a Fernando Ossandón, y nosotros reclutamos a Del Valle, Guillermo Ossandón y Mario Ossandón. Con Eugenio Tironi empezamos la reconstrucción de los regionales del 74, poco a poco […]. Fue un grupo muy activo, empezamos en el fondo con un criterio de cuadros; analizando a cada tipo; ver si el gallo era inteligente, jugado, valiente, capaz, comprometido, casi santo[13].

El estilo de «autoexpresividad» de cada militante cala hondo y se constituye en el «origen de la renovación»[14]. Esto va cambiando lentamente hacia 1980, cuando la dictadura permite la creación de sindicatos, consultoras (eufemismo para referirse a las ONG) y tolera una que otra disidencia. Entonces, los mapucistas se van haciendo públicos en algunas agrupaciones opositoras, como el dirigente Ricardo Brodsky en la Agrupación Cultural Universitaria (ACU), quien luego será protagonista clave de la recuperación de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile. Lo mismo, Arturo Martínez, a nivel sindical y numerosos mapucistas en centros de estudio como SUR, FLACSO y CEDAL.

El MOC tuvo una experiencia similar. La Unión de Jóvenes Democráticos reclutó a una elite, se calcula, de ciento cincuenta miembros[15], que hasta 1980 se comunicaba a través documentos firmados con seudónimos. Tras el plebiscito en que Pinochet hace aprobar la Constitución de 1980, produciéndose un espacio acotado de apertura (acto con Frei en el teatro Caupolicán, manifiestos de la Iglesia llamando a elecciones limpias, debates en las radios Chilena y Cooperativa), los mapucistas de ambas orgánicas van saliendo lentamente a la luz pública. Fueron procesos de flujos y reflujos, como dice la izquierda mapucista en su jerga, expresados, por ejemplo, en las manifestaciones y debates que se dieron en el Pedagógico en 1980 y que culminaron con un violento cierre de la casa de estudios, o en los brotes de primavera del Campus Oriente de la Universidad Católica en septiembre de 1982, cuando tras las protestas que tuvieron lugar en los patios, varios alumnos fueron expulsados o detenidos. Pero todo cambia desde mayo de 1983 con las masivas protestas que convocan los mineros del cobre, cuando se inicia un proceso definitivo de movilización, recomposición de la opinión pública y legitimación de los partidos, incluyendo los de izquierda.

Radiografía a la real manera de militar en el MAPU: la UC en los ochenta

Veamos cómo se estructuraba la militancia en el MAPU a comienzos de los años ochenta en el caso de la Universidad Católica[16]. La oferta política opositora se reducía a la Democracia Cristiana (la más tolerada por el régimen, con radios y un edificio en el centro de la ciudad), la izquierda marxista leninista (PC, MIR y Juventud Socialista almeydista) y la Convergencia. En la UC no existen los socialistas renovados, por lo menos hasta 1984-85 (Jaime Muñoz, Fernando van de Wyngard, José Luis Díaz fueron sus únicos representantes). La Convergencia Socialista fue sostenida por los mapucistas, ya que el fuerte grupo de la Izquierda Cristiana de la Escuela de Psicología prefiere el perfilamiento de la IC en el Campus San Joaquín (Juan Flores, Germán Morales, Luz María Calabrese, Beltrán de Ramón, entre muchos otros).

El MAPU-OC tiene cinco reclutadores que invitan a reuniones amplias de formación de la Convergencia a estudiantes que se muestran activos en los centros de alumnos democráticos: el psicólogo Jaime Alfaro (que luego invita a reuniones en el departamento que comparte en Villa Olímpica con su hermana fotógrafa, Patricia, y otros militantes de la UJD); el estudiante de Literatura Domingo Montes de Oca, que ocupó los monacales pasillos del Campus Oriente para conversar sobre poesía y disidencias lúdicas junto con el culturalista Cristián Warnken; los seminaristas de los Sagrados Corazones Héctor Oyarce y Félix Avilés, que convidan a encuentros de teología de la liberación y luego a seminarios de la Convergencia, y el presidente del centro de alumnos de Periodismo, Andrés Asenjo, incansable repartidor de libros y organizador de la oposición a la FEUC dominada por los gremialistas de la dictadura.

Nunca hablaron de células ni de comités centrales. Las invitaciones fueron al pequeño local de FLACSO en la calle Leopoldo Urrutia de Ñuñoa, donde Tomás Moulian hablaba de democracia y socialismo, Manuel Antonio Garretón de la autocrítica a la UP y del proyecto fundacional de la dictadura chilena, Norbert Lechner de la necesidad de reconstruir un proyecto político y José Joaquín Brunner de la cultura autoritaria. FLACSO huele a mimeógrafo y entrega documentos en papel amarillento y con unas tapas que tienen recortado el lugar del título del documento. Solo a contar de 1983 reparten libros bajo el sello de la editorial Minga.

Después de ganarse la confianza de sus compañeros en dichos talleres, Félix Avilés invita a tomar té en la comunidad que comparte con seminaristas y curas obreros en el paradero 5 de Vicuña Mackenna, población El Pinar. Por allí circulan los emblemáticos curas de los Cristianos por el Socialismo y la teología de la liberación: Ronaldo Muñoz, Pablo Fontaine, Esteban Gumucio con su barba blanca, Sergio Silva que es profesor en el Campus Oriente. Son intelectuales, místicos y pobres: apenas tienen tres camisas, un par de blue jeans y calzan sandalias.

Después de tres meses de observación, Avilés susurra que estamos invitados a un ampliado de la Convergencia Socialista en una casa de retiro en el sector de San Luis de Macul. Nos pide que no lo comentemos con nadie y que nos encontremos en plaza Egaña para tomar una micro (bus). Avilés es el retrato del católico peligroso: barba negra, chaqueta de la ropa usada norteamericana, morral boliviano, pero una cara de santón y buena gente. Al llegar al encuentro, la monja que nos recibe mira por la rendija de un portón y nos hace pasar hasta el salón sin decir ninguna palabra.

En el ampliado de la Convergencia, uno descubre varias cosas: ya es considerado militante sin que nadie le haya preguntado nada; un estudiante alto y silencioso de Historia del Campus Oriente es nada menos que Francisco Estévez, el jefe de la Unión de Jóvenes Democráticos; somos solo unos ochenta asistentes, y muchos intelectuales salen de su rol académico y proponen medidas para ampliar las acciones pacíficas contra la dictadura, Manuel Antonio Garretón, Eugenio Tironi, entre otros. También, descubrimos que hay mapucistas de otras facultades, como la arquitecta Cecilia Puga del Campus Comendador y muchos estudiantes de la Universidad de Chile: Ricardo Brodsky, Sandra Rojas, Eduardo Arrieta. De pronto, llegan dirigentes claves de la Unidad Popular, como Pedro Felipe Ramírez, el joven ministro de Minería de Allende y dirigente de la Izquierda Cristiana.

El 1 de mayo de 1982 se acuerda participar de las protestas de la plaza Artesanos

cerca del río Mapocho. Allí llega Manuel Antonio Garretón, los mapucistas deambulan con cara de terror, hasta que por fin a las diez de la mañana surcan el aire panfletos contra la dictadura, incluyendo algunos mapucistas: Por la desobediencia, Convergencia. La protesta dura solo minutos; no son más de mil opositores. De diversos autos salen los llamados gurkas, civiles no identificados que golpean con fierros y palos a los opositores, mientras carabineros lanzan bombas lacrimógenas y observan la cacería.

En septiembre, las cosas cambian. Es detenida la estudiante de filosofía Marcela Palma Salamanca y se producen masivas protestas en el patio central del Campus Oriente, que pasarán a la historia como Los Brotes de Primavera[17]. Hay consecuencias: varios dirigentes de Teología son suspendidos y tres estudiantes expulsados, entre ellos, Edmundo Urtubia, simpatizante de la Convergencia. Vienen las huelgas de solidaridad, las golpizas de los gremialistas, la represión y el reflujo.

Comienzan las reuniones grupales: son estudiantes de la Universidad Católica, es decir, aquellos que obtienen los mejores puntajes en las pruebas de selección universitaria y, por tanto, vienen de colegios particulares y viven en el barrio alto. Se habla de Allende, de las críticas a la UP, de unir democracia y socialismo, defender los derechos humanos, orar y movilizar a la desobediencia civil. Militan en la Convergencia y se acercan al MAPU. Andrés Asenjo (de colegio jesuita) vive en el sector de Bilbao, cerca de la casa de la literata Pepa Mena. Ahí se llevan a cabo reuniones en las que los asistentes leen a César Vallejo y Nicanor Parra. Les aburre hablar solo de Gramsci. En la casa de Milena Vodanovic (del Santiago College) y de Pamela Pequeño (Andree English School), la pulcritud asusta, como los libros de padres de alta sociedad, pero proclives al allendismo. Hay nerviosismo cuando la compañera Susana Mena pide que no se la mire con sospecha por ser pariente de Odlanier Mena, el director de la Central Nacional de Informaciones (CNI), tras la disolución de la siniestra DINA.

La Convergencia Universitaria desaparece en el periodo de las protestas masivas

y casi todos sus miembros activos se incorporan al MAPU reunificado. Los verdes han crecido en todo el activo de la UC y suman un centenar entre militantes y amigos. Controlan la mayoría de los centros de alumnos opositores: Periodismo (Andrés Asenjo, Milena Vodanovic, Paz Egaña[18], Sandra Radic), Medicina (Giani Anneli, Rodrigo Paz, Julio Zenteno, Chepo Sepúlveda), Arquitectura (Cecilia Puga, Ezio Mosciatti, Leonardo Gallero), Diseño (Ro Luego), Educación (Patricia Arias), Trabajo Social (Marcela Ham, Ximena Concha), Teología (Félix Avilés, Hernán San Martín), Bioquímica (Verónica Pánez), además de delegados que tienen en Música, Castellano, Historia, Enfermería e Ingeniería. El MAPU obtiene la segunda votación en las primarias de opositores para seleccionar la candidatura a la FEUC[19], con apoyo de la Izquierda Cristiana e independientes del Bloque Socialista. Le gana la DC, pero vence a las Juventudes Comunistas, los independientes y a los de la juventud socialista de Almeyda. La lista Verde al primer claustro estudiantil de la FEUC obtiene una docena de delegados. Ezio Mosciatti ganó la elección para ser jefe del Campus Lo Contador. Son fuertes, existen panfleteros por el MAPU y contra la dictadura, pero nunca han ido a una reunión de células ni de GAP: «Ya en la época de la Convergencia Universitaria y en plena renovación, era mal visto hablar de células y usábamos la palabra colectivo en genérico»[20]. En el colectivo del Campus Oriente, no había encargado político ni AGP ni tesorero ni comisionado de formación. Militancia posmoderna; no era posible saber quién era militante y quién solo simpatizaba. En síntesis, un MAPU eficiente, pero mimetizado con el movimiento estudiantil amplio que luchó contra la dictadura.

El MAPU orgánico se reunió en locales de Iglesia, sobre todo los días sábados en la Vicaría Santiago Oriente ubicada en Macul, cerca del Estadio Nacional, hasta que arrendó un local en 1986. De hecho, a Carlos Montes lo detienen por casualidad a la salida de uno de estos encuentros en una casa de retiros eclesiales en la precordillera de Santiago. FLACSO organizaba cursos públicos en la Academia del Humanismo Cristianismo, cerca de la Catedral de Santiago; muchos dirigentes mapucistas provenían de las vicarías y pastorales juveniles y se reunían la Parroquia Universitaria de la calle Pedro de Valdivia con Bilbao, donde se encontraban muchos democratacristianos (José Luis Ramasciotti, Jorge Morales, Eduardo Saffirio) con mapucistas y convergentes (Eduardo Arrieta, Félix Avilés).

Las casas (comunidades) y las fiestas fueron otros espacios de encuentro. En la cultura mapucista se hizo común que no solo los provincianos, sino también algunos estudiantes de Santiago optaran por vivir juntos en departamentos (Villa Frei u Olímpica) o casas, especialmente de la Villa de la Universidad Católica (por ejemplo, los mapucistas de la Educación y Comunicaciones, ECO, vivieron allí). Todos se ubicaban en los límites de la comuna característica de la clase media intelectual: Ñuñoa. También fueron conocidos los departamentos cercanos al parque Forestal donde vivieron Andrés Asenjo, Félix Avilés y Francisco Estévez. Sin embargo, el mayor emblema fue, hacia 1985, la vieja casa refaccionada de José Manuel Cortínez y Haydeé Oberreuter, en avenida Italia, límite de Santiago, Providencia y Ñuñoa: «La chica Haydeé preparaba todo con estética, hasta globos verdes y rojos. Después de alguna musiquilla de protestas, comenzaba lo bueno, el verdadero motivo: rock latinoamericano, para bailar al ritmo de Soda Stereo, Los Prisioneros, Charly García y Fito Páez, y, entremedio, los gritos del MAPU cuando bailábamos estoy verde»[21]. Esto de las fiestas fue una tradición de la izquierda mapucista. Mario Alburquerque, militante en la secundaria durante la UP, recuerda que la militancia mapucista estaba «asociada al activismo y al placer, lo más parecido a una barra brava»[22].

En la UC el MAPU fue un mito incluso para Jaime Guzmán, el ideólogo de la dictadura: le decía a la futura UDI que debía ser el MAPU de la derecha. Andrés Chadwick, uno de los principales líderes del gremialismo, se encontraba con liberacionistas mapucistas en la capilla a la entrada del Campus Oriente y los molestaba a la salida: Vaya, los marxistas también rezan. Recibía una letanía roja: Rezamos por los templos vivos de Dios que ustedes torturan y asesinan, entre ellos, su propia hermana, María Teresa, exiliada con su esposo José Antonio Viera-Gallo en Italia. Andrés Chadwick había sido simpatizante del MAPU, pero tras la pax romana del Golpe se vinculó a Jaime Guzmán, marchó con antorchas a la cima del cerrito Chacarillas[23] para refundar Chile junto a Pinochet, proclamando la democracia protegida y el neoliberalismo como salvación nacional. Sin embargo, el 11 de septiembre de 1973, nos confesó mucho después: «Recé por el Chicho»[24].

El MAPU aparecía por todas partes: el mito de la Reforma Universitaria, los teólogos y curas mapucistas, periodistas y sociólogos (de la escuela cerrada en

dictadura donde se formó Ambrosio y decenas de mapucistas). Una de las actividades simbólicas que alentaron los nuevos MAPU de los ochenta fue invitar clandestinamente

—

no tuvieron permiso de Raúl Lecaros[25], el secretario de la Universidad intervenida con rector marino

—

a Manuel Antonio Garretón a hablar de la reforma universitaria en la Casa Central, a veinticinco años de su puesta en marcha. La idea del expresidente del Centro de Alumnos de Periodismo, Andrés Asenjo, culminó con los guardias cerrando las puertas con candados para que no entraran los izquierdistas, Garretón hablando en la Alameda y un siting que detuvo los buses provocando la intervención policial. Manuel Antonio Garretón fue el invitado porque Miguel Ángel Solar estaba exiliado en Venezuela. Su hermana menor, Carolina, pidió a los dirigentes que se creara un comité por su retorno. Los MAPU de los sesenta y los ochenta conspiraban para cumplir sueños que habían cambiado: en 1968, sacar a un rector conservador y propiciar el socialismo; en 1983, para pedir la salida de un rector delegado militar y pedir por el retorno de la democracia.

El estatuto liquidacionista del MAPU de 1985: el partido antipartido

El MAPU fue el partido anti sí mismo en las resoluciones de su Tercer Congreso de Unidad de 1985. En estricto rigor, fue el primer partido instrumental en la historia de Chile. Dicho concepto se asoció después al PPD que reunió las firmas legales con el argumento de ser un instrumento para fiscalizar el plebiscito de 1988, aunque luego se declaró socialdemócrata. En el MAPU ganaron las tesis liquidacionistas, a pesar del pequeño boom que vivió el año 1985: crecía la red de sus ONG, recibía recursos de sus colectivos europeos, era parte de la gestión de cinco federaciones universitarias, dominaba el 10 % del movimiento sindical

y se contaban en un millar sus militantes. Dicho boom fue producto del ingreso a la Convergencia Socialista Universitaria, los grupos autónomos de renovación socialista (sobre todo Peñalolén y Puente Alto), el reencantamiento de antiguos militantes que se decepcionaron de la división o se asustaron con el Golpe, el reencuentro con un sector del MOC que volvió al MAPU (encabezado por Enrique Correa e Ismael Llona). Los almeydistas seguían muy leninistas y los socialistas renovados eran una colección de viejos estandartes, con la excepción de Ricardo Lagos y su retórica modernista.

Sin embargo, los liquidacionistas ganan y el MAPU se define en su principal resolución como partidario de la nueva fuerza socialista, a la cual espera aportar con lo que es: un grupo de socialistas de origen cristiano, autónomo y no histórico. Es decir, lo primero es volver a ser movimiento y decirle a todo el mundo que no tiene proyección y que espera ser un instrumento y un aporte para una nueva fuerza. Es más, no importa mucho firmar como MAPU: lo que vale es la Convergencia, el Bloque Socialista, lo nuevo que vendrá. Importan la lucha por la democracia, los movimientos sociales y el socialismo, aunque el MAPU muera. Los propios documentos del Comité Central lo señalan, advirtiéndole a la militancia que tengan cuidado de enamorarse del MAPU:

Somos un partido funcional al desarrollo de la organización, luchas y cultura del pueblo en una perspectiva socialista y unitaria. Es perjudicial y debe lucharse activamente contra toda concepción que haga del Partido un fin en sí mismo. La organización es útil en la medida que permite un pensamiento común y la unidad de acción en su implementación [...]. Queremos un tipo de militante que participe en la vida interna del partido, sin substituir al trabajo en el seno del movimiento popular como principal espacio de acción política de los mapucistas[26].

De acuerdo con los estatutos del MAPU, en este último periodo, antes del ingreso de sus integrantes al PPD o al PS y la disolución final, los deberes del militante son impulsar y participar en la lucha y en el fortalecimiento de las capacidades del movimiento popular, entendiendo el postulado permanente del

MAPU de que el pueblo es el actor fundamental del proceso revolucionario; militar en una célula o colectivo partidario; asumir e implementar la línea política del partido; participar activa y creativamente en la elaboración de la línea política partidaria; mantener una actitud crítica y constructiva respecto de las deficiencias orgánicas y políticas del partido, de sus militantes y dirigentes, así como de sí mismo; luchar activamente contra toda concepción o práctica que haga del partido un fin en sí mismo o que vulnere la democracia interna, la unidad en la acción o los derechos de sus militantes; ser respetuoso y solidario con los demás miembros del MAPU, y velar por la unidad del partido, por su disciplina y por la seguridad de la organización y sus miembros[27].

En cuanto a los derechos de los militantes, el documento señala que estos consisten en votar y ser elegido para ocupar cualquier puesto de responsabilidad partidaria; discutir, aprobar, rechazar o modificar la línea política del partido, por la vía de su participación en las instancias y eventos que para esos efectos se definen en los estatutos; demandar y participar en las actividades de distinto tipo que tengan como fin la formación e información de los miembros del MAPU; y disentir de la línea política oficial o de aspectos de ella y luchar en el seno del partido porque las opiniones minoritarias lleguen a ser mayoritarias, sin más limitaciones que el respeto irrestricto a la unidad de acción y a los derechos de las mayorías a dirigir el partido y a definir su línea política y planes de acción[28].

«La verdad es que vivíamos en ampliados y asambleas, nadie pescaba (prestar atención) los estatutos, salvo el Sapo»[29], reconoce Saúl Bravo, miembro de la Comisión Política en esos años, citando al dirigente que más insistía en la necesidad de desarrollar la organización. Así, formalmente, el estatuto del MAPU, aprobado en 1986, seguía explicitando que la estructura orgánica regular estaba conformada por «células», pero inmediatamente listaba las otras estructuras más flexibles: «Comités locales, plenos locales, regionales, plenos regionales, comisión política y pleno nacional»[30].

Las reuniones tendenciales que se hicieron una vez presentes en su historia: los izquierdistas con Jaime Cataldo, Iván Nazif, Bernardo Bravo, Luis Penaglia y el

Sapo; los amarillentos (derechistas) con Guillermo del Valle, Saúl Bravo, Rodrigo González y Ricardo Brodsky; los terceristas de Víctor Barrueto (Luis Penaglia, Eduardo Benítez de Concepción, el MAPU de provincia). Carlos Montes y Óscar Garretón tomaron distancia, pero al final optaron por la tesis del plebiscito y la fusión en el PPD y PS que sostuvo Guillermo del Valle. Cataldo ingresó al almeydismo de Izquierda Unida, y Barrueto se quedó en el PPD con los suyos, añorando al MAPU, aunque él mismo había aprobado las tesis liquidacionistas de 1985. Estas peleas y forma de vivir de la militancia se expresó al más puro estilo del MAPU: largas reuniones de Comité Central de todo el día en la Vicaría de la zona oriente, en que se debatían los documentos de cada facción[31].

Estas fueron las peleas de sus dirigentes orgánicos; afuera, los militantes escribían propuestas, formaban sindicatos, hacían informes para sus ONG, imprimían afiches cada vez más creativos contra la dictadura, como el cartel que rezaba Hay tantas formas de decir No, ideado por Ezio Mosciatti, que tuvo apoyo de CEDAL para su primera impresión. Esos fueron los últimos mapucistas.

Promoción de amplias redes de ONG: poder e influencia

El MAPU es una subcultura política más amplia que la suma de sus militantes; los mapucistas se expandieron gracias a su inserción estatal en la UP y luego en las ONG y el trabajo intelectual bajo la dictadura.

Los intelectuales provenían mayoritariamente del MAPU porque el propio partido orgánico se entendió desde su fundación con su «periferia»[32]: el movimiento reformista universitario, a fines de los sesenta; los nuevos sindicatos campesinos y de técnicos y profesionales en la Unidad Popular; su entorno de

cientos de militantes descolgados desde la división y el Golpe; los ayudistas, los intelectuales que desde la renovación de fines de los ochenta optaron por animar los espacios amplios de renovación socialista por sobre el desarrollo del MAPU como fuerza política autónoma.

Pero no solo intelectuales «puros» animaron el MAPU. El propio partido orgánico estaba vinculado a ONG con trabajo de base en los ámbitos sindical, campesino, urbano-popular, feminista. En todos estos ámbitos, la educación popular y la creación de redes amplias más allá del activismo político y los límites del partido fueron causas esenciales para ampliar el «radio de influencia del MAPU»[33]. En el caso del área de capacitación de CEDAL, el principal centro de apoyo a sindicatos estuvo influido por la educación popular de Paulo Freire y, desde 1987, por los talleres de la consultora REDCOM, por los estudios de Fernando Flores y la «comunicación para la acción». Así se sintetizaban las dos almas que muchos mapucistas buscaban conciliar en su nueva pragmática democrática: la apuesta por la participación y por la eficacia[34].

El proceso de expansión mapucista en ONG se remonta a la crisis económica de 1982 y las protestas sociales de 1983, que abrieron un espacio de apertura democrática donde el MAPU, que luego se reunifica en mayo de 1985, pasa a ser un partido público muy convencional: cuenta con secretarías de organización; frentes sociales y profesionales (sindical, mujer, jóvenes, profesionales); comisiones especiales (indígenas, programática, secundarios), un local público en una modesta casa antigua en la calle Salvador Sanfuentes en el barrio Estación Central de Santiago y una activa línea de prensa (periodistas como Ethel Pliscoff a cargo de prensa y Roberto Brodsky, director de la revista del MAPU A La Moneda, nombre que connota que el objetivo es la democracia y el poder).

Sin embargo, el proceso se remonta a otro hecho clave: la dictadura victoriosa en 1980, con auge económico y constitución a su medida aceptó un proceso de «institucionalización» que da estatus legal a las agrupaciones de profesionales opositores y disidentes. Así, primero cercanos a la Iglesia y luego con creciente

independencia, los mapucistas crean y animan una red enorme de organizaciones no gubernamentales.

El impacto de la dictadura chilena en Europa Occidental produjo una ola de «solidaridad con Chile» que llevó al apoyo masivo a las ONG, que comenzaron a ser financiadas desde cuatro áreas: a. organizaciones católicas y protestantes de solidaridad (alemanas e italianas especialmente); b. agrupaciones de exiliados con europeos solidarios (en todos los países, destacando Francia y los países nórdicos); c. partidos políticos y centrales sindicales socialistas y de izquierda (especialmente en España, Italia, Francia y Suecia), y d. agencias de cooperación estatales, como las holandesas, que pasarán a ser particularmente influyentes en las redes del MAPU.

Toda la renovación socialista fue impregnada por estas redes. En las ONG se articula la lucha social, el pensamiento alternativo y la construcción partidaria. Las ONG fueron el espacio de sobrevivencia de una generación expulsada de las universidades y del Estado, y de retornados del exilio que comenzaron a regresar entre 1979 y 1980 y, ya de manera masiva, a contar de 1985. El MAPU se convirtió en un conjunto de redes donde se mezclaba la militancia con la pertenencia y el trabajo en una ONG específica. Eran contados los dirigentes que trabajaban en el sector privado (como Etienne Lefranc), siendo la totalidad de los miembros de la Comisión Política funcionarios de la red sindical vinculada a CEDAL u otras ONG ligadas al sector campesino (Bernardo Bravo, Julio Berdagué[35], entre otros). Es posible colegir que esta simbiosis ONG-partido generó una dependencia «laboral» que condicionaba las alineaciones y tendencias internas: a más recursos y poder de la ONG, mayor poder político[36].

El MAPU mostró una gran adaptabilidad histórica a las circunstancias que le tocó vivir. Las redes amplias vía ONG fueron algo natural, ya que algunas de ellas fueron espacios «para políticos» que organizaban un núcleo de militantes, sirviendo de subsistencia, espacio para influir en movimientos sociales con los cuales se trabajaba preferentemente, realizar cursos de formación, publicar documentos y reclutar «cuadros» dirigentes para el partido. La vida en CEDAL

consistía en esa práctica de red, no sin tensiones entre los profesionales de la ONG que no militaban en el MAPU o que, siendo militantes, cuidaban el rol profesional de la institución[37]. Pero en la práctica, CEDAL permitió animar la presencia relevante del MAPU en sectores sindicales territoriales y, con sus sedes en regiones, proyectar cuadros políticos que luego fueron alcaldes en la transición[38]. Algo similar ocurrió con Carlos Montes y su Centro Cordillera en el sector sudeste de Santiago, en especial en La Florida, donde él mismo fue electo diputado en 1989. El director de la institución fue Mario Ossandón, uno de los concejales electos con mayor votación del PPD en las municipales del año 1992.

Ambos MAPU tuvieron influencia desde las ONG, y sus líderes nacionales se agruparán naturalmente en estas organizaciones. El PC y el socialismo almeydista, así como el MIR, siguió teniendo apoyo de la RDA hasta su colapso en 1989. Cuba bajó su aporte con la crisis económica que vivió en los noventa. Las comunidades de chilenos exiliados en los países europeos también aportaron a pequeños proyectos, pero los grandes financistas fueron agencias y partidos socialdemócratas. Con base en una ONG fuerte con presencia nacional, publicaciones o redes en regiones, era posible reclutar y mantener dirigentes partidarios, nutrir el trabajo social, perfilarse en lo programático para los futuros gobiernos concertacionistas e influir en la real politik de los partidos: poder para las futuras elecciones parlamentarias y municipales, y presencia de activistas en las elecciones internas de los partidos. Las principales líneas de influencia mapucistas fueron[39]:

Líderes	Tendencia	ON
José Viera-Gallo, Julio Silva, José Miguel Insulza	MAPU-OC en el PS	CES
Rodrigo González T	Mapucistas en PPD	CE
Guillermo del Valle, Ricardo Brodsky	Mapucistas en PPD	PRE
Carlos Montes	Renovación del PS	Cor
Enrique Correa, Manuel A. Garretón	Renovados PS	FLA
Eugenio Tironi, José Bengoa, Alfredo Rodríguez	Mapucistas en PPD y PS	SU

▪

En las ONG se vivió una tensión entre el trabajo autónomo y la «manipulación partidaria». Sin embargo, la simbiosis fue inevitable, existiendo algunas más puras y académicas (Flacso, Sur Profesionales) y otras más activistas, como la red de centros sindicales que impulsó el filósofo y dirigente histórico del MAPU Rodrigo González, quien, con financiamiento de la agencia holandesa HIVOS, impulsó una red sindical mapucista con base en pequeñas ONG de provincias que explican, en parte, el triunfo de muchos de ellos en las elecciones municipales de la transición (1992): Mejillones, Copiapó, Viña del Mar, Rancagua y Hualpén (cerca de Concepción) son algunas de estas zonas. En el caso de Santiago, Carlos Montes, uno de los dos diputados electos en 1989 como parte del MAPU (junto con Víctor Barrueto por Concepción), hizo de la ONG Cordillera su centro de influencia a las redes locales alternativas y de perfilamiento de cuadros políticos mapucistas (como Mario Ossandón).

La opción por los medios de comunicación

El estilo MAPU asocia poder con la construcción de redes comunicacionales. Ambos MAPU fueron prolíferos en la publicación de revistas, incluso durante los años de clandestinidad: De Frente, Venceremos y A La Moneda son los ejemplos más destacados. A su vez, los mapucistas comprendían el poder político como influencia de masas, por lo cual apostaban y animaban medios de comunicación abiertos. En los años de la Unidad Popular, crearon la editorial Barco de Papel y la radio Candelaria. Pero su orgullo, en la opinión de Óscar Guillermo Garretón, fue el diario mural Alerta, un papelógrafo impreso de grandes proporciones que «pegamos por paredes por todo Chile, con varias ediciones en medio del Paro de Octubre de 1972, como una forma de defender al gobierno popular»[40].

En los años de la dictadura, destacan la revista APSI, creada por los MAPU-OC Marcelo Contreras y Fernando Villagrán y las redes alternativas de videos y noticias televisadas a cargo de Augusto Góngora del MOC. Pero, sin duda, su

mayor éxito y aporte a la animación de redes contraculturales fue el caso de La Bicicleta, encabezada por Eduardo Yentzen y Álvaro Godoy.

Tras el Congreso de Unidad de 1985, el MAPU, que mantenía la estética revolucionaria con el boletín Venceremos, opta por una revista más abierta, posmoderna y diversa, que no escondía su sueño por el poder: A La Moneda. La publicación es dirigida por el periodista y escritor Roberto Brodsky; la generación «joven» va transformando el lenguaje: En el primer número[41] de 1985 aparece una entrevista al secretario general del PS renovado, Ricardo Núñez

—

«en Chile no hay posibilidad de una democracia estable sin un socialismo fuerte»

—

, pero ya en la cuarta entrega sobresale la apertura posmoderna a otros aspectos del poder, como grafican la entrevista al psiquiatra Luis Weinstein sobre el tema del miedo. El número 6 incluye una innovación de Patricio Cotal, incluyendo un reportaje sobre la lucha democrática en regiones, algo impensado en la centralizada política chilena de la propia izquierda.

Hubo otras revistas donde escribieron los mapucistas. En la Universidad de Chile aportaron a la reedición de Claridad, revista histórica de la FECH; en la Católica, Andrés Asenjo inventó la revista Apóstrofe. Asimismo, marcó época la revista Krítica, que animaron mapucistas como Guillermo del Valle, Ricardo Brodsky e Iván Nazif, junto con miembros de la Izquierda Cristiana: Rodrigo González López, Osvaldo Aguiló, Raúl González. Otro mapucista, Fernando Díaz, junto con Jaime San Martín y Guillermo Wechsler, dieron fuerza a la revista Qué Hacemos, que propiciaba los cambios en la vida cotidiana, ampliando la visión de cierta izquierda hacia los asuntos psicológicos y de salud mental a dimensiones no materiales del dolor y la dominación.

En las postrimerías de la dictadura, concentrados en la batalla del plebiscito de 1988, los mapucistas son parte de uno de los dos diarios masivos, el Fortín Mapocho[42], con su dirigente Ismael Llona como subdirector. El Grupo Proceso crea una red alternativa de debates políticos en video[43].

Siempre en movimiento, de las vanguardias al posmodernismo

¿Y qué fue del MAPU orgánico? Al Congreso de Unidad en la casa de retiros del Arzobispado de Santiago llegaron trescientas personas en mayo de 1985. Lo más probable es que el MAPU activo haya llegado a los mil militantes, con núcleos relevantes en Arica, Iquique, Chañaral, Copiapó, Viña del Mar, Valparaíso, Rancagua, Concepción, Lota-Coronel, Temuco, Osorno, Puerto Montt y Puerto Natales. Poco más en otras zonas como La Serena, Quillota, Curicó-Talca-Linares, Chillán, Traiguén y Valdivia[44]. En Santiago, el MAPU tiene más presencia en los sectores sur y norte que en el poniente (algo Maipú) y en el oriente (Peñalolén). Fuerte en la UC, su influencia es menor en la Universidad de Chile y casi nula en la USACH. En el movimiento universitario de provincia logró una presencia significativa en la sede Talcahuano de la Universidad Santa María (Rey Balduino) y en Iquique (Universidad Arturo Prat), donde ganó las federaciones. En Valparaíso, Concepción, Temuco, Osorno y Valdivia, su impronta fue mucho menor.

El MAPU fue casi inexistente a nivel campesino. Sí tuvo importancia en el sindicalismo pesquero, industrial y territorial en Santiago, Valparaíso, Mejillones, Iquique, Concepción y Rancagua. Lo mismo ocurre en el movimiento de los derechos humanos, donde tiene una destacada labor. Sin duda, su gran espacio de militancia fueron los ya nombrados medios de comunicación alternativos y ONG que propiciaron la educación popular, el nuevo sindicalismo, la ecología, el rol de la mujer, los estudios sociológicos, la promoción del agro y las propuestas programáticas. Con alrededor de mil militantes, era difícil que pudiese reunir las treinta y cinco mil firmas para

inscribirse como partido político en la transición. Quizá valió más influir en el PS y en el PPD. Como sea, lo que sí sabemos es que el MAPU no murió en septiembre de 1973; aportó lo suyo a la renovación socialista y a la lucha contra la dictadura, y se infiltró en el PS y en el PPD, sin dejar de ser la red de influencia, el movimiento que sigue activo. Óscar Garretón ironiza en un diario afirmando que había más militantes del MAPU después de que el partido murió. Barrueto dice que los mapucistas buscaban un espécimen especial: inteligentes, valientes y santos. Luis Sierra, economista que usaba uniforme escolar, le dice a Cristina Moyano que, al menos bajo la UP, ellos eran monjes rojos de tanta entrega al partido: reuniones, salidas nocturnas y matutinas para pintar muros, algo que aprovechaban de hacer incluso cuando volvían del colegio[45]. Entre 1974 y 1980, estos militantes pusieron su vida en peligro: cuarenta mapucistas pagaron con ella su compromiso. En los ochenta, producida la autocrítica y arriba de la ola renovadora, los mapucistas nunca más se reunieron en células o GAP: militantes antimilitantes, les importó sobrevivir, trabajar en una vicaría u ONG, aportar a la lucha democrática y escribir algún documento orientador en el partido de los ampliados, las jornadas y los seminarios. Un movimiento siempre en movimiento, una red de virtuosos, que solo de vez en cuando se preocupó de la orgánica partidaria, aunque allí estuvo, siempre, adaptativa, flexible al menú de cada militante, aspirante, simpatizante, ayudista o amigo.

1 Cristina Moyano, MAPU o la seducción del poder y la juventud, 249.

2 Rodrigo Ambrosio, Sobre la construcción del partido (Santiago: Ediciones Barco de Papel, 1972), 35.

3 Ibíd., 57-58. En entrevista al diario Última Hora.

4 Ibíd., 13.

5 Ibíd. Se explicita que es un documento en mimeo que preparó Rodrigo Ambrosio para la asamblea constituyente del MAPU en 1969.

6 Entrevistas a Rodrigo González, Saúl Bravo y Ricardo Sazo.

7 Masculino de «motoneta», las populares Vespas que se vendían en Chile a fines de los sesenta.

8 Entrevista a Rodrigo González.

9 Ibíd.

10 Ibíd.

11 Estimaciones de varios exmilitantes, entre ellos, Sergio Muñoz.

12 Entrevista a Rodrigo González.

13 Entrevista a Víctor Barrueto.

14 Entrevista a Carlos Montes.

15 Diálogo con Francisco Estévez.

16 Con base en el testimonio del autor (incluyendo revisión de archivos personales) y en conversaciones con Marie Therese Holl y Héctor Oyarce.

17 Portada revista Hoy, segunda semana de septiembre.

18 Paz Egaña Barahona, la menor de los hermanos mapucistas e izquierdistas cristianos, cantaba en los actos: «Libertad, libertad, sin ira, Libertad». Además, con sus padres refugiaron en su casa del exclusivo sector Tomás Moro, a dirigentes que sufrieron apremios durante el estado de sitio en octubre de 1984. Testimonio del autor.

19 La oposición a los gremialistas practicó a fines de 1984 un ejercicio pionero de primarias para elegir a los tres miembros de su candidatura, producto de la firmeza de los mapucistas de negarse a acuerdos copulares y respetar «la autonomía de los estudiantes». Esteban Valenzuela, Fragmentos de una generación.

20 Entrevista con René Jofré.

21 Testimonio de Marie Therese Holl.

22 En Cristina Moyano, MAPU o la seducción del poder y la juventud, 248.

23 La marcha y discurso de Chacarrillas fue una puesta en escena con estética mussoliana que realizó Pinochet y los jovencitos gremialistas en un cerro de Santiago, donde en medio de antorchas de la libertad y otros simbolismos, llamaron a refundar Chile basado en el mercado, el anticomunismo, la familia, la despolitización de los gremios y los órganos intermedios de la sociedad (el discurso ideológico de Jaime Guzmán, que en su biblioteca leía a los ultraconservadores españoles franquistas). Documento para curso con Ismael Saz (Valencia, marzo, 2007), El gremialismo en Chile y su acercamiento al pensamiento totalitario.

24 Andrés Chadwick, senador por la Región de O`Higgins, nos cuenta de su pasado MAPU tras la Misa por los Trabajadores, ofrecida por el obispo progresista Alejandro Goic, en la catedral de Rancagua en vísperas del Primero de Mayo del año 2008. Se refiere a Salvador Allende con el apodo que le daban los chilenos: Chicho.

25 Recuerdos del autor, quien en el año 1983 fue secretario del centro de alumnos de Periodismo y envió infructuosamente cartas con Raúl Lecares para que pudieran entrar a la UC Manuel Antonio Garretón, Clotario Blest y el cardenal Silva.

26 Esteban Valenzuela, MAPU: Fuerza socialista, 36-37.

27 Ibíd.

28 Ibíd.

29 El sapo (soplón o delator) era el apelativo de Sergio Salazar, ingeniero a

cargo de organización que intentaba infructuosamente hacer cumplir los estatutos y tomar algunas medidas de seguridad. Entrevista con Saúl Bravo.

30 MAPU, Comité Central, Estatutos, agosto, 1986.

31 Recordatorio de Saúl Bravo y René Jofré.

32 Concepto de Rodrigo González.

33 Entrevista a Rodrigo González.

34 Esteban Valenzuela, Una aproximación a los aportes de las tradiciones de Paulo Freire y Fernando Flores: de la educación popular a la comunicación para la acción (Santiago: CEDAL, 1989).

35 Julio Berdagué era un «mapucista gringo» —ciudadano norteamericano de padres latinos, casado con una chilena—, ingeniero agrónomo, quien sostuvo una red de solidaridad (eufemismo para «financiamiento») y fue un activo integrante de la Comisión Política del MAPU reunificado a contar de 1985.

36 Un cuadro de redes de influencia vía ONG que luego se proyectaron en los partidos de la renovación socialista (PS y PPD), se encuentra en Esteban Valenzuela, La conversión de los socialistas chilenos, 227.

37 Entrevista con Gastón Rojas, encargado de Capacitación de CEDAL, quien

de activo militante del MAPU evolucionó hacia posiciones críticas de la vida partidaria, lo que le llevó a crear su propia consultora autónoma de las redes mapucistas.

38 El dirigente sindical Marcelino Carvajal se convirtió en alcalde de Mejillones (Norte); el asesor de CEDAL-Copiapó, Marcos López, en alcalde, al igual que el propio Rodrigo González en Viña del Mar; Marcelo Rivera en Hualpén; Gastón Fuentes en Paillaco, entre otros. La institución CEYFOS, financiada por la agencia Hivos de Holanda en la red de CEDAL, permitió proyectar al grupo MAPU en Rancagua tanto en su inserción sindical-social como política.

39 Una primera versión de este cuadro fue publicada en Esteban Valenzuela «La Conversión de los socialistas: La Transformación Política-Cultural de una Elite», tesis para optar al grado de magíster, (Santiago, Chile: Instituto de Ciencia Política, Pontificia U. Católica de Chile, 1995), 227.

40 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón.

41 La revista A La Moneda fue editada por el escritor Roberto Brodsky y contó con Patricio Cotal como uno de sus principales colaboradores.

42 El proyecto lo lidera el DC del ala progresista Jorge Lavandero, incluyendo a periodistas de izquierda, entre ellos los mapucistas Susana Kúnkar y Jorge «Gato» Escalante, retornado de Alemania. El otro periódico masivo fue La Época, creado por sectores «guatones» (centro) de la Democracia Cristiana.

43 Realiza una serie de ocho debates políticos llamados «Punto de Partida», en la que se buscaba dar voz a líderes sociales y a los propios dirigentes del MAPU,

excluidos de la apertura televisiva previa al plebiscito de octubre de 1988. El impacto fue menor en redes alternativas de distribución de videos.

44 Reconstrucción de los regionales vivos con colectivos reales. Testimonio del autor y conversaciones con Guillermo del Valle, Saúl Bravo y René Jofré, todos integrantes de la Comisión Política.

45 Cristina Moyano, MAPU o la seducción del poder y la juventud, 248-249.

Capítulo VII

La cultura del MAPU: una elite iluminista y mesocrática que siguió las modas de su tiempo

Los del MAPU llegaban en citroneta, con sus montgomery, sus pantalones de cotelé y sus anteojos de carey, y nos invitaban a unos cursos del joven Marx a la U. Católica. Los del MIR llegaban acelerando en sus Mini[1] con escape libre, fumando sus Lucky, con sus casacas de cuero negro… Los del MAPU nos convocaban a la reflexión, los del MIR a la acción. Los primeros apelaban a la culpa y a la racionalidad, los segundos a la rebeldía y a la aventura. Los primeros representaban una juventud contenida, intelectual, desgarrada; los segundos, a una lúdica, sensual, musculosa. Como buenos jóvenes de origen católico, optamos por el MAPU.

Eugenio Tironi

, «El MAPU ha muerto, ¡viva el MIR!», 2009

El año 1970 en Arica yo era el líder de los estudiantes secundarios de izquierda. Quise entrar a un partido y me preocupé de leer. Los de las Juventudes Comunistas solo me pasaron El Manifiesto Comunista, los de la Juventud Socialista quisieron que firmara en la Brigada Che Guevara sin compartirme ningún documento… Los del MAPU me dieron las entrevistas de Rodrigo Ambrosio, textos de cristianismo y revolución, además de otros libros… Me hice mapucista.

Testimonio de

Hermann Mondaca

,

dirigente del movimiento culturalista del MAPU-OC

¡Ho-Ho-Ho-Chi-Min, lucharemos hasta el fin!

Grito de batalla del MAPU en 1972

Pueblo, conciencia… desobediencia.

Lema del MAPU en 1985

Todos los cambios de la izquierda mundial tuvieron en el MAPU un catalizador energético, pues el partido tuvo la virtud de mostrar una capacidad de adaptación notable y el vicio de ser onderos, que en el castellano chileno indica a quienes siguen modas, se entusiasman con facilidad y cambian. Los mapucistas tuvieron en Rodrigo Ambrosio dicho ejemplo: católico ferviente que al irse a estudiar a Francia se encandila con el marxismo althuseriano, rompe con la DC, propone un movimiento, luego un partido obrero y, en su viaje a Asia, llega impregnado y asombrado de las luchas revolucionarias de coreanos y vietnamitas. En su discurso del 30 de mayo de 1971, en un acto del MAPU en el Estadio Nataniel, Ambrosio saluda las luchas antiimperialistas de dichos pueblos y los mapucistas gritan enfervorizados: ¡Ho-Ho-Ho-Chi-Min, lucharemos hasta el fin![2].

Así fueron los mapucistas: socialistas cristianos; vanguardia sincretista que combinó leninismo, maoísmo, trotskismo, autocrítica psicológica y educación

popular; gramscianos, modernistas, posmodernistas, estatistas, liberales modernos. Una mutación permanente que admira a unos e irrita a otros. En este capítulo, nos sumergimos en su mundo, gustos y estilos, que denotan dicha impronta.

Del mesianismo revolucionario al reformismo

El mesianismo es la característica inicial y permanente en el estilo del MAPU, incluso en su periodo más escéptico-pragmático, el de la renovación, ya que esta condición

—

dejar de creer en una utopía globalizadora y apostar a los movimientos sociales y transformaciones parciales desde una perspectiva socialista democrática

—

es «el camino» que plantea el MAPU. El mesianismo se mezcla con la tradición judeocristiana de la llegada de un mesías o héroe que nos redime con una utopía o reino en la tierra, lo que se traduce en tiempos modernos a la conducta de los movimientos políticos[3].

Mesianismo e «iluminismo» se confunden en el modo de ser de los mapucistas, marcados por su desenfado de universitarios reformistas de los sesenta y por prácticas propias del partido, que acentuaban el aporte «original» de cada militante: el estilo de los documentos, críticas y autocríticas, y la falta de una «meca» internacional que les «bajara» la línea (ni alineados con Moscú, salvo el MOC en un periodo, ni plenamente digitados por La Habana como el MIR).

José Sanfuentes elabora una interpretación psicológico-política original de esta

impronta y cita a su esposa para graficar el estilo iluminista y egocéntrico de la generación MAPU:

Mi mujer siempre me dice que culturalmente los MAPU éramos jóvenes de clase media y media alta que vivimos el quiebre con nuestros padres más conservadores, quienes no se comunicaban con nosotros, y por eso nos dedicamos a la política con un interés superior de llamar la atención a como diera lugar[4].

Más allá de si este golpe al ego adolescente es real o si los sesenta marcaron el despertar de una generación contra el sistema opresivo en general, incluyendo a los padres, lo cierto es que los mapucistas siempre creyeron tener la razón. De hecho, en otras tiendas de izquierda, los MAPU son conocidos por su petulancia, un halo de arrogancia cultural, una capacidad infinita de cambiar de idea y perseguir la nueva con la misma pasión con que antes se había buscado lo contrario.

Dogmatismo y duda

El dogmatismo es una pretensión de reducir la verdad, de contenerla, a diferencia del iluminado liberal que reconoce el relativismo de las ideas. Los mapucistas fluctúan entre estas dos versiones del saber racional.

En el entorno MAPU, la amiga de Ambrosio, Marta Harnecker, escribió que «la teoría marxista de la historia sirve a los trabajadores intelectuales como instrumento para analizar, en forma científica, las diferentes sociedades, sus leyes de funcionamiento y desarrollo»[5]. Diez años después, los mapucistas leían al filósofo Rafael Echeverría, para reconocer el «cambio de paradigma»: ahora se trata de uno antirracionalista[6].

Algunos de los subgrupos mapucistas que perduran, como el MAPU-OC «proletario», siguen practicando lo que una de sus cercanas, Gladys Göeder, llama la «extraña mezcla entre un exceso de racionalización, una intelectualidad desbordante y, a su vez, un sentido práctico de seguir trabajando con las bases»[7].

Pero la mayoría de los mapucistas pasan a una nueva «ortodoxia»: la duda. Paulo Freire y la educación popular en tiempos del boom de las ONG en los ochenta les da a los mapucistas la certeza de que no hay una verdad, no hay una voz, sino que todas las interpretaciones que provienen de la sociedad y los grupos subalternos son válidas. Por eso, cambian de héroe. El iluminado en 1970 era el activista comprometido con la Unidad Popular. En 1983, la épica la escribía el animador sociocultural, quien actuaba como un «mero facilitador» de los movimientos sociales autónomos, los cuales debían tener poder en su diversidad, casi como una versión latinoamericana de la teoría de la poliarquía de Dahl[8].

Es una elite que se convierte al «socialismo liberal»[9] tras el golpe de Estado, cuestión que le produce procesos de «alteración»[10] y la hace resocializarse como comunidad política

—

en el exilio, en el trabajo como independientes en la nueva economía de mercado que implanta Pinochet, en las ONG

—

. Los mapucistas se reinventan desde el marxismo a una socialdemocracia matizada por ingredientes chileno-latinos, como la mencionada educación popular y la teología de la liberación, además de los influjos feministas y ecologistas de las agendas posmateriales que fluyen desde Europa.

Si en los sesenta tenían una gran certeza

a fines de los ochenta, cuando el MAPU se extingue, ya han asumido los valores de sus propios victimarios que enrostraron «el caos bajo Allende y la UP»[11]: el MAPU y los mapucistas se obsesionan con la coalición amplia, la estabilidad y el orden[12]. Pasan a ser un partido del orden que, inserto en el PS y el PPD, buscará hacer reformas e innovar, consciente de que ya no sirve el mesianismo ni la promesa de arcadias, tan solo un «sentido utópico»[13] en la acción diaria para que la nueva democracia funcione y no vuelvan los años de dictadura.

El pedante estilo de muchos mapucistas se situó en la transición desde una nueva verdad: la estabilidad. Si la política fue imposible bajo Allende, en 1990 era lo único posible, lo que buena parte de los MAPU, de vuelta en el poder, establecían como límite. El minimalismo político pasó a ser una nueva ideología.

¿Oportunistas cínicos o innovadores responsables?

¿Existen las «modas» políticas? ¿Es una vergüenza reconocer que la línea política fue cambiante? ¿Es posible haber descreído de la democracia y después ser profesor de derechos humanos? ¿Se puede ser católico y místico-social al cierre del Concilio Vaticano II; ateo recalcitrante tras leer a Althusser y Marcuse; admirador del Che y su muerte en Bolivia; promaoísta cuando Rodrigo Ambrosio regresa de su viaje al Asia; pro Moscú hasta el 79; admirador de Mitterrand y Berlinguer; reconvertido al cristianismo popular tras el triunfo sandinista y la Misa Nicaragüense; convencido socialdemócrata en 1987 cuando ya no se podía derrotar militarmente la dictadura, y partidario del progresismo liberal en la transición chilena donde todo se trataba de regular los excesos del mercado, pero fomentando las privatizaciones en la línea de los llamados consensos de Washington?

Para ilustrar estas consideraciones de manera histórica, se pueden ver los casos de cuatro mapucistas emblemáticos que han recibido críticas por sus actividades empresariales:

Óscar Guillermo Garretón: proveniente de la burguesía de Viña del Mar (aunque en entrevista, Garretón afirma que ya sin mucho dinero), cantó en coros parroquiales, estudió Ingeniería Comercial en la Pontificia Universidad Católica, lideró la fracción del MAPU partidaria del poder popular con estrategia militar, vivió el exilio en la Cuba de Fidel, se hizo empresario de pollos y exportaciones en Argentina, abogó por la renovación y fue el presidente de una transnacional española de comunicaciones durante la transición. Militante del PS, fue asignado por la Concertación en asuntos de innovación, mientras se hacía accionista y director de una de las empresas emblemáticas de la UP: la Industria Azucarera Nacional (IANSA).

Enrique Correa: oriundo de Ovalle, de clase media-baja provinciana, vivió en el pensionado Cardenal Caro de la Iglesia, quiso ser sacerdote, estudió Filosofía, fue líder máximo de la Juventud Demócrata Cristiana, se hizo marxista y leninista, se mantuvo en la línea del presidente Allende y del PC, vivió en Moscú, volvió a Chile y regresó a sus vínculos eclesiales; se moderó, fue ministro del Gobierno de Patricio Aylwin y luego dueño de una de las principales empresas de lobby del país, un factótum de la Concertación.

Fernando Flores: el talentoso alumno del colegio Blanco Encalada de Talca, ingeniero de la Universidad Católica, pionero en sistemas computacionales, directivo de la CORFO para modernizar empresas estatales, dirigente predilecto del MAPU-OC para Allende, ministro de Economía y Hacienda y secretario general de Gobierno al momento del Golpe, después de sus tres años de cárcel, se doctora en Filosofía en California, inventa empresas de comunicaciones, se convierte en un académico de fama mundial y en un coach de desarrollo empresarial. Es electo senador por el PPD y, tras quebrar con dicho partido, por escándalos de corrupción (2008), lleva a su movimiento Chile Primero a

apoyar al candidato de la derecha Sebastián Piñera en el año 2009.

Eugenio Tironi: militante del MAPU-Garretón y sociólogo, estudia con Touraine en París, es delegado de la dirección del MAPU en Chile para «ordenar» a algunos colectivos exiliados en países europeos, anima el debate sobre las consecuencias del autoritarismo neoliberal a través de SUR Profesionales, se hace famoso con su libro Los silencios de la revolución en las vísperas del decisivo plebiscito de 1988 en que cuestiona el exitismo del economista Joaquín Lavín en su panegírico al régimen La revolución silenciosa. El primer Gobierno democrático lo nombra encargado de comunicaciones, desde donde propicia la privatización, aboga por el liberalismo en defensa de la sociedad aspiracional y, en el año 2000, apuesta por Soledad Alvear (líder de la Democracia Cristiana) en vez de hacerlo por el socialista Ricardo Lagos. Luego, tras su viraje hacia posturas que reivindican el rol del Estado y un modelo «más europeo», apoya a Frei en 2009, denosta a todo disidente, pero advierte meses antes de la debacle de la Concertación, en el prólogo del libro de Cristina Moyano sobre el MAPU, que «quizá es el tiempo de una generación nueva que no valore solo el orden como la mía»[14]. Hay quienes no soportan a los mapucistas con su lenguaje «de la verdad, la última moda, la línea correcta». Uno de sus críticos más ácidos es Alfredo Jocelyn-Holt (1999)[15], quien en lugar de ver en el MAPU a una generación innovadora, iluminada y adaptativa, ve a un grupo de poder movido por un escepticismo cínico y arribista, que renegó de su pasado de izquierda para acomodarse en los grandes partidos PS y PPD, con un pragmatismo extremo en la nueva democracia desde 1990, donde alcanzaron altos cargos ministeriales y legislativos.

El historiador encuentra un hilo conductor entre los exizquierdistas «renegados» y los ex

MAPU

Enrique Correa, José Joaquín Brunner y Eugenio Tironi

.

Para él, este triunvirato habría cometido el pecado de manipular a la sociedad

civil durante la UP con un discurso a favor de la revolución, para luego, en los noventa, controlar a las masas con el discurso del orden pragmático:

Es más, si en su momento

—

los años 60 y 70

—

se estaba por el avanzar sin transar, ya sea respecto del pasado o las fuerzas representativas del pasado; hoy

—

en los 90

—

, no cabe sino transarlo todo. ¿Transar qué? Desde luego, la historia personal de ellos mismos, en aras, una vez más, de la buena nueva[16].

Esta idea de Jocelyn-Holt coincide con la hipótesis de la investigación sobre el carácter «mesiánico» del nuevo pragmatismo, de lo que considera posible por los mapucistas más influyentes en la transición: hacer demandas maximalistas queda fuera de la nueva ortodoxia. La dialéctica conflicto-consenso de toda democracia madura queda relegada en el tutelaje militar y «la autoinhibición de los nuevos señores del poder; no se puede descentralizar, no se puede acusar constitucionalmente a Pinochet, no se pueden subir los impuestos a las grandes empresas, no se puede… eso no fue el MAPU»[17].

El cineasta y candidato presidencial (2009) Marco Enríquez Ominami, hijo del asesinado líder del MIR Miguel Enríquez, filmó un duro documental titulado

Chile, los héroes están fatigados[18], personificando a connotados mapucistas que reniegan de su pasado. Óscar Garretón aparece con su barba llamando a crear poder popular durante la UP y luego, en los noventa, justificando su papel de presidente de Telefónica España en Chile, «damos poder popular cuando pasamos de ochocientos mil a dos millones de teléfonos». Asimismo, el mapucista es denostado por haberse convertido en uno de los dueños de la Industria Azucarera Nacional (IANSA), privatizada en dictadura. A Enrique Correa se le recuerda su pasado de seminarista e izquierdista que posteriormente se convirtió en el gran negociador de la transición con el poder militar. La rendición de cuentas incluye imágenes donde aparece con Pinochet y otras donde, en sus oficinas de la empresa de lobby, reconoce que «en democracia, en normalidad, no hay que morir por la política, la que debe ser el reino de la razón y no de la pasión». Por su parte, el joven sociólogo Eugenio Tironi, que fustigaba la exclusión social en el plebiscito de 1988, aparece defendiendo el camino reformista, y declarando en un diario que «no me avergüenzo de trabajar para MacDonald». La visión maniquea de Enríquez-Ominami sigue con Insulza abogando en inglés (en Londres) porque Pinochet salga de la cárcel y vuelva a Chile para ser juzgado. Por último, el otrora líder reformista José Joaquín Brunner es denostado por pasar de la universidad al «servicio del pueblo» a trabajar en prestigiosas casas de estudio privadas del mundo empresarial de Santiago.

Pero, como hemos intentado mostrar, se puede hacer otra lectura de los mapucistas si su cosmopolitismo y capacidad adaptativa se entienden como un valor: no se quedaron pegados en un tiempo y lograron evolucionar. No fueron de comités centrales que repitieran la misma narrativa mucho tiempo. Los «MAPU», como todo intelectual, fueron influidos por su época y tuvieron apertura al cambio. La mayoría de los mapucistas nunca perseveró en sus tesis, pero eso no significa que se hayan cambiado de bando. Este fue el punto de quiebre con Tomás Moulian, quien, de ideólogo de la renovación, se convirtió en un feroz crítico de los «renovados», acusándolos de administrar el modelo neoliberal, alejados de la pretensión de transformación socialista[19]. Su punto se puede discutir: hay datos que contradicen la tesis de Moulian (la pobreza se ha reducido del 40 % al 15 %) y otros que la respaldan (la desigualdad ha seguido igual entre 1990 y 2007[20]). Pero el debate queda abierto, aunque el libro recorre la historia del MAPU hasta su integración al PS-PPD en 1989; por tanto, no es conclusivo respecto a la virtud o vicio de su giro pragmático en la transición.

Consignemos, al menos, dos casos paradigmáticos de la polémica histórica reciente: Enrique Correa y José Miguel Insulza, ambos del MAPU-OC. Correa se juega al comienzo de la transición (1990-91) por la negociación con los militares y aduce que es necesario detener la investigación que se lleva a cabo en la Cámara de Diputados por actos corruptos en la venta de armas del hijo mayor de Pinochet, aduciendo «razones de Estado»[21]. El exdictador había sacado militares a la calle[22].

Lo que importa anotar es el estado de ánimo de Correa: hay que asegurar la paz aunque sea transigiendo. El ministro se jugó por la estabilidad y el reencuentro nacional, pero también por una transición «sin movilizaciones», quedando para el juicio de la historia si ello era el único camino viable. El historiador Rafael L. Gumucio recuerda, con sorna, que incluso Pinochet valoró la labor del ministro de la transición:

Enrique Correa y Edgardo Boeninger[23] jugaron un papel muy importante en la primera etapa de la democracia tutelada por los militares. Eran una especie de maquiavelos que siempre, mágicamente sacaban, como los payasos del circo, un sombrero para llegar a acuerdos leoninos con un ilegal comité militar, dirigido por el (ex) general Jorge Ballerino. Estos dos gestores, en la apariencia, salvaron situaciones tan conflictivas como los «ejercicios de enlace» contra la investigación parlamentaria de los «pinocheques», operaciones fraudulentas realizadas con Famae, por el hijo mayor del dictador Pinochet. Llegó a tanto la admiración del general Pinochet por Correa que en una entrevista manifestó que si lo hubiera conocido antes, lo habría nombrado ministro[24].

En otro episodio, una delegación de dirigentes que le entregó una propuesta para crear consejos de juventud participativos en cada región, similares a los del modelo español, recibió como respuesta: «No me vengan a desordenar el gallinero»[25].

Al ministro José Miguel Insulza le correspondió, en el gobierno de Eduardo Frei

Ruiz-Tagle, encabezar la tesis de defensa de la «soberanía nacional» para liberar a Pinochet, detenido en Londres en 1998, argumentando que en Chile podía ser juzgado[26]. Los actores son los mismos: tanto Insulza como Correa pertenecen al grupo de ex

MAPU-OC que son ministros claves de presidentes democratacristianos y tienen que transigir con sus deseos ante la figura de Pinochet: ¿pragmatismo responsable o traición cínica? No es fácil concluir. Correa sorteó junto a Aylwin la difícil transición chilena amenazada por Pinochet, e Insulza cumplió la promesa. Después de Londres, Pinochet no volvió al Senado y los juicios continuaron en Chile. La actitud de ambos tiene un símil con la cercanía entre los MOC y Allende: superponer la importancia del orden y las razones de Estado, un rasgo subcultural de una parte del MAPU.

Jorge Venegas considera que Enrique Correa logró hacer «síntesis perfectas en cada periodo histórico; acercarse al PC en la UP con una línea de apoyo a Allende, apostar a la renovación en los ochenta y, en la nueva democracia, a las fuerzas electorales y el pragmatismo, que inevitablemente se mezcló como exceso de acomodo y pérdida de voluntad transformadora»[27]. Otros tienen menos nostalgia por el «MAPU transformador», como José Zalaquett, quien fuera secretario de Amnistía Internacional:

Los años mapucistas… una época política de embriaguez utópica, soberbia juvenil y energía irreprimible, están teñidos de una paternal disposición autoabsolutoria; es la benevolencia de los adultos que somos, siempre dispuestos a entender y disculpar, con una sonrisa de indulgencia nostálgica a los muchachos irresponsables que fuimos[28].

Parece existir un pragmatismo positivo y otro dudoso, que bordea el cinismo. Una mezcla que no impidió que otros mapucistas propiciaran agendas reformistas (descentralización, desarrollo económico popular), aunque sin mucho éxito. Primó el concepto de orden en la hegemonía de la generación que, como Zalaquett, tomó distancia con su pasado.

Los estudios de cultura política permiten acercarse a la radiografía real de quienes son los actores que nos importan. Nuestros hallazgos muestran que los dirigentes mapucistas provenían de capas medias (medias-altas y medias-bajas), que fueron flexibles en su inserción organizacional en el marco de un método que estimulaba la autoexpresividad y se caracterizaron por un estilo iluminista, aun en la época escéptico-pragmática: «El realismo era el único camino»[29]. Tienen olfato de poder y siempre crearon redes.

El análisis de la encuesta realizada con un grupo importante de personas que pertenecieron al MAPU en distintos momentos de su historia y participaron en alguna de las más relevantes corrientes en las que ejercieron su acción política, muestra un alto grado de homogeneidad en el origen y conductas de los militantes.

En cierta forma, corresponden estrictamente al patrón cultural predominante en la sociedad chilena en la época de nacimiento del MAPU. Provienen de la clase media desde un punto de vista económico, social y académico y, al igual que la sociedad, experimentan un proceso de evolución desde la formación católica habitual en la década de los años cincuenta y sesenta.

El sustrato cristiano: hijos de la Iglesia

El otro elemento de la subcultura mapucista es su cercanía con el catolicismo, aunque, por cierto, hubo minorías agnósticas, ateas y evangélicas en su mundo. Pero son católicos redentoristas en sus biografías y en sus rasgos. Este vínculo no es solo en su fundación, permea sus dos décadas de idas y venidas con el cristianismo progresista. Víctor Barrueto es categórico en señalar al MAPU como un fenómeno del catolicismo de avanzada:

El MAPU es mucho más resultado de la Iglesia que de la Democracia Cristiana… La Izquierda Cristiana es una estructura de izquierda surgida de la Democracia Cristiana, tiene su virtud y sus defectos; el MAPU es mucho más hijo de la Iglesia progresista avanzada de esa época que de la Democracia Cristiana. Yo no fui demócrata cristiano, pero estábamos llenos de curas que se salieron, cambiaron la vocación religiosa por la vocación social, política, como Enrique Correa, Jaime Estévez. No es raro, si nosotros somos mucho más hijos de la Iglesia, si en la Iglesia había una cierta hegemonía intelectual jesuita en la avanzada; hicimos una experiencia extraordinaria de formación de líderes, de cuadros y de aprendizaje[30].

En Valparaíso, también los grupos católicos de avanzada animaron la generación de jóvenes reformistas. Rodrigo González recuerda el paso de varios por el ala reformista del Movimiento de Schoenstatt:

Yo me formé en un movimiento de formación de personas, de gran formación de cuadros, que fue el movimiento de Schoenstatt. Los sectores de Benito eran profesionales de clase media, sectores más vinculados al mundo popular; en cambio, el sector del Padre Ernesto era gente muy ligada al mundo aristocrático de Santiago. Allí construimos una experiencia de base y educación muy importante.Benito tenía su sede en Valparaíso, que también tenía sede en Santiago y que tenía una vinculación más directa con el Padre José Kentenich. En el grupo fundador de ese sector había gente que tiene una gran experiencia social, como por ejemplo Fernando Molina[31], que fue un gran dirigente social de esta región, un gran cuadro, que posteriormente fue Vicerrector de la Universidad Católica de Santiago y que dirigió todos los movimientos estudiantiles en la época de la reforma universitaria[32].

René Aucapán también da testimonio de la relación que los mapucistas profundizan con sacerdotes liberacionistas bajo la dictadura:

En los momentos difíciles, nunca me faltó la presencia de gente de iglesia, gente de comunidades y autoridades, por ejemplo el cura Rafael Maroto[33], monseñor Enrique Alvear, monseñor Ariztía[34], Cristián Precht[35]. A Enrique Alvear lo conocí en la Zona Oeste[36], y ahora quedó enterrado en nuestras tierras, en Pudahuel[37].

René Jofré relata su origen en los grupos juveniles católicos, con el apoyo de sacerdotes de la Santa Cruz (Holly Cross), algunos emblemáticos del liberacionismo como el padre Gerardo Whelan, que había encabezado el ingreso de niños de extrema pobreza a estudiar en el tradicional colegio Saint George del barrio alto de Santiago, consagrado en la película Machuca. Jofré recuerda también a los curas Ricardo Wikinson y Andrés Guljar, además del columbano Ricardo Moher, todos formadores de los líderes de pastoral juvenil en la zona cordillerana del sur de Santiago para ser evangelistas rojos y activistas antidictatoriales. Por eso le llamaron Motor a la escuela de subversivos de Peñalolén:

Mi primera militancia fue la Iglesia Católica. Ese es el origen, hay una experiencia muy linda ahí porque se creó una cosa que se llamaba Grupo Motor y ese grupo, que ya el nombre era bastante original, hacía la coordinación donde llegaban los distintos delegados de las comunidades cristianas juveniles. Estaba a cargo de Andrés Guljar, que aparte de sacerdote era psicólogo y doctor en psicología. La leyenda dice que trabajó con Fritz Perls[38], en Estados Unidos…

El catolicismo liberal acompaña la vida de Jofré, vuelve a su origen católico de base popular tras vincularse al «alto» poder en el PPD y como asesgor de seguridad ciudadana de La Moneda. Todo se volvió pasajero en la decadencia de la Concertación tras su auge, y hombres como René Jofré se re-identifican con ese catolicismo encarnado del Dios hecho hombre que propician los liberacionistas. Jofré cita al, triplemente herético, teólogo italiano Gianni Vattimo; comunista, liberacionista y gay. Otro autor predilecto por los mapucistas que en los años ochenta detestaban el autoritarismo y valoraban las verdades de los de abajo:

Él tiene un libro que a mí me parece capital para un católico liberal que es Creer que se cree. Él fue eurodiputado, dirigente de las minorías sexuales en Italia, él es gay y filósofo, y aún así es católico, reivindica su catolicismo. Él reivindica mucho la idea de que lo que hace Jesús al venir a la tierra es que Dios se abaja, hay mucho de la experiencia del abajismo en él, se pone en la Humanidad, por así decirlo. Cuando Nietzsche dice que Dios ha muerto lo que quiere decir es que el Dios de la metafísica, el Dios de la razón, el Dios temible, autoritario y lo que queda entonces eres tú, la experiencia del abajismo eres tú, igual que los hombres. Es la muerte del Dios cartesiano, castigador.

También existen mapucistas evangélicos, como Saúl Bravo, que reivindica su ser bautista: «Me reencuentro con mi origen evangélico y porque en la sociedad actual percibo una gran falta de cohesión social, en la que la religión, entendida como una religión dialógica y liberadora, tiene un tremendo aporte que hacer»[39].

La biblioteca de los mapucistas

La memoria reconstruye las influencias a su antojo, pero buscamos en las entrevistas socioculturales con cuarenta exmapucistas para conocer los libros que marcaron sus vidas, los autores e influencias que nos ayudan a explicar lo que fueron. Son mapucistas de las dos generaciones —la previa al Golpe y la que ingresó al MAPU de los años ochenta—. Hay mucha diversidad, pero algunos rasgos comunes de estas generaciones, aunque la primera leyó más marxismo, ambas reconocen influjo cristiano, lecturas existencialistas, poesía y narrativa latinoamericana, y una tendencia a las historias de aventuras y épicas. Los cultos e innovadores de la izquierda fueron heterodoxos como sus bibliotecas.

Casi podríamos trazar una ruta literario-intelectual: adolescencia de aventuras

desde Sandokán a la revista Mampato de los setenta, y juventud con preguntas existenciales (de Shakespeare a Fromm) e influencia católica progresista (del Padre Hurtado y Jacques Maritain a los teólogos de la Liberación). Luego, en la universidad, la militancia marxista (de Lenin y Mao en 1970 a Gramsci en torno a 1980). En literatura de «ficción», la generación fundadora se refiere mucho al estilo melancólico social chileno en la poesía (Neruda y el Canto General) y en la novelística comprometida del costumbrismo social chileno (en especial Baldomero Lillo).

Una síntesis clara de los mapucistas es la mezcla de autores que provienen del existencialismo cristiano progresista —Mounier, Maritain, de Chardin, Greene —, del humanismo socialista-freudiano como Erich Fromm, y los autores marxistas críticos, especialmente Antonio Gramsci y el checo Kosik, el cual, a juicio de Carlos Montes, «me provocó con quiebre con el marxismo ortodoxo, revalorizando la práctica, por sobre el esencialismo»[40]. Kosik se hizo popular con Dialéctica de lo concreto[41]; siendo marxista participó en la Primavera de Praga, y se opuso a los soviéticos y su socialismo autoritario y dogmático. Su sensibilidad le llevó a unirse a una iniciativa histórica de Erich Fromm: Humanismo Socialista[42], donde se encuentran socialistas cristianos, socialdemócratas y marxistas críticos como Kosik. Este diálogo fue auspiciado también por la llamada «Escuela de la Praxis» de Yugoslavia, la que conformaban, entre otros, un amigo de Fromm, Mihailo Markovic, quienes propiciaban en la línea del presidente Tito una alternativa al socialismo soviético, socialismo autogestionario y un pensamiento marxista menos dogmático. Según Marcos Kaplán[43], en los debates sobre el Estado en América Latina, dicha Escuela de la Praxis yugoslava se sumó a los aportes antidogmáticos de Antonio Gramsci, Nicos Poulantzas, Henri Lefebvre, grupos húgaros y los predilectos de muchos mapucistas: la Escuela de Frankfurt (Marcuse y Fromm, los más citados).

Llama la atención que varios entrevistados citan a Fromm[44] como parte del humanismo cristiano, lo que puede significar ignorancia respecto a su origen judío y su intento de unir el psicoanálisis y una visión filosófico-política crítica del capitalismo alienante en el consumo y al comunismo autoritario, desde su participación en la Escuela de Frankfurt desde 1930 hasta su exilio por la

persecución nazi. La otra razón puede ser la lectura de distintas generaciones de mapucistas de dos libros clásicos de Fromm, Miedo a la libertad y Arte de Amar, en los que reivindica valores del Nuevo Testamento.

Los más jóvenes se muestran más heterodoxos y mencionan a Vicente Huidobro (poesía) o a Kundera (narrativa). Sin embargo, se repiten algunos autores en ambas generaciones: García Márquez, Mario Benedetti y el ensayo de Eduardo Galeano Las Venas Abiertas de América Latina[45], considerado «un imperdible» por el dirigente sindical mapucista Jaime Martínez.

Muchos se saltaron a los «progresistas cristianos» y dicen haber pasado de la literatura de aventuras al marxismo. Un caso paradigmático es Francisco Estévez, el historiador que fue jefe de la juventud del MAPU-OC en la dictadura. De una adolescencia, en los sesenta, encandilada por la literatura de aventura, transitan al marxismo. Primero leyeron a Salgari y Sandokán, Melville y Moby Dick, Julio Verne y sus viajes, o las aventuras en el Estrecho de Magallanes, del chileno Francisco Coloane, que recuerda haber leído Max Bastías. Pero pronto la socialización en los sesenta les lleva a ser lectores marxistas consumados: de Marx tanto El Capital como la visión emancipadora de la alienación de los Manuscritos Económico-Filosóficos. Al igual que el fundador del MAPU, Rodrigo Ambrosio, Estévez reconoce la influencia del marxista-estructuralista francés Louis Althusser, especialmente Para leer El Capital[46]. La mayoría reconoce haber leído a Marx, Lenin, algunos a Engels, Gramsci tras el golpe, pero tampoco se queda atrás Mao con su Libro Rojo, como declara el ingeniero Alejandro Balart, «con citas muy prácticas». Juan Aldana, mapucista de Valparaíso, también dice que de noche lo acompañó en sus lecturas en la época de Allende el opúsculo maoísta Sobre la Contradicción[47].

El abogado Ernesto Galaz nombra a un teórico marxista latinoamericano, el peruano Juan Carlos Mariátegui. También lo hace el sociólogo Jorge Bravo de Temuco, impactado por el texto «Siete Ensayos de Interpretación de la realidad peruana», escrito en 1929, convirtiéndose en una primera búsqueda original de síntesis de marxismo e indigenismo.

Para completar la serie, el abogado Enrique Besnier leyó a Rosa de Luxemburgo y a León Trotsky. Incluso, el urbanista catalán Manuel Castells —que escribió un libro sobre «La lucha de clases en Chile» tras su estadía en Chile durante la Unidad Popular— influyó en el joven arquitecto Jenaro Quadros, el último líder juvenil del MAPU, quien desapareció en 1989.

Los autores católicos están presentes, como el clásico Jacques Maritain, quien leyó al pequeño empresario Francisco Yeomans en sus años de filo democratacristiano. En los de mayor edad, impactó el libro ¿Es Chile un país católico?, con la crítica social del jesuita Alberto Hurtado. Mario Rosales recuerda a los tres filósofos franceses que influyeron a socialcristianos y a cristianos progresistas: Emmanuel Mounier y su «Personalismo», el evolucionismo dialógico de Teilhard de Chardin, y el comunitarismo alternativista (a capitalismo y marxismo) de Jacques Maritain. Por su parte, los mapucistas más jóvenes

—

como los exseminaristas Félix Avilés y Héctor Oyarce

—

citan a teólogos de la liberación, como el belga José Comblin, el peruano Gustavo Gutiérrez y el chileno Ronaldo Muñoz.

Todos viven su crisis de juventud y se refugian en libros existencialistas, que es lo que más recalca Mario Rosales, experto internacional en descentralización, que militó en la Izquierda Cristiana y que fue amigo de la cultura mapucista. Todo el existencialismo les influyó, desde Erich Fromm hasta los teóricos de la Escuela de Frankfurt como Theodor Adorno, Herbert Marcuse y Jurgën Habermas.

Francisco Estévez es más clásico, y dice que en su adolescencia recitaba párrafos del «Hamlet» de Shakespeare con la pregunta del ser o no ser católicos, además de la lectura de Salinger y su atormentado protagonista de El Guardián entre el centeno (1951). También, los más jóvenes, mapucistas en los años ochenta, dan cuenta de Richard Bach y su clásico Juan Salvador Gaviota (la profesional de la salud María Teresa Holtz), a los autores pro budistas como Lobsang Rampa y El Tercer Ojo (Darío Valenzuela), junto a autores clásicos intergeneracionales del pensamiento crítico como Jean Paul Sartre y su pareja, Simone de Beauvoir (como su novela Todos los hombres son mortales, confiesa la psicóloga Alejandra Pallamar).

De los latinoamericanos con peso existencial, destacan las menciones al argentino Ernesto Sábato con sus obras El túnel y Sobre héroes y tumbas. El también abogado Juan Luis Monsálvez, agrega a Thomas Mann entre los que le abrieron preguntas en su ateísmo. Ernest Hemingway también recibe menciones.

Hay una gran coincidencia en literatura social que muestra situaciones de pobreza y explotación. Eso marca la sensibilidad social, más que libros ideológicos que llegan después a sus vidas y bibliotecas. En esta área, y junto al poeta Pablo Neruda, el escritor más nombrado es Baldomero Lillo con su obra Subterra[48], una sentida historia de la miseria y de los peligros de los mineros del carbón en el sur de Chile. Libro «estremecedor» para Carlos Lira, exalcaide de la Cárcel de Rancagua, al igual que para Horacio Alessandrini, un promotor de pequeñas empresas. Muchos mencionan a otros autores del llamado «costumbrismo social» chileno que fue dominante a mediados del siglo

xx

, cuyas principales obras son lecturas obligatorias en los colegios: el rancagüino Óscar Castro y su La Vida Simplemente sobre un niño que crece en un barrio alegre de mineros; el novelista Manuel Rojas y su trágico Hijo de Ladrón, referido a las penurias de un muchacho que arranca de la vida delictual argentina para hacer su vida en redes similares en Valparaíso. En esa misma línea, pero de un corte más universal, el payador popular mapucista Luis Concha hace mención al impacto de las obras de Mark Twain como Tom Sawyer.

En poesía, llama la atención lo nacionalista de las elecciones, ya que se repiten en importancia Pablo Neruda y luego dos poetas muy controvertidos, el volcánico Pablo de Rokha (polemista de Neruda) y el precursor del «creacionismo», Vicente Huidobro, un intelectual aristocrático que se hizo comunista, huyó a París con una adolescente y se relacionó con las vanguardias surrealistas. Entre los más jóvenes, Abel Sáez, líder de los estudiantes secundarios de la última fase del MAPU, afirma gozar entre el rock y los poemas de Huidobro.

Es probable que no sean tan distintas a otras bibliotecas de su generación, pero sin duda el cóctel dado por el existencialismo, la aventura, el marxismo y el cristianismo sean parte de un ethos cultural de elites católicas de izquierda por el mundo. Carlos Montes muestra esos dos mundos, según él, sin caer en la ortodoxia:

Después leí el marxismo durante la UP, estudié hasta Lenin, pero manteniendo toda la vertiente ideológica que teníamos, o sea, la Unión Soviética nunca nos gustó; nosotros fuimos antisoviéticos de siempre. La corriente del MAPU en la que estaba siempre fue muy crítica de los soviéticos; asumimos eso de un marxismo abierto y pensamiento crítico de todas las corrientes de pensamiento. Uno seguía leyendo y no se sentía marxista, cuadrado, cerrado. No, eso no fue; tanto por la veta estructuralista de (Marta) Harnecker como por la veta cristiana[49].

Un amigo de Montes, Juan Maino, dirigente en la clandestinidad tras el Golpe, detenido-desaparecido en 1976, subrayó en un libro de Antoine de Saint-Exupéry, Tierra de hombres, publicado por Troquel, la siguiente frase que sus familiares encontraron en la biblioteca que no volvió a hojear:

Ser hombre es, precisamente, ser responsable. Es conocer la vergüenza frente a

una miseria que no parece depender de uno. Es estar orgullosos de una victoria que los camaradas han obtenido. Es sentir, posando uno su piedra, que se contribuye a construir el mundo[50].

Pijes, pero nunca tanto

El MAPU fue un partido de «capas medias» con dos perfiles muy nítidos en los miembros de sus comisiones políticas, a lo largo de diversos períodos: a.- sectores de clase media-alta, profesionales y medianos propietarios, que logran educar a sus hijos en colegios particulares, y b.- funcionarios de menor rango y obreros calificados, cuyos hijos logran ir al liceo y ser buenos alumnos. Cristina Moyano (2010) también ve el dominio de sectores medios— y medio-altos (algunos empobrecidos). La mayoría de los máximos dirigentes estudiaron en la UC y luego en la U. de Chile.

Óscar Guillermo Garretón y Jaime Gazmuri tenían fama de «pijes» provenientes de familias adineradas, es decir, personas elegantes, petulantes, de buen vivir. El padre de Garretón era un mediano comerciante, pero su familia materna, Purcell, de Viña del Mar, tuvo mayor fortuna. En el caso de Gazmuri, provenía de la clase media-alta, con algún familiar con tierras en el sur, pero su origen era de una familia de profesionales. Casi todos los MAPU llegan a la Universidad y, de hecho, el «tercer partido proletario» tenía muy pocos obreros en su comisión política.

Para investigar esta variable, tomamos tres categorías para perfilar el origen social: si tenían estudios universitarios, si provenían de colegios particulares o públicos, y el origen socioeconómico familiar. Esas variantes las cruzamos con las dos comisiones políticas más estables —la de 1970 a diciembre de 1972, y la de 1985 a 1989—, concluyendo que la mayoría de sus miembros tenían estudios universitarios (60 %), provenían en mitades de colegios particulares y públicos, y el origen de las familias se concentra en clase media-profesional (55 %) y clase

media-baja de obreros y funcionarios calificados (40 %). Es decir, no hay ricos ni pobres en los niveles directivos, más allá de que efectivamente el MAPU haya calado en sectores pudientes de la Universidad Católica o que haya logrado una inserción poblacional popular significativa, sobre todo en el sector sur de Santiago.

Los secretarios generales provenían de clase media profesional, de colegios particulares católicos y todos eran universitarios (Ambrosio, sociólogo; Garretón y Barrueto, economistas; Gazmuri, agrónomo). La Comisión Política durante la Unidad Popular estuvo ampliamente dominada por universitarios, como Rodrigo González (filósofo), Eduardo Aquevedo (sociólogo), María Antonieta Saa (profesora), entre otros. Algo similar ocurre con el MAPU Unificado, con Barrueto (economista), Jaime Cataldo (estudios de economía), Ernesto Galaz (abogado), Ismael Llona (periodista), Etienne Lefranc (ingeniero), Ricardo Brodsky (literato). Sin embargo, producto en parte de la dictadura que interrumpió los estudios de la generación joven en el año 1973, una parte de sus dirigentes no tenía estudios completos (Del Valle) o universitarios (Saúl Bravo), quienes los culminan tras el retorno a la democracia. Óscar Guillermo Garretón sintetiza:

Solo una parte de la dirección del MAPU, sobre todos los de la Católica, fuimos desertores de la aristocracia, pero como toda la izquierda chilena, hubo clase alta en su dirección. En el PS estaba Eugenio Matte y Carlos Altamirano era Orrego por el lado de su madre. El poeta Vicente Huidobro, cuya familia poseía la Viña Santa Rita, fue el primer candidato presidencial comunista. El resto del MAPU provenía de familias educadas, pero sin dinero; Ambrosio, Moulian, Bell, Correa, que venía de Ovalle[51].

La fuerza campesina fue importante en las zonas impactadas por la Reforma Agraria, especialmente Linares (donde se eligió al diputado Bell), Chillán, Colchagua, Melipilla y Paine (donde se asesinó a la familia Maurerira). Hasta estos días, el único MAPU orgánico que existe, el MOC-Proletario, tiene su gran sustento de base en la Confederación Sindical Unión Obrero Campesina, que

lidera Raúl Aravena, dirigente histórico de la Central Unitaria de Trabajadores, CUT.

También fue fuerte en el cordón industrial Vicuña Mackenna, zona en la cual la dirección del MAPU, encabezada por Montes, buscó resistencia a la dictadura en el Golpe. Esa influencia persistió en la década de los ochenta, lo que explica que dos dirigentes mapucistas, Jaime Martínez y Arturo Martínez, llegasen en la década de los noventa a ser tesorero y presidente de la CUT. Concepción siempre tuvo una activa vida sindical. Jorge Venegas resume: «Jorge Mendoza paró los sindicatos de la celulosa en plena dictadura, yo fui dirigente de la Asociación de Educadores de Chile (AGECH), Manuel Araneda del sindicato de la acerera Huachipato, luego Humberto Toro dirigió el Movimiento Sindical Unitario»[52].

Cumbias y rock latinoamericano, charango y guitarra eléctrica

Los mapucistas se empaparon con la cultura de izquierda de fines de los sesenta, que tuvo sus íconos en Violeta Parra, Víctor Jara, los conjuntos Quilapayún e Inti-Illimani, que mezclaron la música tradicional latinoamericana con letras de compromiso social. Óscar Guillermo Garretón cantó con ponchos negros en los grupos folclóricos de la Parroquia Universitaria. Ángel Parra, hijo de Violeta Parra, realizó un himno para el MAPU, el cual hemos incluido al comienzo de este capítulo.

Pero, a diferencia de las tendencias endogámicas, sobre todo de los comunistas, algunos rojos-verdes lograron gozar de la música universal y rescatar la música popular, incluyendo el folk-rock (Joan Báez), las rancheras y aquellas expresiones «no militantes». El compositor Dióscoro Rojas ilustra la discusión en el Conservatorio de la Universidad de Chile, donde los mapucistas se

enfrentaron a la izquierda más militarista, proponiendo con Payo Grondona un canto que no olvidaba los problemas cotidianos y el amor en medio de la revolución:

Yo encontraba más bien extraño cómo se vestían los miristas… Yo no soy adherente del Che Guevara, y cuando sucede lo de Cuba, yo estaba preocupado de ir a tocar rancheras a las fondas, del partido de fútbol del domingo. El Che Guevara no era tema, entonces cuando veo gente de barba, en el campo no se veía mucha gente con barba y con mantas negras... La diferencia que teníamos los del GAP del MAPU era que nosotros estudiábamos más que los otros. Entonces, no teníamos esa historia de que la música empezaba con la Violeta Parra. Intentamos alguna vez hacer otro tipo de música, un poco lo que hizo Payo Grondona con canciones como La Nelly y el Nelson que era una pareja que lo único que buscaba era un lugar para hacer el amor. Entonces las temáticas del Payo y las que nos hacíamos nosotros eran muy diferentes de las que se hacía el izquierdismo. Nosotros éramos los bichos raros, porque estudiábamos la música[53].

Payo Grondona militó en el MAPU de Valparaíso y durante los ochenta fue uno de los símbolos del Canto Nuevo, la música antiautoritaria que hablaba de asuntos sociales, pero sin un estribillo de militarismo militante. En ese sentido, efectivamente Grondona es un innovador, ya que en la propia Unidad Popular buscó dicho código musical con la Nelly y el Nelson, canción más cercana al estilo de Georges Brassens, el moderno juglar francés, que a la música de ponchos negros y puño en alto de Sergio Ortega, creador del Pueblo Unido, el mítico himno socialista chileno que se universalizó. Grondona no marcha por las grandes alamedas de la historia, es minimalista, muestra el mundo popular y su diversidad cotidiana:

La Nelly y el Nelson, los días domingos se van al parque a pololear,

trabajan toda la semana, esperando poder pasear.

La Nelly y el Nelson, se van despacito, hablando de Sandro,

de lo harto que cumple el Chicho[54]*,*

de la pega que hace sufrir.

La Nelly y el Nelson, los otros domingos,

si no es el parque, es la matiné,

de ahí a un boliche cualquiera, a ver si ganó el Wanderers[55]*.*

El estilo menos gris de los mapucistas lo corrobora el testimonio de Carlos Montes al relatar que, a pesar de los conflictos en la polarización política, la gente bailaba cumbia después de los discursos y las marchas: «En La Florida, cerca del cordón Vicuña Mackenna, teníamos un local del MAPU, y después de los actos y peñas, se desataba la alegría, la necesidad de alegrarnos a pesar de la dureza política. Allí todo era cumbias y baile, manera de sociabilidad de los sindicatos»[56].

Fueron hijos de su época y, en su péndulo entre la cultura militante y el estilo libertario, también gozaron con la música inglesa —de Los Beatles a Jim Morrison, cuenta Guillermo del Valle[57]—. Esta tendencia se acentúa en los ochenta, cuando los sectores socialistas renovados se reencuentran con las culturas universales; el poeta mapucista Francisco Zañartu escribe un libro titulado Let it be; ya no leen solo a Neruda y vuelven a valorar a Nicanor Parra y a escritores cosmopolitas como Enrique Linh[58]. El propio Garretón, cada vez que cantaba en encuentros de la renovación socialista, dejaba de lado las canciones de protesta y empezaba a cantar conocidos boleros románticos[59].

En los años de dictadura, se da este proceso de continuidad y ruptura con la Nueva Canción Chilena de la época de la UP a través del Canto Nuevo, que se irradió en los festivales católicos por los derechos humanos, las pocas peñas toleradas y la revista La Bicicleta. En las encuestas a los exmapucistas, aparece esta diversidad; les gusta Santiago del Nuevo del Extremo, Cristina González, Serrat, Silvio Rodríguez.

La estética es también el poncho o el ser «lana», en referencia a la ropa tradicional de Chiloé en el sur de Chile o la zona andina de Perú-Bolivia, que distinguía a los opositores del régimen con respecto de sus partidarios, que vestían más formales de acuerdo con la estética de la «onda disco» que impuso John Travolta.

En la Universidad de Chile, el periodista Mauricio Toloza jugaba con una iconografía que modernizaba la vieja estética de la izquierda, como aquélla de la lista «Fuerza de Cambio» en las elecciones de la FECH, en que retrataba a los candidatos como los barbudos de Fidel Castro convertidos en estrellas de rock[60].

Las fiestas del MAPU reunificado entre 1985 y 1987, amenizadas por Haydée Oberreuter en una casona del barrio de Ñuñoa, se caracterizaron por dar rienda suelta a la salsa. Ella misma, extorturada y presa política, decía que la alegría no se podía matar: «Sí, nos gustaba bailar, sacarnos el stress de la dictadura, mostrarnos vitales, ajenos al lamento gris de cierta izquierda», testimonia Víctor Barrueto[61]. De hecho, en los actos del MAPU no se cantaba la Internacional, vinculada al PC, ni «La Marsellesa» que entonan los socialistas. Se gritaba «tírame la M, continúa con la A, pásame la P y termina con la A, MAPU, MAPU, MAPU», y después a tomar (cerveza, vino y pisco) y bailar.

La última generación de mapucistas, la de los ochenta, es más heterodoxa, combinando el Canto Nuevo con un fervor por el rock latinoamericano, que tuvo íconos argentinos —Charly García y Soda Stereo—, además de los grupos chilenos como Compañeros de Viajes y Los Prisioneros. El propio Canto Nuevo dejaba la marcialidad agresiva de la izquierda de los setenta —el tradicional «Venceremos»—, «mezclando lo latinoamericano, el hippismo y lo romántico, en autores como Eduardo Gatti», opina Eduardo Yentzen[62].

Los cosmopolitas que traen las novedades del mundo

Establecimos que los mapucistas fueron revolucionarios y modernizadores a fines de los sesenta, que impulsaron las reformas agrarias, universitarias y la estatización de empresas, poseídos no solo de un afán revolucionario y socializante sino también buscando poner a Chile al día en el mundo y dinamizar su cultura y economía.

Los mapucistas fueron viajados, estudiaron en Europa y Estados Unidos, importando antes y después de la Unidad Popular nuevas visiones a la izquierda. Por ejemplo, Francia fue importante en tres oleadas de mapucistas: en los cincuenta, con Chonchol, que se empapa de las ideas de vanguardia del humanismo cristiano de Mounier; luego, a comienzos de los sesenta con Ambrosio; y finalmente, a comienzos de los ochenta, con Alain Touraine de la Alta Escuela de Estudios Sociales, donde estudian Eugenio Tironi y otras generaciones más jóvenes vinculadas al MAPU, como el sociólogo Andrés Asenjo y el teólogo Héctor Oyarce. La Universidad de Lovaina, en Bélgica, fue un centro de formación de demócratas cristianos y mapucistas hasta los ochenta. Juan Ruz, rector de la Universidad Academia del Humanismo Cristiano, y el sociólogo Óscar Mac-Clure, son algunos de sus decenas de exponentes.

Estados Unidos también influyó. Fernando Flores, quien leía a los cibernéticos desde fines de los sesenta, se realiza en «La Meca» de la innovación que es Silicon Valley. Jorge Marshall y Sebastián Edwards, entre otros economistas mapucistas, se gradúan en universidades americanas y se convierten al mercado moderno. El abogado Claudio Grossman, líder del MAPU en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, evolucionará a jurista experto en derechos humanos en la American University.

Los MAPU-OC afincados en Roma conceptualizaron a Gramsci, asumiendo en su léxico las palabras hegemonía y mayoría que significaban el compromiso

histórico con la DC. Sergio Spoerer, Jorge Molina, Ernesto Galaz y decenas de otros conocieron la experiencia socialdemócrata europea.

Manuel Baquedano aprendió de Los Verdes alemanes para politizar el movimiento ecologista chileno. María Antonieta Saa trabajó con agencias suecas para impulsar la agenda feminista. José Joaquín Brunner se movió entre Londres y Estados Unidos para ser el mentor de las modernizaciones en educación superior.

Rodrigo González trabajó con los sindicatos italianos y agencias holandesas para montar la poderosa red de sindicalismo renovado y territorial en el Chile de los ochenta. Carlos Montes leyó a Gramsci y promocionó a Portantiero y Laclau[63] en su exilio mexicano, para reinventar su apuesta por el poder local y la construcción del sentido común progresista desde la base. Jaime Estévez y Enrique Correa conocieron, desde adentro, la Unión Soviética, para encandilarse y luego decepcionarse («proponían hasta una biología marxista»[64]). Muchos mapucistas fueron parte de los encuentros latinoamericanos de teología de la liberación (Claudio Ramsci, Félix Avilés[65]). Nada de enclaustramiento; olas de nuevas ideas en todos sus períodos hasta el exceso.

El estilo empresarial: éxito hacia afuera, desastre en el partido

Pocos países tienen de jefe de los empresarios a un traidor de clase como lo fue Rafael Guilisasti, quien mostró una eficacia empresarial ejemplar para convertir la juventud del pro moscovita MAPU-OC en un engranaje de redes eficaces en el trabajo contracultural, sacar y traer militantes al país, y complotar contra la dictadura a fines de los setenta, cuando la DINA y la CNI seguían secuestrando, matando o torturando dirigentes. Guilisasti creyó en el socialismo como redención de los pobres, como hoy cree que la expansión del capitalismo con

responsabilidad social es un camino más corto y eficaz, sin atajos socialistas. Lo empresarial estuvo en el MAPU de forma inevitable por la propia extracción social, estudios de sus dirigentes y experiencia organizacional bajo la UP.

No solo el caso de Guilisasti desde la principal familia de viticultores de Chile, sino también Flores, ya que su madre tenía una barraca. Flores sintetiza las razones de convertirse en empresario tras la cárcel y el exilio: «Tuve que inventar empresas para alimentar a cuatro hijos»[66]. Los economistas, en sus filas, fueron muchos: Carlos Montes, Garretón, Sebastián Edwards, Víctor Maturana, Jorge Marshall. Esa mentalidad, estatal o libremercadista, además del origen en familias con fundos o empresas (pequeñas o grandes), les hizo saber de organización y productividad. Garretón lo explicita:

En la cuestión empresarial, el MAPU también ha sido muy importante porque el sentido de organización colectiva es un tema de cualquier empresa moderna. Al final, la empresa moderna son sistemas de cerebros de personas que piensan diverso que hay que agrupar en un propósito común para atender otro propósito distinto de la sociedad, yo creo que la empresa tiene algo de arte en poder crear esa fuerza[67].

En otro sentido, Gabriel Gaspar, subsecretario de Guerra de Ricardo Lagos, rescata del MAPU original de Ambrosio una disposición a la acción, al cumplimiento de los objetivos, una escuela para salir de la pobreza por medio del trabajo metódico y la organización. La idea del espíritu emprendedor:

No me iluminé por una experiencia que me revelara las injusticias y las ganas de construir un Chile mejor. Nací en el Norte, hijo de obreros, nieto de obreros, dirigentes sindicales, alumno de educación pública en sus tres escalones, como muchos de los compañeros de esos años. Como le comenté al general Cheyre[68] hace algunos años, cuando me preguntó por qué me metí en política, le dije por necesidad, mi general, porque en mi medio sabíamos que nadie nos iba a arreglar nuestra situación, ni los ingenieros, ni los gringos, ni los patrones, ni los curas.

Solo nosotros, con nuestro propio esfuerzo podíamos luchar por mejorar nuestra condición, y la necesidad provenía de las condiciones de existencia del mundo popular que vivíamos día a día. Por ese rumbo conocí a Rodrigo Ambrosio y me convertí en dirigente del MAPU. El definir los objetivos luego de un riguroso análisis, planificar las tareas de la fase, velar por su cumplimiento paso a paso y caminar hombro con hombro tras la búsqueda del objetivo colectivo[69].

En la memoria de los mapucistas está siempre presente el metarrelato megalómano de sus propios logros: rompieron con éxito con la DC para ganar las elecciones en 1970 con Allende, impusieron un plan ambicioso de propiedad social empresarial, estuvieron en sus puestos para sobrevivir al paro de octubre de 1972, sortearon el Golpe y entraron y salieron de Chile clandestinamente, crearon ONG y consiguieron millones de dólares de cooperación internacional, lograron aportar a la creación de la Concertación y acertaron al disolverse en el PS y en el PPD para alcanzar el poder y la gloria… y una fama de pragmáticos que causa amor y odio. Por cierto, existe la contrahistoria: egocéntricos, culpables del pésimo manejo económico de la UP, fraccionalistas hasta la marginalidad que les lleva a disolverse, dependientes de la ayuda externa, trepadores que volvieron a meterse al Estado con la Concertación en su incapacidad de inventarse.

Mirado con el máximo de neutralidad posible, se dibuja una capacidad organizacional empresarial (independiente de los resultados) indiscutible en su inserción social e intelectual, que, sin embargo, fracasó hacia el interior del mismo MAPU. Con el partido verde y rojo falló todo: no hubo sentido compartido de la misión ni alineación estructural, careció de sistema de resolución de controversias, no se reinventó la marca[70]. O quizá, sí lo hizo en otras formas organizacionales: bancarrota y nueva empresa, llamada Convergencia, Bloque, Concertación y PS-PPD.

Radiografía desde una encuesta sociocultural: siete señas de identidad

Entrevistamos a cuarenta mapucistas sobre sus lecturas, origen social de los padres, ingresos, autocalificación política y gustos culturales. Se buscó diversidad: nueve fueron las mujeres; se encuentran altos dirigentes y militantes de bases, de segmentos medios y altos; la mitad de los encuestados militó en provincias (Valparaíso, Rancagua, Temuco y Concepción) y participaron en los tres períodos mapucistas: la fundación, la división Garretón-Gazmuri (MOC) y el MAPU unificado de los años ochenta con Barrueto. Éstos fueron los principales hallazgos cuantitativos que comentamos:

1. Provienen de familias de padres no universitarios

En el origen social, los militantes del MAPU son asimilables al promedio de las familias chilenas, dentro del esquema cultural y social de la década de los sesenta, en que la mayoría de los chilenos se identificaban como de clase media y en gran parte de esos hogares las madres eran dueñas de casa a tiempo completo, con padres proveedores de manera exclusiva.

Se trata, además, de la primera generación de hijos que tiene acceso masivamente a la universidad, ya que, hasta 1973, solo el ocho por ciento de la población tenía título universitario, por lo que la mayoría de sus padres no tiene estudios superiores, lo que se extiende a la casi totalidad de las madres. Gracias a ese compromiso, los mapucistas en la actualidad se sitúan en capas de ingresos medios, por lo general superiores a los de sus padres, y la gran mayoría de ellos logró terminar sus estudios universitarios, trabaja en las profesiones que eligieron y han logrado que sus propios hijos vayan a la universidad, a pesar de que entre una y otra generación el costo de los estudios superiores tuviera un aumento explosivo.

Origen social del padre:

Actividad	Total	Porcentaje
Obrero/campesino	5	12,5 %
Trabajador independiente (taxista, zapatero, etc.)	6	15 %
Técnico o funcionario no universitario	15	37,5 %
Empresario	2	5 %
Profesional universitario	12	30 %

▪

Como se puede ver en este cuadro, el porcentaje de padres con actividades que signifiquen un sustento holgado del hogar es mínimo, en tanto que el nivel de calificación también es restringido. Los hijos de ricos son los mapucistas de estratos altos de Santiago; no son la norma. Pero no hay que engañarse con el indicador educacional; muchos de los mapucistas fueron hijos de padres que, sin escolaridad universitaria, lograron puestos de relevancia en el sector privado, como el papá de los hermanos Estévez, que fue funcionario de la empresa de zapatos Bata, logrando apoyar la educación privada católica de sus hijos.

Origen laboral de la madre:

▪

Actividad	Total	Porcentaje
Dueña de casa	20	50 %
Obrera/campesina	2	5 %
Trabajadora independiente	4	10 %
Técnica o funcionaria no universitaria	4	10 %
Empresaria	1	2,5 %
Profesional universitaria	9	22,5 %

Chile ha sufrido una baja inserción laboral femenina en el ámbito formal, aún en el gobierno de Michelle Bachelet, situándose por debajo de la media de América Latina[71]. En la década de 1960, esto fue más marcado. No obstante, un porcentaje no menor de las mamás son universitarias, en su mayoría profesoras. También hay que recordar que Chile vivió en los cincuenta y sesenta del siglo

xx

un proceso similar al del baby boomer norteamericano: las familias tuvieron muchos hijos, existiendo un chiste popular de que las familias de la DC no conocían el condón. Los hermanos Estévez, precisamente, fueron un ejemplo de aporte prolífero al MAPU y a la renovación socialista: Rafael (psicólogo laboral), Jaime (economista), Francisco (historiador), todos mapucistas; los más chicos fueron Carlos (abogado, renovado) y Jorge (el galán de la canción La Alegría ya viene, símbolo de la franja del No en 1988). En estas prolíferas familias, las mujeres tenían un duro trabajo doméstico y dificultades para acceder a la educación superior.

2. Practican la endogamia cultural: se casan entre mapucistas o izquierdistas afines

A pesar del compromiso con la igualdad y la justicia, en la práctica, los militantes del MAPU repiten un rasgo frecuente entre los chilenos, revestido de un fuerte sectarismo, que consiste en elegir como esposos a personas de un subgrupo social similar.

Aunque la conducta tradicional se refiere básicamente a la igualdad de origen de los cónyuges desde un punto de vista socioeconómico, los mapucistas agregan el factor ideológico, y es de esta forma como suelen contraer matrimonio con otros militantes de la misma colectividad o, casi como una concesión, con personas

adscritas a otras corrientes, pero siempre dentro de la izquierda. Esto resulta particularmente curioso si se considera que, por lazos familiares, es frecuente que tengan parientes sanguíneos que adhieran a proyectos de derecha o demócratas cristianos. Pero lo ha reiterado Tomás Moulian en sus estudios de sociología política: los tres tercios políticos, incluyendo la izquierda, practicaron una fuerte endogamia cultural, partiendo por él mismo, que se casó con la filomapucista crítica cultural Giselle Munizaga.

Nivel de cercanía política con la esposa (o), endogamia:

Categoria	Total	Porcentaje
Militante del Mapu	12	30 %
Otra de izquierda	21	52,5 %
DC o independiente	7	17,5 %
Derecha	0	0 %

▪

En su mayoría, los propios dirigentes del MAPU se casaron con militantes: Carlos Montes con Gloria Cruz, Garretón con la trabajadora social Virginia Rodríguez, José Miguel Insulza con Valeria Ambrosio (hermana del fundador), Viera-Gallo con María Teresa Chadwick, Vicente Sota con Carmen Gloria Aguayo… y, a nivel de los dirigentes intermedios, se repite el esquema: Gladys Göeder con Omar Jofré, Gabriel Rodríguez con Isabel Larraín. Óscar Guillermo Garretón sintetiza el amor entre mapucistas, la aventura política común y la pertenencia a una generación, en su sentido último adiós a la compañera Virginia Rodríguez, su esposa, fundadora del MAPU como él:

Me enamoré de una irresistible estudiante de Trabajo Social que dirigía el centro de alumnos; luego, me casé con la directora de dicha escuela en la Reforma de la UC. Más tarde tuve amores con una funcionaria del gobierno de la Unidad Popular. Luego del Golpe, conocí de su sobrevivencia sola con sus hijas en Colombia… Después en Cuba me vinculé con la estudiante de sicología y de la Escuela de Cuadros Políticos. Luego, con una dirigenta del MAPU en La Habana. Posteriormente, conviví con Ximena, una jefa guerrillera que no pudo combatir en Nicaragua porque Carter ocupó su pista de aterrizaje… ya en Buenos Aires, me emparejé con una comerciante de pollos que detrás del mesón y a tajos, aprendió a deshuesarlos…[72].

María de la Luz Silva, una de las pocas dirigentas del MAPU que estuvieron casadas con un dirigente de la DC que no siguió a los rebeldes, Belisario Velasco, consideró, como una de las razones del alejamiento de la pareja las serias diferencias durante la UP, a pesar de que Belisario fue de los chascones que se opusieron públicamente al Golpe[73].

3. Religión: fueron católicos comprometidos

Rompen el mito de la izquierda atea, ya que se encuentran dentro del promedio nacional de participación en el culto religioso, en cuanto a que declaran ser creyentes y asisten a los ritos principales de cada año, aunque sin alcanzar el grado de participación que tuvieron en los inicios de su juventud. Acordes con lo que son las preferencias de los chilenos, la mayoría se declara católico, sin perjuicio de que existan también evangélicos y agnósticos. Los entrevistados más jóvenes muestran un mayor agnosticismo.

Vínculo juvenil con el cristianismo:

-

Nivel participación	Total	Porcentaje
Muy activo en la iglesia	20	50 %
Creyente normal	6	15 %
Creyente pasivo	8	20 %
Ateo/agnóstico	6	15 %

▪

En concordancia con una de nuestras tesis respecto a la relación entre la militancia y la participación de los militantes del MAPU en las actividades eclesiásticas, este cuadro confirma que solo la sexta parte se declara completamente lejano de algún credo, en tanto que la mitad afirma que fue muy activo en el cumplimiento de los ritos establecidos por la Iglesia. El 85 % creyó en su juventud. Esta realidad cambia treinta años después. Solo la mitad se declara católico-cristiano, un 40 % agnóstico o ateo y el 10 % practica otras religiones, como el judaísmo, el budismo o las creencias ancestrales.

4. Lograron ascenso cultural y social

No son millonarios, pero los mapucistas entrevistados muestran una alta escolaridad (70 % profesionales universitarios versus un 30 % promedio del país), y se sitúan en niveles medios y medio-altos de ingresos. Son parte de la clase dirigente del país vinculada con el poder en su sentido amplio de redes distributivas.

Perfil sociocultural:

▪

Categoría	Total	Porcentaje
Obrero sin escolaridad	2	5 %
Funcionarios técnicos	8	20 %
Empresarios	2	5 %
Profesionales	28	70 %

▪

Rompen claramente la media nacional. Sumados los universitarios (70%) y los técnicos (20%), alcanzan al 90%. La alta escolaridad es fuerte en las mujeres entrevistadas. Además, los que son técnicos se encuentran terminando sus estudios universitarios.

Nivel de ingresos:

▪

Categoría	Total	Porcentaje
Bajos	4	10 %
Medios	20	50 %
Medio-altos	16	40 %

Es importante señalar que se consideró la realidad chilena: menos de mil dólares mensuales de ingresos, se consideró bajos; entre mil y tres mil dólares mensuales, una persona clase media; y sobre los tres mil dólares con ingresos, medio-altos, que fue la mitad de la muestra.

5. Tienden a una leve moderación política

No cambian mucho con los años. Siguiendo el esquema tradicional de medición de ubicación política (de 1 al 10, extrema derecha a extrema izquierda), los mapucistas se autopercibieron en un promedio de 7,8 cuando «militaron en el MAPU» respecto a su definición hoy (años 2008-2009): 6,8, acercándose más a la definición de centroizquierda.

Al sugerirles una definición de su identidad o valores políticos, nos encontramos con una diversidad en las respuestas, siendo baja la declaración marxista revolucionaria (15 %)

, situándose más bien como socialdemócratas, socialistas o cristianos de izquierda.

Definición Política:

Tipo	Total	Porcentaje
Izquierda o socialista	10	25 %
Marxista o revolucionario	6	15 %
Cristiano marxista	8	20 %
Progresista, ecologista o liberal-demócrata	6	15 %

Centroizquierda o socialdemócrata	10	25 %

6. Reafirman gustos culturales plurales

Finalmente, se corrobora que los mapucistas fueron o han tendido (no sabemos el nivel de revisionismo de sus propias autopercepciones) de gustos culturales plurales, con tendencia a lo social, pero sin una ortodoxia militante y sectaria extrema. Marx y Gramsci son mencionados, pero sobre todo, la literatura nacional y latina con niveles de realismo social. En la música, en la línea de lo expresado por Dióscoro Rojas, se muestran heterodoxos; escuchan el canto social de raíz andina, pero resaltan las menciones a la música clásica y al rock. También, el tango es nombrado por cuatro mapucistas más avezados.

Escritores con más de tres menciones:

Autor	Menciones
Pablo Neruda	5
Gabriel García Márquez	5
Milan Kundera	5
Baldomero Lillo (Libro Sub Terra sobre mineros del carbón)	4
Antonio Gramsci	4
Karl Marx	4

-

Gustos musicales:

-

Autor	Menciones
Música latinoamericana (Víctor Jara, Violeta Parra, Andina)	12
Los Beatles	7
Clásica	6
Canto nuevo/trova cubana (Eduardo Peralta, Silvio Rodríguez, etc.)	5
Joan Manuel Serrat	4

7. Sus grandes referentes: baja el Che, crecen Allende y los pacifistas

Les preguntamos a los mapucistas por los tres personajes históricos que más admiraron durante sus tiempos de militancia y los que le inspiran en la actualidad (el tiempo del Bicentenario). El partido que en parte fue un dolor de cabeza para Salvador Allende por su radicalización, generó exmilitantes que lo ensalzan como la figura que más admiran: once menciones (ayer) a nueve (hoy). En cambio, el Che Guevara baja abruptamente de ocho menciones a solo una. Se puede colegir que los horrores del quiebre democrático y la dictadura, con el sentimiento de culpa de que el MAPU algo aportó a la crisis, les lleva a abandonar toda admiración por el idealismo revestido de guerrilla. En esa línea, respecto a sus ídolos de ayer, se nombraron a muchos guerrilleros y revolucionarios: el Che (8), Fidel (2) y, con solo una mención: Lenin, Ho chi min, Bolívar, Zapata, Trotsky y el propio Rodrigo Ambrosio. Veinte o treinta años después —según la edad de los militantes— crecen las menciones a líderes reformistas pacifistas y cristianos (con más de una mención): los presidentes Obama y Lula, el cardenal Silva Henríquez, Gandhi, Clotario Blest, Nelson Mandela. Gandhi, con tres menciones, es también un ícono.

Personajes históricos con más de una mención:

Ayer	Menciones
Salvador Allende	11
Che Guevara	8
Gandhi	3
Fidel	2
Benedetti	2

-

-

Hoy	Menciones
Salvador Allende	9
Obama y Lula	3
Cardenal Silva Henríquez	3
Clotario Blest	3
Mandela y Gandhi	2

Los otros ídolos son heterodoxos como los mapucistas: Gorbachov, Limcoln, monseñor Óscar Romero, Kennedy, Tomic, Bilbao[74]…incluso Napoleón.Llama la atención la valoración por líderes progresistas pacifistas, alejados de la caricatura del izquierdista guerrillerista.

Hay dilemas que son un laberinto existencial e histórico, como la pregunta de si los movió el resentimiento o una épica emanada de esta visión mesiánico-iluminista. Ricardo Sazo dice que su giro a la izquierda comenzó cuando «de niño en Cauquenes (Machalí) me expulsó de la piscina de su casa el parcelero rico al cual trabajan mis padres»[75]. Gastón Rojas, en cambio, teoriza que la falta de resentimiento vital permitió redimir a la generación MAPU, gracias al marcado acento intelectual: «Fuimos irresponsables por ingenuidad, por la épica de querer cambiar el mundo, pero no éramos resentidos del alma, lo que nos salvó y nos permitió reinventarnos, apoyados de esta fortaleza intelectual, que nos permitió desarrollar nuestras capacidades, en mi caso, fuera del MAPU»[76].

La marca MAPU: lúcidos, pedantes, siempre renovando

El secretario general del MAPU en los ochenta, Víctor Barrueto, tiene una visión muy idealizada del MAPU como elite iluminada, lúcida, santona: «Yo creo que el MAPU es una escuela de liderazgo, aprendizaje o formación específica que merecería un estudio a fondo porque se produjo una cuestión tremendamente cotota»[77]. Barrueto había entrado a estudiar economía en la Universidad de Chile en plena UP, donde circulaban los dependistas brasileños Theotonio Dos Santos, Fernando Henrique Cardoso, José Serra, y los futuros directivos de la Concertación, como Jorge Marshall: «Un tipo me dijo una vez una cosa tremenda pero cierta, que Pinochet se equivocó y debió habernos matado a todos nosotros, porque si tú miras la Concertación hoy día y en puestos decisivos, de nivel máximo y medio, debe haber unas doscientas personas de esa escuela,

como mínimo. Había dictadura en toda América Latina y todos los profesores buenos que se habían exiliado en Chile se concentraron en esa escuela»[78].

Tomás Moulian tiene una versión menos valorativa de la innovación mapucista. Detesta su ortodoxia en la UP y su claudicación socialista durante la Concertación. Es lapidario con el fracaso del MAPU por no haberse convertido en el partido de un marxismo secularizado:

Las posibilidades de renovación que esa fuerza recién creada trató de encarnar en sus orígenes se dilapidaron en el curso del proceso, como consecuencia principal de las tendencias de mimetización que en ella se desarrollaron. Aceptó las formas prefijadas de ser un partido de izquierda, sin hacer realidad en sí mismas las críticas que inicialmente consagró a los fetichismos y rutinas de esa tradición[79].

Miremos el libro que sedujo a Montes, y que de hecho, edita en Chile en 1987, en los postreros intentos de formar a nuevos dirigentes del MAPU y de la futura fuerza socialista reunificada: Política y Sociedad de Carlos Portantiero. En el prólogo, el propio Montes, junto con el sociólogo Mario Alburquerque y Óscar Guillermo Garretón, en su propio revisionismo histórico, rescatan lo antidogmático y la heterodoxia:

Toda pretensión dogmática es inútil. Los marxistas, estimulados por los problemas reales, polemizaron entre sí, Lenin con Marx, Roxa Luxemburgo con Lenin y Trotsky, Gramsci… El marxismo siguió polemizando consigo mismo, y por eso, el peruano Juan Carlos Mariátegui afirmó que el marxismo latinoamericano no debía ser calco ni copia[80].

En el libro mismo, Portantiero desarrolla las clases de su marxismo gramsciano a la latinoamericana: en vez de las categorías reduccionistas y dicotómicas, invita

a mirar la sociedad como sistemas de actores, donde existen los hegemónicos, discute la noción de sobredeterminación (por determinística). Portantiero es un marxista antimarxista, un socialista relativista y problematizador, como lo fueron los mapucistas de los ochenta: «Así como la economía no explica la política como si fuera una proyección de sí misma, la contradicción económica tampoco se expresa simultáneamente con la contradicción política»[81].

Parece críptico y enredado. Lo que hace el autor es reconciliar a la generación de la UP con sus propias pesadillas; apostaron al área de propiedad social porque en el marxismo ortodoxo todo se constituye desde la infraestructura económica que provoca determinantes sobre las superestructuras políticas y culturales. El marxismo crítico no ortodoxo rompe con ese espejismo, reconoce la subjetividad, los actores, las alianzas, el valor de la lucha de ideas, del sentido cultural (Gramsci) y la historicidad que se construye. Los mapucistas se habían vuelto menos mesiánicos a golpes, y sabían que debían educar en la problematización no en las certezas.

Más allá de las valoraciones, el orgullo por haber sido del MAPU se exhibe como post grado. Los exmilitantes de la Universidad Católica, en un acto de alta pedantería, tienen el metarrelato de que de sus claustros salieron los dos grupos más influyentes en la política chilena desde 1970: el MAPU, con su aporte a la UP y a la creación de la Concertación, y el gremialismo, que formó a la UDI como sostén doctrinal de Pinochet y sus modernizaciones neoliberales. Nombran a todos los próceres que de allí provienen: Miguel Ángel Solar, los dos Garretón, Flores, Ambrosio, Brunner, Insulza, Gazmuri, Moulian, Montes, los Egaña[82]. Historia que volvería en los ochenta cuando lideraron los centros de alumnos de Teología, Periodismo, Medicina, Trabajo Social, Castellano, Arquitectura, entre otros[83]. En provincia, también se destaca el iluminismo de las elites mapucistas. Jorge Venegas enfatizó el paso de Ambrosio por la Universidad de Concepción y la fuerza del MAPU en la zona en términos sociales, sindicales y electorales (la fuerte votación de Garretón en el 73). El ideólogo del poder popular, Eduardo Aquevedo, fue el epítome. Los de Valparaíso recuerdan que en la Universidad Católica local se inició la Reforma y que en 1970, el mapucista Gonzalo Pineda ganó la federación de estudiantes. En el caso de la prestigiada Universidad Técnica Federico Santa María, considerada la elite de la ingenierías y la más

difícil del país, numerosos entrevistados recuerdan la importancia de Kalky Glausser: Montes dice que lideró un grupo PC que se incorporó al MAPU en la búsqueda de un marxismo libertario; Tanenbaum, que hablaba siete idiomas; Barrueto, que fue el precursor de la renovación desde su exilio europeo. También resaltan que Etienne Lefranc lideró la federación de estudiantes al inicio del gobierno de Allende.

Pero no queda solo a nivel universitario: los mapucistas inventaron la educación popular (casi le roban la paternidad a Paulo Freire, se refieren a la importancia de los mapucistas en las ONG), el protagonismo popular, el sindicalismo territorial (los cordones industriales del Regional SUR y el Movimiento Sindical Unitario en los ochenta), las redes de Cristianos por el Socialismo (por el cura Arroyo) …con la coronación que hace Eugenio Tironi al atribuirle a la generación mapucista el factor clave de la renovación socialista y el nacimiento de la Concertación, al acercar correctamente a demócrata cristianos y socialistas. En su iluminismo y ocurrentes ideas, Tironi llegará a decir que la Concertación comienza su declive cuando pierde protagonismo la generación MAPU y se impone un estilo mirista, de mayor disidencia, confrontación y desprecio por los acuerdos[84]. La disputa de estilos sería antigua, cuando ambos fueron los movimientos nuevos de la izquierda a fines de los sesenta. En el extracto que inicia este capítulo, Tironi considera a los mapucistas como gente reflexiva de raíz católica culpógena, a diferencia de los miristas, dados a la acción con desenfado: «Representaban una juventud contenida, intelectual, desgarrada; los miristas, a una lúdica, sensual, musculosa. Como buenos jóvenes de origen católico, optamos por el MAPU»[85].

¿Cuál es el mínimo común de estos relatos? La respuesta es la singularidad de haber sido MAPU; los lúcidos, los intelectuales, los sesudos, los realizadores, los articuladores, los renovadores, los inventores de la nueva izquierda en permanente mutación heraclitiana[86].

El MAPU se suma a una historia en Chile de pequeñas facciones que innovaron para promover cambios y luego se evaporaron, siendo absorbidos sus líderes por

partidos electorales. Las grandes fuerzas se nutrieron de la evolución de pequeñas facciones: Los «pipiolos»[87] fueron el antecedente de los liberales, los «portalianos»[88] de los conservadores, el Partido Obrero Socialista de los comunistas, la Falange de la DC, y en ese sentido, el MAPU empujó el concepto de una nueva síntesis socialista que se plasmó en el eje PS-PPD, pero donde el sello cultural mapucista nunca desapareció.

1 Se refiere al Austin Mini, un auto pequeño, pero con motores para picar (acelerar). La citrola (apelativo del auto Citroën) era austera y sin mucha fuerza.

2 Rodrigo Ambrosio, Sobre la construcción del partido, 36.

3 La popular Wikipedia lo sintetiza así.

4 Entrevista a José Sanfuentes, agosto, 2007.

5 Marta Harnecker, Los conceptos elementales del Materialismo Histórico, 5.

6 Una ONG de investigación educacional, con presencia de mapucistas, publica su libro: Rafael Echeverría, El Búho de Minerva (Santiago: PIIE, 1988), 15-24.

7 Entrevista a Gladys Göeder, abril, 2008.

8 El politólogo americano relaciona poliarquía con una democracia que acepta distintos niveles de poder, no solo el central de representación. Robert Dahl, La

poliarquía (Madrid: Tecnos, 1989).

9 Capítulo «Un esquema para comprender la conversión político-cultural de una elite», en Esteban Valenzuela, La conversión de los socialistas chilenos, 28-69.

10 Este concepto de transformación de elites es tomado de Peter Berger y Thomas Luckmnann, La construcción social de la realidad (Buenos Aires: Amorrortu, 1976).

11 La frase más repetida por Pinochet era que los militares salvaron a Chile «del caos marxista».

12 Sobre la importancia en el sentido popular del consenso y el orden, como pretensión legítima, hay un amplio desarrollo en un libro de Norbert Lechner, uno de los intelectuales del grupo mapucista de la FLACSO: Norbert Lechner, La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado (Santiago: FLACSO, 1984).

13 El paso del utopismo al pragmatismo democrático, pero con «sentido utópico», lo desarrolla un autor en una editorial vinculada al MAPU-OC: Eduardo Sabrosky, Hegemonía y racionalidad política (Santiago: Editorial del Ornitorrinco, 1989).

14 Eugenio Tironi, prólogo a Cristina Moyano, El MAPU durante la dictadura.

15 Alfredo Jocelyn-Holt, El Chile perplejo. Del avanzar sin transar, al transar sin

parar (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1990).

16 Ibíd., 223.

17 Reclamo del mapucista de Concepción y académico regionalista Reynaldo Demetrio. Entrevista con el autor.

18 Documental. Marco Enríquez-Ominami Chile, los héroes están fatigados (Santiago: Rivas y Rivas Producciones, 2002).

19 Tomás Moulian acuña la idea de que «renovarse no era renegar», y se expresa con fuerza en su texto best seller Chile actual anatomía de un mito. (Santiago: Lom, 1997). El líder de la renovación del PS, Jorge Arrate, romperá con el sector «renovado» del PS en los noventa, insinuando también la idea de «renegación».

20 Informe de estratificación social, 2007. Ministerio de Planificación, MIDEPLAN.

21 Expresión del expresidente de la Cámara de Diputados, Jorge Schaulsohn al autor.

22 Estos movimientos de presión militar amenazando la nueva democracia se denominaron «boinazo» y «ejercicios de enlace». En ambos, se movilizan tropas de combate simulando ejercicios de guerra en la ciudad.

23 Ministro de la Presidencia, DC, exrector de la Universidad de Chile. Falleció en el año 2009.

24 Rafael L. Gumucio en: <http://aquevedo.wordpress.com/2009/05/10/el-MAPU-una-vison-critica-por-rafael-gumucio/>.

25 Testimonio del autor. 1990, junto a Bernardita Cancino y otros líderes juveniles.

26 Recordemos que juristas españoles, entre ellos el valenciano asesor de Allende, Joan Garcés, habían presentado escrito por crímenes de lesa humanidad contra Pinochet, los que son acogidos por el juez Baltazar Garzón, quien solicita al gobierno británico la detención de Pinochet, de viaje en Londres. Hasta entonces, la Justicia chilena no se había atrevido a procesar al exdictador, entonces senador vitalicio.

27 Entrevista a Jorge Venegas, abril, 2008.

28 José Zalaquett, «Aquellos años mapucistas», El Mercurio, cuerpo Artes y Letras, 15 de abril, 2007.

29 Expresión de Guillermo del Valle sobre la decisiva etapa de optar por aceptar la institucionalidad del régimen militar. Entrevista con el autor.

30 Entrevista a Víctor Barrueto.

31 Académico vinculado a la Democracia Cristiana quien, al igual que el economista de la UC de Valparaíso, Alejandro Foxley, hizo sus estudios de posgrado en la Universidad de Wisconsin-Madison. Fue profesor de Ciencias Políticas.

32 Entrevista a Rodrigo González.

33 El padre Maroto fue el vocero del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, en la apertura a contar de las protestas de 1983-85.

34 El obispo de Copiapó, Fernando Ariztía, defendió los derechos humanos.

35 Precht fue Vicario de la Solidaridad y brazo derecho del cardenal Silva Henríquez.

36 El obispo Enrique Alvear fue junto a Carlos Camus y Jorge Hourton, adláter del liberacionismo, amenazado de expulsión del país, cuando la dictadura le cuestiona que él y Camus participan en Ecuador en una reunión de curas rojos. Fue el Vicario de la Zona Oeste, correspondiente a los barrios populares al Poniente del Gran Santiago, donde la Iglesia popular creció e hizo resistencia activa. Su funeral, a comienzos de los ochenta, se convirtió en un acto religioso y político masivo, comparable con el del expresidente Eduardo Frei en 1982.

37 Entrevista a René Aucapán.

38 El psiquiatra Fritz Perls, judío-alemán radicado en EE. UU., inventó la

escuela gestáltica que observa la neurosis como falta de maduración en algunos aspectos de la vida, por lo cual tiene un enfoque integral de mirar diversos aspectos del crecimiento humano. Jofré estudiará después Derecho y Psicología.

39 Entrevista a Saúl Bravo.

40 Entrevista a Carlos Montes.

41 Karel Kosik, Dialéctica de lo concreto (México: Grijalbo, 1967).

42 Erich Fromm, Humanismo socialista (Buenos Aires: Paidós, 1971).

43 Marcos Kaplán, «El Estado y la Teoría Política y Constitucional en América Latina». En: Pablo González, coordinador Estado en América Latina: teoría y práctica (México-Buenos Aires: Siglo XXI, 2003).

44 René Jofré, Héctor Oyarce, Darío Valenzuela, recuerdan que entre los libros de lectura en la Pastoral Juvenil se encontraba El arte de amar de Fromm, asociándolo al pensamiento católico.

45 Eduardo Galeano, Las venas abiertas de América Latina (México: Siglo XXI, 1989).

46 Luis Althusser, Para leer El Capital (México: Siglo XXI, 1969).

47 Publicado en Pekín en 1968 y difundido en América Latina por la Editorial de Lenguas Extranjeras.

48 Llevada al cine por el cineasta Marcelo Ferrari en el año 2003. Ferrari fue simpatizante del MAPU en la Universidad Católica, proveniente de un colegio marianista.

49 Entrevista a Carlos Montes.

50 Memoria MAPU, Ausentes, presentes, 164.

51 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón.

52 Entrevista a Jorge Venegas.

53 Entrevista a Dióscoro Rojas.

54 Sobrenombre popular de Salvador Allende.

55 Equipo de fútbol de Valparaíso.

56 Entrevista a Carlos Montes.

57 Diálogo con Guillermo del Valle.

58 En las nuevas generaciones de mapucistas en los ochenta, hubo un distanciamiento de la poesía militante de Neruda (Canto general) y, tanto Francisco Zañartu, Domingo Montes de Oca y Cristian Warnken en la Universidad Católica, Roberto y Pablo Brodsky, entre otros, leyeron a los americanos, poesía universal y a poetas como Lihn, quien escribió A partir de Manhattan (Santiago, Gamynedes, 1979). En esa poesía, había crítica al autoritarismo, pero también temáticas existenciales y sensuales.

59 Garretón se reencontró con la dirigencia chilena socialista y mapucista en las Escuelas de Mendoza, organizadas en enero los años 1985 y 1986 por el Instituto para el Nuevo Chile, liderado por Jorge Arrate. En dichos encuentros, había nostalgia y a su vez ganas de mostrar que no se estaba «pegado en el pasado». Allí, Óscar Garretón cantaba canciones románticas. Testimonio del autor.

60 Afiche del Bloque Socialista —MAPU y socialistas renovados— a las elecciones de la FECH a fines de 1986.

61 Entrevista a Víctor Barrueto.

62 Entrevista a Eduardo Yentzen.

63 Carlos Montes hizo circular entre los miembros del Comité Central los libros

del investigador argentino Ernesto Laclau, quien animó el viraje cultural de una parte de la izquierda del Cono Sur. Véase Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, Hegemonía y estrategia socialista (Buenos Aires: FCE, 1985).

64 Jaime Estévez, uno de los líderes del MAPU-OC que vivió en Moscú, contó el extraño debate con un miembro de la Academia de Ciencias de la ex

URSS, el cual planteaba que existía una visión de la biología de corte marxista. Apuntes del autor en el curso de la Convergencia Socialista Universitaria, Talagante, enero 1984.

65 Ambos estudiaban Teología en la Universidad Católica. Avilés se inició en el MAPU siendo seminarista de los Sagrados Corazones.

66 Diálogo con Fernando Flores.

67 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón.

68 Comandante en jefe del Ejército en el Gobierno de Ricardo Lagos. Hizo sus estudios con los jesuitas en el Colegio San Ignacio y se hace conocido por su histórico mea culpa que separa al Ejército de las graves violaciones cometidas en la dictadura: «Las atrocidades cometidas no se justifican en ninguna circunstancia». La Nación, 5 de noviembre, 2004.

69 Entrevista a Gabriel Gaspar.

70 Distinciones clásicas del coaching organizacional.

71 Discurso de la presidenta al Congreso, 21 de mayo de 2006. Anexo SERNAM.

72 Óscar Garretón, «Homenaje a Virginia Rodríguez: el último adiós», revista Sábado de El Mercurio, 9 de junio, 2007, 22.

73 Punto de Mujer, EMOL, 4 de julio, 2007. <https://www.google.cl/search?q=Punto+de+Mujer%2C+EMOL%2C+4+de+julio%2C+2007.&oq=Punto+de+M
8>.

74 Francisco Bilbao fue un mapucista del siglo

xix

: joven de alcurnia, viajó a París, adoptó los ideales liberales y socialistas. A su regreso a Chile fundó el Club de la Igualdad, apoyó las revueltas de liberales y federalistas, preso y exiliado, había escandalizado en 1844 con su libro Sociabilidad Chilena, en el cual denunció el abuso y el retraso educacional de los pobres.

75 Entrevista a Ricardo Sazo.

76 Entrevista a Gastón Rojas.

77 Espléndida, fabulosa. Barrueto se hizo famoso por sus chilenismos. Una Comisión Política se dedicó en el año 1986 a rebatirle su idea de titular un panfleto del MAPU con un llamado a desconchinflar la dictadura. Él defendía

que circulaban muchos panfletos y que ese verbo, desconchinflar (sacar de la concha, estropear) llamaría la atención. Testimonio del autor.

78 Entrevista a Víctor Barrueto.

79 Tomás Moulian, Democracia y socialismo en Chile, 93.

80 Montes, Garretón y Alburquerque, Prólogo a Carlos Portantiero, Política y sociedad (Santiago, El Loa, 1987),

81 Portantiero, Política y sociedad, 74.

82 A Rodrigo Egaña le faltaron 40 votos para vencer a los gremialistas en las elecciones de la FEUC del año 1969.

83 Conversación con Marie Therese Holl, encargada de los ex

MAPU de la UC.

84 Eugenio Tironi, «El MAPU ha muerto, ¡Viva el MIR!», Suplemento de Reportajes, La Tercera, domingo 5 de julio, 2009.

85 Tironi, «El MAPU ha muerto, ¡Viva el MIR!», 12.

86 Recordemos que Heráclito es el paradigma del filósofo que defiende que todo fluye y cambia como los ríos al mar, en oposición a Parménides, que defiende la permanencia de los valores e ideas. Recordatorio de los manuales de Filosofía de Humberto Gianini.

87 Tras la plena Independencia de Chile en 1819, los «pipiolos» fueron los partidarios de las libertades públicas, recelan del personalismo de O´Higgins, se acercan a las ideas federales y se enfrentan a los conservadores.

88 «Portalianos» fueron los seguidores de Diego Portales, el influyente ministro que inspiró la Constitución de 1833 de marcado carácter autoritario, presidencialista y centralista. Los portalianos vencen a pipiolos y federalistas.

Conclusiones

Un partido fracasado, una generación influyente

En la historia del MAPU hay una cierta visión de la política que tiene que ver con un concepto de la democracia, con una forma de concebir la participación de la sociedad en los procesos, una forma menos elitista, una idea de la política como proceso donde participa la sociedad. Hay toda una crítica al socialismo y a la Unión Soviética, que fue fundamentalmente desde esta vertiente, antes del golpe. El poder popular no era solamente una visión instrumental de cómo guerrear con otro, también fue una idea de vertiente esencialmente católica, del catolicismo progresista chileno.

Carlos Montes

[1]

Pareciera que el MAPU tuvo más relevancia política una vez que dejó que existir…He llegado a la alarmante conclusión de que hay más exmapucistas hoy,

que militantes en 1973.

Óscar Guillermo Garretón

[2]

Fuimos un fiasco como partido, pero el MAPU fue una gran escuela de cuadros

que ha aportado a Chile.

Fernando Flores

[3]

Nuestra conclusión se acerca a la de Carlos Montes, quien insiste en que el MAPU fue una mezcla de utopismo católico e intelectualidad izquierdista con vocación popular que tuvo su mestizaje en el partido verde y rojo. Historia de una elite formada en el catolicismo social que se radicaliza. Una experiencia que cuaja de minoría profética: logra poder y transforma, combinando mesianismo y pragmatismo. Lanzados al debate siempre innovador que traducen en acción y organización. Siempre el mismo ímpetu: impulsaron las reformas universitarias y agrarias, las expropiaciones de empresas durante la UP, las redes contraculturales bajo la dictadura y los centros y ONG de la renovación socialista para las nuevas temáticas de una izquierda reformista y moderada. Sin embargo, un fracaso como partido, no fueron masivos y sus divisiones frustraron a miles que optaron por retirarse de la orgánica, pero siguieron luciendo el sello MAPU. Esa es la concordancia con Garretón: el MAPU tuvo más fuerza por sus militantes que por el peso de su orgánica, por su hálito y estilo que por documentos oficiales, por sus creaciones académicas y culturales que por su peso electoral en el mundo social y electoral. Llegada la transición de claroscursos, de concesiones y cohabitaciones con el propio dictador, mezclados en los grandes partidos electoralistas de la izquierda, en forma natural el mito con el propio MAPU creció y se amplificó. Aunque tomaron caminos diferentes, todos reconocen que fue un movimiento formador de líderes, como opina el exministro Fernando Flores.

Las elites católico-socialistas: entre el utopismo y el pragmatismo

Como se demostró, el hilo de la historia es antiguo. Las minorías liberacionistas de evangelistas rojos existieron en los curas indigenistas en el siglo xvi, en los sacerdotes e intelectuales pro independencia y pensamiento moderno en el siglo xix, y en los pensadores, sacerdotes, teólogos y políticos cristianos pro socialistas durante el siglo xx.

Las minorías proféticas del cristianismo social tienen similitudes históricas notables: Bartolomé de las Casas, el fraile conocido como el defensor de los indígenas al comienzo de la conquista, tiene el perfil de un mapucista contemporáneo: hijo de un español rico (los MAPU venían de capas medio-altas como Rafael Guilisasti, el presidente de los empresarios chilenos), en su casa de Sevilla conoció a un indio de criado (el pobre expresado en la servidumbre), asiste a buenas universidades y conoce pensadores críticos, como Francisco de Vitoria (el grupo de rebeldes como Marta Harnecker, Tomás Moulian y Rodrigo Ambrosio, que se enamoran del marxismo de Althusser en Francia), acude al Caribe donde se impacta con el abuso de los indígenas en las encomiendas (los trabajadores voluntarios de la FEUC en Chile que sensibilizaron a Miguel Ángel Solar, la vida con sindicatos que lo hizo con Carlos Montes o el análisis de los campesinos de Colchagua a Óscar Guillermo Garretón), escribe un documento esencial con su aliado, el fray Antonio Montesinos (los textos de análisis de la realidad que proliferan en la historia de los mapucistas, desde las tesis de Jaime Gazmuri a las de Kalky Glausser y Eduardo Aquevedo), busca acceder al poder para producir transformaciones (la Reina los recibe y declara a Bartolomé protector de los indígenas), en su pragmatismo y valor intelectual-político alcanza a ser nombrado obispo de Chiapas (léase la historia de Enrique Correa, José Antonio Viera-Gallo o José Miguel Insulza como ministros claves de la Concertación). Son ejemplos de conversión social desde los privilegios, impacto

con el dolor humano de los de abajo, educación, tendencias modernas, redes, disidencia, fuerza política, alianzas, pragmatismo. La historia de rebeldes que se renuevan y se integran al sistema con poder para buscar cambios.

La relatividad del fracaso: logros y sueños rotos de la elite transformadora

La tesis principal parece ser ratificada: el MAPU como fracaso partidario, pero con influencia relevante en el devenir de la izquierda chilena en esas dos décadas. La DC vivió la salida de los mapucistas como una escisión y no un quiebre. De hecho, siguió siendo el principal partido en las elecciones bajo la UP, en las federaciones universitarias en los ochenta y en la primera década de la nueva democracia. El MAPU tuvo un pobre resultado en 1973; después, tuvo algún peso electoral en algunas universidades como articulador de la Convergencia Socialista y subsumiéndose en el PS-PPD. Hay que ser, sin embargo, cuidadoso con la palabra «fracaso», ya que el mismo Ambrosio, cuando inventó el nombre con el núcleo revolucionario de la JDC, pensó en un «movimiento» más que en un partido, y el concepto de «unitario» connotaba la idea de avanzar hacia una unidad mayor de la izquierda y a la construcción de una vanguardia de los trabajadores. Pero luego, desde 1980, en Chile y en el exilio, se jugó activamente por la unidad de la oposición a la dictadura y a la configuración de una coalición de centroizquierda con pacto histórico con la DC. Para algunos fue su redención histórica (ayudar al reencuentro con la DC) o su perdición (el MAPU se evaporó en los partidos PS-PPD llenos de vicios de la política tradicional, donde el poder es más relevante que la reforma).

El MAPU vive con fuerza el péndulo de la radicalización al pragmatismo. En los escritos de Moulian, queda claro que la leninización del MAPU y su homologación con los estilos de la izquierda fueron una traición a la idea fundacional de un partido que usaba el marxismo en forma creativa para inventar un movimiento nuevo. En el libro de Cristina Moyano, se ve esa actitud militante militarizada incluso en la marcha de los secundarios del MAPU para la

muerte de su líder Rodrigo Ambrosio en 1972. Las fotos de Sergio Muñoz reflejan una época; ordenados en hileras, cascos, banderas rojas y verdes arriba de altas varas de coligües, el delgado bambú de Chile. Quizá Moulian pensó en un partido menos militarizado, nada de vanguardia, dialogante, renovador. Pero tuvo indicios de ello y la historia del MAPU no acabó en el 73: su obligada opción por lo alternativo y la educación popular le convertirá en portador de nuevas formas de acción política cultural y movimientista, mucho más parecido a lo que fue, pero le puso empeño. Por cierto, ni la moderada Concertación a la que el MAPU se integra en sus postrimerías en 1987, ni el socialdemócrata eje PS-PPD, se convirtieron en «vanguardia del proletariado», pero es el fin del viaje de un MAPU que siempre mantuvo: la ambigüedad entre aspirar a ser fuerza propia o solo un instrumento transitorio en movimiento a una síntesis política mayor. Desde esa perspectiva, sí podría hablarse del «éxito partidario» del MAPU: con su propia disolución en 1989, se ha creado el PPD como expresión renovada con nuevas agendas y el PS unificado que inserta las corrientes cristiano-marxistas.

No hay una historia, a pesar de nuestro esfuerzo, por dedicar muchas páginas a demostrar que el MAPU es radicalismo de elites católicas con una gran capacidad de adaptabilidad, lo que les hicimos combinar, lo que en apariencia es incompatible: utopismo-pragmatismo. A pesar de los bruscos vaivenes y virajes históricos, tienen continuidad en su sensibilidad social desde un disco duro redentorista, un cierto tipo de catolicismo social, como lo dice Carlos Montes, que refuta a los autores que ven en el MAPU solo la impronta juvenil de fines de los años sesenta.

Afirmaciones posibles sobre el MAPU

Nuestra precaria verdad (verde como el MAPU) reafirmó lo que sigue y que enriquece los estudios sobre dicho partido, ya que hasta hoy han sido parciales o referidos a alguna de sus facciones o muy centradas en su grupo fundacional. Estas son afirmaciones sobre los veinte años del MAPU y cuarenta de su influencia:

1. La influencia del cristianismo social: el MAPU fue uno de los protagonistas de la inserción de los cristianos en la izquierda. El Movimiento Cristianos por el Socialismo y las redes basadas en la teología de la liberación desarrollan un papel clave. Además, la creación de la Izquierda Cristiana en 1971 le quita dicha especificidad al MAPU, lo que, sumado a otras circunstancias, hace que este opte por el marxismo. Bajo la dictadura, los MAPU vuelven a acercarse a la Iglesia, tanto por el rol del cardenal Silva como por los nuevos militantes que provienen de la participación eclesial de base o de sus pastorales juveniles y universitarias. Como partido, fue explícito en todo el proceso hacia la unidad socialista de reivindicar la corriente socialista cristiana como esencial, acorde con su particularidad histórica.

2. Se caracterizaron por el fuerte mesianismo iluminista: reafirmamos su rasgo iluminista como explicación de su tendencia, tanto al dogmatismo como a la innovación; al fraccionalismo sectario como al más crudo individualismo. Este carácter es el que le hace imposible llegar a ser un partido electoral de masas. Los mapucistas viven en cierta complejidad de análisis, inmersos en el debate de la coyuntura y creación de propuestas. El MAPU fue siempre una minoría profética, al decir de los liberacionistas. No tiene tradición electoral relevante ni lógica transaccional de crear alianzas como lo es la política tradicional de la «gente normal». Esta tendencia es la que es revertida en los ochenta con un giro pragmático, que luego se ve ahondado por el dilema entre integrarse al PPD-PS o desaparecer. También es lo que ayuda a muchos mapucistas a reinventarse en el sector privado.

3. Nacen en la tensión DC entre reforma o revolución: El MAPU nace por la sensación de fracaso de la Revolución en Libertad llevada adelante por la Democracia Cristiana en su «camino propio», como por la izquierdización de sectores universitarios vinculados al social-cristianismo en las capas medias chilenas, la década revolucionaria y la explosión de movilización social en el campo y la ciudad.

4. Son alternativa por lo tradicional del PC y el PS: La limitación electoral y político-cultural del PC (pro Moscú) y de un PS que oscilaba entre el populismo, la retórica revolucionaria y el parlamentarismo, explican el espacio para una tercera corriente en la izquierda chilena, más vinculada a las nuevas vanguardias. Además, el PS mostró incapacidad para acoger a sectores de raigambre cristiana y universitaria con nuevas agendas. Los principales promotores de una coalición de izquierda más plural, que insertara al MAPU y al centrista Partido Radical, fueron los comunistas y el propio Allende, no el PS.

5. Fueron una escuela del debate y el análisis: Tempranamente, optó por ser una escuela de cuadros, formadora de líderes, con alta valoración del debate, de los documentos y de la reflexión colectiva. Su estilo de militancia no encajaba con el activismo tradicional de izquierda, el asambleísmo o el electoralismo. Fue un movimiento intelectualizante desde su fundación hasta su extinción.

6. La leninización les hace perder cristianos: La temprana leninización del MAPU les llevó a su primer quiebre en 1971, año en que muchos de sus miembros acudieron a la creación de la Izquierda Cristiana, rescatando la especificidad de lo «cristiano» en la izquierda chilena.

7. Su división expresó el quiebre total de la UP: La división de la Unidad Popular entre un polo revolucionario y otro reformista, más ligado a Salvador Allende, está en la base del quiebre del propio MAPU en las facciones «Garretón» (MAPU) y «Gazmuri» (MAPU-Obrero Campesino).

8. Hubo influencia de Allende y su equipo en su fractura: la división del MAPU en 1973 fue producto de la polarización de la época y de la división de toda la izquierda, pero también un experimento de Allende y su entorno para dar una señal de «orden» en general a los grupos más insurreccionales de la Unidad Popular. Dividir el PS era una cuestión más grave. Ese hecho, que reconocen Garcés y algunos entrevistados, es discutido por la versión oficial de Jaime Gazmuri de que ellos (los moderados) deciden el quiebre tras perder el II

Congreso en diciembre de 1972. La verdad es que solo se produce tres meses después, tras las elecciones parlamentarias de marzo de 1973.

9. El estilo estatalista del MOC y basista del MAPU: Esta división persistió en el tiempo en un estilo cultural que liga al MAPU-OC a una visión más estatalista, vinculada al poder Ejecutivo (fue el núcleo dominante en la transición), mientras el MAPU Garretón cultivó su opción basista, con mayor sensibilidad a movimientos sociales alternativos y a una actitud crítica. La UJD del MOC se escapa a dicho molde al tener su propia identidad como sector culturalista con influencia en medios de comunicación.

10. Eficientes para sobrevivir en dictadura: La existencia de cuadros político-profesionales permitió a ambos MAPU la sobrevivencia en dictadura y su influencia en la reconstrucción de tejidos sociales, culturales y políticos antiautoritarios, agrupándose en una red de ONG, centros culturales, sindicatos y movimientos universitarios. La educación popular de Paulo Freire fue un referente clave, la búsqueda de apoyo a sujetos populares y subalternos diversos, incorporando nuevas temáticas al mundo de la izquierda, como el feminismo y el desarrollo local. Desde allí, construirán un poder político que se traducirá en alcaldes, parlamentarios y cargos públicos en la nueva democracia.

11. Eficacia de sus ONG para construir poder: hay una relación directa en el poder político que obtienen los mapucistas en la nueva democracia y las ONG que lograron crear en los territorios o temas que asumieron. Montes es diputado en La Florida donde creó Cordillera; la red CEDAL les permitió elegir alcaldes en Viña del Mar, Copiapó, Mejillones y Rancagua (donde tuvieron oficinas vinculadas). En lo programático es similar: sus integrantes pesarán en educación, desde la FLACSO, PIIE y CIDE; en medio ambiente, desde el Instituto de Ecología Política; en comunicaciones y lo urbano, desde SUR y Taller Norte; en lo agrario, con el GIA y el GEA. Es la sumatoria de un centenar de ONG donde ambos MAPU ejercerán una fuerte influencia. «Cada mapucista una ONG», fue una suerte de silente consigna en los ochenta.

12. Universitarios pro innovación-modernización: el rasgo de los mapucistas como innovadores sí aparece como una continuidad histórica innegable, aunque no exclusiva. Traen nuevos conceptos, apuntan a movimientos sociales emergentes, traducen en Chile las agendas posmaterialistas. Un descubrimiento es que estas agendas son, en gran medida, impuestas por las propias agencias europeas que colaboran indirectamente con el MAPU, por la vía del financiamiento de las ONG. Son holandeses, suecos, franceses, italianos, españoles, alemanes, quienes les van interesando en temáticas feministas, indigenistas, ecológicas, descentralizadoras. La visión territorial de la política —no solo de clases u obrerista— es otro rasgo innovador. El MAPU fue no solo un partido pro revolución sino también una corriente «modernizante» que buscó introducir innovaciones en la UP y nuevas agendas en la izquierda durante los ochenta (productivismo, informática, ecologismo, feminismo, poder local, emprendimiento).

13. Muy abiertos a las influencias externas: Descubrimos un MAPU con mucha influencia europea porque muchos estudiaron allí, leyeron teóricos continentales y allí se radicó la mayoría de los exiliados mapucistas, como el Frente Exterior de domicilio belgo-francés-italiano. De Francia viene el marxismo estructuralista; de Italia, las ideas de Gramsci. También hay un aporte latinoamericano, en el influjo vía Carlos Montes de los marxistas renovadores argentinos Portantiero y Laclau. Los que se gradúan en EEUU también ejercerán influencia. Hay de todo: hippies, existencialistas, ecologistas, partidarios del New Age.

14. Fueron protagonistas en la renovación: el MAPU no inventó la renovación socialista, pero fue un protagonista clave. La renovación de la izquierda fue un fenómeno universal vinculado al auge planetario de los derechos humanos, al proceso del eurocomunismo, y a la crisis del marxismo y del bloque soviético durante los ochenta. La originalidad del MAPU es la temprana comprensión de que el Golpe de Estado fue una derrota estratégica y que había que reinventarse en lo personal, modificar el rol del propio MAPU y romper con el frente de izquierda para crear el compromiso histórico Socialista-Democracia Cristiana.

15. La renovación es por el fracaso y la vida en Europa. La renovación socialista tiene su origen en el fracaso de la Unidad Popular, el exilio en Europa occidental, las malas experiencias en los «socialismos reales del Este», el auge del eurocomunismo, la propuesta del pacto histórico DC-PC en Italia, y la llegada de González y Mitterrand al poder. Estos son los procesos históricos que inspiran la renovación mapucista y socialista chilena, que a su vez permitió la alianza con la Democracia Cristiana, tanto en la lucha contra la dictadura como en la construcción de un pacto político que diera sustento a los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia.

16. El estilo iluminista provocó facciones extremistas excéntricas. El estilo iluminista de los miembros del MAPU les hizo conocidos por sus innovaciones, pero, a su vez, generó extravíos subculturales que explican la tendencia a su fragmentación, incluyendo algunos grupos marginales. Un líder iluminado —que posee la verdad— lleva al colectivo por la línea correcta. Es lo que se aprecia en el leninismo obrerista del MOC Proletario de Fernando Ávila, en el MAPU Lautaro de Guillermo Ossandón, y en el maoísta MAPU PT de Eduardo Aquevedo. Los tres fueron conocidos por sesudos análisis, muchas lecturas y largos documentos. Ninguno de los tres participó de las lógicas globales de la política; construcción de fuerza electoral, transacciones, negociaciones, construcción de coaliciones (aunque el MOC proletario fue miembro de la Concertación, pero no figuró en nada).

17. El fracaso de la UP hizo reyes del orden a la generación fundacional: La conversión al orden y el mercado tras la derrota de la Unidad Popular —donde la historia les culpa de desorden, izquierdismo y fraccionalismo— hace a los líderes fundadores del MAPU convertirse en fervientes partidarios de la estabilidad, de las coaliciones mayoritarias y de la administración eficiente, aminorándose su tendencia a la reforma y a la innovación por otra marcadamente administradora del poder. Por cierto, hubo disidentes, pero la mayoría se convirtió a la estabilidad. Como apuntamos, Norbert Lechner había advertido que el tema del orden sería esencial en la generación de la UP, pero que no podía olvidarse que la democracia es siempre conflicto, lo que genera

reformas para construir una nueva legitimidad. Esto último fue un valor menor en la transición. Esta obsesión fue menos marcada en la generación de los ochenta mapucista, que mostró mayor criticidad y disidencia. La imagen de esto es que mientras Enrique Correa negociaba con los generales pinochetistas en sus amenazas a la nueva democracia, Francisco Estévez se atrevía en los noventa a apagar la Llama de la Libertad, símbolo del régimen, frente a La Moneda. Ambos, Correa y Estévez, provenían del MAPU-OC.

18. Se nutren de nuevas corrientes cristianas liberacionistas. El impacto de la Revolución Sandinista, con su mezcla de marxistas y cristianos, junto a la vitalidad de los grupos de teología de la liberación y cristianismo popular en Chile darían, a comienzos de los ochenta, apoyo logístico y cultural para que el MAPU y la Izquierda Cristiana tuvieran hacia los años 1982-1985 un crecimiento interesante, como se expresó en el Congreso de Unidad del MAPU en el año 1985 y los fallidos intentos de crear el eje MAPU-IC como «polo popular cristiano». Esto es absolutamente omitido en otras investigaciones.

19. La tendencia al «tercerismo» en pos de la Unidad. Otro hallazgo, al mirar el conjunto de documentos y testimonios, es el empeño del MAPU por ponerse al medio —el «tercerismo»—, que termina marginándolo frente al PS renovado, con el cual compartían el mismo nivel de fuerza orgánica a mediados de los ochenta. La apertura democrática y la definición neta de los socialistas renovados de aliarse a la DC (la apuesta de Ricardo Núñez y Ricardo Lagos) termina debilitando el empeño postrero del MAPU de perfilar un socialismo autónomo y participar de ambas alianzas (con la DC y con el PC). El MAPU tenía deseos, pero la salida político-electoral empujaba a una solución pactada y cargada al centro, que era lo que la sociedad esperaba después de los traumáticos gobiernos de Allende y Pinochet.

20. El MAPU fue varias generaciones y no solo la fundadora: El MAPU no es solo su generación fundadora sino una escuela de cuatro generaciones:

a. La fundadora marcada por: su formación cristiana, la adopción del marxismo, el ansia de poder y la culpa por la derrota de la UP. Lideraron ONG y ocuparon cargos claves en la Concertación con gran pragmatismo.

b. Los culturalistas de fines de los setenta que supieron vivir en la clandestinidad y tejieron redes de resistencia. Esta generación ocupó roles secundarios en los gobiernos concertacionistas; muchos volvieron al sector privado o prefirieron la vida académica en universidades.

c. Los liberacionistas de la explosión de las protestas (1982-1985) que estuvieron muy vinculados a la Iglesia Católica, tanto en lo universitario como en las poblaciones. Muchos no siguieron militando; otros, tuvieron roles asesores, vida en los partidos PS y PPD, y se dispersaron.

d. Los cabros (muchachos) de la secundaria: la última generación de hijos de mapucistas o neo MAPU que fueron estudiantes secundarios (FESES) en torno al plebiscito de 1988, que se caracterizaron por un mayor escepticismo, aunque lograron posiciones en el gobierno y en el sindicalismo.

21. Fueron pragmáticos en la transición y tomaron poder en el eje PS-PPD:

La autoconciencia de su pequeño peso electoral (en las parlamentarias de marzo de 1973 —solo un 2,6% y mala nota en las encuestas de fines de los ochenta—), sus divisiones y el realismo que implicaba asumir sus nulas posibilidades de sobrevivencia bajo el sistema electoral marcadamente «mayoritario» impuesto por Pinochet, hace «natural» que los mapucistas optaran por «superar» sus orgánicas en el periodo 1985-1988 y se incorporaran al Partido Socialista y al nuevo Partido Por la Democracia (PPD), liderado por Ricardo Lagos.

22. El núcleo ligado al MAPU-OC fue el más influyente en la Concertación:

El núcleo más exitoso de mapucistas fue el ligado al ala moderada en la Unidad Popular, vinculado al poder «estatal», expresado en el MAPU-Obrero Campesino (MOC), lo que explica que los cuatro ministros claves que han sido miembros de los equipos políticos esenciales de los cuatro gobiernos de la Concertación provengan de dicha fracción mapucista: Enrique Correa con Aylwin; José Joaquín Brunner con Frei Ruiz

–

Tagle; José Miguel Insulza con Lagos; y José Antonio Viera-Gallo con Michelle Bachelet. Es la red que promovió a Insulza como secretario general de la OEA y que intentó persuadirlo de que compitiera como candidato presidencial en las elecciones del año 2009, pero el «Pánzer» se disolvió en sus dudas y en la vana espera de que toda la Concertación le apoyara. Resignó a favor de Frei y perdió.

23. La elite transformadora.

En un artículo para la Revista de Ciencia Política de la UC, usamos la expresión de elite transformadora para apartarse de la dicotomía simplista de los mapucistas como pragmáticos cínicos y oportunistas. Fueron tanto los críticos de la Concertación (Moulian, Baquedano, entre muchos) y sus mayores adláteres desde el vínculo con los grupos económicos (Correa, Tironi). Lo transformador se asocia a innovación, adaptabilidad y nuevas agendas, así como a la sintonía con los momentos históricos que fluctúan entre los quiebres, la construcción de fuerza social y la gobernabilidad. Los mapucistas se mueven con ductilidad en dichas dimensiones[4].

1 Entrevista a Carlos Montes.

2 Óscar Guillermo Garretón, «Apuntes personales para una historia del MAPU», Suplemento de Reportajes de La Tercera, 8 de abril, 2007, 15.

3 Diálogo con Fernando Flores, julio, 2007.

4 Esteban Valenzuela, «El caso del MAPU como elite transformadora», Revista de Ciencia Política, vol.31, núm. 2, (2011): 187-206.

Epílogo

La añoranza del difunto que no quiere morir

Nuestro nacimiento representó algo mucho más grande que la orgánica del MAPU. Fuimos la expresión política de un vasto proceso popular que remeció Chile en la década de los '60. Expresamos a toda una franja de obreros jóvenes de las industrias manufactureras, al torrente campesino que se incorporó masivamente a la lucha social, a la juventud rebelde: Aquélla que impulsó las detonantes luchas universitarias de los años '67 y '68, a aquélla de los miles de clubes juveniles que brotaban en las poblaciones populares, a aquélla que despertó las provincias dormidas y a aquélla que le dio nuevo sello progresista a la comunidad cristiana y se tomó la Catedral de Santiago[1].

Óscar Guillermo Garretón

Para los que deseen la muerte del MAPU, la declinación de Insulza al competir por la presidencia de la república en el año 2009 fue la «esperanza» de su verdadero final como red fáctica poderosa: los «iluminados» no supieron leer los cambios en la sociedad chilena, optaron por el paradigma del continuismo que era una segunda presidencia de Eduardo Frei hijo, y perdieron el poder en manos del empresario de centroderecha y familia democratacristiana, Sebastián Piñera. Dejaron de ser innovadores-transformadores y se volvieron continuistas. Si en 1989 murió el MAPU orgánico, el año 2009, con la derrota de la Concertación, se acabó el MAPU como red de influencia. Sin embargo, ese análisis es una simplificación banal. En la trinchera crítica a la Concertación había muchos mapucistas, tanto en las campañas de Jorge Arrate (el filósofo Salvat, entre muchos) como en la de Marco Enríquez

–

Ominami (Manuel Baquedano y el Partido Ecologista). Lo verde recrudece como buena y mala yerba. En 2013, la prensa afirmó que Enrique Correa asesoraba a Bachelet y Carlos Montes animaba a los mapucistas de izquierda, más ligados a los movimientos sociales. Ni el MAPU-OC «fáctico» ni el MAPU «movimientista» desaparecieron de la historia. Además, sigue el mito y la nostalgia de las generaciones que portaron un día brazaletes verdes y rojos, buscando la utopía imposible del no lugar.

A la visión global del líder histórico Garretón, sumamos la visión particular de un militante común y corriente, el arquitecto Víctor Basauri, quien, junto con Thelma Gálvez, activa feminista, forman una pareja de viejos exmapucistas[2]. Ellos nunca ocuparon cargos partidarios. Basauri lideró una importante ONG dedicada a la vivienda popular, al urbanismo y a la crítica de la segregación socioespacial bajo la dictadura. En 2000, se retiraron a Punta de Tralca, balneario contiguo a Isla Negra. En la conversación, Víctor sonríe con su barba blanca y se ve feliz con Thelma. Ella luce su espléndida cabellera blanca. Dialogamos con Janny Van Es, la holandesa de la Agencia Hivos que financió numerosos proyectos vinculados al MAPU.

Corre enero de 2007 y arrecian las críticas a la Concertación. Thelma reclama por los juicios machistas contra el Gobierno de Bachelet. Basauri, a sus setenta años, ya no tiene ganas de emprender nuevos proyectos políticos. Su orgullo es el MAPU, la bandera verde y la estrella roja. El matrimonio habla con devoción de Gabriel Gaspar, el exsubsecretario de Guerra que decidió donar la indemnización de cien mil dólares que recibió por una propiedad del MAPU que estaba a su nombre en la zona sur de Santiago. Destinó el dinero a la Fundación Memoria MAPU, que organiza romerías a la tumba de Rodrigo Ambrosio, editó un libro de homenaje a los caídos, levantó una escultura en Villa Grimaldi, excentro de detención y tortura. Basauri sabe que la historia del MAPU, como toda vida, es de aciertos y derrotas. Pero fue su historia más intensa y la reivindica:

Yo me quedo con la búsqueda de un camino original de socialismo democrático

a la chilena, con nuestros intentos de innovación, con nuestro aporte por traer los nuevos temas a la izquierda como la participación, los asuntos urbanos-espaciales, el feminismo, la ecología, el poder local. Eso fui yo, eso fue el MAPU para mí[3].

Una expresión dolorosa de nostalgia por el MAPU es la de Adriana Sepúlveda, quien, poco antes de quitarse la vida, recordó que seguía soñando con el partido como con su Arcadia perdida:

Hubiera seguido con el MAPU. Anoche, hablando con Luis Coba[4], nos decíamos que teníamos que organizar algo que no fuera solo la memoria del MAPU, sino una cosa que nos diera la sensación de un partido. ¿Sabes lo que pasa? Tuvimos una cosa de mística… como el discurso de la Vicky Gallardo que fue maravilloso[5]: habló acerca de los sueños, de dónde habían quedado nuestros sueños. Eso no existe en ninguna parte, y de los discursos de ahora ya no creo nada.

En cambio, la otra dirigente del MAPU entrevistada, Gladys Göeder, muestra un cierto hastío hacia el MAPU y su intelectualismo verborreico. La diferencia puede estar en que Gladys Göeder vivió con crudeza el Golpe, mientras Polly Sepúlveda se hizo mapucista a fines de los setenta: «Nosotros éramos muy jóvenes, la gente era muy intelectual. Yo me considero práctica también. Los mapucistas fueron [duda]… no podría decir demagogos, pero sí muy intelectuales, si intelectualizaba mucho».

La dualidad del MAPU

—

mesiánico y pragmático, empujador de nuevas ideas y cuidadoso del poder, flexible o acomodaticio

—

es lo que releva el alcalde de Lota, Jorge Venegas, en el año 2008: valora la capacidad del Guatón[6] Correa para hacer esas síntesis que expresó el MAPU en sus orígenes y luego en la renovación. Pero indica que ese «adelantarse a los tiempos» se tradujo en oportunismo:

Yo creo que el MAPU olfatea muy bien la realidad, sabía para dónde iba. Por eso te digo que en 1973 el MAPU en Concepción tuvo en general una buena votación y es porque había un movimiento social bastante izquierdizante y yo creo que el MAPU era capaz de entregar también orientación adecuada para ese segmento, y luego es capaz de sobrevivir y de adecuarse a un nuevo contexto. Por eso que es capaz de crear un partido instrumental como el PPD. Tiene bastante sensibilidad, que muchas veces se confunde con actitudes acomodaticias […]. A esta altura del partido, creo que ha ido predominando la actitud acomodaticia, más que de consistencia política. Y está muy acorde con los tiempos: tenemos una Concertación desfigurada, derechizada, muy acomodaticia. Y ¿quiénes son los que hoy están? Son precisamente del sector del MAPU.

Venegas es parte de los mapucistas díscolos, como se les llamó a contar del año 2006 a aquellos que renunciaron a la Concertación por sus prácticas autoritarias

—

a él no le permitieron hacer primarias para seleccionar al candidato a alcalde de Lota y debió ganar por fuera de la coalición

—

o que expresaron disidencias por falta de reformismo en la centroizquierda en temas socioeconómicos y culturales. Venegas apoyó en 2009 al candidato presidencial de la izquierda inconformista, Marco Enríquez-Ominami, a cuya candidatura Óscar Guillermo Garretón llamó un vodevil (comedia frívola)[7] en una columna de opinión del vespertino La Segunda. Los mapucistas, como toda la izquierda y los propios exmapucistas, se dividieron en autoflagelantes

(críticos) y autocomplacientes (oficialistas)[8]. Garretón estuvo entre los últimos y reivindicó el cambio de muchos viejos revolucionarios: «Después de cuarenta años en política, considero legítimo cambiar; no me soportaría mirarme todos los días en el espejo y no darme cuenta de que cambié»[9].

Gastón Rojas, que es un feroz crítico del coqueteo y la práctica violentista de algunos sectores del MAPU, rescata que a pesar de la tentación, a los mapucistas los movió a hacer el bien, como niños de grupos de boys scout católicos:

La clave es que la emoción base, el estado de ánimo básico de este grupo, no era el resentimiento. No veníamos de andar cobrándole factura a la vida ni echándoles la culpa a los papás. Había una actitud positiva, noble, ingenua también, pero muy genuina. Yo creo que éramos cándidos, había una candidez que venía de un espíritu muy ligado a la cosa católica, en particular en lo mío, a la vida de boy scout; esa inclinación de hacerse cargo de los débiles, de liderar, y luego la cosa católica propiamente de entrega a los pobres[10].

Los más jóvenes, los últimos mapucistas que creyeron en el socialismo alternativo en los ochenta, también se dividen en nostálgicos, como Adriana Sepúlveda, y dirigentes que, como Jofré, reivindican el MAPU en tanto escuela en que se fundían el izquierdismo libertario (semianarquista), el hippismo y el catolicismo liberacionista:

Yo nunca consideré la historia del MAPU como un fracaso. Sentí en un momento que no había más qué hacer, que había cumplido su etapa fomentando otros movimientos. De hecho, recuerdo que a nosotros nos motejaban, dada esa experiencia renovadora que habíamos vivido, en el Regional Oriente donde fui secretario político por mucho tiempo, como el Regional Lila. Tuvimos un estilo a medio camino entre el izquierdismo, el hippismo y el anarquismo, con bases católicas, hasta hoy día en que me defino como un católico liberal.

El 19 de mayo del año 2008, los exmapucistas se vuelven a reunir en la sede de SUR. Victoria Gallardo cede la dirección del grupo Memoria MAPU a Luis Magallón. En su discurso, hay nostalgia y se habla de «recuperar los sueños perdidos»[11]. Luego, se entregan distinciones a tres exmilitantes que retratan lo que fue el partido verde y rojo: el sacerdote jesuita Gonzalo Arroyo, el economista Humberto Vega[12] y el líder de la reforma universitaria Miguel Ángel Solar.

Los clubes mapucistas son una docena: Memoria MAPU <www.MAPUenlalucha.blogspot.com>, rodrigoambrosio.bliggo.com (desde Alemania), Yo pertenecí al MAPU en facebook, el MAPU de Suecia, el de Valparaíso, la red de exmapucistas de los años ochenta en la Universidad Católica que contacta Marichen Holl como el mejor curso de la historia, los exmilitantes de Concepción que celebran su propio 19 de mayo. En cada encuentro, por cierto, analizan la coyuntura: son críticos (de ellos mismos) y buscan diseñar la línea correcta… de esto se ríe Víctor Barrueto, en el caso del pequeño MAPU-OC (proletario), que desde 1987 fue el partido número 17 de la Concertación y sigue existiendo. Barrueto lo califica de secta, pero con la línea correcta, que hasta es capaz de orientar la realidad:

Se quedaron en la línea correcta y ellos creen, yo los conozco algo. Es una cosa muy loca y chistosa, se juntan y escriben un documento cada tres meses, lo publican y lo hacen circular, y como en la realidad pasan cosas que coinciden con la línea correcta, ellos creen que dirigen la realidad. Están en la línea, su rol estratégico político es interpretar las cosas[13].

Con menos humor, el exdirigente Ismael Llona se ha trenzado en agrias polémicas con los sostenedores del blog www.MAPUenlalucha.com, pues considera una falta de respeto hablar en nombre de un partido que ya no existe. Una suerte de última división del MAPU: los que fueron militantes y los que dicen ser militantes de un partido que ya no existe. Es decir, entre realistas que viven su duelo y nostálgicos rabiosos que siguen dando vida al MAPU en Internet, que con razón llaman el fenómeno de la second life por la simplicidad

para construir realidades virtuales. Quien se lo toma con humor, en relación con la relevancia posterior del MAPU, es Óscar Guillermo Garretón: «Pareciera que el MAPU tuvo más relevancia política una vez que dejó de existir […]. He llegado a la alarmante conclusión de que hoy (2007) hay más exmapucistas que militantes en 1973»[14].

Los destacados intelectuales que formaron la UJD, por su parte, al cumplirse treinta y tres años de su fundación, hablan como si la juventud del MAPU-OC siguiera viva:

En un emotivo encuentro celebramos los 33 años de la UJD. Del Comité Exterior estaban los compañeros Oscar Knust (Alemania) y Juan Solís de Ovando (España). Eugenia Pavez leyó un saludo de Germán Rojas que está en España, y Jorge Ragal entregó los saludos de Catalina Rojas que se encuentra en Alemania. El compañero Estévez planteó la idea de publicar un libro con los testimonios de todos quienes fuimos militantes de la UJD. El editor sera el compañero Eduardo Yentzen[15].

Los exmapucistas seguirán sacando revistas hasta el fin de los tiempos. Parece evidente que sus nuevas identidades como militantes del PS o del PPD no les satisfacen y muchos vuelven a su independencia y se refugian en su calidad de exmapucistas.

En las postrimerías de la Concertación, la revista satírica y crítica The Clinic titula su crónica política mostrando una rabia ambiental: ¿Por qué siempre gana el MAPU?[16]. La respuesta es que los mapucistas del poder y los críticos, los que mataron al partido y los que lo mantienen vivo como un club social sempiterno, todos tienen la «línea correcta» y hacen un «documento».

En el otoño de 2012, en una larga reunión con el Comité Memoria MAPU en la

sede de SUR, repasamos para el anexo final de este libro decenas de nombres de mapucistas, desde los asesinados a los empresarios, del MOC al Lautaro, pijes y pobladores, católicos y leninistas, racionalistas y budistas…Nadie debía quedar fuera. A mi cabeza se venía la música y las imágenes de la película de Spielberg: La Lista de Schindler… Había que rescatarlos a todos del holocausto del olvido… sin duda una pretensión imposible. Es una tesis imperfecta de una familia imperfecta y de un partido imperfecto. Sergio Muñoz e Ismael Llona, amigos de luchas en los ochenta, fueron los últimos consultados, pero yo asumo la responsabilidad de esta memoria imperfecta pero respetuosa (no idílica) con las historias verde-rojas y con los que ya no están. Perviven.

Montes: ¿el último MAPU?

En la elección de Bachelet para el período 2014-2018 causó sorpresa que Carlos Montes, el diputado «mejor evaluado» por sus pares durante dos décadas, el sesudo mapucista, resultara electo senador por Santiago, desplazando a Soledad Alvear en la Nueva Mayoría. Pamela Farías articuló a centenares de mapucistas que acompañaron a Montes a las reuniones de base, actos culturales, debates. Una campaña como las de los tiempos juveniles, cuando Montes estaba a cargo del combativo Regional Sur y los cordones industriales; politizando, sin clientelismo, apelando a la conciencia para sí, a la sociabilidad.

Los otros exsecretarios generales siguen influyendo a medio siglo de que se activaran los rebeldes para fundar a los verde y rojo: Barrueto perdió por poco su elección de diputado en Peñalolén; González ganó un cuarto período en Viña del Mar; Garretón siguió en sus negocios, pero la prensa asume que será uno de los consejeros de Bachelet. Con Montes en el Senado

—

el nuevo articulador

—

el mapucismo se proyecta a su tercera edad.

Nunca se sabe con los mapucistas que siguen co-inspirando. Con los movimientos sociales y el giro reformista del 2010-2014, hacen relecturas del pasado y muchos muestran ductibilidad pro transformaciones, en oposición a quienes siguen temerosos de una nueva constitución y defienden el modelo concertacionista (E. Correa, J. M. Insulza). Jaime Gazmuri, nombrado embajador en Brasil, quien decidió que el grueso del MAPU-OC integrara el PS moderado y, por tanto, rechazó la idea de fortalecer la unidad y vigencia del MAPU unificado, reconoce que faltó una fuerza renovadora anclada en la izquierda: «En un lado, fuimos claves en la lucha por la democracia, en ganar el plebiscito y recuperar los DD. HH. Está claro que, en el otro (la transformación), se extravió mucho el camino, pero es una historia que aún no termina[17]. Su propio impulsor relee con dudas la decisión de influir en el sector renovado del socialismo en 1983, «preludio del éxito», al decir de Rojas[18]. El propio Gazmuri relata con más orgullo el período en que el MAPU-OC fue el creador de soportes culturales contra la dictadura[19], su papel de ligar a la FF. AA. con los movimientos populares para soportar el Paro de Octubre de 1972, que el devenir en la gestión de los años concertacionistas. Para algunos, la tensión entre moderados y puntudos que atravesó al MAPU en su historia, tiende en la «vejez» a una nueva síntesis, donde se reencuentran en el rescate de la construcción del socialismo por la vía democrática en alianza con los movimientos sociales[20], evitando el aburguesamiento como funcionarios del poder. La historia no termina y otra tesis develará la verdad de la influencia de las redes mapucistas en la postdictadura y la tensión entre flagerantes y autocomplacientes que atravesó a toda la izquierda concertacionista. El regreso a las marchas, movimientos sociales y academia crítica de muchos mapucistas desde el 2010, es una historia que marcará las tramas del futuro. La mayoría mapucista sigue viva.

Ñuñoa, abril de 2014.

1 Óscar Guillermo Garretón, «Mensaje al Tercer Congreso», en Esteban Valenzuela, MAPU: Fuerza socialista, 23.

2 Entrevista a Víctor Basauri, Punta de Tralca, enero, 2007.

3 Ibíd.

4 Luis Coba es un abogado laboralista, quien militó en el MAPU y fue compañero de trabajo de Adriana Sepúlveda en CEDAL.

5 Se refiere al acto de aniversario del MAPU del 19 de mayo del año 2008.

6 El guatón o el gordo Correa es el apodo de Enrique Correa —ideólogo del MAPU y ministro de Aylwin— desde sus tiempos de rebelde en la Democracia Cristiana.

7 Viene del francés Vaudeville, subgénero de comedia picante que practicaban los juglares (Wikipedia). Según la RAE: Comedia frívola, ligera y picante, de argumento basado en la intriga y el equívoco, que puede incluir números musicales y de variedades.

8 Estas distinciones surgieron a partir de fines del año 1997 cuando la Concertación tuvo un mal resultado parlamentario y se hizo popular el libro del mapucista Tomás Moulian, líder de los críticos, Chile actual: Anatomía de un mito. Surgieron documentos al interior de la Concertación. Muchos de los autoflagelantes convergieron hacia el 2009 a la candidatura de Enríquez-Ominami.

9 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón.

10 Entrevista a Gastón Rojas.

11 Testimonio de Adriana Sepúlveda.

12 Trabajó en el Programa de Economía del Trabajo de la Academia del Humanismo Cristiano y fue director de presupuesto de la nación.

13 Entrevista a Víctor Barrueto.

14 Óscar Guillermo Garretón, «Apuntes personales para una historia del MAPU», La Tercera, domingo 8 de abril, 2007, 15.

15 Grupo UJD facebook. Noticia portada.

16 The Clinic, abril, 2007.

17 Entrevista Jaime Gazmuri, diciembre, 2013.

18 Mauricio Rojas, «La evolución de la izquierda chilena durante la dictadura militar (1973-1990)» (tesis de Doctorado en Ciencia Política, Universidad Complutense de Madrid, 2013).

19 Rojas Entrevista a Eduardo Yentzen, La vida de todos (Santiago: Universidad Bolivariana, 2005).

20 Carlos Ruiz, «El MAPU y la vía al socialismo como construcción democrática», revista Izquierdas, año 3, vol, 4 (2009).

Referencias y anexos

Cuadro sinóptico de la historia: 1969-1989.

MAPU
FUNDACIÓN: DE LOS REBELDES Y COMUNITARIAS DE LA DC AL MA
EL MAPU SE RADICALIZA Y DIVIDE BAJO LA UNIDAD POPULAR (197
REPRESIÓN Y AUTOCRÍTICA BAJO LA DICTADURA (1973-1979) La dicta
RENOVACIÓN SOCIALISTA Y UNIDAD CONTRA LA DICTADURA (1979-
REUNIFICACIÓN DEL MAPU Y FUSIÓN CON EL PPD-PS: EL CAMINO E

Listado de algunos mapucistas. Mártires y militantes

Mártires: ejecutados y desaparecidos[1]

1. René Guillermo Aguilera Olivares, 41 años. Muerto en tiroteo. Valparaíso. Septiembre 1973. Militante del MAPU.

2. Hernaldo Aguilera Salas, 28 años. Ejecutado. Freire. Octubre 1973. Simpatizante del MAPU-OC. Campesino y miembro de la directiva del asentamiento El Roble.

3. Carlos Enrique Alcayaga Varela, 38 años. Ejecutado. La Serena. Octubre 1973. Militante del MAPU. Se desempeñaba como maestro albañil, secretario regional de la Central Única de Trabajadores (CUT), gobernador de Vicuña.

4. Lucio Hernán Angulo Carrillo, 37 años. Detenido desaparecido. Pto. Octay. Septiembre 1973. Militante del MAPU-OC, obrero agrícola, dirigente sindical.

5. Levy Segundo Arraño Sancho, 27 Años. Detenido desaparecido. Quillota. Enero 1974. Militante del MAPU-OC.

6. Juan Bautista Bastías Riquelme, 25 Años. Detenido desaparecido. Allipén. Octubre 1973. Militante del MAPU-OC, campesino, presidente del asentamiento

San Pedro.

7. Leopoldo Raúl Benítez. 37 años. Ejecutado. Santiago. Septiembre 1973.

8. Silvio Francisco Bettancourt Bahamondes, 23 años. Desaparecido. Punta Arenas. Septiembre 1973. Militante del MAPU, ingeniero de ejecución, petroquímico.

9. René Burdiles Almonacid, 21 años. Detenido desaparecido. Pto. Octay. Septiembre 1973. Militante del MAPU-OC. Obrero agrícola y secretario del sindicato campesino El Libertador

10. Raúl Iván Cárcamo Aravena, 32 años. Detenido desaparecido. Viña del Mar. Agosto 1977. Militante del MAPU, fue empleado de la Corporación Habitacional.

11. Carlos Carrasco Matus, 20 años. Asesinado por la DINA. Viña Grimaldi. Abril 1974. Conscripto.

12. José Rufino Córdova Croxato, 35 años. Ejecutado. Pisagua. Octubre 1973.Militante del MAPU-OC, administrador de la Empresa Portuaria de Chile (Emporchi) en el puerto de Iquique.

13. Gastón Cortés Valdivia, 39 años. Detenido desaparecido. Antofagasta. Diciembre de 1973.

14. Luis Eduardo Durán Rivas, 29 años. Detenido desaparecido. Santiago. Septiembre 1974. Militante del MAPU. Había sido estudiante de Periodismo, vendedor.

15. Nelson Jorge Flores Zapata, 29 años. Ejecutado. Santiago. Octubre 1973.Militante y dirigente comunal del MAPU. Empleado de INDAP.

16. Óscar Armando Gómez Farías, 31 años. Ejecutado. Tejas Verdes. Diciembre 1973. Militante del MAPU, administrador del Departamento de Obras Sanitarias de Cartagena.

17. Luis Enrique González González, 26 años. Detenido desaparecido. Santiago. Marzo 1975. Militante del MAPU, garzón en el casino del Aeropuerto de Pudahuel, estudiante de Inglés en la UC.

18. Roberto Darío Hernández Andrade, 26 años. Ejecutado. Santiago. Septiembre 1973. Militante del MAPU, funcionario de la Corporación de Fomento (CORFO).

19. José Gregorio Hernández Andrade, 27 años. Ejecutado. Santiago. Septiembre 1973. Militante del MAPU, profesor de Estado.

20. Lincoyán Carlos Huenul López, 25 años. Ejecutado. Santiago. Septiembre 1973. Militante del MAPU-OC, trabajaba como funcionario de Emergencia del Ministerio del Interior.

21. Reinaldo Luis Jeldres Riveros, 33 años. Detenido desaparecido. Chillán. Septiembre 1973. Militante del MAPU, era empleado del Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP) y se encontraba realizando servicios en SEAM CORFO de Chillán.

22. Jorge Andrés Lamana Abarzúa, 27 años. Ejecutado. Laja. Septiembre 1973.Militante del MAPU, empleado de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones (CMPC) de Laja, delegado del Bienestar del sindicato de la empresa Cóndor y director del sindicato industrial de la CMPC.

23. Alberto Leiva Vargas, 33 años. Detenido desaparecido. Paine, Septiembre 1973. Militante del MAPU.

24. Sergio Hernán Lagos Hidalgo, 30 Años. Detenido desaparecido. Santiago. Septiembre 1974. Militante del MAPU y presumiblemente vinculado al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), se desempeñaba como empleado particular.

25. María Cecilia Magnet Ferrero, 27 años. Detenida desaparecida. Buenos Aires. Julio 1976. Militante del MAPU, socióloga.

26. Juan Bosco Maino Canales, 27 años. Detenido desaparecido. Santiago. Mayo 1976. Militante y dirigente del MAPU, había egresado de Ingeniería Mecánica de la UTE.

27. Sergio Adrián Maureira Lillo, 46 años. Obrero agrícola de Isla de Maipo, detenido por Carabineros y civiles en octubre de 1973. Asesinado y arrojado a los hornos de cal de Lonquén junto a sus cuatro hijos varones. Activo líder

católico (cargador de la Virgen de la Merced), sindicalista, dirigente deportivo y regidor municipal electo por el MAPU.

28. Sergio Miguel Maureira Muñoz, 27 años, obrero agrícola de Isla de Maipo, asesinado junto a su padre y hermanos.

29. José Manuel Maureira Muñoz, 26 años, obrero agrícola de Isla de Maipo, asesinado junto a su padre y hermanos.

30. Segundo Armando Maureira Muñoz, 24 años, obrero agrícola de Isla de Maipo, asesinado junto a su padre y hermanos.

31. Rodolfo Antonio Maureira Muñoz, 22 años, obrero agrícola de Isla de Maipo, asesinado junto a su padre y hermanos.

32. Pedro Meneses Brito, 30 años. Ejecutado. Paine. Octubre 1973. Militante del MAPU-OC, agricultor, presidente del asentamiento El Vínculo, en Paine.

33. Leomeres Monroy Seguel, 25 años. Ejecutado. Freire, Octubre 1973. Simpatizante del MAPU-OC, campesino y miembro de la directiva del asentamiento El Roble.

34. Miguel Ángel Moyano Santander, 24 años. Ejecutado. San Antonio. Febrero 1974. Militante del MAPU, obrero, dirigente sindical de General Electric.

35. José Rosendo Pérez Ríos, 24 años. Detenido desaparecido. Argentina. Octubre 1973. Militante del MAPU, empleado administrativo de la Hotelera Nacional (HONSA).

36. Elizabeth Mercedes Rekas Urra, 27 Años. Detenida desaparecida. Santiago. Mayo 1976. Militante del MAPU, asistente social.

37. Eugenio Ruiz-Tagle Orrego, 26 años. Ejecutado. Antofagasta. Octubre 1973.Militante del MAPU-OC, ingeniero, gerente de la Industria Nacional de Cemento (INACESA).

38. Luis Onofre Sáez Espinoza, 37 años. Ejecutado. Laja. Septiembre 1973.Militante del MAPU, obrero especializado en la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones (CMPC) de Laja, dirigente del sindicato n.º 1 de la empresa y de la CUT provincial.

39. Eduardo Toledo Cartes, 36 años. Muerto por torturas. Los Ángeles. Agosto 1974. Militante del MAPU, sastre.

40. Jorge Manuel Vásquez Matamala, 52 años. Ejecutado. La Serena. Septiembre 1973. Militante del MAPU, gobernador de Elqui y dirigente sindical.

41. Óscar Vega González, 67 años. Muerto por suicidio. Chacabuco. Noviembre 1973. Militante del MAPU, dirigente sindical campesino,

42. Héctor Patricio Vergara Doxrud, 32 Años. Detenido desaparecido. Santiago.

Septiembre 1974. Militante del MAPU, ingeniero civil, en 1973 fue interventor de una industria de muebles.

43. Gabriel Gonzalo Vergara Muñoz, 22 años. Ejecutado. La Serena. Octubre 1973.Militante del MAPU, campesino.

44. Michael Roy Woodward Iriberri, 42 años, sacerdote obrero e ingeniero. Muerto por torturas. Valparaíso. Septiembre 1973. Militante del MAPU.

Dirección partidaria[2]

MAPU fundacional: 1969-1973[3]

Rodrigo Ambrosio, Óscar Garretón, Jaime Gazmuri, Enrique Correa, Kalky Glausser, Rodrigo González, Eduardo Aquevedo, Jacques Chonchol, Rafael Agustín Gumucio, Catalina Bau, Ismael Llona, María Antonieta Saá, Fernando Ávila, Juan Enrique Vega, Alfonso Néspolo, Luis Duarte, Gonzalo Ojeda, Eduardo Rojas, Carlos Bau, Vicente Sota, Olga Cortés, Luis Lizana, Julio Silva Solar, Leopoldo Luna, Francisco Mansilla y Luis Quezada.

MAPU (Garretón)[4]: 1974-1984

Víctor Barrueto (Tito), Guillermo del Valle (Zúñiga), Carlos Montes (Cristián), Haydee Oberreuter (Chica), Julio Berdagué, Saúl Bravo (Raúl Prado), Juan

Maino, Fernando Ossandón, Mario Ossandón, Guillermo Ossandón (Pizarro), Ricardo Brodsky (Mica), Ernesto Galaz, Eugenio Tironi (Martín), Carlos Ortúzar, Julio López, José Manuel Cortínez, Conrado Quiñónez, Mario Alburquerque, Rodrigo González (Javier), Jaime Manusevich (Ismael). Daniela Sánchez, Patricio Castro (Reg. Sur), Alfonso Néspolo, Ernesto Galaz (Bélgica)..

MAPU-OC (Gazmuri): 1973-1984

Enrique Correa, Jaime Gazmuri, Fernando Ávila, Eduardo Rojas, Jaime Estévez, Francisco Estévez, Ismael Lloma, Tomás Moulian, Cesario Flores, Hermann Mondaca, Jaime Alfaro, Marcela Yentzen, Rafael Guilisasti, María Antonieta Saá, Marcelo Contreras, J. A. Viera Gallo, Fernando Villagrán, Daniel San Martín, Óscar Torres. Algunos dirigentes regionales: Ernesto Romero (Rancagua), José Vargas (Puerto Montt), Óscar Cartes (Osorno), Julio Cámara (Iquique).

UJD MAPU-OC: 1976-1982

Rafael Guillisasti, Francisco Estévez, Hermann Mondaca, Jorge Marshall, Coke Gutiérrez, Jaime Cuevas, Alfredo Malbricht, Luis Heresi, Francisco Reush, Carlos Pozo, Raúl Morán, Ana María Guajardo, Luis Gauthier[5].

MAPU Reunificado (Barrueto): 1985-1989.

Víctor Barrueto, Carlos Montes, Jaime Cataldo, Bernardo Bravo, Iván Nazif, Ricardo Brodsky, Rodrigo González, Claudio Vásquez, Jaime Cavada,

Guillermo del Valle, Adriana Sepúlveda, Ismael Llona, René Jofré, Eduardo Arrieta, Max Bastías, Ernesto Galaz, Luis Penaglia, Saúl Bravo, Juan Manuel Parra, Etienne Lefranc, Marilú Silva, Hermann Mondaca, Vicky Baeza, Sergio Salazar (el Sapo), Julio Berdagué, René Jodré, Haydé Oberreuter, Patricio Cotal, Juan de Dios Fuentes, Humberto Toro, Eduardo Benítez, Enrique Correa.

Facción MAPU-PT (Partido de los Trabajadores): 1975-1982

Eduardo Aquevedo, Carlos Pulgar, Mario Sottolichio, Jorge Venegas, Daniel Moore, Juan Ruz, Gonzalo Rivas.

Facción Mapu-Comité Central6:

Pedro Gaete, Manuel Acuña, René Román, Pedro Sepúlveda, Fernando Robles, Miguel Mercado, Manuel Hidalgo, Reinaldo Demetrio.

Facción MAPU-OC (Proletario): 1980-2010

Fernando Ávila, Omar Jofré, Raúl Aravena, René Aucapán, Samuel Bello, Óscar Avila, Óscar Torres, Daniel San Martín, José Perelli, Gladys G

Ö

eder, Humberto Vergara. Luis Enrique Salinas, Lucía Rojas y Luisa Valdivia (profesoras), Juan Luis Castillo (Concepción), Juan Morales (Talca), Robinson Cárdenas (Chillán).

MAPU-Lautaro: 1983-2000

Guillermo Ossandón (Diego Carvajal). Bernardo y Nicolás Acevedo, Mauricio Espinoza, Juan Carlos Contreras, Marcela Rodríguez, Marco Ariel Antonioletti, Julio Prado (Valparaíso). Existen también muchos militantes de la primera fase (movimientista y no militar): Hugo y Saadi Melo, Pía Castelli. También los de la fase final Lautarina y luego Kamino Libre: Pablo Morales, Marcelo Villarroel.

Comité Memoria MAPU

Victoria Gallardo, Luis Magallón, Angélica Mondaca, Sergio Muñoz, Héctor Hidalgo, Berta Hodges, Sergio Búrquez, Raúl Fernández, Silvia Lara, Guillermo Dávalos, Jaime Cuevas, María Eugenia Pavez, Pedro Gaete, Ulises Manríquez, Catalina Manríquez, Paul Traeger.

Parlamentarios

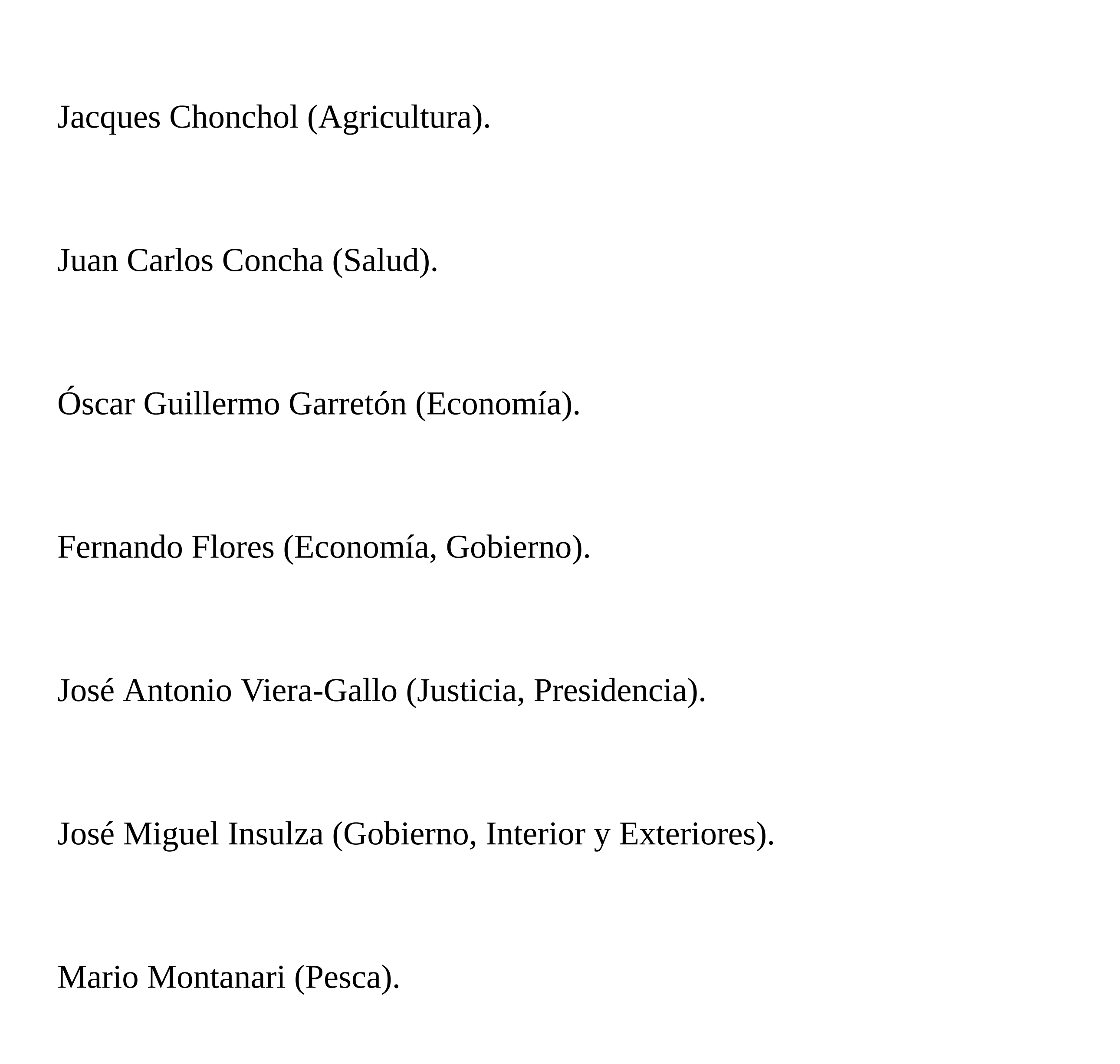
1969: Julio Silva Solar, Rafael Agustín Gumucio, Alberto Jerez, Vicente Sota.

1973: Óscar Guillermo Garretón, Alejandro Bell.

1990-2010 (en PS y PPD): Carlos Montes, Víctor Barrueto, Jorge Molina,

Vicente Sota, José Antonio Viera-Gallo, Jaime Gazmuri, Guillermo Ceroni, Jaime Estévez, Vicente Sota, María Antonieta Saá, Nelson Ávila, Rodrigo González, Fernando Flores, Esteban Valenzuela y Juan Antonio Gómez[7].

Ministros, subsecretarios y jefes de servicio (Unidad Popular, 1970-1973; Concertación, 1990-2010, y Nueva Mayoría, 2014-?)



Jacques Chonchol (Agricultura).

Juan Carlos Concha (Salud).

Óscar Guillermo Garretón (Economía).

Fernando Flores (Economía, Gobierno).

José Antonio Viera-Gallo (Justicia, Presidencia).

José Miguel Insulza (Gobierno, Interior y Exteriores).

Mario Montanari (Pesca).



Juan Gabriel Valdés (Relaciones Exteriores).

Enrique Correa (Gobierno).

Sergio Galilea (Bienes Nacionales).

Jorge Marshall (Economía).

Carmen Gloria Aguayo (Social).

Claudia Serrano (Trabajo).

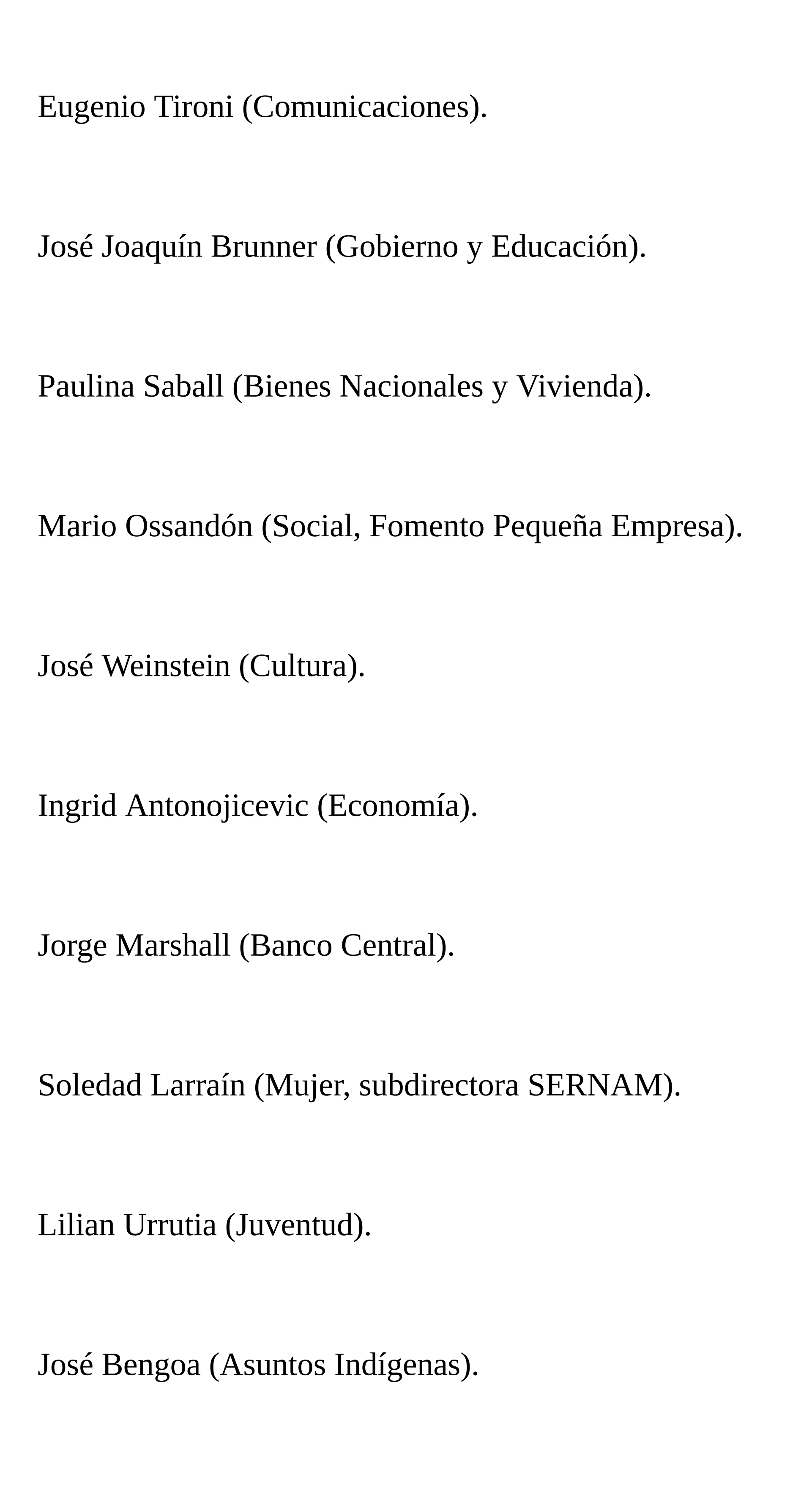
Francisco Estévez (Juventud, organizaciones sociales).

Jaime Estévez (Obras Públicas)

Álvaro García (Economía y Presidencia).

Cecilia Leiva (Agricultura).

Adriana del Piano (Desarrollo Regional, Social, Mujer).



Eugenio Tironi (Comunicaciones).

José Joaquín Brunner (Gobierno y Educación).

Paulina Saball (Bienes Nacionales y Vivienda).

Mario Ossandón (Social, Fomento Pequeña Empresa).

José Weinstein (Cultura).

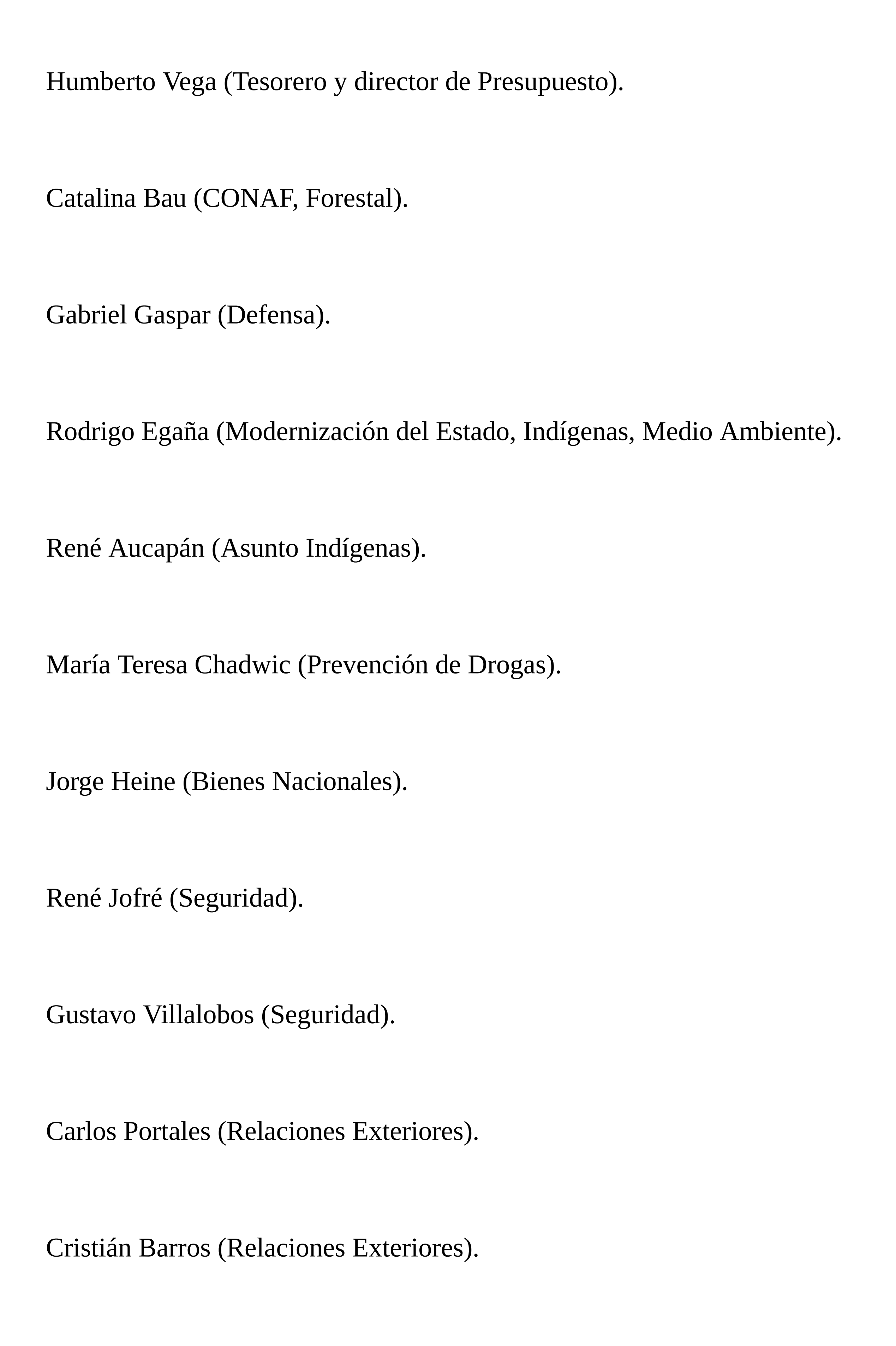
Ingrid Antonojicevic (Economía).

Jorge Marshall (Banco Central).

Soledad Larraín (Mujer, subdirectora SERNAM).

Lilian Urrutia (Juventud).

José Bengoa (Asuntos Indígenas).



Humberto Vega (Tesorero y director de Presupuesto).

Catalina Bau (CONAF, Forestal).

Gabriel Gaspar (Defensa).

Rodrigo Egaña (Modernización del Estado, Indígenas, Medio Ambiente).

René Aucapán (Asunto Indígenas).

María Teresa Chadwic (Prevención de Drogas).

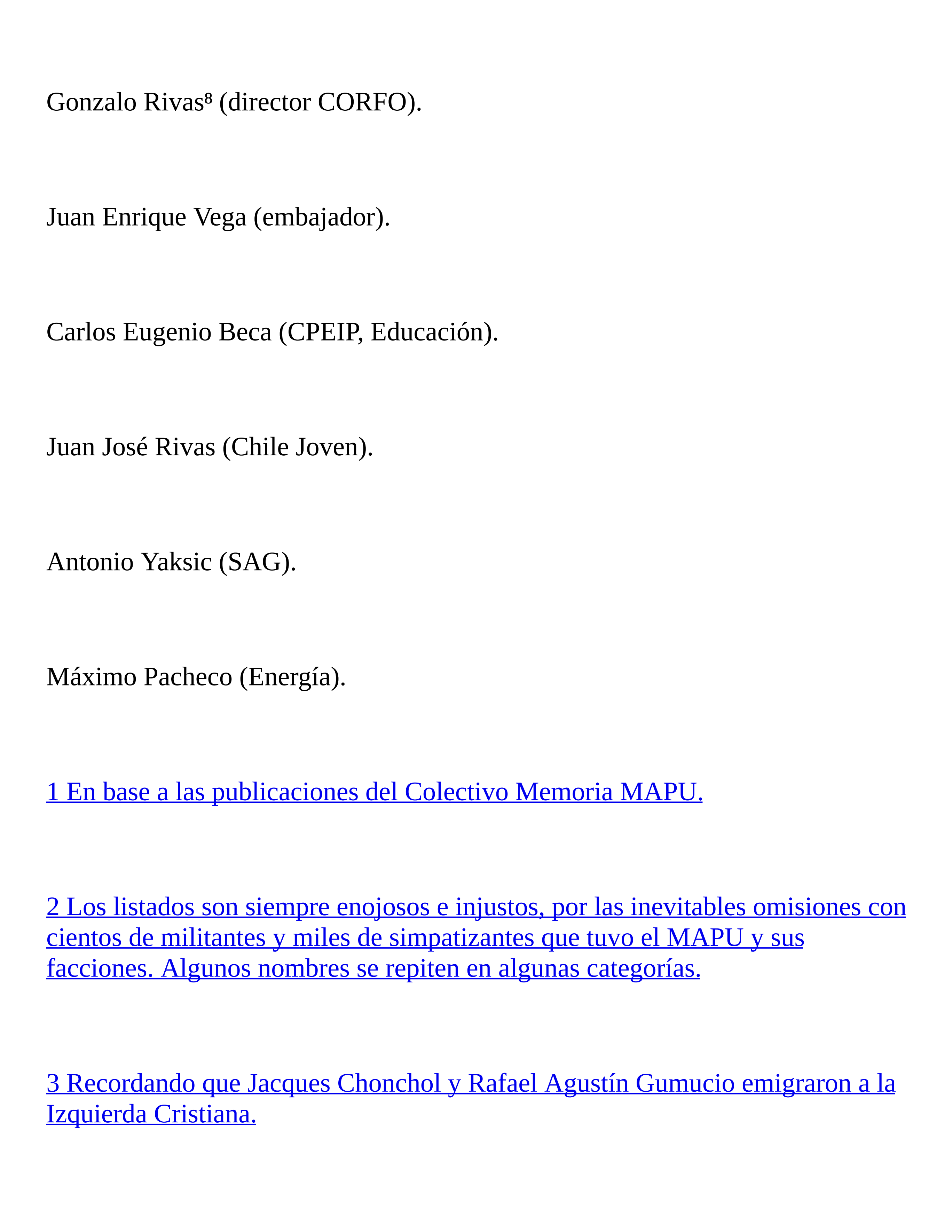
Jorge Heine (Bienes Nacionales).

René Jofré (Seguridad).

Gustavo Villalobos (Seguridad).

Carlos Portales (Relaciones Exteriores).

Cristián Barros (Relaciones Exteriores).



Gonzalo Rivas[8] (director CORFO).

Juan Enrique Vega (embajador).

Carlos Eugenio Beca (CPEIP, Educación).

Juan José Rivas (Chile Joven).

Antonio Yaksic (SAG).

Máximo Pacheco (Energía).

1 En base a las publicaciones del Colectivo Memoria MAPU.

2 Los listados son siempre enojosos e injustos, por las inevitables omisiones con cientos de militantes y miles de simpatizantes que tuvo el MAPU y sus facciones. Algunos nombres se repiten en algunas categorías.

3 Recordando que Jacques Chonchol y Rafael Agustín Gumucio emigraron a la Izquierda Cristiana.

4 Entre paréntesis, la chapa o nombre clandestino.

5 Este es el listado de los invitados a una reunión de ex UJD de abril del 2013: Pancho Estévez; Raúl Fernández; Ramón Hernández; Sergio Martinic; Hermann Mondaca; Erick Swen Pohlhammer; Pablo Salvat Bologna; Francisco Javier Zañartu; Guillermo Bastías; Antonio Gil; Mabel Roberts; Jaime Cuevas; Rafael Villarroel Somoza; María Antonieta Luna; Ignacio Agüero; Andrés Oyarzún; Carlos Pozo; Catalina Rojas; Juan José Rivas; Alejandra Rodríguez; Rebeca Araya; Óscar Knust; Juan Solís De Ovando; Rafael Ugarte; María Eugenia Pavez; Domingo Roman; Claudio Rammsy; Rafael Guilisasti; Paula Edwards; Ricardo Willson; Eduardo Yentzen-Bolivariana; Luis Heresi; Vicente Pardo; Susana Aravena; Germán Rojas; Paulina Elissetche; Juan Enrique Piedrabuena; Julio Márquez; Jorge Gillies; Mariane Krause; Jorge Andrés Ragal; Diana Rivera; Eduardo Antonio Yentzen; Luis Rodrigo Elgueta; Monica Silva, Jorge Ragal.

6 Información dada por Carlos Méndez.

7 El senador del PR por Antofagasta militó como dirigente estudiantil en los secundarios de La Serena según varias fuentes.

8 Militó en el MAPU-PT de Economía de la Universidad de Chile en 1980, según Jorge Venegas.

Bibliografía

Entrevistados (grabaciones, conversaciones y cuestionarios específicos)

Aucapán, René

. Profesor, dirigente mapuche, ex DC, MAPU, PPD y militante de Chile Primero. Enero, 2008. Santiago.

Barrueto, Víctor

. Economista, fue secretario general del MAPU, diputado, presidente de la Cámara de Diputados y expresidente del PPD. Abril, 2008. Valparaíso.

Basauri, Víctor

. Arquitecto, fue director de Taller Norte y participa en la Fundación Memoria MAPU. Enero, 2007. Isla Negra.

Baquedano, Manuel.

Sociólogo con estudios en Lovaina. Perteneció al MAPU de Valparaíso, pionero en el ecologismo político en Chile y dirigente del Partido Ecologista. Abril, 2010. Santiago.

Berrios, Fernando

. «Manuel Larraín y la conciencia eclesial latinoamericana». Teología y Vida, vol. 50 (2009): 13-40.

Bravo, Saúl

. Militante de Valparaíso. Profesor y teólogo evangélico. Fue miembro de la Comisión Política y activista sindical. Marzo, 2008. Rancagua.

Del Valle, Guillermo

. Dirigente de los secundarios en la UP, integra dirección clandestina, dirigente del PPD y gerente de la empresa estatal ENAP. Marzo, 2007. Santiago.

Demetrio, Reinaldo

. Profesor Universitario de Concepción. Se queda en el MAPU en la división. Noviembre, 2007. Concepción.

Díaz-Salazar

,

Rafael.

Los cristianos, la lucha por la democracia y la creación del nuevo movimiento obrero (1947-1977). Madrid: Siglo

XXI,

1993.

Estévez, Francisco

. Historiador. Líder de la juventud del MAPU-OC, director del Instituto de la Juventud y de Organizaciones Sociales. Lidera la ONG Ideas. Abril, 2007. Santiago.

Flores, Fernando

. Ingeniero, empresario y filósofo, directivo de la CORFO, ministro de Allende del MAPU-OC. Exiliado en EE. UU., senador PPD, luego funda Chile Primero. Julio, 2007. Santiago.

Gallardo, Bernarda

. Socióloga, dirigente del MAPU, trabaja en FLACSO y emigra a Puerto Montt. Intelectual regionalista. Marzo, 2007. Puerto Montt.

Garretón, Óscar Guillermo

. Subsecretario de Economía de la Unidad Popular y diputado por Concepción. Secretario general 1973-1985. Hoy empresario y dirigente del PS. Julio, 2008. Santiago.

Gaspar, Gabriel

. Dirigente del MAPU en Arica. Militó en el MOC, experto en defensa, fue subsecretario de Guerra del Gobierno de Ricardo Lagos y embajador de Michelle Bachelet. Junio, 2008. Bogotá.

Gazmuri, Jaime

. Agrónomo. Fundador del MAPU y líder del MAPU-OC. Senador socialista hasta marzo del 2010. Septiembre, 2007. Valparaíso.

Göeder, Gladys

. Escritora, candidata a diputada del MAPU por Rancagua en 1973. Militante del MOC-Proletario. Abril, 2008. Rancagua.

González, Rodrigo

. Diputado y exalcalde de Viña del Mar. Asesor sindical, tesorero del PPD. Fue subsecretario del MAPU. Marzo, 2008. Valparaíso.

Holl, María Teresa

. Profesora de Castellano, experta en salud pública. Dirigente del MAPU en la Universidad Católica. Diciembre, 2008. Santiago.

Jofré René

. Sicólogo, experto en comunicaciones. Fue líder de grupos juveniles católicos en Peñalolén, dirigente del MAPU y luego dirigente nacional del PPD. Abril, 2009. Santiago.

Lira, Carlos

. Funcionario de Gendarmería, alcaide de la cárcel de Rancagua para el Golpe. Militante del MOC, periodista, exiliado en Alemania. Julio, 2009. Valparaíso.

Magallón, Luis

. Fundador del MAPU en la Universidad de Chile. Directivo de SUR. Integra colectivo Memoria MAPU. Octubre, 2007. Santiago.

Martínez, Arturo

. Presidente del sindicato ALUSA y dirigente del cordón industrial Vicuña Mackenna en 1973. Presidente de la CUT en democracia. Mayo, 2008.

Hermann Mondaca

: dirigente de la Unión de Jóvenes Demócraticos (UJD) del MAPU-OC en la clandestinidad. Videísta y animador sociocultural, ingresó a militar en Arica. Diciembre, 2010.

Montes, Carlos

. Economista, Uno de los jefes del MAPU en la clandestinidad. Dirigente del PS y presidente de la Cámara de Diputados. Abril, 2008, Valparaíso.

Oyarce, Héctor

. Teólogo, candidato a doctor en Sociología de la Escuela de Altos Estudios Sociales de París. Fue seminarista de los Sagrados Corazones adherente a la teología de la liberación. Militó en la Convergencia y el MAPU en la Universidad Católica. Enero, 2010. Santiago.

Rodríguez, Alfredo

. Arquitecto, directivo de SUR profesionales. Fue integrante del MAPU y del Grupo de Renovación Socialista. Octubre 2007, Santiago.

Rojas, Dióscoro

. Músico de origen campesino del MAPU de Talca. Integró la UJD, propició el Canto Nuevo y el Movimiento Guachaca. Mayo, 2008. Valparaíso.

Rojas, Gastón

. Geógrafo, dirigente de los sistemas de seguridad del MAPU Garretón. Innovó en la formación sindical en los ochenta. Marzo, 2008, Santiago.

Sanfuentes, José

. Economista, militó en el MAPU-OC, luego fue vocero del Partido Comunista, del cual se retiró para dedicarse a la consultoría. Agosto, 2007, Santiago.

Sazo, Ricardo

: dirigente del MAPU-OC y presidente regional del PPD de O´Higgins. Perteneció a la Juventud Estudiantil Católica (JEC) y en los ochenta dirigió CREDES, en Doñihue. Abril, 2008, Rancagua.

Sepúlveda, Adriana

. Integró la Comisión Política. Del MIR se vinculó al MAPU. Dirigió agrupaciones feministas, trabajó en la Vicaría de la Solidaridad y CEDAL. Mayo, 2008, Valparaíso.

Tannenbaum, Adolfo

. Fundador del MAPU en Valparaíso, ingeniero. Miembro del Tribunal de Honor del PPD. Perteneció a la Agrupación Universitaria Católica. Noviembre, 2007. Valparaíso.

Venegas, Jorge

. Profesor de la zona del carbón en Concepción. Fue dirigente del MAPU-PT y alcalde de Coronel. Abril, 2008, Valparaíso.

Yentzen, Eduardo

. Dirigente de la UJD del MAPU-OC entre 1976 y 1980 en la U. Católica y U. de Chile. Creó la revista La Bicicleta de resistencia cultural. Abril, 2008, Santiago.

Documentos y otras fuentes

Documentos primarios

Ambrosio, Rodrigo, secretario general, 1969-1972:

Elementos para la autocrítica, octubre 1970.

Discurso Estadio Nataniel, mayo 1971.

Discurso en Conferencia Nacional del Partido Comunista, octubre, 1971.

Garretón, Óscar Guillermo, secretario general 1973-1985.:

Mensaje al Tercer Congreso, 1985.

Propuesta para un nuevo Chile, 1985.

Barrueto, Víctor, secretario general, 1985-1989:

Mensaje al Tercer Congreso, 1985.

Discurso como nuevo secretario general del MAPU, mayo, 1985.

Discurso en el cónclave de Izquierda Unida, 1987.

MAPU

Resoluciones Primer Congreso, 1970.

Resoluciones Segundo Congreso, diciembre 1972.

Resoluciones Tercer Congreso, mayo, 1985.

Propuesta Programática Tercer Congreso, 1985.

Construir la unidad social y política del pueblo, Primer Pleno, 1985.

Estatutos, Resolución Comité Central, agosto 1986.

Secretariado Juvenil, Comisión Programática:

Para que los jóvenes no sobren, 1988.

Una Propuesta Socialista para un Chile Posible, 1988.

Resoluciones del Pleno del Comité Central:

Unidad socialista ahora. Santiago, 10 de septiembre, 1989.

MAPU-OC

Resoluciones V Pleno del Comité Central, junio de 1980.

Acerca del Partido, el carácter de sus tareas y organización. Joaquín Rodríguez (Jaime Gazmuri) y Federico Martínez (Enrique Correa). Fotocopia, (sin fecha, probablemente fines de 1979).

Unión de Jóvenes Democráticos, UJD (MAPU-OC)

La renovación de la UJD, 1981. Sin firma, pero Francisco Estévez reconoce su autoría.

Sobre la discusión de la táctica en el movimiento democrático y la juventud. Marzo, 1981. Firman: Gonzalo y Juan Pablo.

Otros documentos

Comité de Iniciativa Socialista (eje MAPU-Izquierda Cristiana): Socialismo no histórico:

Eduardo Báez y EV (con aportes de Lorena Fríes). ¿Ser o no ser? Julio de 1988.

Mario Rosales. Breve Historia de mi pensamiento. Enero, 2009.

Documentales y películas

Enríquez-Ominami, Marco. Chile, los Héroes están fatigados. Santiago, Rivas y Rivas Producciones, 2002.

Moraleja Films. Gerardi, Nunca Más Guatemala. Ciudad de Guatemala, Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, 2010.

Woods, Andrés. Machuca. Santiago, CORFO, 2004.

Revistas

A La Moneda (MAPU, 1985-1987)

Fragua (MAPU, 1989)

Ideología y Política (MAPU, 1969).

Krítica (segmento joven MAPU- Izquierda Cristiana, 1981-1986)

La Bicicleta (1980-82)

Resistencia (MAPU-OC, 1978-1979)

Venceremos (MAPU, 1977-1980)

Periódicos

El Valdiviano Federal

El Mercurio

El Clarín

La Tercera

Fortín Mapocho

Web

www.ps.cl

www.ppd.cl

www.memorialMAPU.cl

Facebook: Grupo Yo fui del MAPU.

Bibliografía secundaria

Acevedo, Nicolás

. «El MAPU Lautaro en las protestas populares (1978-1985)». Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad ARCIS, 2006.

A

güero, Felipe y Mariano Torcal

. «Elite, factores estructurales y Democratización». Revista de Estudios Políticos, vol. 80 (1993). Madrid.

Agurto, Irene

. «Política y utopía en situaciones de crisis: el caso de Chile». Tesis de doctorado en Sociología, Universidad Complutense, 1991.

Alcántara, Manuel

. «Las tipologías y funciones de los partidos políticos». En Curso de Partidos Políticos, de Manuel Mella. Madrid: Akal, 2003.

Allende, Salvador

. La Vía Chilena del Primer Mensaje ante el Congreso Pleno, 21 de mayo de 1971. Santiago: Quimantú, 1971.

Almeyda, Clodomiro.

Pensando a Chile. Santiago: Terranova, 1986.

Almeyda, Clodomiro

;

Jacques Chonchol

,

Antonio Leal y Eugenio Tironi

. Después de Marx. Santiago: Documentas-Izquierda XXI, 1993.

Altamirano, Carlos

. Dialéctica de una Derrota. México: Siglo XXI, 1977.

Alvayay, Rodrigo; Michel Breaud

y

Gustavo Marín

. El Socialismo en el Umbral del siglo

xxi

. Santiago: Editorial Melquíades, 1990.

Ambrosio, Rodrigo

. Sobre la construcción del Partido. Santiago: Barco de Papel, 1973.

Ampuero, Roberto

. Nuestros años verde olivo. Santiago: Planeta, 1999.

Angell, Alan

. Elecciones presidenciales, democracia y partidos políticos en el Chile post Pinochet. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2005.

. Chile de Alessandri a Pinochet: en busca de la utopía. Santiago: Andrés Bello, 1993.

. Partidos políticos y movimiento obrero en Chile. México: ERA, 1974.

Arancibia, Patricia

. Sergio de Castro: El arquitecto del modelo chileno. Santiago: Biblioteca Americana, 2007.

Arrate, Jorge

. La Crisis del Socialismo chileno. Italia: Chile-América, 1979.

. El socialismo chileno: rescate y renovación. Rótterdam-Holanda: Ediciones del Instituto para el nuevo Chile, 1983.

. La fuerza democrática de la idea socialista. Santiago: Documentas, 1986.

. La Postrenovación: nuevos desafíos del socialismo. Santiago: Ornitorrinco, 1994.

Associació Cultural Antoni Llidó. Antonio Llidó, epistolario de un compromiso. Valencia: Tándem, 1999.

Auth, José

y

Fernando Echeverría

. Análisis de una encuesta a los consejeros del PPD. Santiago: Ediciones PPD, 1993.

Barrueto, Víctor

. Conservadores y progresistas en el Chile de hoy. Santiago: Ediciones PPD, 1993.

Bascuñán, Carlos

. La izquierda sin Allende. Santiago: Planeta, 1990.

Bengoa, José

. Historia del pueblo mapuche. Santiago: SUR, 1987.

Benavente, Andrés

. «Panorama de la izquierda chilena: 1973-1984». Revista Estudios Públicos, vol. 18 (1985).

Berger, Peter

y

Thomas Luckmann

. La construcción social de la realidad. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1976.

Berzal de la Rosa

,

Enrique

. Sotanas rebeldes: contribución cristiana a la transición. Valladolid: Diputación Provincial, 2007.

Bethell, Leslie

. Historia de América Latina, vol. 4. Barcelona: Crítica, 2000.

Bitar, Sergio

. La caída de Allende y la huelga de El Teniente. Santiago: Ornitorrinco, 1989.

. Isla 10. Santiago: Pehuén, 1999.

Bobbio, Norberto

y

Nicola Matteucci

. Diccionario de Política. Madrid: Siglo XXI, 1988.

Boff, Leonardo

. Iglesia, carisma y poder: ensayos de eclesiología militante. Santander: Sal Terrae, 1982.

Bottocchio, Padre José

. Padre Tulio Maruzzo ofm: Mártir del Evangelio en Guatemala. Si el grano de trigo muere. Padua: Editora Misiones Franciscanas, 1986. Guatemala: Iglesia del Cerrito del Carmen.

Bottomore, T

. Minorías Selectas y Sociedad. Madrid: Gredos, 1965.

Brodsky, Ricardo

. Conversaciones con la FECH. Santiago: Ediciones Chile-América. CESOC, 1988.

Brunner, José Joaquín

. La Cultura Autoritaria. Santiago: FLACSO-Universidad de Minnesota, 1982.

.Entrevistas, discursos, identidades. Santiago: FLACSO, 1984.

B

uci-Glucksmann

,

Christine

. Gramsci y el Estado. Madrid: Siglo XXI, 1978.

Cardenal, Ernesto

. Antología Poética. Managua: Ardisa-Nueva Diario, 2005.

Cardoso, Enrique

y

Enzo Faletto

. Dependencias y desarrollo en América Latina. Buenos Aires: Nueva Visión, 1972.

Carnero Arbat, Teresa

.«El lento avance de la democracia». En El siglo

xx.

Historiografía e historia, eds. María Cruz Romeo e Ismael Saz. Valencia: PUV, 2002.

Castells, Manuel.

La lucha de clases en Chile. México: Siglo XXI, 1974.

Colop, Sam

. Popol Wuj. Guatemala: Cholsamaj-Programa PACE-GTZ (Alemania), 2008.

Collier, Simon

y

William

Sater

. Historia de Chile 1808-1994. Barcelona: Cambridge University Press, 1998.

Comblin, José

. La vida en búsqueda de la libertad. Santiago: Juan Subercaseaux Editor, 2007.

Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. Santiago: Gobierno de Chile, 1991.

Correa, Enrique

y

José Antonio Viera-Gallo

. Iglesia y dictadura. Santiago: CESOC-Chile América, 1986.

Cuesta, Josefina

. Historia del presente. Madrid: EUDEMA, 1993.

Debray, Regis

. Conversación con Allende. México: Siglo XXI, 1971.

De la Cierva, Ricardo

. Jesuitas, Iglesia y marxismo (1965-1985): La teología de la liberación. Barcelona: Plaza y Janes, 1986.

De Ugarte, David

. «Mondragón, Crecer desde la Tierra», en Filés: Democracia Económica en el siglo de las redes, 83-87. Madrid: El Cobre, 2009.

Del Alcàzar, Joan

. «Una aportación al debate: las fuentes orales en la investigación histórica». En revista Mapocho, vol. 35 (1994): 231-250.

Del Alcàzar, Joan

y

Nuria Tabanera

. Estudios y materiales para la historia de América Latina 1955-1990. Valencia: Universitat de Valencia-Tirant lo Blanch, 1998.

Del Alcàzar, Joan

;

Antoni Marimon

,

José Miguel Santacreu

y

Nuria Tabanera

(coords.). Manual de práctiques per a la História Contemporánea D´América. Alicante, Valencia: Editorial Club Universitario, 2000.

. Historia Contemporánea de América. Alicante, Valencia: Universidad de Valencia, 2003.

Devés, Eduardo

. Escépticos de sentido. Santiago: Nuestra América, 1984.

De las Casas, Bartolomé

: Brevísima relación de la destrucción de las Indias. Barcelona: Fontanara, 1979, original 1556.

Departamento Diocesano de Catequesis. Tus Encuentros. Santiago: Arzobispado de Santiago, 1971.

Díaz, José

. Chile: de la Falange Nacional a la Democracia Cristiana. Madrid: Universidad de Educación a Distancia, 2001.

Donoso, Teresa

. Los Cristianos por el socialismo en Chile. Santiago: Editorial Vaitea, 1976.

Duroselle, Jean y Jean Mayeur.

Historia del catolicismo. México: Publicaciones Cruz, 1991.

Duverger, Maurice

. Los partidos políticos. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.

Echeverría, Rafael

. El Búho de Minerva. Santiago: PIIE, 1988.

Escobar, Enrique

. La crisis del PDC y el surgimiento del MAPU (1968-1970). Tesis de Licenciatura en Historia. Santiago: PUC, 1994.

Estévez, Francisco

;

Pablo Salvat

y

Esteban Valenzuela

. Ideas para un proyecto socialista progresista. Santiago: Ideas, 1990.

Etcheberry, Blanca

. «Formación y desarrollo del MAPU, mayo 1969-marzo 1973». Tesis de Licenciatura en Información y Periodismo. Santiago: PUC, 1991.

Ezcurra, Ana María

. *El Vaticano y la Administración Reagan. Madrid: IEPASA, 1986.*

Farías, Víctor

. La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica. Santiago: CEP, 2000.

Faure Bascur, Eyleen

. «Aproximación histórica a la experiencia del Movimiento Juvenil Lautaro». Revista Proposiciones, núm. 36 (2007).

Ffrench-Davis

,

Ricardo

y

Óscar Muñoz

. «Desarrollo Económico, inestabilidad y desequilibrios políticos en Chile: 1950-89». Estudios CIEPLAN, vol. 28 (1990).

Flores, Fernando

. Inventando la empresa del siglo

xxi.

Santiago: Hachette- Librería Francesa, 1989.

Flores, Fernando

,

Charles Spinosa

y

Hubert Dreyfus

. Abrir nuevos mundos; iniciativa empresarial, acción democrática y solidaridad. Santiago: Taurus, 2001.

Garcés, Joan

. La experiencia chilena. Santiago: BAT, 1990, original de 1976.

García, Fernando

y

Óscar Sola

(eds.). Salvador Allende, una época en blanco y negro. Buenos Aires: Aguilar-El País, 1998.

García, Eduardo.

Queríamos la revolución. Crónicas del FELIPE, Frente de Liberación Popular. Barcelona: Flor del Viento, 1998.

García, Pedro

. Con el Cura Hidalgo en la guerra de Independencia. México: CONAFE-FCE, 1982, primera edición 1929.

Garretón, Manuel Antonio

. «1970-73: Sentido y derrota de un proyecto popular. Notas para la discusión». Revista Mensaje 266 (1978).

. Biblioteca del Movimiento Estudiantil, 5 volúmenes con Javier Martínez. Santiago: SUR, 1986.

.El proceso político chileno. Santiago: FLACSO, 1983.

Garretón, Manuel Antonio

y

Tomás Moulian

. La Unidad Popular y el conflicto político en Chile. Santiago: Ediciones Minga-FLACSO, 1983.

Gazmuri, Cristián

. «Notes on elites in Chile, 1930-1999». Movimiento Bicentenario, vol. 2, núm. 1, 53-74. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2003

Gazmuri, Cristián

et al. Chile en el siglo

xx

. Santiago: Emisión, 1987.

Gazmuri, Jaime

. El sol y la bruma. Santiago: Ediciones B, 2000.

Ginzburg, Carlo

. El queso y los gusanos. El cosmo según un molinero del siglo

xvi

. Barcelona: Península, 2008, original 1976.

Goic, Alejandro

. «La Globalización de la Solidaridad y la Justicia», en Justicia social en el siglo

xxi

, de Renato Marino. Santiago: Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, 2009.

Jean Goss, Jean e Hildegard Goss-Mayr.

Encuentro de obispos de América Latina: La no-violencia evangélica, fuerza de liberación. Barcelona: Fontanella, 1978.

Gumucio, Rafael Agustín

. Prólogo a El socialismo chileno: rescate y renovación, de Jorge Arrate. Rótterdam: Instituto para el Nuevo Chile, 1983.

Gutiérrez, Gustavo

. Teología de la liberación. Salamanca: Sígueme, 2005.

. Dios o el Oro en las Indias. Salamanca: Sígueme, 1990.

Harnecker, Marta

. Los conceptos elementales del materialismo histórico. México D. F.: Siglo XXI, 1971.

. Nicaragua: Los cristianos en la Revolución Sandinista. Buenos Aires: Ediciones Al Frente, 1987.

Hourton, Jorge

. Combate cristiano por la democracia. Santiago: CESOC, 1987.

Hunneus, Carlos

. Movimientos universitarios y generación de elites dirigentes. Santiago: Corporación de Promoción Universitaria (CPU), 1973.

Huntington, Samuel

. El orden político en las sociedades de cambio. Buenos Aires: Paidos, 1969.

. The Third Wave: Democratization in the late twentieth century. Oklahoma: Ed. Norman-University of Oklahoma Press, 1991.

Iglesias, Luis

. Bartolomé de las Casas: cuarenta y cuatro años infinitos. Sevilla: Fundación J. M. Lara, 2007.

Jerez, Luis

. Ilusiones y quebrantos, desde la memoria de un militante socialista. Santiago: Forja, 2007.

Jobet, Julio César

. Historia del Partido Socialista de Chile. Santiago: Documentas, 1987.

Jocelyn-Holt, Alfredo

. El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1999.

Kramer, Andrés

. Chile, historia de una experiencia socialista. Barcelona: Península, 1974.

Laclau, Ernesto

y

Chantal Mouffe

. Hegemonía y estrategia socialista. Buenos Aires: FCE, 1985.

Lavallé, Bernard

. Bartolomé de las Casas, entre la Espada y la Cruz. Barcelona: Ariel, 2009.

Lechner, Norbert

. La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado. Santiago: FLACSO, 1984.

Le Goff, Jacques

. Sao Francisco de Assis. Río de Janeiro-Sao Paulo: Editora Record, 1999, edición portuguesa 2001.

Lijphart, Arend

. Las democracias contemporáneas. Barcelona: Ariel, 1987.

Linz, Juan

. The Breakdown of democratic regimes. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1987.

Llona, Ismael

. Los santos están marchando. Santiago: Off the Record, 2006.

Magaslich, Jorge.

Los que dijeron No. Historia del movimiento de los marinos opuestos al golpe de Estado de 1973. Santiago: LOM ediciones, 2008.

Martner, Gonzalo

. Remodelar el modelo. Santiago: LOM ediciones, 2007.

Memoria MAPU. Ausentes, presentes. Santiago: Andros, 2007.

. El MAPU: Realidad o mito, encuentro de memoria histórica. Santiago: Ediciones Comité Memoria MAPU, 2011.

Michels, Robert

. Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna. Buenos Aires: Amorrortu, 1969.

Mills, C. W

. La elite del poder. México: Fondo de Cultura Económica, 1957.

Moulian, Tomás

. Democracia y socialismo en Chile. Santiago: FLACSO, 1984.

. Campo cultural y partidos políticos en la década del sesenta. Documento de Trabajo 21. Santiago: FLACSO, 1992.

. La forja de ilusiones: El sistema de partidos 1932-1973. Santiago: Arcis-FLACSO, 1993.

. Chile actual: anatomía de un mito. Santiago: LOM ediciones, 1997.

. Socialismo del Siglo XXI: La quinta vía. Santiago: LOM ediciones, 2000.

. Fracturas: de Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973). Santiago: LOM ediciones, 2006.

Moyano, Cristina

. «Proceso Germinal de la Renovación Socialista en el MAPU, desde el golpe de Estado al seminario de Ariccia (1973-1979)». Investigación para calificación doctoral, Doctorado en Historia, Universidad de Chile, 2004.

. «La seducción del poder y la juventud. Una aproximación desde la historia a la cultura política MAPU 1969-1973». Tesis de Magíster en Historia, Universidad de Santiago, 2005.

. MAPU o la seducción del poder y la juventud. Los años fundacionales del partido- mito de nuestra transición (1969-1973). Santiago: Universidad Alberto Hurtado, 2009.

. El MAPU durante la dictadura. Saberes y prácticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile. 1973-1989. Santiago: Universidad Alberto Hurtado, 2010.

Neumann, Sigmund

. Partidos políticos modernos. Madrid: Tecnos, 1965.

Novak, Michael

. Essays on democratic capitalism, 1976-2000. Maryland: Rowman, 2001.

Novoa Montreal

,

Eduardo

. Los resquicios legales: un ejercicio de lógica jurídica. Santiago: BAT, 1992.

Núñez, Ricardo

(comp.). Socialismo: 10 años de renovación. 1978-1989. El adiós al marxismo-leninismo, tomo II. Santiago: Ediciones del Ornitorrinco, 1991.

Offo, Anna

. «Partidos políticos» En Diccionario de política. Norberto Bobbio. Madrid: Siglo XXI, 1982.

Olivares, Carlos

. Los Veteranos del 70. Santiago: Melquíades, 1988.

Ortega, Eugenio

. Historia de una alianza: el PS y la DC. Santiago: CED-CESOC, 1992.

Ortiz, Edison

. El socialismo chileno: de Allende a Bachelet. Tesis de Doctorado en Historia, Universidad de Valencia, 2007.

Paramio, Ludolfo

. Tras el diluvio: La izquierda ante el fin de siglo. Madrid: Siglo XXI, 1988.

Pérez Antón, Francisco

. El gato en la sacristía. Guatemala: Taurus-Santillana, 2009.

Pérez, Isacio

. Fray Bartolomé de las Casas. Brevísima relación de su vida. Salamanca: Ed. San Esteban, 1984.

Petras, James.

«On the US and the overthrow of Allende». En Latin American Review, vol.

xiii

, 1, 205-221 (1978).

Plumb, David

. Partido por la Democracia: Redefining Leftist Politics in Chile. New Jersey: Princeton University, 1995.

Politzer, Patricia

. Altamirano. Buenos Aires: Melquiades, 1990.

Pons, Anaclet

y

Justo Serna

. Cómo se escribe la microhistoria. Valencia: Ed. Cátedra, 2000.

Porras, Gustavo

. Las huellas de Guatemala. Ciudad de Guatemala: FG., 2010.

Prats, Carlos

. Memorias: Testimonio de un soldado. Santiago: Pehuén, 1996.

Prost, Antoine

. Doce lecciones sobre la Historia. Madrid: Frónesis-Cátedra Universitat de Valencia, 2001.

Puryears, Jeffrey M

. Thinking Politics: Intellectuals and Democracy in Chile, 1973-1988. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1994.

Putnam, Robert

. The Comparative Study of Political Elites. Englewood Cliffs: Prentice Hall, 1976.

Ratzinger, Joseph

. Caritas in veritate. Santiago: Ediciones Universidad Católica, 2009.

Riquelme, Alfredo

y

Olga Ulianova

. Chile en los archivos soviéticos 1922-1991. Santiago: LOM ediciones-DIBAM-Centro Diego Barros Arana, 2005.

Rojas, Mauricio.

«La evolución de la izquierda chilena durante la dictadura militar (1973-1990)». Tesis de Doctorado en Ciencia Política, Universidad Complutense de Madrid, 2013.

Romero, Óscar

(monseñor) et al. Iglesia de los pobres y organizaciones populares. San Salvador: UCA editores, 1979, segunda edición.

Ruiz, Carlos.

«El MAPU y la vía al socialismo como construcción democrática». Revista Izquierdas, año 3, vol, 4 (2009).

Sahuquillo, Francisco Javier

. «Un general entre la obediencia y el compromiso. La idea de justicia social en el pensamiento de Pedro Arrupe». Propuesta de investigación para el grado de Magíster en Historia Contemporánea. Valencia: Universidad de Valencia, 2007.

Salazar, Gabriel

y

Julio Pinto

. Historia contemporánea de Chile, tomo 1. Santiago: LOM ediciones, 1999.

Salinas, Maximiliano

. Clotario Blest. Santiago: Vicaría Pastoral Obrera, 1980.

Salvat, Pablo

. El porvenir de la equidad: Aportaciones para un giro ético en la filosofía política contemporánea. Santiago, LOM ediciones, 2002.

Sartori, Giovanni

. Partidos y sistemas de partidos. Madrid: Alianza Universitaria, 1980.

Scully, Timothy

. Los partidos de centro y la evolución política de Chile: Santiago: CIEPLAN-Universidad de Notre Dame, 1992.

Senado Norteamericano. Informe Church: Acciones encubiertas en Chile: 1963-1973. Washington: Imprenta del Gobierno de EE.UU., 1975.

Serna, Justo

y

Anaclet Pons

. Cómo se escribe la microhistoria. Madrid: Cátedra-Frónesis, 2000.

. La historia cultural. Madrid: Akal, 2005.

Serra, Andrés

. Diccionario de ciencia política. México: UNAM-FCE, 1997.

Sigmund, Paul

. Liberation Theology at the cross roads: democracy of revolution? New York: Oxford University Press, 1990.

Silva, Álvaro

. Tomás Moro, un hombre para todas las horas. Madrid: Marcial Pons, 2007.

Silva Arévalo, Eduardo

. «Catolicismo Moderno, Modernidad Católica». Revista Mensaje, vol. 553 (2006).

Silva, Patricio

. Social Democracy, Neoliberalism and ideological change in the Chilean Socialist Movement 1973-1992. Holanda: University of Leiden, 1992.

Silva Castro, Raúl

. Escritos políticos de Camilo Henríquez. Santiago: Editorial Universitaria, 1960.

Silva Solar, Julio

y

Jacques Chonchol

. El desarrollo de la nueva sociedad en América Latina: hacia un mundo comunitario. Santiago: Editorial Universitaria, 1965.

Spiazzi, Raimondo

. Enciclopedia del pensiero sociale cristiano. Bolonia: Edizioni Studio Domenicano, 1992.

Spoerer, Sergio

. América Latina: Los desafíos del tiempo fecundo. México: Siglo XXI, 1980.

Stoll, David

. Entre dos fuegos: en los pueblos ixiles de Guatemala. Quito: Abya-Yala, 1999.

Thiesenhusen, William

. Broken Promises: Agrarian Reform and the Latin America Campesino. Baulder-Colorado: Westview Press, 1995.

Tironi, Eugenio

. Los silencios de la revolución. Santiago: Ed. Puerta Abierta, 1988.

Torrejón, Carolina

. «Brumas, el MAPU-OC bajo el autoritarismo y en clandestinidad; del golpe militar a la extinción de la Unidad Popular (1973-1979)». Tesis de Licenciatura en Historia, PUC, 2001.

Torres, Andrés

. Fin del cristianismo pre moderno. Cantabria: Sal Terrae, 2000.

Valdivia, Verónica

et al. Su revolución contra nuestra revolución, vol.

ii

. Santiago: LOM ediciones, 2008.

Valenzuela, Arturo

. El quiebre de la democracia en Chile. Santiago: FLACSO, 1989.

Valenzuela, Eduardo

. La rebelión de los jóvenes, Santiago: SUR, 1984.

Valenzuela, Esteban

. MAPU: Fuerza socialista. Compilación. Santiago: sin editorial, 1987.

. Fragmentos de una generación. Santiago: Emisión, 1988.

. Una aproximación a los aportes de las tradiciones de Paulo Freire y Fernando Flores: de la educación popular a la comunicación para la acción. Santiago: mimeo, CEDAL, 1989.

. «La conversión de los socialistas chilenos: La transformación político cultural de una elite». Tesis de Magíster en Ciencias Políticas, PUC, 1995.

. Alegato histórico regionalista. Santiago: SUR, 1999.

. «Chile Duro: régimen de presidencia centralista reforzada por la dictadura derechista y administrada por la centro-izquierda paternalista». En La descentralización en Ecuador: opciones comparadas. ed. Fernando Carrión. Quito: FLACSO, 2007.

. La voz terrible, Infante y el Valdiviano federal. Santiago: Universidad Bolivariana, 2008.

. «El caso del MAPU como elite transformadora». Revista de Ciencia Política, vol. 31, núm. 2 (2011): 187-206.

Vial, Gonzalo

Salvador Allende: el fracaso de una ilusión. Santiago: Universidad Finis Terrae, 2005.

. Historia de Chile 1891-1973. Santiago: Zig-Zag, 2006.

Vidal-Beneyto

,

José.

Memoria democrática. Madrid: Ediciones Foca, 2007.

Vivar, Antonina

. Aquellos años en Solentiname. Texas: Ediciones Anamá de la U. de Texas, 2000.

Von Beyne, Klaus

. Los Partidos Políticos en las democracias occidentales. Santiago: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1986.

Walker, Ignacio

. «Perfil de la elite Política chilena». Revista Notas Técnicas de CIEPLAN, vol. 117 (1988).

Warnken, Cristian

. «Por el lenguaje». En Por qué No. Santiago: Comando por el No, 1988.

Yentzen, Eduardo

. La vida de todos. Santiago: Universidad Bolivariana, 2005.

.La fuerza de los ochenta. Santiago: Universidad Bolivariana, 2014.

Yocelevsky, Ricardo

. «El Partido Socialista de Chile bajo la dictadura». Revista Foro Internacional, vol.

xxvii

, Colegio de México (1986).

. Chile: Partidos políticos, democracia y dictadura 1970-1990. México: FCE, 2002.